

1799

1799

DAD

CIÓN



DEBUIFONT

EL FIN

DE UN MUNDO



DC148

D7

c.1

558110

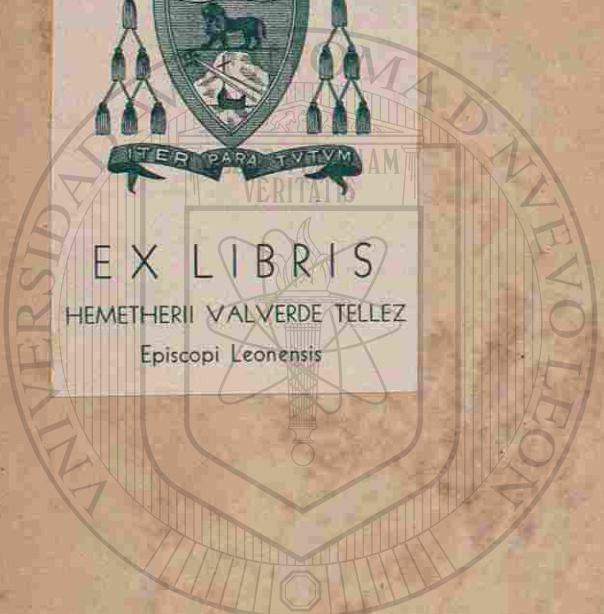
7 300



1080023009



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

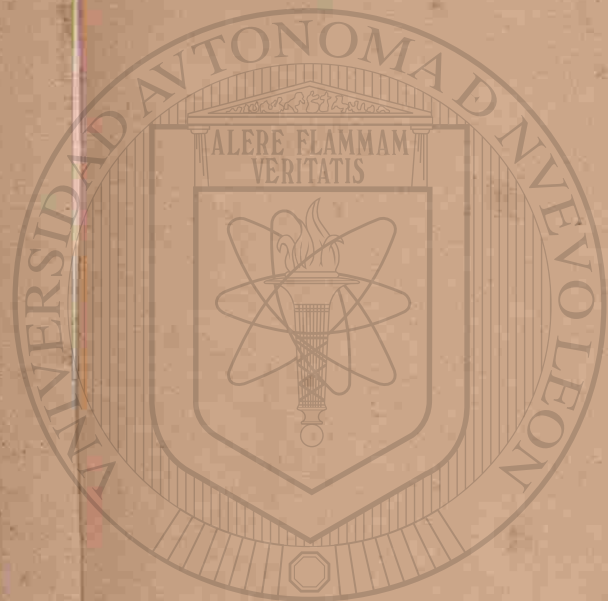


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





EL FIN DE UN MUNDO

U A N L



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

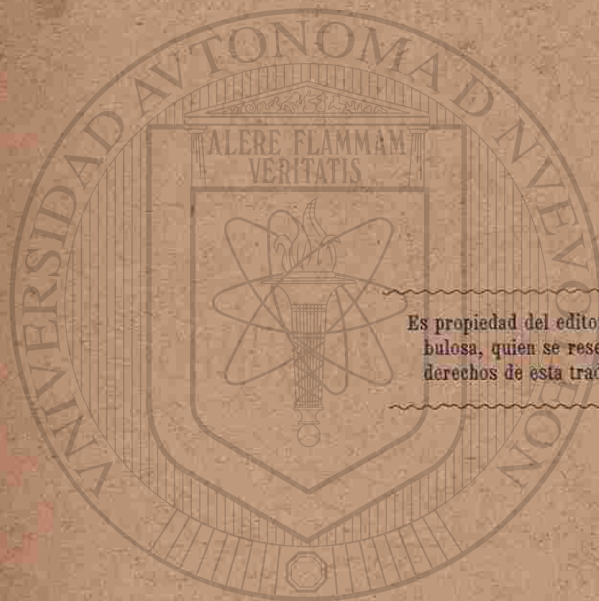
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ria

D 6148

D7



Es propiedad del editor D. Juan Grubulosa, quien se reserva todos los derechos de esta traducción.

EDUARDO DRUMONT.

EL FIN
DE UN MUNDO

ESTUDIO PSICOLÓGICO SOCIAL

Primera versión española

DE LA EDICIÓN FRANCESA DE LA QUE SE HAN AGOTADO MÁS DE

60,000 ejemplares

POR

D. PELEGRIN CASABÓ Y PAGÉS

INTÉRPRETE JURADO

Autor y traductor de varias otras obras

Con censura eclesiástica



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

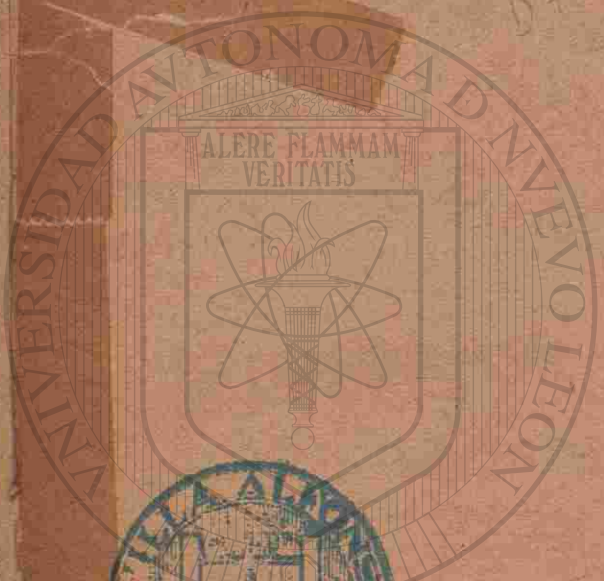
BARCELONA:

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN,

13. BUENSUCESO, 13.

1889.

47927



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLER

Establecimiento Tipográfico y Librería de la Inmaculada Concepcion,
á cargo de J. Bataller.—Granollers.

DCCX
D7

INTRODUCCION.

«Una sociedad desquiciada, sacudida y encenagada en los vicios como la vieja sociedad romana cuando se colmó la medida de las iniquidades; los abismos, los diluvios superiores y subterráneos abriéndose por todas partes, y, en este furioso caos iluminaciones fosforescentes, apagadas todas las estrellas del cielo. Apenas una de estas que el ojo del hombre pueda percibir; nieblas pestilentes, exhalaciones impuras cada vez más densas, excepto sobre las elevadas cumbres, han oscurecido todas las estrellas del cielo. Fuegos fátuos que aparecen aquí y allí hacen veces de estrellas. En el arenal salvaje del caos, en el aire de plomo, nada más que bruscas iluminaciones de relámpagos revolucionarios; luego, nada más que las tinieblas con débiles apariciones del vano metéoro de la filantropía.»

Así esboza Carlile el cuadro del fin de un mundo en que se disuelven todos los elementos del Pasado, sin que se vislumbre nada de lo que constituirá lo Porvenir,—sin que un monte Ararat levante una verde cima más alta que las aguas del diluvio general.

011854

Todos los pensadores han experimentado esta impresion del caos y del desorden universal cuando se han esforzado por analizar las fases que atraviesa esta sociedad sumida en delicuescencia.

En realidad débese esto á que la Muerte es una lucha tan grande como la Vida. La Agonia es un combate como el Nacimiento. La descomposicion del sér es tan complicada como su formacion, y débese considerar la terminacion de la existencia como un cuadro tan colorido, complejo, variado, de tanto movimiento como la misma existencia.

Al parecer, la literatura ha experimentado tambien por efecto del aniquilamiento gradual el sentimiento de su supersticioso temor que sentian los paganos por las palabras de mal agüero: las palabras, tan numerosas, para expresar el nacimiento, el desarrollo, la expansion, son raras para esta larga serie de destrucciones finales que aleja más que no atrae las miradas superficiales.

Sin embargo, el estudio es apasionado y digno de tentar á inteligentes y patriotas. Para saber bien qué condiciones son necesarias para que viva una Patria, es preciso considerar atentamente cómo muere un mundo que ha formado poco á poco en esta Patria una aglomeracion que digamos de bacilos. Para conocer bien las necesidades primordiales del sér, necesitase saber cómo se llega al no sér, y pedirle que muere «el secreto de la vida» que san Antonio, segun la expresion de Flaubert, «procuraba sorprender, á la luz de las velas, en el rostro de los muertos.»

Nada hay tan instructivo como buscar el origen primero de las enfermedades que lenta, pero seguramente, gastan, degradan y arruinan poco á poco el organismo. Efectivamente, la palabra muerte repentina no significa nada y se

ignoran demasiado las enormes elaboraciones necesarias para producir lo que se llama catástrofe repentina. La desgregacion se realiza progresivamente, pero sin premura, y en la sociedad, confederacion de los hombres, como el hombre es una confederacion de tegidos, los comienzos del mal son siempre lejanos, ignorados y oscuros. Las cosas se caen del lado que se inclinan, esta es la ley: es una cosa insignificante en un principio, una perturbacion casi insensible, un grano de arena en el engranaje, luego el desorden parcial, después los resortes destrozados y el paro definitivo.

El cadáver social es naturalmente más obstinado y menos fácil de enterrar que el cadáver humano. Este, va á podrirse solo en el vientre del ataud, imagen regresiva de la gestacion; el cadáver social continua caminando sin que se note que es cadáver, hasta el dia en que el más leve choque rompe esta sobrevivencia artificial y muestra la ceniza en lugar de la sangre. La union de los hombres crea la mentira y la sostiene; una sociedad puede ocultar mucho tiempo sus lesiones mortales, disfrazar su agonia, hacer creer que está viva cuando ya está muerta y no falta sino enterrarla.....

Además, las sociedades no mueren todas de la misma manera.

«Algunas veces, dice Lacordaire, los pueblos se extinguen en una agonia insensible, que aman como si fuera dulce y agradable reposo; á veces perecen en medio de las fiestas y de la orgia, cantando himnos victoriosos y llamándose inmortales.»

Lejos la Francia de resignarse, ó mejor aún de recogerse, concentrarse en sí misma, intentar su curacion, pues Dios, dice la Escritura, hizo sanables las naciones, parece

querer acabar en la apoteosis teatral; ensalza su decadencia con vanidosa ostentacion, con charlatana y delirante jactancia que no tenia en los dias felices de su fuerza y esplendor.

Recibimos afrenta sobre afrenta; Alemania hace disparar tiros á nuestros militares en la frontera, Italia nos arrima la cox del asno, Europa se reparte ya nuestros restos, la Invasion llama á nuestras puertas y la Bancarrota se sienta en nuestro hogar; nos abruma una deuda de treinta mil millones; las fábricas se cierran, nuestra agricultura está arruinada, nuestros industriales ven como poco á poco se les escapan todos los mercados del mundo....

Nosotros, hijos de Francia, quisiéramos que nuestra madre tuviese, á lo menos, una actitud digna ante esas pruebas. Los Cosmopolitas, que se nos han sustituido, hacen á todo esto oídos de mercader; su deseo absoluto es que Francia se cubra de ridículo ante el universo; es necesario que esta nacion tan cruelmente humillada, sea grotesca por añadidura, y que declare, riéndose de ella todo el mundo, que jamás fué tan grande, tan poderosa, tan temible y tan rica.

La torre Eiffel, testimonio de imbecilidad, de mal gusto y de tonta arrogancia, se levanta expresamente para proclamar esto hasta al cielo. Es el monumento—símbolo de Francia industrializada; se la destina á ser insolente y bestia como la vida moderna y aplastar con su estúpida altura todo lo que ha sido el París de nuestros padres, el París de los recuerdos, las antiguas casas y las iglesias, Nuestra Señora y el Arco de Triunfo, la oracion y la gloria....

Este vanidoso delirio, al que sucede á veces la *Modorra*, es una de las formas en cierto modo históricas de la agonia de las sociedades. Así fué Bizancio: luego que un em-

perador habia sido derrotado por los Avaros, los Búlgaros ó los Godos, habia comprado ignominiosamente á precio de oro una tregua de algunos años, ó cedido algunos trozos de su territorio, continuamente reducido, entraba en Constantinopla, vestíase el traje del triunfo como los Scipiones y los Marios, y todo un ejército de histriones, que le salia al encuentro, cantaba himnos en su honor.

Nadie se asombraba, como tampoco se asombran los Parisienses por ver levantado en frente de las Tullerías el monumento de Gambetta. Los extranjeros rien á carcajada suelta cuando ven estas estatuas ridículas, estas alegorías de un cómico desgredado; esta Democracia, lanzando el rayo y sentada sobre un leon feroz que sirve de remate á la imágen del hombron, que jamás lanzó el rayo y que nada devoró durante la guerra, á no ser unas cuantas comilonas sabrosas.

El París actual, tan perspicaz y tan inteligente en otros tiempos, no comprende lo que de inverosimilmente burlesco hay en el espectáculo de este país que tributa á un gitano (bohemia) italiano que no ha hecho sino tontadas é inconveniencias y que nos lleva á la ruina, homenajes que no se ofrecían antiguamente ni áun á generales victoriosos. Esto corresponde á un estado de ánimo general, á un acuerdo tácito, á una especie de resolucion inconsciente de no raciocinar por no entristecerse, por no estar obligado á hacer algunos esfuerzos.

Esta literatura correrá como un rio de mentiras, fanfarronadas é ineptias durante todo el año 1889. Repetirásen en todos los tonos, que la Francia de san Luis, de Enrique IV y de Luis XIV era una tierra de salvajes y que, para fecundarla, se ha necesitado la sangre de los cadalsos del Terror.

Tocante al concepto intelectual, legará este Centenario á

lo Porvenir inestimables documentos acerca del período de locura declamatoria y blasfema por que pasan ciertos pueblos antes de su desaparicion.

Carnot, con su cabeza lúgubre, es exactamente el hombre de la situacion, es á maravilla el hombre de esas pompas, de esas pompas fúnebres: enterrará la Francia revolucionaria, envuelta en un viejo lienzo remendado, en la fraseología especial de la especie carnótica, y los Prusianos estarán ya en Châlons, que se seguirá oyendo flotar en el aire el eco de estas frases sonoras: «La hégira de la libertad, el nuevo Sinai, la regeneracion de la humanidad, la fraternidad de los pueblos, las luchas pacíficas del trabajo, la Francia faro de las naciones.»

He titulado mi libro: *el Fin de un mundo y no el Fin de un pueblo*; porque, en efecto, las demás naciones están casi tan enfermas como nosotros.

Nosotros agonizamos en un jergon, en un aposento sin muebles ya, del que poco á poco se han quitado, al mismo tiempo que los valores y el dinero, todas las reliquias de lo Pasado, todo lo que hablaba al alma, todo lo que recordaba la vida de los antepasados. Los Rothschild comenzaron por vaciar los cajones, Hérold ha descolgado el crucifijo, los judíos Vanderheim y Bloche quedaron encargados, por iniciativa de Lockroy, de vender los diamantes de la Corona.

Austria se pudre en una cama de respeto con magnificas colgaduras que tapan la luz y que las polillas están á punto de carcomer.

En el fondo, está más enjuniada todavía que nosotros, Rothschild reina allí con más ceño que entre nosotros, porque le contienen algo el miedo de las iras populares, el espanto vago de un despertar al que empujan los escritores

de recto corazón. El triunfo de Israel fué la entrada en la Hoffburg de Viena de la baronesa de Rothschild. Para ello, la baronesa se habia mandado hacer un traje como el de la Emperatriz á la que aplastó con el brillo de sus diamantes. «Es la Sosie de la Emperatriz,» dijo el Emperador, y no pudo decir sino esto y quedó desarmado ante tanta insolencia (1).

En Viena, como aquí, está la prensa exclusivamente en manos judías. El ministro Taaffe, que se atreve á llamarse conservador, traiciona descaradamente á su Señor; tiene por jefe de su oficina de la prensa, un judío llamado Freiberg; los órganos oficiosos, el *Fremdenblatt* y la *Presse* pertenecen á judíos.

En marzo de 1888, Pattai, un diputado animoso, como desgraciadamente no los tenemos en Francia, donde los diputados conservadores interrumpen á Laur cuando denuncia los acaparamientos monstruosos de Rothschild, dibujó un aflictivo cuadro de esta monarquía entregada á todas las exacciones judías. En un bellissimo arranque, recuerda al final de su discurso el vergonzoso estado en que ha caído nuestra desdichada Francia, en la que el Juivaillon Simon llamado Lockroy pone en pública almoneda las joyas de la Corona, para hacer que ganen algun dinero los corredores de diamantes del café de Suecia.

Los preopinantes, decia el diputado estirio, han denunciado los favores ilegales de que disfrutaba de parte de las Compañías de ferro-carril la refinera de petróleo (léase Rothschild

(1) Habiéndose permitido algunos meses antes el archiduque Carlos Luis, hermano del Emperador, ir á visitar los invernáculos del baron de Rothschild, el Judío habia despedido á su jardinero por haber dejado entrar el príncipe en su casa estando él ausente. Después de esta impertinencia hecha á su propio hermano, concede el Emperador á los Rothschild honores que rehusa á tantas personas honradas.

de Viena) de Fiume. La respuesta ministerial habria debido, por lo menos prometernos una instruccion acerca de este asunto, con tanto mayor motivo en cuanto tenemos aqui, en el recinto parlamentario, un interés particular en mirar de cerca lo que sucede en esa refinería, que es propiedad de la casa de Rothschild, ó á lo menos está dentro de la órbita de sus intereses personales. Precisamente en dicha refinería se usan procedimientos tales que ya, el año pasado, el diputado Steinwender pudo denunciar aqui, en pleno Parlamento, la casa de Rothschild y sus acólitos entregados á fraudes aduaneros. (Movimiento).

El diputado Schanerer se levanta y grita: "¿Por esto se les ha dado ahora un asiento en la Cámara!"

Se acaba de decir—continua M. Pattaï—lo que yo iba á manifestar; he querido exponer que los Rothschild no han quizás obtenido el asiento en la Cámara sino á título de recompensa por la paciencia de burro de reata con que—conformándose esta vez con los principios del Evangelio—sufren todas nuestras requisitorias de estos dias pasados. (Fuertes aplausos).

A la verdad, esta casa parece estar destinada, por su fortuna, á ser el punto de cristalización del Capital completo, y llevar *ad absurdum* todo nuestro antiguo orden social. No le basta á esta casa poseer todas las minas de mercurio en España, las minas de diamantes del Cabo, los más bellos castillos y casas de recreo de Francia, los *latifundia* de Alemania y Austria; no; quiere todavía expropiar nuestra hermosa Stiria.

Nuestra verde Stiria, cuya situación conozco yo muy bien y á la que pertenezco por mi cuna y mi educación, será expropiada, sin que uno haya advertido el más mínimo peligro.

En la Alta Austria, el diputado liberal de Linz declaró, cuando la última elección complementaria, que la Alta Austria nada tiene que ver en cuestión judía. A los quince dias, el judío Marcos Hallaender, quien por sus manejos frandulentos y corruptores, estaba en camino de arruinar *valles enteros*, era delatado á los tribunales, y, gracias á Dios, condenado. Los judíos os convertirán en conserges y porteros suyos y lo tendreis bien merecido los que habeis derribado las barreras y les entregásteis nuestras puertas y cerrojos. Quien observe con atención nuestra monarquía, puede averiguar claramente que descendiendo, grado, por grado, en la esfera de esta sociedad. En el jóven imperio vecino, que es nuestro hermano, todo promete un sano porvenir hacedero, mientras que nosotros nos mo-

vemos en una atmósfera pestilente que permite á las plantas venenosas crecer y desarrollarse.

Harto á menudo nos preguntamos indignados ¿dónde están nuestras tradiciones históricas, dónde está nuestro antiguo orden social, tan respetable ya á causa de su antigüedad, tradiciones que podríamos oponerlas como un dique; ¿qué se hicieron nuestras antiguas é ilustres familias aristocráticas, que de generación en generación eran los grandes testimonios de nuestra historia? Una parte degenerada de esta aristocracia baila cínicamente alrededor del carro triunfal del nuevo Emperador, el Emperador del Becerro de Oro (*frenéticos aplausos*); otra parte de nuestra aristocracia se emboza en muda resignación para justificar las palabras de Goethe: "Lo incomprendible es aqui una realidad." Continúad, continuad por esta senda, y pronto llegaremos á vender en pública almoneda, como en Francia, los diamantes de la Corona de Austria. Arracad pues los últimos girones de vuestros antiguos escudos para cubrir nuestro oprobio.

Para esta monarquía que se derrumba putrefacta no es al parecer posible ninguna esperanza de restablecimiento.

El príncipe heredero, el archiduque Rodolfo, extraviado por los malos consejos, lleva una vida vergonzosa. En pleno Reichsrath, otro diputado anti-semita, Pernerstorffer, dijo en voz alta, á propósito de una ley relativa á las exenciones de los estudiantes de las universidades, lo que en Viena se decía en voz baja.

¿Qué es eso? gritó, ¡vituperais excesos de nuestra juventud universitaria de la clase media! Sin embargo debeis saber la historia de *ese jóven gran señor, puesto en sitio muy elevado*—quien, al acabar una innoble orgía con sus compañeros de libertinage, de elevada alcurnia tambien, les ha llevado *al cuarto de su esposa*.

Todos conoceis á ese gran señor. Y no sabeis esta otra historia, siempre de un gran señor, *puesto en sitio muy elevado*, caracoleando en el campo con sus amigos,—todos de elevadísima alcurnia—y viendo llegar un cortejo fúnebre. Toda aquella cuadrilla de ginetes obligó al cortejo á detenerse para que pudieran todos saltar á caballo por encima del ataúd, lo que

parecía divertirles., (Movimiento de indignacion en toda la Cámara) (1).

Este heredero de la corona del Santo Imperio que lleva compañeros de orgía al cuarto de su esposa, observadlo, no debía hacer más que portarse algo honradamente, para que sus súbditos le amaran y respetaran.

El pueblo austriaco es bueno. Cuando las fiestas dadas por el matrimonio del archiduque Rodolfo y de la princesa Estefanía, precisamente me encontraba yo en Salzbourg, la blanca y coqueta ciudad que refleja poéticamente el Salz bach, frente del sombrío Moersberg, sus galerías de las que cuelgan vides vírgenes de brillante color encarnado.

Nada tan encantador como el aspecto del salon, donde todas las clases de la sociedad, unidas en un mismo amor para la familia reinante, banqueteaban juntos como en la Francia de nuestros antepasados. Jefes, soldados, menestrales, obreros, mujeres elegantemente vestidas, ó con sencillo traje de percal, están reunidos en el Kursaal. Las jóvenes bailan alegremente en presencia de sus madres que las miran con orgullo. Después de cada vals, pasaban los danzantes, dándose las manos, delante del busto del Emperador y de la Emperatriz de Austria, coronados de hojas y puestos bajo dosel.

Ahora parece que los principes toman á pechos cooperar á la Revolucion y destruir todo sentimiento de respeto y adhesion en las almas. Al cabo de algunos años, el archiduque Rodolfo dejaba á su mujer y vivía públicamente con una judía llamada Stern, que daba á luz un niño el mismo día en que la princesa Estefanía daba á luz una niña.

(1) ¿Quién extrañará, después de esto, el trágico fin del impio archiduque Rodolfo? (N. del T).

¿Debe álguien asombrarse de que las simpatias populares se desviarán de un príncipe que hacia alarde de sus vicios con tanta desfachatez? (1)

El Emperador Francisco José no había perdido nada del cariño de sus pueblos después de Solferino, después de Sadowa; pero luego que se vió que el soberano favorecía á los Rothschild, aprobando todas sus jugadas de Bolsa, aplaudiendo sus tentativas para explotar á los trabajadores y arruinar la industria nacional, á fin de enriquecerse más, estuvo perdido todo y los corazones se alejaron por siempre del jefe de Estado, que tan mal comprendía sus deberes. »¡Qué! dicen los de la clase media; ¡vos no concedéis la entrada en la Cámara á cristianos como nosotros, porque no tenemos diez cuarteles de nobleza y admitís á personas que no son de vuestra religion, y que dos generaciones anteriores á ellos se pudrian todavía en la mezquindad de los ghettos! ¡Permitís que vuestro Koloman Tisza venda á Israel, en buena moneda contante y sonante, honores que negais á familias que, desde siglos, sirvieron leal y honradamente á la monarquía!» (2)

(1) En lugar de dar gracias á Pernerstorffer por haberle mostrado la indignidad de su conducta, quiso el archiduque Rodolfo hacer apalear al enérgico orador.

«Ayer, 25 de febrero, dijeron todos los periódicos, se presentaron dos individuos en casa del diputado Pernerstorffer y pidieron hablarle; luego que estuvieron á solas con él, se le echaron encima y le molieron á golpes; después huyeron y pudieron desaparecer sin que se les molestara. Las heridas del señor Pernerstorffer son leves.

«La causa de esta agresion es evidentemente el trozo del reciente discurso de este diputado en el cual aludía á los escándalos de ciertas personalidades aristocráticas.»

(2) «El Emperador que no es descortés sino un ánimo débil engañado indignamente por sus ministros, está muy afectado por el modo con que ahora le desprecian todas las clases sociales. Díese que á consecuencia del discurso de Pattai, tuvo un átomo de pudor, y que dijo á Tisza: «Me cubris de infamia.» Al salir Tisza del despacho imperial, se encogió de hombros y murmuró: Más me han pagado los Rothschild por su asiento

Nada más sensato, pero nada al propio tiempo más completamente inútil. Soberanos y grandes señores tienen el amor del judío, están hechizados, han bebido el filtro misterioso; aman á los que les ridiculizan, les difaman y les traicionan y sólo tienen indiferencia para sus defensores.

Léase el siguiente hecho (1).

Cuando la archiduquesa Estefanía estuvo de paso en París fué al cementerio del Padre Lachaise, donde depositó en la tumba de Enrique Heine una corona con esta inscripcion: *La Emperatriz de Austria á su poeta favorito.*

La Emperatriz profesa culto al poeta del *Intermezzo*. Cada día lee sus gloriosos poemas. En su entusiasmo, deseó conocer los parientes más cercanos del poeta difunto. En Hamburgo, fué á visitar la hermana menor de Heine, la baronesa Embden, que es la madre de la princesa de La Rocca, y la abuela del duque de Perdifumo.

La Emperatriz ofreció á la baronesa Embden un medallón guarnecido con diamantes con sus iniciales, y á su hijo un alfiler con las iniciales imperiales en diamantes. Antes de despedirse de la baronesa Embden prometióle la soberana que la primera persona de su familia que pasara por París iría á depositar una corona en el sepulcro de Heine.

La archiduquesa Estefanía cumplió lo prometido por la Emperatriz, y fué á ofrecer el recuerdo de la soberana á las cenizas del gran poeta.

Abramos, pues, las obras de Enrique Heine, y busquemos lo que pudo mover hasta tal extremo el corazón de la Emperatriz de Austria. Hé aquí precisamente una composicion llamada: *María Antonieta*; es evidentemente la que habrá conmovido á la soberana.

que no me pagaría el Emperador por cincuenta años de servicios. A estos soberanos les sirve uno con gusto, porque son más poderosos que el Emperador.»

(1) *Gaulois*, 11 de setiembre de 1887.

Como brillan alegremente en el palacio de las Tullerías los cristales de las ventanas, y, no obstante, vuelven allí en mitad del día los espectros de pasados tiempos.

María Antonieta reaparece en el pabellón de Flora; levántase á la mañana con severa etiqueta.

Damas de honor de gala. La mayor parte están de pié, otras sentadas en taburetes, con faldas de raso ó de brocado de oro, con adornos de joyas y encajes.

Su talle es delicado; las faldas de tontillo se ahuecan y sus bajos tocan delicadamente los lindos y pequeños piés de elevados talones: ¡ah! si solamente tuviesen cabezas.

Pero, ni una sola tiene la suya: la misma reina no la tiene, y por esto no está rizada Su Majestad.

Si la que con su peinado alto como una torre, podía portarse tan orgullosamente; la hija de María Teresa, la nieta de los Césares alemanes.

Debe volver ahora sin rizos y sin cabeza, entre nobles Damas no rizadas é igualmente decapitadas.

Hé aquí las consecuencias de la Revolucion y de sus malditas doctrinas. J.-J. Rousseau, Voltaire y la guillotina tienen la culpa de todo esto.

Pero, ¡cosa rara! creo casi que las pobres criaturas no se dan cuenta de que están muertas y de que perdieron la cabeza.

Todas estas personas se remueven absolutamente como en otro tiempo: ¡qué insulsa importancia se da esta chusma!

Las reverencias decapitadas hacen espeluznar y reír al mismo tiempo.

La primera de las azafatas se inclina y presenta una camisa de lino, la segunda la entrega á la reina y ambas se retiran con una reverencia.

La tercera y la cuarta dama se inclinan y arrodillan delante de Su Majestad para calzarle las medias.

Una señorita de honor llega y se inclina trayendo el traje de mañana; otra señorita se inclina y presenta el zagalejo á la reina.

La camarera mayor de palacio está allí; con su abanico se refresca su cuello de alabastro; y, no pudiendo hacer otro tanto en la cabeza, sonríe con la espalda.....

Al través de las colgaduras de las ventanas, el sol desliza curiosas miradas, pero al ver la escena de los espectros retrocede espantado.

La visita de la Emperatriz de Austria á la hermana de Enrique Heine, en semejantes condiciones ¿no es tambien una excelente nota moderna?

Los defensores de las antiguas monarquías, los fieles y que respetan las cosas augustas de otros tiempos, mueren afligidos, desilusionados, olvidados; se han frustrado todas sus esperanzas, ha sido estéril el esfuerzo de toda su vida; en reducido aposento, cuyos muebles pregonan ya lo que es, donde todo respira miseria decente, la postrera mirada de estos vencidos descubre la compañera amada, pobre anciana que va á quedar sin recursos, alguna honrada y linda hija que no tendrá un céntimo de dote.....

Ninguna princesa imperial ó real subirá jamás la tosca escalera que conduce á aquella habitacion, ninguna soberana traspasará jamás aquel umbral para decir á aquella jóven: Nuestro padre fué un desinteresado y valiente, fué el campeón obstinado de las causas perdidas, yo he leído sus libros y vengo á daros las gracias en nombre de los reyes.»

La escena cambia desde el momento que se trata de una reina á quien no se puede ya rizar porque está decapitada y de su azafata reducida á hacer reverencias con su espalda.... A la hermana de tal ó cual escritor, el medallón con la inicial imperial, al sobrino el alfiler guarnecido con brillantes, al poeta muerto la corona.... Cómo reirías en el sepulcro, gran burlon, sino vieras de vez en cuando, asomar el castigo bajo la forma de tres pesadas columnas consagradas por Wolf para hacer su panegírico....

No quisiera yo, por otra parte, contrariar á la Emperatriz de Austria, si le parece divertido que los revolucionarios cor-

ten la cabeza á su hijo y á su nuera y que los judíos compongan versos jocosos sobre tal asunto.—Esto le atañe más á ella que á mi.

Al principe se lo digo todo esto.

Ni siquiera tengo dificultad en confesar que esta irónica *selicha* acerca de María Antonieta es una obra maestra de artística ferocidad. ¡Con qué atroz gracejo se divierte el judío con el suplicio de una reina! ¡Qué excelente hermano es el poeta delicado, el parisien refinado, de los Youddis mugrientos, de los Youddis de bucles de la Galitzia que, reunidos por algun asesinato ritual, se miran riendo, mientras que por la llaga abierta de la victima, sale, pura y encarnada, la sangre cristiana destinada al dulce pan del Pourim.

No es el grito brutal del seccionario armado con picas: «A la guillotina la Austriaca!» Es más fino, pero más siniestro tambien. La ironía de este judío que tiene mil ochocientos años de hiel recocida en el corazón, se abre al espectáculo de esos agujeros sangrientos, de esos cuellos de patricias en los cuales el hacha del verdugo ha hecho ancha herida, á la vista de esta gran dama que, con su abanico, refrescaba su cuello alabastrino que termina con una llaga abierta.

Es todavía una vez más el judío con el terrible odio que no brilla, y que, aún saciado, apenas si deja traslucir un relámpago de rápida felicidad en sus ojos de gacela mojada del Semita, tan expresivos y tan tristes; es la eterna parodia, la Misa Negra celebrada, no ya en el arenal en la Edad Media, sino sobre ruinas de palacios arruinados y de castillos incendiados,—la Misa Negra con las bromas impías, la señal de la cruz con la mano izquierda, el Evangelio leído al revés ó puesto sobre las caderas de una bruja. Es Luis Halevy escogiendo los mitos inmortales de Grecia como te-

mas de operetas obscenas; Offenbach tomando un cántico, poniéndolo fuera de tiempo y dándole aire de can-can.....

Je la vois
Entr'ouvrant ma tombe
Et sa voix
M'appelle et j'y tombe.
Hélas! quelle douleur
Remplit mon cœur!
De crainte et d'horreur! (1)

Así cantan seres de corazón puro, evocando en el fondo de un santuario la vision grandiosa y terrible de la Muerte y de la Eternidad. Offenbach lo oye, lo acompaña, quizás como organista, sueña inmediatamente en disfrazarlo y parodiarlo y ha encontrado el aire de un coro de opereta.

Mais rien ne vaut á mes yeux,
Un joli petit bézigue á deux.

Endosa esta especie de cántico al través de la caricatura de una leyenda, la tierna leyenda de la esposa perseguida del palatino Syfrid, la dulce Genoveva de Brabante que, victima de las calumnias de Golo, vivió diez años en el fondo de un bosque, debajo de una choza de ramajes.

Con el instinto de su odio á todo lo que inspira nuestro respeto y nuestro entusiasmo, con su necesidad de blasfemar, posee esta raza indisputablemente un don particular de coger el lado grotesco de toda cosa conmovedora y bella. Escritores y artistas continúan siendo vendedores de lentes

(1) Yo la veo—Entreabriendo mi tumba—Y su voz—Me llama y caigo en ella. ¡Ay! ¡qué dolor!—Llena mi corazón—De temor y de horror.

especiales de cristales sucios ó extraños, de vidrios hechos á imágen de su cerebro desequilibrado, y, merced á los cuales, todo en la tierra aparece deforme, sucio, incoherente, extravagante y estrambótico.

Excepto una satisfacción de mal género no experimentan los judíos ninguna alegría en semejante tarea. Cuando Hallevey escribe sus obras más bufas, tiene sobre su mesa el revolver con el cual Prévost Paradol se levanta la tapa de los sesos. Obedecen á una especie de impulso irresistible, á una trepidación enfermiza que les impide estar tranquilos y dejar que lo estén lo demás. En Rumania se ven á veces las sinagogas iluminadas de noche: son judíos que se arrastran por la conquista de capitales cantando y bailando frenéticamente el galop de *Orfeo en los Infernos*, (*Orphée aux Enfers*).

Así es la raza; destinada á terminar en todas las epilepsias, en todos los astritismos, en todas las demonias. El judío se agita como los desdichados que padecen el mal de la corea, se remueve continuamente como aquellos á quienes se comen los sarpullidos, trabaja sin cesar del cerebro como las personas que padecen de neurosis.

Chareot os explicará en otros términos eso que yo os digo. «Los Semitas, dice (1), tienen el privilegio de presentar en grado considerable todo lo que puede inventar el arthritismo, todo lo que puede inventar la neurosis y sería un trabajo muy interesante el que se hiciera estudiando especialmente las enfermedades de una raza tan original como esta de los Semitas que ha desempeñado un papel tan grande en el mundo desde la antigüedad hasta nuestros días.»

Chareot tiene razon y sería semejante estudio de grandis-

(1) Lecciones del martes en la Salpêtrière, 15 noviembre 1887.

simo interes. Efectivamente, queda uno totalmente asombrado, hablando con médicos, al ver hasta que punto están acordes las observaciones de los sábios con las averiguaciones de los sociólogos.

En épocas de disolución como la que nosotros atravesamos, no son solamente las costumbres las maneras de considerar la vida que se transforman, sino las mismas enfermedades que cambian de carácter.

El reumatismo, por ejemplo, ha reemplazado á la gota que de cada vez más tiende á apoderarse de Inglaterra; la diabetes, casi desconocida antiguamente, aumenta cada año y se traduce por fenómenos nerviosos que no presentaba en otros tiempos. No obstante, la lepra judía es lo que se ha modificado más completamente. Al lado, y á menudo en lugar de manifestaciones dermatológicas, tenéis ahora manifestaciones nerviosas. En muchos Semitas, puede afirmarse que la lepra se les ha subido al cerebro. Antes contentábanse con rascar, ahora sienten la necesidad de agitarse...

Esas gentes, presa siempre de una inquietud que nada calma, acaban por arrastrar á los demás en su zarabanda, por comunicar á los más pacíficos su movimiento desordenado. Quieras que no, es preciso que Europa les siga.

La guerra debe liquidarlo todo, decidir cuál es el pueblo más enfermo, designar al que se comerá al otro, como en las edades primitivas, en el bosque salvaje, donde los más fuertes exterminaban á los débiles.

En presencia del retórico republicano dispuesto á elogiar los beneficios de la civilización y celebrar el 89 que inauguró una era de fraternidad y de paz, se levanta el Hecho y abofetea brutalmente al orador.

Antes del 89, el ejército tomaba 10,000 hombres al año

en Francia. Solo eran soldados los que querían serlo, que deseaban la guerra y los pequeños ejércitos, buenos para conquistar laureles, se entregaban á escaramuzas que jamás ponían en tela de juicio ni siquiera la existencia de una nación.

Ahora el efectivo total en tiempo de paz para Europa es de 3.092,000 hombres, el efectivo de guerra de 16 millones de hombres y los presupuestos militares reunidos de tres mil quinientos millones.

Con las leyes modernas el pié de guerra será de 19 millones de hombres.

El bofetón del Hecho no turba al retórico. En efecto, el republicano no es un hombre que piense, que ratiocine, que busque y proclame la verdad, es un instrumento, un órgano de barbarie que toca piezas de civilización...

Se da un puntapié al instrumento y pára un poco, como después de las matanzas de 1870, paga después el judío la recomposición del manubrio ligeramente deteriorado, y el órgano comienza otra vez á dejar oír sus piezas: 1789, el Progreso, el amor sucediendo á los odios de naciones...

A veces el judío asocia sus versos á esa música y grita, como Fernando Goldschmidt, autor de *Ficción y realidad* (poesías), que, según los *Archivos israelitas*, es de origen vienés:

Gloire á Quatre-vingt-neuf, Vère de délivrance,
Souffle purifiant de bénédiction

Es chusco por demás que sean judíos de Austria quienes glorifiquen en Francia la Revolución del 89, cuando, entre nosotros, todos los seres libres, pertenezcan á la flor y nata intelectual ó al proletariado, están unánimes en maldecir á

esta Revolución defectuosa y declarar que no nos trajo más que el pauperismo, la deshonra y la ruina.

A nosotros, que no pertenecemos á la corporación de los organistas de barbarie nos toca interrogar al horizonte, y mostrar lo que será la próxima guerra, la guerra inevitable.

Cuando haya sonado la hora fatídica de la gran matanza, se verán estas cosas:

¡Moviliza! ¡Moviliza!—el flúido eléctrico lanzado á los innumerables hilos ha llevado, hasta los más apartados rincones de la Galia y de la Germania, la orden terrible que es un decreto de muerte para millares de seres humanos. ¡A las armas! ¡a las armas! han contestado millones de pechos galos y germanos.

A las pocas horas, los ginetes prevenidos están á caballo, y se lanzan á las fronteras.—¡Acuchilla! ¡acuchilla al galope! Cargad unos contra otros, últimos soldados de los combates épicos de otros tiempos!

¡Cargad y acuchilla á prisa!... vuestra hora será corta... porque, detrás de vosotros, llegan y se alinean los fusiles y los cañones modernos... y va á comenzar la gran Batalla Nueva....

Han bastado unos cuantos dias.—Las máquinas rápidas aparejadas para los largos trenes de guerra han amontonado, en ambos lados de la frontera, los formidables batallones y los temibles cañones negros.

Los Regimientos, las Brigadas, las Divisiones, los cuerpos de ejército, las Escuadras, poco há fragmentos esparcidos, se han reunido.

Los hombres se encorvan bajo el peso de los cartuchos metálicos; los arcones están llenos de proyectiles; los carro-

matos rebosan de útiles, zapatos y víveres. Las ambulancias esperan bajo la cruz de sangre de las banderolas.

Los resuellos de los hombres y de los caballos asemejan el rumor de las olas lejanas. Los vapores salidos de esos hombres amontonados y de los brutos llenos de sudor suben y velan el cielo azul.

Unos pocos kilómetros separan á los Galos de los Germanos.

Esta mañana, es día de batalla....

Y de pronto, un gran silencio: silencio hijo del recogimiento de las almas que van muy pronto á dejar los cuerpos; silencio hijo de los espantos mudos, ante el pensamiento de la enorme hecatombe; silencio hijo de las plegarias mentales y secretas de los esposos, de los padres y de los hijos.

Resuena repentinamente; y lejano lúgubre, el primer cañonazo, y dos millones de soldados responden con gritos salvajes al silbido del primer proyectil.

¡Adelante! ¡adelante!

Las músicas guerreras entonan las marsellesas nacionales; las banderas, los estandartes, las banderolas se estremecen; los corazones taten, los caballos relinchan; las órdenes se cruzan y se multiplican; el cielo tiembla. ¡Las líneas inmensas y profundas avanzan unas contra otras... hombres y bestias... carnes de cañon!

Las baterías se despliegan y toman posición.

Las infanterías marchan. Cárganse las piezas, cárganse las armas, llénanse los almacenes de fusiles.

¡Seis mil metros separan las bocas de los cañones de acero! ¡dos mil metros separan las puntas de las bayonetas... y ya comienza la batalla.

Abrese terrible fuego; cañon contra cañon, batería contra batería, grupo de baterías contra grupo de baterías.

A seis mil metros! ¡Pieza, fuego!

Las granadas surcan el suelo y revientan; pero, muy pronto, cada pieza ha rectificado su tiro y hallado su distancia y la lucha se hace intensa. En adelante, cada proyectil lanzado reventará en el aire, encima de las cabezas y sembrará doscientos cincuenta proyectiles sobre superficies cubiertas de hombres.

Hombres y caballos quedan aplastados debajo de esta lluvia de hierro y plomo. La superioridad quedará para el artillero más hábil y más rápido.

Los cañones se matan entre sí, las baterías se aplastan entre sí, los arcones se vacían.—La ventaja será también para aquel cuyo fuego no pare.

Y debajo de estos huracanes, de estas tempestades, los batallones van á embestirse.

¡Dos mil metros! pero ya las balas de pequeño calibre, finas, imperceptibles, plateadas, puntiagudas, silban y matan, hieren y traspasan, rebotan y destrozan; las descargas se suceden y sábanas de balas, densas como el pedrisco, rápidas como el rayo, inundan el campo de batalla.

Los cañones que han matado á los cañones de enfrente, libres entonces, atacan á los batallones.

Lanzan sobre los grupos la brutal lluvia de hierro y los cadáveres cubren la tierra ensangrentada.

Las líneas atacan á las líneas, los batallones empujan á los batallones, llegan las reservas, y, no obstante, entre los dos ejércitos que las balas y las granadas destruyen, se extiende todavía una larga faja, de mil pasos de anchura, que ningún vivo puede traspasar...

Las municiones se acaban... los millones de cartuchos y los miles de granadas cubren la tierra asolada con sus estuches de cobre, con sus palastros destrozados, con sus cas-

cos cortantes... y el fuego continua siempre... siempre... mientras los arcones vacíos son reemplazados por otros.

Las bombas de melinita pulverizan las granjas, las aldeas, los pueblos; arruinan y aniquilan todo lo que es un abrigo, un refugio ó un obstáculo.

La mitad de los combatientes agoniza ya y muere; los heridos y los muertos forman como dos baluartes paralelos, espesos, distantes mil pasos, que los proyectiles remueven, que la metralla desmenuza... y que los vivos no pueden traspasar.

La batalla continua, encarnizada. Mil pasos separan siempre á los dos ejércitos.

¿De quién será la victoria? De nadie...

Y las descargas aumentan, y los cañones vomitan; las unidades voltean en aquel infierno y se desalientan debajo de aquella tromba.

¡Soldados y jefes confundidos!

¡Caballos y cañones confundidos!

¡Banderas y estandartes confundidos!

¡Vivos, heridos y muertos confundidos!

¿De quién será la Victoria? ¡De nadie!...

Sin embargo, la inteligencia de un jefe, en medio de aquella grande carnicería, ha visto que los hombres y las municiones faltaban en un punto de la línea enemiga... en el centro... á la derecha... á izquierda... en alguna parte.

Aquel jefe ha reunido, rápidamente, delante de aquel punto débil, cañones cargados, batallones frescos, arcones llenos y ha lanzado este torrente al través de los dos diques infranqueables de la zona de los muertos.

Ha abierto una brecha en el enemigo, ha entrado en ella, herida la cabeza, mientras que sus escuadrones rápidos han barrido los flancos de la columna de ataque.

Aquella columna infernal penetra como un cuño, en el

corazon del ejército enemigo; los vivos recobran valor é intentan un último esfuerzo.

Los cañones truenan y la columna adelanta siempre... perdiendo la mitad de sus hombres... pero avanzando.—A su vez, se despliega y abre un fuego terrible con todos sus fusiles y todos sus cañones.

Las líneas enemigas se rompen y los destrozos de los unos cedén el terreno á los destrozos de los otros.

¿De quién es la Victoria?

El día declina, llega la noche, las sombras ocultan el horrible osario. Los vivos, rendidos de fatiga, no tienen ya uerza para perseguir ó huir.

¡Mañana! ¡mañana todavía! mientras haya hombres, caballos, cañones, fusiles, cartuchos y granadas.

Esta noche, contad vuestros muertos y vuestros vivos.

¿De quién es la Victoria?

¿De quién? de Dios, quizás... quien ha resuelto hacer morir, bajo el Diluvio de hierro, á todos los hijos que han olvidado las palabras de Cristo: «Amáos los unos á los otros.»

Paréceme que hay un motivo de esperanza para los que hayan leído, con espíritu de pensador y alma de francés, esta página escrita después de una conversacion con oficiales patriotas, bajo la inspiracion, en cierto modo, de hombres de corazon ardiente, de inteligencia despejada, quienes meditan continuamente en lo que será la próxima guerra en la formidable incógnita que encierra la primera batalla.

Sí, habrá un momento en la jornada en que un jefe, sobre todo si es joven, verá ó creará ver,—lo que sucede á menudo hasta en la guerra,—un punto débil en el enemigo; habrá un hombre que hará algo de por sí y que transfor-

mará de repente un combate que parece del todo científico é industrial, introduciendo en él el elemento humano, la iniciativa individual.

Esto debe infundirnos esperanza, mostrándonos que, á despecho de los medios gigantescos de que dispone Alemania, podríamos perfectamente presentarnos en el primer campo de batalla en condiciones de igualdad absoluta.

La verdad es que la guerra, en la que nada parece ahora dejado á la casualidad, es más que nunca un enigma.

Recuerdo á propósito de esto una conversacion con el general Schmitz.

El general Schmitz es uno de los comensales de los Spartiats, donde nos reunimos cada quince días entre amigos para conversar familiar y cordialmente. ¡Cuántas cosas interesantes nos ha dicho allí nuestro pobre y querido Raoul Duval! Séanme testigos de esto cuantos frecuentaban continuamente aquella reunion: Goncourt, Uzanne, Jollivet, Boisgobey, Ziem, Dupray.

Otra vez empero os hablaré más á fondo de Raoul Duval, por ahora me concreto al testimonio del general Schmitz. Impedido por sus ocupaciones, dejábase ver raras veces en los Spartiats, y confieso que me quedé algo sorprendido la primera vez que le ví en nuestras comidas. «¡Qué pícara de idea se le ha ocurrido á este guerrero, dije á mi vecino, venirse aquí entre literatos, pues nada ingenioso nos dirá, y se nos beberá toda la chartreuse!»

La conversacion recayó al fin acerca de las cuestiones militares, y ese hombre, en apariencia algo rudo, nos abrió perspectivas curiosas y mezcló á ideas muy elevadas recuerdos que tenían el acento vivo de las cosas vistas. Nos mostró cuán necesariamente era falso lo que se decia acerca de esta materia, ya que, regularmente, los que hablaban de la

guerra no la conocian, mientras que los que la conocian bien no hablaban de ella.

Insistió sobre todo en lo imprevisto que contiene un combate, en la ignorancia en que estaban los mismos que en él habian tomado parte, de cuanto habia pasado en dicho combate. Es indudable que Stendhal ha indicado esto por Waterloo, visto desde un pequeño rincón del campo de batalla, pero el general Schmitz nos lo afirmaba por los que estaban reputados como directores de la acción, y nos citaba el ejemplo de la batalla de Inkermann, á la que asistía como jefe de estado mayor de Canrobert. Por la mañana nadie sospechaba que hubiese batalla y por la tarde, el general Canrobert, que habia estado todo el día en medio del fuego y cuyo uniforme estaba acribillado de balas, decia al coronel Schmitz: «Pues bien, ahora va á ser preciso escribir un parte acerca de este pequeño combate.»

El pequeño combate era una gran batalla y los muertos estaban de tal manera amontonados unos sobre otros en un espacio reducido, que ni siquiera nadie tenia la menor idea de la cifra de las pérdidas.

La conclusion del general Schmitz, muy consoladora en resumen, sería tranquilizadora para nosotros, siuviésemos en tiempo de guerra un comité de Salvación pública verdadero, si los ponentes de la Comisión del presupuesto no fueran industriales que venden los secretos de nuestras granadas á Inglaterra, si los judíos, como Levaillant (Isaías ó Rech) no dieran puestos de confianza en la frontera á desertores, si, en una palabra, no fuéramos entregados al enemigo por los Franc-Masones que ocupan todas las situaciones importantes.

En la mayor parte de los casos el éxito de una batalla de-

pende de una mera casualidad y nadie está en disposición de dirigir un ejército que exceda de 100,000 hombres.

Por otra parte, Tolstoi ha aclarado admirablemente este punto.

Cada batalla, dice, la de Torontino, de Borodino, de Austerlitz, cada batalla se realiza siempre de muy distinta manera de la supuesta por sus instigadores. Es una condición esencial del arte de la guerra.

Innumerables *fuerzas libres*, — por que en ninguna parte es más libre el hombre que durante la batalla, donde se trata para cada uno de la vida ó de la muerte — innumerables *fuerzas libres* influyen en la dirección de la batalla que no puede ser prevista y que no coincide jamás con la dirección de una sola fuerza.

Cuando varias fuerzas diversas obran al mismo tiempo sobre el mismo cuerpo, la dirección hacia la cual será impelido este cuerpo no será jamás la de una de estas fuerzas, sino que sigue la dirección del medio más corto, lo que se formula en la mecánica por la diagonal del paralelogramo de las fuerzas.

Todos los que en nuestra época saben abstraerse todavía del movimiento de trepidación que arrastra nuestros contemporáneos á una especie de danza de crisiacos, meditarán con provecho estas sencillas reflexiones.

Napoleon, que era quizás el más maravilloso cerebro que haya habitado en cabeza humana, pudo dirigir sus primeras batallas, cuando conocía la composición de los regimientos, el temperamento, las cualidades especiales de cada general. Desde 1808 ó 1809 estuvo á la merced de todos los azares. ¿Quién no sabe que en la batalla de Eylau ni uno solo de los oficiales de ordenanza enviados por el Emperador para llevar sus órdenes llegó á su destino?

Es vana pretension que los telégrafos militares permitan á generales en jefe darse cuenta instantáneamente de las

operaciones que se llevan á cabo en una extension de varias leguas. Además de que las probabilidades están igualadas, porque todos tienen semejantes aparatos, la situación es siempre la misma, porque todos los perfeccionamientos modernos no pueden cambiar nada á la capacidad de un cerebro humano.

Suponed un general, no muy viejo, que tiene la confianza de los soldados y dominado por la idea fija de pasar, vá por la derecha cuando se creia que iria por la izquierda, y desbarata las combinaciones; los enemigos creen que él tiene una razon para hacerlo y que aquel movimiento corresponde á un plan cualquiera; se perturban..... El general sale vencedor y será proclamado *imperator*. El mariscal Mac-Mahón no es por cierto un prodigio de inteligencia, ha hecho algo parecido á esto en Magenta, y, si hubiese muerto antes de 1870, habria dejado la reputacion de estratégico incomparable.

Si el juego de las *fuerzas libres* de que habla Tolstoi restablece la igualdad entre los combatientes que pueden obedecer á su inspiracion del momento, la situación cambia cuando se trata de la organizacion, de la preparacion de la guerra, del cuidado de poner fuerzas en presencia de otras fuerzas.

Los Franc-Masones y los Semitas tienen perfecta idea de esta evidencia; por esto se esfuerzan por entrapar en todas las administraciones á cuantos respiran aun algun amor á la familia francesa de otros tiempos para reemplazarlos por judíos alemanes recién naturalizados (1).

(1) Va sin decir que un libro como este se ha hecho á medias contando con lectores que comprenden con media palabra; es un estudio en común. Cada uno, en el círculo especial donde se mueve, comprueba la exac-

Esos tales, segun lo ha hecho observar Santiago de Biez, no son ya «Franceses de lo mejor,» como Heine, ó siquiera «naturalizados vencidos,» como Wolff, son dos veces franceses. Con estas memorables palabras el alcalde del IX distrito, Emilio Ferry, muy digno de llevar semejante nombre, saludaba á la hija del gran rabino Zadoc Kahn el dia de su matrimonio civil en la alcaldia de la calle Drouot.

titud de lo que yo sostengo y averigua cuanta razon tengo. Obligado á contar con una magistratura masonica y judía, me apoyo siempre, todo lo posible, en hechos diversos que han figurado en doscientos ó trescientos periódicos.

Entre los hechos diversos muchos son instructivos como la historia de Bloch y del ministerio de Marina. Flourens y Poubelle declararon que, hasta despues de un concurso, un Cristiano, que no renegara su fe, no podia ser admitido en una administracion del Estado; Bloch queda admitido sin reparo. Luego de admitido, hace presentar una primera orden falsa de 450 francos; el titular verdadero llega poco despues y contentáanse con decir al falsario: «Habeis querido chancear.» Nuestro Bloch presenta una segunda orden falsa de 800 francos que no se paga porque el titular se habia presentado él mismo á cobrar su pension tres dias antes. «¡Siempre bromista!» se le dice á Bloch. Bloch, sin cansarse, fabrica una tercera falsedad, pero esta vez de 2,000 francos. El empleado se contenta con poner el titulo falso en su cajón y dice á Bloch: «Si fuérais á hacer un pequeño viaje á Berlin?»

Bloch consiente, y parte tranquilamente para Berlin, «con una jóven y hermosa muchacha que habia tomado por querida» sin olvidar de seguro llevarse á Alemania todos los datos que ha podido procurar en el ministerio acerca del estado de nuestra marina.

Imagináis el ruido que meteria la *Lanterne*, si un Hermano de las Escuelas cristianas hubiese fabricado una orden falsa de veinticinco céntimos, y si se le habria tratado con esa indulgencia.

Es verdad que el *Intransigent* nos hace saber que Bloch pertenece «á una de las principales familias israelitas de Paris.» Es absolutamente como Allmayer. Todos los ladrones famosos pertenecen «á las familias israelitas más honorables de Paris.» Pregúntase uno qué deben producir las familias que no son honorables. Los judíos no se inquietan por tan poca cosa: los Bloch harán como los Allmayer, y pedirán autorizacion para cambiar el nombre. Espero que tomarán el nombre de Montmorency, á ejemplo de los judíos de Hungría á quienes un decreto de M. Tisza ha permitido apoderarse de los más ilustres nombres de la nobleza magdiar.

En todo caso tenemos aquí mucha luz para ver el orden que reina en la contabilidad del ministerio de Marina. En todas partes sucede lo mismo.

Nosotros, empero, cuyos padres habitaban el suelo de Francia desde siglos, no somos, parece, «franceses más que una vez,» y esto es ya demasiado para los invasores. Donde quiera que se señale, en algun puesto donde se pueda ser útil á la Patria, un francés de origen, un cristiano que, aun sin serlo práctico, continua fiel á la religion de sus antecesores, el diputado republicano, agente de la Franc-Masoneria judía, interviene, denuncia, amenaza, hasta que haya llegado á sustituir al francés natural un judío originario de Hamburgo, de Colonia ó de Stuttgart.

Los obreros, como los militares con quienes he hablado, ven claramente que el peligro está en esto; comprenden admirablemente que no será de temer el enemigo que se tendrá delante, sino el enemigo que se dejará detrás, en París: los *Naturalizados* dueños de nuestros secretos y los representantes de la Alta Banca cosmopolita acechando de antemano nuestra derrota para traficar con nuestro rescate (1).

(1) El pueblo, aunque engañado por los periódicos, tiene á veces cierto confuso instinto de los peligros que nos amenazan y de los medios que debieran emplearse para la salvación de la Patria. En 1792, se dió cuenta de la importancia que tenia para él asegurarse del llamado M. Veto y tenia razon en su punto de vista, en el punto de vista de la Revolución; muchos obreros inteligentes comprenden muy bien que si se deja escapar al señor Millon, la Francia está perdida.

Los considerandos de la resolución propuesta por Chirac y votada por aclamacion en una reunion pública, son un documento instructivo para la ciencia social:

«Atendiendo que está demostrado por toda la historia de este siglo que la guerra es la obra premeditada del dinero internacional que, por hecatombes periódicas, aplica la fórmula de Malthus:

Que, la omnipotencia del dinero internacional ha continuado en afirmarse amenazando á los pueblos; que, aun actualmente, y desde algun tiempo sobretodo, las excitaciones más graves son provocadas y expresadas por la *Bolsa*;

Atendiendo que el dinero internacional organiza todos los empréstitos

¿Qué saldrá de ese mundo agitado entre todas las Potestades caóticas? ¿de ésta sociedad entregada á todas las Anarquías? Hasta aquí no se distingue más que el judío, sólo en pié, vencedor, irónico, y siempre tan lamentablemente tétrico. La Francia es su dominio, el Austria es suya y ha creído apoderarse de Alemania con Federico III á quien la multitud llamada ya Cohen I. Por dicha de sus pueblos y desgracia nuestra ¡ay! el jóven Emperador parece tener el alma de un verdadero soberano y no querer abdicar en manos de los Rothschild como el Emperador Francisco José y el archiduque Rodolfo. Pero los enemigos de Israel y de

de guerra, y descuenta á los soberanos todos los recursos que los constituyentes no darian jamás, sabiendo que se trata de su propio exterminio;

«Que detiene todos los medios de informacion por el telégrafo y por los periódicos, merced á las concentraciones metálicas que aumenta continuamente por las operaciones de crédito y de agiotage; que puede de este modo pagar todos los concursos, comprar todas las conciencias, y amenazar el reposo público, como lo hizo en 1866, época en que engañó á Francia acerca de las consecuencias temibles de la campaña de Sadowa;

«Atendiendo que todos los pueblos de Europa tienen el mismo interés de vivir y trabajar en paz, que, por consiguiente, deben tender á paralizar por todos los medios, los fautores de matanzas;

«Por estos motivos;

«La asamblea toma las decisiones siguientes, para que se realicen por via de demanda ó de otra manera;

1.° Los Rothschild, Erlanger, Hirsch, Ephrussi, Bamberger, Camondo, Stern, Cahen de Amberes, Lehauty, Soubeiran, Oppenheim, Gunzbourg;

«Membros del dinero internacional y detentores en junto de más de seis mil millones de francos, quedan, desde ahora, bajo la vigilancia de la nacion;

«2.° A la primera declaracion de guerra, la nacion se asegurará de su persona;

«3.° Disparado el primer tiro sus casas serán arrasadas y sus bienes secuestrados;

«4.° Inmediatamente se formará un tribunal popular que oirá sus explicaciones y aplicará más amplia justicia;

«5.° Los padres de familia de todos los paises, los socialistas de todos los Estados son invitados á votar una decision semejante, designando ellos mismos los miembros del dinero internacional que residen cerca de sus gobiernos respectivos.»

la Masonería no suelen envejecer, y muy pronto quizás, la Alemania que se defiende algo todavía del judío, merced á su organización militar y al reclutamiento severo de su cuerpo de oficiales, será absorbida á su vez.

Las predicciones del *Jeiteles teutónico* (1) se encontrarán realizadas y asistirémos al espectáculo que nos muestra al artista visionario encargado de ilustrar el profético opúsculo.

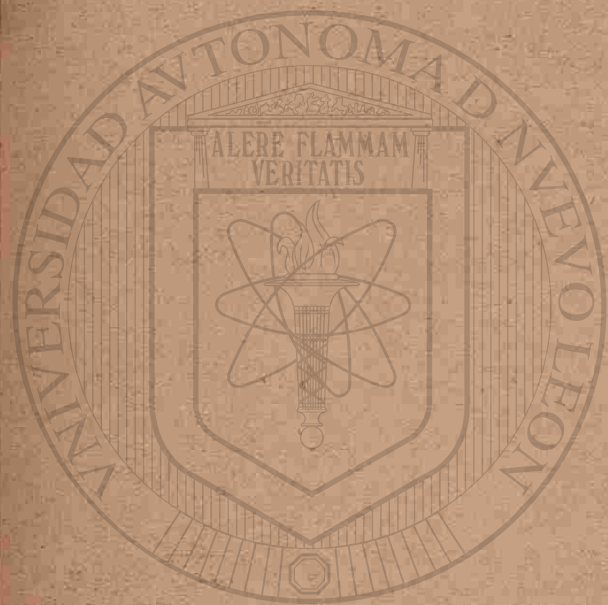
El primer dibujo representa el monumento de Arminio en el bosque de Teutoburgo. El judío ha derribado á Arminio y se ha puesto en el lugar del héroe tendido ahora en el polvo con un trozo de espada rota en la mano. La obra nestá del judío está acabada, todo está devastado, todo está conquistado y la Alemania ha pasado á ser una tierra de desolacion.

Llega entonces el Oso del Norte que comienza á trepar á su vez el monumento para desalojar de él al judío. Este triunfante, segun se os muestra en el segundo dibujo, es presa de vivo temor al ver adelantarse el Oso que lleva rodeados sus costados robustos con el knout destinado al castigo; comprende que está en caso muy apurado; el viento e tempestad que sopla á su rededor, le ha quitado el capete alado que tan arrogantemente sostenia ántes; con ademán muy lastimoso se esfuerza por hacerse un arma de ese paraguas glorioso que, poco há, blandia con aire de triunfo. El hijo de Israel no se desanima no obstante y propone al Oso ruso tratar y repartirse el imperio del mundo. El Oso rehusa y devora al judío.

(1) *Jeiteles* es el apodo popular del judío vienés, como *Schmul* es el apodo del judío alsaciano. El verdadero título del opúsculo seria: *Et Foutre pangermanista* (Canto de los bardos de la Alemania judaizada) por Triboulet II.

Este es el sentido de la hermosa alegoria que nos hace esperar que un pueblo nuevo y jóven, con conciencia del destino que debe cumplir, vengará al fin la raza aria desde tanto tiempo explotada y pisoteada por el Semita...





EL FIN DE UN MUNDO.

LIBRO PRIMERO.

El heredero.

Los que esperan su turno.—Lo que fué verdaderamente la Revolución francesa.—Las fórmulas aceptadas.—La tierra para los campesinos.—A quien aprovechó la Revolución.—Lo que decía el abuelo de ciertos conservadores.—Los recuerdos de pueblo.—Por qué no se ha escrito nunca la historia social de la Revolución.—Los representantes de la Breña católica y monárquica.—Los Cadoudal.—Un bardo.—Los Caradec, los Martin d'Auray y los Lamarzelle.—Bienes de emigrados y bienes de Iglesia.—La ironía de las cosas.

Al rededor del lecho de púrpura y de estiércol donde se muere esta sociedad en descomposicion, el Pueblo espera. Muy convencido de que todo será suyo algun dia, es más áspero que violento, ménos insistente de lo creible; muestra, al contrario, cierta paciencia picaresca—paciencia de heredero...

¿En qué forma se hará la liquidacion? ¿Qué saldrá del caos en medio del cual un mundo, demasiado bien conocido para admitir que pueda vivir, choca con otro mundo que no se conoce todavía, que sólo se ve hasta ahora en el estado nebuloso? ¿Cuáles son en el fondo las probabilidades de lo porvenir, las doctrinas exactas y el valor práctico de los sistemas por los cuales pretenden los socialistas remediar la anarquía actual?

Este es el estudio que nos proponemos al comenzar esta obra.

Semejante estudio no es fácil y corre mucho riesgo de no agradar á nadie.

Los conservadores encontrarán en él que reprender más aún que los socialistas sinceros. Efectivamente, no puede imaginarse las preocupaciones, las ignorancias, las ilusiones que reinan en las clases elevadas en todo lo tocante á las cuestiones sociales. No puede imaginarse sobre todo qué idea se forman de la propiedad personas que han presenciado tantas ruinas y que se figuran que la propiedad, á lo ménos la que ellos poseen, es una institución sacrosanta asegurada para resistirlo todo.

Esta concepción de la propiedad, digámoslo ya, es enteramente nueva y no se parece á nada de lo que se ha visto en lo pasado.

La propiedad, según lo demostraremos más adelante, no ha sido jamás un dogma como se cree actualmente; es uno de los modos de organización de la sociedad, uno de los medios de cumplir la ley primordial, la ley vital, la ley de una existencia equitativa para todos, de asegurar el derecho de todos los hombres á vivir de su trabajo.

Para la Iglesia, la propiedad individual ha sido siempre una simple delegación de usufruto en el régimen divino. La Iglesia ha señalado reglas para el ejercicio de esta delegación; le ha agregado deberes; ha velado cuidadosamente, prohibiendo la usura y lo que los Padres de la Iglesia llaman «la execrable fecundidad del dinero» para que esa propiedad no excediera de ciertos límites y no se hiciera invasora.

Los que, testigos del espantoso desorden que reina en todas partes actualmente, se preocupan por reorganizar la sociedad sobre nuevas bases, sobre bases más racionales y

más justas, no son enemigos del reposo público que deban tenerse á cierta distancia como los vagabundos armados con gruesos palos y provistos de largas barbas contra quienes se hace ladrar los perros. Cierto que entre esos tales hay extraviados, odiosos, espíritus falaces; pero el fin propuesto por los socialistas de buena fe es muy noble y su obra muy necesaria.

Los encogimientos de hombros á que se entregan los conservadores de la clase media y los clamores de indignación que lanzan así que se discute el principio de la propiedad, son tanto más extraordinarios en cuanto la Clase media vive en gran parte en la más monstruosa, en la más brutal, en la más sangrienta expropiación que jamás ha contemplado el mundo. La clase media á la que la sola palabra de *nacionalización del suelo* hace dar saltos, olvida que esta *nacionalización* se ha verificado ya en este siglo. Sólo que, lejos esta *nacionalización* de aprovechar á todos, lo que no hubiera excusado las condiciones horribles en que se produjo, aprovechó únicamente á la Clase media, lo que debiera impedir que dicha Clase media protestara tan alto.

No han trascurrido todavía cien años desde que se aplicaron en Francia entera las teorías que, formuladas por los actuales Anarquistas, parecen horribles á los más indulgentes. Se ha encarcelado á personas de bien que, en su mayor parte, no eran siquiera nobles, que no representaban ningún papel político, á veces ancianos casi caducos, niños de diez y seis años; se les colocó en la tabla, se les cortó el cuello y se les tomó sus bienes, sus muebles, sus joyas, sus casas, sus prados, sus bosques...

Evocad el recuerdo de las conquistas que arrancaron un pueblo de sus hogares para introducir en ellos á recién venidos, nada hallaréis tan completo, tan implacable, tan ra-

dical. Buscad ahora alguna obra que os dé pormenores acerca de esta colosal sustitucion de los que no tenian á los que tenian y encontraréis la nada. Apenas si recogeréis algunas líneas acá y acullá.

Quizás nada explica mejor que este silencio la invisible y casi inconsciente solidaridad que une á los miembros de una misma clase. Se han escrito acerca de la Revolucion más libros que no quemó Omar en la biblioteca de Alejandria; se ha discutido á vista perdida acerca de las más mínimas jornadas de aquella época trágica, acerca del tiempo que hacia el 9 termidor y acerca del número de botellas que Henriot habia bebido; se ha investigado si era Barbaroux ó Busot el amante de M.^{me} Roland; se ha disertado acerca de las costumbres, los discursos, el color de los cabellos de los más insignificantes personajes revolucionarios; casi nada empero, se ha impreso acerca del inmenso movimiento de los bienes nacionales. La clase instruida, casi por entero, estaba indirectamente mezclada en esta operacion, pero jamás ha hablado de ella á fondo. Sobre esto se ha guardado silencio por espacio de ochenta años.

Más aún, se ha aceptado como palabras del Evangelio esta fórmula en la que yo mismo habia creido: «La Revolucion ha devuelto la tierra á los campesinos.» Esto es absolutamente falso, y los publicistas sociales, como los economistas oficiales, están acordes ahora en reconocer la inexactitud de semejante afirmacion. «Letrosne nos hace saber, dice Michelet, que al tomar Turgot el ministerio, la cuarta parte del suelo pertenecia á los labradores.» Pues bien, ahora, segun todas las estadísticas, los pequeños cultivadores no poseen la octava parte de las tierras cultivadas (1).

(1) Véase Chirac: la *Prochaine Revolution* y la *Revue socialiste* del 15 de febrero de 1887.

La verdad, escriben los autores de la *Cuestion agraria*, los SS. R. Meyer y G. Ardant, la verdad es que la Revolucion francesa no ha creado la pequeña propiedad, ni ha destruido la grande; ha arruinado á grandes propietarios, pero ha hecho salir de las filas de otra clase social á hombres que han adquirido los antiguos señoríos ó constituido, á fuerza de dinero, nuevos dominios. A la nobleza territorial ha sucedido la clase media rentista. La primera no estaba investida sino del *dominium directum*; la segunda disfruta tambien del *dominium utile*. Además, á los bienes de los nobles, ha añadido esta gran parte de las tierras de manos muertas, y de un siglo acá ha redondeado tambien su posesion con muchos campos comprados á los aldeanos. A falta de estadística puede averiguarse este último hecho por muchas observaciones particulares.

Así es que la grande propiedad ocupa actualmente una superficie mayor que cien años atrás, y el derecho de los que la detentan tiene un caracter más absoluto y más resuelto que no tuvo jamás desde la época romana (1).

La venta de los bienes nacionales fué una operacion de

De 14 millones de cuotas, 61 p. %, es decir 8.000.000 no abrazan sino una cabida de 2.574.589 hectáreas de terreno imponible por 49.388.304 hectáreas de cabida total, ó sea el 5, 19 p. %, mientras que la grande propiedad de 50 hectáreas y más con 122.000 cuotas engloba una de 18 millones de hectáreas, ó sea más del 35 p. % de territorio nacional cultivable. Toubeau, en su *Impôt métrique* y el periódico la *Terre aux Paysans* (director Maurice, 1885), nos dan la siguiente estadística:

Tierras no pertenecientes á los que las cultivan:

Montes, bosques, arenales, pantanos, terrenos sin cultivo, dehesas, pastos.	16 millones de hectáreas.
Tierras cultivadas por colonos.	4 —
id. cultivadas por colonos arrendatarios.	12 —
10.000 propiedades de más de 100 hectáreas, cultivadas, cuando lo son, por jornaleros.	12 —
Casas y edificios, huertos, criaderos, jardines.	1 —

Total, 45 millones de hectáreas á deducir de los 49 millones; quedan para los pequeños propietarios cultivadores, 4 millones de hectáreas.

La parte de los pequeños cultivadores seria pues menor de un noyeno.

(1) El autor de una obra muy interesante, la *Reforma agraria y la miseria en Francia*, Fernando Maurice, refuta, casi en los mismos términos, la leyenda de la tierra dada á los campesinos por la Revolucion:

agiotage hecha por los hombres que ocupaban el poder. Compraban casi á montones los innumerables papeles-moneda de la Revolución; asignados, (a) vales del cuarto, de tres cuartos, de los dos tercios, vales de atrasos, de requerimientos, y, en cambio, adquirían patrimonios magníficos (1)

En las poblaciones, el jacobino en ciernes, escribano cartulario, pasante de procurador ó de alguacil, hombre de negocios, antiguo intendente de castillo era el dueño absoluto. El desórden, que está aún disfrazado ahora por algunas apariencias, era entonces completo. Lo que Taine ha llamado «la anarquía espontánea» dominaba en todas partes. Desde el mes de setiembre de 1793 no había una autori-

«Tal como se presentaba la tierra antes del 89, dice, así mismo la encontramos al cabo de un siglo. El pequeño cultivador ha conservado su cabaña, el jardín que la rodeaba; el progreso se ha reducido á esto. Los 3.500.000 restantes obreros agrícolas empleados en las granjas, los parques, los jardines de los ricos no han ganado en ello ni siquiera el tener habitación propia, por miserable que fuera la casucha, porque no debe olvidarse que al lado de los 3.400.000 pequeños propietarios de menos de 5 hectáreas obligados, la mayor parte, á trabajar en casa ajena, la agricultura emplea todavía 3.500.000 trabajadores, verdaderos proletarios, sin poseer más que sus brazos para subvenir á su existencia y á la de su familia. Así se explica la emigración de los jornaleros de los campos, el abandono del trabajo de la tierra, emigración que se eleva en cincuenta años, de 1831 á 1881, por traslado á ciudades, á la cifra de 6 millones de individuos.»

La Revolución, sin embargo, no habrá sido inútil para todo el mundo, ya que, según M. Fernando Maurice, los Rothschild poseen 200 mil hectáreas de tierra en Francia.

(1) El papel moneda había bajado rápidamente á uno por ciento de su valor nominal. El luis se cotizaba al final en dos mil cuatrocientas libras. Ramel que dirigía la Hacienda en tiempo del Directorio, decía: «cómo estimar la masa de los bienes nacionales, cómo calcular el precio que se ha sacado de ellos cuando se consideran los valores admitidos en pago, los asignados á la par ó al precio corriente, los mandatos de la deuda pública, los bonos de tercio, de los dos tercios, del cuarto, los certificados de liquidación, las Órdenes de los ministros, las compensaciones, etc.» (*Des Finances de la République. an IX.*)

Ramel valua los bienes nacionales vendidos en 16 mil millones en Francia y 3 mil millones en Bélgica.

(a) Papel moneda creado en Francia en 1789 y abolido en 1796. (N. del T.)

dad en Francia capaz de dar y comprobar una cuenta (1).

Seguid ahora el majestuoso paseo de antiguas hayas ó de castaños que conduce al castillo y le da de antemano el aspecto grave de las cosas de antiguos tiempos, traspasad la reja y encontrareis en el salon á un bravo gentil hombre, alguna elegante patricia. Los muebles antiguos, las credencias, los cofres adornados con ricas coronas heráldicas, se confunden allí con los refinamientos del lujo parisiense. Se está leyendo el *Figaro*, en él ve, no sin estremecimiento, en un artículo firmado por Chincholle, que los oradores del *Avant-garde* ó de la *Panthiere des Batignolles* han desarrollado sus teorías: «Volarlo todo, quemar los títulos de propiedad, instalarse en la casa de los ricos.»

«¡Qué horror! ¡qué hombres tan infames! exclama en coro la reunion.

(1) *Les finances de l'Ancien Régime et de la Revolution* por M. René Stourm. M. René Stourm ha dado algunas cifras acerca de los bienes nacionales, pero sin entrar en los pormenores vivientes. Hojeando las escrituras de rentas y comparándolas con los recibos, pudiérase escribir un trabajo muy interesante acerca de ese movimiento casi desconocido: investigar el destino de las familias que se han enriquecido merced á estos medios. Seria esta una obra de grande utilidad social pero no se debiera exagerar la cuenta para ser nombrado académico.

Los jefes de la banda negra llevaron á cabo de este modo razzias verdaderamente formidables.

«Algunos dias antes del 18 Brumario, dice Avenel en sus *Lunes revolucionarios*, había cerca de cien mil cuentas por arreglar acerca de las ventas consumadas, y en cuanto á la extension de las fortunas adquiridas, puede uno formarse idea de ellas por la del proveedor Ouvrard, quien, en 1804, podía perder, sin quebrantar apenas su crédito, las tierras de Prenilly, de Azay, con un bosque de 7,000 fanegas, las haciendas de Châteauneuf, Saint-Gratien, de Villandry, Saint-Brice, Marly, Luciennes, la mitad de 84 siquieras cerca de Colonia, alquiladas en más de 600.000 francos al año, cinco casas de la calle de la Chaussée d'Antin y calle de Provenza, una casa de la plaza de Vendome, el palacio de Montesson, etc.

Propietario del Ruincy, lo había embellecido, ensanchado, y daba en él fiestas á lo Luis XIV.»

Aunque el hecho sea menos general que ahora, muchos hombres políticos estaban asociados en las casas de banca. Cambacérés fué algun tiempo el jefe de contencioso de la casa Ouvrard.

Y de los follajes del parque, de los bosques señoriales, del estanque que fué posesion de monjes, sale una voz que grita: «¡Calle! ¡Está hablando el abuelo!»

Efectivamente; no hay todavía cien años, el abuelo ó el bisabuelo hablaba como los oradores de la *Pauthère des Baignolles* y obraba conforme hablaba.

Llamábase Bruto ó Scevola, miembro influyente de la sociedad popular, administrador del distrito, juez en el tribunal revolucionario, era un Robespierre en miniatura en aquel rincón perdido, lejos de todo camino real. ¿Quién se lo hubiera podido impedir? Francia era tal como se la ve en un raro y atractivo grabado popular: sacudida como por un cataclismo terrestre, surcada por relámpagos con resplandores de incendio en el horizonte, ciudades que se derrumban, soldados en marcha por todos los caminos y partiendo para la guerra, para la guerra que durará veinticinco años...

El abuelo se ocupaba diligentemente en ojear á los de enfrente ó á los ricos «sospechosos solamente de ser sospechosos» como se decía entonces.

A veces, á instancias de ese patriota celoso, se trasladaba la guillotina, y en el hermoso paseo que hay allí, ó en la plaza sombreada en la cual el señor, dos años antes, hacía danzar por las tardes al son de las dulzainas, se guillotinaba al viejo caballero de San Luis, y á su compañera de cabellos blancos, y á la niña apenas mujer que los aldeanos amaban tanto en otro tiempo. Después, vendíanse en pública almoneda el castillo, los bosques, las granjas, que se daban por un puñado de asignados, por el precio de algunos árboles, y en el país aterrorizado, nadie, como es muy de creer, se hubiera atrevido á pujar contra el abuelo....

Todo esto se hizo muy rápidamente, en dos años. Cada cual operó donde estaba, tomó lo que estaba á su alcance, lo que le convenía, como lo recomiendan los actuales Anarquistas.

En muchos puntos funcionaban comités, tribunales revolucionarios que el comité de Salvación Pública de París no conocía. Cada procónsul empleaba el medio que le parecía más adecuado para expoliar al prójimo. En Moulins, Fouché hacía exponer á los ricos debajo de la cuchilla de la guillotina hasta que hubiesen entregado lo que se les pedía; también había mandado expediciones nocturnas para desbalijar las casas (1).

Otros jacobinos saqueaban sencillamente en las carreteras como Javogues, el amigo de Fouché, y su inseparable Charrey. Después del 9 termidor se colgó á algunos de ellos. En un campo perteneciente á mi cuñado, se enseña todavía el aliso donde colgaron á Charrey; el recuerdo de este hombre había quedado muy vivo en el país y los ancianos recordaban perfectamente haber sido desbalijados por él en la carretera.

Los que no fueron degollados en los primeros momentos llegaron á ser alcaldes, magistrados, personas influyentes, duques á veces, como Fouché. Pocos años há se suicidó una judía casada con un duque de Otranto, é ignoro si hay todavía un duque de Otranto, pero si existe uno y hubiese tenido la ocurrencia de presentar su candidatura en un gran círculo, al propio tiempo que yo, tendría muchas más probabilidades de ser admitido que yo, cuyos padres no hicieron nunca mal á nadie.

(1) Divídese en once cuadrillas. Cada cuadrilla está encargada de visitar y saquear de ocho á diez casas. Al frente de cada cuadrilla, un miembro del comité y un jefe municipal acompañados de cerrajeros y de la guardia revolucionaria. Se va á las casas de los detenidos ó de otros particulares. Se descerrajan las cómodas y los armarios cuyas llaves no se hallan. Se roba el oro y la plata acuñados. Se lleva también la plata, las joyas, los utensilios de cobre y otros muchos objetos, mantas, relojes, carruajes, etc. No se dá resguardo. No se consigna lo que se ha llevado. (Documentos justificativos, n.º 19. Conde de Martel: *Tipos revolucionarios*).

El miembro de este círculo que votaría á favor del descendiente de un hombre que hizo degollar miles de ancianos, mujeres, niñas, gesticularía como un mono si yo le dijera: «Permitidme que os presente uno de los más enérgicos soldados de la Commune, con quien he emparentado algunos meses há.»

Al cabo de muy poco tiempo, comenzaba el olvido. La propiedad se había dislocado; los hombres se habían colocado: la Revolucion estaba hecha.....

Quince años después, todo estaba arreglado, como se arreglaría,—sépanlo bien los conservadores ciegos,—la revolucion social que les desposeyera. El sol continuó haciendo sazonar las cosechas en los campos, que habían cambiado de dueños, y el perceptor reemplazó al receptor de contribuciones que cobraba antiguamente impuestos menos onerosos. Hablóse algun tiempo, en voz baja, en las cabañas de esos acontecimientos singulares, pero muy pronto el mismo campesino no quiso pensar más en la época que él llamaba: «El tiempo del mal papel y del grande espanto.»

Apenas si hace veinte años, encontrábase á veces alguna anciana labradora, totalmente quebrantada, que os enseñaba un santo de madera salvado por ella de la hoguera cuando quemaban las sagradas imágenes en medio de la aldea, y que evocaba en algunas palabras que parecían fantásticas, el aspecto de un rinconcito del país durante el Terror.

Hablando de la Revolucion con los Goncourt, con motivo del libro que acababan de publicar acerca de María Antonieta, Montalembert lamentaba, algo cándidamente, que no se hubiese reconstituido, con el auxilio de las tradiciones orales, la época de transición, la fisonomía de la Francia provincial en los años que siguieron al Terror. En adelante es demasiado tarde para semejante libro. Los

expoliadores enterraron la historia, como habían enterrado á sus más ilustres víctimas, en la cal viva..... Los mismos desposeidos no pensaron en escribir nada y acabaron por vivir, en buena inteligencia con sus expoliadores.

Recuerdo un excelente noble de Bretaña, verdadero representante de raza expirante, amable y cortés á cuanto cabe, compositor de música, que arreglaba sus escudos de armas en tapicerías para adornar su casa, y entregándose á interminables partidas de piqué con un descendiente de Terrorista que poseía la mayor parte de la hacienda de la antigua familia.

Cierto dia de invierno, después de la partida, hojeando, en compañía de su asociado de juego habitual, unos papelotes que uno de sus tíos había recogido en el país, mi castellano encuentra la orden de ejecucion de su abuelo firmada por el abuelo del que tenia en su casa, en su presencia..... Púsose pálido y se esforzó por disimular el documento, para no apenar á su huésped para quien tuvo después más consideraciones, y cortesania. Repito que estas razas están extinguidas, ni ya tienen sangre en sus venas.

Es indudable que el Destino pesa cruelmente sobre los descendientes de asesinos. Al rededor de ciertas moradas, testigos de sacrilegios más odiosos que los demás, parece que revolotean continuamente los malos genios inspiradores de crímenes ó las Fatalidades que, antiguamente, alejaban cada uno de los lugares frecuentados.

Aquí está la antigua abadía fundada por Archambault de Comboin, el Glandier, que saqueada en 93 fué vendida á vil precio. El primer ocupante acabó mal, y no tuvo mejor suerte el segundo; casó con María Cappelle.

Allí, muy cerca de esta, una abadía de Cartujos es igualmente profanada. Todos cuantos se suceden allí den-

tro, mueren trágicamente. El último poseedor, á quien se creía rico, se casa con una jóven que lleva un excelente nombre de la antigua Francia, el nombre de una familia ducal que fué célebre por sus cuatro costados: tiene de ella dos hijos; un niño y una niña. El hijo sienta plaza, se le envía á las compañías disciplinarias y muere fusilado al poco tiempo; la hija, después de una serie de raras aventuras, acaba por casarse con el relojero Pel.

Si han descargado catástrofes y desgracias extraordinarias en gran número de familias cuyos jefes habian recogido sus títulos de propiedad en el cesto de su víctima de los cadalsos; otros han prosperado, reservados quizás para castigos más terribles: *re male quæsitæ non gaudet tertius hæres.*

Poco á poco, los descendientes de los Brutos y de los Scevolas llegaron á persuadirse de que ocupaban el castillo de padre á hijo desde siglos, agregaron á su nombre el de la propiedad, invitaron al párroco, hicieron limosna, vistieron á los niños pobres para la primera comunión.

En ciertos países, como Bretaña, los descendientes de los Terroristas son ahora los campeones del trono y del altar. Esto es uno de los hechos más curiosos que puedan verse.

En ninguna parte más que en estas regiones, donde todo es inmutable, se presentan más sorprendentes todavía las escenas de la Revolución. En el gran silencio que envuelve aquella tierra, parece oírse aún cierto postrero rumor de acontecimientos terribles y que el día ántes tuvo lugar allí una batalla ó una ejecucion en masa. Sin esfuerzos de imaginacion, el ánimo resucita la Chuaneria, (1) la vida nocturna, el grito del buho que servia de llamada, la señal dada al

(1) Dábase el nombre de Chuan al insurgente de la Vendée y de la Bretaña, cuando la Revolución francesa. (N. del T.)

pasar cerca de una cabaña con un silbido, la misma naturaleza uniéndose al hombre que combate por su hogar, aviándole, protegiéndole, ocultándole.....

Caminando á lo largo de la playa del mar, en el polvo blanco y fino que conduce á Plouharnel, cruzando Saint-Colomban, pueblo semi salvaje, situado en una ribera escarpada, donde se os enseña todavía la piedra sobre la cual Monseñor de Herecé dijo la misa al ejército real, se asiste verdaderamente al drama de Quiberon, como si pasara á vuestra vista. En el campo de los Mártires, junto al que corre el Loch con sus aguas murmurantes, parece que se ven pasar sombras heroicas entre el murmullo de los alerces y de los pinos siempre verdes.

En todo el país, alrededor de la aldea de Kerleano, ciérense la figura animosa de Jorje, de sus padres, de sus compañeros. Es Mercier la Vendée, Julian, el hermano de Cadoudal, un bardo hermoso como el día. Había lanzado el fusil, y había vuelto á trabajar en los campos; le prenden, pisoteando la fé jurada, mientras que tenia aún el mango de su arado, y los gendarmes que, segun ellos le dijeron, debian llevarle á Auray, le fusilaron en el camino..... La última noche que pasó en la cárcel, compuso un *lied* que las jóvenes de los alrededores de Auray cantan todavía en memoria del jóven mártir.

Nada tan dulce y tierno como este pastoril en una Iliada, este *sonnet mami* en el cual el guerrero intrépido vuelto á labrador, evoca, en el fondo de un calabozo, todos los recuerdos de la vida campestre. Toda la Chuaneria está allí en su poesía tierna y fuerte, almas de niños, corazones de héroes:

Er prison p'en don entraet.
Er basse fos è on taulet

M'en e ma oueit me brer Jozon
Que n'er hlenan quet mui e son?

M' en e ma oueit me houer Marie
Que n' er guelan quet dré en ty?

M' en e ma oueit parken me zad
Ma ven et hai e labourat

M' en e ma oueit roused me zad
E gassent d' er prad de vouitat?

A peine suis-je entré dans la prison
Qu' on me jette dans un noir cachot

¿Où est allé mon frère Joseph
Puisque je ne l'entends plus chanter?

¿Où est allée ma sœur Marie
Puisque je ne la vois plus dans la maison?

Que son devenus les champs de mon père
Que je labourais autrefois?

Les chevaux de mon père que je menais paître
A la prairie, où sont-ils allés (1)?

¡Qué excelente plebeyo ese Jorge que hace vivir otra vez, en toda su grandiosa sencillez, el libro que acaba de publicar su sobrino Jorge de Cadoudal! En su mano estaba vivir, ser coronel en el primer ejército de Europa, y ese hombre de temperamento sanguíneo, en quien sobreabunda la vida, se resigna á morir, no quiere abandonar á sus fieles bretones. ¡En qué términos les habla, en el patio del Temple, al salir para la Conserjería!

«Cuando no os sintais bastante fuertes en vosotros mismos, miradme á mí, pensad que yo estoy con vosotros; pensad que mi suerte será la vuestra; si, mis queridos hijos, nosotros no podemos tener diferente suerte, y esto debe

(1) Luego que hubo entrado en la cárcel, metiér onme en negro calabozo—¿Dónde ha ido mi hermano José á quien ya no oigo cantar?—¿Dónde ha ido mi hermana María, á quien no veo ya en la casa?—¿Qué se hicieron los campos de mi padre, que antes cultivaba yo?—¿Dónde han ido los caballos de mi padre que yo llevaba á la pradera?

animarnos y embellecer nuestra posición. Sed pues dulces é indulgentes unos para otros; redoblad consideraciones, que suertes comunes den nueva fuerza á vuestros afectos. Nada de mirar atrás, estamos donde estamos, somos lo que Dios ha querido que seamos; muriendo hagamos votos para que nuestra Patria arrancada al yugo que pesa sobre ella, vuelva á ser dichosa bajo el cetro paternal de los Borbones. Jamás olvidemos que esta cárcel que vamos á dejar es aquella de donde no salió Luis XVI sino para ir á la muerte: que su sublime ejemplo os ilumine y os guíe!»

En su cárcel, este gran soldado de Francia y de Cristo hacia decir mañana y tarde la oración á sus compañeros, ayunaba los días prescritos por la Iglesia, y, el 25 de julio de 1804, cuando cayó la cuchilla y separó de aquel cuerpo robusto aquella gruesa cabeza de cabellos rizados, la cuchilla interrumpió las últimas palabras de la Salutación angélica que Jorge rezaba todavía al subir al cadalso.....

¿No es verdad que todo esto os parece de sobrehumana grandeza y no es una idea particular, para un país que ha sido el teatro de una epopeya semejante, escoger para representar el principio monárquico á los descendientes de las personas que cortaban las cabezas en 93?

Cuando los Bretones bretonistas me hicieron ver esas preferencias raras, confieso que me quedé sorprendido, y casi incrédulo. Sin embargo, nada más exacto.

Ambrosio-Santiago Mateo Caradec, hijo de Santiago-Francisco, abogado, vecino de Vannes, en la parroquia de Saint-Patern, abuelo de M. Alberto-Maria-Ambrosio Caradec, abogado, que representa actualmente en la Cámara la patria de Cadoudal, no estaba, cuando la Revolución, entre los héroes que acudieron al llamamiento de los párrocos para defender los santuarios profanados. Entró, es verdad, en

aquella época, en la catedral de Vannes, pero fué cuando los revolucionarios celebraban en ella un simulacro de asamblea electoral, para intrigar allí y obtener los cargos de *acusador público* que cambió luego por los de juez en el tribunal del distrito de Vannes.

Presidente el tal Caradec de los Amigos de la Constitución en Vannes, poco tierno para los nobles y los sacerdotes, no se durmió, después de las ejecuciones, para apoderarse de los bienes que le parecieron convenirle. Si el nieto es un conservador ardiente, el abuelo era un adquirente celoso y los miembros más hambrientos de los grupos anarquistas, los del *Toesin*, de la *Aiguille*, de *Glaive*, los *Coeurs de chène* mismos, se contentarían á buen seguro con la raja que él se adjudicó.

Á los Carmelitas de Nazareth les tomó tres haciendas del lugar de Plescop, los molinos de agua de Beaudet de los Robieu, é innumerables haciendas sitas en Poutscorff, Plœrmel, Monyonet, Plougoumelen, Rumengol, y pertenecientes á los Jacquelot de Boisrouvray, á los Bourgneuf, á los Gicquel del Nedo, á los Lambilly. También tomó por valor de 400.886 francos, que le costaron un puñado de asignados, porque se deja adivinar que no se discutía con el señor acusador público, y que las personas que había guillotinado ó que se estaban batiendo no estaban allí para hacer valer sus derechos (1).

El ciudadano Guillo (Juan-Vicente), abuelo de M. Guillo del Bodan, que lanzaría gritos horribles si se intentara menoscabar el principio sagrado de la propiedad, tampoco fué á reunirse con los Chuanes que estaban en campaña;

(1) Un periódico de Bretaña, el *Derecho monárquico*, publicó, con fecha del 1.º de octubre de 1885, la lista completa de esas adquisiciones que llenan toda una página del periódico.

pero, profundamente afectado, sin duda de cuanto pasaba, se consoló de las desdichas de la época llevando á cabo una verdadera razzia de bienes de la Iglesia. El cortijo, cercados y bosques de Kernipitur pertenecientes á los Dominicos de Vannes, el cortijo de Monsterian de los Carmelitas de Nazaret, las marismas de Púsmain en la abadía de Saint-Gildas-de-Rhuys, en donde fué prior Abelardo (1), todo le pareció bueno y lo tomó todo.

Debe creerse que el bisabuelo de Lamarzelle (Alejo Luis, Julian Leonor) estaba todavía más desconsolado que los demás al ver á su Rey arrastrado al suplicio, derribados los altares, obligadas á huir las personas más honradas, porque él sólo compró por 866,661 francos de bienes nacionales, bienes de emigrados, y bienes eclesiásticos además. Por unos cuantos papelotes orlados con el gorro frigio obtuvo los cortijos, los molinos de agua, los molinos de viento, las praderas de los Champion de Cicé, de la duquesa de Dugueselin, de los Mayon de la Lande, de los Guestin de Lavauguyon, de los Rohan-Guemené; á lo que añadió los sotos, prados, pastos, casas, jardines, tierras, arenales del priorato de San Martín de Josselin, de los Cartujos y de los Francis-

(1) Al lado de familias de la clase media que mejoraron su posición con el despojo, se encuentran conmovedores arrepentimientos, luchas de conciencia que enternecen entre ciertos adquirentes de bienes eclesiásticos. Un hombre honrado llamado de Lange se dejó inducir á comprar en Sarzeau, en la península de Rhuys, un convento de Trinitarios y había ido á habitarlo. Todas las noches, veía el desdichado apariciones bajo la forma de carneros blancos que le recordaban el hábito de los antiguos Trinitarios; veía carneros blancos en los patios donde crecía la yerba, en los largos corredores donde el viento del mar penetraba con violencia, en las celdas, donde santos religiosos habían tanto tiempo meditado y orado. Más escrupuloso que los diputados del Morbihan, no pudo soportarlo nuestro hombre; cedió la propiedad mal adquirida á la congregación de Piepus, y, el mismo día en que se firmó la venta, sintió descender sobre él profunda paz, no vió más carneros blancos, se paseó tranquilo por entre las ruinas y murió como un santo en el antiguo convento.

canos de Anray. Difícil le hubiera sido desembolsar mucho dinero para estas adquisiciones, pues que de 1794 á 1805 le encontramos empleado en las oficinas del departamento como jefe de la oficina de los Emigrados y de los Bienes nacionales, con los sueldos de 1,500 y después de 2,100 francos. Bajo el primer Imperio, fué alcalde de Vannes.

Para merecer esta fortuna, no perdonaron ningun medio los directores del partido revolucionario en el Morbihan. Acerca de la conducta por ellos observada durante el Terror, tenemos un testimonio que no es dudoso—el suyo.

Enviado Prieur de la Marne en comision á Vannes, juzgó á propósito arrestar á Caradec y á los demás empleados del departamento. Pretendió «que los pobres habian depositado en su seno sus pesares secretos y hecho la confesion de las opresiones de que eran víctimas». Esos pobres, siempre segun Prieur de la Marne, «rechazados desdeñosamente por el sobrecejo administrativo y municipal de sus magistrados, se habian dirigido á su representante para pedir justicia (1).»

La cuestion del abastecimiento de víveres, que desempeñó tan gran papel en el París del sitio, parece sobre todo haber agriado los ánimos contra la municipalidad de Vannes en una época en que el hambre estaba en todas partes. Los hermanos y amigos eran de parecer que sus administradores se abastecerian de víveres en verdad con exceso de todas maneras. «Buenos Descamisados me rodean, dice Prieur, dicenme que se les ha rechazado de las asambleas populares, hasta de la Sociedad que debia abrir su seno al pueblo y no

(1) Informe de las operaciones hechas en Vannes por Prieur (de la Marne), representante del pueblo, con Marco-Antonio Julian, comisario de la Salvacion pública de la Convencion nacional.

existir sino por él, que han sido la presa del agiotage tolerado por la administracion, que sus magistrados mismos han sido los acaparadores de dinero, que las mujeres de los concejales y de los receptores lograban por una moneda de *veinticuatro sueldos* en el mercado, lo que no podian lograr por *nueve libras en asignados* las mujeres de la clase de los pobres.»

Caradec y sus amigos afirmaron, en una *Memoria justificativa*. (1), que ellos eran todavia más Descamisados que sus acusadores; protestaron muy alto de su civismo y reivindicaron, como un título de gloria, la responsabilidad de actos que eran simplemente atroces. Ellos eran los primeros que habian ofrecido una recompensa de 60 libras á quien detuviera un sacerdote. «Después de la fuga del Tirano se habian reunido para prestar juntos el juramento del 10 de

(1) Esta *Memoria justificativa* fué impresa en 1794 en un volumen de 39 páginas, en la imprenta J.-M. Galles. Hoy apenas se encuentra un ejemplar, porque las familias han hecho desaparecer después todos los ejemplares que se han podido descubrir. Todas estas familias pertenecian más ó menos á la Franc-Masonería. Hace algunos años, un periodista cándido y lleno de entusiasmo, que defendia valientemente la causa legitimista en Bretaña, fué á encontrar triunfalmente á Mun, diciéndole: «Tengo en mi poder un documento del mayor interés; por obedecer á la postrera voluntad de un moribundo, un sacerdote me ha enviado, para publicarla, la lista completa de todos los Franc-Masones de Bretaña; en adelante se combatirá con armas leales y sabremos los que están á favor de la Iglesia y los que están contra ella.—; Voto al capítulo! dijo de Mun, que tiene el sentimiento de las situaciones, esto exige reflexion. Es preciso remitir la diputacion del departamento.»

Convocóse ésta en el hotel de Francia, y el periodista que esperaba verse coronado de flores, vió con asombro demudarse los rostros. Caradec confesó que él no dejaba de tener afecciones para con la Franc-Masonería y Lorois, el hermano del diputado actual, encarnado como una granada, llamó aparte á nuestro cofrade y le confesó que él era Lowton y que habia pertenecido á una logia de Vannes. Como se supone, la lista no se publicó nunca.

En la lista de los Franc-Masones de Venanes, en 1816, figura Alejo, Luis, Julian-Leonor de La Marzelle: «M. ex-alcalde de Vannes, miembro del colegio electoral del departamento.»

agosto, para proscribir la Realeza y votar la muerte de Capeto.»

Si el desgraciado Luis XVI no había podido obtener sobreseimiento, Caradec y los demás administradores se lisonjaban de haber contribuido á ello por su parte.

Mientras las discusiones de la causa de Capeto, la administración del departamento había escrito, el 11 de enero, á la diputación de Morbihan: "Tememos que la Convención adopte el dictámen que se le ha propuesto de devolver la causa de Capeto á las asambleas primarias. Esto produciría malísimo efecto. Los malos ciudadanos acudirán á esas asambleas y querrán salvar al Tirano. Décrete la misma Convención; la apelación al pueblo no puede dejar de comprometer á la seguridad pública y tender á salvar á un monstruo culpable de la muerte de tantos buenos ciudadanos." Y la administración era en esto el intérpete de las demás autoridades constituidas y de todos los patriotas del departamento. Muy luego despues, antes de conocerse el fallo, las autoridades constituidas y los patriotas de Vannes llamados al seno de la administración votaron en sesión pública la muerte del Tirano por un mensaje que fué leído y aplaudido en la Convención.

Al pié de esta *Memoria justificativa* se encuentran los nombres que llevan tres representantes actuales del Morbihan: Caradec, del Bodan, Martin (1).

El reglamento particular de la R. L. san Juan, debidamente constituida en la Or. de Vannes, bajo el título distintivo de la *Filantropía y las artes*, publicado en Vannes en 1816, contiene un cuadro de los oficiales dignatarios y miembros de esta logia en aquella época. En dicho cuadro, se lee: «Caradec (Ambrosio-Santiago-Mathuria) Aum. hosp. S. P. R. C., ex-consejero de prefectura y miembro del consejo electoral del departamento.» Nuestro hombre era pues uno de los dignatarios de esta logia: Limosnero-hospitalario y además Soberano Príncipe Rosa-Cruz.

(1) El abuelo del actual diputado, Martin (de Auray), Santiago-Luis Martin, era oriundo de Caen. Fué uno de los fundadores de la *Sociedad de los Amigos de la Constitución* en Auray, y, en la sesión del 4 de enero de 1793, fué hasta elegido para desempeñar en ella el cargo de secretario suplente.

¿No es bello este espectáculo para quien sepa verlo todo con mirada independiente y algo excéptica frente á frente de lo que es exclusivamente humano?

El Celta, ese eterno malaventurado de la historia, ha derramado inútilmente su sangre una vez más y se le ha quitado hasta la poesía de su sacrificio. Los Jacobinos no se han contentado con meterse en la propiedad de aquellos á quienes degollaron, sino que se han metido en su leyenda (1).

¡Oh! el engaño de las cosas, el mentís burlon dado por los hechos á ciertas actitudes y cuantas veces sin perderse en vanas declamaciones, empieza uno á repetir la invocación que Proudhon dirigía á la diosa Ironía, á la Ironía libertadora, al final de su *Confesion de un revolucionario*, escrita en Santa Pelagia.

¡Ironía, verdadera libertad! Tú me libras de la ambición del poder, de la servidumbre de los partidos, del respeto de la rutina, del pedantismo de la ciencia, de la admiración de los grandes personajes, de los engaños de la política, del fanatismo de los reformadores, de la superstición del grande universo y de la adoración de mí mismo. Tú te revelaste antiguamente al Sabio en el trono cuando exclamó, á la vista de este mundo donde figuraba como un semi-dios: *¡Vanidad de vanidades!* tú fuiste el demonio familiar del filósofo cuando desenmascaró de un sólo golpe al dogmatista y al sofista, al hipócrita y al ateo, al epicúreo y al cínico; tú consolaste al Justo moribundo cuando oró en la cruz por sus verdugos: "Perdonadles padre mio, porque no saben lo que hacen."

Presidente del directorio del distrito de Auray (1792-1793), fué destituido en octubre de 1793 por Prieur de la Marne, pero no encarecelado como los administradores de Vannes. El 8 de setiembre de 1794, firmó su adhesión á la *Memoria justificativa*, y esta adhesión está publicada á continuación de la expresada *Memoria*. Murió en Auray el 5 de marzo de 1797.

(1) El Sr. de Lamarzelle exclamaba, sin reír, en un congreso católico de Nantes: «Nuestros padres lucharon como héroes y el recuerdo de sus hazañas vive siempre.»

¡Ironía! ¡Ironía!

Oh Bretones de largas melenas, cuando caíais en los rincones de los setos y cubriais los arenales con vuestros cadáveres y vuestras madres y hermanas ponían el cuello debajo de la *navaja nacional*, ¡quién os hubiese dicho que la Chuanería estaría personificada en la Cámara por los hijos de los que tenían la *navaja*! ¡Oh ancianos sacerdotes de corazón ingénuo que caminábais al lado de los valientes de vuestras parroquias, para alentarlos en las batallas, ¡quién os hubiese dicho que la católica Bretaña enviara un día lowtons al Parlamento de París (1)! ¡Oh Jorge! ¡quién os

(1) Parece que la responsabilidad de estas raras elecciones corresponde en parte al Sr. de Lambilly, gran elector en el departamento y que, sin ser un hombre perverso, es muy vanidoso, muy accesible á los intrigantes y muy fácil de manejar cuando se le sabe coger.

En las elecciones de 1885 fueron recordados estos antecedentes, y, para recomendar diputados en el país que ha tomado parte en la guerra de los gigantes, se osó decir que los padres de esos extraños candidatos eran excusables por que habían tenido un miedo horrible.

M. de Rorthays, antiguo prefecto del Morbihan, periodista después, publicó con tal motivo un artículo muy elocuente.

«No, mil veces no, exclamó, jamás hemos admitido, jamás admitiremos que el haber sido enloquecido por el Terror y haber ahullado con los lobos para no ser devorado por ellos, pueda invocarse como excusa en descargo de los que se asociaron á los crímenes de 1793. Por mi parte, lo declaro muy alto, si me fuera preciso escoger, proferiría todavía el sectario al cobarde.»

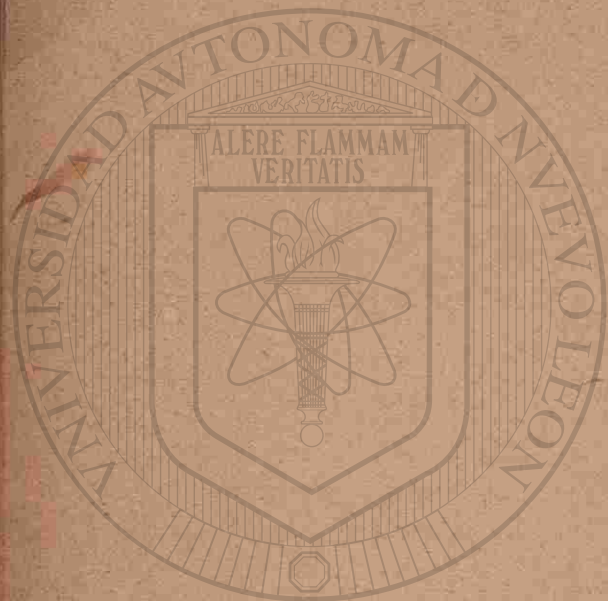
Con motivo de un estudio magistral acerca de Quiberon publicado en la *Revue des Deux Mondes* por nuestro pobre y querido amigo, Alberto Duruy, el Sr. de Rorthays que había tenido uno de los suyos fusilado por los soldados de la Convención, violando la capitulación, se vió llevado á consignar que Lanjuinais, el abuelo de otro diputado del Morbihan, había tenido responsabilidad indirecta en el degüello espantando á la Sra. Tallien con acusaciones de moderantismo hechas contra su marido.

El hecho está extensamente referido, según el testimonio formal de Rouget de l'Isle, en un tomo de Alfredo Nattement: *Quiberon: souvenir du Morbihan*.

Sin duda, en esta circunstancia, Lanjuinais fué más inhábil que malvado, pero confesad que, para un país profundamente realista y cristiano, el Morbihan no tiene probabilidades de no tener por representantes, fuera de M. Alberto de Mun y del príncipe de Leon, más que descendientes de per-

hubiese dicho que los herederos de vuestra epopeya serían los descendientes de los que escribían á la Convención: «¡Fuera apelación ni sobreseimiento!»—cuando el pobre Capeto, pensando, en la torre del Temple, que los suyos habían hecho la Francia, que la Francia y los Borbones estaban ligados desde siglos como la carne y la sangre, se obstinaba en apelar de ello al pueblo y preguntarle si era verdad que él quisiera la muerte del inocente!

sonas que, voluntariamente ó no, han hecho degollar siempre á los defensores de la Iglesia y de la Monarquía.



LIBRO SEGUNDO.

El reinado de la clase media.

El papel del pueblo en la Revolución.—La Revolución tiende efectivamente a la opresión del pueblo por la Clase media.—Las protestas del primer momento.—El martirologio de los obreros.—La Clase media se instala.—Cómo comprendía la Iglesia la ley del trabajo.—El *Derecho a la pereza* del Sr. Pablo Lafargue.—La explotación industrial.—La concurrencia desenfadada.—Los amores baratos.—Como acabó Mimi Pinson.—La Clase media, después de haber explotado al Pueblo, es a su vez despojada por el judío.—La desaparición del pequeño menestral.—La decadencia de la Clase media.—La juventud de las escuelas.—¡Viva Ferry y los embrolladores!

¿Quién no sabe la fábula alemana? Un lobo y un zorro cogen una gallina y acuerdan no comerla hasta el día siguiente. El lobo se duerme, el zorro come la gallina, embadurna el hocico del lobo con plumas y se ensucia a su lado. Al despertar el lobo, le abruma á insultos el zorro por haberse comido la gallina.

—¡Cómo! ¿yo me comí la gallina?

—¿Te atreverías á negarlo? tienes todavía sus plumas en el hocico y tus inmundicias te denuncian lo bastante.

De la misma manera poco más ó menos pasó la escena en cuanto á la historia de la Revolución.

La Clase media embadurnó al Pueblo con el lodo sangriento del Terror y le afirmó que él lo había hecho todo.

No era esto más exacto que la leyenda de la tierra dada á los campesinos por la Revolución. Los hombres, vestidos

con trajes de mujeres del Mercado que Choderlos de Laclos, el agente del duque de Orleans, lanzó sobre Versalles en octubre, los que llevaban picas, los seccionarios, los Descamisados activos que formaban el ejército terrorista nunca excedieron de 2 á 3.000 en Francia y se reclutaron mucho más en las filas de los desclasificados y de los malhechores que en las del Pueblo.

El verdadero Pueblo, sin darse cuenta exacta de la operación, comprendió perfectamente que se le jugaba una mala pasada y que se le escamoteaba algo.

En el momento en que se abolían definitivamente las corporaciones, la clase laboriosa hizo oír formidable protesta. El 10 de junio de 1790 se reúnen en los Campos Eliseos cinco mil zapateros; los carpinteros se agrupan alrededor del Arzobispado. Los albañiles, los pizarreros, los tipógrafos se reúnen en otros puntos de la capital.

El alcalde, Bailly, que fué tan justamente guillotinado por haber hecho disparar sobre el Pueblo luego que estuvo en el poder, después de haberlo excitado á la insurrección cuando no estaba en el poder, contesta, como se intenta contestar hoy por la Declaración de los derechos del hombre: « Como hombres teneis todos los derechos, sobre todo el derecho de morir de hambre. »

« Todos los hombres, dice Bailly, son iguales en derechos, pero no lo serán jamás en facultades, en talento y en medios. »

Después añade el buen apóstol: « Una coalición de obreros para fijar el salario de sus jornales en precios uniformes, forzar á los del mismo estado á someterse á lo que ellos fijaran, sería contrario á sus verdaderos intereses; sería además una violación de la ley, el anonadamiento del orden público, un ataque inferido al interés general. »

Es la misma farsa menestral que sirve siempre pero no gastada aun después de cien años.

Los obreros no se desaniman. Delegados nombrados por todas las corporaciones dirigen una instancia á la Asamblea nacional.

El comité de las patentes está encargado del exámen. Acuerda no admitirla. Chapelier, que fué guillotinado como Bailly, declara en la tribuna que las reuniones de obreros son inconstitucionales, ya que no hay corporaciones en el Estado—y no hay más que el interés particular de cada individuo y el interés general.

La Asamblea vota un decreto conforme con esta proposición.

Vuelven á la carga los artesanos: algunos de sus mandatarios se presentan el 29 de junio á la barra de la Asamblea, y el presidente Barnave, que fué también, tan justamente, guillotinado, les contesta con estas consoladoras palabras:

« La Asamblea, por sus trabajos, tiene derechos á vuestra confianza. No perderá ya de vista lo que puede consolidar una constitución que tiene por base los Derechos del hombre y por fin la felicidad pública. »

« La Asamblea nacional tomará en consideración el objeto de vuestras instancias, os ha escuchado con interés, y os invita, si lo permiten vuestros intereses, á que asistais á la sesión. »

Ahora, hemos progresado. No se invitaria á comisiones obreras para que asistieran á la sesión; los puestos en las tribunas los toman las mujeres de moral ambigua y otras de vida airada que van á ver á los jóvenes legisladores ejerciendo su mímica oratoria. Si el pueblo manifestara la intención de llevar sus reclamaciones á la barra de la Asamblea, un Gragnon ladrón de expedientes, ó un Lozé cualquiera se pondría de planton, desde mediodía, delante de las rejas del palacio Borbon y diría en un momento dado á

cualquier auxiliar de juez: «Cargad contra la multitud y cortad el puente.» Mientras tanto, los representantes de la izquierda, que el día antes lamian los pies de los proletarios para ser diputados, reirían de buena gana al abrigo de los grilletes debidos á Madier de Montjau.

Lejos de hacer algo á favor de los obreros, la clase media les quitó pues muy luego el derecho sagrado en cuya posesion estaban desde siglos ántes: el derecho de reunirse para discutir sus intereses, de ponerse de acuerdo para oponer la fuerza colectiva á la fuerza del capital; y á los que no tenían les ponía á merced de los que tenían algo.

Un decreto del comité de Salvacion pública del día dos de pradial, año II, mandaba que los obreros y los jornaleros que se coaligaran para pedir aumento de salario, serian entregados al Tribunal revolucionario.

Esta legislacion quedó en vigor bajo una forma suavizada y solo merced á la iniciativa de Napoleon III se reconoció á los trabajadores el derecho de coalicion y de huelga.

Esto explica que el Pueblo, en las ciudades como en el campo, haya sido casi por completo hostil á la Revolucion (1).

Solo hasta muy tarde, después de muertos ya los viejos, la clase media, merced á la prensa y al poder de las letras de molde, consiguió persuadir al Pueblo que la Revolucion

(1) Todos saben que la guillotina mató más hombres del pueblo que nobles. De 12,000 condenados á muerte, cuya cualidad y profesion se han hecho constar, se cuentan 7,545 pertenecientes al pueblo, campesinos, labradores, obreros, criados.

La Restauracion que no se atuvo en nada á las tradiciones de la antigua Francia, nunca hizo nada, segun lo he consignado ya, para honrar á esos mártires; solo ahora se ha pensado en ellos. Un valiente periódico, la *Corporation*, ha publicado, bajo el título de *Martirologio de los obreros* una lista incompleta aún, pero que es un primer homenaje tributado á esas humildes víctimas.

era su obra. El Pueblo se creyó entonces obligado á continuar lo que él se imaginaba haber hecho y la Clase media no tuvo que hacer más que lanzar á la calle los habitantes de los suburbios luego que tuvo una ambicion que satisfacer, un odio que saciar, una envidia que realizar, carteras ó empleos que conquistar. De este modo, por una ceguera particular, trabajaron los proletarios por asegurar con sus propias manos á la Clase media, en toda su plenitud, el poder politico de que se apresuró á servirse la Clase media contra los que se lo habian dado.

La turbamulta no tomó parte en la Revolucion sino por su lado del sacrificio, hizose matar en todos los campos de batalla de Europa por una obra que no era la suya y de la que no sacó ningun beneficio. Cuando los que se habian librado de todos los peligros, paseado la bandera francesa de las orillas del Nilo á las del Niemen, de Viena á Madrid, de las Pirámides al Kremlin, regresaron lisiados y fatigados, la Clase media no se ocupó de ellos. Compróse una nariz postiza á los que habian perdido la suya en la Berezina ó en otra parte y se les envió al Campo de Asilo....

La Clase media victoriosa organizó muy hábilmente su conquista. El carácter dominante de su establecimiento fué una especie de hipocresia jansenista, protestante, franc-masona, frasista y declamatoria que se llamó el liberalismo; hubiérase distinguido en él, mirándolo de cerca, la truhaneria, la fantasia maliciosa, la concupiscencia astuta que inspiran los personajes de *Pathelin* y de la *Fábula del Zorro*.

Uno de los últimos actos de la Convencion fué abolir la confiscacion. «Estos restos de las barbaries de otros tiempos,» como os dirán los Manuales redactados por hijos de compradores de bienes nacionales, era realmente una me-

dida de gran moralidad. Era la que contribuía á dar á la propiedad su carácter de funcion social. Luego que un hombre habia hecho traicion á sus deberes, era indigno de ejercer su funcion de rico, era degradado, declarado en mengua (1). La Clase media procuraba, al contrario, marcar perfectamente el carácter absoluto, imprescriptible, indeleble que debia tener la propiedad luego que habia pasado á su poder. Era su modo de cerrar la Revolucion.

Claudite jam ripas, pueri, sat prata biberunt.

«Cerrad las barreras! Los prados de los nobles, de los religiosos, de los antiguos ricos han sido suficientemente regados, gracias á nosotros, con la sangre de sus propietarios; muy nuestros son, y no se hable ya más de esto. Hemos quemado solemnemente, en odio al Fanatismo y á la Aristocracia, los títulos de los antiguos poseedores; los solos verdaderos títulos son los que tenemos nosotros, en virtud del nuevo Código, en poder de los nuevos notarios.»

«Repito que este plan es exactamente el mismo que me han desarrollado los Anarquistas con quienes he hablado.» Una vez nos hayamos instalado nosotros, nuestras mujeres y nuestros hijos en los palacios y las casas de los mejores barrios y hayamos incendiado todos los archivos, todas las escribanías, todas las administraciones públicas, muy malo será quien pueda desalojarnos.» Será por cortesía hácia mí, pero muchos me han declarado que en nada querian habérselas particularmente con las iglesias, y que solo pegarian fuego á los registros de bautismos que pueden servir para reconstituir estados civiles.

(1) Augusto Comte, en su *Sistema de política positiva*, ha distinguido muy bien la significacion que tenia la confiscacion en el punto de vista social.

El hecho es que no se desalojó á los Anarquistas del 93. La Restauracion les dió la investidura definitiva de los bienes robados con los millones de los Emigrados. En poco tiempo, las propiedades, al abrigo en adelante de toda reivindicacion, ganaron 50 por ciento de valor. La turbamulta de los que no tenian nada era la que aseguraba á los nuevos poseedores de haciendas la pacífica posesion de sus robos, y la Clase media, única que se aprovechaba de la medida, encontraba todavia medio de pasar por liberal protestando contra la ley de que salia beneficiada. En esto estribaba la punta de malicia vulpina que se trasluce en todos los personajes de Clase media de los antiguos romances.

Por otra parte, la Clase media habia hecho pasar sobre la colectividad todas las cargas que antiguamente gravaban las propiedades que habia adquirido ella mediante unos cuantos trapajos de papel. La asignacion del clero, la asistencia pública, la instruccion primaria, todos los servicios satisfechos antes por las propiedades vendidas durante la Revolucion recaian sobre el mayor número, y los compradores de bienes nacionales tenian las haciendas, mientras que el Estado tomaba sobre sí las obligaciones, es decir las cargas encima de todos los ciudadanos.

Mercier ha expuesto muy claramente este punto en el artículo *Gaucherie* de esta curiosa *Neologia*, donde trata revuelutamente las cuestiones de gramática, historia y economia política.

La Asamblea constituyente, dice, ha dado á los propietarios 60 millones de diezmos que pertenecian parte á la nacion, parte á la pobreza, y ha acabado (á fin de auxiliar á los hospitales) por pedir 51.500,000 libras á los pobres cuyo trabajo, en último análisis, lo paga y salda todo. Semejante decision estaba fundada en la naturaleza, en la justicia, en la humanidad?

No. Esta insigne torpeza vale por sí sola tanto como las que se cometieron despues (1).

De aquel día quedaba constituida esta nueva fortuna de la propiedad que puede llamarse el *propietariado*, propiedad impía, egoísta, gozosa, que no reconoce deberes, y que, en desquite, es implacable cuando se trata de hacer valer sus derechos.

Despues de haber constituido la propiedad sobre bases enteramente nuevas, la Clase media organizó el trabajo á su manera.

El trabajo es la ley necesaria de toda sociedad humana, el castigo del hombre caído, pero en el mismo castigo, Dios continua siendo misericordioso; al lado del juez que castiga hay el padre que pega suavemente. La ley divina no es una ley de bronce.

La palabra de Dios, además, es formal.

Dios ha dicho al hombre:

«Ganarás tu pan con el sudor de tu frente.»

No dice al hombre:

«Ganarás por tu trabajo no solamente el pan, sino tambien los placeres, las orgías, el lujo, los carruajes, los trenes de caza de los Schneider, de los Halphen, de los Menier.»

Dice al hombre: «Sudarás.»—lo que, despues de todo,

(1) M. Coquille ha demostrado maravillosamente lo que era el diezmo. El diezmo no era una porción de la renta del propietario, sino una parte del derecho de propiedad. El suelo que lo pagaba no era del propietario sino en los nueve décimos; no habia sido comprado y traspasado sino con la condición de que un décimo de las rentas en naturaleza fuera reservado á otro propietario. Sieyès ha demostrado en un folleto célebre, que aboliendo el diezmo, la Revolución francesa hacia á todos los propietarios un regalo equivalente al décimo del valor total de su propiedad. Hubiera sido de más sencillo buen sentido que el Estado se atribuyera la propiedad de los diezmos más bien que entregarlos sin compensación á los que no tenían ningún derecho á los mismos.

es soportable, pero no le dice: «Vivirás encerrado en una atmósfera mortífera, agotarás las fuerzas de tu cuerpo, vaciarás tus tuétanos y quemarás tu sangre para producir azúcar ó cotonada.»

Nuestra buena y santa madre la Iglesia, encargada por Nuestro Señor Jesucristo de ser una Providencia visible en la tierra y de organizar todas las cosas para lo mejor posible, habia tambien, cuanto habia podido, suavizado en la práctica el cumplimiento de la ley de Dios. Suave guía de las almas al mismo tiempo que vigilante casera para las cosas temporales, no habia permitido que el trabajo tomara el carácter de odiosa y bárbara explotación que actualmente tiene. Solo buscaba ocasiones para dar vacaciones, licencias; tenia por de pronto sus 52 domingos, despues las fiestas de guardar y luego las romerías (1). Ibase al sepulcro de san German, de san Lupo, de san Huberto segun el país; bebíase sobre el altar el vino de san Remigio, que hace á las mujeres fecundas, y como se usa todavia actualmente en Auvernia, se danzaba un poco en la posada ó en la pradera des-

(1) Bajo el antiguo régimen, dice Pablo Lafargue, las leyes de la Iglesia aseguraban al trabajador 90 días de descanso (52 domingos y 32 días feriados) durante los cuales estaba estrictamente prohibido trabajar. Era este el gran pecado del Catolicismo, la causa principal de la irreligión de la Clase media industrial y mercantil. Bajo la Revolución, luego que fué dueña, abolió los días feriados y reemplazó la semana de siete días por la de diez, á fin de que el pueblo no tuviera más que un día de reposo cada diez. Libró á los obreros del yugo de la Iglesia para someterlos mejor al yugo del trabajo.

«El odio contra los días feriados no se manifiesta sino cuando la moderna clase media industrial y mercantil toma cuerpo entre los siglos XV y XVI. Enrique IV pidió su reducción al Papa; se negó á ello porque «una de las herejías que actualmente se manifiestan es tocante á las fiestas» (*Cartas del cardenal de Ossat*). Pero, en 1666, Peréfixe, arzobispo de París, suprimió diez y siete de ellas en su diócesis. El Protestantismo, que era la religión cristiana, acomodada á las nuevas necesidades industriales y comerciales de la Clase media, fué menos cuidadosa del reposo popular: destronó del cielo á los santos para abolir en la tierra sus fiestas.»

pues de la romería. El marido, al regresar, departía honradamente con su mujer y le hacía hermosos hijos.

La Iglesia decía: «¿Son sensatos todos mis hijos? ¿son felices?» y pensaba, no sin razón, que esto era lo esencial, y que siempre había bastantes gregüescos para cubrir las *puenda* de la pobre gente, bastantes caperuzas para abrigar las cabezas, bastantes marmitas para cocer la sopa.....

No se había inventado aún la ocurrencia insensata que impele á los hombres á agitarse como si padecieran la enfermedad del baile de san Vito. La organización de entonces tenía sencillamente por objeto hacer que cada uno viviera lo mejor posible y cada uno estaba obligado á prestar fraternal auxilio al vecino en lugar de combatirle y envilecer de este modo la obra y precio de la misma.

Quien fuere molinero, dice el *Reglamento de las corporaciones*, ya dueño, ya obrero, conviene que jure sobre las reliquias de los santos que guardará los buenos usos y las buenas costumbres; y que si alguno de los vecinos necesita de él, sea de día ó de noche, que le ayude en lo que pueda y si no lo hace será perjuro.

Cuando se tenía necesidad de ayuda, se iba á llamar á la puerta del lado.

Todo amo, dice el *Reglamento de los curtidores*, que tenga á lo menos 3 obreros, está obligado á prestar 1 á su cofrade "que tenga labor urgente y necesaria, para ayudarle á hacerla..."

Lo mismo sucedía cuando no se tenía trabajo. Los sastres deciden señalar un sitio especial donde se encuentren los amos sin trabajo para comunicarlo á los que tengan demasiado, á fin de que todos puedan estar ocupados y ganarse la vida.

Cuando un maestro bordador había contratado un trabajo importante, estaba obligado á compartirlo con los demás

amos, y darles parte del encargo para que lo hicieran al mismo precio que él mismo lo había aceptado.

La Clase media cambió todo esto; no creyéndose ligada por ninguna obligación moral con aquellos cuyas fuerzas utilizaba, imaginó el trabajo sin reposo, sin tregua, el trabajo que no dejaba ya al ser humano un minuto para recogerse, para orar, para pensar, y á esto lo llamó el Progreso; el Triunfo del siglo XIX; la Gloria de la nueva era. La sociedad cristiana había hecho del trabajo un medio de ganar el cielo sin padecer demasiado en la tierra, la sociedad de la clase media hizo de él un medio para entrar inmediatamente en el infierno (1).

Cada fabricante quiso aumentar de precio sobre el competidor y tener más negros blancos que él. El jefe del

(1) El socialismo alemán ha acusado perfectamente el carácter áspero y seco que la Clase media victoriosa dió á las relaciones sociales de las que hizo desaparecer toda filosofía, toda cordialidad y toda ternura.

«Donde quiera que la Clase media ha conquistado el poder, dice el Manifiesto del partido comunista elaborado y publicado por Karl Marx y Federico Engels, ha pisoteado las relaciones feudales, patriarcales é idilíacas. Todos los lazos multicolores que unían al hombre feudal con sus superiores naturales, los ha roto sin piedad para no dejar subsistir entre el hombre y el hombre otro lazo que el frío interés, que el duro *dinero contante*. Ha anegado el éxtasis religioso, el entusiasmo caballeresco, el sentimentalismo del pequeño menestral en el agua helada del cálculo egoísta. Ha hecho de la dignidad personal un simple valor de cambio, ha sustituido á las numerosas libertades tan raramente conquistadas la única y despiadada libertad del comercio. En una palabra, en el lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas ha puesto una explotación directa, brutal y desvergonzada.

En *Capital y Trabajo*, Lassalle tiene igualmente algunas líneas acerca de las relaciones *humanas* de antiguos tiempos opuestas á las relaciones del asalariado actual con el que le emplea y que á menudo no es el mismo sino un agente, el representante de un amo figurado en papel, de una sociedad anónima. «La relación, dice, fría, impersonal del empresario con un trabajador considerado como *cosa, cosa* que, como cualquiera otra *mercadería*, se produce en el mercado según la ley de la producción, hé aquí la fisonomía absolutamente característica y enteramente *inhumana* del período menestral.»

Estado iba de vez en cuando á visitar las plantaciones, y se le ponian de manifesto los modelos.

—¿Cuántos teneis como este?

—Tres mil, señor.....

—Y los teneis ocupados todo el año?

—Todo el año, Majestad.

—Aqui está lo más ilustre de los bravos.....

Luego que se influía un poco, los estadistas gritaban azorados: «¿Dónde vamos á parar? Inglaterra fabricó el año pasado 375 millones de botones para pantalones y nosotros no hemos producido sino 374 millones!»

Quando, por casualidad, acordándose un obispo de la mision de la Iglesia, intentaba insinuar tímidamente que la misma bestia de carga no debe ser inhumanamente estropeada, algun Havin criminal, en algun *Siècle* servil, tomaba por su cuenta la causa de los amos y preguntaba, en nombre de la Democracia, si ya no se estaba bajo el reinado de las luces y si se iba á retrogradar á los malditos tiempos en que el hombre tenia el derecho de descansar.....

¿Habeis sentido alguna vez la alegría de encontrar escrito en alguna parte lo que vosotros habiais pensado y dicho mil veces? Esto lo he experimentado yo abriendo el *Derecho á la pereza*, folletito de Pablo Lafargue que es relativamente poco conocido, porque la literatura de propaganda socialista, que contiene algunos tomos interesantes, no es todavía del dominio del público en la acepción de esta palabra. Sino lo deslucieran algunas blasfemias inútiles que son sin duda concesiones del autor á su partido, esta especie de carda inspirada en algunas ideas de Karl Marx distaria muy poco de ser una obra maestra de ironía, erudición pintoresca y de festivo buen sentido. Por cierto que es muy superior á Pablo Luis Courier.

Todos le hemos conocido al partidario del progreso al que parece dirigirse Lafargue. Era un Julio Simon, un Say, un Passy cualquiera, un miembro de la Academia de Ciencias morales que oculta á buen seguro á los más desvergonzados malhechores intelectuales, á los más despreciables sofistas que jamás haya visto el mundo.

Entona su antifona: «La industria, la reina de nuestra época, los campos de batalla del trabajo, Inglaterra, Francia luchando pacíficamente.» Añade generalmente: «El libre pensamiento ha producido todo esto;» y murmura con voz trémula por falsa indignacion: «Ved, al contrario, lo que el Catolicismo ha hecho de España.»

A ese sin vergüenza le he contestado mil veces poco más ó menos lo que le responde Lafargue.

—Viejo farsante, no desenfardeis esta literatura de Exposicion universal delante de personas inteligentes. Mirad, pues, á un español antes de hablar: arrogante, mirada altiva, sano, simpático, vive digna y noblemente, ora entona cántigas á su hermosa, las canta á la luz de las estrellas, se toma una jicara de chocolate ó un vaso de agua clara que es muchísimo más sana que nuestro vitriolo, sueña y trabaja exactamente lo debido para obedecer la ley de Dios. Mirad ahora vuestros pueblos industriales, mirad Manchester, mirad Liverpool, considerad esos seres deprimidos, encorvados, anémicos, linfáticos, embrutecidos, que solo se sostienen con el auxilio del alcohol. Entrad pues en las covachas donde el padre, la madre, los hermanos, las hermanas viven en la más vergonzosa promiscuidad, se hartan juntos, se aparean juntos, confusamente, como bestias. Eso es lo que celebráis como lo más allá del Progreso. ¡Es natural!»

Lafargue ha descrito excelentemente estas evidencias y el cuadro que pinta de la buena vida de antiguos tiempos está lleno de color.

Para que la competencia del hombre y de la máquina tomara libre vuelo, escribe, los proletarios han abolido las prudentes leyes que limitaban el trabajo de las antiguas corporaciones; han suprimido los días feriados. Porque los productores de entonces no trabajaban más que cinco días de siete, ¿creen pues, según lo refieren los economistas mentirosos, que no vivían sino del aire del cielo y de agua fresca?—¡Vamos pues!—Tenían ocios para saborear las alegrías de la tierra, para hacer el amor y divertirse; para banquetear alegremente en honra del gran dios de la Holgazanería. La melancólica Inglaterra, enjaulada en el protestantismo, se llamaba entonces la "alegre Inglaterra," (*Merry England*).—Rabelais, Quevedo, Cervantes, los autores desconocidos de las novelas picarescas, nos engolosinan con sus pinturas de las monumentales francachelas con que se regalaban entonces entre dos batallas y dos devastaciones, y en las que todo "se remataba con copas."—Jordaens y la escuela flamenca las han escrito en sus alegres telas. Sublimes estómagos gargantuescos ¿qué os habeis hecho? Sublimes cerebros que conteniais todo el pensamiento humano, ¿qué os hicisteis? Muy degenerados y muy empequeñeci los somos nosotros. El pan de muchos hornos, la patata, el vino fuscado, el schnaps prusiano hábilmente combinados con el trabajo forzado han debilitado nuestros cuerpos y limitado nuestras inteligencias. Y cuando el hombre reduce su estómago y la máquina ensancha su productividad, entonces los economistas nos predicán la teoría de Malthus, la religión de la abstinencia y el dogma del trabajo. Pero sería necesario arrancarles la lengua y arrojársela á los perros.

La Clase media destruyó de este modo más generaciones de hombres que todos los conquistadores de otras épocas. Los conquistadores no suprimían más que los individuos, la Clase media hería á las razas depositando en ellas gérmenes de muerte; en menos de un siglo, porque el gran vuelo industrial no data sino de 1830, ha devorado casi todas las reservas que le habia dejado el Antiguo Régimen. La Monarquía, después de mil años, se habia resumido en los gigantes de las guerras de la República y del Imperio, en los hombres superiores á todas las fatigas, templados,

musculados, robustos de alma y cuerpo. El reinado de la Clase media se resume, después de ochenta años, por las cárceles y los hospitales llenos, los numerosos suicidas, el alcoholismo que de las grandes ciudades, invade las aldeas, la espantosa degenerescencia física y moral de todo un pueblo.....

Una vez más hubo un momento propicio para la Clase media; tenia historias interesantes y sentimentales para todas sus combinaciones y para todas sus necesidades. No se avenía ya á que uno se casara jóven como antes y prefería que sus hijos esperaran á tener, como se dice, una posición; pero, á fin de que la edad de las pasiones no costara nada á su progenitura, inventó toda una literatura: la griseta, el Barrio latino, Musette, Mimi Pinson, que solo tenia un vestido.....

El jóven menestral encontraba una jóven que no le costaba nada, que le entregaba los mejores años de su vida y que le zurcía y remendaba la ropa; después la despedía é iba á establecerse procurador, notario, magistrado. El hombre tomaba actitudes solemnes en el pretorio de su pueblo natal, respiraba el fresco, las tardes de verano, en el terraplen, cerca del riachuelo, ó, en invierno, se calentaba los piés en sendos fuegos de gruesos tizones, jugando el whist de familia. La jóven descendía, rodaba por el fango, y para comer, debajo de la lluvia, de la nieve en el horror de las calles de París en diciembre, iba á murmurar vagos llamamientos al transeunte, quien, viéndola vieja y fea á la luz de un mechero de gas, se salía del paso con una injuria.

¿Á qué madre de la Clase media le pareció jamás considerar como mala esta manera de obrar, ó pensar que la infeliz abandonada por su hijo era una mujer como ella? El Pueblo encontraba eso muy natural, como encontraba

excelente hacer revoluciones para que los de la Clase-media fueran ministros, adoraba al estudiante que pervertía á la jóven modista ó á la florista y cantaba todas las canciones lloronas compuestas sobre la materia por los Nadaud y los Murger.

En esta clase de antiguos busingotes, viejos corruptores de muchachas, tunos de fumadero, alistó Gambetta su personal de servidores de la Democracia. Entre los pasantes de Derecho había encontrado el Imperio hartos despechugados para convertirlos en magistrados—los Constans, los Cazot, los Humbert—á quienes la República escogió para ministros suyos. Lepère, que reunía acumuladas las funciones de vice-presidente de la Cámara y de tenedor de un parlachin, fué el poeta de la cosa; compuso para celebrar los recuerdos comunes, una canción de que estaba orgulloso. Llamábase: *Mon vieux quartier latin*; tenía apego á esta obra y reivindicó su paternidad, explicando extensamente en los periódicos que se había inspirado bebiendo vino blanco, por la mañana, en un figon oscuro, después de haber rondado toda la noche.

Esta clase media: médicos, abogados, veterinarios de provincia, postes de cafés, de garitos y de logias masónicas, constituyen todavía el personal de nuestro Parlamento, en el Senado como en la Cámara; parecen indestructibles y como conservados por el alcohol y el humo de las pipas; no tienen una idea social, y, aunque se hayan mezclado tarde en negocios rentísticos, se han mostrado en ellos más pícaros que los jóvenes. Estos tales echan al rentista demasiado tarde cuando comienza á volar; los viejos la acechan en el magistrado, y, ya se metan con el adversario, como Humbert en la Union general, ya con el acusado, como Dauplin en el negocio Erlanger, dan los golpes acertados, sin decir nada, casi dignamente.....

Si la antigua Francia había sido feliz y gloriosa durante largos siglos, débese á que se había cuidadosamente guardado del judío. España había suprimido el judío por la hoguera, la Francia, más lista y más humana, había impedido al judío que naciera en ella, merced á la inexorabilidad de su sistema económico. La Francia de la Clase media no supo ó no pudo hacer otro tanto. El judío se cobijaba debajo del mismo paraguas que la Clase media, los principios del 89, declaraba no tener que ver con las teorías con que se había dado importancia la Clase media y fué preciso soportarlo quieras que no. En realidad de verdad la Clase media trabajó á favor suyo y sobre todo hizo trabajar á los demás. El Zorro espera que los polluelos hayan crecido para comérselos, el judío esperaba que el monote estuviera formado, y se lo llevaba con un gesto blando, sonriendo.

Para los judíos no hay necesidad de utensilios complicados, su profesión se ejerce empuñando el baston: papeles orlados, una olla de engrudo para fijar los carteles, y se acabó. Con un prospecto como el de Honduras, los Bichoffsheim, los Schreyer y los Dreyfus roban 80 millones al Ahorro francés. No hay industria tan remuneradora. En vano los industriales más malignos disminuirían los salarios, aumentarían el trabajo, reducirían sus obreros al estado de fantasmas, jamás llegarían á producir bastantes hilos, rails ó panes de azúcar para ganar semejante cantidad en un año.

La Clase media explotando al Pueblo y despojada á su vez por el judío,—tal es pues el resumen de la historia económica de este siglo. Todo el inmenso gasto de actividad, de fuerza, de inteligencia también, la producción loca, las existencias humanas arrojadas á la hornaza, los fuegos encendidos día y noche en las fábricas, las chimeneas de elevados hornos no cansándose jamás de enviar su humo al

cielo, todo esto ha tendido á dar castillos reales y palacios magníficos á todos los miserables salidos de las Juderías de Alemania.

La necesidad de extraer, ante todo, la parte del parasitismo judío ha imposibilitado á los industriales franceses el resistir á la terrible competencia que les hacen de algunos años acá las naciones extranjeras, y particularmente Alemania.

Antes de ganar algo, se necesita bastar á las exigencias del presupuesto que los empréstitos sucesivos, contratados en único beneficio de la Judería cosmopolita, han elevado poco á poco á la enorme cifra de 4 mil millones. Este presupuesto monstruoso que obliga al francés á pagar el doble de lo que pagan los ciudadanos de las demás naciones (1) es una especie de bala que el país arrastra en el pié, y que la paraliza absolutamente.

Los economistas de la clase media han intentado hacer al Pueblo responsable de la situación lamentable de nuestra industria y sostener que eran los obreros quienes, por sus pretensiones, hacían imposible la lucha con los amos.

Esta argumentación es insensata y me asombra que el doctor Rousmel, en su curioso libro: *Au pays de la Revan-*

(1) Según un informe de M. Krantz, senador (16 marzo 1885), los Franceses, sin distinción de edad ni sexo, pagan 104 francos de impuestos por año y por cabeza. M. Octavio Noel hace subir esta cifra á 110 francos por cabeza. A estos impuestos hay que añadir los derechos de entrada y los céntimos adicionales que, gracias al despilfarro republicano, han tomado en ciertos departamentos proporciones considerables.

Los Americanos pagan por cabeza	59 francos;
Los Ing'eses	57
Los Alemanes	44
Los Belgas	40
Los Rusos	36
Los Españoles	33

che se haya hecho el eco de esas sandaces ¿No es natural que el Pueblo siga el ejemplo que le ha dado la Clase media, que jamás ha querido tener ningún lazo de afección con aquellos á quienes explotaba? ¿Podría citarse de cincuenta años acá, un industrial que, por sí mismo, haya aumentado espontáneamente los salarios, que haya dicho libremente á sus obreros: «El beneficio que yo realizo sobre tal artículo me permite pagaros más caro el jornal ó la hora?»

Si es cierto que los industriales deben temer siempre ahora en los negocios que emprenden el odio de sus propios obreros, no pueden culparlo sino á sí mismos.

Desde luego se hace broma acerca de las exigencias de los obreros, de su afición á beber la copita, de su necesidad de celebrar el lunes y á veces el miércoles, pero olvidase que si la constitución física de los trabajadores no es ya capaz de una energía no interrumpida, el régimen de la Clase media es el que ha creado esta constitución de los hijos gastando á los padres hasta el último extremo, haciéndoles trabajar sin recompensa y sin reposo. Los obreros actuales no hacen sino reclamar los atrasos de un capital de fuerza y de salud que habrían ellos heredado si en el oportuno tiempo de su omnipotencia, no hubiese la Clase media estropeado á los que la ayudaban á ganar dinero.

Tomad una huelga reciente, si os parece. Los primeros muchachos vendeanos que entraron en las fábricas de Cholelet estaban en todo el vigor del temperamento y podían bastar con muy poco alimento para un penoso trabajo; los hijos no se encuentran ya en estado de hacer lo que hacían sus padres, y reclaman menos trabajo y más alimento.

Por todos estos motivos la Clase media está en camino de desagrégarse y dividirse en dos partes.

La Clase media dorada ha entrado en el sistema judío;

se ha hecho especuladora á su vez y ha realizado fortunas que, sin ser comparables á las de Israel, constituyen feudos formales; pertenecen, desde ahora, á la aristoeracia extravagante y extraña, á la nobleza de carnaval que comprende antiguos violinistas, como el duque de Campo Selice, príncipes auténticos que han venido á ser tapiceros y organizadores de fiestas como el príncipe de Sagan, antiguos duques franceses, aventureros de todos los países, mujeres perdidas, negreros, antiguas banqueras de ruletas alemanas que llevan coronas y diademas é innumerables rentistas más ó menos agusanados á quienes se llama barones grandes como puños.

La otra parte de la Clase media, la más meritoria, la más francesa, la que trabajaba ella misma, está en camino de volver al proletariado. Los Curiales de los últimos tiempos del Imperio romano preferían renunciar á su título de propietarios antes que se les hiciera solidariamente responsables de los impuestos del municipio. Los pequeños fabricantes, abrumados con patentes, derechos, y toda clase de contribuciones, sin poder luchar más tiempo contra capitales coaligados, prefieren despedir á sus cuatro ó cinco empleados y salir del patronato que había sido antes el objeto de su ambición, y se colocan en casa de los demás. ¿Cómo se las arreglarían de otro modo?

Toda la declamación humanitaria que ha llenado este siglo, se ha interpretado en los hechos por la vuelta á las costumbres de las edades primitivas en que el más débil era desapiadadamente pisoteado por el más fuerte.

«Ahora, dice muy bien M. Emilio de Laveleye en el *Socialismo contemporáneo*, que han caído las barreras tradicionales y usuales que protegían á los débiles y á los desheredados, la ley darwiniana de «la lucha por la vida» reina sin trabas en el mundo económico. El más fuerte es quien prevalece, y el más fuerte es el más rico.

Nuestros comerciantes no deben solamente defenderse de la competencia que les hacen los grandes almacenes; sufren la pena de los procedimientos sin escrúpulos de sus rivales judíos.

La entrada de los judíos en el comercio ha deshonrado al comercio francés, que gozaba antiguamente de tan excelente fama en todo el mundo.

«Al judío le distingue, dice Schopenhauer, la falta completa del sentimiento que se ha convenido en llamar *verecundia*.» Este pueblo tan corrompido es, por muchos conceptos todavía, un pueblo primitivo; es ageno á toda idea de instalación fija, á todo pensamiento del día de mañana; corta el árbol para tener sus frutos; como los nómadas de paso, quema diez leguas de territorio para hacer fuego en su campamento de un día. El camelote con que ha inundado el mercado, las halajas falsas, los trabajos con mondaduras de cebolla, los zapatos con suelas de cartón han inspirado á los extranjeros invencible horror hacia todos los productos parisienses.

En este terreno el industrial de origen francés no puede seguir al judío; sin ser insensible á la esperanza de un lucro razonable, tiene el respeto de sí mismo, el cuidado de la honra, y cede el puesto al judío (1).

(1) Esas son todavía á manera de reminiscencias lejanas de los reglamentos severos de las corporaciones antiguas cuyos solidarios eran todos los miembros, en que la honra de cada uno era la honra de todos como en un regimiento. El reclamo descarado de ahora hubiera indignado á nuestros padres. Los jurados en ejercicio velaban con cuidado para que la mercadería «se encontrara siempre leal.» En 1760, unos sastres hicieron circular anuncios entre el público de trajes á precios muy módicos: examináronse los trajes, se declararon mal hechos, y se prohibió á los sastres continuar.

Todo centro industrial donde penetra el judío queda desacreditado al cabo de pocos años. El hecho se comprueba á algunas leguas de distancia por industrias similares. La Chaux de Fonds, célebre antiguamente en to-

Obstinanse algunos en hacer cosas exquisitas que no se venden ya. He visitado á algunos fabricantes de flores finas que me habian felicitado por mi libro. No hay cosa más triste que esos talleres á cuya puerta llama ya la ruina. Uno de esos fabricantes que daba ocupacion á veinte obreras, no la da ahora más que á tres; mostrárame con satisfaccion artistica, las guarniciones, las girdaldas de flores de alberchigo, de manzano, las enredaderas, las tuberosas, los albohales que parecen enteramente húmedos todavia del rocío. Cuando se acaba la estacion, los judios proponen al pobre amo la continuacion de aquellas maravillas á muy bajo precio; les pone en la calle y guarda en el fondo de un cofre aquellas flores que ama como un Holandés amaba á sus tulipanes.

En aquel taller demasiado vasto ahora que da, como todas las habitaciones de obreros del barrio, á patios sombríos, ingratos, entre moldes, herreros, salterillas que cubrian las mesas, ibase el pensamiento hácia aquellas veladas brillantes de antiguos tiempos en que nuestros elegantes se adornaban ante el extranjero con creaciones de nuestros artesanos, en que París dichoso, triunfante, amable, era todavia el árbitro del gusto en Europa.....

Es una ley inexorable: engrosando continuamente la ola judía, todo francés mientras no recobre su buen sentido y reconozca donde está el enemigo, debe desaparecer ante el invasor. ¿Cómo resistiría el natural ya que la policia, la magistratura, la autoridad bajo todas sus formas, la influen-

do el mundo por sus fábricas de relojería, ha sido invadida por los judíos: está en plena decadencia. Le-Loche, al contrario, donde no se han instalado todavia los judíos, ha conservado toda su fama.

cia en todas sus manifestaciones, pertenecen al judío alemán?

Muchos de estos vencidos han tenido un consuelo: han venido á encontrarme para contarme sus negocios; pero han venido en número tan crecido, que he debido refugiarme al campo para trabajar un poco.

Veo todavia un excelente empresario de obras de carpintería canoso, pero robusto al fin y cuerpo fornido, el tipo intermedio entre el obrero y el menestral.

—Lo he perdido todo, me decía, por haberme quedado, un día maldito, cinco minutos más en mi almacén.

Habia hecho su negocio regular y estaba á punto de retirarse, cuando una mañana, fué á encontrarle un judío, en nombre de una Sociedad que se ocupaba en el negocio de maderas. Se le engatusó, se dejó tentar, instaláronse en su almacén, se le prometió el oro y el moro, se le envió á Transilvania, cerró allí un contrato muy ventajoso, cogieronle calenturas, luego una congestion cerebral, regresó y se le dijo: «Todo es nuestro, sacadnos de aquí.»

Pleiteó. De tal manera tenía el perfecto derecho á su favor que el letrado Demange creyó poderle anunciar de antemano que su causa estaba ganada. En el instante supremo, los judíos puján por último, como en el asunto Erlanger, ponen unos cuantos billetes de mil francos en la balanza de Témis, y el desdichado ve denegada su demanda y condenado, por añadidura, á daños y perjuicios.

—¿Qué quereis que me haga?, me decía, á mi edad no se comienza otra vez la vida. Si supiérais que dolor es para mí cuando paso por delante de mi almacén, delante del pabellón donde he trabajado tanto tiempo, donde cada sábado yo pagaba los salarios. Ya lo veis, esto desgarrá.....

Me ha consultado acerca de apelarse al Tribunal Supremo. Díjele que para estos casos se necesita un especialista;

también me ha preguntado, acerca de sus daños y perjuicios, si era suspensivo el recurso de Casación.

Recuerdo que le contesté que suspensivo en todo caso lo era el recurso para mí y que no se me podía tomar mi último libro, aunque lo mandara el fallo.

—¡Ah! exclamó. Os prometo que hay todavía un ejemplar que no tomarán; es el mío; tengo bastante.....

La protesta contra el Semitismo ha encontrado entre estos el mayor número de adhesiones. No tienen la pasividad del pobre pueblo que, disciplinado en el sufrimiento, se encorva para que le carguen mejor el fardo sobre los hombros; han conocido días mejores y lo recuerdan; pueden apreciar mejor que los proletarios los estragos del judío: han visto al judío manos á la obra; en efecto, saben qué maniobras emplea este combatiente sin escrúpulos que en el terreno comercial, como en otros, tira siempre la piedra y esconde la mano..... Los vencidos de la Clase media serán muy pronto la vanguardia del ejército socialista.

Esta situación explica la postración que sucede á la actividad exagerada y calenturienta que ha distinguido á la sociedad de este siglo.

La Clase media elevada, cebada, repleta, no tiene ni siquiera la disposición para el lucro que tenía ántes, se duerme sobre su lecho de millones; es indiferente hasta para empresas en las que se podría desplegar legítima energía. Nuestros grandes puertos se parecerán muy pronto á Lorient y Dunkerque, que después de haber estado tan animados en el siglo XVII, están ahora casi desiertos. El Havre se queja ya de la disminución de su movimiento. Marsella ve, gracias al san Gotardo, escaparle parte del tránsito y pasar á Génova (1).

(1) El san Gotardo ha creado entre el mar del Norte y el Mediterráneo, una corriente formidable de que Génova se aprovecha por completo.

Arruinando el viejo maulero de Freycinet á la Union general, él, que ha cometido con el aire más inocente del mundo, las más grandes infamias de la época, se ha arreglado de manera que no haya más renta francesa.

Seguro de que era inevitable una guerra con Alemania, este protestante patriota ha hecho absolutamente lo contrario de lo que hace Bismark, quien, previendo una guerra

En 1881—es decir un año antes de la abertura del san Gotardo—Génova tenía un movimiento de 1.264,000 toneladas. Este puerto ha obtenido después los tonelajes siguientes:

1882.	1.315,000 toneladas.
1883.	1.460,000 »
1884.	1.588,008 »
1885.	1.890,000 »

O sea un aumento de 50 por 100.

Dos causas han traído este resultado:

Primeramente, la aproximación de las distancias; Amberes dista solo 1,142 kilómetros de Génova, mientras que esta ciudad se encuentra á 1,218 kilómetros de Marsella.

Después una combinación de tarifas especiales á precios reducidos.

Estaba en mano de nuestras grandes Compañías adoptar, también ellas, unas tarifas que nos hubiesen ayudado á conservar el tránsito francés, pero los Rothschild procuran favorecer la marina italiana para arruinar nuestros grandes puertos.

Fuera de esto, los administradores de las Compañías repletos de millones en su mayor parte, son ajenos á toda idea patriótica; no se preocupan sino del lucro inmediato y de los beneficios que se pueden realizar desde luego.

M. Thérý había indicado como remedio destinado á evitar la ruina de Marsella, la construcción de un ferrocarril que de Dijon fuera directamente á Amberes por Bar-sur-Aube, Rociroi y Charleroi y acortando la distancia entre Marsella y la estación del Norte de 184 kilómetros.

Habrás visto, indudablemente, que este proyecto no permitía los robos y las dilapidaciones á que han dado lugar los caminos del Estado, y la idea no tuvo consecuencias.

Es verdad que la Cámara ha votado un crédito de 5 millones para los gastos de estudios de una perforación de los Alpes que arruinaría completamente el poco tráfico que queda á Francia. Un sindicato del que forman parte M. Lion Renault y M. Cerisollés, el antiguo presidente de la confederación helvética, estudiará la perforación hasta que ya no quede un céntimo de nuestros 5 millones.

con Rusia, se esfuerza por cerrar el mercado de Berlín á los capitales rusos. Freycinet ha entregado el mercado de París á la Banca alemana.

«Si os permitis realizar negocios rentísticos en Francia, dijeron los Rothschild á los banqueros franceses, se os delatará á la policia correccional.» Todos se tuvieron por advertidos. La nobleza francesa, doblando el espinazo, ha ido á felicitar á los banqueros de Francfort por haber reducido al suicidio á cierto número de sus compatriotas. El austero Rousse ha declarado, en plena Academia, al recibir á M. Leon Say, que era perfectamente licito á un ministro hacerse cómplice de judfos alemanes. Freycinet ha continuado á favor del puritano y punto redondo. Ahora todas las operaciones rentísticas importantes se hacen en Berlín (1).

Está pues muy próximo á su fin el reinado de la Clase media porque está ahora cortada en dos ramas: una que se aproxima al proletariado, otra que se pega á una aristocracia particular que no tiene análoga en la historia, plutocracia con titulo más que aristocracia en el sentido antiguo (gobierno de los mejores), clase híbrida, gozosa, medrosa,

(1) No debe abusarse de las cifras, porque esto fatiga la atención del lector y le priva de sacar su provecho moral,—que es el objeto que todo escritor debe proponerse. Conviene no obstante hacer observar que el golpe de la Union General fué una verdadera conspiración de los Rothschild, de acuerdo con Bleichroeder y Erlanger, para depreciar los valores franceses en provecho de los valores extranjeros. Por haber mantenido inteligencias con Carlos el Temerario, un príncipe de la sangre, el conde de Saint-Pol, fué paseado por París en un caballo cubierto de negro y fué decapitado en la Pescadería que previamente se habia hecho desinfectar con bayas de enebro. Los monarquistas se indignan cuando se pide una información acerca de un banquero alemán que, uniéndose á extranjeros para sembrar el desorden en la fortuna nacional, se hace manifiestamente reo de traición.

El estado comparativo de las rentas ó valores franceses y de los capi-

codiciosa todavía, pero que no se atreve á tomar nada sin permiso de los Rothschild.

El gobierno y las Cámaras son la última fortaleza que le queda á la Clase media. Todos están allí en familia menestrales del primero al último. Los monarquistas se resignarían de buena gana con la República—con la condición de conservar sus bienes; los republicanos no pedirían más que el advenimiento de los Orleans,—con la condición de conservar sus destinos. Cambian todos sus pensamientos acer-

tales de Estados extranjeros, ántes y después del kraech, es muy instructivo bajo este concepto.

RENTAS Y VALORES FRANCESES

	Fin diciembre 1881	Enero 1882	Fin diciembre 1. ^o 1887	Stbre. 1888
Renta francesa 3 0/0.	84 25	82	81	83 95
— 4 1/2 0/0	115 15	112 70	107	105 40
Banco de Francia.	5750	4725	4175	3725
Crédito hipotecario.	1785	1500	1395	1365
Crédito Lionés.	900	750	570	617 50
Union general.	3060	500	»	»
Ferro-carril de Lyon.	1757	1600	1235	1312 50
— del Norte.	2290	1960	1535	1597 50
— de Orleans.	1342	1240	1308	1355
Acciones de Suez.	3390	1875	2060	2205

CAPITALES DE ESTADOS EXTRANJEROS

	Fin diciembre 1881	Enero 1882	Fin diciembre 1. ^o 1887	Stbre. 1888
Consolidados ingleses 3 0/0 (2 3/4)	99 1/2 98	102 70	conv. 100 70	84
Renta húngara.	4 0/0	79 90	70	79 50
— Italiana.	5 0/0	90 35	85	95 80
— Española.	4 0/0	»	63	67 75
— Ruso 1877.	5 0/0	92 70	86	100 60
— Portuguesa.	3 0/0	54	51	58 25
— Austriaca (oro) 4 0/0	»	81	78	61 10
Deuda tunecina.	4 0/0	481	350	507
Deuda egipcia.	6 0/0	362	300	370
				401

ca de este punto en los pasillos en conversaciones llenas de efusión, y vuelven á la sesion para aparentar que se combaten á fin de divertir al Pueblo y hacerle olvidar que muere de hambre.

Para la Clase media, no hay más que un sér que pueda explotarse con toda seguridad, porque se rehace siempre con los caudales de los contribuyentes: el Estado. El empleo, el mandato legislativo, el síñal de magistrado con todos los provechos anexos, el alboroque, la venta de influencias; esto es el objetivo.

Esto constituye un régimen, un sistema que es el mismo en el fondo, llámese Oportunismo ó Radicalismo; es siempre la República administrativa y parlamentaria, la gran vaca de leche de la Clase media, y esta se encuentra bien con ella. De este modo se explican los ahullidos que ha lanzado la tierna juventud de las escuelas cuando Boulanger ha parecido amenazar á este gobierno donde todo se vende.

Parecia que la juventud universitaria debió ser siempre y ahora mismo ser de oposicion; habiase pronunciado contra la antigua monarquía de los Borbones que ocupaba tan gran puesto en Europa, se habia pronunciado contra un rey prudente que, á falta de gloria, daba al país cierta prosperidad material, se habia pronunciado contra el vencedor de Magenta y de Solferino. «¡Juventud! ¡juventud! decian los ancianos, estarás pues siempre contra el gobierno!» Los ancianos se engañaban. La juventud de la clase media ha acabado por hallar su gobierno ideal, el gobierno de sus sueños, el gobierno á quien aclama en la calle y á quien se declara dispuesta á defender contra los partidarios del cambio. Este gobierno es el gobierno que se encarnó en Grévy, el gobierno que ha producido Wilson y la Limouzin...

Mientras todo París protestaba contra la escandalosa ab-

solucion del hombre que habia vendido la cruz de la Legion de honor, habiase anunciado que los jóvenes de las escuelas se preparaban para dar una cencerrada en la avenida de Jena.

—¡Nuestros jóvenes ir á dar una silba á Wilson! gritó álguien que conocia muy bien el Barrio latino actual; si fueran á la avenida de Jena, irian para aclamar al señor Yerno! Estad seguros de que le admiran mucho porque ha ganado dinero.

Razon tenia este pesimista y se vió bien cuando aquellos hombres de veinte años, á quienes habian dejado indiferentes las ignominias de Wilson, se reunieron en cuadrillas para ir á insultar á un general francés que habia valientemente combatido á favor de Francia en Italia, Africa, Cochinchina, en los muros de París, que habia recibido seis heridas por la Patria.

Para esos hijos de la Clase media, esta República, donde todo se vende en pública almoneda, es el gobierno perfecto. Sueñan en tener parte en sus baturrillos. La famosa frase de Lenté ha producido en ellos el efecto que producía en la juventud de otros tiempos alguna frase elocuente, alguna estrofa inspirada, algun trozo apasionado. Mediten esto: «Conoceis al ministro que habia trabado amistad con los alguaciles antes de ser saludado por los porteros de un ministerio, y que, descendido de un sexto piso cuyo alquiler se olvidaba de pagar, se ha retirado en la opulencia después de unos cuantos meses de poder.»

—¡Hé! ¡igualmente! ¡este ministro ha tenido buen éxito robando tanto dinero después de algunos meses de poder! ¡Quizás yo sea como él!

—¡Yo! prefiero ser magistrado. Tambien se dan buenos golpes y se adquiere mayor consideracion.....

Entonces se cuentan las hazañas de sus parientes (1).

—Mi tío estaba apuradísimo, ni siquiera se querían ya descontar sus billetes, y veíase en graves dificultades para dar cuentas de tutela, tiene el recibo de Erlanger y posee ahora tres millones.

—Mi padre no ha tenido tanto en el negocio de la Union general. Bleichroeder y Rothschild lo han hecho todo del mismo modo, pero los ministros lo han tomado todo para sí...

—Hé aquí lo que yo no comprendo, interrumpe con generosa indignación un jóven que será procurador como Loew. En negocios como estos, yo quisiera que todos tuvieran su parte.

(1) Apléase sobre todo esto que escribo á la pandilla reducida y ruidosa, que guiada por algunos caciques, hijos de diputados, de funcionarios, de magistrados de las nuevas capas no ha temido declarar vergonzosamente su simpatía á favor de la República masonica y judía representada por Ferry.

El hecho de que estas manifestaciones se hayan podido exhibir impunemente en el barrio de las Escuelas, demuestra que la juventud menestral ha descendido muy bajo, y sería preciso desesperar de Francia si todos los jóvenes se portaran así. Gracias á Dios, no es así, y, muy al contrario, se ha constituido entre los espíritus elevados y estudiosos un grupo en el que se busca patrióticamente el medio de resolver la cuestion social desembarazando á Francia de la invasion semítica.

Ya antes de la aparicion de la *France juive* algunos jóvenes habian ido á estudiar los judíos en el barrio de san Pablo, á los alrededores de aquella calle de Rosiers que forma como un pequeño ghetto en Paris. Vinieron á encontrarme y fuimos á visitar juntos los cafés exclusivamente poblados de judíos ó de judías, las tabernas cubiertas de inscripciones hebraicas, donde no se come más que *casher*, ni se bebe más que brebajes especiales. Es un rincón de París muy curioso.

En el Barrio latino, lo selecto inteligente es bulangista, no por pasión, sino porque espera que el general pondrá fin al odioso régimen que deshonra y lo mancha todo, que prodiga todo lo que vale algo por un alma generosa.

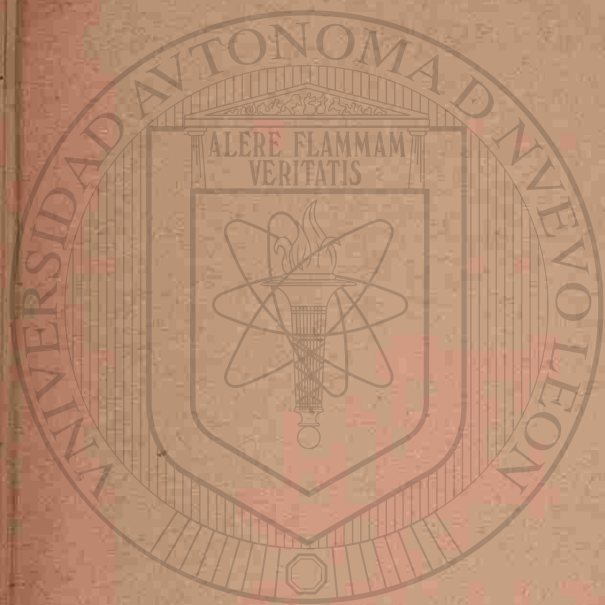
M. Mauricio Barrés ha interpretado, en algunos artículos notables publicados por el *Figaro*, el desprecio de todos los seres que valen algo hacia ese hacinamiento de estafadores, de ignorantes, de *Prudhommes* corrompidos que tienen entre sus manos viscosas este país que fué tan grande.

—¿Segun la importancia de sus funciones?

—Naturalmente.

Y todos, llenos de sueños para lo porvenir, piensan en porquerías colosales, en malversaciones, en concusiones, como no se han visto aun, y se ponen á cantar á coro:

Nous entrerons dans la carrière
Quand nos aínés n'y seront plus.



LIBRO TERCERO.

Los Monopolios.

Los grandes y los pequeños feudos.—El reinado de los Rothschild.—Los empréstitos de Estados.—El monopolio y los objetos de primera necesidad.—*La Trata de granos francesa*.—La ruina de la agricultura.—Las adjudicaciones públicas.—Los cafés.—Lo que sucede en el extranjero.—El acaparamiento del cobre.—Un tipo de industrial judío: Lázaro Weiller.—La interpelación de M. Laur.—Las provisiones del ejército.—Los cartuchos de latón.—Grandes ejemplos dejados por la antigua monarquía.—Marillac y Secretan.—El fin del pequeño comercio.—Los grandes almacenes.—El derecho de justicia.—Como se hacen condecorar.—Los Hachette y la censura.—Historia de un monopolio.—Los diputados de la derecha no se atreven a hablar.—Lo que se vende en las estaciones.—El *Zohar* y la *Primera dueña*.—Messire Luc y lo que de él dijeron Evinquabre, Epaminondas, Diógenes Laercio y otros personajes notables.—M. Blount y su respeto del derecho de los franceses.—Las *cartas de consideración*.—El balance de los monopolios.—Tentativas de los pequeños comerciantes para organizarse.—Porque la prensa no puede hablar.—El testamento de la Señora Boucicaut.—Una estatua ridícula.

El gran feudalismo se constituyó á expensas de los poseedores de los pequeños feudos; el gran feudalismo industrial y rentístico se ha constituido también á expensas de la pequeña clase media. El movimiento de concentración se opera de algunos años acá con tan espantosa rapidez, aplasta tan implacablemente á todos los pequeños, que es permitido esperar que el choque de retroceso no está lejano.

Al frente de este feudalismo, dejando muy lejos atrás á los más devoradores y feroces, figuran los Rothschild.

Mommen ha dicho: «Sería más interesante escribir la

historia de la familia Rothschild que la de muchas dinastías reales, y los *Archivos israelitas* se pasman al citar esta frase que encuentran muy justa. Sin negar la exactitud de este dicho de Mommen, debe reconocerse que no puede escribirse esta historia hasta que se tenga su desenlace. Trátase menos, fuera de esto, de una historia que debe escribirse, que de un proceso que debe formarse, y para comenzar el proceso, sería preciso tener todas las piezas á la vista.

Historia ó proceso, es una página curiosa que toca llenar á los que nos sucedan. Jamás hubo poder más formidable —y este poder no se apoya en nada; se desfondará, como por encanto, el día en que algunos franceses resueltos penetren en la calle Laffitte y lleven á los príncipes de Israel á Mazas; actualmente se impone soberanamente á todos los jefes de pueblo, le obedecen los ministros de todos los países, y mañana, semejante á las fantasmagorías que desaparecen á los primeros albores del día, se desvanecerá ante algunos seres de realidad y de buen sentido que saldrán al encuentro del fantasma y le interpelarán directamente. Poder extraño, digo una vez más, que es espantoso y que, en el fondo, no descansa sobre ninguna base, no tiene cuerpo, no tiene existencia aparente, como los fantasmas, sino merced á cierta atmósfera de ideas desordenadas y falsas que la prensa masónica y judía mantiene de un siglo acá.

El mundo ha visto regímenes extravagantes y tiranías pesadas, pero jamás vió cosa parecida á esta: los pueblos arruinados bendiciendo á los que les arruinan, á los que han levantado su prodigiosa fortuna á expensas de millones de trabajadores; los reyes honrando á los rentistas que han devorado á la nación por la que esos reyes tenían obligación de velar.

En pocos años los Rothschild han dejado al Austria sin jugo. Hungría ha visto, merced á su intervencion, decuplar

su deuda en menos de doce años. La deuda húngara era en 1873 de 221 millones; en 1885 era de 1,461 millones; hoy, excede de 1,600 millones. En presencia de este resultado, propone M. Tisza, el hombre de los judíos, el insultador de Francia, conceder un asiento en la Corte al baron Alberto de Rothschild y á su esposa la baronesa Bettina «como gratitud á los méritos del señor de Rothschild para el desarrollo del crédito nacional de Hungría (1).»

En Austria-Hungría, á lo menos, algunos diputados protestan; en Francia ni un solo diputado, ni de la derecha ni de la izquierda, se atreve á recordar en la tribuna que á los Rothschild y á sus operaciones usurarias debemos la espantosa situación rentística en que bregamos.

No soy curioso, pero confieso que me gustaria conversar, francamente, con los Rothschild y preguntarles cómo creen que acabarán ellos, pues que tambien todo acaba en la tierra. Desde algunos años han pasado por alternativas diversas; han temblado un instante pero se han tranquilizado por la facilidad que han encontrado en obtener la neutralidad de algunos jefes de partido obrero. Por ahora, están en la apoteosis y se ocupan en transformar el palacio de la calle Laffite, donde murió el baron James en «una Casa de recuerdo» como la casa de Francfort. Será el San-Dionisio de la dinastía; se irá á ella en romería, pero á veces hay romeros que están hambrientos...

(1) Todos los periódicos habían anunciado que á consecuencia del ultraje hecho á Francia en pleno Parlamento por el ministro húngaro, monsieur Gustavo de Rothschild, cónsul general de Austria-Hungría en París, había enviado su dimision. Era un acto de simple decencia cuando es sabida la acogida que dispensa la sociedad francesa al baron y á la baronesa de Gustavo. El baron dirigió una nota muy seca á la agencia Havas para anunciar que jamás había él tenido la intencion que se le atribuía. ¿Qué quereis? El sabia que no tenia por qué molestarse con nuestra aristocracia y se portó como era consiguiente.

A pesar de todo, de Francia es de donde más temen los Rothschild, aunque el partido antisemítico no esté en ella todavía tan completamente organizado como en Alemania y en Rumania. Luego que ya no tengan la Francia, no tendrán ya nada, habrán perdido la palanca, el campo de acción.

Efectivamente, por Francia gobiernan el mundo, nuestro oro sazonado por ellos les permite obtener de los gobiernos donde se sabe todavía lo que vale el judío, honores para ellos, favores para sus correligionarios, y la persecución más ó menos abierta contra la Iglesia. La hacienda italiana es una improvisación de los Rothschild.

Viajando un día el conde de Breda en el mismo compartimiento de ferro-carril que viajaba uno de los Rothschild de Francfort, le preguntó por qué su casa sostenía con tanta energía el crédito de Italia, que no se apoyaba absolutamente en nada.

—Es nuestra manera de acachetear á los curas, respondió el barón.

A fuerza de habilidad han conseguido los Rothschild decidir la Francia á suministrar á un país que nos detesta, que nos insulta cobardemente, que no oculta su intención de herirnos por la espalda así que tengamos la guerra con Alemania, los medios de pagar armamentos enormes y tener una escuadra superior á la nuestra.

Gracias á los Rothschild, la renta italiana se ha colocado casi exclusivamente en Francia. Inglaterra y Alemania, que prodigan su simpatía á Italia, no tienen la menor confianza en ella en el punto de vista rentístico; para asegurarse de esto, basta examinar las cantidades pagadas en el mes de julio próximo pasado por los cupones del cinco por ciento italiano:

París.	57.190,000 francos.
Londres.	3.500,000 —
Berlin.	77,000 —

¡Y sin embargo, á Berlin es donde ese odioso Polichinela de Crispi va á tomar el santo y seña contra nosotros!

En pocos años se nos han colocado aquí 3 mil millones 450 mil francos de renta italiana. Se negocia más renta italiana en París en un día que en una semana en todas las demás plazas de Europa (1).

Este dinero benévolamente dado por nosotros á Italia, será absolutamente perdido para nosotros en caso de guerra. Italia, que no se encuentra ni con mucho en situación de hacer frente á la enorme deuda que ha contraído por el afán de figurar entre las grandes potencias, hará bancarrota con la más amable desenvoltura.

El soberano desprecio que nos tienen los Rothschild es, además, una de sus grandes fuerzas. Para tener una cruz más ó siquiera por obtener un apretón de manos de cualquier soberano no vacilarían en echar al mercado los más inverosímiles empréstitos.

Se ha necesitado una ley especial para autorizar á la Compañía de Panamá á fin de que emitiera valores por lotes; los Rothschild, con su simple autoridad privada han

(1) Léase acerca de esto el instructivo folleto: *Un peligro nacional, la renta italiana en Francia* (Laroze y Forcel editores) que analiza con mucha claridad la situación rentística de Italia y muestra cuán absurda es nuestra confianza.

Le Monde dice muy exactamente con este motivo:

«Hubo jamás un empréstito más antipatriótico y más inmoral? Italia pone á disposición de Bismarck la fortuna y las fuerzas que nosotros le hemos proporcionado. ¿Hay también un empréstito más gravemente comprometido por un harto natural cambio de la justicia de Dios? Las quiebras de los comerciantes y de los particulares se acumulan entre nuestros vecinos con vertiginosa rapidez; las cajas de ahorros se desfondan en todas partes; las comunas y los municipios hacen bancarrota unas tras otras y dan con sus puertas en los hocicos de sus acreedores; y el rechazo de todas estas caídas conmueve las instituciones de crédito y al mismo Tesoro italiano.»

obligado á los agentes de París á que admitieran á la cotización las obligaciones por lotes del Congo.

La *Lanterne*, poco sospechosa de antisemitismo, nos hace saber que Lambert de Bruselas es quien, encargado de esta negociacion por el rey de los Belgas, vino á París expresamente y que los agentes de cambio, después de intentar resistirse, han sido obligados á capitular ante la voluntad formal de los barones de la calle de Laffitte.

En la sesion del 17 de julio de 1888, M. Luciano de la Ferrière interrogó al gobierno sobre el particular, y sin atreverse, naturalmente, á zaherir á Rothschild, dijo cosas bastante justas acerca de este escándalo.

El farmacéutico Peytral contestó que habia un compromiso contraido por un gabinete anterior, pero no nombró al ministro que contrajo tal compromiso sin tener derecho á ello y no mencionó absolutamente la cantidad que habia recibido para cometer tal ilegalidad; ni explicó tampoco cómo se habia atrevido á contraer semejante compromiso sin consultar á la Cámara.

Insistió M. de la Ferrière, pero, viendo que la verdad iba quizás á manifestarse, los miembros de la izquierda, á quienes el agente de los Rothschild habia distribuido, según la costumbre, la esportillita que se regala en cada negocio, se pusieron á meter ruido y ahogaron la discusion. Por lo demás, no hay más que consultar, el extracto del *Journal Officiel*, y en él encontrareis los gritos: «¡A un mes!» y las «*interruptiones en la izquierda.*»

El rey de los Belgas convidará á Lambert y á su esposa á comer, pagando el gasto los franceses.

Paréceme inútil entrar en el mecanismo de todas las operaciones rentísticas; sus detalles se encontrarán en el último libro de Chirac: *l'Agiotage sous la troisième République* y, en el fondo poquísimas personas se interesan por

esas explicaciones que son no obstante tan instructivas. Los cerebros anémicos de nuestra época son incapaces del esfuerzo necesario para seguir estas cifras. No hay correccion posible: los judíos deben despojarnos, debe cumplirse esto como aquello.....

El monopolio odioso, el monopolio que acabará por desencadenar sobre los judíos y los judaizantes la indignacion pública, es el monopolio ejercido sobre todo lo referente á los objetos de primera necesidad, á la industria, á la misma existencia del hombre. Acerca de un hecho de este género podria un dia detener á los príncipes de Israel, y una vez asegurados los cerrojos seria ocasion de estudiar un poco su contabilidad.

Los Rothschild debian fatalmente entrar en este camino y querer la conquista absoluta, completa, total; y lo han conseguido.

La *Graineterie française*, llamada así por antifrasis porque está completamente en poder de los judíos alemanes, ha tomado la agricultura por su dominio y se entrega en ella al agiotage más desenfrenado. Todos recordamos el Krach que el año pasado se produjo gracias á ella.

La liquidacion del famoso sindicato, acerca del cual un corresponsal de la *Gazette des Campagnes* (1) ha dado tan

(1) Durante el mes de mayo, dice este corresponsal, se creian comprometidas las cosechas en Europa por una temperatura fría y árida. Los judíos tratantes en granos y rentistas se pusieron de acuerdo con la banca de Nevada para comprar todos los trigos de los depósitos de Chicago, de New-York, de Saint-Louis y de San-Francisco, de manera que en 15 de junio se encontraban propietarios de 37 millones de hectólitros de trigo de América, comprados por ellos de 10 francos 80 á 13 francos 85 el hectólitro.

Animados por este resultado obtenido en América la pandilla judía hizo en la misma semana igual operacion en los almacenes de Liverpool, de Londres, de Hamburgo y de Berlin, elevándose al total de 3.500.000 hectólitros próximamente.

edificantes circunstanciados pormenores, ha sembrado de nuevas ruinas la plaza de París, tan atribulada ya, inundando el mercado de trigo extranjero y hecho perder de este modo á nuestros labradores franceses el exiguo beneficio que hubiera podido asegurarles un año excepcionalmente favorable.

El *Monde* (1) ha demostrado exactamente lo que hay de inmoral en este desvergonzado agiotage acerca de las cosas necesarias á la vida.

Esta historia edificante, dice M. Luis Hervé, que suministra un capítulo digno de añadirse al libro de M. Drumont, nos da una idea del crédito agrícola, tal como lo practica la raza semita en ambos mundos. Nos da la clave de las fluctuaciones inverosímiles é inexplicables que han experimentado los trigos y las harinas de cuatro meses acá, y por una consecuencia natural, de los bajísimos precios actuales que no corresponden á la situación de nuestras cosechas, pero que resultan de la liquidación forzada del famoso stock de 37 millones de hectólitros.

Pruébanos pues esta situación una vez más que la tasa de 5 francos sobre los trigos extranjeros es absolutamente insuficiente para moderar el movimiento de las importaciones de trigos extranjeros y para contener en límites razonables las maniobras del agiotage internacional cuyo estado mayor lofor-

Enviáronse órdenes terminantes á la pandilla judía de París que agiotó en el círculo del Louvre; en menos de ocho días las harinas doce marcas subieron de 52 á 58 y hasta á 60 francos el saco. Estaba jugada la mala pasada.

Los desdichados compradores á descubierto pasaron por las horcas caudinas de la pandilla. Todos han pagado, se dice, aunque arruinados (excepto el ilustre Wilson á quien no se atrevieron á ejecutar;—los judíos tienen sus razones para esto,—prometiéndose hacerle pagar de otra manera.

Sabido es si se ha realizado esta profecía.

A últimos de junio el tiempo se puso bueno, prodújose la baja y finalmente los 37 millones de hectólitros de trigo americano debieron liquidarse á 10, 11 y hasta 9 francos el hectólitro.

(1) *Monde* del 23 agosto de 1887.

man los judíos. Los libre-cambistas, tan irritados contra los supuestos marqueses del pan caro, deben saber ahora en qué categoría los han de buscar; y, en todo caso, son muy ciegos sino comprenden que el productor es la primera víctima de esos baturrillos cosmopolitas. Debe pensarse que la especulación judía intentará tomar su desquite de ese fracaso momentáneo. Ahora parece que extiende sus garras semíticas sobre las hullas; se trata de comprar en firme todos los depósitos de las grandes hulleras de Inglaterra, Bélgica, Francia y Alemania, para monopolizar la venta é imponer la ley á los compradores.

Sea de esto lo que fuere, se ve que si el socialismo de abajo es un enemigo de la propiedad y del orden social, tiene en la judería rentística un cómplice, del que dista mucho de haber descubierto la incógnita la *Graineterie sé-dicente francesa*.

Se ve pues que el crédito agrícola judío tiene el poder de hacer subir ó bajar de 4 francos el precio del trigo en ocho días y de quitar á los productores el pequeño beneficio que podían esperar del derecho de 5 francos. Es decir que si la agricultura carece de capitales para producir, los capitales no faltan para desollarla. En la actualidad el trigo á 23 francos no recompensará á la cuarta parte de los productores franceses, á pesar del derecho de 5 francos. Además, las importaciones de harinas, animadas por el derecho insuficiente de 8 francos, tomarán un desarrollo ruinoso á la vez para la molienda y para el cultivo si nuestros diputados no obtienen que se aumente la tasa actual. La crisis agrícola continuará pues sobre los trigos durante la próxima campaña.

Los Franc-Masones republicanos que dirigen realmente el ministerio de la guerra ayudan, mediante una pingüe retribución, á la judería cosmopolita á que arruine nuestra agricultura de manera que en el momento de un conflicto con Alemania sean los judíos alemanes quienes tengan todas las provisiones en su poder (1). Son enteramente inútiles las

(1) Sabese que el judío Eugenio Mayer asociado á Lockroy y á toda la judería republicana habia organizado un meeting en el Circo de invierno para protestar contra el voto del derecho de cinco francos que debia aliviar un poco á nuestros desgraciados campesinos si el sindicato acerca de los trigos no hubiese sido más fuerte que la ley.

protestas de los cultivadores, los votos de los consejos generales y las peticiones; el ministro de la guerra, sea quien fuere, sabe que sino sirviese los intereses de la judería, sería derribado el día siguiente por los Franc-Masones de la Cámara pagados por Israel.

El Boletín del Sindicato agrícola de Ille-et-Vilaine, dice acerca de esto:

Parece que el gobierno se empeña en no descuidar nada para apresurar la ruina de nuestra agricultura.

Se le saca el quilo para extraerla impuestos fabulosos que muy pronto ya no podrá pagar, y se le quitan los medios de reconstituirse.

La Sociedad de agricultura y de industria de Ille-et-Vilaine ha dirigido al ministro una petición á favor de nuestros desdichados cultivadores.

El Consejo general de Ille-et-Vilaine ha dado un voto *unánimemente* en igual sentido.

El ministro de agricultura, en una carta del 20 de agosto de 1887 ha manifestado la negativa formal opuesta á sus legítimas reclamaciones por el ministro de la guerra.

Supone el ministro que esta medida la han reclamado los de la comision del presupuesto de la Cámara de diputados, republicanos todos.

Ya ven pues nuestros labradores que no deben esperar sino *impuestos nuevos* del gobierno y de la mayoría republicana. Niégase en absoluto á facilitar la venta de sus productos, á lo menos para alimentar á nuestro ejército. Resérvanse todos los beneficios para los judíos alemanes y rusos y para los especuladores de la *Société de la Graineterie*. Por su monopolio, bajará, según sus intereses, los precios corrientes del mercado, y nuestros cultivadores quedarán reducidos á ceder á vil precio sus géneros á los representantes de esta Sociedad, que los venden al Estado con grandes beneficios.

¿No es monstruoso esto? ¿Qué secretos motivos, qué vergonzosos intereses pueden determinar semejante conducta?

No obstante, la Cámara acabó por conmovirse ante esta situación. El 29 del pasado octubre, á consecuencia de un

notable discurso de M. René Brice, 55 diputados de la izquierda, algo menos podridos que los demás, se unieron á la derecha para votar una orden del día que restablecía la administración directa por el ejército, esto es, permitía á los pequeños labradores franceses tomar parte en adjudicaciones parciales en la region que habiten.

¿Qué sucedió? En el Senado, Leon Say, el hombre de los Rothschild, sube á la tribuna, pronuncia algunas palabras para significar la voluntad de su amo, y la solución queda indefinidamente aplazada.

Los periódicos independientes de Argel: el *Petit Colon*, la *Nouvelle France*, el *Franc-parleur orandais*, los periódicos de provincia: el *Eclaircur de Rennes*, el *Propagateur picard* (1) han tratado á fondo esta cuestión vital acerca de la que la prensa parisien, asalariada de Israel, ha permanecido muda como una de aquellas carpas de Fontainebleau que tienen aretes de oro en las orejas.

Es útil notar todo esto y explica el eco que la *France juive* ha encontrado en este país donde la judería cosmopolita devora hasta sus raíces. Mejor obraría M. Frank explicándose acerca de esto en los *Débats* que contestándolo todo por medio de hojaraasca acerca de la tolerancia que sus correligionarios practican tan poco. Sabe perfectamente el filósofo que no se agiota impunemente sobre el pan y que esta ira de los campos es un indicio grave. Cuando los judíos huyen de los obreros de París, á quienes han reducido á la miseria, los campesinos se encargarán de privarles ganar la frontera, y los rechazarán hácia nosotros á horquillazos.

(1) Véase también en el *Eclaircur de Rennes* el 20 de marzo de 1887, un artículo firmado «Un grupo de Agricultores» y titulado: *La Graineterie française, société juive, allemande, cosmopolite*.

Lo que hemos dicho del sindicato acerca de los trigos se aplica exactamente por otra parte al sindicato de los azúcares: en todas partes han ejercido los agiotistas su acción devastadora. Los judíos y los judaizantes, como Lebandy, han comenzado por perturbar el mercado con sus intrigas, sus acaparamientos, sus jugadas de Bolsa. Incapaces los fabricantes y refinadores de luchar contra tan formidable coalición, han quedado arruinados ó se han rendido á discreción prometiendo favorecer los intereses de los especuladores. Los que se pusieron á favor de los judíos no han tenido, por lo demás, de que lamentarse, porque en la sesión de la Cámara del 15 de enero de 1886 declaraba M. Sans Leroy que los refinadores de París habían cobrado 40 millones de diferencia en provecho suyo, en un solo año. En efecto, merced á la venalidad de los ministros, se han hecho las leyes únicamente para favorecer las operaciones de los capitalistas agiotistas (1).

Mientras se enriquecen los parásitos, los verdaderos tra-

(1) Las colonias han quedado absolutamente arruinadas de resultados de las operaciones judías. El salario de los obreros agrícolas ha bajado de dos pesetas cincuenta céntimos á cincuenta céntimos, y aun á este precio no encuentran ya trabajo los obreros y quedan reducidos á ir á morir de la fiebre amarilla en Panamá.

Acercas de esta cuestión, M. Yvo Marcas ha publicado en la *Revista socialista* (febrero y marzo de 1887) dos artículos llenos de cifras y de documentos curiosos.

«He aquí, dice, un hecho reciente que aclarará exactamente la situación: una gran plantación de las Antillas que valía 1,500,000 francos, debía 800,000 francos á un banco sobre hipotecas y 150,000 francos á un comerciante francés por envío de mercancías. En pública subasta acaba de adjudicarse por 80,000 francos.

«Si las explotaciones cayeran en manos de las personas del país que las explotarían á su vez, no padece por esto el interés general. Por desgracia, no sucede así. En nuestras colonias, como en la metrópoli, asistimos al desenlace fatal de todas las cuestiones industriales y mercantiles de nuestra época. Nuestras colonias pasan á ser propiedad de grandes bancos anónimos. Esto es hoy casi un hecho; mañana lo será completamente.»

bajadores, los que producen, se encuentran reducidos á la miseria. Muchos cultivadores han abandonado el lino, la lana, los trigos, amapola para dedicarse al cultivo en grande de la remolacha que no les ha producido ningun beneficio. Un cultivador, medio arruinado ya, me pintaba en una carta el lamentable cuadro de la situación general en la región que habita.

Vendiendo su lana á 12 sueldos que corresponden á 24, su carne á 50 céntimos la libra limpia, por un precio correspondiente á 80 céntimos, su trigo (por nuevo impuesto insuficiente) á 21 francos por un precio correspondiente á 27 los 100 kilogr., su lino á mitad, su amapola á 12 por 100 de azúcar, es decir á 1/4 de rendimiento de menos por hectárea á 18 francos los 100 kilogr., en lugar de 20 francos por la amapola antigua, consecuencia de las bajas (el azúcar ha bajado á 35 francos) y de lo que han desechado las Cámaras; no pudiendo ya sembrar remolachas, colza y cáñamo, en competencia con la seda de China, los vinos de España é Italia llenos de alcoholes insalubres alemanes que entran fraudulentamente también por tolerancia, resulta de ahí una pérdida para el práctico de 20 á 30.000 francos por granja.

Esto es la ruina de Francia, la industria ya no encuentra salidas, se arruina bajo la influencia de la competencia, de las tarifas de penetración y de las bajas, aplastada por sus gastos generales, por los protestos á las veinticuatro horas de los vencimientos, y las quiebras en que los sindicatos, para sus formalidades y su fuerza de inercia, se lo zambullen todo y hacen desaparecer los clientes y los agentes.

Cuando un establecimiento cae, el judío compra. El cristiano ha hecho el reclamo, la clientela, los estudios; el judío se apodera de todo esto por un nada. Al judío se le da en una simple visita, de paso, á casa del ministro, una autorización que el cristiano hubiera esperado más de un año quizás.

En todas partes solo hay Dreyfus, Levy y Lehman.

El Estado ve disminuir sus impuestos. No nos lo dice todo; cuando está fastidiado, toma á préstamo, y el judío sin comprometerse, toma los títulos y los coloca otra vez con un séptimo de beneficio.

El Aisne tiene 1/5 de sus tierras completamente abandonadas.

das, el distrito de Arrás 11.000 hectáreas. Rollschild compra continuamente tierras para la caza en Seine-y-Marne, porque le interesa más el perdigoncillo que el hombre. Yo he visto en la Somme, en Talmas, vender tierras por cinco francos la hectárea. La crisis monetaria comienza en los campos y las ciudades retiran de ellos sus capitales y su crédito.

Esto es la ruina dentro de un breve plazo, y como me lo decía uno de mis amigos: "¡Tan hermoso país! ¡cuán pronto se ha perdido!".

Jamás, en ninguna época de la humanidad se ha visto una pandilla de piratas cosmopolitas mostrar tanta audacia, perturbar con tanta desfachatez las condiciones de existencia de los pueblos, introducir tan descaradamente en las costumbres del comercio, el juego, las noticias falsas, la mentira, arruinar tan brutalmente á millones de hombres para enriquecerse. Este es el gran fenómeno de fines de este siglo.

Después del trigo, el café. Los Rosthchild y la Alta Banca se ocupan ahora en acaparar los cafés de todo el mundo y se entregan á especulaciones desenfrenadas tocante á este artículo. Acaban de instalar en París un mercado á plazo y el café que hacia vivir honrosamente á comerciantes formales va á convertirse en valor de juego; los comerciantes de buena fe quedarán arruinados, los corredores jurados y que estaban sujetos á ciertos deberes quebrarán, el pequeño comercio estará incesantemente perturbado.

M. Ariste Dody ha citado, en el *Constitutionnel* algunas cifras que indican las escandalosas proporciones que toman las operaciones.

Durante el año pasado, dice nuestro colega, la especulación, arrastrada por las facilidades de los mercados á plazo con cajas de liquidación, ha operado sobre una sola procedencia, el

Santos, provincia del Brasil, que produce buen café, verdadera riqueza de aquel hermoso país.

La cosecha en Santos ha sido de unos 2.500.000 sacos, cifra sobre la cual deben basarse todas las apreciaciones formales.

La especulación con estos 2.500.000 sacos ha hecho operaciones que han excedido para el año á buen seguro de la fantástica cifra de 70 millones de sacos, produciendo un alza de más de 100 por 100 sobre los precios de enero de 1887.

Debe notarse que la producción total del café en todo el mundo no excede de 12 millones de sacos y que el consumo puede valuarse en 11 millones de sacos.—Como se vé por estas cifras, se ha necesitado una organización inteligente para producir un movimiento que excede 25 veces á la producción de una sola cualidad.....

Lo mismo sucede en todos los países.

En 17 de enero pasado, el *Post*, de Strasbourg, censura ha los baturrillos á que se entregaban los Rothschild tocante á los carbonos.

Las muchedumbres populares, decía ese periódico, se agrupan de cada vez más contra la casa Rothschild, amenazada por un nuevo huracán popular. Sabido es que el barón Rothschild, (el del asiento ofrecido por M. Tisza) es el principal accionista del riquísimo ferro-carril del Norte austriaco y el principal acreedor del pobrísimo ferro-carril del Sud austriaco. Al mismo tiempo, Rothschild es propietario de los carbonos de Ostrau, en compañía de los señores Guttmann, hermanos. Sábase, de pronto, que el ferro-carril del Norte ha consentido á esos carbonos una inmensa reducción de las tarifas de transporte, de manera que el ferro-carril del Sud podrá ahora proveerse allí. La dieta de Stiria se ha ocupado ya en el asunto y ha protestado vivamente contra la ilegalidad de permitir al carril del Norte que reduzca sus tarifas en provecho de un particular. Finalmente, este golpe acertado será objeto de discusión en el Reichsrath austriaco.

Efectivamente, se hizo la interpelación en el Reichsrath, pero habiéndosele untado las manos al ministro, como á Fallières para la interpelación de los cobres, contestó lo

mismo que Fallières, es decir que todo iba á pedir de boca.....

Los periódicos alemanes, no tan serviles como los nuestros, volvieron á la carga sobre lo mismo.

La *Gazette de Cologne* escribía acerca de esto:

Es evidente y constante que el baturrillo de los carbones puesto en escena en provecho de la casa Rothschild, infiere, bajo todos conceptos, un perjuicio á los carbones de la Stiria y de la Carniola. La gente que depende de esta industria sufre por esto, porque estos carbones han perdido su mercado natural, á consecuencia de esos embrollos. Si se renovaran estos hechos, tendrían por consecuencia la omnipotencia de los carbones de Moravia, es decir de los Señores de Rothschild y David Guttman, hermanos. Un periódico vienés ha dado á entender que no se despreciaban los carbones Stirios sino para poderlos adquirir á un precio irrisorio y crear luego en provecho de los Rothschild—Guttman, en toda la extensión de la monarquía, una especie de monopolio de los carbones.

Es un hecho innegable que la industria y el pueblo austriacos han sido particularmente explotados, en estos últimos tiempos, por las casas Rothschild y Guttman, en connivencia con la compañía del ferro-carril del Norte-Austriaco. Por lo demás, la opinión pública está menos conmovida por el hecho en sí mismo que por la omnipotencia de la casa Rothschild, que, una vez más todavía, se ha afirmado en esta cuestión.

La *Gazette de Francfort*, órgano democrático, decía por su parte:

El omnipotente rentista que es ya el dueño del ferro-carril del Norte-Austriaco, de las hulleras de Moravia, y de tantas otras cosas en Austria, ha dado un golpe maestro rentista, que sobrepaja á todo cuanto se ha visto sobre el particular, hasta en América.

Después del trigo y del café el cobre.

No se ha olvidado la gigantesca operación del acaparamiento de los cobres. Para acaparar el cobre en todo el mundo y determinar un alza formidable de precio, se formó un sindicato en el que figuraban la casa Rothschild, el Comptoir d'Escompte, el Banco de Paris, M. Andrés Girod y M. Secrétan.

Luego se consiguió el resultado apetecido. Basta para convencerse de ello consultar en el Boletín oficial el precio de las mercaderías:

	Fr.	Cent.
23 Setiembre...	107	50
30 »	107	50
7 Octubre.....	107	50
14 »	107	50
21 »	107	50
28 »	116	25

Desde el 4 de noviembre, toma el alza proporciones extraordinarias.

	Fr.	Cent.
4 Noviembre.....	122	50
11 »	127	50
18 »	130	
25 »	150	
2 Diciembre.....	177	50
9 »	185	
16 »	205	
23 »	214	25

Así pues desde el 21 de octubre al 23 de diciembre ha doblado el precio del cobre.

Todos los pequeños fabricantes debían arruinarse, y en todas partes se produjo una emoción que fácilmente se

comprende (1). Parece que solo debiera aplicársele el famoso artículo 419 del Código penal que se aplicó á la Unión general. ¿Qué dice, pues, este artículo?

Art. 419.— Todos aquellos que, por hechos falsos ó calumniosos esparcidos adrede en el público, por mejoras hechas al precio que pedían los mismos vendedores, *por reunion ó coalición entre los principales detentadores de una misma mercadería ó género, tendiendo á no venderla, ó á no venderla sino por cierto precio, ó que, por vias ó medios fraudulentos cualesquiera, habrán operado el alza ó la baja del precio de los géneros ó mercaderías ó de los papeles y efectos públicos en más ó en menos de los precios determinados por la competencia natural y libre del comercio, serán castigados con cárcel de un mes á lo menos, de un año á lo más, y una multa de 500 francos á 10 mil francos. Los culpables podrán además, por la sentencia ó fallo, quedar sujetos á la vigilancia de la policía durante dos años á lo menos y cinco años á lo más.*

Los lectores inteligentes á quienes, lo digo sin falsa modestia, me he esforzado por enseñar á leer los periódicos, á comprender perfectamente el mecanismo del movimiento contemporáneo, han tenido excelente ocasion de aplicar el

(1) Le Socialiste ha indicado exactamente el desórden que tales coaliciones introducen entre los trabajadores y ha consignado al mismo tiempo que la impunidad estaba de antemano asegurada á lo que él llama «la haute pégre.» (a)

«Es la ruina, la quiebra de innumerables pequeños fabricantes ó industriales que no se proveen sino al día y que el escandaloso encarecimiento de la primera materia imposibilita cumplir con los pedidos recibidos y honrar sus compromisos.

«Pero, aunque la sociedad moderna sea hija de la Revolución de 1789-93 que ahorcaba á los acaparadores; aunque, por otra parte, existan aun en el mas menestral de los Códigos, artículos que prevén y castigan ese género de operaciones, los millonarios que han dado el golpe pueden dormir tranquilos. Es inútil que el Municipio de París invite al gobierno á que use de los poderes que la ley le confiere, no se verán molestados.

«Su hazaña de hoy, como no temen hacerlo escribir, no es por otra parte más que «la repetición más acentuada quizás, más súbita y más extensa, de las hazañas precedentes casi análogas.» No hay cosa más innegable que esta.

(a) Asociación de ladrones que han dado á la corporación pruebas de abnegación y de capacidad (N. del T.)

método de análisis que siempre les recomiendo. Esta vez más, han podido ver funcionar el sistema de corrupción por la Prensa, complemento y doblez del sistema judío que se derrumbaria casi inmediatamente si la Prensa, por sus mismas condiciones de existencia, no estuviera continuamente obligada á contar con el poder del dinero.

«Persiguiendo un fin de vergonzosa especulación, se agrava todavia más la situación ya deplorable de los obreros, organizando un alza artificial en el cobre necesario para la industria. Es imposible que esto continúe de esta manera, es preciso interpelar al gobierno y preguntarle qué uso piensa hacer del artículo 419. Esperamos dar mañana pormenores más completos y poner en evidencia esta cuestión.»

De este modo vomitan sapos y rayos los periódicos...

El día siguiente, abre el lector su periódico, hecha agua su boca, pero nota que se cambió la lista de los platos que debían servirse. Al rentista acaparador le reemplaza el cura de un pueblo muy distante que, se dice, habia citado en el púlpito una palabra sediciosa de san Agustin repetida por una vieja á otra que la habria trasmitido al adjunto para que éste la repitiera al alcalde. Y preguntan los periódicos republicanos: «¿En que piensan nuestros representantes?»

Las personas, algo maliciosas, comprenden que el caballero ¡Chiton! de quien hablé en la *France juive devant l'opinion*, ha subido temprano en un carruaje y ha dado una vuelta á las redacciones de los periódicos, reclamándoles, con ayuda de argumentos formales, lo que se llama «benévola desatención (1).»

(1) Lo mismo sucede en Austria, porque el caballero ¡Chiton! tiene colegas en todas partes.

La *Gazette de Francfort* escribe con motivo del negocio de las hu leras. «Para terminar, digamos dos palabras acerca del papel de la prensa

El *Matin* aprovecha la ocasión para darnos la hermosa silueta del judío moderno y nos muestra á Lázaro Weiller en su casa. Este judío está condecorado á veinte y seis años, mientras que, después de treinta años de servicios, soldados veteranos han podido apenas obtener la cruz; «recibe en un soberbio gabinete, cubierto enteramente con tapicerías antiguas, adornado con cuadros de maestros y objetos raros cuyo sumoso lujo y sello artístico asombrarían particularmente, si volvieran á este mundo, los antiguos prácticos de la generación precedente.»

Nuestro hombre tiene por la música las aficiones cocodrilicas de Erlanger; es un rasgo de la raza. «En un ángulo de la habitación, tres conductores telefónicos permiten oír, según se quiere, sin dejar su asiento, sin soltar su cigarro, las representaciones de la Opera, Opera-cómica, ó hasta de la Monnaie de Bruselas. Es el espectáculo en un sillón soñado en otro tiempo por la fantasía de Musset.»

Añadid á este concierto los gemidos de los obreros sin trabajo y de los pequeños amos arruinados por el juego de cobre, llegando (sin teléfono) á ese interior lujoso, y tendreis un hombre perfectamente feliz. Según la frase de Rothschild, citada por Goncourt, el Semita puede gustar la inefable alegría de sentir «millones de cristianos debajo de sus piés.» Por esto Lázaro Weiller es feliz y declara que esta operación es enteramente patriótica. Es, además, un buen republicano; administrador de la *República francesa*, presen-

vienes en este asunto «sintomático.» En pleno Reichsrath un diputado ha designado, sin ambages y declaradamente, á un agente vienés, conocido por ser el medianero de la prensa en todos los negocios de concusión y de corrupción, por haber representado un papel en este asunto. Por esto solo ha habido en Austria un órgano que haya hablado de ese golpe magistral.—*La palabra es plata, el silencio oro.*—En ninguna parte se comprende el valor de este proverbio como en Austria, ese país donde la moneda de oro es soberana, sin distinción de nacionalidad.»

tóse como diputado en los Charentes, donde fué vergonzosamente despedido y acogido en todas partes á los gritos de: «¡Abajo el judío!»

Los *Débats*, el periódico de todos los grandes cinismos, fué el único que tuvo el valor de ser franco.

¿Sabeis como en el periódico de Leon Say llama esta operación M. Leroy-Beaulieu, miembro de la Academia de las ciencias morales y políticas (¡qué moral y que política!) *Una afortunada razzia*:

Y añade: «Será compensada por la ruina de muchísimos *badulaques*.»

Estos son los hombres que se irritan contra los Anarquistas, cuando Tortelier y Tennevin declaran en una reunión pública que el hombre tiene el derecho de hacer lo que le plazca y de apoderarse de lo que le conviene.

Esta razzia, que el diario de los *Débats* censuraria si la llevaran á cabo pobres diablos que se mueren de hambre, la encuentra admirable realizada por millonarios que, imaginando las más inverosímiles fantasías, entregándose á las más locas prodigalidades, no podrian llegar á gastar lo que poseen...

Con todo, conviene felicitar á M. Laur por la pregunta que hizo al ministro de Justicia á propósito de ese acaparamiento de los cobres. Como M. de la Ferrière, tampoco tuvo M. Laur el valor de pronunciar el nombre de Rothschild: toda la izquierda asalariada de los judíos habria protestado; pero no por esto mostró menos, con cierta energía, lo que habia en el fondo de esta operación gigantesca. Esta pieza en colaboración, que se terminará como un drama por todos los obreros y los pequeños industriales, tiene cinco actos como todo buen drama:

1.º La compra en firme del metal, operación que se eleva á 30 ó 40 millones.

- 2.º La compra del metal á plazo, unos 400 millones;
- 3.º La compra eventual de todo el stock de las minas á menos de 60 libras;
- 4.º La especulación sobre el valor de las minas, que representa un capital inferior á mil millones;
- 5.º Y, finalmente, la nueva emisión de acciones á favor del alza del cobre.

De esta manera, dice M. Francis Laur, se llega, para los capitales, á poner en movimiento en esta colosal empresa la suma de 1,440,000,000 francos.

No hay cosa más triste que ver la actitud de la derecha en esta circunstancia. ¡Qué ocasion más excelente para ella para mostrar su simpatía á todos los trabajadores franceses, víctimas de la especulación judaica, á los humildes amos que no pueden servir sus pedidos, á los obreros á quienes los modestos dueños se han visto precisados á despedir y que vuelven tristes á su casa para decir á la esposa: «No tengo más trabajo!»

La derecha interrumpe á cada instante al orador y afecta tomar el partido de los acaparadores. Un diputado conservador, Kergarion, dice estas palabras que serian de un malvado sino fueran de un bruto:

«¿Acaso estamos aquí para ocuparnos de las variaciones en el precio de los metales?»

Con la superioridad de un hombre que conoce la cuestion de que habla, no le cuesta trabajo á Laur demostrar que el precio de los metales es una cuestion de defensa nacional.

El mayor inconveniente, dice, es el que sobre todo quiero señalar, es el que resulta de esta especulación para nuestra defensa nacional.

Es innegable que el mercado internacional está intacto aun en algunas de sus partes, particularmente en América; pero, el mercado francés está completamente acaparado, de dos ma-

neras: primero, porque la Sociedad de los metales posee ó ha sindicado unas ocho ó nueve fábricas de once ó doce, y que por consiguiente posee en sus manos casi la provision completa de Francia

En segundo lugar, como en la marina, en la guerra, hay todavía la preocupacion increíble de imponer, exigir, en el cuaderno de las cargas, marcas especiales tales como Walaroo, lac Superieur, Electrolityques, etc., marcas, fuera de las cuales no hay salvacion; como nuestros sábios politécnicos no han querido imponer pura y simplemente condiciones de mayor extension, de resistencia, sin ocuparse en si el metal venia del norte ó del sud, siguese que el que ha acaparado sea los lac Superieur, sea los Electrolityques, por ejemplo, es absolutamente dueño de la marina, de la guerra y de la hacienda. Impone el bueno ó mal cariz en las adjudicaciones, y esto sucede de muchísimos años acá. *Esto explica ciertas fortunas, verdaderamente inmensas hechas únicamente sobre las provisiones del Estado.*

La Sociedad de los metales posee tambien la clientela casi exclusiva del Estado; muy pocas personas pueden llegar á hacerse adjudicatarias, á no ser que la Sociedad tenga á bien consentirlo. En efecto, obligado un concurrente á someterse á determinada marca,—el lac Superieur, supongo—si la produccion está toda comprada por la Sociedad de los metales, se le pone en la obligacion de ir á decir humildemente: "Vendedme lac Superieur para cumplir mi en argo", y entonces el precio que se le exija puede imposibilitar todo beneficio.

El acaparamiento de las marcas es pues un hecho,—y debo decirlo aunque me pese—la defensa nacional está por completo en manos de la Sociedad de los metales.

Esto deciamos nonotros más arriba á propósito de la Banca. La defensa nacional está entera en manos de un judío de Francfort. En tiempo de guerra será muy preciso no obstante que traicione un país cualquiera, que sirva á Alemania en provecho de Francia, ó á Francia en provecho de Alemania...

Más adelante vuelve el orador al mismo asunto y seria lástima no dar tambien esta parte de su discurso, porque sea quizás más leída en un libro que en el *Journal Officiel* é in-

dicará bien á los franceses patriotas lo que debe hacerse el mismo día de la declaración de guerra.

El Estado, en efecto, es el mayor cliente del mercado del cobre en Francia, porque necesita este metal para forrar los navíos, para la fabricación de los cartuchos, de las cantoneras de las granadas; para la de las monedas, porque tiene igualmente necesidad de sus aleaciones, melchior, latón y otros derivados para sus fabricaciones especiales. Esos pedidos se anotan por millones y millones á precios que quizás susciten algún día muchas reclamaciones.

Pues bien, las sumas enormes que se han gastado por Guerra y Marina cada año serán evidentemente mayores, dobladas á consecuencia del alza de los cobres y se valúan próximamente en 9, ó 10 millones las pérdidas que resultarán para el Estado por efecto de esta especulación.

El Estado se verá absolutamente obligado á pasar debajo de las horcas caudinas de la Sociedad de los metales, que le dictará la ley, porque tiene en su poder casi todos los medios de producción y todo el metal. Sólo hay que esperar de su moderación y prudencia. En efecto, no hay en Francia sino un sólo industrial que no forme parte del sindicato, y ese declara, — es un hombre honrado á carta cabal que realiza los más grandes negocios en cobre, ó que los ha realizado, — y ese declara que está absolutamente á merced del sindicato, que en las adjudicaciones, si se quiere tener á la vista personalmente y tomar provisiones con metal comprado con rebaja, á 125 francos, por ejemplo, mientras que él está obligado á pagarlo al precio de 180 francos, se encuentra imposibilitado para luchar. Espera también que el sindicato le dejará vivir.

El mercado italiano que era para él una gran salida, acaba de cerrarse. Está pues cercado por todas partes.

Los obreros inteligentes y los escritores socialistas ven esta situación muy distintamente (1). Kergarion no sabe lo que se pesca en este asunto. No es hombre ruin, pero no se

(1) Léase sobre este particular en la *Revista socialista* del 15 de febrero, un artículo muy notable y muy instructivo de Benito-Malon.

le alcanza como á la mayoría de los conservadores el funcionamiento de la sociedad presente. No figura entre los parásitos de Rothschild, á lo ménos yo no he hallado su nombre en las descripciones de fiestas; ni siquiera se toman la molestia de invitarle y corromperle con una pechuga; admira cándidamente, desde la calle, todos los esplendores de los palacios de Israel; se indigna cuando se discute el origen de esta fortuna, y dice: «¡Dios mio, cuán buenos son esos hombres con habernos tomado 3 miles de millones!» (1)

Como epílogo á la cuestión de M. Laur consignemos que Fallières tiene buen cuidado de declarar que el artículo 419 no está abolido. La magistratura lo guarda preciosamente, como arma que podría, en un momento dado, como en el asunto de la Union general, servir para aplastar á los *Goyim*.

Nada se puede contra monopolios tan sólidamente armados. Es preciso que el Estado capitule, que acepte no solamente los precios que se le piden, sino las provisiones averiadas que se le imponen. En caso de oposición la judería dispone de un miembro influyente de la izquierda que amenaza al gobierno con su voto y el de su grupo si se suscitan dificultades.

Hace algunos años, M. Hubner, antiguo notable comerciante, arremetió valientemente contra Clemenceau con

(1) A esta conducta de nuestros conservadores partidarios de la Pluoteracia judía contra nuestros trabajadores franceses podemos afortunadamente oponer la actitud de algunos diputados del Reichsrath austriaco. «Después del asunto de las hullas, el presidente del Reichsrath, refiere la *Gazette de Francfort*, mandó llamar á M. Pattai (diputado anti-semita), para conjurarle á no pronunciar más el nombre de Rothschild en el Reichsrath, atendido que todo ataque contra el gran prestamista podría costar millones al Estado. M. Pattai respondió que la prudencia más elemental aconsejaba, al contrario, intimidar al gran explotador de la monarquía, en vez de dejarse intimidar por él.

motivo de los despilfarros del ministerio de la Guerra, acerca de los que el jefe de la extrema izquierda, amigo íntimo de M. Gevelot, había complacientemente hecho la vista gorda en la sub-comisión del presupuesto encargada de examinar el presupuesto de la guerra.

A las acusaciones de M. Hubner, respondió Clemenceau en una reunión pública que los cartuchos de latón eran del año 1870,—lo que era falso,—y, como era dueño de un periódico, acabó por darse aires de tener razón.

Esta historia de los cartuchos de latón es de las más instructivas, muestra maravillosamente hasta que punto es saqueada y vendida nuestra pobre Francia y abandonada por la pandilla de los rentistas.

Tenemos de ella documentos muy completos, cosa rara en estas cuestiones en que los reos piden siempre á los acusadores pruebas formales que es imposible suministrar, porque están en poder de los cómplices, en comisiones ó en ministerios.

El autor del folleto el *Gaspillage du budget de la guerre*, es un negociante en metales, alsaciano muy patriota, republicano, hasta es Franc-Mason, pero pertenece al reducido grupo de Franc-Masones, franceses aun, que se avergüenzan al ver la Masonería hecha el instrumento de Bismarck. Aquellos á quienes ataca pretenderán sin duda que á sus preocupaciones patrióticas se mezcla alguna idea de rivalidad. Lo cierto es que era notable comerciante en metales y minerales y que conoce la materia de que habla.

Resulta evidentemente de los testimonios que aduce que en 1875 no podíamos batirnos.

El cartucho de latón que se había adoptado se deteriora rápidamente, la cubierta se oxida y al cabo de cierto tiempo es incapaz de servir. El alcance del tiro no excede gran cosa de 200 metros, y el término medio de las faltas

y rupturas de estuche era de 15 por 100. La mayoría de los periódicos militares publicaron esta noticia.

M. Thiers, quien, digase de él lo que se quiera, tenía en lo tocante al ejército la competencia que todo ser inteligente tiene en lo que estudia con afición, era completamente contrario á estos cartuchos, que no se adoptaron hasta después del 24 de mayo, durante el ministerio del general de Barail.

Sin embargo, el ministerio de la guerra sabía á que atenerse acerca de la materia, ya que desde 1868 se habían propuesto estos cartuchos y habían sido desechados á consecuencia de un informe de M. Michel Roux, capitán de artillería, consignando que jamás se podrían constituir aprovisionamientos formales con semejantes cartuchos «porque acciones químicas poderosas obraban para destruir su cubierta.»

Apesar de todo, un sindicato formado por los señores Gevelot, Secrétan, Laveyssière y Rothschild (siempre) impuso aquellos cartuchos.

Y no se habla aquí de rumores vagos, de dichos más ó menos fundados. La mejor prueba de que eran inservibles los tales cartuchos es que después de haber gastado Francia muchos millones para su fabricación, debió pagar otros millones para destruirlos. A fines de 1882 votaba la Cámara un crédito extraordinario y anual de 2.673,323 francos para destruir proporcionalmente la enorme provision de los cartuchos averiados que habían costado centenares de millones.

Hiciéronse esfuerzos por realizar esta operación en cierto modo á escondidas, y se emplearon mujeres y niños en aquel trabajo. Dadas estas condiciones produjéronse explosiones espantosas, en Mont-Valerien, á fines de diciembre de 1882, en Sainte-Adresse, en febrero de 1883, y algo más adelante en Besançon.

Fué tal la emoción producida en el público, dice M. Hubner, por estas espantosas catástrofes, que el ministro de la Guerra debió renunciar á semejante manera de descarga de nuestros cartuchos averiados; hizo dar mayor número de cartuchos para los ejercicios de tiro, é izo establecer soportales, donde los soldados tiraron cartuchos de la mañana á la noche, en cajas llenas de salvado. Varios notaron por cierto este singular trabajo que el ministro de la Guerra no tuvo siquiera la prevision de no mandar hacerlo muy cerca de Niza, á donde constantemente se dirijen tantos extranjeros. Allí los soldados tiran constantemente á las rocas.

Son tan extraordinarias las cantidades de cartuchos descargados de este modo que se valua en 400,000 kilogramos la provision de antiguos cubos vacios existentes en el arsenal de Vincennes. Si en cada una de nuestras divisiones de artillería existen otros tantos, tendríamos la formidable provision de *doce millones* de kilogramos de laton viejo para vender.

Creo que no puede haber dato más significativo para demostrar el mal estado de esos cartuchos que el hecho de su destruccion. Pero lo sorprendente es que no haya habido ni un solo diputado en la Cámara que se haya levantado para decir: «El señor de Rothschild ha ganado dinero con los cartuchos inservibles, encárguese él á lo menos de pagar su destruccion. Para él es una bagatela, y creo que le parecerá muy sencillo no permitir que nuestros desgraciados electores carguen con el muerto.»

Francamente, el incorruptible y austero Clemenceau habria podido perfectamente usar semejante lenguaje, pero ni dijo esta boca es mia. Si desde entonces hubiese indicado en la tribuna las operaciones en que andaba mezclado M. Secrétan, habria impedido quizás el reciente acaparamiento de los cobres que tan onerosamente ha pesado sobre el trabajo de obreros electores de M. Clemenceau.

La verdad es que todos los políticos, por fas ó por nefas, están absolutamente en manos de la Judería. Al revelar M. Hubner todos estos hechos, ¿tuvo una segunda inten-

cion personal? No tengo ningun motivo para suponerlo; no he sido su confesor, y, en su cualidad de Franc-Mason, me temo que no se confiesa con nadie. Lo evidente es que es un especialista que trata una cuestion que conoce á fondo y que su folleto, publicado en 1885 y que aun está por contestar, es un verdadero servicio hecho al país, porque contiene datos los más inauditos acerca del modo como son devorados nuestros miles de millones por una gavilla de estafadores.

Merced á nuestra magistratura que falta cinicamente á su deber, no aplicando jamás el artículo 419 acerca de los acaparamientos, ni el artículo 412 acerca de las inteligencias en los mercados, se saquea el Erario por medio de coaliciones é intrigas sin nombre en los Diccionarios.

El mismo industrial que vendía corrientemente el mejor laton á la industria privada á 150 francos y hasta 140 francos, facturaba el laton para cartuchos á 225 francos, ó sea con 50 por 100 de exceso.

A fuerza de influencias consiguió un competidor abrir brecha al monopolio de los Rothschild y fué admitido, no á proponer pues que no habia adjudicacion pública, sino á obtener un pedido; la sociedad de los metales Laveyssière, Secrétan, Rothschild, debió consentir en aceptar el precio de 175 y hasta más adelante de 170 francos en lugar de 225 francos.

Así pues, escribe tambien M. Hubner, el hecho de la introduccion del honorable latonero antes citado, al lado de los antiguos proveedores privilegiados, pudo hacer disminuir el precio del laton para cartuchos en 45 francos por 100 kilogramos ó sea más de 25 por 100, sin que en dicha época bajara el cobre en bruto.

La desviacion entre el precio del laton para cartuchos 170 francos y el del laton para la industria, 135 francos, encontrábase reducida de este modo á 35 francos. Jamás debiera de

haber sido tan grande si el general du Barail y sus sucesores hubiesen obrado como debieran haberlo hecho, á favor de los intereses del Erario y de los del país.

Calculando las provisiones de laton que debió comprar el ministro de la Guerra desde 1873, puede con certeza valuarse en más de cien millones de francos la cantidad que se hubiese ahorrado subastándose públicamente esas provisiones de laton (1).

Fácilmente se adivina qué propinas habrá detrás de esos lucros fabulosos, de esa incuria voluntaria del ministerio y de las Cámaras. Así se explica como se levantan casi instantáneamente las fortunas colosales, las fortunas malditas fundadas en la ruina de la Patria. Uno de los que habla M. Hubner, uno de esos Mandrines (2) que, según dice Aureliano Scholl, viven sobre los cartuchos, véase, pocos años há, forzado á entrar en arreglos con sus acreedores; ahora deslumbra á París con su lujo y Alberto Wolff le cubre de flores.

Una vez más repetimos que nadie quiere ocuparse públicamente en estas cuestiones. «Infamia! dice á M. Hubner, M. Casimiro Périer. Todos esos hombres merecerian ser fusilados.» Pero no intenta el menor esfuerzo para hacer castigar esas infamias.....

Los rentistas á quienes podria fastidiar el Tribunal de cuentas, entran, merced á su fortuna, en la misma familia de los encargados de fiscalizarlos. M. Secrétan á casado su segunda hija con el hijo de M. Bethmont, primer presidente del Tribunal de cuentas. Si se generalizaran estas costumbres, simplificariase mucho la comprobacion de los presupuestos

(1) Véanse también en el folleto de M. Hubner curiosos pormenores acerca del acaparamiento del nickel por una fábrica fundada en Alemania por M. de Rothschild previendo la adopción de la moneda de nickel.

(2) Alude al famoso jefe de bandidos, Mandrin, terror del Delinado, á mediados del siglo pasado. (N. del T).

de cada ministerio; haríase en familia, al amor de la lumbré. Cuando faltara un documento de contabilidad, el hijo diria: «Veamos, suegro, no os molesteis. Dadnos una taza de thé y hablemos de otra cosa.»

Obsérvese que M. Bethmont no tenia ilusiones acerca de las provisiones del ministerio de la Guerra, porque con fecha del 21 de setiembre de 1885, hacia insertar en el *Journal Officiel* un informe consignando el desorden de la contabilidad de ese ministerio en 1882.

Si hubiese habido malversaciones en él, se confesará que el mas elemental deber de los magistrados era condenar á sus autores; sin duda encontrarán más sencillo condenarme á mí mismo, por haber averiguado la criminal ligereza con que se despilfarra ese dinero que los contribuyentes no consiguen entregar al estado sino estrujándose por completo.

Por otra parte, semejante resultado estaria en la lógica actual. Erlanger roba, el coronel Noirtin es el castigado; Wilson vende la condecoracion, el censurado es el juez de instruccion. Los proveedores militares han suministrado cartuchos inservibles y vereis como yo seré el condenado á la cárcel y á la multa.....

La comision de informacion se ha sorprendido de esos escándalos; pero, verosimilmente, deberá conerretarse á gemidos platónicos. Cierto que el general de Frescheville, encargado del informe acerca de esta cuestion, es no solo un buen patriota, sino un francés á la antigua, muy prudente y muy sutil; distingue perfectamente el riesgo que esos acaparamientos hacen correr al país; pero ¿qué va á hacerse con un gobierno como el nuestro? «Hay decisiones del Tribunal de casacion que declaran perfectamente legítimas estas empresas,» le afirman sus colegas, que conocen los t-xtos.

La fuerza de los judíos está en no proceder ya como en otros tiempos, por delitos aislados; han fundado un sistema donde todo está enlazado, que abraza todo el país, provisto de todos los órganos necesarios para funcionar, han fortificado los puntos en los que se les podía coger, han modificado sin estrépito las leyes que les molestaban ú obtenido decisiones que paralizan la acción de estas leyes; han sometido la prensa al capital de modo que se la imposibilite hablar.

Se combinan las operaciones más odiosas de manera que se libren de toda represión; son de doble escape, y me asombró la perspicacia con que el general de Frescheville, con el solo auxilio de su buen sentido, había comprendido su mecanismo.

Ni es siquiera un obstáculo la adjudicación pública. Los judíos ó sus afiliados acaparan un producto especial del cobre de tal ó cual origen, de telas de tal especie, hasta esponjas de cierta procedencia, porque parece que han hecho una operación muy curiosa en esponjas. De golpe el ministro ó, á veces, sin que el ministro se dé cuenta de ello, el hombre vendido á la Judería en un ministerio, hace una adjudicación en la que pide, en un plazo muy corto una inmensa cantidad de ese cobre, de esas telas, de esas esponjas especiales. El acaparador es naturalmente el único que puede presentarse, y exige un precio tan alto como quiere, pero, de hecho, no priva á nadie que se presente. ¡Viva la libertad! os dirá, Leroy Beaulieu.....

La indiferencia en este punto es general. Más aún; muchos conservadores no aprueban que se critiquen las fortunas monstruosas hechas de este modo. Para ellos la riqueza, por impuro que sea su origen, es digna de respeto; es una virtud, una nobleza, casi un dogma que no puede atacarse.

¡Qué dulce alegría se apodera de vosotros cuando esos hombres os dicen que son monarquistas! Ni siquiera tienen la menor idea de lo que era la Monarquía; ignoran más las tradiciones y los principios de la antigua Monarquía que los revolucionarios inteligentes que, á lo ménos, han leído la historia.

Descansaba la Monarquía en la idea de justicia que desconocen por completo los conservadores quienes consideran como un crimen atacar á un hombre que tiene un palacio, un castillo regio, montes abundantes en caza. Si la antigua Francia fué grande, no obstante, débese á que se castigaba en ella sin compasión á todos los concusionarios y á todos los traidores, por elevada que fuera su posición, por más que llevaran corona ducal ó que fueran mariscales, es decir primos del rey.

«¡Es un proceso ridículo!» exclamaba el mariscal de Marillac. No se trata en mi asunto sino de heno, paja, piedra y cal!» Richelieu opinaba que las piedras tienen su utilidad para construir fortalezas; conceptuaba que para hacer la guerra se necesita caballería y que, para tener caballería, es necesario alimentar los caballos, y, gracias al cardenal-duque, el mariscal que había metido el heno de los caballos en sus haces tuvo la cabeza cortada en Grève.

Clemenceau diría al culpable en semejante caso: «Me callaré, pero tomad algunas acciones de la *Justice!*» y los conservadores gritarian: «No se discuten las cuentas de un hombre bastante rico para dar fiestas.»

Por lo tocante á Bethmont, si fuera llamado á juzgar á Marillac, habríale dicho: «Caballero, vuestra conducta es abominable, habeis comprometido la defensa del país para aumentar vuestra fortuna: esto es un verdadero crimen contra la Pátria; por lo tanto no os admire si tengo la honra de pedir os para mi hijo la mano de vuestra hija.»

M. Hubner ha podido escribir este folleto porque tiene lo que podía desear, una casa de campo donde vive tranquilamente; los industriales que comienzan no se atreven siquiera á resollar.

La gran Casa de banca, la gran Fábrica apoyada en un sólido sindicato judío, el gran Almacén proyectan su sombra en el horizonte como el fuerte castillo de otros tiempos y las casitas como las cabañas de antaño, tienen miedo de la terrible vecindad. Los pequeños saben muy bien que un día serán comidos, pero esperan este día con cobarde inquietud, sin atreverse á evitar que se labre su perdición, mientras quizás sería aun ocasión propicia.

Los grandes almacenes son también una de las formas más curiosas del monopolio.

Alrededor de almacenes inmensos como la Baratura todo muere como alrededor del manzanillo, todo se extingue como desaparecen las lucecitas en la esfera luminosa de un foco grande.

Los grandes almacenes representan el feudalismo (1) industrial en París. Por más que muchos inferiores queden ocultos, el feudo de la clase media y su funcionamiento son

(1) M. de la Tour du Pin me ha manifestado á menudo su pesar al ver esta palabra feudalismo, que ha representado cosas tan altas, tan elevadas, tan puras, aplicada también á usurpaciones bajas, á tiranías de dinero. Sin embargo, es difícil encontrar otro término para designar esos poderes capitalistas que equivalen á los feudos antiguos, dejando aparte lo bueno que tenían estos.

Los mismos escritores socialistas formales reconocen la diferencia que señala M. de la Tour du Pin, mientras declaran también que es casi imposible emplear una expresión más exacta.

Solo á falta de otra mejor empleo esta palabra, dice M. Benito Malon. *Feudalismo* significa privilegio otorgado en cambio de deberes sociales consentidos; solo tiene un objeto; apropiarse la mayor parte posible del trabajo ajeno y de la acumulación social para usar y abusar del mismo egoístamente. Esta es su grande indignidad moral y la señal de su próxima decadencia en nombre de la salvación pública y de los grandes intereses de la Humanidad.»

más fáciles de observar ahí, por consiguiente, que el feudo industrial de provincia. En este último, efectivamente, apenas si entráis como no sea en clase de invitado que pasea, que se hace ayunar en grande cuando es calificado y que se retira, asombrado, preguntándose vagamente, si dueños tan amables no son ángeles disfrazados.

Los propietarios de grandes almacenes, por otra parte, son, también, bienhechores de la especie humana y mil veces habreis leído los elogios de sus virtudes. Los primeros filántropos se contentaban con hacer sopas á sus obreros con viejos botones de pantalones; el director del gran almacén regenera á la humanidad por medio del cornetín, para su personal crea una charanga y diversos juegos.

A decir verdad, para personas que tienen tantas distracciones, no me parecen muy alegres, que digamos, todos estos empleados. Hasta mediodía el aspecto es lúgubre, se resiente todo de la ordenanza militar, el cuartel sin el ejercicio de la mañana y los toques de corneta. Con sus ojos tristes, las pobres mujeres os cuentan el padecimiento continuamente renovado de la promiscuidad con el hombre, la amargura del tributo que debe pagarse, cuando se es guapa, á los directores, á los sub-directores, á los interesados, á los primeros y harto á menudo á las primeras, á las segundas á veces dominadas por monstruosos caprichos.

Macé, el testigo verídico y voluntariamente brusco de las costumbres de este París sobre el que ha velado tanto tiempo, nos ha pintado lo que pasaba en esos bazares, los enfermos que se dan cita en ellos; los extraviados por pasiones de toda clase, los *limpia-suelos*, los *peloteros*, los *destructores*. Hablad con él y os dirá que no ha hecho más que desflorar el asunto y que se decidió á echar al fuego las páginas más raras de este capítulo.

Cuando se dice tímidamente á los conservadores que estos

establecimientos, de proporciones anormales, se encuentran fuera de las propiedades permitidas á particulares, y que el Estado debiera incautarse de ellas y reorganizarlos, se ponen á gritar desaforadamente. Es pues tan delgada la separacion entre estos establecimientos y los públicos que esas grandes casas cuyos derechos pretende respetar el Estado no respetan ellas los derechos del Estado. Obedecen á la lógica de la constitucion de los feudos y se declaran independientes.

Antaño, el buen señor, despues de la comida, sentábase en un sillón, y, asistido de su senescal, juzgaba á los que le traía su cuadrilla, y ejercia su derecho de baja, media y alta justicia. De la misma manera obran nuestros feudales. No les gusta el código Napoleon, cosa disculpable; prefieren la ley Burgonda, fundada en la *composicion*, la reparacion del delito por una cantidad más ó menos crecida.

Todo sucede con el aparato conveniente; reúnen en un local herméticamente cerrado con puertas de caoba macisa. Los inspectores al servicio del establecimiento presentan su informe y queda establecido el robo sobre su solo testimonio.

En el interior, son generalmente antiguos inspectores retirados quienes prestan el servicio (1).

Establecidos los robos por estos últimos, la persona cogida infraganti es acusada al consejo de administracion convocado instantáneamente por una campanilla eléctrica, muy conocida del personal.

El consejo determina acerca de su suerte, después de haberla hecho registrar previamente. Si no contesta, reconoce el delito, prueba su identidad, se compone, y entonces se compromete por escrito á indemnizar al gran bazar, autorizando, con el mismo escrito, á uno de sus delegados para entregarse en su casa á investigaciones sin la intervencion de la autoridad judicial.

(1) Macé. *Un joli monde*.

En esta visita domiciliaria, se recobran solo las mercaderías nuevas.

Segun su categoría, su posicion, su fortuna, la mujer acriminada entrega una cantidad que es, *se dice*, enteramente destinada para los pobres, cantidad que varia de 5 francos á 10.000 francos.

¿Con qué derecho, pregunto yo, se permiten simples particulares imponer multas de cinco francos á diez mil francos (1)?

¿Quién fiscaliza el empleo de estas cantidades?

Si hubiese siquiera sombra de organizacion social, los directores, que se hubiesen permitido una sola vez, semejante usurpacion de funciones, dormirian en el Depósito el dia siguiente y los Gamses y los Gragnon, que han tolerado tanto tiempo semejante estado de cosas, serian enviados á presidio.

Esto á nadie maravilla.

Es necesario no perder de vista á los que se permiten arrogarse el derecho de hacer justicia sin la sombra de un

(1) Las situaciones idénticas se repiten fatalmente en su forma. Lo que sucede nos ayuda perfectamente á comprender cómo se ha operado el desmembramiento del poder central por el feudalismo. Cada cual toma lo que puede en el derecho de todos y grita contra el pueblo que reclama un mendrugo.

Los directores de los grandes almacenes hacen justicia por su autoridad privada.

La casa Hachette restablece la comision de buhonero legalmente suprimida, é inviste á sus empleados de la casa para que decidan cuáles son los libros que pueden circular sin peligro.

La *Alianza israelita* acuña moneda.

El *Intransigent* del 17 de agosto de 1887 dice: «Acábanse de recibir en Viena las primeras piezas de moneda acuñadas en París por las comunidades judías establecidas en Palestina y aseguradas por la *Alianza israelita* universal.»

Dichas monedas son de bronce. Su valor es de un piastra, medio piastra, y un cuarto de piastra. En el reverso hay grabados caracteres hebraicos. En el anverso hay una cifra con esta inscripcion: A. I. U. (*Alianza israelita universal*.)

mandato. El hijo del fundador de uno de estos establecimientos gigantescos ha sido detenido diez veces por actos inconfesables. Otro justiciero, dicen, ha ganado más que perdido en un incendio famoso. Un tercero, después de haber disparado contra su mujer, ha intentado suicidarse. Es verdad que otros pretenden que no tiró sobre su mujer, que no intentó suicidarse, que no es nada loco y que está sequestrado sin consideración á todas las leyes. Estos son dramas de alcoba de clase media que jamás se aclaran.

Estos son los que ponen á una desgraciada mujer á quien se arrastra jadeante, enloquecida, en su presencia, entre la obligación de pagar una cantidad determinada ó el temor de un proceso escandaloso en el que está previamente condenada.

Nada más fácil para uno de estos feudales que tender, si quisiera, un lazo á la mujer más honrada del mundo. Tiene suyo á su comisario de policía, como el señor tenía su senechal ó su baile suyo; tiene suyos sus agentes, como tenía el señor sus exentos y sus guardias. Una santa no podría defenderse en la corrección contra una organización tan completa.

No creo que vayan tan allá los directores de grandes almacenes: contentáanse con recibir el dinero y formar expedientes.

Clasifican, nos dice M. Macé, por número de órden, las promesas firmadas, el resultado de las pesquisas hechas, las cantidades sucesivamente entregadas y la correspondencia cambiada.

Si la ladrona pertenece á la sociedad galante, se le agrega su fotografía.

Una *cómica* de fama ocupa el primer puesto en los archivos particulares de uno de los principales bazares parisienses.

Todos estos expedientes, con cubiertas-indices, son para esos caballeros una mercadería que puede tener su valor en un día dado.... Son sus documentos.... políticos.

Estos expedientes sirven para obtener empleos, favores, condecoraciones. Después de un robo ó de un pretense robo cometido por la esposa de un cónsul extranjero fué condecorado todo un almacén. Un empleado en el artículo de flanelas, en el Louvre, debió á una circunstancia análoga la realización del sueño dorado de toda su vida, ser nombrado sub-prefecto.

Naturalmente, la mujer del pueblo es la que se deja arrastrar á robar un juguete que su hijito mira con cariño y paga por todos. Como de vez en cuando se necesita un ejemplar, se la entrega al brazo seglar y el sustituto procede contra ella con indomable energía.

Ya he demostrado que por análoga usurpación se han arrogado los Hachette el derecho de censura sobre los escritores.

La cuestión es muy sencilla y los Hachette no tienen más derecho á juzgar los escritos que los Boucicaut y los Hériot á juzgar á los hombres.

M. de Janzé, tan competente en cuanto se relaciona con estas materias y á quien tengo la satisfacción de enviar mi público agradecimiento por haber defendido la libertad del escritor, ha resumido admirablemente la discusión (1).

En abril de 1852, presentaron los Hachette á las compañías una nota en la que anunciaban la intención de publicar con el nombre de *Biblioteca de los ferro-carriles*, una colección de obras literarias, históricas, científicas y artísticas.

El 20 de diciembre del mismo año, escriben los Hachette á M. de Maupas, ministro de la policía general, suplicándole autorizara el tratado por el cual las compañías les concedían el derecho de establecer en estaciones los depósitos

(1) *El monopolio Hachette*, por M. de Janzé, antiguo diputado.

de los libros que contaban publicar en la *Biblioteca de los ferro-carriles*. En esta carta no se dice ni una palabra de monopolio. Es de simple sentido comun, en efecto, que si yo publico, por ejemplo, bajo este titulo general: *Biblioteca de los jóvenes*, una serie de volúmenes, que yo creo con razon ó sin ella, poder convenir á los jóvenes, puedo emprender una publicacion interesante y que tendrá buen éxito si está bien hecha, pero que sería insensatéz mia pretender que los jóvenes no pudieran jamás leer otras que las que figuraren en mi publicacion.

Es la historia del jorobado de la calle Quincampoix quien habia realizado una fortunita cuando el sistema de Lav ofreciendo su espalda á los especuladores deseosos de escribir una órden; él disponia de su joroba pero jamás pretendió tener un monopolio y disponer de todas las jorobas.

M. de Maupas contesta que la ley acerca de la librería no le permite dar la autorizacion reclamada, por poderse considerar los depósitos de libros hechos en las estaciones como sucursales del establecimiento comercial de los Hachette; pero que está del todo dispuesto á autorizar á dichos librerías para hacer vender en las estaciones, por via de pregon, los libros que editaren.

Los Hachette hacen pues vender sus libros en las estaciones por bibliotecarios provistos de una autorizacion de buhonero, pero, al lado de los Hachette, buhoneros igualmente provistos de autorizacion continúan vendiendo los periódicos, las publicaciones y los libros de los demás editores.

M. Couche, ingeniero jefe y después inspector general de minas, cuyo testimonio es significativo, ha probado claro como la luz que no habia en esto rastro de un monopolio cualquiera debidamente consentido.

Las bibliotecas de propiedad de la librería Hachette, dice

M. Couche, no tienen ninguna *existencia legal*. Es evidente que la instalacion en las estaciones de una industria que constituye, de hecho, un monopolio absoluto no podria autorizarse sino después de examinado por la autoridad competente, y en el punto de vista especial de los ferro-carriles... Preválese M. Hachette, para justificar su monopolio de un tratado celebrado con las Compañías; este tratado, que me he hecho comunicar, no ha sido nunca sometido á la aprobacion del ministro, aunque varias de sus cláusulas reclaman evidentemente la autorizacion. La biblioteca de los ferro-carriles es el resultado de un *subterfugio* hábil, pero que no debiera haber tenido buen éxito. ¿Cómo procede M. Hachette? Parte de la existencia de las bibliotecas de ferro-carril como de un hecho perfectamente legal y regular; se guarda mucho de pedir nada *en su nombre*. Hace pedir por ciertos candidatos permisos de buhonería librados *en sus nombres*. El derecho es un permiso de buhonero concedido a un titular denominado, pero lo concedido de hecho, es el derecho á favor de M. Hachette para establecer en las estaciones, *con exclusion de los demás*, una sucursal de su librería. Se explica y justifica un monopolio cuando está fundado en un grande interés público; pero, ¿cómo justificarlo cuando es una concesion hecha á un interés personal y aun tácitamente, por via indirecta?

En la discusion que tuvo lugar en la Cámara en 1883, á consecuencia de una peticion firmada por muchos escritores (1), no respondió Raynal sino con bufonadas. «¿La casa Hachette estaria pues obligada, en vuestro concepto, preguntó él, á poner tratados de geometría en las estaciones si los autores manifestaran ser este su deseo?...

Más adecuado seria siempre esto que muchos libros que allí pone, pero ese es un mero argumento de judío. El ju-

(1) Esta peticion estaba firmada por los SS. Enrique Rochefort, Huysmans, Catulo Mendes, Emilio Bergerat, Pablo Alexis, Barriard, Champsaur, Ernesto d'Ervilly, Julio Guerin, de Héredia, Leon Hennique, Pedro de Lano, Mauricio Montegut, Guido de Maupassant, Barbey d'Aurevilly, Leon Chapron, Juan Richepin, Emilio Blavet, Léo Taxil, Cavallé, Deschaumes, Dubrujeaud, Gros-Claude, Pablo Hervien, Ernesto Leblant, Remigio Lucien, Octavio Mirbeau, Alberto Samanos, Enrique Beque.

dio, cuando se le aprieta algo, se escapa siempre por la tangente, con un despropósito, como aquellos á que se entregan, después de la media noche, en las cervecerías literarias de última fila.

—Mi vaso no es grande, pero... bebo en el vaso del mariscal Reynault de Saint-Jean-d'Angely.

Raynal, no obstante, se vió obligado á confesar que no estando autorizado el tratado no podía ligar al gobierno y que el derecho que se arrogaba la casa Hachette anulaba las decisiones de la Cámara, que había suprimido la buhonería.

«El derecho del ministro queda entero, añadió él, de suprimir la autorizacion á todos los buhoneros de libros y periódicos, pero después de retirada esta autorizacion, no habría más venta de periódicos y libros y el público pagaría así los platos rotos.»

Esto era una imprudente mentira, como lo hizo muy bien notar uno de nuestros colegas, M. Ferrier, en el periódico *la Voie ferrée* (1).

Las compañías tienen grande interés en que no cese esta venta que les asegura una buena renta, ni aun debieran pagar ninguna indemnizacion á la casa Hachette, con motivo de la ruptura obligada de un tratado no autorizado, que contiene esta disposicion: "Los señores Hachette y C.^a están encargados de obtener por su cuenta y riesgo las autorizaciones del gobierno que pudieran necesitarse."

Es pues innegable que el día en que un ministro de Obras públicas retirare á los agentes de la casa Hachette la autorizacion de venta y buhonería y prescribiere á los prefectos que no concedieran nuevas autorizaciones á los agentes de una misma casa, no habría más monopolio de librería en todas las estaciones de Francia. Por consiguiente, no más censura posible, y la red de nuestros ferro-carriles vuelve á entrar en el

(1) *Voie ferrée*, del 2 de diciembre 1886.

derecho comun; la ley que prescribe la libertad de venta y de buhonería de todos los escritos cesa de ser una letra muerta en el dominio de las vias férreas, sin que el público deba pagar los platos rotos.

Quise tener la conciencia limpia en esta cuestion y rogué á Alberto de Mun que se ocupara de él en la tribuna.

¡Qué sólidos conocimientos posee este hombre tocante á los códigos! ¡Qué facilidad en estos hombres que aspiran á destruir la Revolucion y su obra en estar al tanto de todos los decretos, de todos los reglamentos que han acumulado, para complacer á las compañías, los representantes sucesivos de regimenes más ó menos revolucionarios! ¡Qué funesta tendencia en un francés de antigua raza á tomar por lo serio á judíos como Raynal ó Millaud, á negros como Heredia que no era francés en 1873 y hacia escarnio cuando se le confió un ministerio!

La conversacion, no obstante, habia comenzado bien.

¡Qué acogida me dispensó! Esto consuela.

—Sé, mi querido diputado, cuán resuelto estais cuando se trata....

—¡El combate!.... no conozco otra cosa.... Esto decía poco há tambien en una reunion de provincia: «Somos la Legion fulminante, tomamos el Lábaro, y adelante!»

—Mi querido amigo, soy excesivamente modesto, y me afligiria que sacarais el Lábaro por mí. Vengo sencillamente á pedir os que me dispenseis un pequeño favor de amistad haciendo una pregunta al ministro de Obras públicas actual á ese horrible semita Millaud.

—¡Ay!

—Sabeis que la *Francia judía* puede ser discutida en el punto de vista de ciertas teorías, pero que no contiene una sola línea susceptible de ofender el pudor de nadie. Vengo pues á pedir os que preguntéis con qué derecho, ya que la

Cámara ha abolido la comision de bubonería, se priva en las estaciones un libro que nada tiene de inmoral, mientras que en las mismas se permiten libros absolutamente corruptores.

—Esto es muy grave. Es preciso consultar todos los textos, ver todos los reglamentos, examinar todos los decretos. ¿Qué dice Cunin-Gridaine acerca de esto? Ha debido ocuparse en esta cuestion.

—Querido amigo mio, dejemos tranquilo á Cunin-Gridaine. Os suplico únicamente que hagais por un compañero de armas, por un escritor que siempre os ha apoyado, lo que un diputado de la extrema izquierda haria sin titubear para el más infimo de sus electores.

—¿Está autorizado el tratado? ¿No lo es? ¿Debia serlo? Es un enredo.

—El tratado no está autorizado por la excelente razon de que no hay tal tratado. Es la pareja de las estacadas Regimbault en los hipodromos. Regimbault ha plantado una estaca, después dos, después veinte, y habia acabado por ganar 300.000 francos por año pretendiendo que todos debian pagarle tributo. Los Hachette se han creado un pequeño feudo sin decir nada á nadie, y lo han ensanchado poco á poco, han transformado luego un derecho enteramente fiscal, muy sujeto á caucion, en un derecho de censura que solo pertenece al Estado. Este derecho, que no existe, existiria realmente y podeis perfectamente interrogar acerca del uso que de él se ha hecho, preguntar al ministro cuáles son exactamente los limites de este derecho, zurrar un poco á los Hachette que ponen obscenidades al alcance de los más jóvenes lectores y niegan la entrada de las estaciones á un libro irreprensible bajo el concepto de la moralidad.

—Veré..... veremos..... Será preciso que los grupos de-
liberen acerca de esto.....

En menos palabras, mi amigo del Lábaro no hizo nada absolutamente, é intentó cargar el mochuelo á un tribuno de menos categoría.

Este se zafó también, escurriéndoseme con sorprendente destreza.

—Estoy afligido, verdaderamente afligido, pero comprendéis ya que solo hace dos años que estoy en la Cámara, y no puedo hablar sin la autorizacion de mis jefes.

—¡Imposible! ocho días habia que estaba Pitt en el Parlamento cuando pronunció un discurso que removió la Europa.

—Yo no soy Pitt.

—Lo veo.....

Debo decir, por lo demás, que deploró largamente su impotencia y se extendió acerca de las desdichas de la situacion. Creí comprender que se lamentaba de que los miembros de la derecha fueran demasiados en la Cámara para hacer una oposicion útil.

—Al paso que vais, le dije, ese es un mal que se encargarán de curaros los electores en las próximas elecciones.

Escribo esto sin ninguna animosidad. Mi amigo del Lábaro es un hombre sin hiel; sabe muy bien que aun le quiero, y estoy seguro de su fina correspondencia. Solo es evidente que ambos no tenemos igual idea del derecho. El es el descendiente de aquellos nobles señores que, bajo el Terror, se colocaban sobre la plancha, diciendo cortesmente: «¿Estoy bien así, señor verdugo?» Yo, por el contrario, soy descendiente de aquellos campesinos bretones que se emboscaban detrás de las malezas, cuando se les iba á demoler su campanario, y hacian fuego hasta morir.....

Los plebeyos triunfan siempre. Los Bretones no depusieron las armas hasta que se les devolvieron su iglesia y sus sacerdotes; los mismos soldados de la Commune acabaron

por tener la República,—es verdad que no les ha aprovechado gran cosa, pero esta es cuestion distinta.

A falta de mejor resultado, acabaré sino me matan, por forzar á los Hachette á no violar la ley contra un francés por complacer á judíos alemanes como los Rothschild. Tendré la satisfacción de comprar uno de mis volúmenes en una estación.....

Desde el primer día anuncié este resultado á Fouret, uno de los directores de la casa Hachette, que es verdaderamente muy amable y muy afable y que fué mi compañero en el colegio Hiolle. Le escribí: «Mi querido amigo: no solamente cometeis una baja tocante á mí, sino tambien una majaderia porque llegará un momento en que se os obligará á capitular no obstante vuestros millones. No faltará un periódico ó un diputado probo que renovará contra vosotros la enérgica campaña que habia comenzado M. de Janzé y se os quitará un día muy justamente un derecho que no os pertenece y del que, cofesadlo, abusais deplorablemente.»

En efecto, lo interesante, interiormente, en el punto de vista del estudio de las costumbres contemporáneas, es la manera como usan los Hachette del poder arbitrario que se han arrogado.

Nada aclara mejor la profunda inmoralidad que la Clase media oculta bajo actitudes de irreprochable correccion. Esta familia, muy decente en su vida, elevada á primera categoría por un trabajo honroso y que, rica y poderosa como es, no debiera tener más objeto que ocupar su puesto con independencia y orgullo, tiene todas las complacencias hácia la inmundicia y no opone su veto sino á la idea.

En *Zohar* un hermano es el amante de su hermana después de las descripciones en las que vale más no insistir.

En *Germinal* la Mouquette muestra, bajo las claridades del sol poniente..... lo que sabeis, lo que está escrito en tres letras en el libro. En *Pot Bouille*, esta obra sin nombre y sin similar en ninguna literatura, afortunadamente para la dignidad humana, los personajes se aprietan, espurrean, regueldan, paren y se juntan en mesas de cocina.

Los Hachette dicen: «¡Está muy bien!» En los *Rois de la République*, en el *Agiotage sous la 3^{me} République* de Chirac, en *Nos Chemins de fer* de M. Pendrié, en la *France juive*, se discuten cuestiones económicas y socialistas, los Hachette dicen: «¡Esto no va!»

Se imagina uno mentalmente ese hogar patriarcal. La madre Hachette, la reina madre, que así la llaman sus familiares, se ha encontrado con niñas encarnadas como gallos despues de una lectura erótica y con jóvenes ya picados por todos los agujones de la carne,—y esta señora,—digna personalmente de todos los respetos, dice á los suyos: «¡La venta es buena!» El cajero viene á anunciarle que el tanto por ciento será considerable, que el último libro de Zola es todavia más subido de color que los anteriores, lo que se celebra en familia, mientras que los lectores juveniles se retuercen abrasados por todos los fuegos de la lujuria, creyendo que les van ya pisando los talones los 30.000 demonios que san Macario vió cierto día á la puerta de una sola casa de Antioquia.....

Realmente, esta familia austera vive de Miser Lucas (ca, os equivocais), diria Rabelais.

No quisiera yo por cierto hablar mal de ese caballero. Empleando la frase de Duclerc, el inventor de los Galeones de Vigo, es un instrumento necesario. En el capítulo XII del *Moyen de parvenir*, Epaminondas, Evinquabre, Nostradamus, Hipócrates y Diógenes Laercio disertan extensamen-

te de él y pretenden que es por honra que se le hace sentar siempre el primero. Nostradamus quisiera que se hablara de él como se habla de la nariz, y dice: «si así fuera, se hablaría como se asienta y se escribiera del mismo verdaderamente se verían bellas ortografías de mujeres.» Así mismo parecen opinar Licofron y Metrodoro.

No quiero insistir más sobre el caso de Zola, colocado por sus antiguos discípulos entre los coprológicos. Si no se vió hombre tan puerco, hubo coprólogos antes que él y Montaigne conoció un noble atacado de este vicio. «En su casa, nos dice, veíase en fila un orden de palanganas de siete ú ocho días; era aquello su estudio, sus discursos; toda conversación que no fuera esto, le olía mal.» Era evidentemente un antecesor de Zola.

Habríase no obstante comprendido que los Hachette, representantes de la dignidad de las letras francesas, se hubiesen negado á hacer circular ese río de zumo de estiércol al través del mundo. No han pensado más que en el beneficio que esto les produciría.

Lo mismo han hecho los directores de grandes compañías, cargados todos de diversas condecoraciones y altivos como ellos solos.

Después de haber hablado de Noblemaire en la *France juive*, recibí una carta anónima en la que reconocí, por entre delicados garabatos.

Un sexo amable y criado para agradar.

Se me aseguraba que me había engañado tocante á Noblemaire y que era «un carácter noble.» De todos modos, no ha dado pruebas de ello, que digamos, dejando penetrar todas las pornografías en sus estaciones y proscribiendo únicamente los libros en los que se discutía á Rothschild; me-

por haría inspeccionando algo su via y evitar así que por su negligencia ocurriesen catástrofes como la de Velars.

No hablo de Manton que sólo tiene energía contra los débiles, según él mismo lo confiesa. Prescindo de Mathias, judío de Leipzig naturalizado después, pero ahí va por ejemplo M. Blount.

Quiero ser cortés con él; es un extranjero. Dispensa beneficios, pero me asombra que no comprenda que la primera caridad que debe hacerse es dejar que el escritor goce de sus derechos en su país. Se ha dicho que «la libertad es el derecho de ir y venir libremente:» pues bien, á mí no se me ocurrirá querer impedir que los ingleses circulen por su territorio y no se me alcanza bien porque M. Blount, director de las líneas del Oeste, me impide circular en unas líneas que son tan mías como suyas. En efecto, un libro no es más que una de las formas, una de las manifestaciones, una prolongación del hombre y del ciudadano; luego que deteneis mi libro, me deteneis á mí. Vuestro Hampden, que arrojó la cárcel por su derecho, no habría tolerado esto, señor Blount; tampoco lo tolero yo...

M. Blount hubiera podido perfectamente impedir este acto arbitrario diciendo á los Hachette: «Respetad á vos mismo, ó vendedlo todo, según á ello estais obligado por la ley, lo que pone á cubierto vuestra responsabilidad y la nuestra, ó no proscribais los libros honrados en provecho de las obras inmundas.»

Así debía hablar M. Blount; tiene hijas hermosísimas, dicen, muy bien casadas y para quienes el mismo Blount hijo ha compuesto un *Chant nuptial*, porque es buen músico. Antes de casarse, han podido viajar siempre custodiadas por correctas profesoras, como corresponde á hijas de millonarios, pero hay muchas jóvenes francesas que no son hijas de millonarios, y que viajan solas. Cuando buscan un libro para

leer en el viaje, encuentran imitaciones de Sade ó impresiones de una estancia en Lesbos de que extraen los Hachette muy excelente prima. ¿Cree M. Blount que una censura comprendida de este modo honra mucho á los industriales que la ejercen y á los directores que la aprueban con menosprecio de todas las leyes?

Seríame imposible, por respeto á mis lectores, analizar minuciosamente las novelas que de este modo se ponen á la disposición de todos: la *Première maitresse* de Catulo Mendès por ejemplo. El antiguo director del *Voltaire*, M. Hepp, no es á buen seguro sospechoso de pudibundo, ya que él mismo es el autor de una novela: el *Epuisé*, que hizo sonrojar al *Matin*; sin embargo, se negó rotundamente á continuar la publicacion de la *Première maitresse* en el folletin.

Este libro es una *Justine*, una *Justine* vestida con traje de oro y seda por un literato contrariado siempre en la eleccion de sus títulos, una *Justine* adornada como una *Herodiades* y danzando la danza obseena en un ritmo lento á fin de no chocar con las pedrerías que la cubren y romper la armonía de las líneas.

Trátase de una pareja dominada por ideas de indecibles refinamientos en el libertinaje.

Precisamente, nos dice el autor, porque su hambre de placeres no se elevara hasta los ensueños enormes de los grandes libertinos, porque estaban estacionados, élla y él, por horrosos que fueran, en la vulgaridad de lo posible, era inevitable que les asaltara el deseo de realizar aquellos abyectos ensueños realizables. ¡Y les asaltó!

Detengámonos aquí. A consecuencia de un incesto, la heroína estrangula á su hermana que ha llegado á ser la querida de su amante....

En cuanto al *Epuisé*, luego que á su vez se publicó en

tomo, encontró abiertas todas las bibliotecas de las estaciones y los colegiales pudieron recrearse á su antojo con un cuadro de una primera noche de bodas que en su época arrancó gritos de «¡Oh!» y de «¡Sapristi!» de los flamencos más blindados.

Estas son las graciosas imaginaciones que notabilísimos personajes del siglo XIX, personas individualmente, muy honradas, ponen á disposición de todos; estas son las producciones que les valen su prima de comision. Acerca de esto no pueden alegar la irresponsabilidad porque pretenden tener el derecho de escoger lo que venden y afirman este derecho negándose á vender mi libro.

Hé aquí las obras que M. Blount, católico demostrativo y metido en todas las empresas de caridad, deja exponer en las estaciones que dependen de él (1). Ya no me maravilla ahora que Fouret me haya dicho todas las veces que le he encontrado que la Sociedad estaba muy enferma....

Las leyes no existen para los afiliados al sistema de los monopolios; una vez más digo que es una organizacion cuyos miembros todos se sostienen como en la organizacion feudal. Los monopolizadores se entregan entre sí salvo-conductos, cartas de pase, como los señores de antaño.

Llegais para subir á un vagon, y gesticulais levemente, porque no teneis más alternativa que colocaros entre una

(1) Conviene decir en elogio de nuestros vecinos que en Alemania, los directores de Compañías de ferro-carril se respetan más á sí mismos y cuidan más de la moralidad pública.

«De algunos dias acá, dice el *Matin* del 20 de agosto, la policia procede, por orden superior, á pesquisas en las estaciones de ferro-carriles en busca de folletos obscenos.»

«Los administradores de ferro-carriles retiran la concesion á los librerros en cuyas casas encuentran libros obscenos, por reducido que sea el número de ejemplares.»

gruesa señora enorme bañada ya en sudor y un caballero que por causa de lo mucho que tose, reclama ya antes de partir el tren, que se cierren todas las ventanillas; están tomados todos los asientos y es preciso resignarse...

El maldito judío alemán, que está en el andén, ha visto la situación como vos mismo, pero no se precipita, como nosotros; va en busca del jefe de estación, saca con mucha sorna de su cartera un papelito... El jefe de estación lee y dobla el espinazo... ¿Qué es pues aquel papelito? La *carta de recomendación*; concebida así:

El señor jefe de estación se servirá tener para D. X... todas las consideraciones compatibles con la regularidad del servicio:

Firmado: «EL DIRECTOR.»

Atenéos ahora al judío, y sabrá sacar del papelito todo cuanto de él pueda exprimirse: en caso necesario, si el trayecto es largo y quiere viajar cómodamente, deja comprender que él es el fruto de una falta y que, si quisiera, pudiera quizás dar el dulce nombre de padre á Blount, Noblemaire ó Mention.

Como es natural, se agrega un vagón, con la plancha reservada, y el conductor del tren, que ve la deferencia con que se rodea al viajero, se le presenta en cada estación á preguntarle si necesita apearse...

Usurpación, monopolio, tiranía, competencia desleal, derecho en cierto modo obligatorio de mercancías de calidad infima, en su consecuencia, descrédito universal del comercio francés,—este es el balance de los grandes almacenes.

Por desgracia, esta cuestión una de las más peliagudas

para el París actual, es de difícil resolución en las presentes condiciones.

Hasta ahora, las reuniones celebradas á este objeto no han dado ningun resultado. En febrero último tuvo lugar una discusión bastante profunda en el salón Rivoli-Saint-Antoine, y patronos de talento como los Señores Hilaire, Cornu, Hugonnet tomaron la defensa del pequeño comercio.

Uno de los oradores adujo algunas cifras interesantes en apoyo de sus quejas.

Hay en París, dijo, 20 casas que realizan por mil millones de negocios al año. Ocupan 10,000 empleados. Pues bien, en lugar de estas 20 casas, pudiera haber 20,000 que hicieran cada una de ellas 50,000 francos al año (ó sea un beneficio de 12 á 15,000 francos al año). Contando cada familia, por término medio, 6 personas formarían un total de 120,000 personas; empleando cada casa por término medio 4 personas, sumarían un total de 160,000 empleados; ó sea un total de 280,000 personas que mueren de hambre en provecho de 20 casas. Pues bien, es necesario que todos esos hambrientos vayan al Palacio Borbon á reclamar la revisión de las leyes (1).

(1) El 15 de junio último, M. Duplan, consejero del barrio del Mail, entregaba al Consejo general del Sena un proyecto de solicitud cuyas conclusiones son:

El Consejo general considerando:

Que el deber del Estado es repartir equitativamente y proporcionalmente los cargos públicos;

Que la legislación que rige el impuesto de las patentes está en flagrante contradicción con esta obligación, á consecuencia de las transformaciones comerciales, industriales y rentísticas producidas desde las últimas reformas de la ley del 15 de julio de 1880;

Que, contra de lo que quisieron los legisladores, resulta hoy que ciertas clases elevadas de contribuyentes, y especialmente los grandes almacenes de novedades, se encuentran favorecidos á expensas de los pequeños comerciantes;

Emite el deseo de que esta ley sea modificada en el más breve plazo posible y en un sentido más equitativo y más en armonía con los principios democráticos del gobierno republicano.

Excepto el *Parti national*, que es un periódico bastante independiente para ciertas cuestiones, no veo que la prensa se haya ocupado en esta proposición.

Julio Guesde, que habló después, terminó con estas palabras poco consoladoras:

Digo que no obtendréis nada de la clase media que considera vuestra desaparición como un hecho adquirido é indispensable: nada podrá salvar vuestro pequeño comercio. No obstante, nosotros os apoyaremos en la campaña que vais á emprender, esperando que, muy pronto desilusionados, volveréis al batallón de los expropiados en el ejército de los proletarios.

Los comerciantes con quienes he tenido el gusto de hablar censuran amargamente á la prensa por el silencio obstinado que guarda sobre este particular; no tienen razón en esto, pues no comprenden que todo se sostiene en el régimen judío y capitalista completamente triunfante.

Cierto que este régimen no es una Sociedad regular; no se preocupa como la admirable Sociedad de la Edad Media, por asegurar los derechos y los intereses de cada uno; pero ha debido lógicamente, á medida que se fundaba, velar por preservarse á sí misma, evitar que los oprimidos puedan defenderse—y á esto corresponde la organización de la prensa de que he hablado distintas veces en este capítulo de los monopolios.

Tomemos un ejemplo, si os parece: en otras épocas, después del extraordinario éxito de la *France juive*, habríanse encontrado á buen seguro siete ú ocho cristianos ricos de 2, ó 300.000 libras de renta para decirme: «Hermano, deseáis combatir por una causa que amamos; ponemos cada uno de nosotros 50.000 francos para fundar el periódico absolutamente independiente que ideáis. Si os sale bien, nos devolveréis nuestro dinero, y sino, por esto no seremos más pobres.»

Ni un cristiano rico tendría hoy semejante idea y preferiría cien veces arriesgar sus 50.000 francos en una estafa

judía cualquiera, un empréstito de Honduras, ó una mina de Bingham, que confiarlos á su hermano, que quizás llegaría á fundar una publicación de buen éxito como el *Figaro*, el *Petit Journal* ó la *Revue des Deux-Mondes*.

Suponed, ahora, que fundo un periódico en condiciones ordinarias, sin capital, costando trabajo al principio proveer á sus necesidades. Tengo colaboradores, amigos que naturalmente viven de su trabajo. El administrador viene á verme á fin de mes.

—No va mal. Casi cubrimos gastos; excelente cosa para un comienzo. Por desgracia el fin de mes será difícil. Habéis demostrado que dos rentistas judíos eran unos ladrones y ofrecido suministrar la prueba de lo que decís, según á ello os autoriza la ley; pero el tribunal se ha apresurado á rehusar vuestra prueba y condenaros á daños y perjuicios formidables. La redacción cuesta caro. La esposa de nuestro agudo cronista X..... acaba de dar á luz y nuestro amigo ha pedido al cajero que se asocie á su alegría ayudándole á pagar á la comadrona y á subvencionar al ama. En cuanto á Z..... sabéis con que admirable abnegación sostiene una familia innumerable; tiene en su casa á su anciano padre, á su madre, á su suegra, siete hijos y dos sobrinos; todas estas personas dependen de su original que nos sirve, y evidentemente él también se ve forzado á pedir de cuando en cuando un anticipo.

—¿Entonces os veis apurado?

—De ningún modo. Los grandes almacenes preparan su estación de verano..... Parece que hay negocios de medias excepcionales y un saldo de telas color del sol con condiciones increíbles. Nos dan cada uno tres veces la página entera al precio máximo y los reclamamos de segunda página. Esto es una fortuna de unos veinte mil francos.

—¡Bravo! Nada más legítimo que el anuncio. Además,

los que no quieran medias de estas son libres de tomarlas ó no. No asumo ninguna responsabilidad anunciando que se venden medias.....

—Sin duda, pero.....

—¿Pero?.....

—Pero los directores esperan que una vez establecidas relaciones cordiales entre el periódico y ellos, relaciones que no pueden dejar de mejorarse todavía, renunciaréis á atacar los grandes almacenes.

¿Qué haría en semejante caso el pequeño comerciante que junto al portal de su tienda desierta, se afiije al ver como la muchedumbre acude hácia los grandes almacenes y se queja de que nadie le defiende? Haría lo que el director de un periódico, pensaría en todos sus camaradas viejos y jóvenes que viven del periódico, él y los suyos, y cedería...

Puede asegurarse en los actuales momentos, que, el mejor medio para hablar libremente, es no tener órgano.....

No es esto una compra de la conciencia propiamente dicha, es el funcionamiento de un régimen. El feudal, el señor soberano dice á los vecinos de su castillo: «Si quereis estar en paz conmigo, no os pido gran cosa, no os metais en lo que hago.»

Lo mismo sucede con las mensualidades rentísticas que, en esta época de crisis, son el único recurso de muchos periódicos relativamente honrados.

El periódico judío, maravillosamente informado siempre, ataca, hace una campaña, como se dice, multiplica sus: «¿Es verdad? Mañana daremos pormenores.» Y la Sociedad rentística capitula. Fuera, empero de esta prensa, muchos periódicos reciben de establecimientos rentísticos, como el Crédito hipotecario, mensualidades regulares que certifican sencillamente las buenas relaciones del periódico y del es-

tablecimiento, que constituyen una especie de estado de paz recíproca.

Para ciertos periódicos es enorme la cifra de estos abonos: para el Panamá llega, por ejemplo, de 4 á 500,000 francos por una sola hoja. Creo que M. de Lesseps obrará como Luis XIV, cuando le entregaron las cuentas de Versalles, y quemará las cuentas de su publicidad; sino lo hace, serán ciertamente estas cuentas para la historia social uno de los documentos más interesantes de lo porvenir (1).

Al lado de cantidades fabulosas se encuentran las mensualidades más mínimas.

Uno de mis amigos, encargado del servicio de la publicidad en una grande administracion rentística, me refería su conversacion con Alfonso Millaud, el que tuvo en otro tiempo algunas cuestiones con la Justicia con motivo del *Petit Journal*.

Alfonso Millaud se presenta para cobrar: mi amigo hojea su registro y pregunta el nombre.

—Es inútil, dice Millaud, buscad: *Semanas religiosas sindicadas*.

Millaud decia á una *Semana religiosa* cualquiera: «No tenéis boletín rentístico, es un vacío, encargadme el llenarlo, os pagaré una pequeña cantidad, cincuenta francos al mes, si os parece.» Aceptaban. Millaud iba á encontrar las com-

(1) Dícese que Philippart pagó en otro tiempo cien mil francos por la inserción en los *Debats* de una carta de un centenar de líneas.

Nosotros hemos visto para la lotería de las Artes decorativas, una lotería de 14 millones de los que se habian colocado 12 millones de billetes, producir por resultado definitivo el total de cinco millones ochocientos mil francos, sin que se haya dado jamás ninguna justificación del empleo de los demás millones.

En el negocio Erlanger, uno de los Hermanos Berthier confesó al juez de instruccion haber entregado seis millones á la prensa para impedirle hablar.

pañías rentísticas y les decía: «Yo represento á las *Semanas religiosas* cuyos nombres están aquí: es una excelente publicidad por que los curas son cándidos. Dadme tanto al mes por el total y no solamente no os atacarán nunca, sino que pondré alguna frase favorable para vosotros de vez en cuando, explicando que confiaros dinero, es darle una colocacion tranquila.»

Cierto que esto no es nada, pero, ¿no hay aquí una manifestacion curiosa de esa asombrosa raza?

No entro en más extensos pormenores; héme esforzado sencillamente por hacer comprender como este régimen mortífero que causa tantas víctimas, que siembra tantos desastres, que suscita tantos odios, se prohíbe por su mismo principio que es la corrupcion, por la eleccion ofrecida á las personas entre el sacrificio del pan cotidiano y el silencio.

Fuera de esto, seria injusto, al mostrar el lado funesto del sistema, no reconocer que el afan espontáneo de un ser nacido con un fondo bueno viene á veces á restablecer un poco el equilibrio.

Los periódicos socialistas no han estado tiernos que digamos para la señora Boucicaut, y yo no puedo asociarme á sus duras palabras.

Lo que aquí me llama la atencion es la anarquía profunda de esta Sociedad en la que ya no funciona ninguna organizacion seria, en la que no aparece ninguna autoridad social. Nada afianza la casa de orden secundario que el grueso capital echa por los suelos. Como un rio desviado de su curso, el dinero, que habria retribuido equitativamente la actividad de innumerables pequeños amos, viene á verterse en un punto único; llegó á las manos de una personalidad totalmente inferior y esta mujer sin letras es quien se encuentra investida de la temible funcion de repartir la riqueza.

El testamento de una generosidad tan magnífica como la de la Señora Boucicaut parece una leyenda de los tiempos bárbaros trasladada al París de la calle del Bac. Diríase ser el fin de la historia de una pastora que se hubiese casado con un jefe cualquiera gran asolador de las tierras ajenas y gran exterminador de débiles.

La Señora Boucicaut no era pastora, sino lavandera, cuando se casó con Boucicaut á quien traía su ropa cada semana, y, toda su vida, estuvo confusa y como azorada de la prodigiosa fortuna que se le vino á las manos sin desarlo. Las *Premières*, que formaban el serrallo del marido, se divertían dando algunos bromazos á la vieja señora; no ignoraban que apenas sabia leer y le presentaban el periódico al revés, pero, en el fondo, cada uno la amaba porque élla era buena y la bondad hizo casi grande á aquel espíritu sencillo. Cuando comprendió que estaba á punto de emprender el gran viaje, mandó llamar hombres de negocios para contar todos aquellos millones que ella misma no habria podido contar, y lo dió todo, muy sensata, muy prácticamente, sin mirar á la ostentacion como los Rothschild, que hacen pregonar por las cien trompetas de la fama tocadas por los periodistas cuando envian el menor óbolo.

Cierto que faltó poco para que la prensa judía no consiguiera ridiculizar á esa mujer honrada y modesta. El miserable Meyer, á quien el más elemental pudor debiera obligar á no ostentarse, se atrevió á hablar en nombre de la Prensa y pedir una estatua.

Dos personas solas tuvieron el triste valor de formar coro público con el director del *Gaulois*.

Mesières, de la Academia francesa, sino lo tomáis á mal, á quien se hubiera creído incapaz de comprometerse con Meyer, fué el primero que contestó al llamamiento.

Después de él acudió Simon llamado Lockroy, y esto no

asombró tanto. —Simon-Meyer, Meyer-Lockroy, es el mismo tipo; es el mismo camelote judío siempre presuroso por desenfardar así que se presenta un vacío donde pueda meter un tablado; el uno funciona en el Conservatismo, el otro en la Revolución: tal para cual.

La prensa que, regularmente obedece las indicaciones y las miradas luego que el *Gaulois* propone lanzar alguna empresa de bombo, tuvo, esta vez, bastante tacto para enviar á paseo á los Meyer y á los Simon.

¿Y imagináis algo más ridículo que una estatua á la Señora Boucicaut, un monumento de fausto y aparato á esa mujer cuyo gran mérito fué ser humilde y comprender vagamente asimismo, con su corazón de obrera, de habitante del barrio, lo excesivo de esa fortuna levantada sobre la ruina de tantos pequeños comerciantes de la vecindad...?

LIBRO CUARTO.

La idea socialista al través del siglo XIX.

Desde el Pradial, los Jacobinos poseionados responden á cañonazos á las reivindicaciones populares. —Carácter elevado del movimiento socialista naciente. —Sueño de una sociedad mejor, pero falta completa de odio y envidia. —Inteligencia de la misión superior de la Iglesia. —Profundo respeto de la mujer. —Los libros de Chevé. —Constantino Pecqueur, el padre del colectivismo. —Una generación desaparecida. —El clero de entonces demasiado desinteresado del movimiento social. —La literatura de Troplong. —Como concibe el orden la Clase media. —La Internacional y su programa. —Benito Malon. —Papel muy secundario de Karl Marx en la Internacional. —Su envidia contra Proudhon y el socialismo francés. —La Commune. —Feroicidad de la Clase media revolucionaria. —Humanidad del proletariado. —Los jefes obreros de la Commune. —La República actual no es mas que una Commune sin prohibida. —Treilhard y Peyron. —Lo que cuesta una República de clase media. —Vartin y los Rothschild. —Las incapacidades de la Commune. —El espíritu del Pueblo enteramente modificado ahora. —El odio dejado en los corazones por la represión de la Commune. —En que fué inmoral esta represión. —Triste inercia y absoluta inteligencia de los conservadores de la Asamblea. —Un *mea culpa* de Saint-Genest. —Inutilidad de toda la sangre derramada.

No intento analizar extensamente los diversos sistemas socialistas y mostrar su lado fuerte y débil. Quiero indicar solamente, á grandes rasgos, las fases por las cuales han pasado diferentes generaciones enfermas del mal social y en busca de curación.

Creo haber probado con bastante claridad, en el capítulo precedente, cuán dura fué la Revolución para el Pueblo. Cuando la Clase media tuvo los bolsillos llenos y el Pueblo quiso tener su turno, el cañón fué quien contestó. Desde el

asombró tanto. —Simon-Meyer, Meyer-Lockroy, es el mismo tipo; es el mismo camelote judío siempre presuroso por desenfardar así que se presenta un vacío donde pueda meter un tablado; el uno funciona en el Conservatismo, el otro en la Revolución: tal para cual.

La prensa que, regularmente obedece las indicaciones y las miradas luego que el *Gaulois* propone lanzar alguna empresa de bombo, tuvo, esta vez, bastante tacto para enviar á paseo á los Meyer y á los Simon.

¿Y imagináis algo más ridículo que una estatua á la Señora Boucicaut, un monumento de fausto y aparato á esa mujer cuyo gran mérito fué ser humilde y comprender vagamente asimismo, con su corazón de obrera, de habitante del barrio, lo excesivo de esa fortuna levantada sobre la ruina de tantos pequeños comerciantes de la vecindad...?

LIBRO CUARTO.

La idea socialista al través del siglo XIX.

Desde el Pradial, los Jacobinos poseionados responden á cañonazos á las reivindicaciones populares. —Carácter elevado del movimiento socialista naciente. —Sueño de una sociedad mejor, pero falta completa de odio y envidia. —Inteligencia de la misión superior de la Iglesia. —Profundo respeto de la mujer. —Los libros de Chevé. —Constantino Pecqueur, el padre del colectivismo. —Una generación desaparecida. —El clero de entonces demasiado desinteresado del movimiento social. —La literatura de Troplong. —Como concibe el orden la Clase media. —La Internacional y su programa. —Benito Malon. —Papel muy secundario de Karl Marx en la Internacional. —Su envidia contra Proudhon y el socialismo francés. —La Commune. —Feroicidad de la Clase media revolucionaria. —Humanidad del proletariado. —Los jefes obreros de la Commune. —La República actual no es mas que una Commune sin prohibida. —Treilhard y Peyron. —Lo que cuesta una República de clase media. —Vartin y los Rothschild. —Las incapacidades de la Commune. —El espíritu del Pueblo enteramente modificado ahora. —El odio dejado en los corazones por la represión de la Commune. —En que fué inmoral esta represión. —Triste inercia y absoluta inteligencia de los conservadores de la Asamblea. —Un *mea culpa* de Saint-Genest. —Inutilidad de toda la sangre derramada.

No intento analizar extensamente los diversos sistemas socialistas y mostrar su lado fuerte y débil. Quiero indicar solamente, á grandes rasgos, las fases por las cuales han pasado diferentes generaciones enfermas del mal social y en busca de curación.

Creo haber probado con bastante claridad, en el capítulo precedente, cuán dura fué la Revolución para el Pueblo. Cuando la Clase media tuvo los bolsillos llenos y el Pueblo quiso tener su turno, el cañón fué quien contestó. Desde el

Pradial, la Convencion daba á entender á los obreros que iban á pedirle pan, que la Revolucion no habia tenido por objeto mejorar la suerte de los desheredados. En lo sucesivo se harán cuantas revoluciones políticas se quieran ventajosas á la Clase media, pero luego que se mezele en ellas la sombra de una reivindicacion social, serán desapiadadamente reprimidos los movimientos.

La cuestion obrera era muy indiferente, por ejemplo, al buen papá Camus de quien nos hablan los periódicos del Directorio y que, después de haber sido maltratado por la suerte en su juventud, acababa de comprar en Versalles una propiedad nacional de 225.000 libras «para ir á descansar y bendecir en ella, con todos los pequeños Camus, á la República y á la Igualdad (1).»

Todos los Jacobinos pensaban como el convencional de quien habla Goncourt y que, «pobre petate el día ántes, poseedor hoy de uno de los más bellos palacios del barrio Saint-Honoré, quejábese amargamente de las doctrinas de Babœuf debajo de los bosquecillos de un jardín lleno de verdor que festoneaba los Campos Eliseos.»

Después de la tentativa abortada de Babœuf y de la conspiracion de los Iguales, es preciso esperar á mediados del reinado de Luis Felipe para ver formarse una escuela claramente socialista.

El movimiento, fuera de esto, presenta entonces un caracter totalmente particular; es una aspiracion hácia la justicia, el sueño de un porvenir mejor, el plan de una sociedad ideal en la que todos serian dichosos.

Proudhon blasfema, pero Luis Blanc se aferra siempre en ser deísta. Cabet, Fourier, Pierre Leroux, los mismos

(1) *Frondeur*, 9 de marzo de 1797.

Saint-Simonianos dejan ancha parte en la obra que proyectan construir á los sentimientos elevados del alma humana.

La lucha de clase que constituye el fondo del socialismo en estos momentos no aparece aún sino en estado nebuloso. Sin duda Toussenel describe admirablemente la explotacion de la clase media; Fourier demuestra que la Revolucion no tuvo por resultado «sino substituir servidumbres colectivas siempre crecientes á servidumbres individuales menguantes»; Vidal parece anunciar á Karl Marx en esta fórmula: «La fortuna, se ha dicho, se adquiere por el trabajo, se adquiere sobre todo por el trabajo ajeno.» Solo hasta mucho más tarde, sin embargo, y en su último libro: *De la capacidad política de las clases obreras* no indicó Proudhon claramente un antagonismo entre el amo y el obrero:

Roto el haz de las corporaciones, escribia, sin que las fortunas y las condiciones entre obreros y amos se hubiesen igualado, sin que se hubiese hecho ni previsto algo para la distribucion de los capitales, la organizacion de la industria y los derechos de los trabajadores, restablecióse la distincion por sí misma entre la clase de los amos, detentores de los instrumentos de trabajo, capitalistas y grandes propietarios y las de los obreros asalariados.

Negar actualmente la distincion de las dos clases, sería más que negar la escision que la trajo y que fué en sí misma una grande iniquidad.....

El amo de entonces no se parecía todavía á los grandes industriales contemporáneos. Semejantes á los abades comendatarios (1) que cobraban la renta de las abadías sin haber jamás celebrado misa ó áun recibido órdenes, los miembros de las Sociedades en comandita actuales, los propietarios

(1) Abad comendatario era el que, sin ser del gremio de sus subordinados, obtenia el título de abad (*N. del T.*).

de partes de acciones de fábricas ó de ingenios, viven régicamente del trabajo de obreros que á veces no han visto nunca. Los industriales de antaño veían á sus obreros, eran vistos de ellos y podían pretender que ellos también trabajaran.

El odio y la envidia que ahora se encuentran en todas partes eran entonces raras en este noble país de Francia. El Cristianismo había creado en nosotros tales tesoros de fé, de sacrificio, de abnegación que la sociedad francesa continuó siendo creyente y generosa mucho tiempo después de haber perdido sus hábitos religiosos. Necesitáronse el reinado de los judíos, las inmundas campañas de sus periódicos, el triunfo de la Franc-Masonería, Gambetta, el Oportunismo, Grévy, Wilson, la República actual, en una palabra, para destruir todo ideal en las almas.

El pueblo de aquel tiempo, no pervertido todavía, sabía que el Cristianismo era el que había transformado la tierra y traído al mundo la fraternidad y el amor.

Como testimonio de las ideas de aquella época queda toda una literatura verdaderamente bella y casi desconocida: especialmente los libros de Chevé que frustra el soplo de un Lamennais sin orgullo y sin hiel, de un Lamennais democratizado pero continuando cristiano. Hay páginas soberbias en la obra capital de aquel escritor cuyo mismo nombre no ha siquiera sobrevivido: *Catolicismo y Democracia ó el Reinado de Cristo*, que lleva por divisa:

Christus vincit, Christus imperat, Christus regnat.

Cristo vence, Cristo manda, Cristo reina.

(Ejergo de la moneda de los reyes de Francia, del siglo XII).

El autor proclama elocuentemente, á la faz del mundo, lo que el Catolicismo ha hecho para la felicidad de todos;

con el acento de apóstol y el entusiasmo de ciudadano pide la reconciliación entre la Iglesia y la democracia.

Hijos del altar, ¿por qué decís que la democracia no es la aplicación del catolicismo á la sociedad? Hijos del pueblo ¿por qué no comprendéis las sublimes austeridades de la moral y los santos éxtasis del culto y de la oración?

¿Qué son vuestros dogmas tan religiosos de libertad, igualdad y fraternidad? El Evangelio hecho Código, la Religión hecha ley social, Cristo encarnándose Pueblo.

Y vosotros, Cristianos, ¿qué es vuestro Evangelio tan democrático y popular? la ley viviente de libertad, igualdad y amor.

¿Qué es el Cristo sino el Redentor del débil y del pobre, el Salvador de las naciones? ¿Qué es la Iglesia sino una santa república, donde todo se concede al sacrificio por la elección, nada á la herencia ni á la fortuna?

¡Y, no obstante, se han despreciado, se han blasfemado, se han degollado!

Estos han maldecido á la Iglesia en nombre de la democracia y la Iglesia en sus concilios ha sido la primera democracia cristiana. La han maldecido en nombre del Pueblo, y la Iglesia, destrozando la antigua esclavitud, ha creado los pueblos modernos y preparado la gran unidad católica que un día ha de reunirlos á todos. La han maldecido en nombre de los pobres y ha hecho de la pobreza una religión, y de la comunidad de los bienes una ley para sus elegidos.

Han rechazado la libertad en nombre de la religión que dice: "Donde está el espíritu del Señor, allí está la libertad." Han mandado la obediencia ciega á los antojos de los dueños de la tierra en nombre del Evangelio, donde está escrito: "No teneis más que un solo señor que es Dios, y todos vosotros sois hermanos." Han combatido á los que no quieren para la propiedad más fuente posible que el trabajo, y el más grande de sus apóstoles ha dicho: "El que no quiera trabajar no debe comer."

Hijos de la Iglesia é hijos del pueblo, conoceos al fin y daos la mano, porque sois hermanos y abrazaos con amor como dos amigos que se encuentran después de larga ausencia; y este abrazo será el advenimiento de la sociedad cristiana, el gran día del reinado de Dios en la tierra.

En estas obras tiene la mujer el papel que le da la civili-

zacion aria. Pœtizada, engrandecida, adorada, aparece en una aureola como la mujer germana rodeada de respeto y homenajes de los bravos guerreros; para ellos, en efecto, es ella la Gracia y la Bondad, como para ella son ellos el Valor. Los Germanos, puros Arios, no envían, como los pueblos semíticos, jóvenes libertinas que se entreguen á los generales y les asesinen entre dos caricias, sino que colocan á la mujer detrás de sus carros, y cuando el enemigo avanza, la mujer se mata, porque sabe que si se pierde la batalla, es porque los hombres han muerto....

Solo un judío, el apóstol del divorcio, ha podido romper los lazos sagrados que unían antiguamente á los esposos y glorificar la prostitucion en un país donde la santidad del matrimonio habia contribuido á hacer tan grande; solo un judío ha podido escribir:

El matrimonio es una institucion esencialmente tiránica y atentatoria á la libertad del hombre; la causa de la degeneracion de la especie humana; es una institucion generadora de vicio, de miseria y de mal; debe preferirse el concubinato ó la union libre, sin intervencion de la autoridad, sin consagracion religiosa y legal.

Existiendo el matrimonio, la prostitucion hace más bien que mal (1).

En aquella época no se habian aún trasportado á Francia las costumbres de la tienda primitiva donde el hermano cohabita con su hermana, como Amón con Tamar. El mercader que se fué á Túnez á traficar con la sangre de nuestros soldados con los Volterra, los Thors y los Bloch, y, á la sombra de la bandera tricolor, realizar un buen golpe á

(1) Naquet: *Religion, familia y propiedad*.

expensas de Mustapa-ben-Ismael, no habria figurado entonces en una Asamblea francesa (1).

Oíd como habla Chevé de la mujer:

Hay una redencion no menos santa, tarea comun lo mismo del catolicismo que de la democracia; la de la mujer, es otra María de la pasion del Calvario.

La mujer es esclava mientras no es para el hombre más que un juguete de vanidad, un instrumento de placer, ó la sierva desdeñada de sus necesidades domésticas.

La mujer es esclava cuando se encuentran para su sexo esos talleres de ignominia donde gobiernos infames dan á la prostitucion su patente.

La mujer es esclava cuando, por el vicio de nuestras leyes ó de nuestras costumbres, le falta un medio fácil de vivir con su trabajo, un retiro pacífico en un convento, ó un matrimonio segun su corazon.

El cargo de la mujer se parece al del sacerdote; porque ha sido destinada á moralizar y santificar el hombre por su ejemplo, en las tres edades de su vida, como virgen, como esposa y como madre.

Su imperio se extenderá en el mundo á medida que llegue á ser más pura y más santa; y reinará, porque se olvidará á sí misma.

La pureza en la mujer es un bálsamo que refresca el alma y le da la juventud eterna de la inocencia. Es la virgen del amor

(1) Chevé censura de antemano á los autores de lo que ahora pasa, los Judíos trampistas que nos gobiernan actualmente.

«Ay entonces, ay de los infames traficantes que se han dicho: Haremos de Francia un bazar y del mundo un mercado! ¡Insensatos! han creído que así se desarraigan del corazon de una nacion doce siglos de gloria, que se juegan los destinos del género humano sobre un tapete de Bolsa, y que se detienen los grandes decretos de lo Porvenir con una vanguardia de soldados.

¿Dónde estaban pues en los dias de nuestros grandes dramas? ¿Jamás han visto como se toman los castillos en el tiempo que un niño emplea en jugar una partida de pelota, y como se hace, entre dos puestas de sol, una revolucion que cambia toda la faz de un pueblo?

Si, nosotros somos los hijos de aquellos hombres férreos bronceados por el sol de las Pirámides, y que, cansados ya de pisotear el suelo de Europa conquistada, fuéronse un dia hasta las fronteras del Asia, para llevar á las hordas del Norte la bandera de la civilizacion.

hermoso cuya mirada embriaga de poesía y cuyo sonris arrebatada en tranquila felicidad.

Tiene abismos de ternura y á todos los deseos del corazón revela cosas tan dulces y tan santas que no se saben expresar sino con el nombre de María, y decirlas diciendo Dios.

La inspiración suave de sus labios se colora con gracia infinita. El alma que ella ha llevado se derrama en encanto con exquisita delicadeza.

Tan dulce y fina es la expresión de su corazón que en cada uno de sus latidos encuentra una expresión más dulce para suspirar en ella una armonía más tierna.

Y cuando este amor descansa en su vuelo en el seno de la Virgen Madre, vuelve á caer en gotas de celestial rocío sobre el corazón; y, en la pura alegría de que la inunda, sube este rocío hasta los párpados que lo destilan en lágrimas de adoración.

Increiblemente hermosa entonces, no tiene ya la mujer de humano sino el reflejo de gracia y amor santo que sus miradas levantan hácia el cielo. Entonces, en el transporte de fuego que la arrebatada, derramándose Dios en ella, se arrodilla, fuera de sí y se convierte en ángel de la oración.

Para mostrar perfectamente el camino recorrido, citemos también la bella protesta contra los profesores de ateísmo y libertinaje encargados ahora de educar á las jóvenes generaciones.

¡Ay de los predicadores de incesto que venden la ciencia del Infierno enseñando cómo se desflora todo lo que hay santo en el alma humana y como se puede encontrar más abajo de la esfera de los brutos un estercolero donde encenagarse!

Vomitamos contra ellos las sangrientas imprecaciones por las que se ofrece eternamente el crimen á Satanás. ¡Educadores de orgía, nosotros maldecimos vuestra cuna, nosotros maldecimos vuestro sepulcro!

Perdonemos á la impiedad, perdonemos hasta el crimen, pero cuando esos maestros de infamia vengan á ostentarnos fríamente su leprosa teoría de libertinaje y adulterio, entonces, caiga nuestra mano sin piedad sobre sus frentes como una espada de venganza.

¿No ha llegado pues á ser soberano del mundo el Espíritu,

después de seis mil años de esfuerzos, sino para abdicar su corona y su trono, y, cediéndolos á la materia, tomar otra vez las cadenas de esclavo de su infancia? Si esto es el progreso, es el progreso en la muerte.

¿Es acaso la Sociedad demasiado rica de virtudes para que se la convide al cinismo? ¿Acaso no tiene suficiente el Pueblo con sus males, sin llevar á sus hijas á la deshonra y sus esposas al adulterio?

Hubo entonces figuras interesantes y puras casi olvidadas ahora. ¿Quién sabe siquiera el nombre de Constantino Pecqueur que, de 1835 á 1850, fué uno de los jefes del socialismo francés? También él profesaba el más ardiente espiritualismo; el régimen social que él pedía con todo su corazón debía llamarse la *República de Dios*, y Francia, la Nación-Cristo, era la que tendría la misión de llevar á las naciones el evangelio de justicia y fraternidad; tampoco separaba él, como Chevé, la reivindicación de los derechos del cumplimiento de los deberes.

Hay varias cosas que todos deben saber, escribía en la revista el *Progreso*.

Es la primera, que Dios existe, que es bueno, y que le debemos cuenta de nuestra vida.

Es la segunda, que no vale nada, absolutamente nada el monopolio de los instrumentos de trabajo.

Es la tercera, que Europa y Francia la primera no encontrará la calma, la armonía, el progreso sino cuando haya vuelto sinceramente á Dios, transformado radicalmente sus leyes de propiedad y la organización de su economía (1).

(1) Entre los escritos de Pecqueur citemos: *La Ciencia moral en sus relaciones con la Economía política; Filosofía de la historia y de las leyes del progreso... De la sanción y de la responsabilidad de nuestros actos; Barbarie crónica de la Economía política, liberal y malthusiana.*

Con el título: *Constantino Pecqueur ó el decano de los colectivistas franceses*, publicó, en 1886, la *Revista moderna* un estudio curioso acerca de ese desaparecido que vivía en profundo retiro en Saint-Leu-Taverny y que murió solamente el año pasado.

Hay todavía en ciertos rincones de barrio sobrevivientes de una generacion desconocida, siempre jóvenes de corazon, siempre benévolos, profundamente asombrados y desalentados por cuanto sucede. Luego se entiende uno con ellos, porque todos lo que tienen algun valor moral sienten con igual amargura las sombrías tristezas de este final de siglo. Cada uno ha dejado algo de sus sueños en un sepulcro y llora al hombre que, en su concepto, hubiera salvado la Francia.

Aquellos piensan en la vida ya larga y tan inútil de aquel á quien se habia dado en llamar el *Hijo del milagro*. Estos piensan en su joven Principe muerto en Zoulouland. Otros, más dignos de lástima quizás, han visto lo que ha venido á ser, despues del triunfo, esta República que debia ser el reinado de la justicia, de la tolerancia, del desinterés, asegurar la paz entre los hombres y traer las naciones á si por el solo espectáculo de sus virtudes; habian soñado construir un templo, y en vez de templo se ha levantado un lupanar, un malvado lugar donde los Lockroy y los Naquet, los Millaud y los Raynal, los Ferry y los Rouvier entregan la Francia á quien quiera pagar.....

«¡Ah! si, pobre amigo mio, es desdichadamente el camino de los jayes! el que seguimos» dice Pisthetero á Eल्पido en las *Aves* de Aristófanes, cuando, perdidos en un desierto, en medio de barrancos, vuelven en sí sin poder adelantar, ni retroceder, ni hallar su camino...

¿Acaso no es esta la palabra que nos decimos á menudo mutuamente caminando, *obscuri per umbras*, en el árido camino actual?

Quizás más tarde se escriba la historia de esta generacion cuyo pensamiento duerme en libros viejos que ya no se leen y que los contemporáneos conservan preciosamente.

Recuerdo haber visto una biblioteca de este género, en los alrededores de la calle de Alemania, en casa de un zapatero remendon que estuvo enredado en todas las peleas de la calle. ¡Qué tipo tan amable aquel bravo! Habiase adherido á la religion fusionista; murió el fundador, dejando una viuda en la mayor miseria. Para que la viuda tuviera pan, casóse con ella el obrero y quizás, creo, pasó más de un mal rato con aquella mujer, que se creía rebajada por su union con un artesano. Le queda de ella una hija encantadora, rubia como trigo dorado, que se presenta con sencillez y natural elegancia entre aquellos zapatos viejos, y se interesa como su padre en la cuestion social.

En la trastienda están los libros de antaño, los folletos, los planes de organizacion social, los almanaques populares con sus retratos de hombres, con la marca de la época, rostro oval, frentes pensativas, barbas largas; jóvenes aún, parecen decir todos: «¡Lo Porvenir es nuestro!» Los mejores murieron á tiempo y no vieron la invasion. Algunos han vivido demasiado; se han hecho infames y forman parte de la mayoría servil actual...

El clero francés, precisa decirlo, no estuvo á la altura de lo que de él se esperaba, no supo alargar la mano á los obreros que iban tan espontáneamente al Cristo; defraudó la esperanza de todos aquellos hombres enamorados de progreso y de justicia que esperaban que la Iglesia como en los primeros siglos fuera á ponerse al frente de los ensayos de renovacion social.

El sacerdote de Winterer consignaba, el año pasado, en el congreso de Liege, que los Católicos se habian decidido demasiado tarde á obrar. Antes que el M. de Mun, en otro recinto, habia recordado, en términos muy elevados, lo que habia podido ser el movimiento del siglo pasado si se hubiese comprendido á tiempo.

En 1848 dejó pasar también el clero una vez más la hora favorable y el advenimiento del Imperio operó por largo tiempo la disociación entre el Pueblo y la idea cristiana. Los republicanos, que solo habían demostrado respeto á la Iglesia, quedaron descorazonados por el modo con que parte del episcopado francés se echó á los piés de César.

Sería demasiado prolijo investigar las causas múltiples de ese error que tuvo tan graves consecuencias en los destinos morales de nuestro país. La verdad es que el Concordato, que el Papa no firmó sino llorando, ha puesto al clero en una situación espantosamente falsa; ha encadenado la independencia del sacerdote en cambio de un insignificante regalo. Muy bien lo saben los diputados de la izquierda, y, en esas almas malvadas, el deseo de reducir ancianos á morir de hambre, suprimiendo el presupuesto de los cultos, está contenido por el temor de ver que el sacerdote recobre el derecho de obrar y hablar libremente.

Es necesario añadir que entonces era el clero infinitamente ménos instruido y menos ilustrado que ahora. He tenido actualmente prueba de esto por las innumerables cartas que he recibido; el clero jóven sigue atentamente el movimiento contemporáneo; lee, en la medida de sus humildes recursos, todo cuanto se imprime interesante en el punto de vista social; no desconoce ninguna cuestión. El clero, después de 1830, había casi adoptado la tésis sostenida por la Clase media volteriana y filipista que el sacerdote debe estar en su iglesia, que no debe comunicar con el exterior sino poniendo una plancha en la calle con esta inscripción: *Campanilla para los sacramentos*,—tésis imbécil, porque, cuando el sacerdote no sale ya de su iglesia, el espíritu cristiano sale de la sociedad.....

Lo cierto es que el clero obedece ahora á la consigna de la Clase media, que entonces como siempre, estaba enamo-

rada de órden y que, para tranquilizarse á sí misma, repetía admirada la frase monumental de Troplong: «En medio de tantas instituciones que caen de vejez, la propiedad queda en *pié*, *sentada* en la justicia y fuerte por el derecho (1).»

¿Qué entiende la Clase media por Orden? Es un punto que fuera difícil definir.

A la institución enteramente nueva del propietario, la Clase media ha agregado la portería que nuestros padres no conocían.

El ideal de una casa bien montada, en lo tocante á portería, es una casa donde pueden cometerse todas las infamias, entregarse á todos los libertinajes, pero en la que no se hace ruido, donde las escaleras están bien enceradas, la moqueta bastante acepillada, las bolas de metal fuertemente alisadas y donde se obedece al rótulo: *Limpiad vuestros piés*, S. V. P.

Limpiad vuestros piés, S. V. P., es el resumen del Orden segun la Clase media. Lo más frecuente es que no haya más que lodo en aquellos piés, pero, en las épocas de crisis, la Clase media enjuga también sangre con cuidado, para no manchar las alfombras.....

Digamos otra vez que es una idea muy reciente. Puede asegurarse que nunca hubo más desórden aparente que en la Francia de antaño, donde todo se sostenía sobre bases tan sólidas. Provenzales, picardos, bretones, poitevinos, berriehones tenían sus usos, sus costumbres, sus franquezas locales, su lengua, sus Academias. Ahora que Francia

(1) Entre los trataditos publicados por la Academia de las ciencias morales y políticas figura un trabajo de M. Troplong: *La propiedad segun el código civil*. La instrucción comienza por «la propriété debout assise sur la justice.»

está hecha girones, que la guerra civil está en todas partes, todo es uniforme, metódico, organizado administrativamente, todo parece ordenado. Es la historia del ministro de la guerra: se le copian todos los planes de movilización, sus modelos de fusil, sus noticias, se le tomara su nariz si se descuidara. No obstante, si visitárais el palacio de la calle de Santo Domingo, el ministro os demostraría que todo está admirablemente colocado, clasificado, rotulado, numerado en sendos carpetas. «Jamás entra nadie en nuestras oficinas, os diría, sino hombres discretos como Aubanel ó judíos alemanes como Cornelio Herz.»

Abandonados los obreros por la Iglesia, que se desinteresó demasiado en aquella época de la cuestión social que había resuelto antiguamente para dicha de todos, abandonándolos á su suerte, soportable todavía, los diputados de la Clase media, los Veinticinco francos, que habían vendido sus electores como los diputados los venderían siempre, intentaron en tiempo del Imperio tomar ellos mismos á su cargo sus propios asuntos.

La *Internacional*, en la sección francesa especialmente, fué la primera manifestación del proletario obrando en estado de clase distinta. Todas las firmas del primer manifiesto eran de trabajadores; en los procesos que se siguieron, los mismos obreros hablaron en nombre propio, y la defensa colectiva, leída por Varlin, resumió con acento verdaderamente conmovedor las quejas y aspiraciones de los proletarios.

Creo que, en este concepto, interesa la reproducción de sus pasajes más característicos (1).

(1) Estas líneas, que son menos secas que los programas económicos ordinarios y que cruza, como una ligera brisa de los campos, la compara-

Si ante la ley somos, vosotros jueces y nosotros acusados, ante los principios somos dos partidos; vosotros el partido del orden á toda costa, el partido de la estabilidad; nosotros, el partido reformador, el partido socialista. Examinemos de buena fe cuál es el estado social que nosotros somos culpables de declarar perfectible. La desigualdad lo roe, la insularidad lo mata, preocupaciones antisociales le estrechan en sus manos de hierro. No obstante la *Declaración de los derechos del hombre* y las reivindicaciones populares, un momento triunfantes en 1793, la voluntad de unos cuantos puede hacer y hace correr la sangre á torrentes en las luchas fratricidas de pueblo contra pueblo, que, teniendo iguales padecimientos, deben tener iguales aspiraciones.

Los goces son solamente para el reducido número que los apura en lo que tienen de más refinado; la multitud, la gran generalidad, languidece en la miseria y la ignorancia, agitando aquí bajo implacable opresión diezmada allí por el hambre, pudriéndose en todas partes en las preocupaciones y las supersticiones que perpetúan su esclavitud de hecho.

Si pasamos á los pormenores, vemos las operaciones de Bol-sa que siembran el desorden y la iniquidad, los pachás rentistas que hacen á su antojo la abundancia ó la miseria, que siembran siempre alrededor de los millones que amontonan la mentira, la ruina y la asquerosa bancarrota.

En la industria, la competencia desenfrenada, que recae sobre los hombros de los trabajadores, ha roto todo equilibrio entre la producción y el consumo.

Faltan brazos para lo necesario, y abunda lo inútil, superfluo; mientras que millones de niños pobres carecen de vestido, se ponen de manifiesto en las exposiciones chalets de precios fabulosos que costaron más de diez mil jornales de trabajo.

El trabajo del obrero no le da lo necesario y en torno suyo florecen las prebendas.

cion del centésimo palomo, son las primeras escritas por Benito Malon que más adelante debía desempeñar tan notable papel en el partido socialista.

Debe notarse, en elogio de los jueces del Imperio, que en todos los procesos de la Internacional, permitieron que la defensa sostuviera libremente tesis que, sobre todo entonces, debían parecer monstruosas á la magistratura. En el proceso Meyer, cuando hombres como Alberto Duruy y Alfonso Daudet querían aclarar una palabra, Barthelon, movido por el aguijón de ir á cobrar su recompensa, les imponía brutalmente silencio.

Murió la civilización antigua por haber conservado en su seno la plaga de la esclavitud; la civilización moderna morirá asimismo, sino atiende más á los padecimientos del mayor número, y si persiste en creer que todos deben trabajar é imponerse privaciones para procurar el lujo á unos cuantos; sino quiere ver lo que es atroz en una organización social que puedan tomarse de ella comparaciones como esta:

"Si viérais caer una bandada de palomos en un campo de trigo, y si, en vez de pecorear cada uno á su antojo, se ocuparan noventa y nueve en amontonar el trigo en una sola pila, no tomando para sí más que la paja y las mermas; si reservaran la pila, su trabajo, para uno solo de ellos, á menudo el más débil y el peor de toda la bandada; si formaran círculo, complacientes espectadores, durante un largo invierno, mientras que este se atracara vorazmente, devorando, malbaratando, derrochando á derecho y siniestro; si otro palomo, más osado, más hambriento que los demás, tocara un sólo grano, todos los demás se le echaran encima, le arrancáran las plumas, le desmenuzarán; si viérais esto á buen seguro que no veriais sino lo establecido y practicado diariamente entre los hombres...." (Doctor W. Palley de la *Universidad de Oxford*, Copiado del periódico *la Cooperacion*, mayo, 1868.)

¡Esto es realmente afflictivo!

¿No pertenece acaso á los noventa y nueve aquél que nacido en la miseria, formado de una sangre empobrecida, á veces hambriento, mal vestido, mal alojado, separado de su madre, que debe abandonarlo para ir al trabajo, pudriéndose en la sociedad, expuesto á mil accidentes contrayendo á menudo desde la infancia las enfermedades que le seguirán hasta el sepulcro?

Luego que tiene alguna pequeña fuerza, á ocho años, por ejemplo, debe ir al trabajo en una atmósfera mal sana, donde, extenuado, rodeado de malos tratos y perversos ejemplos, estará condenado á la ignorancia é incitado á todos los vicios. Llega á la adolescencia sin que cambie su suerte. A los veinte años, debe forzosamente dejar á sus padres que le necesitarían, para ir á embrutecerse en los cuarteles, ó morir en el campo de batalla, sin saber por qué. Si vuelve del servicio, podrá casarse, con perdon sea dicho del economista inglés Malthus y del ministro francés Duchatel, quienes petenden que los obreros no necesitan casarse ni tener familia, y que nada les obliga á estar en la tierra cuando no pueden hallar el medio de vivir.

Se casa, pues; la miseria entra en su casa, con la carestía y

paros, las enfermedades y los hijos. Entonces, si, al aspecto de su familia que padece, reclama una justa remuneración de su trabajo, se le sujeta por el hambre como en Preston; se le fusila como en la Fosse-Lepine; se le encarcela como en Bolonia; se le entrega al estado de sitio como en Barcelona; se le lleva á los tribunales como en París.

El desgraciado sube su calvario de dolores y afrentas; su edad madura carece de porvenir, ve la ancianidad con espanto: si no tiene familia, ó, si su familia está falta de recursos, irá tratado como un malhechor, á extinguirse en un depósito de mendicidad.

Y no obstante este hombre ha producido cuatro veces más de lo que ha consumido: ¿qué ha hecho, pues, la sociedad de su excedente? Ha hecho .. el centésimo palomo.

Igual carácter elevado tuvo la defensa colectiva leida por Combault ante el tribunal de apelación.

Habiase formado una nueva generación; la juventud obrera que entraba en escena habiase instruido por sí misma; cierto es que no había podido preservarse de la confusión que infunden en la inteligencia los estudios hechos sin método y algo al azar; pero tenía también lo que tienen los seres de instinto: la vehemencia, el entusiasmo, la abnegación.

Enuéntranse tipos entre esos hombres cuyo desarrollo intelectual, la manera de considerar la vida, la evolución, en una palabra, nada tienen de comun con las ideas de la clase media.

¡Qué rostro simpático y bueno el de Benito Malon! Es el hombre del pueblo tal como salió de la antigua tierra francesa, tal asimismo cual lo han hecho las sociedades actuales. Hijo de pobres jornaleros, se queda á guardar las vacas en el llano del Forez para permitir á su joven hermano que tome el título de maestro de enseñanza primaria.

El pastorecillo lleva su ganado á orillas del Lignon, el poético arroyo que mecía las meditaciones de Honorato d'Ur-

té, cuando escribía la *Astrea*,—aquel sueño de una sociedad fraternal, gobernada por la Justicia, que correspondió con la gran pacificación inmediata á las guerras civiles merced á Enrique IV y á Sully.

El pastorcillo, sin embargo, no tiene la menor idea de lo que es la *Astrea* y de lo que son las guerras civiles; en presencia continuamente de la naturaleza, no tiene pensamientos sino para el Criador, llama continuamente á la puerta de su párroco para consultarle los escrúpulos que asaltan su cándido corazón.

Sin conocer una letra hasta la edad de diez y ocho años, pasa tres meses con su hermano, y le basta este tiempo para aprender á leer y escribir, parte para Lyon y después para París, donde conoce todos los excesos de la miseria. Vive once días con catorce sueldos, después, extenuado, se ve perdido en la inmensa capital, como en medio de un desierto, y espera la noche para echarse al agua, cuando encuentra una pieza de diez sueldos en la puerta del Trono. Quiere gozar de la vida, beber cidra y encarga un festín: dos sueldos de cidra, cuatro sueldos de pan, dos sueldos de queso. En una mesa cercana á la suya, oye decir que se admite personal en la tintorería de Puteaux, y entra en ella de jornalero.

Vuelto á su casa, después de un día de duro trabajo, pasa el obrero parte de las noches leyendo; se dedica á la poesía y el recuerdo de sus antepasados es el primer sentimiento que inspira á esa alma de aldeano; compone un poema: *Vercingetorix*.

Un día estalla una huelga en Puteaux; los obreros encargan á Malon que la dirija, únicamente porque sabe leer y escribir; defiende los intereses de sus compañeros con la elocuencia original que fluye de fuente y que se detiene bruscamente en una leve dificultad en el habla, como los

manantiales intermitentes de la Auvernia y del Forez que, después de un segundo de interrupción, vuelven á manar.

El obrero tintorero es ya el blanco á donde dirige la policía sus pesquisas. Muy lógica consigo misma, no puede admitir que haya personas honradas y cree que hasta buscar bien para descubrir un cadáver enterrado en la existencia de todo hombre.

Un empleado de la calle de Jerusalem va á proponer á Malon iniciarle en la Franc-Masonería y le acompaña á casa de un pretense elevado dignatario que vivía en la calle de Nuestra Señora de Loreto.

—Para entrar en la Franc-Masonería, es preciso confesar antes los pecados de toda su vida.

El joven artesano busca en vano sus pecados.

El otro insiste:

—¡Vaya! seid sincero, no habeis llegado á la edad de veinte y tres años sin haber cometido alguna diablura. Estais perdonado de antemano pero confesad.....

Tolain, el que más adelante había de vender á sus hermanos y debía ver manchada su reputación por los mismos, en una reunión memorable, en la que le aplicaron el epíteto de Judas, fué quien afilió á Malon en la Internacional. Desde entonces emprendió Malon el camino de la felicidad: no tardó en ser condenado á seis meses de cárcel, y merced á los libros de Santa Pelagia, pudo comenzar formalmente su educación.....

Héme detenido algo en esta figura, porque resume un lado del proletariado francés. Los conservadores, prendados únicamente de farsantería, de *garden partys* y de *rallye-paper*, se encogerán de hombros al leerme; los sacerdotes y los verdaderos cristianos leerán esta página con interés y pensarán en cuánto ha perdido la Iglesia alejándose del Pueblo cuando el Pueblo iba á ella.

dencia tan instructivamente la fuerza, todavía confusa pero increíblemente intensa, que anima á la gente trabajadora como el desarrollo que tomó de repente la idea de la agrupación del partido obrero.

Si las primeras bases de la Internacional se habían asentado en un meeting celebrado en Saint-Martin's Hall en Londres el 22 de setiembre de 1864, la sección francesa había sido en su principio la reunión de unos cuantos compañeros que, á contar del mes de enero de 1865, se daban cita en un pequeño aposento en el piso cuarto de la calle de Gravilliers; y al cabo de un año los adherentes se contaban ya por miles.

En el primer congreso que se celebró en Génova en 1866, los afiliados eran ya más de 40,000. En el congreso de Lausanne en setiembre de 1867, el número de los afiliados era ya de 180,000; en el Congreso de Basilea era de 1.200,000 en toda Europa.

He dicho que los organizadores obreros habían hecho todos los esfuerzos posibles para conservar á la asociación su carácter estrictamente económico. Los jefes políticos miraban de reojo la tendencia de los obreros á ocuparse en sus intereses en lugar de servir los cálculos de los jefes de la democracia.

«Mazzini, dice Benito Malon en el estudio que ha dedicado á la Internacional (*Nouvelle Revue* del 15 febrero 1884), Mazzini vió en los comienzos de la asociación una «baja preocupación de los intereses materiales» y un ataque á la supremacía italiana (*primato italiano*), que fué, como complemento de la independencia de Italia, el solo sueño—al que debía sacrificarse todo—del conspirador patriota. Luis Blanc guardó hostil reserva; Ledru-Rollin dijo que buscar así las mejoras meramente económicas era resignarse muy fácilmente al Imperio odiado. Finalmente Blanqui

se persuadió que había algo de «bonapartismo en el asunto.»

Julio Simón, más malicioso, se hizo inscribir, con el número 606, entre los obreros á quienes debía ametrallar y deportar algunos años después.

En su origen, distó la Internacional francesa de ser revolucionaria, de buscar el desorden callejero, y de querer el motin por el motin. El emperador, único soberano que desde 1789, se ha sinceramente interesado á favor de las clases trabajadoras, ha comprendido sus padecimientos y deseado mejorar su suerte, había seguido con simpatía los progresos de la nueva asociación. M. Rouher había ofrecido dejar penetrar en Francia la Memoria de los delegados franceses al congreso de Ginebra, si en la misma se deslizara una frase de gratitud por los esfuerzos del Emperador á favor del Pueblo. Negáronse á ello, pero la Internacional, en sus comienzos no tuvo menos por esto un carácter mucho más social que político.

Solo después de mucho tiempo consiguieron los agitadores menestrales desviar la Internacional de su objeto. El hecho se reproduce continuamente en cuanto intentan los proletarios. La Clase media capitalista les explota como trabajadores; cuando se ponen de acuerdo para pensar en los medios de mejorar su suerte, el Menestral revolucionario, es decir el Menestral necesitado que quiere hacerse capitalista, encuentra siempre medio de introducirse en esas asociaciones y hacerlas servir para la satisfacción de sus ambiciones.

Es absolutamente inexacto que la Internacional haya producido la Commune; lo cierto es que los jóvenes proletarios, mezclados lo más activamente en ese grupo del partido obrero, se encontraron designados por la fuerza de las cosas, para desempeñar un papel importante en la insurrección que siguió á la capitulación de Paris.

Los tintoreros, los zapateros, los sastres, los carpinteros, los mecánicos, cuyas reivindicaciones hacían encogerse de hombros á los políticos liberales, fueron dueños un día de la ciudad gigante; fueron sus dueños y sus reyes; poseyeron en ella el derecho de vida y muerte. Esta Sociedad orgullosa con su organización de miles de ruedas, sus cuerpos constituidos, sus funcionarios cargados de cruces, anduvo por los suelos en un abrir y cerrar de ojos y el Pueblo fué verdaderamente soberano.....

¿Qué sentimientos empleó en su victoria? Esto quisiera yo investigar sin pretender, por supuesto, intentar la historia de la Commune, todavía cubierta con tanta oscuridad.

He combatido á la Commune en París y no debo insistir en lo que escribí. Preciso es confesar, sin embargo, que al someter uno sus impresiones juveniles á una comprobación atenta, cuando examina nuevamente los hechos, el juicio se modifica algo. Todo hombre de buena fe que hable, no con los apologistas de los horrores de última hora, sino con los que fueron actores en aquellos sucesos y los expliquen lealmente, llegará á la misma conclusión que yo.

El elemento menestral fué sobretodo el más feroz en la Commune, la Clase media vividora y bohemia del Barrio-Latino; el elemento Pueblo en medio de aquella espantosa crisis permaneció humano, es decir francés. Los inspiradores de las medidas violentas fueron hombres de letras como Pyat, como Delescluze, dependientes de curiales como Ferré, estudiantes, aspirantes á empleos, desesperados como Rigault, Dacosta, Vésinier. La escuela de los Hermanos, donde se habían educado la mayor parte de los obreros, produjo menos instigadores de matanzas que la Universidad.

Entre los Internacionalistas que formaron parte de la

Commune, cuatro solamente: Dereure, obrero zapatero, Assi, obrero mecánico, Challain, obrero grabador y Johamard, obrero tallista, se declararon á favor de las medidas violentas. Avrial, obrero mecánico, fué, como Theiz, uno de los oradores del partido moderado en la Commune. Langevin, obrero mecánico, Víctor Clement, obrero tintorero, Eugenio Gerardin pintor de casas, Clodoveo Dupont, obrero cesterero, votaron constantemente con la minoría.

He tenido ocasión de conocer algunos de estos hombres en las reuniones públicas y durante la Commune: confieso no haber encontrado en sus fisonomías la expresión de odio y envidia que la desgracia y sobre todo la fortuna de los demás, el deseo de los goces ponen comunmente en ciertos rostros de los desheredados.

Varlin, con su elevada estatura, sus ojos extraordinariamente brillantes, sorprendía al observador, no tanto por su hermosura viril como por la marca de la Fatalidad, aquel no sé qué revelación de los hombres condenados y destinados previamente á alguna catástrofe.

Theiz, con sus ojos azules muy dulces y su pequeña barba color rojo, no tenía el semblante muy perverso. Avrial, mal encarado y de grande estatura que hablaba de memoria con pronunciado acento tolosano, Langevin, muy robusto y fornido, eran tipos de los obreros dotados de fuertes musculaturas que no retroceden ante ninguna labor.

Entre estos hombres los había ciertamente que tenían alguna fe, un vago ideal de justicia. Cuando todo hubo terminado, cuando el grito de reprobación suscitado por los asesinatos y los incendios de última hora se levantó en torno suyo, tuvieron el sentimiento, no de una derrota solamente, sino del derrumbamiento de un ideal, experimentaron como una gran fatiga, un deseo de poner término á

todo, de morir..... Algunos se quedaron en el mismo barrio donde habían estado como delegados y no se les molestó, porque se les había visto en este París, lleno de todos los sentenciados de Europa, impidiendo el mal cuanto podían.

Cuando fué imposible la resistencia, Malon siguió á unos amigos, dos artistas de talento que se le llevaron consigo. El día siguiente volvió á andar errante, como á pesar suyo, plaza Rochechouart, cerca de su distrito, entre las tropas allí acampadas. Vióle un vecino de Batignolles, reconocióle y se dirigió al jefe comandante. Malon no llevaba su famoso pañuelo encarnado, pero tenía en su bolsillo la banda con franjas de oro de miembro de la Commune que enseñaba voluntariamente, á medio día después de comer en Asnières, como un recuerdo de los días trágicos..... Esperó. El hombre que le había reconocido estaba á dos pasos del jefe y quizás cruzó una idea en su mente, porque se detuvo, volvió otra vez á mirar á Malon..... y no habló al jefe. ¿De qué depende la vida humana?

Menos afortunado fué Varlin, á quien por poco no fusilan los federados, calle de Haxo, al intentar salvar los Rehenes. Prendiéronle á pocos pasos de la plaza Rochechouart sentado á la mesa de un café. Máximo del Camp, que no está suave para con la Commune, no ha podido librarse de estampar palabras conmovedoras al referir su dolorosa agonía, aquel largo paseo en los Cerrillos y asimismo su excelente muerte, firme, muy animosa...

Muerto ya, encontráronle los 300 francos que costó trabajo hacerle aceptar en la última paga que se dió á los miembros de la Commune.

Jourde fué también de raro desinterés. Mientras era ministro de Hacienda y manejaba millones, su mujer continuaba lavando su ropa en el lavadero público, el hijo iba á

la escuela gratuita y Jourde comía en casa de un pobre figonero de la calle del Luxemburgo (1).

Theis fué administrador de correos con innegable probidad. Camélinat desempeñó el cargo de director de la moneda con habilidad y honradez elogiadas inmediatamente después de la Commune. Sólo aprovechó su paso por el andén Conti para introducir en la acuñación de la moneda francesa una mejora que se ha conservado.

Otro funcionario Treilhard, director de la Asistencia pública, abandonó los edificios anexos á las Casas Consistoriales en los momentos del incendio, llevándose consigo los fondos de reserva de la Asistencia importantes 37,440 francos, y depositólos en su casa encargando á su mujer los entregara, si él no volviera, al representante del gobierno de Versalles. Fué preso y fusilado, y dos días después, la esposa de Treilhard, vistiendo por la primera vez el traje de luto, entregaba el dinero al jefe que había hecho fusilar á su marido (2).

(1) El fondista, dice Máximo del Camp, presentó su factura más tarde. Del 16 de abril al 22 de mayo, había gastado Jourde por sus almuerzos y comidas 224 francos.

(2) Aunque las Hermanas agustinas expulsadas algunos meses há del hospital Lariboisiere hayan sido respetadas por la Commune, no por esto deja Treilhard de ser censurable por algunos actos de laxitud que, según dicen, realizó á pesar suyo. Por otra parte era más decente en la forma que los hombres actuales. «Dignos, escribía, prevenir con todas las formas decorosas á las Hermanas de las casas de socorro de los cuatro barrios del distrito V que tengan á bien desocupar las casas que ellas ocupan.»

En este concepto el director de la Commune no es preferible á Peyron, con la diferencia que la Asistencia pública no estaba entonces reducida, como ahora, á negar la leche á los enfermos porque los primeros funcionarios lo despilfarran todo ó lo roban. La Commune, si os parece, fué la República actual con alguna más probidad en los miembros de la Commune que en los republicanos actuales.

Lo chocante, empero, es ver personas que fueron implacables para Treilhard, porque pertenecía á la Commune, y admiten que un hombre como

Comparad esto con los Oportunistas, los Thompson, los Etienne, los Rouvier, los Raynal, que antes no tenían calzado y ahora tienen palacios, quintas, carruajes; con los Ferry que vendían sus libros veinte años atrás y ahora compran inmuebles de 450,000 francos, y confesaréis que la moralidad pública ha bajado todavía algunos puntos desde la Commune. Sea cual fuere el poder de la imaginación, no se concibe que se haga matar Rouvier por su casa y que Claudio Vignon entregue una cantidad de dinero perteneciente al Estado...

Añadamos á lo dicho que la mayoría de los obreros que figuraron en primera fila en la Commune, han vuelto muy noble y muy dignamente al taller.

El republicano de la clase media está convencido de que la nación debe pagarle rentas perpetuas, alimentarle en alguno de los capítulos del presupuesto. Los diputados de la mayoría, cuando el sufragio universal los ha deseñado por haber faltado á todas sus promesas, reclaman como un derecho puestos de magistrados, de tesoreros generales, cargos particulares bien retribuidos (1).

Peyron se atreva todavía á presentarse en ciertos círculos honrados; es ver que un soldado como el almirante Peyron no desapruébe públicamente al miserable que saca de la cama enfermas de santas hijas de Caridad para reemplazarlas por jóvenes de lupanar cuyas hazañas nos cuentan cada día los tribunales. Si los conservadores triunfan se podrá consignar, por su conducta, la idea que tienen de la justicia; y ya que fusilaron á Treilhard, no pueden obrar de otro modo sino fusilando á Peyron que ha cometido exactamente los mismos actos que el director de la Asistencia pública de la Commune.

(1) El coronel Langlois se ha hecho nombrar recaudador en París á la edad de 68 años; ahora bien, este hombre íntegro que tomaba de este modo el destino de un empleado que servía desde veinticinco años la administración y á quien tocaba esta recaudación, había votado una ley por la cual nadie podía ser nombrado recaudador despues de 55 años de edad y que fijaba el extremo límite legal para el retiro los 65 años. ¡Esto se llama el reinado de las leyes!

Muchos de los hombres que fueron dueños de París, han cojido otra vez las herramientas del trabajo sin ruido, sencillamente. Langevin trabaja en un taller de construcción en Burdeos; Victor Clement es capataz contra maestre en una tintorería de Reims, Gerardin y Clodoveo Dupont han vuelto también á su antiguo oficio, Camelinat educaba penosamente á sus cinco hijos con su trabajo cuando fué nombrado diputado del Sena (1).

Sé que muchos calificarán de paradoja este lenguaje respecto de la Commune, pero al fin deben verse las cosas tales como han sido. M. de Pléue fué ciertamente un administrador animoso, pero la leyenda de un hombre que hace frente á toda una ciudad insurrecta y que defiende el Banco, durante dos meses, contra todo un gobierno es una de tantas historias buenas solo para continuadas en las necrologías. El famoso batallón del Banco no habría resistido un

Todavía Langlois, que es un hombre de 48, ha sido relativamente moderado. Los republicanos de la nueva escuela exigen más; como el famoso Labuze nombrado tesorero general en Limoges; como Pablo Duffo, tesorero general de Saboya, Bisseuil, también tesorero general. Otros se arrojan á las más elevadas situaciones de la magistratura, como Ronjat procurador general del Tribunal de casación, el difunto Margue consejero en el tribunal de París, Bottard presidente de sala en el Tribunal de Limoges, Odoul primer presidente del tribunal de apelación de Riom, Julio Godin consejero en el tribunal de París. El cargo, por otra parte, importa poco, es cuestión de sueldos. Mazure, antiguo diputado del Norte, en vísperas de ser nombrado primer presidente de algún punto, decidióse á favor de los tabacos y optó por ser almacenista de los tabacos en Mans.

Pero ni por esas ven esos hombres un favor en todo esto, sino que su derecho de clase media, cuando han hecho bastantes infamias en la Cámara, es que reciban de nosotros una pensión de 80, ó de 100,000 francos.

(1) Véase asimismo en el *Figaro* del 19 de agosto de 1888, un divertido retrato de Dereure, antiguo miembro de la Commune, delegado para las subsistencias, despues en la comisión de la Justicia. Tiene el tiro japonés en el Jardín de París y ofrece por la noche cuchillos á los aficionados deseosos de ejercitarse en el blanco. Durante el día se ocupa en el comercio de zapatos viejos. Confesad que este hombre es muchísimo más digno, y de muy otro modo respetable que Labuze obligándonos á hacerle 80,000 libras de renta...

solo minuto y jamás tuvo intencion de hacerlo. Si fué respetado el Banco, fué por la voluntad expresa del gobierno insurreccional.

Los miembros de la Commune pertenecientes al partido obrero llevaron su moderacion hasta la candidez. Francamente si el pueblo debiera penetrar en alguna parte, debia ser en la casa del banquero de Francfort, que habia adquirido una monstruosa fortuna á expensas de Francia. Un ciudadano de honradez irrepreensible, pero de inteligencia muy despejada, uno de los hombres que no se muerden la lengua, que digamos, el ciudadano Millot, engastador de joyas, que me autoriza para que le nombre, fué á decir esto á Varlin en presencia de Combault.

¿Qué creéis que respondió Varlin?

—Te engañas, Millot, Rothschild está con nosotros. Hé aquí vales en blanco que nos ha entregado contra su caja...

Este pormenor, absolutamente auténtico, prueba hasta la evidencia lo que dije en la *Francia judía* del doble juego jugado por los banqueros judíos y por los Rothschild sobretudo durante la Commune. En Versalles afectaban sentimientos de indignacion; en París subvencionaban la insurreccion á fin de satisfacer su odio contra los sacerdotes y, al mismo tiempo, complicar la situacion política para hacerse pagar más caro su concurso rentístico.

Hasta más adelante no se escribirá esta historia, se comprende la verdad, pero no se tienen todas sus pruebas. Para juzgar á Luis XVI, fué preciso forzar el armario de hierro;—no se escribirá la historia contemporánea hasta despues de haber forzado el armario de oro de los Rothschild...

A la accion evidente de los judíos, que se esforzaron por lanzar el Pueblo contra los pobres sacerdotes para desviarle de constituirse en tribunal y ejercer sobre los rentistas legítimas reivindicaciones, deben añadirse los manejos de

los innumerables ajentes que Thiers mantenía en París y que excitaban la muchedumbre á cometer actos espantosos.

He citado este diálogo característico entre Calmon y M. Olivier de Watteville, que queria perseguir á un tal B. de M.....

—Es uno de nuestros ajentes; dejadle libre.

—Pero, el señor subsecretario de Estado ha hecho fusilar á 14 guardias nacionales rebeldes á la Commune.

—Para mejor ocultar su juego.....

—Es muy consolador esto, señor subsecretario de Estado, para las familias de las victimas.....

Jamás se ha desmentido ese diálogo y el hombre que hacia fusilar franceses, para ocultar su juego, su papel de espía, ha sido condecorado por esta excelente conducta y continua figurando en los registros de la Legion de honor, al lado de los soldados y jefes que ganaron sus cruces en los campos de batalla.

Estos ajentes que sembraban en el espíritu popular ideas atroces, eran el gran terror de los moderados de la Commune que se los encontraban en todas partes. Un dia la municipalidad del distrito XVII dirigida por Malon, fué acusada de moderantismo y declarada sospechosa por un ajente que fué á excitar al pueblo; se le detuvo, se le registró, y se le encontraron encima las pruebas de sus relaciones con Versalles.

Otro ajente habia conseguido ser el amante de la querida de Urbain, el antiguo maestro, y le excitaba á este á reclamar medidas horribles: ora proponia arrojar á los rehenes á los albañales, ora fusilar á diez de ellos cada mañana en los puestos avanzados.

Los miembros de la Commune, que habian conservado sentimientos honrados, temblaban al ver renovarse las matanzas de las cárceles; habian detenido algunos rehenes pa-

ra dar satisfaccion á la opinion pública y solo tenian un deseo, deshacerse de ellos, y creyeron conseguirlo ofreciendo cangearlos por Blanqui. Proponian no solo devolver los rehenes, sino tambien no *detener otros nuevos en adelante*, con la condicion de que se les devolviera un viejo conspirador cuya presencia en París no podia tener ninguna influencia en el resultado final de la lucha.

Hablando francamente, era una proposicion aceptable. Hubiérase comprendido que un soberano de pasados tiempos, un soberano de derecho divino, hubiese declarado, en semejantes circunstancias, que él no trataba de igual á igual con rebeldes; pero que un advenedizo de la Revolucion como Thiers, al frente de un gabinete en que figuraban todos los insurrectos del 4 de setiembre, se negara á negociar sobre estas bases, era absolutamente insensato.

La verdad es que los hombres del 4 de setiembre querian crímenes para tener implacable represion; y lograron ambas cosas.

Esto no disminuye en lo más mínimo el horror de las matanzas del final. Cuando se supo que no se daba cuartel, todos los vencidos refluieron hácia la Roquette y mataron. Ferré anunció el resultado á los restos de la Commune reunidos en la alcaldía de la plaza Voltaire y dijo textualmente, sin injurias ni violencias; «El Arzobispo murió adecuadamente, Boujean murió bien, pero el P. Allar y los Jesuitas murieron heroicamente.» Delescluze, quebrantado por la enfermedad, murmuró con voz extinguida: «Nosotros tambien sabremos morir.»

Convenia evidenciar que, de hecho, el proletariado cuando tuvo por la vez primera una parte efectiva en el poder,

fué infinitamente menos sanguinario que la Clase media (1).

Mientras la Commune fué dueña de los acontecimientos no permitió llevar á cabo ninguna ejecucion. Rossel, un antiguo oficial del ejército, un politécnico, habia pronunciado algunas sentencias de muerte, la Commune intervino para que no se ejecutaran.

La Commune, no obstante estaba sitiada y Vinoy habia hecho fusilar á Duval sin juzgarle. En circunstancias infinitamente menos trágicas, un golilla, un abogado en el gran consejo, un antiguo procurador de bailia, Danton, organizó friamente una matanza, comparable solamente á los degüellos de los príncipes tártaros ó mogoles; hizo matar en las cárceles centenares de ancianos, mujeres, sacerdotes enfermos, niños idiotas, locos como en Bicêtre. Ministros abyectos, como Cazot, no han temido, sin embargo, invocar la autoridad de Danton ante el Senado y los viejos podridos que componen esta Asamblea no han demostrado ninguna indignacion al oír evocar ese nombre.

He visto en el Salon la estatua que se preparaban á levantar al hombre de Setiembre en la principal plaza de Arcis-sur-Aube y que Lockroy fué á inaugurar solamente. Otra estatua de Danton reemplazará en la plaza de la Escuela de Medicina á la estatua de Broca y el antropófago echará fuera al antropólogo.....

Un periódico que representa á la república conservadora el *Nacional*, pedia recientemente que se comprara la casa de Danton en Arcis-sur-Aube y que se la hiciera un lugar de peregrinacion. Los suscritores de la clase media del periódico moderado no protestaron (2).

(1) A medida que el Pueblo se ha más intimamente mezclado en las revoluciones, han ido siendo menos feroces. 1830 y 1848 fueron idilios al lado de la primera Revolucion dirigida por la Clase media.

(2) Si los Girondinos no organizaron las matanzas, nada hicieron para

Haced como yo, seguid uno á uno á todos los acontecimientos desde 1789, sin experimentar ideas preconcebidas y con voluntad de reflexion personal, y vuestro punto de vista se modificará mucho.

«Saludad á esos mil millones, decia el baron Luis en las Cámaras que vociferaban cuando el presupuesto llegó á esta cifra, ya no volveréis á verlos». Saludad á los jefes obreros de la Commune, puede decir á los conservadores, en otro sentido, el historiador que siempre es algo profeta, ¡ya no volveréis á verlos más!

Esto es tambien un periodo, un estadio en la evolucion del proletariado. Lo que desapareció en medio de los resplandores del incendio, en las hecatombes de la Semana sangrienta, fué el fin de la generacion de 1848 y lo me-

evitarlas. Véase sobre el particular en la *Revista de la Revolucion* del 5 de setiembre de 1887 algunas líneas de los *Papeles inéditos* de Chaulieu relativas al papel de Pétion: «Hé aquí un hecho que sé por un testigo ocular: Duhem, nuestro colega que comia el 3 de setiembre en casa de Pétion. Al anocheecer de aquel día, una partida chorreando todavía sangre, entró en el comedor de Pétion y el jefe de la misma le dijo: Ciudadano alcalde, venimos á tomar tus órdenes.— Amigos míos, les dijo Pétion, ¿acabará muy pronto esto? Es hora de que acabe. La señora Pétion se levantó y les sirvió bebida.»

Es modelo acabado ese buen menestral investido con la más elevada magistratura de la ciudad y diciendo suavemente con la servilleta debajo la barba: «¡Es necesario que esto acabe!» mientras que las víctimas vacan, mientras que los trabajadores de Maillard, con sangre hasta las rodillas, ponen para alumbrarse velas encendidas en los ojos sacados de los muertos.....

Un poeta de nobles inspiraciones, un privilegiado entre los reyes de la inteligencia, un hombre colmado por Dios con todos los dones, consagró su talento á celebrar esos Girondinos que no hicieron lo que Varlin, el obrero encuadernador, calle de Haxo, que nada intentaron para detener las matanzas y que se sentaban tranquilamente á la mesa mientras se degollaba. Dada la manera como los representantes de las clases elevadas han depravado el alma popular con sus escritos, ¿no os parece ser necesario que el Pueblo tenga la honradez y la bondad enclavijadas en el cuerpo para no causar más daño del que hace cuando es el dueño?

de la generacion proletaria formada bajo el Imperio. Los que vendrán serán muy distintamente odiosos, malvados y vengativos que los hombres de 1871. En lo sucesivo, un sentimiento nuevo se posesiona del proletariado francés: el odio.

Mas diferencia hay entre el pueblo anterior á 1871 y el actual que no la habia antiguamente entre hombres que vivian á dos siglos de intervalo. Los mismos rostros se han modificado. Apenas si el hombre del pueblo puede dominar ante el menestral la aversion que hácia él siente. Las mujeres, las jóvenes, antes ajenas á estas cuestiones y que más bien se esforzaban por calmar, razonar, humanizar, son ahora más apasionadas que los hombres.

Si los conservadores supieran exteriorizarse un poco, ponerse, por breves instantes, en la situacion de los demás, ¿cuán lógico encontrarían todo esto!

Parece muy natural ser ametrallado sin compasion por un extranjero, por un enemigo. Háse citado á menudo la arenga que un general austriaco, el conde de Selikowitz, dirigia á sus administrados al tomar posesion del mando de Mantua. El podestá le habia dirigido un largo discurso: el general que no poseía apenas una palabra de italiano, se contentó con responder con mimica significativa:

Mantovani boni, Selikowitz bono.

Mantovani tardivi, Selikowitz,— pif! paf!

Este es el lenguaje de los Sthalhalter de Alsacia-Lorena, y, sino fuéramos vendidos por los judíos y los Franc-Masones, impediría tanto que Alemania perdiera la Alsacia Lorena como el lenguaje de Selikowitz, no evitó que Austria perdiera Mantua y el Veneciado. Pero, á lo menos, la situacion es clara y no hay aquí ninguna sorpresa. Lo que

Haced como yo, seguid uno á uno á todos los acontecimientos desde 1789, sin experimentar ideas preconcebidas y con voluntad de reflexion personal, y vuestro punto de vista se modificará mucho.

«Saludad á esos mil millones, decia el baron Luis en las Cámaras que vociferaban cuando el presupuesto llegó á esta cifra, ya no volveréis á verlos». Saludad á los jefes obreros de la Commune, puede decir á los conservadores, en otro sentido, el historiador que siempre es algo profeta, ¡ya no volveréis á verlos más!

Esto es tambien un periodo, un estadio en la evolucion del proletariado. Lo que desapareció en medio de los resplandores del incendio, en las hecatombes de la Semana sangrienta, fué el fin de la generacion de 1848 y lo me-

evitarlas. Véase sobre el particular en la *Revista de la Revolucion* del 5 de setiembre de 1887 algunas líneas de los *Papeles inéditos* de Chaulieu relativas al papel de Pétion: «Hé aquí un hecho que sé por un testigo ocular: Duhem, nuestro colega que comia el 3 de setiembre en casa de Pétion. Al anochecer de aquel día, una partida chorreando todavía sangre, entró en el comedor de Pétion y el jefe de la misma le dijo: Ciudadano alcalde, venimos á tomar tus órdenes.— Amigos míos, les dijo Pétion, ¿acabará muy pronto esto? Es hora de que acabe. La señora Pétion se levantó y les sirvió bebida.»

Es modelo acabado ese buen menestral investido con la más elevada magistratura de la ciudad y diciendo suavemente con la servilleta debajo la barba: «¡Es necesario que esto acabe!» mientras que las víctimas vacan, mientras que los trabajadores de Maillard, con sangre hasta las rodillas, ponen para alumbrarse velas encendidas en los ojos sacados de los muertos.....

Un poeta de nobles inspiraciones, un privilegiado entre los reyes de la inteligencia, un hombre colmado por Dios con todos los dones, consagró su talento á celebrar esos Girondinos que no hicieron lo que Varlin, el obrero encuadernador, calle de Haxo, que nada intentaron para detener las matanzas y que se sentaban tranquilamente á la mesa mientras se degollaba. Dada la manera como los representantes de las clases elevadas han depravado el alma popular con sus escritos, ¿no os parece ser necesario que el Pueblo tenga la honradez y la bondad enclavijadas en el cuerpo para no causar más daño del que hace cuando es el dueño?

de la generacion proletaria formada bajo el Imperio. Los que vendrán serán muy distintamente odiosos, malvados y vengativos que los hombres de 1871. En lo sucesivo, un sentimiento nuevo se posesiona del proletariado francés: el odio.

Mas diferencia hay entre el pueblo anterior á 1871 y el actual que no la habia antiguamente entre hombres que vivian á dos siglos de intervalo. Los mismos rostros se han modificado. Apenas si el hombre del pueblo puede dominar ante el menestral la aversion que hácia él siente. Las mujeres, las jóvenes, antes ajenas á estas cuestiones y que más bien se esforzaban por calmar, razonar, humanizar, son ahora más apasionadas que los hombres.

Si los conservadores supieran exteriorizarse un poco, ponerse, por breves instantes, en la situacion de los demás, ¿cuán lógico encontrarían todo esto!

Parece muy natural ser ametrallado sin compasion por un extranjero, por un enemigo. Háse citado á menudo la arenga que un general austriaco, el conde de Selikowitz, dirigia á sus administrados al tomar posesion del mando de Mantua. El podestá le habia dirigido un largo discurso: el general que no poseía apenas una palabra de italiano, se contentó con responder con mimica significativa:

Mantovani boni, Selikowitz bono.

Mantovani tardivi, Selikowitz,— pif! paf!

Este es el lenguaje de los Sthalhalter de Alsacia-Lorena, y, sino fuéramos vendidos por los judíos y los Franc-Masones, impediría tanto que Alemania perdiera la Alsacia Lorena como el lenguaje de Selikowitz, no evitó que Austria perdiera Mantua y el Veneciano. Pero, á lo menos, la situacion es clara y no hay aquí ninguna sorpresa. Lo que

hizo, al contrario innoble la represión de la *Commune*, es que fué debida á los cortesanos, á los corruptores de los mismos cuya sangre se derramaba á torrentes; á que los más crueles degolladores del pueblo fueron los que más bajamente le adulaban poco antes: los Julio Favre, los Julio Simon, los Picard.

Ya he dicho que este será el crimen eterno de los conservadores, pero no debe temerse insistir acerca de este punto, haberse asociado á esa represión infame. Representantes del suelo, de la tradición, de la antigua Francia, todos los rurales parecían llevados á Versalles, por la misma mano de la Providencia para ajusticiar allí á todos los declamadores y á todos los abogados que acababan de llevar la Francia al borde del abismo. Debían estar en París, en medio de la lucha, detener las ejecuciones, arengar á los prisioneros, decirles: «Ya veis lo que son todos estos sofistas; estos decanos de la orden de los abogados, estos miembros del Instituto, se sirven de vosotros como de un juguete, y cuando les habeis puesto en el poder os fusilan; nosotros vamos á ejecutarlos á ellos mismos y devolveros la libertad, con la condicion de que no volvais á las andadas.»

El pueblo habria comprendido perfectamente ese lenguaje.

En lugar de esto, encarnizáronse los conservadores en los pobres diablos y se dieron á dirigir mimos á hombres como Gambetta.

La Asamblea, mientras vivió, llevó el peso de esta debilidad, de esta falta de toda idea de la realidad que la habia constituido en aprobadora y cómplice de las venganzas de los hombres del 4 de Setiembre, locos de miedo ante la idea de encontrarse otra vez en presencia de sus electores. Nada le salió bien al partido conservador,

y puede afirmarse que nada le saldrá bien mientras no haya roto con las ideas, con los estados de ánimo de la mayoría de la Asamblea de Versalles. Implacable con los pequeños, cobarde ante los fuertes, los políticos influyentes, los verdaderos responsables, traicionó esta Asamblea el mandato que Francia le habia dado.

Un solo escritor conservador, Saint-Genest, ha tenido el valor de hacer últimamente su *mea culpa*; por un día se ha desembarazado, del *Prohombre* obstinado que tiene y que consume el talento que podría tener como devora la ténia el cuerpo donde ha elegido domicilio; ha hecho ver cuan monstruosa necedad fué aquella represión, puesto que los mismos hombres que, con ligereza de corazón, habian sacrificado 30.000 seres humanos que eran padres, maridos, hijos, debian ceder el poder, sin sombra de resistencia, á los que representaban la *Commune* legal. Habian consentido en todo mientras no se trataba sino de aprobar que se matara á los demás; cuando se trata de ejercer esta facultad que constituye por sí sola la individualidad viril; la voluntad, cuando se trata de atreverse á algo, con todos los medios en la mano, no se halló nadie ya, y se fueron como *ventosidades*... (1)

Débase comparar el Mac-Mahon de mayo, entrando, como Sila, en la ciudad cubierta de cadáveres y anunciando al mundo que la insurreccion estaba vencida, con el Mac-Mahon de diciembre de 1877, tal como nos lo representa el extracto del último consejo del ministerio de resistencia, cuyo extracto he copiado extensamente segun referencia de uno que lo presencié.

—Caballero Mariscal, precisa ir á la derecha.

(1) No es esta la traduccion exacta de la palabra empleada por el autor; pero el buen sentido del lector la aplicará. (N. del T.).

—Yo no quiero ir á la derecha.

Y el Mariscal llora como un becerro, segun la misma expresion del narrador. ¡Hi! ¡hi! ¡hi!

—Pues bien, caballero Mariscal, entonces precisa ir á la izquierda.

—¡Yo no quiero ir á la izquierda! ¡Hi! ¡hi! ¡hi!

Antes de salir del Eliseo, los ministros, segun el deseo que les habia expresado el mariscal de Mac-Mahon, pasaron á casa de la mariscala donde encontraron á d'Harcourt, el hombre tan distinguido, sentado sobre una mesa y sacudiendo sus piernas cadenciosamente.....

La Historia se detendrá mucho tiempo en esta represion de la Commune, porque suministra una indicacion muy exacta acerca de la debilidad mental de los jefes del partido conservador y asimismo acerca de su falta de todo sentido moral; no tienen ni conciencia, ni razon de Estado, ni energia, ni justicia, ni piedad; huyen como cobardes ó matan como brutos sin saber por qué huyen, ni por qué degüellan; dejan renovar en los transportes de prisioneros, que se diezman en el camino para aligerar el convoy y activar la marcha, las escenas de costumbres bárbaras, las desfiladas de Cimbros y Teutones cautivos cuyo recuerdo han evocado Teófilo Gautier y Pablo de Saint-Victor en páginas inolvidables, pintando Versalles durante la Commune.—Después acaban delante de un Gambetta que hace ¡boum! ¡boum! con sus 363; derraman á torrentes la sangre de pobres petates inocentes y sonrien cuando, algunos años después, ven en la tribuna á Félix Pyat, que les insulta y hace burla de ellos.....

LIBRO QUINTO.

El Socialismo actual.—Los Partidos.

La situacion es revolucionaria pero los hombres no lo son.—Una palabra del cardenal Guibert.—La dulzura de vivir.—Unicamente se atiene á lo verbal.—El caballo prefecto de policia.—La division de los partidos revolucionarios.—Los jefes de escuela.—La lucha entre Guesde y Broussé.—El Rodin del partido socialista.—El socialismo presupestívoro.—Julio Guesde y los guesdistas.—Chirac acusador público ante un Tribunal de Justicia.—El Colectivismo.—La socializacion de los instrumentos de trabajo.—Carácter particular de los doctrinarios que solo deducen una conclusion absoluta de lo que existe ya de hecho.—¿Quiénes son los verdaderos destructores de la familia?—Ephrussi y el conde de Paris.—Lo que dice el pan cuando se lo corta.—Un emperador que se rompe sus pantalones por ir mas deprisa á la Sinagoga.—El Anarquismo.—Un anarquista restablece el orden en las audiencias de tribunales.—Los anti-propietarios.—Emilio Gautier.—Papel de la policia y de los Judfos en las reuniones públicas.—La Anarquía general.

Después de haber seguido, al través de tantos regímenes diferentes, el génesis de las ideas socialistas en Francia, fáltanos estudiar cuál es la organizacion de los partidos socialistas en estos momentos, cuáles son las grandes clasificaciones, las escuelas principales y los jefes influyentes.

Raras veces hubo estudio de mayor actualidad. Ya no se trata de democracia, como decia Royer Collard, se trata del socialismo que corre desbordado. El país está en todas partes revolucionado y en otros tiempos parecería evidente que solo nos separan algunos meses de la catástrofe final.

Conviene, no obstante, para continuar fieles en nuestro

—Yo no quiero ir á la derecha.

Y el Mariscal llora como un becerro, segun la misma expresion del narrador. ¡Hi! ¡hi! ¡hi!

—Pues bien, caballero Mariscal, entonces precisa ir á la izquierda.

—¡Yo no quiero ir á la izquierda! ¡Hi! ¡hi! ¡hi!

Antes de salir del Eliseo, los ministros, segun el deseo que les habia expresado el mariscal de Mac-Mahon, pasaron á casa de la mariscala donde encontraron á d'Harcourt, el hombre tan distinguido, sentado sobre una mesa y sacudiendo sus piernas cadenciosamente.....

La Historia se detendrá mucho tiempo en esta represion de la Commune, porque suministra una indicacion muy exacta acerca de la debilidad mental de los jefes del partido conservador y asimismo acerca de su falta de todo sentido moral; no tienen ni conciencia, ni razon de Estado, ni energia, ni justicia, ni piedad; huyen como cobardes ó matan como brutos sin saber por qué huyen, ni por qué degüellan; dejan renovar en los transportes de prisioneros, que se diezman en el camino para aligerar el convoy y activar la marcha, las escenas de costumbres bárbaras, las desfiladas de Cimbro y Teutones cautivos cuyo recuerdo han evocado Teófilo Gautier y Pablo de Saint-Victor en páginas inolvidables, pintando Versalles durante la Commune.—Después acaban delante de un Gambetta que hace ¡boum! ¡boum! con sus 363; derraman á torrentes la sangre de pobres petates inocentes y sonrien cuando, algunos años después, ven en la tribuna á Félix Pyat, que les insulta y hace burla de ellos.....

LIBRO QUINTO.

El Socialismo actual.—Los Partidos.

La situacion es revolucionaria pero los hombres no lo son.—Una palabra del cardenal Guibert.—La dulzura de vivir.—Unicamente se atiene á lo verbal.—El caballo prefecto de policia.—La division de los partidos revolucionarios.—Los jefes de escuela.—La lucha entre Guesde y Brousse.—El Rodin del partido socialista.—El socialismo presupestívoro.—Julio Guesde y los guesdistas.—Chirac acusador público ante un Tribunal de Justicia.—El Colectivismo.—La socializacion de los instrumentos de trabajo.—Carácter particular de los doctrinarios que solo deducen una conclusion absoluta de lo que existe ya de hecho.—¿Quiénes son los verdaderos destructores de la familia?—Ephrussi y el conde de Paris.—Lo que dice el pan cuando se lo corta.—Un emperador que se rompe sus pantalones por ir mas deprisa á la Sinagoga.—El Anarquismo.—Un anarquista restablece el orden en las audiencias de tribunales.—Los anti-propietarios.—Emilio Gautier.—Papel de la policia y de los Judfos en las reuniones públicas.—La Anarquía general.

Después de haber seguido, al través de tantos regímenes diferentes, el génesis de las ideas socialistas en Francia, fáltanos estudiar cuál es la organizacion de los partidos socialistas en estos momentos, cuáles son las grandes clasificaciones, las escuelas principales y los jefes influyentes.

Raras veces hubo estudio de mayor actualidad. Ya no se trata de democracia, como decia Royer Collard, se trata del socialismo que corre desbordado. El país está en todas partes revolucionado y en otros tiempos parecería evidente que solo nos separan algunos meses de la catástrofe final.

Conviene, no obstante, para continuar fieles en nuestro

método de rigoroso análisis, reconocer que si la situación es absolutamente revolucionaria, los hombres son infinitamente menos revolucionarios que la misma situación.

Cuando el meeting de la esplanada de los Inválidos, un eclesiástico, honrado con la amistad del cardenal Guibert, de venerable memoria, temió que el arzobispo estuviese azorado por todo aquel ruido que se metía tan cerca de él, y fué á verle para hacerle compañía. Encontró al anciano muy tranquilo y á punto de dar tranquilamente de comer á los pájaros de su jardín; y como le hablara de lo que pasaba en París, respondióle Mgr. Guibert, con el acento particular hijo de cierta finura campesina en todas las palabras del santo sacerdote. «No tengáis cuidado, amigo mío, sabed que en nuestra época en que se charla mucho, nadie quiere exponer su pellejo.»

En el fondo, este fin de mundo tiene el encanto de todo lo que acaba. Es por demás que la existencia sea dura, inquieta, entristecida por vergüenzas que afligen el corazón del patriota, cada uno saborea la alegría de vivir como se saborea el último sorbo de licor que ha quedado en el fondo del vaso, el último rayo de sol de otoño, la postrera canción del ave en el bosque ya deshojado...

En cierto modo es una impresión física. El enfermo, agitado ya por los estremecimientos precursores de la muerte, goza más voluptuosamente que un sano de un bienestar pasajero, de una hora de mediana salud y de alivio en el padecimiento. Un hombre en el lleno completo de todas las fuerzas de la juventud, muchas veces millonario, para quien el Destino sólo tiene sonrisas, tendrá mucho menos apego á la vida que un viejo pobre desdentado, cacocúmulo, abrumado por enfermedades y reducido á pedir á la caridad pública los medios de prolongar sus días miserables.

¡Cuántos Mecenas andrajosos que entonan el mismo himno á la vida que el favorito de Augusto cuando se le paseaba impotente y paralítico al través de las magnificencias de los jardines de Salustio: «¡Todo! ¡con tal que yo viva!»

Si el partido revolucionario contara todavía con un pequeño ejército como el que hizo las insurrecciones de abril de 1834, las jornadas de febrero, las jornadas de junio, sería dueño de París desde mucho tiempo. Si los Católicos tuvieran hombres del temple de los Cadoudal, los Saint-Rejan, los Limoelan, los Coster de Saint-Victor, luego estaría derribado este gobierno desarreglado.

Suponed que hubiese quedado impune cuando aún existían en Francia seres de temperamento violento y osado, un monstruoso atentado contra una mujer, culpable sólo de querer oír misa antes de ir á su trabajo. Habría tenido seguridad de su cometido el miserable sub-prefecto Balland, que contaba alegremente, en todos los malos sitios del país, la agonía de la pobre Henriqueta Bonnevie, que debiera llamarse Henriqueta Bonne Mort, porque ahora ha de estar en el cielo. Tres ó cuatro jóvenes, hábiles cazadores, buenos tiradores, aptos para ocultarse entre malezas, se habrían dado la consigna de uno á otro extremo de Francia; habrían cogido al asesino en el camino, habríanle arrastrado á un bosque, juzgado sumariamente y ejecutado. El Goblet espantado habría hecho enterrar el carño sin ruido, y todos los Balland de Francia, debidamente avisados, se habrían muy bien guardado en lo sucesivo de asesinar á humildes mujeres que desearan tener misa antes de comenzar su jornal.

No digo que esos hombres hubiesen obrado bien; digo sencillamente lo que habrían hecho. Es una observación psicológica, y así lo comprendéis ¿no es verdad? Yo soy un simple psicólogo, como Bourget.

Es evidente que los caracteres se han afeminado. Son muy diferentes los realistas actuales de los conspiradores como el duque de Rivière, el duque de Polignac, que, entrados en Francia en mitad de la noche, en deshecha tempestad, por la costa de Blainville, atravesaban, condenados á muerte como emigrados, un país vigilado por los gendarmes é intentaban derribar un hombre como Bonaparte, rodeado de un ejército adicto. Son muy diferentes los hombres del 16 de mayo de los tahures intrépidos y fríos del 2 de diciembre.

«¡De prisa!» gritaba María-Antonietta al verdugo. «Un minuto más, señor verdugo!» suplicaba la Dubarry. La sociedad actual, sociedad de mercenarios, de jockeys, y de farsantes vulgares, no muere con la dignidad de la reina. Reclama una prórroga de unos cuantos segundos con el acento desesperado de la niña...

Se ha recordado á menudo lo dicho por Pablo de Cassagnac al duque de Broglie, en el momento de la expulsión de los Dominicos de la calle del barrio Saint-Honoré. Ambos habían llegado un poco tarde, y, para hacerles entrar en el convento, hubo necesidad de arrimar una escala. Pablo de Cassagnac ayudaba al duque de Broglie á subir: «¡Ah! señor duque, dijo el escritor al antiguo ministro, si hubiereis tenido alguna más energía el 16 de mayo, no estaríamos en esta escala.»

Si el duque de Broglie hubiese sido sincero, hubiera podido contestar á M. Pablo de Cassagnac: «Por cierto que prefiero aun encontrarme en esta escala al riesgo de haber sido ahorcado.»

Al bajar de la escalera, el académico que acababa de cumplir su deber protestando, estaba seguro de volver á encontrar su palacio, sus amigos, su gabinete de trabajo, obtener merecido éxito en la Academia leyendo algun pa-

saje del *Secreto del Rey*—é *in petto* dábase el parabien de haberse detenido á tiempo.

Mac-Mahon ratiocinó del mismo modo. En vano ha creído ensalzarle Saint-Genest llamándole todos los días: «El Bayardo de los tiempos modernos.» Ya me carga ese tal con su Bayardo, dijo el Mariscal para sí; ignoro lo que hubiere hecho Bayardo en mi lugar, yo vuelvo tranquilamente á mi casa y compro bosques para ir á cazar en ellos con toda comodidad.

Lo mismo sucede con los revolucionarios. Los más pobres tienen sus placeres: las reuniones, los aniversarios, las conversaciones en la templada atmósfera de la taberna, el vaso de absinthe saboreado entre compañeros, la excelente pipa fumada reorganizando la sociedad. Dado el estado á que ha caído la autoridad, van tan allá como quieren y no se cuidan de ir á vias de hecho, de arriesgar la cárcel.

Demostración elocuente de ese estado de ánimo es lo que pasó cuando el asunto Wilson.

Todo rodaba por los suelos: Presidencia, Ministerio, Asamblea, Magistratura, Prefectura de Policía. En otros tiempos, pandillas irresistiblemente empujadas se habrían precipitado amenazadoras y vociferando á los enverjados del Eliseo. Todos los partidos hubieran intentado un movimiento, organizado un alboroto diciéndose que todo, en aquellos momentos de desorden, está al capricho de la casualidad, y que Lagrange, disparando un pistoletazo en el momento oportuno, consiguió transformar, un motin terminado ya en una revolución que nada pudo detener.

Nadie se movió. Charette se fué á la *Poule au pot*, el pequeño cenáculo orleanista, establecido en el primer piso de la casa Durand. Los jefes revolucionarios fuéronse á perorar en algunas reuniones, pero nadie se cuidó de empear la partida. Cada uno se dijo: «Deseo quedar libre para leer

mañana los periódicos que seguramente serán muy interesantes.»

En efecto, el periodismo que siembra tantos odios en los corazones, sirve sin embargo de válvula á las pasiones. Como ciertos venenos, desagrega el organismo, pero hace durar el enfermo.

En las razas en decadencia el *Verbal* y el *Scripturaire* hacen las veces de la acción. El periodismo alivia la conciencia de los electores indignamente engañados por sus diputados, endulza la ira que brama en el fondo de todas las almas.

El instinto de justicia se declara satisfecho cuando se ve al viejo malhechor Grevy, que ha presenciado impasible, sin probar siquiera hacer un esfuerzo para detener el mal, todos los atentados de esta época, forzado á abandonar vergonzosamente el Eliseo, entre las rechillas de toda una nación, como un agente de negocios macado cogido con el cuerpo del delito.

Después de haber leído en un periódico que Ferry es el último de los miserables, el más innoble de los pícaros, que debería escupirsele á la cara, abrumarle á puntapiés al trasero, tiénese menos deseo de hacerlo realmente, y uno se contenta con esa ejecución en effigie. Todos los partidos experimentan el mismo sentimiento. Un católico, indignado por algún acto infame de un prefecto republicano, se calma cuando ha leído en su periódico, con los comprobantes necesarios, lo que era ese prefecto: el hijo de un presidario, un estafador, un rufian. Este comienzo de reparación tranquiliza, y la ira cede el puesto al disgusto.

Totalmente indiferentes á cuanto atañe á la honra los hombres que nos gobiernan, no temen de ningún modo legar á sus hijos un nombre que, comunmente, estaba ya tachado, cuando lo recibieron de sus padres; ven sin disgus-

to esta satisfacción dada á la honradez pública, puesto que nada hay en ello que les prive de cobrar sus sueldos.

La Sociedad se sostiene pues todavía como los escombros arruinados que un puñetazo echaría por los suelos, pero que á nadie se le ocurre darles el golpe de gracia.

¿Quién mantiene el orden? Nadie. El prefecto de policía, llámese Camecasse, Gragnon ó Lozé, se asegura, á la mañana de cada asonada anunciada de que esté muy libre la escalera secreta por donde piensa escaparse; los inspectores de policía tienen todos su disfraz preparado; el guardia municipal solo pide ir á beber el cuartillo con el pueblo victorioso; solo, el caballo del guardia civil protege todavía nuestras instituciones..... El pobre animal cuando se ve en medio de las turbas, se encabrita todavía, y los amotinados huyen espantados. Este caballo prefecto de policía es el sucesor directo del Incitatus que fué cónsul en Roma, y la historia de este caballo cónsul, que tan mal nos explican en el colegio, debe responder á una situación análoga á la nuestra, á una palabra de Emperador llena de soberbio desprecio por los Romanos degenerados.....

Las divisiones que reinan entre los revolucionarios contribuyen á aplazar el cambio definitivo que no se producirá, en mi concepto, sino á consecuencia de una guerra ó de un suceso imprevisto.

No entra en mi plan referir extensamente las querellas de los partidos socialistas y entrar en el pormenor de los grupos que en ellos se han formado sucesivamente. Los interesados en esta cuestión tienen, desde ahora, un guía excelente: la *Francia socialista* de Mermeix, notable por su claridad de exposición y que, según dicen los socialistas, es perfectamente exacto en la relación de los hechos.

Pocas palabras bastarán para el resumen de la historia de esas guerras intestinas.

Mientras que los proscritos de la Commune sufrían en el extranjero la influencia de Karl Marx, los obreros residentes en París intentaban, bajo el nombre de *Círculo de la unión sindical obrera*, una agrupación donde dominaban las ideas más prudentes y más moderadas.

Hasta 1876 en que Julio Guesde entró en el diario los *Derechos del hombre*, no comenzó en los centros obreros la propaganda á favor de las teorías marxistas. En un principio le costó trabajo hacer aceptar el sistema colectivista.

En el congreso de Lyon, en 1878, se hizo la primera proposición colectivista en una asamblea francesa. Presentáronla dos guesdistas: Dupèrè y Ballivet, y estaba formulada así:

Considerando:

Que la emancipación de los trabajadores no será un hecho consumado hasta que estos disfruten del producto integral de su trabajo;

Que para conseguir esto es necesario que los trabajadores sean los detentores de los elementos útiles á la producción: primeras materias é instrumentos de trabajo.

Consignientemente,

El congreso invita á todas las asociaciones obreras á estudiar los medios prácticos para aplicar el principio de la propiedad colectiva del suelo y de los instrumentos de trabajo.

Esta proposición fué desechada. En esta fecha el proletariado francés se declaraba pues claramente partidario de la propiedad individual.

En el congreso de Lyon se había decidido que, durante la Exposición, se reuniría un congreso internacional en París en el mes de agosto. La policía prohibió este congreso. La comisión de organización quería someterse, pero Guesde y sus amigos decidieron abrir el congreso de todos modos.

Fueron detenidos al presentarse en casa de M. Finance, calle de Entrepreneurs, en Grenelle, donde debía verificarse la reunión. Comparecieron 38 acusados delante del 10.º Tribunal y Guesde presentó la defensa colectiva.

Esta defensa, muy hábil, fué impresa profusamente, por centenares de miles de ejemplares, y puso en definitiva á Julio Guesde y á sus amigos en evidencia.

El congreso de Marsella, celebrado en octubre de 1879, fué un triunfo para Guesde; votóse en él la redacción de un programa colectivista.

Julio Guesde pasó á Londres y redactó el programa con Karl Marx y otros tres colectivistas: Engels, Lafargue y Lombart.

El año 1880 vió el apogeo del poder de Guesde en el partido socialista.

Entonces apareció Brousse.

Antiguo amigo de Guesde, pero envidioso de su influencia y descontento por no haber sido consultado para la elaboración del programa, organizó Brousse una conspiración subterránea contra el representante del Colectivismo á quien acusaba de aspirar á la dictadura.

Comenzaron las hostilidades en el congreso de Reims, en octubre de 1881, pero la escisión quedó en estado latente hasta la elección de Joffrin en Montmartre el 18 diciembre de 1881. A este se le acusaba de haberse separado de los términos rigurosos del programa.

Á consecuencia de una polémica entre la *Egalité*, periódico de Guesde, y el *Proletaire*, periódico de Brousse, Guesde echó en cara á sus adversarios el epíteto de *posibilistas*. El *Proletaire* citó á Guesde ante la Unión federativa del centro que estaba en manos de Brousse, y, en el congreso de Saint-Etienne, en setiembre de 1882, fueron condenados Guesde y sus partidarios.

Los Guesdistas se retiraron entonces del congreso y fueron á celebrar un congreso rival en Roanne.

A contar de esta época el partido socialista quedó irremediabilmente dividido.

Hubo en él:

Los Posibilistas con Brousse.

Los Colectivistas con Julio Guesde.

Los hombres de vanguardia, fatigados con todas estas luchas, formaron un tercer partido y se llamaron Anarquistas.

Los Blanquistas, á quienes las discusiones de escuela han dejado siempre indiferentes, continuaron formando seccion aparte.

¿Cuál es, á punto fijo, la doctrina de Brousse y del partido obrero? Dícese que el partido es más avanzado que sus jefes y el programa es más avanzado todavía que el mismo partido.

Lo cierto es que Brousse pasa en concepto de todos por el malo de los malos. «Es el Rodin del partido socialista,» murmuran, y comprendéis la habilidad que supone esta palabra Rodin en personas que creen todavía en las novelas de Eugenio Sue.

Á decir verdad, Brousse, que es sobrino, creo, de Mgr. Ginouilhac, parece haber dado prueba de la destreza digna de los prelados diplomáticos de antiguos tiempos.

Oriundo Brousse de Montpellier, fué algun tiempo redactor de los *Derechos del hombre* cuando Guesde era su director. Salió de Francia á consecuencia de una condena á tres meses de cárcel por delito de imprenta, alióse con Bakounine, blasonó de opiniones anarquistas, luego, después de un altercado pasajero, se reconcilió con Julio Guesde, y se introdujo en el partido colectivista para disolverlo. Sobresale también, según opinión de los mismos que le apoyan, en ingresar en un grupo totalmente formado, escoger en él

los elementos que él pueda utilizar y disciplinar y en separar los jefes de sus soldados.

Brousse tiene gran ventaja sobre los demás revolucionarios; posee sesenta mil libras de renta, y, por medio de recibos firmados por cantidades mínimas, logra tener servidores y vasallos socialistas relativamente influyentes pero siempre escasos de dinero.

Sin tener tantos expedientes como Wilson, quien tiene 22,000, Brousse tiene muchos papelitos y se sirve de ellos. Esta colección de documentos cuidadosamente puestos de manifiesto le permiten amenazar con una ejecución pública á cuantos quisieran sustraerse de su despotismo. Según antiguos socialistas, ese despotismo ha sido nefasto y el reinado de Brousse ha introducido la delación, la mentira, la violencia y los odios en el partido obrero.

En el fondo, aunque molestado Brousse por la etiqueta socialista que él se había dado, aspiraba á reemplazar á Clemenceau como éste aspiraba á reemplazar á Gambetta, á fundar una nueva extrema-izquierda, una nueva fábrica de candidaturas. Posibilistas, Clemencistas, Oportunistas, olivo y aceituno es todo uno, y debe decirse que, para un hombre hábil, nada hay práctico fuera del sistema seguido por Gambetta y Clemenceau, tocar el tambor en torno de un programa vago, halagar algo á la opinión, formarse una clientela adicta entre los hombres que tienen alguna autoridad y satisfacerles luego con el presupuesto.

Esto podría llamarse el socialismo presupuestívoro.

¡Qué excelente presa! Esos miles de millones del presupuesto, esos miles de millones que el pobre país extenuado, muriendo de hambre entrega sin protestar y con la docilidad servil particular de Francia, es estar á pan y á cuchillo. Solo falta cortar pan, hacer rabanadas más ó menos anchas, según el apetito y la importancia del convidado, pero siempre se acaba por un arreglo.

Cierto que no pueden comer todos á la vez, pero se toma recibo á cuenta. La entrada en el Ayuntamiento es el aparador á pié firme que antecede al comedor, es el lunch anterior á la comida.

Por mezquino que parezca un presupuesto de 300 millones no es para desdeñado. 300 millones para una ciudad que no se conserva ya, donde las calles hieden, donde se suspende á cada instante la distribucion del agua, donde se asesina á cada esquina de calle; personas poco escrupulosas y que obren de comun acuerdo, han de poder hincar la uña allá dentro. El mecanismo rentista es sencillo: se aumentan los gastos y se escatima para los pobres. El presupuesto de la Asistencia pública era en 1878 de 13.593,000 francos, ahora es de 21.830,000 francos; en desquite, se han vendido rentas, se ha suprimido una jornada de enfermos, se ha privado á los enfermos el uso de la leche.

Los concejales, sus electores, sus queridas, las queridas de sus amigos y de sus electores, todo un pueblo de republicanos parásitos viven del presupuesto.

La ley, por ejemplo, estipula formalmente que los cargos municipales sean gratuitos; los concejales de París no han dejado por esto de abonarse 3,750 francos anuales de sueldo (1) (300,000 francos repartibles entre 80). Añadid á es-

(1) Los concejales conservadores, que están casi todos en brillante situación de fortuna, cobran como los compañeros, pero cobran con gesto púdico y amedrentado; de buena gana contestarían lo que Baour-Lormian en una circunstancia casi análoga.

El poeta había recibido de Napoleón una pensión de 12,000 francos, y, cuando vino la Restauración, fué el primero en desahogarse en invectivas contra el usurpador y el ogro de Córcega.

—Yo creía que cobrabais una pensión del tirano, le dijo un cofrade.

—¡Oh! ¡miserable! ¡muy cierto es!...

—Habrais podido no cobrarla.

—No conocéis á Bonaparte. Cada tres meses hacía llamar al ministro de Hacienda: «Ha cobrado Baour-Lormian su pensión?—Sí, señor.—¡Ah!

tos, hasta para los que no tienen grandes ocupaciones que digamos como Lefèvre-Roncier ó Marsoulan, 3, ó 4,000 francos que les dan sus directores. Pero esto no es precisamente la propina, sino el medio cuartillo, el traguito...—¿Votarás este proyecto, verdad?—Es que...—¡Bah!... Hacedlo por mí... Ya sabéis que yo soy un amigo, cuando necesitais 25 luises.—Callad, precisamente hoy...—¡Qué casualidad! ¡tomad! cabalmente tengo esta cantidad en el bolsillo... Satisfecho de serviros.

Cierto que esto no vale los golpes maestros de los Leon Say, Leon Renault, Granet, Wilson, Raynal Bône y Guelma, los Convenios, pero ayuda á vivir y los politiquillos subalternos se contentan con esto... mientras tanto esperan.

En efecto, se comprende que no hay más que esperar. El poder se parece á las casas de celosías cerradas de las ciudades de guarnición los días de fiesta militar; todos los cuerpos de ejército acuden á su puesto y se oyen las voces envinadas de los que se impacientan abajo.—¡Hé, allá arriba! ¿Acabasteis? ¿Llega pronto mi turno? ahulla Clemenceau á Gambetta.—Y apenas está Clemenceau en la escalera ya le grita Brousse que se apresure...

Así se comprende la desesperación de toda esta gente cuando Boulanger apareció. Quedaba interrumpida la serie, cortada la fila, suprimido el turno de avance...

muy bien.—Sino hubiese cobrado, me habría hecho fusilar como al duque de Enghien.»

Los concejales conservadores habrían perfectamente podido publicar un aviso colectivo y decir: «Si se admite el principio de la retribución de los cargos municipales concédase un sueldo á los concejales de los 37,000 ayuntamientos de Francia. Hasta entonces conste que nosotros no cobramos y que los republicanos cobran.» El mismo público en este caso hubiera quedado sorprendido de ese desinterés.

¡Cosa extraña! Leven es el único que jamás ha querido cobrar. Parece que por otro lado recobraba lo que rebusaba por otro; pero, al fin, respetaba el principio.

Todos los que el día antes se zaherían, abrazáronse en odio al intruso. Clemenceau protestó que era indigno y que no había él tenido bastante. Joffrin declaró que él no había tenido nada absolutamente, y, entusiasmados, fundaron la Sociedad de los Derechos del Hombre.

Con esto pudo el pueblo divertirse un rato. En vano Joffrin trató á sus electores de «nulidades», no por esto fué menos silbado en París mientras Dumay lo era en Lyon (1).

Julio Guesde y el reducido grupo de hombres de valor que le ha permanecido fiel aspiran á muy distinto interés que Brousse y sus políticos.

Muy digna de observacion es la individualidad del jefe del Colectivismo francés, y puede sacarse mucho provecho del estudio de este hombre, de sus luchas y de sus teorías.

No es un intrigantuelo político, sino un hombre convencido, apasionado.

(1) Brousse, como todos aquellos cuya habilidad se envanece de antemano parece en esta circunstancia haber sido medianamente hábil y que no pudo realizar el juego de manos que contaba hacer aceptar al *populo*. Ciertó que *populo* ha sido engañado tantas veces, tan á menudo, que comienza á ser algo desconfiado.

En una reunion, calle Pouchet, donde se habia presentado para dar cuenta de su mandato, el concejal del barrio de Epinettes vióse apuradísimo y abrumado por los gritos de: «¡Vete á la calle Cadet! ¡Abajo los traidores!»

Hé aquí, además, según el *Intransigente* del 10 de agosto, la protesta que redactaron los electores indignados al salir de aquella reunion.

«El llamado Brousse se ha aprovechado solapadamente de las exequias del ciudadano Eudes para dar cuenta de su mandato.

«No obstante el pico de doscientos palmoteadores próximamente, la jornada no ha sido afortunada para el posibilismo; comenzada la sesion á las ocho y media, se levantó á las nueve y cuarto, la reunion más agitada á cada instante, se negó á escuchar á M. Brousse.

«Los electores protestan contra las agresiones de que se han visto víctimas. El ciudadano Anquetil ha sido herido gravemente en la cabeza y en la espalda á vergajazos, y mordido en la mano.

«Los ciudadanos infrascritos protestan contra estos medios indignos de ahogar toda discusion.»

Con sus largos cabellos, su cara de óvalo regular; sus ojos muy enérgicos á veces, pero comunmente muy dulces, de mirada algo indecisa como la de los miopes, tiene el jefe del partido colectivista la fisonomía de un trastornador de ideas. Como acontece, en su casa no parece este hombre lo que él cree ser. Este apóstol del socialismo científico es más artista que sabio. Con el fuego y el ardor de un místico de la idea os explica el plan de la sociedad futura que él vé fundada ya, y os describe con cierto lirismo la tierra de promision en la que él sueña introducir la Humanidad.

Sin embargo, al poco rato, la voz se le pone estridente; adivinase el ser nervioso agitado por trepidaciones interiores, irritado por los obstáculos que encuentra y las injusticias que ha experimentado, y se comprende la antipatia que ha inspirado á las personas medianas que toleraban difícilmente la superioridad que sobre ellas tenía.

Las condiciones en que se ha desarrollado el escritor explican los defectos de que adolece. Su padre era un profesor libre, muy conservador, católico práctico, que educó por sí mismo á su hijo en una casa quieta del Barrio de Saint-Louis. Guesde no pasó pues por el colegio, que no tiene más ventaja—dado el nivel moral de la Universidad—que ser una escuela admirable para formar el carácter, para aprender, recibiendo y dando puñetazos, á vivir con los hombres. Tiene de su padre la rectitud y también la necesidad de dominio del pedagogo, el hábito de las afirmaciones terminantes y que nadie puede contradecir; de hecho, á pesar de una elocuencia real y que ejerce accion sobre la multitud, es un maravilloso profesor de ciencia social más que un agitador callejero.

Dicese que M. Rosny intentó pintar á Brousse en el *Bilateral*. Guesde es un *Unilateral*; sigue su razonamiento con lógica inflexible, pero no sospecha que las cosas, como las

telas, püedan tener un enyes y un buen lado; tiene anteojeras como ciertos caballos y nunca mira ni á la izquierda ni á la derecha. Incomparable para analizar el mecanismo de la sociedad actual, ignora absolutamente el manejo de los hombres, y, como ya lo he dicho, lleva la ignorancia en este punto hasta no conocerse á sí mismo.

Los politiciones engañan á la multitud alardeando virtudes que no tienen: Guesde se engaña á sí mismo y engaña á los demás por su cuenta sentando oxíomas, erigiendo en doctrina, con cierta ostentación de sectario, malos sentimientos que no son los suyos.

Desinteresado y abnegado, se imponía Guesde, como también sus amigos, verdaderas privaciones para publicar el periódico la *Egalité*.

El periódico se imprimía en Lagny, por economía; los redactores estaban obligados á partir por la mañana para la imprenta, sin tener más que la cantidad necesaria para el viaje, y no comían en todo el día; los sábados por la mañana iban á buscar los ejemplares á la estación y los llevaban á cuéstras á la trastienda de un tabernero donde se organizaba la distribución.

Como Karl Marx, declara también Guesde que el sacrificio es una majadería y que no debe contarse con él para mejorar la suerte de la Humanidad. También para él, «no es el hombre más que un vientre y un sub-ventre»; en 1881 escribía: «Si en nuestras filas no se necesitan más que desintereses, no nos queda sino licenciar nuestro partido, que no descansa sino sobre intereses por satisfacer, que se envanece de ser el partido del vientre y no apela sino al interés de los proletarios para echarlos al asalto de la propiedad de la clase media.»

No ha debido Guesde licenciar su ejército, él mismo se ha licenciado por sí solo, porque, en el punto de vista del

vientre, Brousse ofrecía más satisfacciones inmediatas que él.

Hábil entre todos para mostrar el funcionamiento del régimen capitalista, se deja arrastrar Julio Guesde, como el más infeliz de los asalariados, por el capitalismo del *Cri du peuple*.

Director de este periódico, que, con sus amigos, habíalo convertido en órgano importantísimo en el punto de vista socialista, pierde una tribuna de mucho eco por no haber comprendido que los Rothschild son los dueños de los periódicos más violentos en el punto de vista revolucionario como de los periódicos más violentos en el punto de vista conservador.

Podeis atreveros á todo, según el color del periódico, patear sobre Hermanas de Caridad, vomitar sobre ancianos sacerdotes, expectorar sobre el jefe del Estado, pero no se os ocurra decir, en una reunión pública ó en un artículo, que hay un caballero, habitante en la calle Saint-Florentin y que posee 3 ó 4 mil millones—lo que es mucho para un hombre solo. Si el jurado os absuelve, encontraréis inmediatamente un Guebhard para suprimiros, y, en este concepto, todos los Guebhard son iguales y los Guebhard conservadores son más Guebhard todavía que los Guebhard republicanos.....

Cuando intenteis hablar de los Rothschild en un periódico, hacéos firmar ántes un documento sólido que os asegure 50.000 francos si os despiden.....

Por otra parte, Julio Guesde no tiene particular antipatía contra los judíos, muy al contrario, está lleno de admiración por las cualidades disolventes de esta raza y les agradece haber destruido la propiedad que, sin los judíos, dice, habría sido indestructible. Alégrase por ver la riqueza acumulada ahora en corto número de manos, pero, finalmente,

opina que sería ya hora de desatar esas manos que los conservadores no hacen más que lamer.

Esta manera de ver fué precisamente lo que no plugo á los Rothschild.....

Por de pronto, Julio Guesde es un vencido; pero, si no le abate la enfermedad de hígado que padece, no me asombrará que venza, porque es uno de los raros hombres de excepcional mérito que cuenta en Francia el partido socialista y los partidos más que nunca necesitan hombres. Cuantos más años cuento de vida, más reconozco la exactitud de lo dicho por Veillot á uno de mis íntimos amigos: «Os costará trabajo llegar porque teneis talento y el mundo detesta á los hombres de talento, pero llegaréis porque el mundo necesita hombres de talento.»

Los hombres que Julio Guesde ha reunido á su alrededor tienen casi todos valor real.

Gabriel Deville, que pertenece á una familia rica y que se ha consagrado á la causa socialista por convicción, ha escrito, al frente de una nueva traducción del *Capital* de Marx, un magistral estudio acerca del socialismo científico, que resume con gran claridad las ideas de la escuela.

Lafargue, de quien hemos dicho algo con motivo de un chistosísimo folleto: el *Derecho á la pereza*, se ha casado con una de las hijas de Karl Marx, mujer notable, hasta según la opinión de algunos economistas, muy católicos, muy opuestos al Marxismo y que no han podido dejar de admirar en una adversaria una inteligencia muy curiosa y muy sutil.

A la escuela colectivista pertenece Chirac, que forma no obstante capítulo aparte entre los revolucionarios.

El día en que el pueblo tenga un Tribunal de justicia, como la antigua Monarquía, y donde se juzgue á los rentistas, Chirac es el designado para ser acusador público, y los que manejan el dinero pasarán con él un mal rato.

El autor de los *Reyes de la República* (*Histoire des Juiveries*) y del *Agiotage sous la troisième République* conoce, efectivamente, el lado flaco de todas las operaciones en las que nada entienden la mayor parte. Diseña un negocio con increíble destreza, y, sin engañarse jamás, pone enseguida el dedo en la llaga, en el fraude, en el robo cuidadosamente disimulado y que nadie nota.

Entre todos aquellos cuyos manejos ha descubierto, cuyas infamias ha evidenciado, ninguno ha pensado en refutar á ese hombre-cifra, porque saben que está armado de piés á cabeza. En cierto modo, el Destino le ha impuesto este conocimiento de las cosas del agiotage.

Chirac había soñado la gloria literaria al llegar á París, y con la hermosa ingenuidad de la edad juvenil, provisto de una carta de recomendación, había ido á pedir á Mirés le concediera un puesto en la *Presse*. ¡Cosa rara! al cabo de muy pocos días mandaba el banquero llamar al principiante y le anunciaba que estaba definitivamente agregado al periódico.

Chirac, lleno de alegría, preguntó á qué sección se le destinaba: la crónica, el folletín, la crítica de los libros.

—Nada de esto, contestó Mirés, os encargo el boletín de Bolsa.

—Pero, si yo ignoro hasta el alfabeto de estas materias.

—¡Cabal! Por eso os he escogido. Los demás saben demasiado. Para hacer un boletín de Bolsa en utilidad mía, se necesita uno absolutamente inocente.

Cierto que Chirac ya no es tan inocente como entonces, por más que se haya mantenido ajeno á toda especulación rentística; pero la ironía de la vida le ha condenado á continuar en este orden de ideas. Está encargado por un gran establecimiento de crédito de estudiar expedientes de negocios, é informar, en cierto modo abstracto, acerca de todas

las operaciones que se preparan. En este trabajo que le hace vivir ha adquirido el conocimiento más completo y también el más desencantador y aflictivo de todas las bajezas de la Hacienda, de todas las truhanadas, de todas las maldades de la Alta Banca. El espectáculo de las exacciones cometidas por los judíos y los judaizantes le ha hecho socialista y colectivista.

Conocidas son las teorías del Colectivismo, y es inútil exponerlas extensamente. La primera fórmula de este sistema es de origen francés, y Pecqueur, de quien hemos hablado ya, había propuesto desde el año 1836 *socializar*, es la misma palabra que él emplea, las instituciones de crédito, los ferro-carriles, las minas y servirse de los recursos, suministrados así para *socializar* poco á poco todas las grandes industrias. Desarrolló estas ideas en un libro intitulado: *Los intereses del comercio, de la industria, de la agricultura y de la civilización en general*, y este libro, cosa enteramente extraordinaria, obtuvo, por el informe de Adolfo Blanqui, un premio de la Academia de las Ciencias morales y políticas.

Guesde y sus amigos, tomando de Marx sus procedimientos de análisis del mecanismo económico y su argumentación muy concisa, han llevado sus deducciones al extremo, con la lógica del espíritu francés que es, en el fondo muy simplista, muy amigo de claridad, muy deseoso de una conclusión absoluta.

El Colectivismo trabajador, con ellos, reemplaza al Colectivismo de acción. La Colectividad se sustituye á los privilegiados representantes del régimen capitalista actual; continúa este régimen, lo completa, se apodera de todos los medios de producción. Las fábricas, los ingenios pasan á ser la propiedad de todos y cada uno recibe igualmente la retribución de su trabajo.

Si semejante organización pudiera funcionar, se ve desde luego cuán aliviado estaría el trabajo del obrero; ya no debiera sostener el lujo ó sencillamente la ociosidad de los capitalistas y, con los capitalistas, desaparecería el ejército devorador de los intermediarios, corredores, abogados, medianeros, alcahuetes, hombres y mujeres quisquillosos, de libertinaje y de ardidés que viven como parásitos del trabajo efectivo ajeno.

El descanso, consecuencia del exceso de producción, sería en adelante imposible porque se suprimiría la concurrencia que hace producir diez veces más de un objeto de lo que pide su consumo. Ningun esfuerzo quedaría perdido. La estadística indicaría exactamente lo necesario de tal producto y el hombre no se extenuaría trabajando mucho más de lo necesario.

Desde un principio podría el obrero no trabajar más que tres horas al día y el jornal se reduciría muy pronto á una hora. Efectivamente, permitiendo la instrucción á todas las inteligencias el desarrollarse, poniendo el pecho de la ciencia en la boca de todos los que nacen, se multiplicarían los descubrimientos y la máquina perfeccionada dispensaría casi al hombre de toda fatiga.

Los colectivistas no destruyen la familia, aunque, en principio, son enemigos de ella; dejan á cada uno la libertad de vivir á su manera de los frutos de su trabajo; están convencidos no obstante de que los paradores colectivos organizados por ellos adornados con todas las maravillas del arte y todos los refinamientos del conhorto, serían de tal manera seductores que todos quisieran ir allí á vivir en comun.

Añadamos que no suprimen la propiedad individual; solamente la limitan á lo estrictamente personal al individuo, al pequeño taller, por ejemplo, donde el mismo obrero tra-

baja sin emplear más auxilios que los suyos propios. Dejan al labrador su campo, pero siempre con la convicción de que el trabajador de la ciudad ó de los campos tendrá grande interés por entrar también en el taller colectivo ó en la grande explotación rural donde todos los perfeccionamientos de la ciencia reunidos simplificarán el trabajo de cada uno.

Si los capitalistas actuales, los rentistas y los propietarios de fábricas y de ingenios quisieran acceder buenamente á la expropiación, los colectivistas no se negarian á indemnizarles, pero de modo que no se perpetuara el sistema existente, inscribiendo rentas en el Gran Libro. El precio de la expropiación consistiría en *vales de consumo*, ó en dinero que no pudiera producir interés. En lugar del dinero actual cuyo terrible poder multiplicador hemos visto, sería en cierto modo dinero castrado, incapaz de tener hijos.....

Tal es, á grandes rasgos, el sistema colectivista. Cuando Julio Guesde abre estas perspectivas acerca de lo Porvenir, tiene en sus ojos el relámpago de alegría del iluminado; saluda con un grito de esperanza y amor para la Humanidad, el advenimiento de este mundo nuevo.

Sin negar que esta organización, en ciertos puntos de vista, sea más justa que la organización presente, yo preferiría, por mi cuenta personal, refugiarme entre los canibales á vivir en medio de esta sociedad ideal; pareceríame preferible acabar en el estómago de un antropófago á estar amarrado en ese *workhouse* (taller), por más que estuviese colgado de seda y dorado desde el suelo al techo. Esta resurrección del falansterio me hace pensar en la página de Enrique Heine acerca de la Humanidad vestida toda en trage color ceniza de la igualdad y comiendo en la misma gamella el rancho á la Rumford de los soldados....

Ni siquiera creo que semejante programa tenga probabilidades de realizarse. Para que así fuera, sería preciso que

todos los proletarios de Francia y hasta de Europa, después de una victoria sobre la Clase media, dijeran á Julio Guesde y á sus amigos: «Confiamos en vosotros, sabemos que teneis grandes cualidades de organización, que conoceis muy bien las cuestiones sociales, arregladnos todo esto según vuestro plan.»

Esta hipótesis es absolutamente inadmisible. En el espantoso desórden que seguiría á la victoria, los Anarquistas tendrán muchas más probabilidades de ser los dueños, á lo menos temporalmente, que los Colectivistas.

Además, no es dudoso, en semejantes condiciones, que Alemania y Europa entera intervendrían. Cuando se habla de esto á Julio Guesde, os responde, con la serenidad del ser irreal, diciéndoos que los alemanes son más socialistas que nosotros. Es indudable que la organización socialista es muy fuerte en Alemania, pero es locura contar con este dato. Los alemanes son quizás más socialistas que nosotros, pero son infinitamente menos revolucionarios.

Sucedirá con las ilusiones de Julio Guesde y de sus discípulos como con las proclamas dirigidas á los alemanes por Luis Blanc y Víctor Hugo cuando comenzaba el sitio de París. Después de haber revisado cuidadosamente esas páginas retumbantes, y seguros de que se las repartiría profusamente en el campo enemigo, fueron sus autores á acostarse y el día siguiente dijeron á su criada:—¿Se han ido los Prusianos?—No, señor, todavía no.—¡Imposible! ¡después de lo que hemos escrito! Los jefes habrán impedido á los soldados que nos leyeran; de otro modo el resultado era seguro.»

Hay un punto, sin embargo, que conviene considerar bien y que me permito recomendar á la atención de los que se interesan en mis trabajos, porque después de manteados por tantas fruslerías é historias soñolientas, se aficionen á

dar con un escritor que les manifieste algo el movimiento exacto de esta época.

Las doctrinas colectivistas no son un sueño más ó menos quimérico, más ó menos generoso, más ó menos poético, como la *Utopía* de Tomás Moro, la *Ciudad del sol* de Campanella, ó la *Salento* de Fenelon; son la expresion sencillísima y muy clara del estado presente, son lo que es visto del otro extremo del antejo, un decalco de la situación actual; constituyen una simple interposicion del orden de los factores económicos.

La propiedad individual tiende de cada vez más á desaparecer. Las Sociedades por acciones y obligaciones representan ya la propiedad colectiva. Un gran establecimiento puesto en acciones podría cambiar dos ó tres veces de dueño, en una sola Bolsa, sin que los obreros que sudan en el duro trabajo supieran siquiera que los dueños para quienes trabajan al mediodía no son ya los mismos que aquellos por quienes trabajan desde las 4. Pueden jugarse, perder ó ganar millares de obreros en breves instantes, como un propietario de esclavos ó un gran señor de Rusia jugaba miles de negros ó siervos en una suerte de dados ó en un naípe.

Los que trabajan y los que viven del trabajo de los demás están absolutamente divididos en dos campos. La gente del trabajo, desde el ingeniero que es el primer asalariado hasta el último mozo, forma un todo completo y autónomo. Cada uno de estos pequeños grupos del trabajo puede negarse á pagar tributo al Capital, hacer lo que harán muy pronto el Canadá y la Australia, lo que han hecho las colonias de América, que dijeron á la Metrópoli: «Nosotros nos bastamos perfectamente y de ningun modo vemos la necesidad de pagaros la cuota; cortamos el cable. Declaradnos la guerra si quereis.» Inglaterra declaró la guerra á América, pero no le tuvo cuenta.

Los católicos, que se han interesado en la cuestion social, de que nos ocuparemos en otro capitulo, han intentado retrasar este desenlace. Han dicho á los obreros: «Aceptad resignados la idea de trabajar para que hombres que, en la mayoría de los casos, no conoceis, tengan castillos históricos, tierras régias, galerias llenas de objetos de arte y mueran de la espina dorsal como el judío querido de Renan «en un palacio de los campos Eliseos, entre las imágenes de un placer que ha agotado.»

La verdad obliga á decir que los obreros, en general, no han mostrado más que mediano entusiasmo por este discurso.

Volviéndose hácia otro lado, los socialistas cristianos han dicho á los amos: «Aproximáos á vuestros obreros, ocupáos más en su bienestar material y moral.»

Algunos amos han hecho lo que han podido; pero, lo más á menudo, estas palabras han caído en el vacío por la excelente razon de que las tres cuartas partes del tiempo, no hay amo, no hay más que una Razon social que representa á cierto número de accionistas. En semejantes circunstancias las más ardorosas exhortaciones se parecen á los valientes apóstrofes que un predicador dirigía á su bonete ó á la legendaria conversacion de Pablo Foucher, el inverosímil miope, con un mechero de gas que él tomaba por un transeunte que habia topado con él. A las enérgicas interpelaciones de Foucher el mechero de gas no contestaba y Foucher se ponía aún más furioso.....

Lo digo y lo repito, con toda sinceridad, á los eclesiásticos, á los hombres de buena voluntad que, en provincias más aun que en París, siguen ansiosamente la crisis contemporánea; la primera condicion para comprender la cuestion social es convencerse mucho de que las teorías colecti-

vistas y anarquistas no son ideas espontáneas, salidas de la cabeza de algunos agitadores; son la resultante y la conclusión lógica de hechos existentes que el sistema judío ha creado con el apoyo y la aprobación de la Clase media.

Tomad, por ejemplo, la familia. Julio Guesde es un enemigo teórico de la familia; enhorabuena. Pero, en ninguna parte destruye él esta familia personalmente ni por sí mismo. Se contenta consignando, después de muchos otros, que la familia se disuelve en todas partes. El hogar está derribado, la marmita que estaba encima se cae á pedazos. En las ciudades industriales, el padre trabaja en una fábrica, el hijo en otra, la madre en otra parte. Cuando la máquina silba de cierta manera, lo que indica la suspensión del trabajo, el padre, la madre y el hijo pueden en rigor encontrarse en el mismo figon, pero solo en la cama están juntos en su casa; la familia no existe más que en el estado horizontal.

A los diez y seis años, á veces más pronto, el hijo encuentra una jóven que generalmente ha pasado ya por los brazos del contraamaestre cuando es bonita; se instala en un cuarto, tiene un hijo, abandona su casa falsa, para comenzar otra. Esta es la vida de todos los días, y Julio Guesde y sus amigos no van del todo equivocados cuando pretenden que el Colectivismo erigido en estado de institución social no cambiará gran cosa al Colectivismo de hecho que está en todas partes.

¿A donde, pues, debe irse para encontrar otra vez la familia tal como era en pasados tiempos? A los campos, donde el trabajo de la tierra, moralizador por excelencia, mantiene, á pesar de los vicios inherentes al hombre, las costumbres tradicionales que hicieron tan poderosa y tan fuerte la Francia de los antiguos.

Los aldeanos no son mal contentadizos; llevan una vida

muy ruda, aceptan el trabajo sin murmurar, todavía es preciso que el trigo que tanto les cuesta hacer germinar les asegure de qué comer.

¿Quién impide pues que esas gentes vivan, quién pues habrá muy pronto dado á Francia el aspecto de un país baldío? ¿Acaso Julio Guesde? No; sino el especulador en los trigos extranjeros, el judío, el amigo del conde de Paris, el comensal del duque de Doudeauville, el favorito de todos los salones del noble barrio, Ephrassi, el jefe de la pandilla semítica que embrolla en los trigos.

Examinad las consecuencias de operaciones como la llevada á cabo por la *Graineterie* francesa en 1887 y de que hablé ya.

Véanse aldeanos que luchan desde muchos años; tienen indecible apego á la tierra que tan á menudo es madrastra para ellos, pero en la que vivieron sus padres; esperan en un rayo de sol que les recompense sus fatigas, y bruscamente todo se va á rodar. Deben más que no tienen, preciso es resignarse, vender los bueyes, la carreta. Cargan el reducido ajuar en el carrito, dan, al subir á él, una postrera mirada al campo que les vió nacer, y se van hácia la ciudad vecina, hácia la fábrica... (1).

El autor de los *Ouvriers européens* no habla solamente de esas «familias alteradas;» sino de las familias desarraigadas, trasplantadas, condenadas á extinguirse. En Westfalia, Le Play vió una familia de aldeanos que, de padre á hijo, cultivaba desde mil años la misma hacienda, habitaba la misma casa. Las generaciones industriales no duran tanto, se acaban pronto por el hospital, el lupanar ó la cárcel.

(1) En 1831, la población urbana (de las ciudades que cuentan á lo menos 2,000 habitantes) era de 6 millones de habitantes (6.692,023); en 1881 era de 13 millones (13.096,542): aumento, (6.404,519).

El hombre que tiene el terrible poder de perturbar de este modo, por alzas ó bajas artificiales, la existencia de personas á quienes jamás verá y á quienes ataca en su campo natal, es un pequeño judío más que rubio, repugnante, de catadura desvergonzada y vulgar á la vez. Procede de humildísima cuna; la madre ó la abuela vendía manzanas que llevaba en su delantal debajo de las puertas cocheras de Odesa; ahora, con una palabra escrita con lapiz que eche con semblante enojado en la hojita arrancada de un carnet, hace lo que no hubieran podido hacer reyes, y desordena á millares de seres humanos.

¿Quereis ver los reyes ahora? Abrid el *Figaro* (1). La primavera pasada, la condesa de Paris organiza una venta de caridad en Londres, y, para ocupar el principal puesto, hace que la ayuden la duquesa de Braganza, la duquesa de Uzés, y... la señora Mauricia Ephrussi.

Aunque el destierro ha de imponer gravedad, explicase que una mujer no se ocupe sino en vestidos y no descubra de la vida social de su país más que el lado frívolo y cortés, pero el conde de Paris está al corriente de todas estas cuestiones; tiene talento para tratar toda la parte económica de la *Revue des Deux-Mondes*; conoce la estadística perfectamente, y estaria en disposicion de indicarnos, sin engañarse de una unidad, el número de hombres calvos que pasan en un Puente de Paris después del medio día. ¿Compréndese que no tenga el corazon bastante francés para decir á su mujer: «Admito que se especule en valores de Bolsa ó en diamantes, pero no admito que un judío extranjero especule con el pan de mis futuros súbditos, venga á arruinar mis labradores, los hombres de mi tierra; como se decia en el

(1) *Figaro* del 30 de junio de 1887.

derecho feudal; ponedme á la calle la mujer de ese tunante?» (1).

Digamos una vez más que los verdaderos destructores de la familia son esos que, sin necesidad, ya fabulosamente ricos, perturban, para satisfacer su insaciable codicia, las condiciones económicas en que solamente puede subsistir la familia. Esto no evitará que el duque de Doudeauville lllore á mares en un excelente sermón acerca de la familia y diga á la duquesa, al salir: «¡Ah! duquesa, qué cosa tan santa la familia! ¡Cuando uno piensa que hay un malvado llamado Guesde que se declara enemigo de esta venerable institucion!... Cochero, vamos á la calle de Monceau, después á la de Jean-Goujon, á presentar nuestros respetos á toda la tribu de los Ephrussi (2).»

(1) Pretenden los amigos de los Orleans que sus Príncipes han hecho cuanto han podido para desembarazarse de los Rothschild sin conseguirlo. Es por demás que las Princesas se casen en los países más lejanos, los Rothschild siguen el buque como lijas y desembarcan inopinadamente con el sonris en los labios. Lo cierto es que el *Gaulois* anunciaba que inmediatamente despues de casada con Alberto Sassoon, Alicia de Rothschild, hija de Gustavo de Rothschild, iria á hacer un viaje á Portugal para reunirse á la duquesa de Braganza «que la honra con muy particular cariño.» Mucho mejor haria la duquesa de Braganza reservando para franceses «su muy particular cariño» en lugar de otorgarlo á la hija de Judíos alemanes que han realizado ganancias tan monstruosas con el rescate de la Francia vencida. En cuanto á los portugueses que, parece, son siempre gente alegre, tendrán ocasion de serlo todavia mucho más viendo llegar á casa de la compañera del heredero del trono la extraña familia de esta judía de Francfort y de un judío indio.

Citemos una graciosa frase dicha á este matrimonio «celebrado en el templo de la calle de la Victoria, escrita en la *Lanterne*, con pompa que recordaba la consagracion de Carlos X.» Segun lo refiere el *Gaulois*, habíase hecho venir de las Folies-Bergères un juglar japonés, Awata, quien durante la velada, ejecutó juegos de prestidigitacion. Mientras se le aplaudia, Arturo Sassoon se inclinó hácia la joven casada y le dijo graciosamente: «Cierto que han salido muy bien estas suertes, pero vuestro señor padre ha hecho otras mucho más bonitas.»

(2) Los Ephrussi trabajan en partes diferentes. Carlos Ephrussi opera, por emplear una expresion de Wolff, en la literatura y las artes. A pesar

Cuando se ve á toda esta aristocracia, con el príncipe al frente (1), aplaudir á los que ojean á nuestros aldeanos, que los exterminan, los echan fuera de sus tierras, complácese uno escuchando en las reuniones obreras á los jóvenes que, con voz sonora y fuerte, entonan la canción de Pottier, el autor de los *Cantos revolucionarios*: *Lo que dice el pan*. Un pintor de talento, Leon Ottin, ha escrito para esta canción la música que convenia, un acompañamiento sobrio y firme, que mide gravemente las palabras con hermoso movimiento familiar y se parece á las brisas raras de julio que hacen ondular los crecidos trigos con suave y lento vaiven. El efecto es á la verdad sorprendente:

J'entends les plaisants répéter:
Que dit le pain quand on le coupe?
Bien aisé serait d'écouter.
Rien d'éloquent comme la soupe,
Fleur de froment ou sarrasin,
A nostre estomac qu'il convie,
Savez-vous ce que dit le pain?
Savez-vous ce que dit le pain?
Il dit: "Mangez, je suis la vie!"

de su cualidad de extranjero consiguió hacerse nombrar tutor de los hijos de Pablo Baudry, metió mano en los cartones y dibujos del artista y, con el auxilio de cartas íntimas, publicó, á pesar de las protestas de la viuda, un tomo intitulado: *Pablo Baudry: su vida, su obra*. Hasta el mes de julio de 1888 no consiguió la viuda del gran pintor hacer retirar la tutela de sus hijos de ese judío poco escrupuloso.

(1) Debe decirse en elogio del conde de París que todavía no se ha roto los pantalones apresurándose por ir á visitar una sinagoga. A D. Pedro le sucedió este desagradable accidente. Estas cosas no se inventan; los *Archivos israelitas* nos lo refieren en su número del 13 de octubre de 1887, tomándolo de los periódicos de Bruselas:

«Después de haber almorzado D. Pedro que se habia roto el pantalón por la precipitación con que se vestia, subió al carruaje, y, mas que al galope, se le condujo á la sinagoga.»

«M. Dreyfus, el gran rabino, le esperaba, y, antes de los oficios, hizole visitar muy detenidamente el tabernáculo.»

Qui sait ce que coûte le blé,
Hors les bœufs reprenant haleine
Et l'homme, au visage brûlé,
Qui creuse un sillou dans la plaine?
Au grand monde inutile et vain
Qui sans travailler le savoure,
Savez-vous ce que dit le pain?
Savez-vous ce que dit le pain?
Il dit: "Gloire au bras qui laboure!"

Repito que la enseñanza que es preciso sacar de este espectáculo, es que esta asociación monstruosa de especuladores, esta organización de sindicatos que son verdaderas Sociedades secretas que conspiran contra el trabajador, legitiman las teorías de los colectivistas. La absorción de las grandes empresas comerciales, de los establecimientos industriales, de los transportes, de la Banca, hasta de las plantaciones de ultramar por el anonimato, ¿qué es pues todo esto sino colectivismo para el único provecho de algunos privilegiados?

El conde de París y los conservadores franceses encuentran muy sencillo que unos judíos alemanes se reúnan para enriquecerse á expensas de centenares de miles de naturales que vivían tranquilos antes que ellos en la tierra de Francia.

También los obreros encuentran muy sencillo ponerse de acuerdo para llegar á vivir de su trabajo, en vez de trabajar únicamente para hacer vivir en el lujo y libertinaje á parásitos y explotadores.

Si el Colectivismo es la expresión lógica de la situación económica y social del país, el Anarquismo es la expresión no menos lógica de la situación moral.

Todos sabemos que las bolas de jardín reproducen nuestra fisonomía aumentándola hasta la deformidad. Lo mismo

hacen el Colectivismo y el Anarquismo y reproducen, exagerándola también, la imágen de la Sociedad. ¿Exageran también ellos? No lo sé.

Las Sociedades por acciones son en muchísimos puntos más colectivistas que el mismo Colectivismo; son más internacionales, más antipatriotas que él. Un judío prusiano puede comprar mañana en la Bolsa todas las acciones de una fábrica de armas ó de una Sociedad para las provisiones militares, solo habrá de tocar el timbre, mandar que le traigan los libros y los estados, y sabrá el estado del ejército francés hasta el último clavo de zapato, una brida de caballo, una manta. Y mientras tanto será encarcelado un papanatas que haya pedido á un centinela que le permita mirar su fusil.

Tocante al Anarquismo, preguntase uno qué desorden podria añadir á una Sociedad en la que están en continuo conflicto la autoridad militar, los Tribunales de justicia, la Prefectura de policia, la Seguridad general, el ministerio del Presidente (1). Mientras que se disponen á jugarse una

(1) El ministro de la Justicia tuvo noticia del asunto Caffarel por su cocinera que habia comprado casualmente un periódico de á sueldo que se pregonaba en la calle. Si hubieseis preguntado á Mazeau, que era entonces ministro de la Justicia ¿qué es anarquía? os habria contestado: «Lo contrario de la Arquia.»—¿Y qué representa vuestro gobierno?—Mi gobierno, voto á sanes, representa la Arquia.—Pues bien, os felicito por ello, tiene gracia.»

Véanse acerca de esto las dos circulares confidenciales de M. Lozé cuando la huelga de los apisonadores. El 31 de julio declara el prefecto á los comisarios que el tribunal considera como perfectamente lícito destruir las herramientas ó volcar los chirrones de los obreros que quieren trabajar. El 2 de agosto escribe á los mismos comisarios: «Decididamente yo me mofaba ayer de la manera más horrible y lo que dije no tenía sombra de sentido común.»

Hé aquí, finalmente, la segunda circular.»

2 agosto, á las 7 de la tarde.

Señor Comisario de policia,

mala pasada, tienen los acusados todo el tiempo necesario para fabricarse órdenes falsas de libertad é irse tranquilamente como Altmayer, saliendo de Mazas á presenciar una primera representacion en palco del Teatro Francés.

Sea como fuere, existe en medio de la anarquía universal, un partido llamado más especialmente el partido anarquista.

Este partido no se relaciona sino de lejos con el Anarquismo científico de Bakounine y de Kropotkine que, Tártaros en fórmulas, revestian con teorías científicas la vuelta á la libertad bárbara de las estepas.

El Anarquismo francés es un grito violento y áspero de protesta contra el régimen actual fundado exclusivamente en la glorificación del robo hábil, del robo elegante, del robo enguantado. Es la negación salvaje de esta civilización en la cual los Bichoffsheim, los Erlanger, los Hirsch llevan el distintivo de la honra, son recibidos en los salones más encopetados y ostentan únicamente el lujo conquistado por espantosas depredaciones.

El Anarquista es de hecho el verdadero sucesor de Rothschild y, sino su legatario universal, á lo menos su heredero presunto. Procede del mismo principio que los judíos, en el sentido de suprimir de su entendimiento todos los escrúpulos que retenian á los hombres de otros tiempos; sálese fuera de los principios y de los convenios que ligaban antes á los hombres entre sí y constituian el pacto social. Cuando un rentista judío desea dar un golpe, no consulta á su conciencia; no se pregunta tampoco si desordenará las condiciones de existencia de otros seres, causará ruinas ó

Dignaos considerar como nula la circular confidencial que se os dirigió por telegrama del 31 de julio, á las cinco de la tarde, por quedar sujetos á procedimientos judiciales los individuos culpables de quitar ó romper herramientas ó los que han volcado los chirrones cargados.

H. LOZÉ

desesperos; da el golpe; el Anarquista aspira igualmente á dar el suyo.

Esto explica que, en el estado de descomposicion del mundo actual, no se haya intentado nunca refutar á los Anarquistas. En efecto, la Sociedad no puede responderles sino una cosa: «Tengo la fuerza á mi favor.» A lo que replican ellos: «Quizás un día tengamos nosotros esta superioridad de la fuerza.»

Dice san Agustín: *Remota justitia quid sunt imperia nisi magna latrocinia?* Literalmente se verifica esto. ¿Os representais al juez que acaba de absolver á Erlanger que ha robado 300 millones atreviéndose á hablar de conciencia ó de moral á un Anarquista?

De tal modo tienen los magistrados el sentimiento de la caducidad con que les afrentan sus prevaricaciones, que están aterrorizados, petrificados, cuando han de juzgar á Anarquistas; tiemblan al verles, como viejos caballos de circo cuando ven el látigo del picador. Dejan que lo digan todo sus compañeros y parecen pedirles dispensa para interrogarles.

¿Quién no recuerda las vociferaciones, las groseras injurias, los puños levantados contra el tribunal cuando la condenacion de Duval? Por una palabra que se os escape, un juez francmason os condenará á lo menos á tres meses de cárcel luego que sepa que sois cristiano. Ante este escándalo sin precedentes, la Justicia ha tenido miedo y no ha perseguido á nadie.

Además, conviene saber que los Anarquistas son casi los únicos ciudadanos en Francia, excepto los curiales, que conocen el Código; han hecho un reconocimiento en esta Sociedad que quieren destruir y levantar los planos de la plaza fuerte, de la ciudadela, es decir del Código. Pues bien, este Código tan inicuo, tan contrario á toda moral religiosa

y social, por infame que sea, otorga á los franceses muchos más derechos de lo que se imaginan.

Es profundamente exacto lo dicho por Guizot: «Hay en Francia más servilismo que servitud.» La Revolucion ha envilecido de tal manera á los franceses antes tan orgullosos, tan amantes de sus derechos, tan prontos en reclamar lo que se les debía, que ni siquiera se atreven ya á pedir la comprobacion del texto en cuya virtud se les condena. Como el musulman no mira un firman, tampoco miran ellos las piezas de procedimiento, ven un garabato de un escribano y se prosternan en el polvo.

Libres los Anarquistas de todo respeto al órden de cosas existente, quieren ver y discuten lo que han visto.

Encontré al compañero Tennevin, en el momento en que yo iba vagando de una á otra parte en el Palacio de justicia seguido de un ejército de testigos que se negaban obstinadamente á oír, por que M. de Rothschild lo habia prohibido.

Dijome Tennevin que tenia, no solamente el derecho de defenderse á si mismo, sino el derecho de hacerse defender por un amigo no perteneciente al foro, y que con tal titulo iba él á defender en el tribunal á un compañero detenido.

—Demostraré á esta magistratura podrida, me dijo, donde me aprieta el zapato, y, por de pronto pediré que se saque de la sala á todos los guardias y á todos los portadores de billetes.

Temí no sucediera algun contratiempo, porque, prescindiendo de las opiniones, le he conocido siempre por hombre honrado y le dije:

—No hagáis tal; no susciteis este incidente. El presidente es dueño absoluto de la audiencia, os rebatirá, contestareis con viveza y saldreis condenado á dos años de cárcel.

—Nada de eso; nada de eso. Yo tengo razon; presentaré

mis conclusiones, y se verán obligados á deliberar acerca de ellas.

Tennevin presentó sus conclusiones, desarrollólas extensamente; fueron rechazadas, pero él estaba en lo cierto. El presidente no tiene el derecho de distribuir tarjetas á todas las prostitutas conocidas suyas que quieran ver cómo un desgraciado lucha contra una acusación á veces terrible. Los soldados pueden guardar el exterior del tribunal, pero les está prohibido penetrar de uniforme y armados en la sala de audiencia.

De tal manera es indiscutible este punto de derecho, que el Dr. Demange no pudo invocar más que este motivo para pedir la anulación del fallo que condenaba á Pranzini á la pena de muerte, de modo que el Tribunal de Casación estuvo momentáneamente muy perplejo.

Tres meses después, Mazeau, el guarda sellos, parafraseaba todo lo que había dicho Tennevin en una circular dirigida á todos los presidentes de tribunal y á todos los procuradores generales, circular que todos elogiaron y que merecía serlo (1).

(1) No se ha olvidado el proceso de la señora de Clodoveo Hugues para el cual el presidente Berard de Glajeux había dado tarjetas á todas las mozas, á todos los ruñanes, á todos los apercibidos por la justicia en París. Vendíanse públicamente tarjetas en el boulevard del Palacio. Mazeau ha especificado perfectamente á que clases de personas debían entregarse tarjetas y solamente para una parte de la sala.

«En todas las salas donde funcionan tribunales de justicia, dice, se acostumbra reservar un recinto especial para las personas que, por razón de sus funciones ó de su situación (magistrados, jurados de la sesión, miembros del foro, periodistas...), tienen interés en asistir á las discusiones judiciales.

«Este sitio debe ser reducido, y en ningún caso podría comprender más de la mitad de la sala de audiencia. Tocante á la otra parte, es indispensable que el público tenga libre acceso á ella.

«Sin embargo, con motivo de ciertos procesos estrepitosos, han creído algunos presidentes poder distribuir tarjetas en tal cantidad que la sala

Habíanse producido todos los escándalos por espacio casi de un siglo, sin que nadie se atreviera á protestar, y fué precisa la intervención de un Anarquista para hacer reinar finalmente el buen orden en los tribunales....

No soy más tímido que otro, y no vacilaría en habérmelas con un presidente, pero no pueden hacerse por sí solo semejantes cosas. Cuando un socialista sostiene una tesis de justicia y de verdad, tiene en la sala 25 ó 30 jóvenes valientes, llegados desde la apertura de las puertas; no dicen nada, pero el presidente se siente vigilado por aquellas miradas que refrenan algo su perversidad.

El católico no se encuentra en semejantes condiciones. Suponed que voy á encontrarme á de Mun y le digo: «Voy á suscitar un incidente, no intento hacer invadir el tribunal, pero estaré contento teniendo gente en la sala; envíadme pues 25 de vuestros jóvenes que lo valgan.»

De Mun me contestaría inmediatamente:

—«¡Alíjeme esto, pero precisamente nuestros jóvenes acaban de entrar en retiro; se disponen á escuchar el sermón de un excelente Padre.... ¿Queréis verles?»

—«Gracias, y vuestros representantes de las clases directivas?»

—«Están de caza....»

ha quedado casi completamente llena en el momento de la apertura de las puertas al público.

«Debe abandonarse esta manera de proceder, que por su naturaleza, puede acarrear grandes inconvenientes; puede modificar el carácter que deben conservar siempre las audiencias judiciales, y menoscabar de este modo la dignidad de la justicia; podría exponer además á la magistratura á injustas críticas. Finalmente, es contraria á uno de los principios esenciales de nuestro código, según el cual las discusiones deben estar rodeadas de toda la completa publicidad posible.

«Importa que en lo venidero no se entreguen tarjetas especiales sino para el recinto reservado á las solas personas cuya cualidad las designe para recibir las.

—¿Y vos?

¿Yo? me quedo á rezar por vos....

Ya comprendéis que en semejantes circunstancias, se queda uno aislado ante un Barthelon que dispone de toda la fuerza administrativa y judicial. No le queda ningun recurso de armarse de prudencia, salvo el zurrar más adelante la badana al indigno juez hasta que se le cansen los puños de pegar.

Lo mismo sucede tocante á la liga de los Anti-proprietarios.

El Código que nos rige concede á la propiedad unos derechos como nunca han existido en ninguna legislacion, ni siquiera en la romana, tan dura no obstante.

Esto se explica fácilmente. No se ha redactado el Código poco á poco segun la Costumbre de antiguos tiempos por personas de pró, buenos sacerdotes, ancianos de cada cuerpo de estado, viejos y prudentes, por hombres competentes en fin, sino que se ha chafarrinado, en la presencia de un César, por juristas revolucionarios que habian robado la propiedad de los demás; por regicidas y convencionales como Cambacérés y Merlin, que escribian las leyes nuevas con mano todavía húmeda de la sangre de los inocentes que habian hecho degollar y cuyos bienes se habian repartido.

Los Jacobinos muy recién-posesores han tenido pues la aspereza particular del pobre petate de la vispera convertido en propietario y que dice *mi casa mis frutos, mis inquilinos* (1). Siempre recordaré el acento con que una desco-

(1) ¡Qué monton de ideas se ocurren ante el espectáculo de los Rothschild haciendo disparar, habrá unos diez y ocho meses, contra unos infelices que se habian introducido en su parque de Boulogne para quitar algunas ramas de mahonias para venderlas en los Mercados. Los guardas, á quienes se habia encargado que fueran implacables, asegurándoles la impunidad, hicieron fuego tres veces seguidas. El aficionado á las mahonias

cada célebre, que despues de haber tenido su estrofa en una cancion inmoral de Wanderbuch, está ahora retirada en los alrededores de Enghien y convertida en señora de patronato, decia un dia, en wagon, con motivo de cierta broma que habria hecho reir á una Lucrecia: «No olvideis que hablais delante de una mujer honrada.»

Lo más sorprendente, sin embargo, que hay en esto es que la cobardía de las victimas agrava espontáneamente los rigores de este Código. El inquilino es todavia más servil que cruel el propietario, y él mismo se secuestra antes de serlo.

Mientras no se haya notificado la providencia de embargo, aunque el inquilino debiera quince alquileres, tiene el derecho de tomar el portante con sus muebles. Los Anarquistas han sido los primeros que han puesto en claro esta legislacion y la Prefectura de Policia se ha visto obligada á publicar una circular especial para reconocer esta jurisprudencia. Ahora los Anarquistas envían tranquilamente circulares impresas ofreciendo sus servicios.

quedó con el brazo fracturado, y, despues de la amputacion, fué condenado, además, á dos años de cárcel. ¿No es esta una contribucion psicologica bastante graciosa, como diria Bourget? Estos extranjeros que, en pocos años, han amontonado en Francia un haz de terreno que sus brazos ya no pueden abarcar, que tienen los miles de millones, los castillos, las obras de arte, las flores, los frutos y que van á decir al juez: «¡Oh! mi buen juez, vengadme! Me han robado unas cuantas ramas de mahonias. Se ha mutilado á un hombre por esto, no basta, es necesaria la cárcel y la relegacion si es posible.» Ved ya al juez tan inexorable como indignado, y la prensa conservadora que solloza y lagrimea en los fallecimientos é himeneos.

Debe observarse mucho el silencio profundo que guardan los periódicos revolucionarios acerca de estas cosas. Cuando desdichados polizontes, rodeados de andorreros, apaleados, medio acogotados, se deciden á hacer uso de su revolver, los periodistas revolucionarios no tienen bastantes invectivas contra el «¡sergot, el infame sergot! ¡Abajo el sergot!» Tratándose de actos cometidos por los Rothschild, se piensa en las mensualidades y todos se mantienen quietos...

Insistimos en este punto, porque tiene particular significación. El Código, tal como ha salido de la Revolución, con ser esencialmente una obra anti-social, no es justamente interpretado y útilmente consultado si no por los que, desde puntos de vista diferentes, son enemigos de la antigua sociedad: los Judíos y los Anarquistas, El francés tradicional, el hombre de la vida de antaño, no comprende absolutamente nada en el Código y es perpétuamente su víctima.

Sabido es que los Anarquistas no tienen jefe. El único que pudo aspirar un momento á desempeñar este papel entre ellos, hombre excepcionalmente dotado, orador de primer orden Emilio Gautier, lo ha aterrado la cárcel. Comprometido con Kropotkine en un proceso organizado por la policía, fué condenado á cuatro años de detención; al cabo de dos años ya tuvo bastante. Sus amigos practicaron diligencias, y, mediante su promesa de renunciar á toda política de acción, se le ha devuelto la libertad. Actualmente escribe en el *Siglo XIX* y en periódicos oportunistas.

¡Vaya! cuatro años de cárcel son duros de roer, y compréndese que en una época de sensualismo como la nuestra, impida esta perspectiva á los mas fogosos en todos los partidos á excederse de ciertos límites.

Los últimos tiempos sobre todo fueron rudos para Gautier, cuando se encontró solo y separado de Kropotkine con quien habia sido encerrado al principio. No se sabe lo que puede suceder y siempre es bueno instruirse: yo he tenido la curiosidad de preguntar al antiguo jefe del partido Anarquista lo que le habia hecho padecer más y me respondió: «La falta de impresiones.»

Me lo explico perfectamente. El mundo exterior nos renueva continuamente nuestra provision de ideas por mil espectáculos, por mil ecos de los pensamientos ajenos, por mil repercusiones del movimiento general. El cerebro, obli-

gado á vivir sobre sí mismo, acaba por atrofiarse, secarse, anemiarse; es un eslabon sobre el cual ya no se da. Ciertos hombres como Mallet, como Blanqui, se salvan cultivando una idea fija, como el héroe de Saintone cultivaba una flor, y esta idea así acariciada y cobijada acaba por llegar á poder asombroso. Solamente en la soledad de una cárcel pudo concebir Mallet el maravilloso complot, que es una de las obras maestras del ingenio humano, pues que descansa en un admirable análisis del mecanismo de un gobierno. Reflexionando en él constantemente, habia acabado Mallet por descubrir, que rompiendo un solo resorte, se haria pedazos la organizacion del más formidable imperio que vió el mundo, y se habria salido con la suya si Lahorie no hubiese perdido una hora haciéndose tomar la medida de un traje de ministro. Todo lo habia previsto Mallet, excepto esto.....

Emilio Gautier ya no es hoy para los socialistas sino un renegado y traidor. Nótese que todo su erimen consiste en escribir en periódicos republicanos moderados y que tenia el derecho de creer que habia hecho lo bastante á favor de la causa.

¡Qué diferencia entre este rigorismo y la amplitud del partido conservador en materia de convicciones!

Ved á M. Dugué de la Fauconnerie: cambia de partido como de camisa; va á dar un paseo á la izquierda, como se va de temporada á Plombières; dice á sus amigos: «Dispensadme si os dejo un momento, tengo entre manos un asunto con Gambetta y Tirard y véome obligado á ser republicano durante unos cuantos meses; ¡hasta luego!»

—No os molesteis, responden los miembros de la derecha.

Cuando vuelve Dugué, el conciliador Mackau lo continua otra vez en la lista conservadora del Orne al lado de M. de Lévis-Mirapoix, y le parece muy natural. Hasta estoy convencido de que al leer esto, dirá: «¿Es posible que no se respeten más los jefes?»

A falta de jefes, los Anarquistas tienen algunos oradores más distinguidos que los demás: Tortelier, Louich, Tennevin.

Tortelier y Louich, como muchos Anarquistas, son excelentes obreros. Tortelier, de origen breton, ha sido cristiano hasta los diez y ocho años é hizo enterrar á su madre en la iglesia. Tennevin, que no cree en Dios ni en el diablo, me ha dicho que él haría otro tanto: «Ya que esta es la idea de mi madre, ¿á qué contrariar su postrer deseo?»

Vemos una vez más el contraste de estas naturalezas alteradas y rudas, exasperadas por el espectáculo de las iniquidades humanas, con esos hombres serviles que se vanaglorian, para obtener los favores de la Franc-Masonería triunfante de los sacrilegios que cometan ultrajando el cadáver de los suyos.

La mayoría de los funcionarios que ostentan groseramente su ateísmo han comenzado por halagar con baja á los sacerdotes mientras han creído que el fingir convicciones religiosas podría serles de utilidad para medrar. Freycinet, que ha expulsado á los Benedictinos de Solesmes, había ido á mendigar una recomendación de Dom Guéranger en el monasterio que más tarde debía hacer invadir por los gendarmes. Faidherbe, que no ha temido ofender la conciencia del ejército, haciendo enterrar civilmente á su hijo, ostentaba en tiempo del Imperio sentimientos ultra católicos.

Así son la mayor parte de los prefectos laicisóres, y, si cambiara el gobierno, volveríamos á verlos en los conventos, no blasfemando ya, y yendo con el cigarro en la boca, á echar á la calle ancianos y pobres, sino humildes y arrodillados para solicitar una recomendación de aquellos á quienes insultaban poco ántes.

En nuestro concepto, ya no debiera pensarse más en la misa de las doce; todas las sillas estarían invadidas por los

funcionarios y sus dignas compañeras, las actuales emancipadas, que, al salir, formarían largas hileras en la plaza con enormes devocionarios... Hasta fuera difícil cumplir con el precepto Pascual, porque se encontrarían todos los actuales ateos acurrucados en los confesonarios esperando turno en la regilla...

La eterna trínca de tunos administrativa, formada de la primera capa de Jacobinos convertidos en chambelanes y prefectos bajo Napoleón I, es la que ha provisto á todos los regímenes de perseguidores y lacayos.

Justo es reconocer que hasta ahora, los Anarquistas han hablado mucho y no han hecho nada. Solamente en la misteriosa Rusia, entre razas vírgenes, en el país de las almas raras, se encuentran seres prontos á sacrificarse por una idea; —allí solamente se encuentran los Nihilistas, que, sin decir una palabra, con el cigarro en los labios, echaban con abandono su gorro al pié del cadalso y morían sonriendo. La *propaganda por el hecho* tiene sus peligros, y, como todos los revolucionarios de la hora presente, los Anarquistas más resueltos renunciarían difícilmente á la alegría de leer en el periódico la relación del último meeting, desayunándose con un vaso de vino ó de aguardiente.

Tales como son sin embargo, y aunque nada hayan demostrado todavía, inspiran verdadero terror al prebendado republicano. En verano son bastante pacíficos, reúnen para celebrar lo que ellos llaman «reuniones familiares» en las raras tabernas con jardín que quedan en el interior de París, avenida de Lamothe-Piquet ó hulevard de los Gobelinos; llegan á bandadas, cuelgan de las paredes sus cinturones encarnados y entonan cantos revolucionarios. A veces se encuentra en el mismo local una mujer que baila al son del piano; la mujer molesta á los Anarquistas, los Anarquistas molestan á la mujer, se acaba por fusionar y entonan juntos la Carmañola.

En invierno los Anarquistas se mezclan á las reuniones públicas, y su presencia, luego que se anuncia, saca de quicio á los politicones. Los jóvenes Anarquistas beben las copas de licores preparados para los miembros de la oficina, los antiguos escalan á viva fuerza la tribuna, pronuncian discursos incendiarios y rompen los bancos.

En semejantes circunstancias deben verse las cabezas de los Anatolio de la Forge, de los Lockroy, de los Mayer. En el meeting del Circo de Invierno, donde el compañero Soudey quedó medio aplastado, Lockroy no estaba descolorido, pero livido y como anonadado por el espanto. Parecia que ese Albino gastado por todos los excesos iba á descomponerse, entrar en putrefacción, acto continuo, *coram populo*.

¡Cáspita! se conoce que estos valientes no tienen delante al pobre sacerdote en quien descargan comunmente su débil valor. Los Anarquistas son vigorosos, gritan, ahullan, golpean, echan al través de la podredumbre parlamentaria la nota grosera y brutal..... Por esta vez aun vigila la policia, y después de haber sido algo atropellados, muy rechiflados, en gran manera insultados, los explotadores de la República franc-masona y judía podrán llegar á subir al coche que les espera. Guárdense empero de que suceda una catástrofe, que los Anarquistas tengan el pueblo detrás de ellos, que sean los dueños de París.....

Entonces á esos hombres de las alegrías se les presenta la vision de lo que seria París. No sienten el remordimiento de haber corrompido sistemáticamente al país, de haber destruido toda creencia, todo respeto, todo ideal; ni es la angustia patriótica lo que les domina, sino el miedo..... Luego el coche del republicano repleto sale del tumulto; los fugitivos de poco ántes se encuentran otra vez en el lujo que nosotros pagamos, sentados en un banquete oficial, en medio de luces y flores; hablan allí de la próxima prima,

de la nueva concesion por otorgar, de la sociedad próxima á fundarse y de la que se les han prometido acciones exoneradas: vuelven á las andadas de que la vida es hermosa y se prometen que los soldados se harán matar por ellos. Contad con esto hijos míos.....

Esta sociedad, tan precaria y tan frágil, depende efectivamente del menor azar. Una cerilla bastará para determinar la explosion en este almacen lleno de mezclas detonantes, en este monton de productos quimicos.

Cada cual se dedica á aumentar el desórden. No es dudoso que la Policia desempeña, en la mayoría de las circunstancias un papel provocador muy activo. El inspector Girard, obligado á dimitir á consecuencia de las revelaciones de un empresario de fiestas de caridad llamado Casabianca, habia organizado una algarada que se produjo al salir de una reunion en el salon Levis.

¿Habia obrado por orden de sus jefes? Se ignora. Ya he dicho que la característica de la situacion es que todos anarquicen: el prefecto de policia anarquiza contra el ministro, quien anarquiza contra el presidente, pero ciertos comisarios anarquizan contra el prefecto, mientras que otros agentes anarquizan contra los comisarios ó los inspectores. Segun toda probabilidad, cuando la atmósfera esté cargada de electricidad, la chispa que lo haga saltar todo la arrojará la policia para probar que es indispensable y que solo ella puede salvar á la sociedad. Un agente subalterno disparará un pistoletazo ó lanzará una bomba para demostrar celo y obtener una gratificacion. Entonces todo partirá á la vez.....

Los Rothschild tienen tambien sus agentes á su servicio y se ve maniobrar á los judíos, en todas estas cosas oscuras, como se ve maniobrar un ejército en la niebla (1). Ahora

(1) Nunca hablan los periódicos de las manifestaciones en que andan

que los frailes no sirven de mampara y que los revoltosos pagados por Israel no pueden desviar la atención del pueblo de la cuestión social espantándolo con el fantasma clerical, los judíos se esfuerzan por evitar que se hable de ellos, que se les nombre, que no se diga en voz alta donde viven los poseedores de fortunas suficientes para alimentar á provincias enteras. En lugar de designar á los ladrones sociales por su nombre, se procura dar al problema social una solución vaga, confusa y demasiado general para que sea susceptible de aplicación (1).

Como ha sucedido siempre, estos medios se volverán contra los mismos que los emplean. También la Corte, cuando la Revolución entró en la fase violenta, creía tener suyos

mezclados los judíos. El 14 de julio de 1887 los anarquistas habían intentado colgar de la casa de los Rothschild una persiana transparente pidiendo la restitución de los miles de millones robados. Ningún periódico, exceptuado, creo el *Gil Blas*, mencionó el hecho.

Sin embargo, ningún orador se ha atrevido á hacer el elogio de los rentistas judíos en una reunión pública en París. Solo Chabert, á petición de los israelitas de la Gironda, atacó la *France juive* en una reunión pública en la Alhambra de Burdeos, pero esta manifestación no tiene importancia, porque, según se me dijo, el orador está absolutamente desacreditado en su partido. Se le ha censurado en una orden del día abrumadora en una reunión del salón Rivoli. Hé aquí la orden del día votada por unanimidad excepto siete votos:

«La asamblea:

«Considerando que, por su conducta, los posibilistas del Ayuntamiento, y Chabert en particular, han faltado á todos sus deberes;

«Declara que las trabas que ponen á la organización y funcionamiento de las organizaciones obreras, deben considerarse como una verdadera traición que debe escupírseles á la cara en toda circunstancia.»

(1) Nada tan curioso también como el respetuoso silencio que guarda el *Cri du Peuple* cuando se casan las hijas de Rothschild. Vil, como siempre, el Gragnon que se desfondará en el asunto Limouzin, fastidia á los transeúntes que van á sus negocios prohibiendo, sin ningún derecho, la circulación en las calles cercanas á la sinagoga. Si se permitiera detener un omnibus para el paso de una procesión, los periódicos revolucionarios vomitarían torrentes de injurias contra los sacerdotes y las monjas; pero son de mansedumbre angelical cuando se trata de los judíos de Francfort. Se ve que Tamboril ha tamborileado.

muchos hombres influyentes en los barrios y estos mismos fueron los más encarnizados contra ella así que la corriente popular lo hubo arrastrado todo. Los agentes pagados por los banqueros judíos serán los primeros que invadan sus palacios para hacer desaparecer las pruebas de sus relaciones con ellos. Pasó el tiempo en que los Rothschild se aseguraban contra la Revolución prometiendo á Caussidière comprarle un almacén de comercio de vinos.....

Realmente, París, cuando estalle la crisis decisiva, estará á merced de unos cuantos compañeros anarquistas que se pondrán al frente del movimiento y á quienes nadie se atreverá á resistir.

Los Blanquistas (1), que se han mantenido mucho tiempo en estado de reserva, comienzan á agitarse;—y esto permitiría suponer que 1889 podría ser un año de movimiento. Por otra parte, Anarquistas y Blanquistas; tienen secretas afinidades entre sí y son igualmente partidarios de golpes de fuerza. En todo caso, no es ciertamente el Colectivismo doctrinal de Julio Guesde el que pueda, en medio de la tempestad, dar ni siquiera una apariencia de organización á esa sociedad entregada á todos los instintos desencadenados.....

(1) Entre los revolucionarios solo los Blanquistas han tenido el valor de declararse de la raza aria y afirmar la superioridad de esta raza. En la *France juive* he hablado del *Moloquismo judío* de Gustavo Tridon. Debe leerse en la *Revista social* (números de junio y julio 1887) un notabilísimo y muy concienzudo trabajo de M. Regnard que, en las cuestiones religiosas blasfema como si tuviera el demonio en el cuerpo, pero que en las cuestiones de historia y de etnografía tiene ideas de rara originalidad y profunda exactitud.

LIBRO SEXTO.

El socialismo católico.

La doctrina de la Iglesia acerca de la propiedad.—La opinion de los Padres de la Iglesia.—El derecho á no morir de hambre reconocido por todos los teólogos.—Indignacion de Pablo Bert sobre el particular.—El Trabajo y el Capital.—La cuestion del interés del dinero.—Legía social hecha por Colbert.—La caza á los rentistas.—Cinco mil millones restituidos al país en algunos meses.—Los Círculos católicos obreros.—Por que esta tentativa no ha producido sino medianos resultados.—Los industriales cristianos.—La Caridad y la Justicia.—Los Mame y Luis Venillot.—El conde Alberto de Mun.—Ilogismo de los hombres y de los acontecimientos contemporáneos.—Resignacion ovejuna de los Católicos.—Hirsch es el verdadero paladin.—*Valour is still value*.—Un discurso de M. de Chesnelong.—M. Schulze de Delizeh y Lasalle.—«Las privaciones meritorias.»—450 millones de sudor en ocho dias.—La obra patriótica y social de los Inquisidores.—La Inquisicion fué tan equitativa y tan moderada como inleno y violento fué el Tribunal revolucionario.—Noble respuesta de una gran dama española á una insolencia de la señora Lockroy.—Un niño de catorce años guillotinado.—Los Republicanos de la Clase media que se preparan á celebrar estos actos infames serán ellos mismos muy pronto ejecutados.—Lo que nosotros queremos: una Cámara económica para redactar el código del Trabajo y resolver la cuestion social y una Cámara alta de justicia para hacer devolver el dinero robado de cincuenta años acá.

La creacion de los Círculos católicos obreros fué un gran acontecimiento para los que siguen atentamente la evolucion contemporánea.

¿Era verdad que la Iglesia, que, desde mucho tiempo, parecia no interesarse en la cuestion social y que dejaba que lo arreglara todo la policia, iba á recobrar el puesto que se le debía en el gobierno del mundo? ¿Iba pues á renacer á

ese contacto vivificante ese mundo en camino de ir á morir en la anarquía? Asi podia creerse, porque, segun ha dicho Carlyle, un protestante sin embargo: «La Iglesia es el hábito, el tejido espiritual é interior que administra la vida y el fuego de la circulacion á lo demás. Sin este tejido interior, el cadáver y hasta el polvo de la Sociedad acaban por evaporarse y aniquilarse.»

Hombres, más independientes que los sacerdotes encarcelados en el Concordato, iban á hacer conocer á todos las doctrinas de los Padres de la Iglesia acerca de la propiedad, y los más prevenidos se verian forzados á confesar que esta concepcion de la propiedad no se parece mucho á la propiedad implacable y feroz que organizaron los de la Clase media, ladrones, el año 1793.

Efectivamente, ¿hay cosa más desemejante que los dos sistemas?

Segun la teología, no hay un solo hombre que tenga un derecho de propiedad pleno y total (1) sobre los bienes de la tierra, que pertenecen solo á Dios. El solo puede conservarlos ó destruirlos segun su voluntad (2). En el punto de vista jurídico, todo derecho de propiedad está limitado. No es un *dominium directum* sobre la misma cosa, sino más bien un *dominium utile* ó *indirectum* el que autoriza el goce de los frutos ó de los beneficios de una cosa (3).

El derecho de propiedad no es dudoso, pero no se refiere jamás á la misma cosa; ningun hombre adquiere el dominio sobre ella. Donde quiera que uno entra en posesion de una cosa, no adquiere más que el derecho de hacer uso ó

(1) Lo que se llama *dominium proprietatis perfectum* ó *plenum*.

(2) Rom., 9, 20; Tertuliano, *de patientia*, 7; Crisost. en *Mat.*, hom. 77, 78, 3; Agustín, *Cir. Dei*, 12, 17; Thomas, 2, 2, q. 86 a 1.

(3) 1 Petr., 4, 10; Ambro. *de Nabuth.*, 14; de Lazaro, 2, 4; *de verbis apostoli: habentes eundem spiritum*, 1, 9.

de la cosa, ó de sus frutos, ó de entrambos, pero nada más (1).

El derecho de propiedad, en los límites que acabamos de indicar, pertenecía desde luego al género humano considerado como unidad moral. Nadie originariamente tiene el derecho de distraer de la comunidad una parte de los bienes terrestres y apropiárselos con exclusión de todos los demás. Según la ley natural, los bienes temporales serían más bien comunes. Si los hombres fueran tales que la ley natural se les pudiera aplicar pura y simplemente, es decir si se encontraran en la integral condición de su naturaleza primera, la comunidad de los bienes terrestres sería el mejor y el más preferible de los estados (2).

No habiendo existido jamás ese estado de naturaleza ideal tan á menudo soñado y no pudiéndose realizar ni ahora ni en lo venidero, desde la caída del hombre, la comunidad absoluta de bienes no pudo aplicarse jamás en la humanidad, ni lo será nunca fuera de asociaciones religiosas cuyos miembros todos tienden á acercarse á la perfección completa.

Fuera de esto, el derecho natural no impone esta comunidad; demuestra solamente que es esta la forma de vida más equitativa donde quiera que los hombres son lo que debieran ser. El derecho natural no impide más la constitución de la propiedad individual cuando las circunstancias hacen considerar esta organización como mejor para todos (3).

La distribución de los bienes, es decir la propiedad privada,

(1) Thomas, 2, 2, g. 66 a 1.

(2) Ambros. *Offic.*, 1, 28, 132.

(3) Thomas, 1, 2, qq. 4 a 5 a 3; 2, 2 q 66 a 2 ad 1; a 7. c. Lugo, *de jure et justitia* d. 6. n. 6.

no deriva pues del derecho divino, ni del derecho natural considerado como emanación del derecho divino; solamente está ratificada por el derecho natural como arreglo más ventajoso, en la mayoría de los casos, para la colectividad que la comunidad de bienes que, con las pasiones que perturban el corazón humano, haría imposible la vida social (1).

Al reconocer la Iglesia la propiedad individual no le ha conservado menos su carácter de usufructo, de simple delegación, sino que le ha agregado además la obligación de no gozar de ella más que en muy estrictos límites y distribuir su parte á los que padecen.

El auxilio dado á sus hermanos no es de parte de los ricos una gracia que hacen á la comunidad ó á un particular; no es tampoco el abandono de su propio derecho; sino el cumplimiento de un deber ligado á un derecho que no ha sido concedido sino para el beneficio comun.

En tanto es verdad esto que todos los teólogos han reconocido el derecho de tomar, en caso de absoluta necesidad, lo que necesitaréis:

Actualmente los jueces que aplican las leyes de nuestro Código ateo condenarían á cárcel á un desgraciado que, después de haber pasado tres días sin comer, no pagase una

(1) En este sentido habla N. S. P. el Papa León XIII, en su Encíclica del 28 diciembre 1878: *Jus proprietatis naturali lege sancitum*. El derecho natural ha sancionado la propiedad individual, la ha ratificado, aprobado, pero esta propiedad no se deriva de él.

San Isidoro, citado por Santo Tomás, admite como cosa demostrada que la comunidad de los bienes es de derecho natural y que solamente la voluntad de los hombres ha modificado este estado primero. «En todos los pueblos, dice, son de derecho natural la posesión comun de todas las cosas y la libertad personal; pero estas dos cosas han sido modificadas, cambiadas por las leyes humanas. Luego, no es inmutable la ley natural.»

Colocándose Pascal en este mismo punto de vista dijo á los que poseen: «Este orden no está fundado sino en la sola voluntad de los legisladores que pudieron tener buenas razones, pero ninguna de las cuales está tomada de un derecho natural que tengais sobre estas cosas.»

comida que se hiciese servir. Exceptuados cuatro ó cinco, Mgr. Freppel, M. de Mun, M. de Cassagnac, M. Daynaud, los Católicos de la Cámara, Mackau al frente, han votado el artículo salvaje de la ley acerca de los reincidentes que condena á la relegación á la Guyana, es decir á muerte, al infortunado culpable solamente de ser convicto de vagancia tres veces seguidas, es decir culpable, no siquiera de haber tomado algo, sino de haber dormido en la vía pública, en la tierra sin dueño.

La Iglesia, más humana, admite perfectamente que, no solo se tome en caso de absoluta necesidad, sino también que si se ve á un ser humano en esta situación, se quite algo á los ricos para dárselo (1).

«En caso de extrema necesidad, dice Santo Tomás, todo es común y el que se encuentra en dicha necesidad puede tomar lo que necesita para su subsistencia cuando no se encuentre quien quiera dárselo. Por la misma razón puede darse la limosna de bien ajeno y hasta tomarla con esta intención, sino hay otro medio de socorrer al que esté en extrema necesidad. Pero, cuando se puede sin peligro, debe asegurarse de la voluntad del poseedor, para, aun en este caso, acudir al auxilio del indigente (2).»

(1) Santa Zita, la patrona de las sirvientas, yendo un día á misa al asomar el día, en tiempo de nieve, vió en los escalones de la iglesia á un pobre tan viejo, tan quebrantado, y tiritando tanto envuelto en sus andrajos, que no pudo soportarlo, y volvió á su casa á busear la capa de su amo que puso en hombros del mendigo.

Confieso que en nuestra época de excepticismo, un amo al que se le quitara así su sobretodo encontraría quizás este celo algo excesivo. A pesar de todo, en esas leyendas de santos, hay siempre algo conmovedor, tierno, poético. Los sordidos republicanos franc-masones, al contrario, no se contentan con tomarnos nuestro sobretodo, sino que nos han dejado en cueros y jamás dan nada á nadie.

(2) Ad tertium dicendum quod in casu extreme necessitatis omnia sunt communia; unde licet ei qui talem necessitatem patitur accipere de alieno ad sustentationem si non invenit qui sibi dare velit. Et eadem ratio-

En manera alguna intentan los teólogos excusar ó disculpar el robo, porque el argumento de necesidad no puede de ningún modo hacer lícito lo ilícito, y entonces podría disculpar la mentira, el perjurio, ó la apostasia. Solamente declaran que una acción que, en otras circunstancias, sería robo, ya no es robo, y discurriendo de este modo, sacan sencillamente la consecuencia lógica de las razones que han hecho aceptar el sistema de la propiedad particular en el mismo interés de todos. Luego que la sociedad falta á su deber para con uno de sus miembros y le niega lo absoluto necesario, está reintegrado en su derecho primitivo y vuelve á entrar en el sistema de la comunidad. En una palabra, hay un punto en que la usurpación en el derecho ajeno cesa de ser injusticia porque ese mismo derecho deja de ser justicia, porque ese derecho ha cesado de ser derecho (1).

ne licet habenti aliquid de alieno de hoc eleemosynam dare (quinimo et accipere) si aliter subvenisse non posset necessitatem patienti. Si tamen fieri potest, sine periculo, debet requisita domini voluntate pauperi providere extremam necessitatem patienti: (2. 2. quest. 32, 7 ad 3).

(1) Si queréis formaros idea exacta del alma de un Jacobino, considerad la indignación de Pablo Bert en su libro *la Moral de los Jesuitas*, al encontrar esta afirmación en el P. Gury: «La necesidad excusa el robo» exclama este fariseo que parece no comprender que la Iglesia autoriza para tomar un pan para no morir. Mirad lo que él, buen apóstol, ha tomado para sí ó para los suyos á la comunidad. El abuelo, antiguo profesor de colegio, despoja de su propiedad á los Dominicos de Auxerre que habían confiado en él. El nieto se hace consignar un sueldo fabuloso para ir á instalar casas de juego en el Tonkin. La mujer, millonaria también, no se avergüenza de agarrarse al presupuesto en déficit para arrancarle todavía algún girón, y los republicanos de la Cámara no se avergüenzan tampoco de hacernos pagar el lujo de esa señora: le conceden una pensión de doce mil francos, mientras que las familias de nuestros desgraciados soldados muertos allí bajo no tienen ni un céntimo. Y no se contenta todavía la insaciable Artemisa: hostiga con demandas á los ministros; aspira á reemplazar como superintendente de la casa de la Legión de Honor á Madame Leray, á quien se ha obligado á presentar su dimisión porque su honradez molestaba demasiado.

Además de los títulos de rentas y de las pensiones, hé aquí además, según los periódicos de Auxerre, que anunciaron la venta en subasta de los

Si la Iglesia comprende así la propiedad individual, si hace, en cierto modo, del rico un simple delegado que no ha recibido mayor parte de una propiedad que antiguamente era comun sino para distribuir á los que no tienen nada, lo que necesitaren, ¡qué terrible sentencia no fulmina contra los que no ven en sus riquezas más que el medio de adquirir otras sin trabajar!

Desde el *Qui non laborat non manducat* de san Pablo hasta las protestas ardientes de los Padres de la Iglesia que repiten todos los grandes sermonarios cristianos, no se oye más que una condenación contra el rico ocioso. El Capitalismo, es decir la Usura, «la execrable fecundidad del dinero» es anatematizada en todas sus formas.

«El interés del capital es un robo,» dice san Bernardo (1), y estas palabras resumen la discusión. San Gregorio Niceno había dicho antes que san Bernardo: «Quien llamare robo y parricida á la inícuca invención del interés del capital no distaría mucho de la verdad. En efecto, ¿qué importa que os hagais dueño del bien ajeno, escalando las paredes, ó matando á los transeuntes, ó que adquirais lo que no os pertenece por el cruel efecto del préstamo?

inmuebles dejados por Pablo Bert, el estado de fortuna de esta familia más interesada que interesante:

1.ª Una gran casa sita en Auxerre, calle Valentin, 31, conocida bajo el nombre de *Tesorería general*. Valorada en 80,000 francos.

2.ª Otra gran casa mediana, sita en Auxerre, calle Chante-Pinot, número 5, con magnífico parque y jardín.—Valorada en 70,000 francos.

4.ª La propiedad del Presidente, situada á la puerta de la ciudad de Auxerre, de cabida 12 hectáreas 73 áreas 51 centiáreas.—Valorada en 40,000 francos.

Y los bosques de Montchaumont, sitos en los municipios de Parly y de Merry-la-Vallée, distritos de Toney y Aillant-sur-Tholon (Yonne), de cabida 152 hectáreas 99 áreas 6 centiáreas.—Valorados en 150,000 francos.

El total de las valoraciones de los bienes de la infortunada viuda Pablo Bert forma la suma de 427,500 francos.

(1) Serm. IV. *Super Salve Regina*.

Es inútil que se discuta acerca del sentido de la palabra préstamo á interés; el que, sin trabajar, dobla su capital en algunos años es un usurero, ha tomado á la colectividad más que no le ha dado (1).

Todo esto era una verdad para la escuela social católica de 1848, y en un folleto muy notable: *La última palabra del socialismo por un católico*, estaba muy claramente resumida la cuestión.

Un hombre posee 200,000 francos en inmuebles, ó en otra forma, he aquí su propiedad, su hacienda.

Este hombre no se dedica á ningún trabajo productivo, está completamente ocioso. No crea pues por sí mismo ningún valor que pueda añadir un céntimo á sus 200,000 francos de fortuna. Así pues, si dispone de 50 céntimos solamente de más de sus 200,000 francos, aquellos 50 céntimos, que no provienen de su propio trabajo, serán evidentemente el producto del trabajo de otro.

Posee 200,000 francos ¿sí ó no? No son pues 200,000 francos 50 céntimos. Está bien visto que no ha producido por su propio trabajo ni un solo óbolo. Nada más claro ni más exacto que su balance. Hélo aquí en todo su vigor matemático.

Haber.	200,000 fr. „
Trabajo personal.	0 — „
Total.	200,000 fr. „

Este hombre gasta 10,000 francos anuales, lo que hace exactamente 200,000 francos en veinte años. Es pues muy evidente que si no gasta más que lo suyo propio, que lo que le pertenece, no poseerá ya nada absolutamente á los veintinueve años.

Esta aritmética es muy sencilla.

Tenia.	200,000 fr. „
Ha gastado.	200,000 — „
Resta.	0 — „

(1) En la *France Juive* y en la *France juive devant l'Opinion* he citado la mayor parte de los Padres de la Iglesia acerca de esta cuestión. No creo deber insistir más sobre este punto.

Pero con la renta ó el interés del capital, este hombre gastará eternamente sus 10,000 francos anuales y si le hacemos morir á los sesenta años de disfrutarlos, habrá desembolsado, que digamos, 600,000 fr. »

Los herederos sucesivos, sin aportar un ochavo por sus bienes ó su trabajo personal, podrán gastar siempre también 10,000 francos anuales durante mil y mil generaciones, y deteniéndolas á la vigésima cuarta solamente, habrá gastado. 6.000,000 — »

Total. 6.600,000 fr. »

Ahora bien, esas personas no tenían ni tuvieron jamás de bienes propios más que 200,000 francos, á los que no han añadido un céntimo por su trabajo personal. 200,000 fr. »

Han gastado, pues, más de lo que tenían. 6.400,000 fr. »

¿Es esto evidente? ¿es exacto? Llámese esto renta, interés del capital, todo lo que os parezca, queda innegable un solo hecho.

Queda perfectamente demostrado:

1.º Que la fortuna total de vuestro privilegiado no era sino de. 200,000 fr. »

2.º Que su trabajo personal ha sido de 0 — »

3.º La fortuna de sus herederos sucesivos y su trabajo personal de. 0 — »

Total. 200,000 fr. »

Doscientos mil francos, ¿lo entendeis? ni un céntimo más. Luego, pues, los que no poseyendo sino 200,000 francos, y no habiendo ganado un céntimo de más por su propio trabajo, han gastado sin embargo 6.600,000 francos, han necesaria, inevitablemente tomado á otros los 6.400,000 francos que gastaron de más que no tenían (1).

(1) Esto es lo que el matemático Lhermitte resumía en una palabra hablando de la cuestión del interés que remunera perpetuamente una cantidad de trabajo una vez producido y que no se renueva más: «No puedo comprender que un esfuerzo definido produzca un efecto indefinido.»

Bossuet no admite la renta sino con la condición de comprometerse á no reclamar nunca el dinero cuya renta se os paga, con la condición que sea una verdadera compra en que el precio de la cosa comprada, es decir

Si, descendiendo de las alturas de la Teología, se consulta la Historia, se ve que la antigua Monarquía francesa, la Monarquía cristianísima, estaba constantemente inspirada, dentro de lo posible en las cosas humanas, en las enseñanzas de la Iglesia. Ciertamente que no había podido impedir muchos abusos y exacciones; pero, todas las veces que el Capitalismo, la Renta, había traspasado ciertos límites, la Realeza había dicho ¡basta! y enviado á los usureros á la horca de Montfaucon. Desde el siglo XIV, no por fanatismo, como lo supone M. Franck, sino por medida de salvación pública, había expulsado el Capitalismo haraposo del judío, que no podía creer volviera vestido con raso de Semblancay ó con encajes de Fouquet....

Al final de cada reinado la máquina se engrasaba algo, pero, al comienzo de todo nuevo reinado, había una *limpia* general; única palabra que expresa con cierta exactitud el carácter de la operación.

He referido la *limpia* que hubo á comienzos del reinado de Luis XV. Con el título: *La chasse aux Financiers sous Colbert* ha escrito Gustavo Rouanet una página de historia magistral que arroja nueva luz sobre uno de los más interesantes episodios del reinado de Luis XIV (1).

de la renta, pase incommutablemente á poder del vendedor.» E insiste acerca de esto, diciendo en su *Tratado de la Usura*: «No debe mirarse la renta como un provecho de mi dinero, sino como el efecto de una compra perfecta. Porque si quiero al mismo tiempo poder retirar ya la renta ya el precio por el cual la he comprado, es evidente que no hago una compra y que mi contrato tiene todas las propiedades de un verdadero préstamo; y lo que yo llamo renta tiene todas las propiedades de una verdadera usura, tal como la Ley de Dios la define y la prohíbe, ó esta prohibición no es mas que una palabra inútil.»

Acaso se diga: «¿Qué! ¿no se podrá comprar una renta temporal? Sí, dnda que sí; pero, comprándola, no debe esperarse ya á volver á ver el precio de la compra; de otro modo, se confunde todo, y se llama compra lo que, en efecto, no difiere en nada del préstamo.»

(1) *Revista socialista*, marzo 1887.

Además, todo es particular ahora. Los socialistas son los obligados á enseñar cuál era, en materia de hacienda, la manera de obrar de la Realeza á personas que declaran que la Francia está perdida sin la Monarquía y que en su mayor parte, no tienen la menor idea de lo que fué esta Monarquía.....

Cuando Colbert se encargó de la Hacienda estaba esta poco menos como ahora. Saqueábase el Tesoro por todos los medios y bajo todas las formas. Mientras que todas las aristocracias, la de cuna y la de talento, las personas plebeyas, los escritores, los artistas se arrodillaban en presencia de Fouquet, como se arrodillan ahora delante de los Rothschild, Colbert, el antiguo dependiente del *Long vestu*, conferenciaba con Luis XIV y le mostraba la espantosa exacción llevada á cabo por los hombres concusionarios contra los pobres que trabajaban. El gran rey comprendió al gran ministro y el 5 de setiembre de 1661, al mediodía, al salir del consejo en Nantes, d' Artagnan, capitán de los guardias tocaba á Fouquet en el hombro y le decía: «En nombre del rey, daos á prision.»

El superintendente tenía postas en todas partes, como los rentistas de Israel tienen en todas partes telégrafos, y teléfonos, y un ayuda de cámara de Fouquet, reventando caballos, pudo llegar á París y poner á seguro algunos valores; pero Colbert era el mismo diablo y supo más adelante dar con la hueca.

Ya encarcelado Fouquet, se publicó un edicto en noviembre de 1661, creando un Tribunal de Justicia, y los admirables considerandos de ese edicto puestos al frente de un decreto bastarian ahora para excitar el entusiasmo general á favor del gobierno, cualquiera que fuese, que vengara de este modo á la conciencia pública.

Un corto número de personas, se dice en él en nombre del rey, aprovechando la mala administración de nuestra Hacienda y valiéndose de medios ilegítimos, han levantado fortunas repentinas y prodigiosas, han hecho adquisiciones inmensas y dado públicamente escandaloso ejemplo por su fasto y su opulencia, y por un lujo capaz de corromper las costumbres y todas las máximas de la pública honradez. La necesidad de la época, la duración de la guerra nos habian impedido aplicar los remedios á mal tan peligroso; pero ahora que nuestros cuidados no son distraídos como lo eran durante la guerra, apremiados por el conocimiento particular que hemos adquirido de los grandes perjuicios traídos por estos desórdenes á nuestro Estado y á nuestros súbditos, y excitados por justa indignación contra sus causantes, hemos resuelto así por satisfacer á la justicia, y manifestar á nuestros pueblos cuanto nos horrorizan los que ejercieron en ellos tanta injusticia y violencia, como para impedir en lo venidero su continuación, hacer castigar ejemplarmente y con severidad á cuantos se pruebe haber malversado en el Erario y delinquido con motivo del mismo ó haber sido los autores ó cómplices de la depredación en él cometida de varios años acá y de los enormes crímenes de peculado que han agotado nuestra Hacienda y empobrecido nuestras provincias.

Un hombre de Estado honrado y previsor, deseoso de formarse un plan de conducta para lo venidero, deberá estudiar en Gustavo Rouanet la serie de las medidas tomadas para que los rentistas no puedan desnaturalizar ó disimular su fortuna. Lo esencial en semejante caso es no perder tiempo.

Dicenos Gustavo Rouanet que al objeto de permitir á los jueces encargados de las pesquisas la más rápida consecución de tales operaciones, mandóse que los individuos debieran estar dispuestos á suministrar *dentro de ocho dias* un estado justificado de sus bienes de 1635 á 1661. Dicho estado debia presentar, con la situación detallada y justificada para 1635 á 1661, un cuadro de las mudanzas acaecidas durante este período: herencias, adquisiciones en sus nombres ó con nombres supuestos, cantidades dadas á sus hijos, ya en matrimonio, ya en adquisición de cargo,—exigible todo dentro de los

ocho días.—“A falta de esto, decía el decreto, pasado este plazo, serán embargados todos sus bienes y destinados al ejercicio de sus cargos y se procederá extraordinariamente contra ellos como reos de peculado. Caso que despues de dicho embargo, no satisfagan en un segundo plazo de un mes, todos los bienes por ellos adquiridos nos quedan incommutiblemente adquiridos y confiscados sin esperanzas de restitución.”

Era de suponer que los que se conocieran amenazados acudirían para salir del apuro á ventas simuladas, substituciones, obligaciones antedatadas; pero Colbert lo habia previsto y calculado todo. El decreto declaraba nulas las ventas, obligaciones, cesiones, contratos, toda clase de transacciones, en una palabra, llevadas á cabo por los rentistas de 1635 á 1661. Además, el Rey, es decir el Estado, se atribuía primera hipoteca sobre todos sus bienes para las cantidades que se fijaran por la tasa de restitución.

Para conseguir Colbert su obra de justicia, se apoyó en el pueblo y organizó en todas partes un servicio de investigadores para que nadie pudiera escaparse.

Una amonestacion emanada del Tribunal de Justicia obligó á los fieles y parroquianos á participar la morada de los rentistas que hubiesen huido y el sitio donde hubiesen ocultado cantidades de dinero y efectos preciosos. Los vicarios y los párrocos debieron fulminar excomunion contra todos los que, sabiendo tales delitos, no los denunciaron.

Finalmente, «prohibióse á los gobernadores de las plazas fronterizas y capitanes de buques de guerra y mercantes que dejaran salir del reino á los rentistas so pena de ser ellos responsables en sus propios y privados nombres.»

Vigorous ejemplares revelaron al país fuera de sí de alegría que en Francia habia una Justicia. Los rentistas que poco ántes ostentaban con la mayor insolencia su lujo fueron enviados á galeras; otros fueron ahorcados como

Dumon, el intendente que se ahorcó delante de la Bastilla, debajo de las mismas ventanas de Fouquet.....

¿Sabeis qué produjo esta legía social emprendida con firmeza por un ministro patriota? *Seis mil millones.*

Calculad lo que produciría ahora una operacion de este género realizada en las monstruosas extorsiones judías que se han sucedido de cincuenta años acá solamente.

Cuando Colbert se encargó de la Hacienda, escribe M. Roanet, el Tesoro estaba sin un céntimo y el pueblo abrumado. Dos años despues solamente, habian disminuido los impuestos, aumentado la renta líquida de las contribuciones; se reembolsaban 120 millones de beneficios, habiase creado una marina y una industria cuyo padre fué proclamado Colbert, á pesar de denigrarle sistemáticamente los economistas.

Ante la historia merece un título todavía más glorioso que el de padre de la industria: el de Padre y Justiciero del Pueblo.

Con medidas análogas un Tribunal de Justicia, sostenido por el concurso de todo el pueblo, reconstituiría sobre bases nuevas la organizacion del trabajo, y sin perturbar más que á los ladrones, sin molestar al país, se aseguraría la paz social por muchos años.

Estas eran las ideas y estos los recuerdos que se venían á la mente cuando se supo que los Católicos iban á combatir otra vez en el terreno social. ¿Qué accion no era susceptible de ejercer en este mundo, entregado á todas las explotaciones, un grupo de franceses que podia declararse partidario de tan noble concepcion de la justicia social, que podia mostrar en el pasado monárquico de la antigua Francia tantos ejemplos de terribles castigos ejercidos en los parásitos y los rentistas!

Creo que no se hace más que consignar una evidencia confesando que el ensayo ha fracasado lamentablemente.

Los Círculos católicos se han agregado á tantas obras edificantes y honradas existentes ya en Francia, á los innumerables patronatos donde hombres llenos de abnegación se esfuerzan por preservar á los obreros, á los jóvenes de ambos sexos expuestos á tantos peligros especialmente las jóvenes en las calles de París; que no han determinado ninguna grande corriente de ideas, y no tienen, en realidad de verdad, más que mediana significacion social.

Dadle vueltas al programa en todos sentidos, interrogadlo en todas sus líneas, hallaréis en él innegablemente, muy laudable abnegacion á favor de la clase obrera, vivísimo deseo de obtener del legislador leyes que mejoren la condicion de los obreros; pero, al fin y al cabo, todo se reduce á palabras de resignacion: «No os rebeléis; llevadlo todo en paciencia; Dios os espera en el cielo, dispuesto á abrir la puerta del paraíso á los proletarios que hayan sido muy buenos, que no hayan pedido aumento de salarios y que hayan pagado siempre su alquiler ántes del medio dia.»

En vano se me acusará de exageracion. ¿Qué derechos aseguran á los obreros las piadosas cofradías, las comisiones de honor donde figuran, al lado de proletarios, representantes de las clases directoras?

Me complace en repetir que no hay cosa más tierna que las relaciones entre los afortunados de la tierra y los desheredados; nada más propio hasta para hacer desaparecer muchas prevenciones y muchos errores, pero todo esto no sale del órden del sentimiento.

No niego que el obrero, después de haber orado y cantado el domingo se encuentra el lunes más contenta el alma, pero no habrá obtenido la más leve modificacion en la ley de bronce de los salarios; no será menos su esclavo, y, añado, no será más libre el amo. La concurrencia contra la cual lucha, le impediría, por más que quisiera, cambiar

nada de los reglamentos acerca del salario y de las horas de trabajo.

Los miembros ricos de los Círculos católicos obreros me traen involuntariamente á la memoria los pájaros compasivos que vuelan al rededor de sus compañeros enjaulados; traen á los cautivos un poco de aire del cielo, les hablan, en una cancioncita, del campo, de los bosques, de los horizontes azules, pero no les pueden abrir la puerta y darles la llave de los campos.

Cierto que así como hay casas benditas para los criados, hay rincones momentáneamente felices como el Val-des-Bois dirigido por M. Harmel y donde todos viven en paz y union. Hánse encontrado allí todo un concurso de circunstancias favorables; el hijo de M. Harmel continua la obra de su padre y la entrada en aquella familia de M. Gabriel Ardant, uno de los hombres de nuestra generacion que mejor conocen la cuestion social y á quien un dolor tan terrible tiene abatido después de unos cuantos meses de dicha, parecia otra seguridad más para lo venidero. Pero finalmente, que los Harmel, por una ú otra razon, estén obligados á vender el Val-des-Bois y que un judío ó un franemason lo compre, ¿qué quedará de esta organizacion?

Supongo que el comprador sea el diputado Trystram, por ejemplo. Ese, como el Baudoux de Bélgica, el solidario cuya fábrica se ha saqueado, es uno de los que no ven en la fortuna sino la ocasion de hacer mal á las almas. En su diabólica mala conducta quiere quitar á los que explota hasta la esperanza de otra vida, la creencia en un Dios, el consuelo de un poco de ideal. La Cruz nos ha hecho saber respecto á ese diputado del Norte, que para obtener el apoyo de la Masonería, obliga á los obreros á insultar á Dios en el inmenso establecimiento para petróleo que posee.

Dicenos el valiente periódico que en ese establecimiento hay dada orden formal á todos los obreros, sin excepcion, de ir á trabajar los domingos. El lunes tienen libertad de trabajar ó no; pero si faltan el domingo, se les despide sin compasion. Ayer, á cosa de las cinco de la tarde, pasaba yo cerca de este establecimiento y oía blasfemar á los obreros.

Pasada una hora, reventaba una caldera y comunicaba el fuego á todo el edificio, brasero inmenso cuyas llamas se elevaban á cien metros de altura y parecían amenazar al cielo. Dos hombres quedaron carbonizados y algunos otros con gravísimas quemaduras en la cabeza y en las manos.

No quedan más que un monton de ruinas que humearán todavía muchos dias; es ya esta la segunda vez que este establecimiento Trystram se incendia en veinticinco años de distancia.

Es además el único establecimiento de este país donde los obreros están obligados á trabajar el domingo, ¿No es acaso una leccion que la divina Providencia parece dar á estos amos impíos y á estos obreros demasiado débiles?

Efectivamente, de vez en cuando ocurren espantosos accidentes. Los obreros, rendidos de fatiga, no tienen la fuerza de atencion necesaria, y la caldera revienta como en el mes de noviembre pasado. En tal caso, los amos francmasones, que están asegurados, se contentan riendo hasta que los obreros, lógicos al fin, dirán lo que los operarios belgas dijeron á Baudoux: «Ya que no hay nada más allá de esta vida, á que extenuarnos trabajando para asegurarte millones? ¡Arde y muere!»

¿Qué harían los obreros de Val-des-Bois si un nuevo amo les forzara á trabajar el domingo? ¿Qué derecho les aseguraría en tal caso el círculo fundado por ellos en ese establecimiento donde algunos de ellos están empleados de veinte años acá? Quedaríales, como á los obreros de Chagot ó como á los terrapleneros de París, pero por otro motivo, el recurso de declararse en huelga, y si quisieran pasar á vías de hecho y rebelarse, M. de Mun sería el primero en decirles que se estuvieran quietos.

¿De qué serviría una ley acerca del descanso del domingo, admitiendo que la votara la Cámara? ¿Acaso se aplican esas leyes? (1) ¿Acaso se ha aplicado la ley acerca del trabajo de los niños? Cuando un industrial ha contravenido un millon de veces la tal ley, se le condecora como al encerrador de Lockroy. A veces es el contraamaestre quien por humanidad viola la ley. Una mujer se presenta al contraamaestre y le dice: «Tenemos el invierno encima, no tenemos de que comer en casa; procurad pues que gane algo mi hijo que es un holgazán.»

Lo mismo sucederá con la ley acerca de los accidentes: cuando los obreros saben que si declaran contra el amo serán despedidos y que su familia pedirá pan, lo miran mucho.

Ningun riesgo corren los amos. Mediante unos cuantos centenares de francos pagados en moneda contante los jefes de lo contencioso de las compañías de seguros, se encargan

(1) Am cuando existía esta ley, no solamente no la aplicaban los Católicos en el poder, sino que castigaban á los jueces que querían aplicarla. En el segundo tomo del *Journal de Fidus* refiere Eugenio Loudun un episodio muy característico:

«El 15 de enero de 1880, escribe, vió la luz en la *Revue du Monde catholique* un artículo, bien escrito, acerca de los orígenes de la ley relativa á la *Observancia del Domingo*, y en el que se refería el hecho siguiente: El Procurador de la República de Foix, M. Salvagnac, creyó deber escribir á los jueces de paz y á los alcaldes de su distrito, invitándoles al cumplimiento de esta ley, y cerrar las tabernas próximas á la iglesia durante la celebración del culto. El Prefecto escribió en seguida á los alcaldes que no hicieran caso de la carta del Procurador de la República, envió un informe á París, y pasados diez dias, el Procurador de la República, estricto observante de la ley, recibía del ministro de Justicia aviso de su *revocacion*.

«Creeríase fácilmente que la medida esta se tomaria en este tiempo por los radicales que se han hecho nuestros amos y nadie se asombraría de que así fuera; pero no es así. Este hecho de persecucion religiosa, esta violacion de la ley, esta brutal revocacion de un funcionario que la queria hacer cumplir, es del período del ministerio del 16 de mayo de 1877, y el ministro de Justicia era entonces M. de Broglie.»

Digamos finalmente que el artículo era de M. Rollin de Clery, con lo que se consigna suficientemente la escrupulosa veracidad del hecho.

Nuestro excelente amigo Cornely tiene la especialidad de esas bromas funestas. Es innegablemente uno de los hombres de esta época que se habrán hecho más reír á sí mismos, pero su cómico tiene una esencia especial; es la jovialidad lionesa, siempre algo picaresca, como la de Gnafron, el Guignol de Lion que representa una *vis cómica* especial, una especie de *humour* nacido en las nieblas del Saone como el *humour* inglés en las del Tamesis. Cornely debe detestar á los Principes, pero sacia su odio sobre ellos de una manera original, acariciándoles vigorosamente á redopelo, con semblante convencido que no permite enfadarse y que parece producto de un dinastismo exasperado.

En efecto, no puedo creer que Cornely sea sincero cuando cubre al duque de Aumale de laureles con motivo de los pasos dados por miembros del Instituto.

Esto escribía yo á un miembro del partido conservador que me invitaba á no decir más la verdad, á entrar en el mentidero general: «¿De qué sirven artículos como los del *Gaulois*? ¿Creeis formalmente poder engañar á la opinión? Proscritos del 2 de diciembre, sin recursos, sin profesión, sin medios para ganarse la vida, han soportado los rigores del destierro del modo más noble y orgulloso; han rehusado la amnistia que les ofrecia Bonaparte, el señor Bonaparte, como se decia en casa de Victor Hugo. Aquí teneis un desterrado, sesenta veces millonario, á quien la residencia en el extranjero nada quita de sus comodidades y es él, es el Príncipe de la sangre quien se envilece hasta el extremo de hacer mendigar su gracia á un Floquet. Y en este momento os atreveis á hablar de la Casa de Francia y de las glorias de la antigua Monarquía; con motivo de esto

haber visitado al presidente de la República y darle gracias por haberle levantado el destierro (N. del T.).

sibarita á quien molesta una hoja de rosa, venis á pedir á los pequeños y á los humildes que renuncien á sí mismos y se sacrifiquen!»

¿A quién se espera, pues, engañar, repito? La gente vé todo esto tan distintamente como lo vemos nosotros mismos; lo comprende como nosotros, y esto demuestra la inutilidad de todas las imposturas escritas.

Boulanger es el único, de todos los pretendientes, que tiene alguna probabilidad.

Muchos de mis amigos me han fastidiado para que vaya á ver al general, pero me temo aparentar ir á solicitar un puesto, y la compañía, además, no es atractiva. Tengo muchos apuntes acerca de él y apuntes muy diversos, pero ¿qué sacaría de discutir de antemano un hombre que parece visiblemente señalado por el Destino para hacer mucho bien ó mucho mal? Puede escoger: de él depende ser muy grande ó muy miserable; es dueño de sí, y que creo que obran muy acertadamente nuestros buenos sacerdotes del Morbihan adoptando el prudente partido de celebrar muchas misas para que Dios le ilumine.

¡Qué papel más magnífico por representar es el suyo! Para ser grande, no es necesario que sea un genio: bastaría sencillamente formarse un firme propósito y decirse: «No seré un canalla. Los traidores que nos gobiernan han puesto en todos los empleos judíos alemanes ó naturalizados para entregarnos al estallar la guerra,—solo me rodearé de franceses cuyo origen haré comprobar con cuidado. Los malvados que están en el poder han comprendido que ante la Europa, casi enteramente coaligada contra nosotros, nuestra única probabilidad de salvacion seria la union; han organizado por todos los medios, por sus leyes, por sus periódicos, la guerra civil en el país; se han esforzado por di-

vidir á los franceses entre sí só pretexto que hay personas que van á misa y otras que no van—yo me esforzaré por restablecer la concordia; yo no perseguiré á nadie, dejaré libre á cada uno.»

Algo de esto ha dicho el general Boulanger en su proclama á los electores de la Charente; ha censurado á los diputados que rehusan fortificar nuestros puertos y que despilfarran nuestros miles de millones por ponernos en el caso de no poder resistir á nuestros enemigos.

La Cámara, que nada ha hecho, dijo el general, y que ni siquiera ha sabido poner en estado de defensa nuestros puertos mejor situados para resistir á un ataque, derrocha centenares de millones en empresas inútiles y sospechosas. Nuestros recursos, de los que ni un céntimo debiera gastarse sin absoluta necesidad, quedan arbitrariamente engullidos en el abismo de los fondos secretos ó criminalmente desleídos en un objeto el etoral.

Todo es mentira en el presupuesto como en las promesas hechas á los trabajadores. Los encargados de defender y hacer amar á la República parecen dedicarse á comprometerla haciendo de ella la propiedad de una faccion en detrimento de tantos franceses que tienen el derecho de reclamar su parte.

El general ha declarado no menos explicitamente que jamás perseguirá á nadie. A un telegrama que se le dirigió interrogándole acerca de esto, contestó:

La Rochela, 11 agosto 1888,

Contesto sin dificultad á vuestro telegrama. Sucida lo que que quiera, no haré jamás persecucion religiosa, porque, si la hiciera, obraría contra mi conciencia y mis intereses.

General BOULANGER.

Cierto que es poco esto, pero no debe olvidarse que todas las Logias están á sueldo de Alemania, que los caciques

del partido republicano empujan á la persecucion por obedecer á una consigna de Berlín y que los republicanos honrados, engañados por estos caciques, no advierten que solo Bismarck tiene interés en dividir la Francia por la guerra religiosa.

Cuando se publicaba esta declaracion en la *Cruz*, me escribía textualmente un oficial: «No temo por el general sino un accidente preparado por nuestros criminales políticos. Si no le matan, hará saltar á todos los golillas y botarates desde abordo.

Nosotros miraremos á los nadadores en la estela.»

Por rara coincidencia, aquel mismo dia, un desdichado probablemente excitado por agentes alemanes, disparaba cuatro tiros de revolver al general en la plaza de Saint Jean-d'Angely.

El dia antes los tribunales habian condenado á dos ó tres meses de cárcel á unos pobres diablos huelguistas, acusados de haber volcado un chirrion de arena; el hombre que habia hecho fuego contra un general francés era puesto inmediatamente en libertad.....

Digase el general, repito una vez más: «Seré un hombre honrado en el poder.» Agárrese á esta idea y todo le saldrá á pedir de boca..... Es más popular de lo que él mismo se figura; porque resume y encarna en sí el disgusto universal contra los Parlamentarios odiados de todos. Se ha dicho que pondria á la Cámara de patitas en la calle y esto basta para que dando los campesinos como ya hecha esta bella accion, se la desuenten de antemano, y agradezcan al general la sola intencion como si estuviera ya terminada le tarea.

He visto centenares de aldeanos embobados, delante de una lámina que representa el *Escobazo*. El general, de gran uniforme, ostentando sus condecoraciones, está en primer término, empuña la espada, y con soberbio ademán, expul-

sa del Palacio Borbon á los diputados que huyen dando indicios del más vivo espanto. Se reconoce á todos los más importantes personajes de la mayoría: unos ocultan precipitadamente papeles que serán informes dirigidos á las potencias extranjeras acerca de los experimentos hechos en nuestros arsenales; otros, sorprendidos en el momento en que contaban con sus cómplices, en que *vaciaban* (este nombre se da en el Palacio de las Ventas al reparto de los beneficios), meten ansiosamente sus carteras en los bolsillos de sus vestidos. Ferry, como es natural, ha sido el primero en recoger, como en el momento de Lang-Son, pero el temor, como sucede, ha paralizado sus piés, no ha podido mandar á sus piernas que adelanten; ha dado revolcones delante de la escena y se adivina que todos los fugitivos, llevados por irresistible pánico, van á pasar por encima del cuerpo del Tonkinés.

La vill', la campagne
 Ont soupé de vous,
 Bourgogne et Champagne
 Normandi', Poitou,
 Paris, la Province
 Demandent prompt'ment
 Que l'on vous évince
 Tous du Parlement.

Así dice el cantar que expresa los votos de la nación. Es evidente que Francia pide que se quiten todos; desgraciadamente los infames se la pasan bien y no tienen ganas de dejarse quitar.....

Cierto que es triste para una nación como Francia haber llegado al extremo de no esperar ya salvación sino de un hombre que, hasta ahora no ha realizado ninguna hazaña extraordinaria; pero cuando un pueblo tiene una esperanza

de este género, jamás se la quitaréis, porque no ha concebido esta esperanza sino después de haber sufrido mucho, después de haber adquirido la convicción de que solo allí está el remedio. Es la manifestación de un estado de ánimo. Se desea no solamente lo que Mercier ha llamado el *generalismo*, sino el *imperialado*; se pide un *imperator*, un amo, un jefe.

Todas las naciones han pasado por esta fase en un momento dado de su evolución. Es un error figurarse que un país puede elegir entre la Realeza y el Imperio: se está en Realeza ó en Imperio, como se está, según el curso del año, en verano ó en otoño, como se está, según el curso de la vida, en la edad madura ó en la vejez.

Una Realeza que no está provista ya de los órganos esenciales para su funcionamiento, que no descansa ya en las leyes de una herencia no interrumpida, que no tiene ya aristocracia, ni gerarquía de clases, ni vida municipal, es un Imperio, y la mejor prueba es que los Orleans no arguyen un derecho superior; piden la investidura al pueblo, al número. «El heredero de Hugo Capeto, dice muy exactamente M. Julio Delafosse, no aspira á más que á la herencia de César.»

En el fondo no se le censura al general Boulanger sino el no haber ido al Eliseo el día de la manifestación de la estación de Lyon y de tardar demasiado en desenvainar la espada.

«Creedme, mi general, desenvainad lo más pronto posible la famosa espada tan deseada de todos.

«Para humillar á la República actual, necesitaréis vadear un río como César. Es verdad que no es el Rubicon cuyas lípidas aguas se deslizaban hácia el Adriático, sino que es un río fangoso, algo como la *cloaca maxima* cuyos miasmas pestilenciales regalan agradablemente los nervios del

olfato de los hombres que ocupan el poder. Pasado ya el río, seréis el amo.

«En la completa decadencia en que nos encontramos, los Emperadores empujan de prisa; en Roma hubo hasta 30 al mismo tiempo entre los cuales muchos no os sirven. Hubo Póstumo, Ingenio, Victorino, Laeliano, Regaliano, Memor, Antonino, Cecrops y muchos otros; hubo Mario, un obrero herrero que dice la *Historia augusta*, no reinó más que tres días; negóse á dar la mano á un compañero de taller y este le mató con una espada que habian forjado juntos. Hubo también una emperatriz Victorina, llamada por los soldados *Maler castrorum*.

«Todos estos elegidos de la plaza pública ó del campo tuvieron bustos, retratos como los teneis vos, estatuas como las tendréis vos; el mismo emperador Mario, lo que me hace aceptar la version que pretende que reinó cinco meses, de setiembre de 267 á enero de 268, vive para nosotros en una piedra grabada del gabinete de Francia que nos muestra, ceñida con la tradicional corona de laurel, la más asombrosa cabeza de atontado que pueda imaginarse.

«A todos esos Césares se les han dado elogios ménos pasajeros que el que se os da en el *Intransigent* ó en la *Presse*, pues que viven aun en la piedra y los eruditos que los descifran llegan á los honores del Instituto. Se les ha llamado *Padre de la Patria*, *Restaurador del mundo*, *Gloria sæculi*, *Salus provinciarum*; se les han otorgado las 70 saluciones imperiales que, segun sabéis, se repetian cien veces ó cincuenta, como se rezan las letanias.....

Si os atreveis y, sobre todo, si ganais contra Alemania la primera batalla que será decisiva, pero que no nos sería imposible ganar sino estuviéramos vendidos,—cosa que depende de vos—tendréis todo esto mi general. Se jurará por Boulanger como se juraba en Roma por el Genio del Empe-

rador viviente; se os presentará á manera de Triptoleno como Claudio ó de Hércules como Caracalla el Germánico.....

¿Cómo es que la derecha, en la que se personifican tantas cosas respetables, tan excelentes personas, tantas creencias, tantos intereses esenciales, se ha degradado á necesitar de Boulanger para remover el país, cómo se ha reducido á ponerse á remolque de Boulanger, á no esperar sino en Boulanger?

Los hombres de la derecha han llegado á ser 210 en el Parlamento con 3.500.000 votos; el formidable poder de que dispone la administracion en Francia habia difícilmente llegado á asegurar 500.000 votos de diferencia á los republicanos colocados en todos los puestos, multiplicando todos los medios de influencia. Los 210 diputados comenzaron en un principio por dejarse diezmar y los que quedaron en número de 180 y de 175 despues han hecho menos que los Cinco del Imperio.

Y esto lo ha confesado un mismo miembro de la derecha pero de ánimo sincero y leal (1).

(1) También ha tenido Cornely el mérito de confesar la decepcion lamentable causada por los diputados de la derecha á los que les habian nombrado.

En 1885, escribe, por no remontarnos á épocas diluvianas, el sufragio universal se entregó á una manifestacion oposicionista formidable. Envio á la Cámara 210 anti-republicanos. Esta falanga fué diezmada por las invalidaciones y se redujo á 170 diputados.

¿Qué debian hacer estos?

Oposicion.

¿La hicieron?

¡No!

¿Hacian oposicion cuando votaban los presupuestos só pretexto de ser preciso que los funcionarios fueran pagados y estuviesen asegurados los servicios?

¿Hacian oposicion cuando se divertian sosteniendo al ministerio Rouvier y cuando nos tapaban la boca á los irreconciliables, diciéndonos que no teníamos el derecho de enmendar la plana á diputados, que éstos sabian

Los Cinco, bajo el Imperio, escribe M. Julio Delafosse en el *Matin*, nos enseñan lo que puede la resolución en los designios y la continuidad en la acción. Luchaban en condiciones las más desfavorables contra un gobierno al que habían jurado fidelidad. El gobierno imperial era poderoso y popular: la opinión descreditada y sin partido. Y no obstante, los Cinco combatieron con tenacidad de tal manera implacable que sus reivindicaciones inútiles abrieron brecha en las defensas del Imperio, y en las elecciones de 1869 las formaron con más de tres millones de votos. Ahora tenemos por blanco un régimen maligno, miserable, desconsiderado, cargado de las execraciones de todas las personas honradas, odiado por los mismos suyos, y, en lugar de acabar su ruina, que sería la libertad para todos, nos empleamos en asegurarle la vida. Los Cinco, en situación igual, abrirían tan ancha brecha, que en las próximas elecciones pasaría por ella el sufragio universal. Nosotros somos 175 que en lugar de marchar y disparar juntos, nos desmenuzamos hasta convertirnos en una especie de argamasa ministerial con la que se reparan las brechas hechas al gobierno de la República por la misma República. Si esto es todo el partido que sabemos sacar ahora ¿qué porvenir nos está reservado?

Los diputados de la derecha no han sabido ni reunirse

cosas que nosotros ignorábamos, que, para obrar, tenían ellos motivos que nosotros no sabíamos?

Al oírles, hubiérase dicho, que Rouvier negociaba con unos la vuelta del Conde de París y con otros la del príncipe Victor.

Pero no negociaba nada absolutamente.

Ni han obtenido nada. No han salvado ni un Fraile, ni una Monja, y se han dejado abozalar inútilmente.

¿Hacían oposición cuando á la caída de M. Grevy se divertían votando á favor del general Saussier, uno de los raros generales del ejército francés que pasan por republicanos?

Era aquel un voto republicano, es decir, un voto que, dado por ellos, no tenía piés ni cabeza, ni ton ni son.

¡No! ¡no! A todos debemos la justicia de declarar que si los republicanos han sido incapaces en el gobierno, los conservadores han sido incapaces en la oposición.

Desde 1885, sólo ha habido un hombre que realmente haya sabido hacer oposición, y este hombre es el general Boulanger.»

francamente á la República como se lo pedía Raoul Duval, ni hacer la oposición.

Un simple periodista de provincia á quien los conservadores con su egoísmo habitual se habían esforzado por cerrar la puerta del Parlamento, M. Thiebaud, ha hecho más que los 180 diputados; ha inspirado al general Boulanger la idea del papel que debía representar, ha visto á unos y otros, ha removido toda la Francia siendo él pobre y oscuro como es. Los miembros de la derecha se han puesto entonces humildemente detrás de Boulanger, le han enviado embajadores para sondearle, para saber si ellos figurarían en las listas.

¡Cuán aflictivo y lastimoso es esto visto de cerca!

Por cierto que esta parte de nuestro libro es la más difícil de tratar, y sin embargo debemos intentarlo.

Realmente son medianías los hombres de la derecha. He consignado ya la pobreza de lo que han dicho en los cuatro años llenos de tantos sucesos apropiados para inspirar la elocuencia humana. No ha habido ni una chispa, ni una de aquellas palabras inflamadas que pegan fuego á todo, ni uno de aquellos ultrajes que arrancan un rugido de ira á un ministro prevaricador, ni una evocación de la patria francesa de antiguos tiempos ante la Francia actual saqueada, vendida, entregada á los judíos. Aparte algunos discursos de de Mun que son verdaderamente inspirados, todo ha sido mera retórica, palabrería, abogacía; han hablado todos como hablan los abogados en el foro; han dicho lo contrario de lo que acababa de decir el que había perorado antes que ellos, y nada más..... (1).

(1) Cornely había sugerido á los hombres de la derecha, un medio de

La verdad es que esos políticos no creen lo que defienden. No tienen el Verbo porque no tienen el Pensamiento; no se les debe pedir la inspección de las cosas cara á cara, única nota característica de todo buen pensamiento en todo tiempo; están, como dice Carlyle, «en las insinceras hipótesis, las plausibilidades, los de oídas.» Opinan que la religión vale más que la irreligión, pero su alma no está llena de la idea de Dios.

En semejantes condiciones no se hace cosa que valga, ni aun cuando se exprese en frases bien escogidas. El hombre grande no es un hombre colmado de dones extraordinarios, sino un hombre ordinario que quiere cumplir resueltamente todo lo que Dios espera de él; sabe que hay una voluntad divina, una idea de Dios en el mundo y se esfuerza ingenua y sencillamente por corresponder á esta idea. El ser que tiene esta concepción es fuerte; en vano todos los Mackau de la Cámara le rodearán en los pasillos y le dirán: «¡Cuidado!» Y patatí y patatá... Pasa contestando cortésmente «¡Buenos días Mackau! Haced vuestros guisos á vuestro antojo..... Yo, voy á cumplir mi cargo.....»

realizarse algo y cerrar por un acto viril esta legislatura que ha defraudado tantas esperanzas.

El mejor procedimiento, decía, para obtener la disolución que ree'lama todo el país es imponérsela. ¡Haga dimisión toda la derecha!

Hasta hubiese sido de desear que los diputados de la derecha dieran á este acto el carácter de grandeza que cautiva á las almas. Habría aplaudido ver á los representantes atravesar París en corporación, vestidos con sus insignias, llegar juntos al Palacio Borbon y hacer leer por uno de ellos una declaración, no ampulosa, pero sí enérgica y sencilla: «Esta Cámara está podrida, sólo sirve para robar y traicionar á la patria, nosotros nos retiramos.»

Al salir, los diputados de la derecha habrían sido aclamados y los diputados republicanos recibidos á los gritos de «¡A la perrera!» Hubieran continuado dos ó tres días más yendo á las sesiones, pero la presión de la opinión pública habría sido demasiado fuerte y se hubieran visto obligados á desaparecer.

Conviene insistir en lo que hemos indicado ya. Esta falta de toda acción efectiva se explica mucho por la atmósfera especial creada por el periodismo.

En otros tiempos era necesario merecer la gloria, ahora basta pagarla. Va sin decir que todo periódico subvencionado por un grupo de diputados de departamento proclamará que los tales diputados son todos enérgicos, intrépidos, heroicos. La prensa conservadora de París glosa lo dicho y los hombres se duermen tranquilamente en aquel vapor de incienso.

Cuando aun no existía el periodismo comenzaron los reyes á vivir ó mejor dicho á morir en ese vapor artificial; ahora son los realistas.

Por lo demás el hecho se remonta á muy lejos. A contar desde Luis XIV, á quien el conde de Chambord llamaba «el primero de los Napoleones,» la apoteosis imperial, la pompa latina se sustituye á las relaciones cordiales y hasta á veces, impregnados de una familiaridad algo viva que los arios germanos habían guardado en sus relaciones con los soberanos como un recuerdo de la vida libre en los bosques de pasados tiempos.

El rey era antiguamente un compañero para sus camaradas de armas. ¿Quién no sabe la historia de Crillon y de Anbigné acostados al pié de la cama en el aposento de Enrique IV y conversando con su señor?

—¿Se ha visto jamás un rey tan villanamente alcornoque como el nuestro?

—Seguramente que no.

Intervino entonces el rey y dijo á d'Anbigné:

Mañana continuareis vuestra conversacion, porque ahora voto ya el chapiro verde, caigo de fatiga; dejadme dormir.

No nos figuremos semejante conversacion en el aposento del conde de Chambord.

Este lado humano era lo que hacía precisamente la fuerza de los reyes de antaño, y que interesa todavía á los mismos, porque nada le gusta tanto al pueblo como encontrar un hombre semejante á los demás hombres en un soberano que ha sido grande.

Siempre nos entusiasma ese rey que está echando demonios por la boca viviendo como partidario desde la edad de diez y seis años, que ha vivido en medio de las batallas y que, así que el cañon empieza á retumbar, desciende precipitadamente de caballo; pónese detrás de un árbol, desbrocha sus calzones apresuradamente, y muy luego despues vuelve á montar á caballo, y, como en Fontaine-Française, ya rey, realiza actos de loca temeridad, y se arroja con 200 compañeros en medio de todo un ejército español.

Aquí está el hombre: siente una impresion física, la vence porque es francés y se porta valientemente.

Imaginad que acogida os hubiese dispensado el conde de Vanssay, el conde de Blacas, ó el marqués de la Ferté si les hubieseis dicho hácia el año 1872:

—Creo que en último resultado el rey ensuciará algo su pantalon, pero estoy seguro de que andará.

—¿Cómo podeis proferir semejante palabra? ¡Nuestro rey tener miedo! ¡Qué blasfemia!

Y, en efecto, su rey jamás tuvo miedo; jamás se movió de su puesto; jamás supo lo que era peligro...

Para sus fieles ha continuado siendo lo que fué: una especie de personaje, no sobrenatural; pero extra-humano como las imágenes de los Santos sin ojos, sin formas y sin significacion que se venden en la calle de San Sulpicio.

Es evidente que para nosotros los santos son totalmente diferentes. Son traidores á su señor como san Pedro, locos por los placeres como san Agustín, impetuosos é irascibles capitanes como san Ignacio de Loyola, quien convertido ya,

y caminando para ir á encerrarse en un convento, sintió tanta dificultad en abstenerse de hender de la cabeza á los piés á un moro que había hablado mal de la Inmaculada Concepcion de la Virgen Santísima. Han vencido su genial depravado, pusilánime ó violento y precisamente esta victoria alcanzada sobre sí mismos les hace grandes á nuestros ojos.

No lo ven así los jefes del partido conservador; no tienen idea del esfuerzo que se necesita hacer para obrar, de la grandeza que hay en un hombre como Luis Napoleon llegando dos veces, en plena tranquilidad, acercándose á las tropas, exponiéndose á las balas y diciendo en Strasburgo y en Bolonia: «Soy el sobrino del gran Emperador y vengo á ocupar el trono de Francia.» Nunca han reflexionado en la resolucion que necesita un Barbés, un Blanqui, hasta un general Eudes, atacando bruscamente á un gobierno y diciéndole: «No os reconozco y voy á expulsaros.»

Apenas si comienzan hoy los conservadores á recelar que los Morny, los Persigny, los Maupas eran otros hombres que los Broglie y los Fourtou.

No son aficionados los conservadores á esos análisis, porque es evidente que nada se obtiene sino por el Sacrificio. Dadle vueltas á la situacion en todo sentidos, mirad á derecha ó izquierda, es evidente que el sólo hombre que puede ejercer accion, sea la que fuere, es el hombre que dice: «Mi sacrificio está consumado. Estoy dispuesto á todo; he mirado de frente la hipótesis suprema: la Muerte, y la acepto de antemano.»

Cuando hablo de sacrificio, adivinan mis lectores que me domina una idea: el pensamiento de la Víctima Santa que murió por la salvacion del género humano, del hombre-Dios cuyo sacrificio del altar nos recuerda todos los dias la inmolacion voluntaria.

No me detendré en esto. Semejantes meditaciones son

para el santuario y estarían fuera de su lugar en este libro demasiado humano. Apenas si podemos sondear el misterio de Amor que contiene la agonía del Golgota, hundida la frente en el polvo, el Viérnes Santo, cuando por la oración estamos muy unidos al que quiso padecer por nosotros el horrible sacrificio de la cruz.

El mismo protestante Carlyle ha tenido este sentimiento de respeto: «El más grande de todos los héroes, dice, es Uno.—Uno que aquí no nombraremos. Medite un silencio sagrado esta materia sagrada.»

Váyase sin decir pues que lo que acabamos de pensar arriba con mis lectores nada tiene que ver con lo que voy á decir, por ser un órden de ideas totalmente distinto...

En el órden humano no se obra sino por la voluntad, con la condicion de que esta voluntad vaya hasta querer morir, lo que naturalmente le da la ventaja sobre la voluntad de los demás, que quieren vivir.

Todo hombre que está decidido á morir puede obrar sobre los sucesos. Detrás de todos los sucesos hay un hombre que está decidido á morir.

Indudablemente, muchas causas han hecho que Italia, potencia de tercer órden pocos años há, sea más influyente ahora en los consejos de Europa que la Francia y pueda prodigar las humillaciones al país que la libertó. Pero, entre todas estas causas, hay una que no es la menos importante de todas. Háse encontrado un hombre que un día habló consigo mismo: tenía su cartera llena de billetes de banco, era de noble raza, jóven aún, elocuente, amado de las mujeres: una mañana, en Londres, hizose á sí mismo esta pregunta: «Vamos á ver; ¿estás resuelto á morir?» Y se contestó: «¡Sí!» Tomó entonces un coche y fué á examinar la guillotina del Museo Tussaud para saber cómo se moría cuando se moría guillotinado, é inmediatamente partió para París. Este hombre se llamaba Félix Orsini...

Nadie es capaz de expresar lo que pesa en la balanza del Destino una vida voluntariamente dada por una idea. Son raras las individualidades capaces de arrancarse violentamente del corazón el amor á la vida. El niño afronta el peligro porque no sabe; el anciano toma infinitas precauciones por conservarse; á medida que el sér ha echado más profundas raíces en la humanidad, le tiene mayor apego. Los pueblos jóvenes, según lo consignábamos en uno de los primeros capítulos de este libro, producen mártires, héroes, seres de sacrificio; pero pocos de estos producen los pueblos viejos.

Y es que en el fondo es dura de tomar la determinación y la lucha es muy dramática. El hombre tiene un objetivo soberbio, glorioso: defender sus creencias, combatir por sus convicciones, pero tiene también un subjetivo terrible un subjetivo de plomo que le clava en el suelo y no le deja mover. Como el prisionero del baron de Adrets, adelanta hacia el borde de la torre, mira el espacio para consultarlo, y retrocede murmurando: «¡Cáspita, qué salto!»

Está visto que el miedo de morir priva particularmente los movimientos humanos. Es el fiador del revolver: este está cargado, solo pide soltar el tiro, pero el fiador lo priva todo.

El hombre se dirige entonces discursos á sí mismo, y, por cierto, habría una curiosa página de psicología si se escribiera acerca de todo lo que puede un hombre argüirse para no obrar y duplicar mediante cierta lógica su instinto de conservación. Los médicos han atribuido á una causa pueril la muerte del conde de Chambord; yo distingo muy bien la verdadera causa; yo adivino cómo el estómago acabó por gastarse por las trepidaciones interiores, por la repercusión del eterno combate dado arriba en el cerebro que no podía llegar á dar una órden al cuerpo, á decidir á que examinara la bestia.

¡Cien millones! Confesemos que hay aquí cierto manejo, y que, en este punto las cosas, el pirata de Bolsa acaba por parecerse al *conquistador*. ¡Qué contraste en ese aplomo, en esa marcialidad de rentista triunfante y la actitud de un Mun cuya familia está en Francia mil años há y no se atrevería á contar y poner uno á uno en rollo, citándolos por su nombre, los grandes ladrones judíos de París!

Acerca de esto debe consultarse siempre al pintor tan intuitivo y tan profundo del alma humana, á Carlyle, á quien leía yo en los bosques, este verano, con tanto fruto para perfeccionar mi método y tanto provecho para el engrandecimiento de mi inteligencia. El os dirá que lo que constituye el *mayor-valor* del hombre, es la disminucion en el mismo del Temor.

acaba de dar 100 millones á los diferentes establecimientos de caridad israelitas de Europa.

«Se distribuirá esta cantidad entre las obras israelitas á prorata de sus necesidades y del número de indigentes que sostienen.»

Al enviarme este recorte del *Figaro* un empleado de comercio que me escribía en nombre de un grupo de sus compañeros una carta llena de sentimientos elevados, haciame notar que detrás de estas líneas, como contraste á ese donativo de tan despreciativo desden para el *Goyim*, se leía el grito de dolor de nuestros desdichados obreros franceses: la *Cancion de Juan Miseria*:

¡Décharné, de baillons vètu,
Jean Misère s'est abattu
Au coin d'une impasse!
Dans sa douleur il s'ecriait;
¡Ah! mais,
Ça ne finira done jamais!

Si creéis que este pensamiento evitará que la aristocracia acuda á casa Hirsch cuando se digne volver á abrir las puertas del palacio de la calle del Eliseo, os equivocais miserablemente. Fuera de esta, tiene Hirsch la especialidad de las insolencias despóticas contra los franceses. A uno de los jefes del partido legitimista haciame contestar con motivo de un proyecto de matrimonio para su hijo Luciano muerto despues: «Soy bastante rico para mantener á la hija, pero no quiero mantener al padre.»

Todavía *vale* hoy el *valor* (*Valour is still v-lue*). El primer deber para un hombre, es tambien el de subyugar el *Temor*. Necesitamos llegar á ser francos de *Temor*; hasta entonces no podemos obrar de ningun modo. Los actos de un hombre son serviles, no verdaderos, pero especiosos; hasta sus ideas son falsas, piensa tambien como un esclavo y un cobarde hasta que consigue poner el *Temor* debajo de sus piés. Para un hombre es una necesidad el ser, un deber y una necesidad, el ser valiente; una necesidad el ir delante y cumplir como hombre, confiándose imperturbablemente á la designacion y eleccion de los Poderes del cielo; y, en resúmen, no temer absolutamente. Ahora y siempre, el grado más ó ménos completo de su victoria sobre el *Temor* determinará la medida en que es hombre.

Desde la Revolucion, los representantes de las clases elevadas, hasta los hombres de abnegacion y de virtud, viven en perpetuo *Temor*; no digo en Miedo, nótese bien; de Mun no es hombre que tenga miedo; digo en *Temor*.

Miedo y *Temor* no son lo mismo. El Miedo es una impresion instintiva del todo, un movimiento físico del todo; el *Temor* es un estado de ánimo, una disminucion del poder activo del ser, casi una enfermedad mental. El Miedo puede vencerse: créese oír pasos en la oscuridad, de noche, en su jardin, se va allá, y se ve que es una hoja que cae; pero difícilmente se cura el *Temor*.

Preguntad á Católicos, muy animosos personalmente, qué es lo que temen, y os contestarán, modificando algo el verso de Rasine.

Je crains tout, cher Abner, et n'ai pas d'autre crainte.

En resúmen, el socialismo católico, en Francia á lo menos, se reduce á una benevolencia innegable á favor del obrero, á un deseo muy real de aliviar sus padecimientos por la Caridad, pero con la condicion de no cambiar nada en el orden social actual. Los Católicos parece que obedecen á

imperiosa necesidad de dar la guardia alrededor de una sociedad que es la negación de todos sus principios; ejercen con convicción, en provecho de la Fracmasonería, que les escarnece, una especie de policía superior destinada á mantener tranquilos á los proletarios hablándoles del cielo. En este punto de vista se ha podido decir que el fundador de los Círculos obreros no había cambiado de estado, que había permutado solamente dejando los coraceros para entrar en la Guardia civil.

Todos los jefes son por el estilo (1). Debe leerse el discurso acerca de las *Relaciones de la propiedad y del trabajo*, pronunciado el 10 de mayo de 1887 en la primera sesión de la décima sexta reunión de los Católicos por M. Chesnelong, que es ciertamente uno de los mejores hombres que ha visto el mundo. Este discurso que no tiene menos de diez y seis columnas del *Monde* (2), es una obra extraordinaria y un verdadero esfuerzo poder hablar tanto tiempo sin llegar á una realidad.

Es evidente que el orador no se forma idea de la situación económica actual; no se ha tomado la molestia de leer Karl Marx, Lassalle ó siquiera la *Quinta esencia del socialismo* de Schefle; habla del Capital como Mably hablaba de los reyes francos vestidos de pieles de bestias y de sus salvajes amores. «Si yo conociera, hace decir el historiador á una reina bárbara dirigiéndose á Childerico, un héroe más

(1) Debe exceptuarse el R. P. de Pascal quien, en un folleto: *la Juiverie*, cuya sensación ha sido tan viva, ha abordado resueltamente el problema social y demostrado la imposibilidad para una sociedad de existir con parásitos que, sin producir, gasten continuamente el dinero producido por el trabajo ajeno. Véase también el volumen intitulado: *Al pueblo por el sacerdote Hatispe*, y un opúsculo: *del Obrero y del respeto por el abate Fesch*.

(2) *Monde*, 13 mayo 1887.

ilustre ó un hombre más bizarro que vos, iría á buscarle hasta los confines del mundo.»

Si M. Chesnelong no ha leído Karl Marx, parece, que no ha leído mucho más el Evangelio y los Padres de la Iglesia. En efecto, sin esfuerzo y sin sacar de lo dicho por san Crisóstomo y san Basilio conclusiones comunistas, es innegable que los doctores más cercanos por la época de las tradiciones al Salvador, no tuvieron prevenciones favorables para los ricos, hasta fuera del uso que hacen de sus riquezas.

Cuando Nuestro Señor dice: «Más fácil es que pase una soga por el agujero de una aguja que entrar un rico en el reino de los cielos,» no habla de un mal rico, sino de un rico que practica los mandamientos y distribuye abundantes limosnas.

Santiago se dirige á todos los ricos cuando escribe:

¿No escogió Dios á los que eran pobres en este mundo para ser ricos en la fe y herederos del reino que prometió á los que le aman?

Vosotros, al contrario, habeis afrentado al pobre. ¿No son los ricos los que os tiranizan, y no son esos mismos los que os arrastran á los tribunales?

¿No es blasfemado por ellos el buen nombre de Cristo, que fué sobre vosotros invocado?

Ea, pues, ó ricos, llorad, levantad el grito, en vista de las desdichas que han de sobrevenirnos.

Podridos están vuestros bienes; y vuestras ropas han sido roídas de la polilla.

El oro y la plata vuestra se han enmohecido; y el orin de estos metales dará testimonio contra vosotros, y devorará vuestras carnes como un fuego. Os habeis atesorado ira para los últimos días.

Sabed que el jornal que no pagasteis á los trabajadores que segaron vuestras mieses, está clamando contra vosotros; y el clamor de ellos ha penetrado los oídos del Señor de los ejércitos (1).

(1) Epístola de Santiago, cap. II, v. 5, 6, 7; cap. V, 1 y 2

Muchos siglos despues, Bourdaloue, que no es ciertamente un predicador de guerra social, se detiene, ansioso, ante la constitucion de ciertas propiedades y dice: «En el origen de las grandes fortunas hay cosas que hacen temblar.»

Con Chesnelong cambia la antífona: los títulos de rentas le parecen títulos para el comienzo de canonización y encontramos otra vez las *privaciones meritorias* del filantrópico Schulze (de Delizch) (1).

Segun el orador del congreso católico, la propiedad individual es «el mismo Derecho en acto.»

Vaya con Dios; pero ¿qué entiende V. señor Chesnelong, por la propiedad individual? V. me dice:

En el sistema de la propiedad individual, el trabajo anda

(1) Todos conocen el famoso folleto de Lassalle: *Capital y trabajo*, ó *M. Bastiat-Schulze (de Delizch)*.

Este Schulze (de Delizch) personificaba un tipo bastante comun entre los Protestantes y que se encuentra frecuentemente en el este de Francia, el fabricante liberal, el negrero sentimental, el verdugo bienhechor. Explota á los trabajadores más duramente que los demás, pero se emboza con la capa azul del filántropo; hace edificar ciudades obreras en terrenos invendibles y presenta esto como acto de munificencia. Escribe en revistas de economía política, compra algunas acciones de un periódico grave como el *Temps* y se hace elogiar en él. Cuando no puede llegar á comprenderse á sí mismo, se agrega, como Menier, un joven escritor necesitado y le encarga que escriba por él.

Sea como quiera, ese Schulze (de Delizch) no estuvo felizmente inspirado agregándose á Lassalle. Comprendeis que cuando el judío tiene el refuerzo de un extravagante y artista como en Lassalle y quiere decir la verdad acerca de todas las imposturas de los economistas modernos, no es bueno discutir con él. Nótese el desdichado Schulze (de Delizch). El judío de ánimo terrible coje por el cogote al protestante *integrista*, le revolcó en sus sofismas, en sus gazonerías, le abrumó á equivococ, le embadurnó de epigramas, le desmenuzó con chistosa ferocidad, que excitó en toda Alemania universal y estrepitosa carcajada. Jamás hubo ejecución más completa.

Comme l'eau qu'il secoue aveugle un chien mouillé,

La lluvia de sarcasmos que le caía encima á derecha é izquierda anonadó literalmente al pobre Schulze que, aterrado, no se atrevió á chistar.

hacia la conquista de la propiedad, y cuando, á fuerza de fatigas, á fuerza de cuidados, á veces á fuerza de *privaciones muy meritorias* (1), ha hecho esta conquista, el hombre la guarda se fija en ella, en cierto modo; la guarda para asegurar la seguridad y la independencia de su vida y las de su familia. La propiedad individual es pues, en realidad de verdad, una consolidación de trabajo anulado, y descansa en el principio de estricta justicia que si uno es dueño de su trabajo, se es también dueño de los frutos de este trabajo. Y á la manera que el hombre se sobrevive en su posterioridad, debe sobrevivirse también, en provecho de sus descendientes, en la propiedad que ha conquistado por su trabajo. Es la herencia, y no es menos sagrada que la misma propiedad personal; porque descansa en el principio de que los hijos son la continuación del padre y que no pueden ser desheredados de los sudores que el padre, más cuidadoso de ellos que de sí mismo, derramó á menudo en su servicio. (*Muy bien, y aplausos*).

(1) ¡Ya pareció! Hé aquí «las privaciones meritorias» que Chesnelong amontona del equipage de Schulze, cuando debiera haberse inspirado en la doctrina católica para hablar del modo más magnífico de los principios verdaderos en que se funda el derecho de propiedad.

La contundente réplica de Lassalle al Protestante Schulze puede aplicarse al Católico Chesnelong.

«El provecho del Capital es el *salario de las privaciones!* ¡Frase feliz, sin precio! Los millonarios europeos son ascetas, penitentes indios, stilistas que, con un pié en una columna, descolorido el rostro, inclinados hacia delante los brazos y el cuerpo, tienden su platillo al pueblo para recoger el salario de sus privaciones! La casa Rothschild se levanta del centro del grupo santo muy alto, por encima de sus co-penitentes, como primer asceta y mártir. ¡Hé aquí el estado de la Sociedad! ¿Cómo he podido desconocerlo hasta este punto?

¡Cuán pródigos y libertinos serán esos trabajadores, á no ser que secretamente tengan queridas, palacios y casas de campo donde celebren sus orgías, ya que no cobran ningun *salario de privaciones*.

Pero, chanza aparte, porque no es posible chancear aquí y la chanza más amarga estalla involuntariamente en abierta rebelión; ya es hora y mucho de interrumpir la voz de esos castrados por el canto de un robusto bajo. ¿Es posible—mientras suceda con el provecho del Capital como lo hemos ya sufcientemente demostrado y lo demostraremos todavia más completamente, mientras que el Capital es la esponja que chupa todo el escendente del trabajo y todo el sudor del trabajador, no dejando sino lo indispensable para su existencia—es posible que se tenga el valor de calificar en presencia de los trabajadores el provecho del Capital de *salario de privaciones* de capitalistas que se maceran? ¿Se tiene el valor de

No deseo desheredar á ningun hijo «de los sudores de su padre,» pero finalmente, cuando el empréstito para la liberación del territorio, los Rothschild ganaron, en una semana, 450 millones. Dificilmente me haréis creer que pudieron sudar en 8 días para 450 millones. Entonces sería esto un caso patológico.....

En plena Cámara ha contado M. Sourignes la historia de cierto empréstito de Honduras, del que seguramente ha oído hablar M. Chesnelong. Habíase hallado medio de tomar á préstamo para un país de 500,000 habitantes, país árido, sin industria y sin cultivo, donde jamás ha podido arraigar un árbol, 187 millones de los que los Bichoffsheim, los Scheger y los Dreyfus se han metido en el bolsillo 140 millones.

Trabajo os costará hacerme aceptar, mi querido señor Chesnelong, que «á fuerza de privaciones meritorias» ni siquiera á fuerza de sudores, hayan podido llegar esos huecos de judíos á *fixar* segun vuestra frase, esta conquista de 140 millones.

¿Admitís que esos 140 millones, así robados, constituyen lo que llamais: «una consolidación del trabajo acumulado?»

No obstante, ¿se han producido estos 140 millones por personas que realmente han sudado? ¿Con qué derecho expropian los judíos á esas personas de su sudor? ¿Por qué, en vuestro discurso, os enfurecéis contra los socialistas que quieren modificar las condiciones de la propiedad individual, pero que tienen á lo menos la excusa de trabajar,

echar públicamente al rostro de los trabajadores, de los infortunados proletarios, esta burla, este sarcasmo incalificable? ¿Ya no existe pues enteramente la conciencia y ha huido la vergüenza á refugiarse en las bestias?

segun creen, en interes de todos; y por qué no decís una palabra de los que arrancan cada día esta propiedad individual á los demás, únicamente por satisfacer su propia codicia y su necesidad de lujo?

He dicho que nuestros padres, para no verse así despojados, acostumbraban limpiar de vez en cuando al judío y hasta quemarle, para quitar á Israel todo deseo de comenzar otra vez. ¿No lo recordais?

Al solo nombre de judío veríais perturbarse á M. Chesnelong, quien ha hallado medio para no pronunciar una sola vez en una conferencia acerca de la Propiedad y del Capitalismo, cosa más difícil que un juguete de muñecos. Y no es que ande más metido entre los judíos que de Mun, pero está convencido tambien, de que se le caería encima el techo del salon si abordara esta materia que ha servido de tema vital entre los cristianos por espacio de muchos siglos. Semejante á un hombre que quisiera meter Nuestra Señora de París dentro de un pañuelo, se imagina cándidamente que se pueden rasgar páginas enteras de la historia de la Humanidad, hacer olvidar los Concilios, los Autos de fe, los Dominicos, la Inquisición.....

¿Para qué sirve esto? ¿A quién espera engañar con todas estas retencencias, esas pretericiones, esas habilidades tan mal urdidas?

Compréndese que se procure dejar entre medias tintas alguna aventura, más ó menos probada, sucedida á algun sacerdote de antiguos tiempos, pero jamás tuvo la Inquisición nada clandestino. Que yo sepa, no se celebraban los Autos de fe en subterráneos; celebrábanse á la luz del día, debajo de los rayos del sol, entre el canto de los himnos, al rumor de las campanas echadas á vuelo. Fuera menguado

recurso disculpar esos hechos anotándolos en la cuenta de los tiempos bárbaros: los Autos de fe se celebraban cuando España tenía sus más valientes caudillos, sus más atrevidos navegantes, sus más sabios teólogos, sus más ilustres poetas, sus más famosos artistas, cuando sus grandes hombres se llamaban Pescaire, el duque de Alba, don Juan de Austria, Farnesio, Hernán Cortés, Pizarro, Cervantes, Calderón, Lope de Vega, Alonso Cano, Velazquez, Murillo.

Es un hecho social que debemos tomarlo tal cual es. Los españoles dijeron á los judíos y á los judaizantes: «No queremos sistema judío: no queremos ser reducidos á la esclavitud; no queremos trabajar para procuraros riquezas.»

Además, la mejor prueba de que era este el comun sentir general, es que aún ahora, á pesar de todos los Baüer, ningún español, sea quien fuere, trabaja la décima parte de un obrero parisien, lo que explica que nuestros vecinos estén todos en robusta salud. Jamás, sino en Cartagena, se ha podido reunir una muchedumbre industrial regular, y su primer cuidado fué pegar fuego á la ciudad.....

Los Dominicos, que se pusieron al frente de la Inquisición, fueron pues al propio tiempo que excelentes religiosos, verdaderos patriotas, los dignos precursores de los frailes heroicos que debían defender á Zaragoza contra los soldados de Napoleon.

Cierto que los Inquisidores no fallaron por sí mismos ninguna sentencia de muerte, pero no convendría llevar este argumento hasta la gazmoñería como los camanduleros de la escuela liberal; cuando los jefes del Santo Oficio entregaban un judaizante al brazo secular, presentían algo lo que le iba á suceder.....

Conviene decir que jamás hubo procedimiento de más admirable equidad, de más minuciosa circunspección; jamás tribunal alguno tomó tantas precauciones contra un

error posible, ni jamás se extremó tanto el respeto de los derechos de la defensa (1).

Acerca de esto discutiremos, ámpliamente, con los infames apologistas del Tribunal revolucionario, con los que en los Manuales que imponen á nuestros hijos no tienen una palabra de censura contra el asesinato de tantos franceses. No tomaremos relaciones disputables sino los mismos extractos de las sesiones de tribunales revolucionarios, los seis tomos de Wallou, por ejemplo, que solo se ocupó de París; bastará hojearlos para que salgan de ellos, áridos y frios en apariencia, episodios que hacen estremecer la conciencia humana, degüellos de doncellas, de ancianas matadas por un nada, por haber guardado en su casa una imagen de la Virgen, por haber tenido un ataque nervioso en un banco de las Tullerías, cerca del puente Tournaut, pensando en las ejecuciones que se llevaban á cabo á pocos pasos de allí.

Bajo este punto de vista, recomiendo una escena muy hermosa más bien esbozada que referida extensamente en el *Univers* (2).

Uno de los mejores escritores modernos de España, doña Emilia Pardo, condesa de Bazan, autora de una hermosa *Vida de san Francisco de Asís*, quiso ver, algunos años há,

(1) Citaré un caso entre mil. Prohibía absolutamente la Inquisición tener en cuenta ningún propósito formado en la embriaguez ó siquiera en un arranque de ira que hace al hombre irresponsable. El Tribunal revolucionario, al revés, miraba la embriaguez como circunstancia agravante y condenaba sin compasión á los desdichados borrachos culpables solamente de haber proferido algunas palabras impropias, considerando «que la embriaguez no causa desarreglo en el fondo moral del hombre, sino que absorbe solamente la reflexion y la presencia de espíritu necesaria para disimular.» ¿Es bastante jacobino este considerando? Para los jueces de aquella época, ser borracho-muerto era una verdad; el que se achispaba, corría peligro de muerte.

(2) *Univers*, 23 de octubre de 1887.

á Victor Hugo, y el poeta la habia recibido con la sencilla y magnífica amabilidad que le era habitual; habia hablado á su visitante de España, que él habia recorrido cuando niño en compañía de su padre; pero, por complacer á algunos estropeados radicales presentes, censuró discretamente la Inquisición.

La señora de Bazan rectificó los errores del poeta acerca del particular y le mostró los servicios prestados al país por la patriótica institución cuyo desarrollo habia coincidido con la grandeza de España.

De repente, la señora de Lockroy que es, creo, de origen judío, dirigióse á la extranjera, y, con mal gusto perfecto además chilló:

—Señora, ¿acaso aprendió V. la historia en los Dominicos?

Levantóse la española y mirando de hito en hito á la mal educada, le dijo:

—No he tenido la honra de aprender la historia en los Dominicos, porque, entonces, la sabría aún mejor de lo que la sé. No obstante, la sé lo suficiente para no ignorar que hubo entre vosotros, hace menos de un siglo, un Tribunal revolucionario que excedió todos los horrores falsamente atribuidos á la Inquisición que jamás cometió más que actos de justicia. La Inquisición no tiene que echarse en cara crímenes comparables al asesinato de Andrés Chenier (1).....

(1) Cuando la condesa de Bazan encuentre en España judíos de estos disfrazados de apóstoles de la Civilización y del Progreso, que rondan por su país para arruinarlo, traicionarlo y entregarlo al extranjero, no tiene sino que remitirlos á la obra de Wallón, nada sospechoso, porque es el padre de la Constitución actual. Pregunte pues á estos partidarios de la gran Revolución que piensan de la ejecución de primario año II en la que se guillotiné al mismo tiempo que á 24 artesanos y labradores, 2 muchachos de 14 años y otros dos de trece años. Uno de ellos, atado ya en la

La señora de Lockroy se sonrojó algo ante esta lección merecida y el rostro pálido y ordinario de Simon llamado Lockroy se contrajo en una mueca atroz. El poeta, que despreciaba á Lockroy más aún de lo que él le detestaba, estuvo embelesado toda la velada á favor de la valiente española.

El autor de *Ruy-Blas* no vivió bastante para conocer á Allmayer, pero habia oído hablar de Erlanger y en su foro interno, juzgaba sin duda que los españoles no eran tontos cuando en lugar de matar á un poeta como Lope de Vega así como la Revolución mató á Andrés Chenier vestían el sambenito azufrado á los grandes ladrones judíos de su tiempo.

Quizás se me pregunte, al terminar este capítulo, cuál

había, pero que no tenía debajo de la cuchilla más que la cima de la cabeza, dijo al verdugo: «¿Me harás mucho daño?» Carrier fué en coche á ver aquella escena, pero el verdugo murió de espanto el día siguiente. (Véase Taine. *Orígenes de la Francia contemporánea*, tom. III, pág. 288).

Tengo, además, á disposición de la señora de Bazan montones de hechos de este género. Para inspirar todavía más el odio al Jacobino, habíamos pensado, M. Carlos d'Hericault y yo escribir un libro dedicado únicamente á las humildes víctimas, á los pequeños, no á los que murieron por haberse más ó menos mezclados en el hecho, sino á los que fueron degollados sin ningún motivo, á ancianas jóvenes no nobles, caritativas, que jamás comprendieron por qué se las mataba.

La señora de Bazan debe explicarse que estando por completo la prensa republicana francesa en manos de los judíos no tenga sino maldiciones contra la Inquisición y adulaciones para los verdugos de '93. Hay un tal Aulard, que, por no tener profesión, se ha imaginado lamer en la *Justice* la sangre que dejaba manchas de óxido en las antiguas guillotinas; se le ha dado una cátedra en la Sorbona para que pueda emprender en pleno París el elogio del régimen que produjo José Lebon, Fouquier-Tinville y Carrier.

Estas escenas de canibalismo son las que van á celebrarse en todos los tonos los republicanos de la clase media, que disfrutan de sus deshechos: durante el año 1889. Después de lo cual se les guillotinará á ellos mismos, y estará bruscamente bien hecho.....

es la solución que yo propongo para acabar con una situación preñada de amenazas.

Solo descubro una solución, y la he propuesto siempre sin rodeos.

Como francés, profeso verdadero culto para los que habían creado esta Francia de antaño que era la primera nación de Europa, para reyes como san Luis, para ministros como Colbert.

¿Qué hizo Colbert, á ejemplo de otros tantos primero que él? Detuvo á los que se habían enriquecido á expensas del Estado y les forzó á devolverlo.

¿Qué había hecho san Luis para organizar los trabajadores? Había llamado á Estéban Boileau, le había instalado en palacio y había mandado comparecer en su presencia los viejos de cada profesion. Despues de discutir, escribióse en pergamino lo que parecia justo á todos y así se redactó el código del trabajo que ha durado siglos.

Imitemos á san Luis y á Colbert. Encarcelemos á 300 individuos judíos, católicos ó protestantes de nacimiento, pero que se han enriquecido todos por el sistema judío, es decir por operaciones rentísticas. Obliguémosles á restituirnos los miles de millones robados á la colectividad contra toda justicia, convoquemos despues una Cámara económica, una Cámara exclusivamente compuesta de representantes del trabajo y que adopte el régimen que le parezca más conveniente á los intereses de todos.

Cuando los obreros tengan á su disposición un capital suficiente para que el producto de su trabajo les llegue directamente, no tendrán ya de qué quejarse, y estoy convencido de que se organizarán de una manera muy práctica y muy sensata. No habiendo ocurrido ninguna revolución violenta, será muy breve el período de transición y se acabará siempre por tener cuatro duros en el bolsillo.....

En una palabra, lo que pido es «una revisión de la Revolución,» según la frase de Santiago de Biez. La liquidación que tuvo efecto en 1789 se hizo á expensas de las personas honradas y en provecho de los picaros, de los parásitos y de los explotadores extranjeros; hagamos la liquidación de 1889 á expensas de los picaros y en provecho de las personas honradas, de los franceses y de los trabajadores.....

Es una broma pesada suponer que, hablando así, ataco la Propiedad. Respeto la Propiedad y disto de querer llevar hasta la exageración la doctrina de los Padres de la Iglesia. No tiene la Propiedad el carácter sacrosanto que le atribuye la escuela de la clase media, pero está firme... ¿para los que poseen? dirá alguien.—Sí, sin duda; y hasta para los que no poseen. La mayoría de los obreros inteligentes son de mi parecer. A pesar de la espantosa desmoralización que han sembrado en todas las conciencias los desvergonzados baturrillos de estos últimos años, á pesar de los odios que fermentan en todas partes, los proletarios, generalmente hablando, no son ni niveladores, ni siquiera envidiosos, aceptan muy bien que haya millonarios. Los millonarios son como flores en un paisaje, se necesitan algunos; permiten á las industrias de lujo que se desarrollen y tienen su razón de ser.

La cuestión cambia cuando uno se encuentra en presencia de personas que, como los Camondo, los Cahen de Amberes, los Lebaudy, los Bamberger, los Ephrussi, los Heine, los Mallet, los Bichoffsheim, tienen 200, 300, 600 millones á veces, que no han adquirido estos millones sino por la especulación, que no se sirven de estos millones sino para adquirir otros, agiotan continuamente, perturban continuamente el país por jugadas de Bolsa.

Esto no es ya una *propiedad*, es un *poder* y debe supri-

mirse cuando molesta. El conde de Armagnac era innegablemente propietario por derecho de herencia del condado de Armagnac y Luis XI no vaciló un momento en confiscarle su condado (1). Tampoco admitiría Luis XI que Rothschild tuviera demasiados miles de millones, como no admitía que un señor feudal tuviera demasiados hombres de armas en su casa. En esto discurriría con perfecta justicia, porque el poder de un rentista que tiene tres miles de millones es temible de otro modo que lo fuera el poder de un señor que tuviese 5 ó 600 hombres de armas en su palacio.

Ignoro si sois como yo, pero noto en esta situacion, al

(1) Ya dije que los realistas influyentes son absolutamente ajenos á las tradiciones de la antigua monarquía; ni siquiera tienen la menor idea de ellas y jamás comprendieron la admirable figura de Luis XI, quien, en nuestra época, anegaría en sangre el feudalismo judío. La escuela positivista que, en el punto de vista del movimiento social tiene ciertas ideas elevadas, cuenta entre los grandes hombres á quienes rinde un culto al que Augusto Comte llama siempre nuestro eminente Luis XI. Hace algunos años dió M. Laffitte, acerca de Luis XI en el punto de vista humanitario, una conferencia que fué muy notable.

Recuerdo una excelente conversacion que tuve con un Padre Capuchino acerca de Luis XI y siento no haber notado lo que me dijo de aquella muerte muy sorprendente. Cuando la enfermedad le tiene debilitado, cuando ya no tiene para sostenerle la segunda conciencia de los reyes: la razon de Estado; el anciano se revuelve en medio de fantasmas, en horrible agonía. Entonces un buen ermitaño, un santo, tiene repentina iluminacion, pónese espontáneamente en camino para ir á encontrar al rey que tan á menudo le hizo llamar inútilmente. Eso desprendido del mundo trae la calma de las soledades al político que vivió constantemente en medio de las agitaciones y de las conjuraciones de los hombres. Ese inofensivo, ese discípulo del dulce Francisco, tan bueno para todos que permitía á los pájaros hacer su nido en su capucha, dice á ese hombre que tantas horas y cadalsos había levantado: «No pecasteis castigando á los que despojaban al pobre pueblo; quede tranquila vuestra alma.» Y Luis XI muere plácidamente en brazos de San Francisco de Paula.

Digamos otra vez que la mayoría de los actuales realistas no comprenden todo cuanto hubo de viril justicia, de amor del pobre en las represiones terribles de nuestros reyes, ya contra los grandes señores, ya contra los rentistas.

propio tiempo que una usurpacion odiosa, un lado burlesco y de encerrada, y por cierto es preciso que los franceses actuales sean tan embrutecidos como lo son para que no se asombren.

¿Os figurais en una nueva almadia de la Medusa un caballero que se ha llevado una pequeña sucursal de Potel y Chabot: succulentos jamones, exquisitos pasteles, sabrosas abondiguillas, pavos trufados, delicadas frutas primerizas? «Es mi propiedad» murmura, y nuestros amigos de los Círculos católicos que están en la almadia con los hambrientos, os dicen: «¡Es su propiedad! «Si os parece, mis queridos hermanos, vamos á ponernos en oracion á fin de obtener que la digestion de ese caballero sea feliz...»

Verdaderamente, el derecho de propiedad tiene límites como todo lo humano. Por mucha extension que se consienta darle, acaba á lo menos cuando un hombre ha podido procurarse personalmente todas las satisfacciones materiales que pueda desear en este mundo.

Creo que bajo este concepto, se mostrarán todos muy latos si, como lo espero, se hace la liquidacion social, no por algunos grupos exasperados y odiosos, sino por todos los franceses vueltos al sentido comun que distinguía á sus padres (1).

(1) En mi concepto se exagera mucho la facilidad que tendrían los millonarios para desnaturalizar su fortuna. Si la operacion se hiciera apresuradamente, tendria buen resultado y los representantes de la Alta Banca encontrarían en pocas horas, para salvar su vida, los cinco mil millones que encontraron tan de prisa en 1871 para realizar una operacion fructuosa.

Los Positivistas se han ocupado en esta cuestion y han reclamado una medida que evitaria que las grandes fortunas se pusieran á salvo; bastaría para esto que la ley admitiera solamente las acciones *nominativas* y no las acciones *al portador*. ¿Cómo es que no se halle un diputado, uno solo, para proponer una medida de este género? Seria excelente ocasion para contar por el número de los que se opusieran á esa ley los representantes pagados claramente por Israel.

Diráse á los reyes de la Hacienda: «¿Qué queréis? Mu-
chachas, caballos, cazas, cocineros? ¿Qué necesitáis para
esto? ¿20 millones? ¿Teneis bastantes? ¿Quereis 30? ¿Que-
reis 35?»

Fuera de esto estoy persuadido que habrá las más gratas
sorpresas. Por ejemplo, la señorita Elena de Rothschild que,
al casarse, ha retirado 372 millones del Banco de los Roths-
child. Se le han ofrecido en Zaragoza, pero, como, según la
ley, los capitales de menores no pueden colocarse sino en
rentas sobre el Estado ó en inmuebles, ha declinado Zara-
goza,—lo que prueba que es persona de talento.

372 millones para una familia joven es mucho dinero,
cuando hay tantas personas que se mueren de hambre...

¿Quién nos dice que la señorita Van Zuylen no piense
como nosotros y que no conteste cuando se le vaya á pedir
esta fortuna: «¡Ah! caballero, mucho tiempo há que yo
quería devolverla, pero no sabia cómo hacerlo? ¡Demasiado
me dejais! Un coche para pasearme, un caballo para ir al
Bosque la mañana, un palacio en el paseo de los Campos
Eliseos, una hermosa quinta, árboles, perros! Voy á ser fe-
liz como una reina, y ya no tendré en el pecho esos millones
que me aprietan como las garras de una grande ave de rapi-
ña, esos millones que tanto tiempo me han hecho dudar
del amor y que aún me impiden creer en la amistad.»

Otro tanto habria dicho quizás la baronesa James de
Rothschild. Ha dejado seiscientos millones, solamente en va-
lores franceses, y no comia sino papillas... Me conformo
que se le hubiese permitido comerlas en una taza adornada
con piedras preciosas, que le hubiesen dado diez criados
para servirla; pero, al fin y al cabo no necesitaba 600 mi-
llones para comer papillas, y este dinero hubiera sido más
útil á los franceses, á quienes el baron James se los habia
evidentemente robado, pues que los Rothschild poseían 10
millones solamente cuando llegaron á Francia...

Estas grandes incautaciones monetarias, á las que el ju-
dío estaba antiguamente acostumbrado, no le espantan tanto
como muchos se figuran; porque es más codicioso que avaro
y sabe en demasía cómo ha utilizado ese dinero, para que
no encuentre muy sencillo que se le vuelva á tomar el día
en que los arios juzguen que el engaño ha durado ya dema-
siado.

Por desgracia, de Mun y los católicos influyentes cuentan
con apariencias, con *exterioridades*, y no comprenden que
el poder judío se desvanecería el día en que un sér real y
de sana razón embistiera contra esas fantasmagorías.

Ven á los príncipes de Israel, insolentes y ásperos, en los
salones de una aristocracia envilecida, y no recelan que su
actitud será ya muy cambiada cuando, para ir á Mazas, ha-
yan de cruzar la plaza de la Bastilla entre la multitud atraí-
da por el galope de los caballos de la escolta... No sospe-
chan cuán de prisa estarán arregladas todas las cuestiones,
cuando se muestre á los presos, por la puerta de la celda
entreabierta, un oficial seguro esperando órdenes y paseán-
dose en el patio delante de un piquete de soldados, con los
fusiles cargados, el arma levantada...



LIBRO SEPTIMO.

Los Políticos.

I.

GUERRA EN EL EXTERIOR.—BANCARROTA EN EL INTERIOR.

La situación es sencilla.—La lógica de los hechos.—Merced á su riqueza, podía Francia esperar á luchar con armas iguales con Alemania.—La Francmasonería judía, dueña del poder, nos quita este recurso y arruina á Francia.—La sinceridad de M. Laur.—La Bancarrota fatal el mismo día de la declaración de la guerra.—Lo que debieran hacer los diputados conservadores.—Lo fantástico particular de esta fase social.—El desorden turco y el desorden francés.—Los Polichinelas de tinta.—El Tribunal de Cuentas.—El sepulcro de papel.—Las cuentas de la Exposición universal de 1878.—La Francia sin marina.—Los escapes de verdades.—Cuando no se saquea se despilfarra.—El deshielo de las mentiras.—La fiscalización del Senado.—La virtud de Donnot.—El robo á tirones en el Palacio Borbón.—Los diputados que esconden servilletas.—La cuestión exterior.—Francia no habla ya.—Boca cosida.—Julio Delafosse y sus discursos acerca de la política exterior.—Los viejos sobornan á los jóvenes.—La opinión en Alemania.—Francia espera la señal de la prensa judía para pensar.—La sugestión periodística.—Fanfarro-nada ó aplanamiento.—La prensa francesa á los pies de Federico III.—Las alabanzas fastidiosas.—Wolff y Blowitz.—Los recuerdos de la guerra.—La contestación de Federico III.—Las afrontas y los vejámenes en la frontera.—El gobierno francés lo soporta todo.—La Francia de Luis XIV y la Francia actual.—Cantemos la música de 89.—Las protestas de algunos periódicos.—Los recuerdos de un diplomático.—Herbette en Berlin.

La situación política es sencilla en sus grandes líneas; se resume en dos palabras: en el momento que parezca fa-

vorable á la Alta Banca judía: guerra en el exterior y bancarrota en el interior.

Ya expliqué la lógica de esta situación á mis lectores en el prólogo de la edición popular de la *France Juive*.

Insignificadamente inferior á Alemania, en el punto de vista del número de soldados, tenía Francia á favor suyo una fuerza considerable que restablecía el equilibrio: era rica.....

Hubiera podido constituir un tesoro de guerra mayor que el de Spandau. Podía decir á Rusia: "Poned sobre las armas centenares de miles de hombres, tocad llamada en todas las estepas, suenen los clarines en todas las extremidades de vuestro inmenso imperio: nosotros respondemos de todos los empréstitos."

Dueño Bismarck del Parlamento por la Francmasonería, que está por completo en poder de los judíos alemanes, ha encontrado el modo de quitarnos esta arma. En pocos años, los diputados republicanos han aumentado nuestra deuda en seis mil millones de renta consolidada, más dos mil millones en deuda flotante. Francia está hoy extremadamente apurada. Sin guerra, hemos gastado más que Napoleón I para conquistar la Europa. La invasión de los republicanos nos ha costado más cara que la invasión alemana.

¿Para qué han servido esas sumas fabulosas? Para nada. Se ha deshecho este dinero como pompas de jabón.

¿Qué francés trabajador y honrado puede levantarse y decir: "¿Me ha sido útil esa gigantesca mudanza monetaria?" ¿Qué obrero, qué labrador, qué modesto empleado se atrevería á escribirme, firmando con su propio nombre: "Se han hecho empréstitos por cantidades locas, pero á lo menos se ha dedicado parte de este dinero á mejorar mi suerte."

Esta remoción de oro no ha aprovechado sino á los judíos; y la mejor prueba es que si el labrador si el modesto empleado se encuentran siempre en la misma situación, si el obrero hambriento llama en vano á la puerta de fábricas que se cierran en todas partes, los judíos que vimos llegar en 1871 y en 1872 indigentes y viviendo del comercio de lentes, tienen hoy los más hermosos palacios de París y los cotos régios de los departamentos. Ved en el *Gaulois* la lista de los convi-

dados á una gran fiesta mundana, ó de los espectadores de una representacion extraordinaria cualquiera, y preguntad á los hebreos que figuran allí en primera línea lo que tenían veinte años atrás. Si no tenían y tienen, ha sido necesario que tomaran en alguna parte lo que tienen...

Algunos raros diputados de la izquierda dicen francamente la verdad, como M. Laur, por ejemplo..... No abro un periódico sin averiguar que se burlan de este hombre que, por otra parte, no conozco absolutamente, pero confieso que todo lo que de él he visto me ha parecido á menudo tener cierto buen sentido. Esta es la historia de M. de Gavardie: los republicanos á quienes molestaba, porque era menos pusilánime que los demás senadores de la derecha del Senado habian encontrado ingenioso hacer de él una especie de payaso, y los conservadores, complacientes siempre para las jocosidades republicanas, habian acabado por aceptar esta leyenda.

¿Qué dice, pues, Laur?

Si la guerra se declarase repentinamente, debierais reembolsar inmediatamente 768 millones de obligaciones á corto plazo, despues cierto número de fianzas y depósitos que elevaria á mil millones la suma inmediatamente exigible.

Además, debierais reembolsar, á lo menos, mil millones de los depósitos de la caja de Ahorros que se elevan á dos mil quinientos millones. «Y, cosa que debiera llenar de temor y dolor á todos los franceses, no teneis nada, absolutamente nada en el presupuesto para prever el reembolso de estos vencimientos. Equivale esto á que un comerciante quemara voluntariamente su libro de letras por pagar (1).»

Para entrar en campaña, se necesitaria á lo menos un

(1) *France*, 6 julio 1888.

empréstimo de mil millones y medio (1) ¿Cómo se espera conseguir este empréstimo, si el dia antes se ha dado con la puerta en los hocicos á los que iban á reclamar el reembolso de lo que se les debia, y como no se les daria con la puerta en los hocicos cuando no habia nada que poderles dar?

En una palabra, Laur dice lo que debieran decir los diputados de la derecha. Si los conservadores tuvieran idea de los intereses que les están confiados, debieran, sin grandes discursos, sin largos comentarios, resumir el estado del país ante sus electores por medio de pequeños anuncios fijados en todas partes y frecuentemente renovados.

«Excluidos de la comision del presupuesto, ajenos á los baturrillos y á los robos de los republicanos, debemos, en visperas de los acontecimientos que se aproximan, fijar claramente la situacion ante la Francia. Ved á donde nos han traído los judíos y los Fracmasones que nós gobiernan.....»

El Aldeano reflexionaria si se le explicaran claramente las cosas, si, en cierto modo, se le demostrara. Se ha dicho

(1) Los hombres de talento y de corazon á quienes me he asferezado por enseñar á ver perfectamente como se organiza una campaña de imprenta, el pensamiento secreto que ocultan unas cuantas líneas que parecen echadas al azar siguen con atención los esfuerzos increíbles que se hacen de algun tiempo acá por la Banca judía alemana para imposibilitar el último empréstimo cuyo éxito seria ya problemático. El único medio es lanzar luego un empréstimo de mil millones que seria el golpe decisivo dado á nuestra Hacienda.

Anúnciase que habrá un empréstimo, la Agencia Havas desmiente; la *Presse* afirma que todas las disposiciones materiales están ya tomadas en el ministerio de Hacienda; desmientese todavia, pero más debilmente. De este modo se prepara la opinion poco á poco, y, á última hora, cuando se hayan comprado bastantes diputados, se lanzará la operacion bajo una forma más ó menos disfrazada. La derecha, que habia solemnemente prometido no consentir en ningun empréstimo, ha votado en parte á favor de la última conversion que no era sino un empréstimo disfrazado; la influencia de algunos muñidores que cuenta entre sus miembros la decidirá á votar también esta vez.

que «gobernar es prever;» y puede añadirse que predecir es designarse previamente para gobernar.

Los electores agradecerían infinitamente, á sus mandatarios que les hubiesen hablado viril y lealmente. Luego que la guerra se presentaría inminente, los poseedores de pequeñas economías, que forman una clase tan interesante, se precipitarían para retirar sus fondos de la caja de Ahorros, y, como los primeros tendrían alguna probabilidad de salvar parte de su peculio, agradecerían en su corazón á los que, avisándoles, les preservaran de la miseria.....

En este punto no hay que forjarse ilusiones. Para librarse de un cataclismo rentístico en el momento de la declaración de guerra, se necesitaría el concurso de circunstancias excepcionales; se necesitaría que hubiese hombres de energía y de perspicacia en el partido popular; se necesitaría que jefes resueltos, como aquellos con quienes he hablado, estuvieran, en aquel momento decisivo, en condiciones de poder obrar inmediatamente. Entonces, pero solo entonces, sería posible el arresto repentino de todos los miembros de la Alta Banca cosmopolita, y Francia no habría de preocuparse por la cuestión de dinero.....

Para el historiador es difícil expresar lo fantástico particular de esta fase social que en nada se parece á lo pasado. En Turquía, el desorden rentístico tiene todavía un lado jovial, libre, natural; los tributos no llegan á su destino, no se lleva ninguna contabilidad; cada funcionario coge lo que puede, y, en el momento necesario, el Islam encuentra todavía el medio, despues de haber hecho bancarota en Europa, de poner en pié de guerra regimientos que se defienden como en Plewna.

Aquí es diferente la situación; se presenta bajo el aspecto de los grandes Polichinelas, no alegres, sino tristes, Poli-

chinelas de tinta que incesantemente empuercan papel, extienden facturas, forman estados, y siempre, y siempre desfilan, como sombras chinescas, en la Caran d'Ache, con expedientes en las manos. Estos expedientes contienen papeles, y estos papeles de nada sirven, á nada corresponden, *vana vanis*.....

Existe una institucion llamada el Tribunal de Cuentas, y que se manifiesta de vez en cuando en documentos de contabilidad que se remontan á épocas lejanas.

La ley de arreglo de los ejercicios 1872, 1873 y 1874, decía M. Stourm en el *Economista francés*, no se ha dado hasta 1885. Estos antiguos presupuestos han pasado *incognito* ante el Parlamento, entre los proyectos de interés local.

El último presupuesto cuyo exámen fué objeto de una votación es el de 1875, arreglado por la ley de 21 de julio de 1887; todos los demás siguen en suspenso. Lo atrasado abarca tambien unos diez años. A tal distancia, la fiscalización legislativa se desvanece en el alejamiento y el olvido.

¿Qué utilidad puede reportar esta simulación? Aun admitiendo que esta contabilidad fuera estudiada con menos lentitud, el Tribunal de Cuentas no tiene ningun medio de verdadera fiscalización; no discute sino sobre papeles y las tres cuartas partes de las veces son absolutamente mentirosos tales papeles. Jamás un consejero ó un refrendario ha puesto los piés en un arsenal; para saber lo que hay en un almacén se refiere á los estados que se le proporcionan, y estos estados son generalmente falsos. Despues de la guerra del Tonkin, que arruinó nuestra escuadra, Raoul Duval que conocia maravillosamente estas cuestiones, demostró al ministro de Marina que las cantidades de carbones y municiones que indicaba como existentes en los almacenes no existían en ellos, aunque figurasen en los estados.

Esos hombres viven en el papel y mueren en el mismo.

El papel del Tribunal de Cuentas es comparable á mensajes que se depositaran en cajas de cartas abandonadas y que jamás se sacan; nunca ocurre á un ser humano, á un hombre de carne y huesos, que en vista de aquel papel, tenga el derecho de decidirse á un acto.

Ved la declaracion del Tribunal de Cuentas acerca de la Exposicion de 1878. En ella leeréis estos significativos considerandos:

En lo concerniente á las operaciones relativas á la Exposicion universal propiamente dicha:

Considerando que á falta del estado de inventario prescrito por el artículo 11 del reglamento del 18 octubre de 1876 y que comprenda todos los objetos susceptibles de ser representados al final de los trabajos, no ha sido posible asegurarse que se haya procedido á la venta de todos los edificios y materiales procedentes de la Exposicion;

En lo concerniente al conjunto de las operaciones de la suscripcion nacional de estímulo, comprensivo especialmente de donativos en dinero, la compra y oferta de objetos destinados á ser repartidos entre los suscritores por suerte;

Considerando que al principio de la operacion los donativos en dinero no se han entregado en manos de un contador público, sino recogidos por terceras personas y solamente mencionados en el *Diario oficial*; que el cotejo de las listas de suscripciones con las escrituras del responsable ha arrojado diferencias inexplicables; que en su consecuencia, el Tribunal no puede certificar la recepcion de la integridad de los donativos en dinero entregados por los suscritores;

Considerando que la contabilidad del guarda almacén debiera haberse unido á la cuenta dada por el agente contador del Tesoro; que á falta de esta contabilidad el Tribunal no podía igualmente afirmar que todos los objetos comprados y ofrecidos se han tenido en cuenta y recibieran el destino previsto por el decreto de 22 de julio de 1878;

Considerando, además, que á falta de la exhibicion de la cuenta del material, no ha sido posible averiguar el número, la naturaleza y el valor de los lotes no reclamados, que debían

ser vendidos por el precio en sí atribuido á cuenta de la Exposicion... (1) »

Ante estos considerandos no puede haber la menor duda; es claro como la luz del día que se ha robado. ¿Pero qué importa esto? Ni priva que M. Krantz, hermano del almirante Krantz, haya sido promovido en la Legion de honor, y que le hayan clogiado todos los periódicos, hasta los conservadores. No priva que los comisarios ó los subcomisarios que robaron ó dejaron robar hayan sido condecorados al mismo tiempo que todos los industriales judíos que expusieron. Ni privará esto que los organizadores de la Exposicion de 1889 roben á su vez, si la guerra no viene á dispersar á toda esa gente.

¿Ni qué puede hacer todo esto á las personas que ahora roban que en diez años han consignado que su contabilidad es fraudulenta en este gran monton de papel que es un número del *Diario Oficial*?

En un país gobernado despóticamente podriase imaginar un autóerata con dolor de muelas, que no durmiera, coger un informe de este género en su mesa, por casualidad, y dijera: «¡Vayan mañana á Siberia los que han despojado al Estado!»

No es absolutamente imposible que un derviche no se presente al Jefe de los Creyentes un viernes, el día en que él va á la Mezquita, para denunciarle un funcionario prevaricador, y que el Sultan no degrade, en el acto, al pachá ó al bey culpable.

Nada análogo puede suceder en Francia. El coste de la impresion de ese informe en el *Diario Oficial* se agregará

(1) *Journal officiel* del 12 de julio 1888.

á los demás gastos de papel que ha necesitado ya este negocio, y no pasará de aquí..... *Vana vanis*.....

De vez en cuando ocurre una revelacion que asombra un poco. Se llega á saber que nuestra marina es inferior á la de Italia, que en caso de guerra no tendríamos sino 4 acorazados para oponer en el Mediterráneo á los 8 acorazados italianos, que nuestras costas no están fortificadas, que nuestros arsenales pueden desaparecer con un golpe de mano (1).

—Es igualmente curioso, dicen algunas personas, haber llegado á esto con un presupuesto de 3 mil millones; es curioso del todo.

Y siempre sucede lo mismo.

Es enteramente curioso en efecto la facilidad con que es-

(1) Aunque en la Cámara no se ha dicho ni la décima parte de la verdad, la lectura del *Diario Oficial* nos bastará para revelarnos lo que hay en esto.

De todos nuestros puertos Tolón, dice M. de Mahy, es el mejor provisto, sin embargo le faltan ahora, segun el plan definitivo previsto: 4 piezas de 32; 4 piezas de 24; 6 piezas de 19.

La obstruccion y la defensa de los canalizos están al exámen de los consejos especiales; la construccion de las baterías de morteros está en estudio; la red telegráfica de la comandancia, negada; las comunicaciones eléctricas subterráneas, negadas.

En Rochefort, faltan: 8 piezas de 27, 6 piezas de 26, 8 piezas de 19.

La red telegráfica de la comandancia no existe; la construccion de las baterías de morteros, en estudio, un tinglado para el material de las tropas movilizadas, no hay suficiente crédito para construirlo; ni hay almacén del depósito de reserva.

En Lorient, la situacion es la misma. En Cherburgo, es gravísima.

En Cherburgo, la obstruccion de los canalizos por escolleras permanentes ó provisionales está en estudio. No existe la red telegráfica de la comandancia, ni existe en ninguno de nuestros puertos. Está en estudio la construccion de las baterías de morteros. Se ha negado un aparato Meritens para alumbrar la rada.

En cuanto á los torpederos del almirante Auhe, su mayor parte tienen casi el valor de hierro viejo; los demás no serian buenos sino para sumerjir á los hombres que llevaran á bordo.

ta gente, que quiere estar tranquila, da todo su dinero, sin investigar siquiera lo que de él se hace ni á quien se dá.

Bohemios de la industria como Constans, el infiel socio de Puig y Puig, reelaman presupuestos de rey. Creeríase que á este antiguo negociante debia parecerle un sueño realizado el sueldo de 200,000 francos. Nada de esto; quiere tener el derecho de disponer libremente del presupuesto de la Indo-China, y como se ha servido del personal de la Seguridad y de los fondos secretos para formar expedientes abrumadores acerca de todos los hombres políticos, las emprende de firme con ellos y les dice: «Robad en París cuanto queráis, pero dejad que yo vaya á operar en Oriente;» y acabará por obtener lo que desra.

Lo que no se roba, se despilfarra, y, como en lo tocante á marina, se sabe esto por casualidad. Este viaje de funcionario subalterno contado por el *Temps*, hace reir un poco:

Enviase un administrador colonial de la India á Mayotte, pasando por Francia; despues de Mayotte á Cochinchina, acompañado de su mujer, de cinco hijos y un eriado. Naturalmente, este funcionario ha viajado á expensas del Estado, y estas mudanzas han costado, sin contar el sueldo de los miembros de la familia, que son agentes del Estado, la cantidad de 48,864 francos; á saber: 23,932 francos por el viaje de la India á Mayotte y 24,932 francos por el de Mayotte á Saigon.

Algunos años antes habia salido aun más caro el viaje de un miembro de consulado colonial; costóles á los contribuyentes 80,000 francos.

Este funcionario, dice el *Petit Journal*, obtiene una licencia de convalencia y viene á Francia con su familia, compuesta de ocho á diez personas. Terminada la licencia, parte el tal administrador por la vía de los Estados Unidos á Tahiti, siempre acompañado de los suyos. Apenas instalado en Tahi-

ti, es promovido al grado superior y destinado á Cochinchina. Vuélvese á embarcar con su equipaje, cruza la mitad del Océano Pacífico, la América del Norte, el Océano Atlántico, desembarca en el Havre, descansa en Francia y toma finalmente en Marsella el vapor correo de la Indo-China, que le deja en su destino. Un año de viaje y más de 80,000 francos de gastos para las peregrinaciones de un modesto funcionario.

Eso son escapes de verdad; danse prisa á soldar el tubo y Francia vuelve á dormirse tranquila sobre montones de papelotes, convencida de que tiene una escuadra sin igual, ejércitos formidables, arsenales provistos, almacenes repletos á reventar.

Este es el lado curioso para el historiador, y, digámoslo también, es la conclusión lógica de la Revolución; nació satánica y satánica se quedó; Satanás, nos dice la Escritura, «es el padre de la mentira y homicida.» La Sociedad salida de la Revolución es devorada por las mentiras como Sila fué devorado por los piojos; mentirosa, es igualmente homicida, mata, impide desarrollarse en torno suyo todo gérmen vital.

La bella escena final, llegada la catástrofe, será el *deshielo de las mentiras*: todas las fachadas que permitirán ver la realidad de lo interior; todos los barnices que brillan agrietándose y descubriendo maderas podridas; todos los carcamales que se apuntalan recíprocamente rodando por los suelos unos encima de otros.....

Efectivamente, no hay que ocultarlo, todo artículo del programa liberal, desde que se le sujeta al experimento, da por resultado lo que Proudhon llamaba «un embuste.»

Se supuso que la nación iba en lo sucesivo á fiscalizar sus gastos, pura mentira. La verdad es que antes había cierta fiscalización y que ahora ya no existe ninguna absolutamente. Los que aparentan fiscalizar, roban el dinero que se les consigna por un cargo que no desempeñan.

En 1882 votó el Senado el presupuesto en diez y seis

días, en 1883 en diez y ocho días, en 1884 en once días. Por más facultades con que os haya dotado la naturaleza, os desafío á daros cuenta de un presupuesto de tres mil millones en tan corto espacio de tiempo.

Cierto que ni Cazot, ni Donnot no serán muy delicados que digamos acerca de la regularidad de los gastos públicos. Debajo de las apariencias de un Colbert ó siquiera de un baron Louis no acertamos á ver á Donnot condenado por bancarrota y á quien decía el sustituto Lamarche en su requisitoria:

Desde 1880 vuestra ruina era un hecho consumado, y debíais consideraros en estado de insolvencia,—os lo he demostrado por cifras tomadas en el inventario.—Pues bien, cuando se administra mal sus propios negocios, no se encarga quien tal hace de los ajenos. Además, el departamento podía prescindir de vos; no era difícil por cierto encontrar un candidato más recomendable que el jefe de la casa Donnot, porque, mientras estabais sentado en un sillón en el Senado, vuestro sitio hubiese estado mejor en un calabozo de la cárcel.

Hé aquí de qué miembros se compone la institución que los miembros de la derecha del Senado se atreven á declarar útil, y á fin de conservar un cuerpo, compuesto de tales individuos, se niegan á asociarse á la campaña emprendida en toda Francia para la supresión del Senado.

Cuando los tiempos no son prósperos, cuando no dan los negocios rentísticos, los diputados roban á tirones y escamotean á sus colegas su cartera ó su monedero.

Pablo de Cassagnac ha contado en la *Autorité* cómo á M. de Kermenguy que se encontraba en el salón de las correspondencias donde solo entran los diputados, le escamotearon setecientos francos en billetes de banco; tuvo la imprudencia de dejar en la mesa un sobre con aquella can-

tidad dentro, mientras iba á poner una carta en una caja colocada á dos metros de distancia detrás de él, y, al volverse, habia desaparecido el dinero.

M. Develle fué robado igualmente en circunstancias casi análogas.

Finalmente, cuando decididamente la cosa no da de sí, los diputados roban las toallas del lavabo de la Cámara. «Todas las toallas desaparecen, refiere tambien M. Pablo de Cassagnac, y se las llevan en gran número diputados que pretenden proveerse así de ropa blanca barata.» Tocante á jabones y peines nuestros honorables se llevan todos los días sus bolsillos llenos.

Si os hubiese dado todos estos pormenores en la *France Juive* todos hubieran protestado, y mis propios amigos me hubieran dicho: «¡Echais á perder vuestro libro con exageraciones!» Sé hechos más asombrosos todavía en el punto de vista de la desaparición de documentos militares, pero no quiero perjudicar á jefes superiores que me los han referido y creo preferible esperar.

Engañada indignamente Francia bajo el concepto rentístico, no lo es menos en el punto de vista exterior.

Antes hablaba Francia, hablaba hasta vencida; hablaba para decir nobles cosas y se la escuchaba; ahora ya no habla. Apelo de esto á todos vuestros recuerdos: ¿habeis oído en la Cámara algún excelente discurso acerca de la política exterior, uno de aquellos discursos que Europa lee, discute, medita?

Para hablar, no hay necesidad de insultar, ni de echar bravatas. Cuando se es representante del pueblo en un país que ha gastado cinco mil millones para su armamento y que puede poner cinco millones de hombres en pie de guerra, se tiene el derecho de discutir los negocios del país.

Después del Papa ¿qué hay más majestuoso que un obispo? *Posuit regere episcopos*, y, no obstante, nuestros padres, enamorados de independencia, habian hecho un refrán popular de tal palabra: «Un chien regarde bien un eveque.»

Si un perro tiene el derecho de mirar á un obispo, un francés tiene el derecho de mirar á M. de Bismarek, y, por cierto, si hay un hombre que interese mirarle es él. Hubiérame parecido muy natural que un orador hubiese pagado homenaje en la tribuna á lo verdaderamente grande que tiene este hombre, á los servicios que su poderosa inteligencia ha prestado á su Patria, con la condicion de que el tal orador hablara tambien de nosotros, diciendo: «Hé aquí lo que piensa Francia, el concepto que tiene del estado de Europa, las razones por las cuales quiere la paz y las condiciones dentro de las que la comprende.»

Nada. Todos nuestros diputados tienen cosida la boca; se abarquillan en sí mismos, en cierto miedo que les entorpece; se apelonan debajo de la manta sin atreverse á resollar, como una vieja que teme haya un bandido oculto debajo de la cama y pasa la noche rechinándole los dientes sin atreverse á encender la vela. De ahí nos vendrán todas nuestras desgracias....

Creyése un momento que M. Julio Delafosse iba á tomar en el Parlamento la iniciativa de embestir francamente las cuestiones exteriores y obligar de vez en cuando al gobierno á salir de sus reticencias y equívocos.

El diputado del Calvados tenia lo necesario para desempeñar semejante papel. Es un escritor de primer orden, un trabajador obstinado, un jóven sólidamente formado, alto, ancho de hombros, tez colorada, semblante de un tratante en caballos normandos ó de un gentleman farmer del Lancashire; salido de la antigua familia francesa, de la buena

Francia de antaño, de la Francia de los campesinos, se le adora en el distrito de Vire, donde su candidatura es indestructible; no se ensucia en las indecentes intrigas de los miembros de la izquierda, que están siempre á la mira de recoger algun dinero en los baturrillos cosmopolitas.

Los primeros discursos pronunciados habian llamado la atención sobre el orador y muchas personas me dijeron: «¿Conoceis á M. Delafosse? ¿Qué es M. Delafosse?» Hace ya algun tiempo no se le oye; probablemente se habrá dejado engatusar, sobornar, embarnizar, como se dice, por los jefes de la derecha.

Ya tengo explicado esto. Luego que un hombre tiene cierta originalidad, los antiguos le atraen á sitios silenciosos, le cuchichean con innumerables recomendaciones; le salivan en el rostro, hablándole de muy cerca para que no les oigan, y le repiten miles de veces, con voz taimada: «Esto es muy grave, querido, muy grave!» «Muy pocos tienen el valor de contestar: «No habeis cometido más que necedades desde que estais en la vida pública, dejadme que siga mi camino y lleve á cabo mi obra segun mi entender.»

Con esta mania de no abordar claramente las cuestiones se ha llegado á vivir desde tantos años en perpétuas alarmas, en una especie de enervacion permanente que permite, es verdad, á los judíos realizar provechos y golpes de Bolsa perturbando la opinion á cada instante por noticias falsas, pero que es desastroso para un país impresionable como el nuestro.

Y por cierto que el decir esto no es en manera alguna incitar á manifestaciones intempestivas. Admiro mucho á Alemania, el valor de sus soldados, el talento de sus pensadores y de sus poetas y jamás he consagrado mi pluma á atizar odios de pueblo. Después de las conversaciones que he tenido con alemanes pertenecientes á la flor y nata intelec-

tual, me he convencido de que Alemania no desea la guerra tanto como se supone; las inteligencias privilegiadas, allí como aquí, quisieran que se realizara por dicha de la Humanidad, el deseo que formulaba Pattai, el diputado stirio en el Reichsrath en una carta dirigida por él á los estudiantes de la Universidad católica de Lila, que le habian enviado un mensaje de felicitacion después de uno de sus excelentes discursos acerca de la cuestion judía.

Esperemos decia Pattai, que llegue finalmente el tiempo en que las dos naciones que recogieron la herencia de Carlomagno olviden sus antiguas querellas para realizar, sobre la base de los principios cristianos, la reforma social. De este modo inaugurariamos una nueva cruzada contra el orientalismo, que en nuestra época ha hecho violentamente nueva irrupcion en nuestro Occidente.

La actitud cobarde, endeble, vil tomada por nuestro gobierno ante la Europa es lo que nos pierde.

Es tambien desgracia que nuestra pobre Francia no pueda ya pensar por sí misma; parécese á un globo cautivo; se le deja subir, tírase luego la cuerda y se le hace bajar. Ya no hay nacion y no puede existir una sin el sentimiento de la raza, sin instituciones fijas, sin tradiciones; hay seres atomizados, segun la agudísima expresion de Yvan de Simonyi; fluctuan como polvo impalpable en la atmósfera; un poco de aire los levanta; ruedan hacia el cielo; pára el viento; caen al suelo; llueve; forman barro estancado...

En el fondo, no saben los franceses si quieren la guerra, ni si quieren la paz. Todo depende de la corriente de ideas que la Prensa organiza ya en un sentido, ya en otro. Hace un año, en Viena, Berlín, Londres, la consigna era á la guerra; dados los golpes de Bolsa todos están hoy por la paz, y, dentro de un mes quizás se volverá á la guerra. La

sugestion periodística se realiza á nuestra vista sin que nadie lo advierta.

Pasan los franceses, segun se les antoja á sus periódicos de la más grosera jactancia al más increíble achuchamiento.

Pocos años há podia ver el extranjero toda una ciudad alborotada, aullando, silbando al pasar un soberano que era el huésped de Francia. Nada absolutamente nos debia aquel soberano; no habiamos derramado nuestra sangre por él como por el rey de Italia; habia hecho pura y sencillamente lo que hacen todos los soberanos de Europa: habia aceptado ser coronel honorario de un regimiento prusiano. El principe de Gales á quien París recibe espléndidamente, es tambien coronel prusiano, coronel de los húsares de Blücher, sino me equivoco. El emperador Guillermo, no solamente era coronel de un regimiento ruso, el regimiento de Kalouga, sino que tenia en un grande aparador el uniforme de los regimientos de todos los países, cuyo jefe titular era. Los gacetilleros judíos han ido piadosamente á husmear aquellos desechos en el armario y han escrito mucho sobre el particular.

Excitado París como por patriótico delirio regañó los dientes á Alfonso XII. «¡Abajo el hulano! ¡Abajo el hulano!» La embajada de Alemania tenia interés en crear un incidente; esperaba que en el alboroto, un exaltado disparase contra el rey; habia distribuido dinero á la prensa judia y habiase organizado la manifestacion.

Mirad á otro lado y decidme si es posible encenagarse más servilmente á los piés de un enemigo de lo que hizo la Prensa en los momentos de morir Guillermo y durante la enfermedad de Federico III. Decidme si es posible olvidar más completamente toda dignidad, todo lo que hace á una nacion fuerte, el recuerdo de los más crueles lutos, la piedad para con los muertos, el justo resentimiento de tantas

humillaciones sufridas y de tantas atrocidades cometidas en nuestro suelo.

No se contenta la Prensa con saludar fria pero dignamente al anciano Kaiser que cubrió nuestro país de ruinas; se tira sobre su ataud y hace de planidera pagada. Wolff, el Naturalizado de ayer, á quien la más elemental decencia debiera mandar callarse, se tiende en tres largas columnas acerca de este Emperador «que no es un Emperador á secas, sino un Emperador particular,» y que nos lo presenta en un sitio donde Wolff seguramente no le vió, en medio de la batalla de Sadowa, «desafiando la metralla en pié sobre sus estribos.»

Despues de los muertos les toca el turno á los vivos. La emperatriz Victoria habria salvado del suplicio á todos los franceses cuando ya tenian la soga en el cuello, como lo hizo la mujer de Eduardo III para los menstrales de Calais, con que no se le prodigarian tampoco elogios.

Tocante al Unser Fritz, «nuestro Fritz» de la guerra de 1870, tiene todas las virtudes, y otro judio naturalizado, Blowitz, á quien el *Univers*, por lo demás, ha vigorosamente apaleado con tal motivo, declara que Francia se debe á si misma demostrar *ardiente simpatía* á ese degollador de tantos franceses.

Detrás de estas frases, véense aparecer y levantarse indignados del fondo de su tumba, abierta apresuradamente á orillas de un camino, en el extremo de un seto, no los soldados muertos peleando, sino los aldeanos, los franco-tiradores, los sacerdotes asesinados con menosprecio de todas las leyes de la guerra: se levanta un desdichado anciano de ochenta años, M. Perrony, á quien encuentran en el camino de Chavannes en el Orleanés, y á quien se quiere obligar á que indique dónde está el ejército francés.—¿«Dónde está el enemigo?»—El enemigo sois vosotros. «Y se le mata á sa-

blazos (1). Se levantan los habitantes de Bougival, fusilados sin motivo y á quienes se levantaba un panteon el año pasado; entre otros muchos sacerdotes, el infortunado párroco de Cuchery, fusilado porque un aldeano habia disparado un fusil contra un regimiento prusiano de requisicion en Belval (2). Se levantan los aldeanos de Vaux-Villaine, encerrados en una iglesia y obligados á designar ellos mismos tres rehenes á quienes se fusila. Acerca de esta escena se han publicado espantosos pormenores.

Citarianse miles de hechos de este género y bastaria volver á leer la protesta de M. de Chaudordy ó abrir los *Prusiens chez nous*, de Eduardo Fournier la *France Martyre*, del Julio Lermina, ó hasta un libro reciente de Lavisse. *Essai sur l'Allemagne imperiale*, en que el autor, muy moderado, como es notorio, recuerda la muerte de un pobre comerciante apreciado de todos en Amiens y que habia procurado defender su tienda contra unos soldados horrachos. Fusiláronle debajo de las ventanas de los rehenes encareados en la ciudadela de Amiens y á quienes se prometia igual suerte. Para esa ejecucion escogieronse jóvenes reclutas llegados de Alemania y á quienes se quiso procurar el gusto de matar un francés.....

En semejantes condiciones, una Prensa que se respetara se abstendria, indudablemente, de injuriar á un muerto y

(1) *Los Prusianos entre nosotros.*

(2) «Carlos Miroy, párroco de Cuchery, de 42 años de edad, á cuya parroquia pertenece Belval y que habia ocultado y distribuido armas á los habitantes, ha sido detenido como instigador de actos hostiles y en virtud de un fallo del consejo de guerra fusilado esta mañana por crimen de alta traicion para con las tropas alemanas.

«Reims, 12 de febrero 1871.

«El gobernador general,
«DE ROSENBERG-GRUSZCZINKI.»

á un moribundo (1), pero se abstendria tambien de cantar con entusiasmo, como lo hacen ciertos periódicos, las diversas mucosidades, purulencias y pestilencias, que salian de la boca del Kronprinz.

Cuando ocurrían todos estos horrores, el Príncipe imperial tenia la edad de hombre; era el segundo personaje del Estado, jefe de ejército. La publicacion de su *Diario*, si empequeñece algo á Bismarck demuestra que el Príncipe heredero tenia bastante autoridad para hacer que Guillermo aceptara, á pesar de todas las protestas, la idea de restablecer el imperio de Alemania; luego, pues, hubiera podido perfectamente intervenir é impedir las barbaries cometidas.

Cuando caian las bombas en Val-de-Grâce lleno de enfermos, cuando niños pequeñitos iban dando tumbos en el malecon del Maine y sus entrañas se desparramaban en el arroyo, este Príncipe á quien nos pintan tan sentimental estaba en Versalles en los Ombrages; no debia dar más que un corto galope hasta la Prefectura, donde habitaba su padre, para ir á decir al anciano Guillermo, simpático á Wolff: «¡Ya hay bastante!» y el Emperador á buen seguro hubiese escuchado á su hijo.....

Es preciso recordar que aquel bombardeo era un acto de mero salvajismo; no estaba en manera alguna justificado por las necesidades de la guerra ya que no era dudoso el éxito de la campaña, ni tenían los prusianos la intencion de

(1) Un judío alemán llamado Schwab, vice-cónsul de Francia en Montreal, en el Canadá, llevó la falta de pudor hasta mandar plegar el pabellon del consulado cuando la muerte del Emperador de Alemania. Los Alsacianos-Loreneses que en grandísimo número, han ido á buscar un refugio en el Canadá, protestaron con extremada energía y se dirigieron á Flourens, pero es dudoso que este, que no tiene muy desarrollada la protuberancia de la dignidad, les haya dado satisfaccion, sobre todo con motivo de un vice-cónsul judío.

dar el asalto y la capitulación no era sino cuestión de días. Una ley de justicia superior quiere que esos crimenes se expien y el Kronpinz, ahogado por los apretones de la enfermedad, ha debido comprender que pagaba algo que debía. Mientras que para expresar su pensamiento, veíase reducido á recurrir á una pizarra, se diría quizás: «Si ahora no puedo hablar, es porque no hablé cuando debía, cuando mi voz hubiera podido arrancar de espantosa agonía á los pobres aldeanos á quienes se mataba como perros.»

¿Qué opinión pública quereis tener con semejante Prensa?

Sabido es como respondió Federico III á las bajas adulaciones de la Prensa judía francesa. Hizo lo que, en resúmenes no había hecho el anciano Emperador, autorizó en la frontera de Alsacia Lorena las más odiosas y viles medidas.

En efecto, no debe olvidarse que ese Trajano, ese Tito, esas Delicias del género humano, vivía aún cuando comenzaron los ultrajes y los vejámenes. La masona Emperatriz hubiera podido interceder, sino por simpatía hácia nosotros, á lo menos para que la memoria de su marido quedara pura de esas vergüenzas; pero nada hizo.

Sería completamente inexacto decir, y no seré yo quien tal diga, que todos recuerdan esas escenas vergonzosas. Cuestion Schœneblé, atentado Kauffmann, todo esto penetra ahora en almas francesas como agua que se desliza sobre encerado.

Por orden de ese Emperador moribundo se prenden en la frontera hijos que van á enterrar á su padre. Una mujer de ochenta años se arroja á los piés de un carabinero prusiano para que le permita atravesar el Avricourt é ir al pueblo alemán que está enfrente á abrazar á su hijo que agoniza... La casa de la moribunda está á pocos pasos..... Por toda contestación, el carabinero levanta á la vieja á culatazos.

Ni siquiera encontró gracia una criaturita de cinco años, que se enviaba á su familia, ante los gendarmes alemanes y fué preciso enviar otra vez la pobrecilla á París.

Hasta una inglesa ha sentido el rigor cruel sin nombre inaugurado bajo ese reinado que debía volvernó á la edad de oro. Se la detiene en Deutch-Avricourt, pide á lo menos poder salir un minuto de la estación.—¡Imposible!....—Es preciso á toda costa que salga...—¡No saldréis!—Pero en fin... Y la púdica inglesa balbucea una confesión costosa.—¡Sea! señora, la Alemania es generosa, pero os acompañarán dos gendarmes y no os perderán de vista ni un instante.

Por lo demás, siempre terminan así las cosas con los Francmasones, príncipes, funcionarios ó simples particulares; comienzan por hablar de emancipar la Humanidad y acaban por privar á las personas de las libertades más necesarias.

Ante todos estos insultos no intentó absolutamente nada el gobierno republicano para afirmar su derecho á ser respetado. Solo tardiamente, y bajo la presión de la opinión pública, decidióse á tomar contra los extranjeros algunas medidas que probablemente no se pondrán jamás en práctica. Expulsábase á los corresponsales de periódicos franceses, pero no se expulsó á los corresponsales de periódicos alemanes que ejercen públicamente aquí el oficio de espías, que insultan á Francia noche y día (1).

(1) Pasma verdaderamente ver que llega un país al extremo de no atreverse ya á defenderse á sí mismo, ni aplicar sus propias leyes.

Siempre ha existido el espionaje y no han sido los alemanes sus inventores. Basta trabajar una hora en los Archivos del ministerio de Negocios extranjeros para maravillarse del modo con que Luis XIV había organizado en todos los países del mundo su sistema de informes.

A cada pueblo le corresponde protegerse y no faltan á esto los alemanes; á cada instante se falla entre ellos un proceso de alta traición. Fran-

¡Qué digo! este gobierno de judíos y de naturalizados continúa dando á los alemanes auxilios que niega á desgraciados franceses. Los alemanes son los más numerosos de todos los extranjeros socorridos en París. De mil extranjeros inscritos en el registro de las oficinas de beneficencia, 10 son ingleses, 18 austriacos, 70 holandeses, 71 italianos, 11 españoles, 33 rusos, y 34 suecos mientras que 273 son alemanes.

Ante esta pobre Francia así maltratada á los piés del Germano piensa uno en la época en que Luis XIV pegaba fuego á Europa porque se había osado discutir el paso á su embajador; en el puesto que ocupaba todavía en el mundo el viejo rey vencido; en las vísperas del 89, cuando se firmaba en París el tratado que quitaba la América á la Inglaterra.

Vamos, Carnot, este es el momento oportuno para entonar la gran canción del 89. «Hasta el 89 era Francia la última de las naciones; hoy es gloriosa entre todos los pueblos.»

Los Clemenceau, Floquet, Anatolio de la Forge, Lockroy, á quienes tienen sin cuidado los ultrajes de Alemania, continuarán el estribillo después del presidente.

cia no se atreve ya á juzgar á los espías detenidos en nuestro territorio. De cincuenta espías cogidos en flagrante delito el año pasado ni uno solo ha sido perseguido; los ministros se niegan á aplicar la ley del espionaje. El asunto Chatelain al que debiera haberse dado enorme publicidad, se trató á cencerros tapados. Jefes franceses han declarado que un soldado que hace traición á su país y vende el secreto de nuestras armas al extranjero, no merece la muerte. Un pobre bisoño, acostumbrado á no beber sino agua, estará beodo por haber tragado un vaso de absinthe adulterado, habrá levantado la mano contra su superior y se le condenará á muerte. Apresúrome á decir que los miembros del consejo de guerra que se mostraron tan indulgentes á favor de Chatelain no son probablemente responsables de dicho fallo que se les habrá impuesto quizás por el ministerio; pero ¿como se adivinan en presencia de esta impunidad asegurada á los espías que la traición está en el mismo gobierno!

Cierto que de vez en cuando hay algunas protestas de la prensa francesa contra la situación humillante que se nos ha creado, y, en el momento de la muerte del emperador Guillermo y del advenimiento de Federico III, dos periódicos cuya manera de ver no es generalmente igual, el *Univers* y el *Intransigent*, se levantaron ambos contra los ridículos ditirambos cuyo valor debe saber la embajada de Alemania.

Parece muy natural que sea patriota el *Univers* porque es cristiano, pero esto asombra más en un periódico republicano como el *Intransigent*.

Es así no obstante y lo consigno únicamente ya que es la verdad; porque, con motivo del proceso Dupuis, el redactor judicial de ese periódico se entregó respecto á mí á las afirmaciones más mentirosas, cuando un documento auténtico, un telegrama enviado cuatro días antes del encuentro, demostraba hasta la evidencia que yo lo había hecho todo por impedir aquel duelo funesto. El consejero Morand que presidía el tribunal, tenía el telegrama á la vista cuando se entregaba tocante á mí á inconvenientes reflexiones. Publicado que fué este telegrama guardóse muy bien de rectificar el redactor del *Intransigent*, y la rectificación hubiese sido de la más estricta lealtad.

En mi concepto no tiene esto sino importancia secundaria, porque, si tengo el acendrado amor de la Justicia y de la Verdad, no tengo rencores personales.

Debe decirse que, para las cuestiones de política extranjera que están á veces bien tratadas en el *Intransigent*, Rochefort consulta á menudo á un hombre de carácter recto y de mucho valor obligado á dejar la diplomacia porque, en los asuntos de Tunes, no quiso prestarse á los sucios baturrillos de los Oportunistas y no titubeó en anatematizarlos.

Hé aquí un hombre como nos convendría al frente del ministerio de Negocios extranjeros.....

Es un alsaciano como M. Rothan, con igual conocimiento de Alemania, é igual patriotismo ilustrado, pero con un elemento más artista, un don de comprender el lado pintoresco de los acontecimientos y la fisonomía distinta de los seres que no posee M. Rothan.

Después de haber desempeñado cargos importantes el diplomático de quien hablo se ha arreglado para no aceptar una sola condecoración de un gobierno extranjero y jamás ha recibido sino un solo regalo de un soberano.

El soberano que ofreció el regalo era el pobre rey de Baviera, quien amaba realmente á Francia, y á quien *suicidaron* en el lago Starnberg.

Al ir á la audiencia real el ministro de Francia en Munich, habiase detenido algunos minutos en el patio de honor del palacio para mirar los fusiles de nuevo modelo de los soldados de guardia. Terminada la audiencia, dijo el rey Luis al diplomático: «Voy á haceros un regalo y estoy cierto de que no lo rehusareis.»

Una hora después, el ministro de Francia recibia uno de los nuevos fusiles. Waddington habria vendido el fusil á Inglaterra, pero mi amigo lo desmontó él mismo y halló medio de hacerlo entrar en Francia.

Solo reprendo á ese diplomático tan francés de corazón y de alma por su pereza en no coger la pluma y no escribir los recuerdos interesantes que narra tan bien.

¡Cuántos pormenores ignorados en nuestra historia contemporánea! Cierta día, en una partida de caza con el rey, el general bávaro von der Thann dijo al ministro de Francia: «¡Pues qué! parece que vamos otra vez á cambiar tiros.»

—¿Cómo! ¿Qué quereis decir? ¿Os chanceais?

—De ningún modo. M. Thiers ha celebrado un consejo

de guerra en Versalles para consultar á los generales sobre el particular. Hé aquí cual ha sido la opinion de Canrobert, cual la de Ducrot...

Nuestro ministro abandona la caza, bajo un pretexto cualquiera, y telegrafía á M. Thiers. Tres horas después recibia un telegrama que le llamaba inmediatamente á Versalles.

Encuentra á M. Thiers fuera de sí.

—¿Cómo pudisteis saber esto?

El diplomático se explica.

Thiers confiesa que el hecho es perfectamente exacto. El anciano Thiers era un patriota á pesar de su perversidad de clase media. En el momento de entregar los últimos mil quinientos millones del rescate, habia pensado que mil quinientos millones son un auxiliar muy bueno para entrar en campaña; sabia que Europa estaba en excelente disposición y se arrepentia de haber tan fácilmente dejado aplastar á Francia en 1870 y habia pensado en comenzar otra vez repentinamente la guerra...

Para estar seguro de que no se cometiera ninguna indiscreción con motivo del consejo de guerra que habia reunido para discutir aquella cuestion, el Presidente habia encargado á su Señora y á Barthelemy Saint-Hilaire que estuviesen al acecho en las habitaciones. Esta precaución no le habia dado buen resultado y Prusia estaba bien informada pocas horas después de lo sucedido, en Versalles. Los Kaulla sirven lo mismo para un fregado que para un barrido.

No hay cosa que tanto embelese como hablar con esos hombres que han visto y cuyas narraciones exceden á todo cuanto pudiera soñar nuestra imaginación.

¡Qué exquisito episodio el primer empréstito tunecino de Erlanger! Habia convenido que Erlanger, fuera de los beneficios resultantes para él, se encargaría de fortificar á Túnez y vestir al ejército del Bey. Pasado algun tiempo se

desembarcaban cañones viejos sin cureñas que databan de Luis XIV, y que, incapaces de prestar ningún servicio, están todavía abandonados en el puerto de la Goleta. En cuanto á las provisiones militares, reduciáanse á un almacén de alpargatas de niños para baños de mar que el representante de Erlanger en Túnez ofrecía tranquilamente como calzado á los soldados del Bey...

No obstante, lo que más me ha maravillado en las conversaciones que he tenido con hombres que han intervenido de cerca en los sucesos de nuestra época, es la fuerza de voluntad, la especie de lógica propia de los dementes con que las personas poseídas de una idea fija van á su pérdida, abren su fosa, y preparan la catástrofe que les arrastrará.

Desde 1857 estaba tan perfectamente decidida la guerra de Italia, que el diplomático en cuestión, y que tenía entonces diez y ocho años, acompañaba á M. Waleski á Plombières para llevarle la pluma, al mismo tiempo que M. Nigra, en escribir allí el tratado de cesión de Niza y Saboya á Francia.

El desdichado Emperador, tan imprevisor en 1866, trataba directamente el mismo todo lo concerniente á Italia. Un día el joven agregado llevó la cartera á las Tullerías.

—¿Qué haceis mañana, le dijo con flemma el Emperador.

—Nada, Señor.....

—¿Quereis partir para Génova, entregar esta carta á Menotti Garibaldi y regresar enseguida?

El joven parte, encuentra en el muelle de Génova á Menotti que le esperaba y se vuelve.

—¿Qué habeis gastado? le preguntó el Emperador.

—Setecientos francos, señor.

—¡Ah! Pietri hizo el mismo viaje y me pidió 5,000 francos.

Pero lo que hay aquí más chistoso es que no se cobraron nunca los 700 francos.

En todo caso, se ve bien aquí, se sorprende infraganti al hombre que conspira contra sí mismo, que pasa su vida en correspondencia, hasta sin saberlo sus ministros, con Garibaldi y los revolucionarios Italianos.

Este es el fenómeno del hechizo de que hablábamos á propósito de los judíos en nuestra Introducción. De la misma manera obra el Emperador de Austria: colma de honores á los Rothschild que han arruinado al Austria-Hungría y se respeta harto poco á sí mismo para ultrajar á los fieles Croatas que salvaron á los Halpsbourg en 1848, insultando á un anciano venerable como el Ilmo. Strossmayer á quien los Croatas llaman «el primer hijo de la Croacia y el padre de la Patria.»

Cuando hubo cometido esa baja acción la prensa judía dijo al Emperador de Austria que era muy fuerte y se lo creyó.....

A nuestra vista se producen hechos de igual orden. Esta pobre Francia que camina á su ruina, aleja de sí á todos los que podrian aconsejarla, servirla. El Hombre eminente, que siempre me ha anunciado lo que iba á suceder en Europa, se ha visto obligado á abandonar la diplomacia, y se tiene por embajador en Berlín al ridículo Herbette que hace allí la figura de un eriado, sin saber siquiera escuchar en las puertas como no dejaria de hacerlo un eriado inteligente.

¿Cuál es el mérito de este Herbette? Con menosprecio de todos los reglamentos, desempeñaba á la vez el cargo de director en el ministerio de Negocios extranjeros y de administrador de la compañía del canal de Suez..... Según el número de buques que han cruzado el canal durante el mes suben ó bajan las acciones. Herbette avisaba á Freycinet y le hacia ganar dinero. No se ha necesitado más para que este hombre haya sido nombrado embajador en Berlín.

II.

LA IZQUIERDA.—OPORTUNISTAS Y RADICALES.

Monotona forzosa de este capítulo.—Todos picaros.—Los Demasiado conocidos.—El Radical es más vocinglero que el oportunista.—Clemenceau ó el Caballero de la *rastaquouère*.—El terrible Choquard.—Pulidores de horas de carruaje y pulidores de cortesanas.—Un duque de cera.—En la Opera.—Clemenceau y la Derecha.—Un amigo de los Jacobinos.—Más fuerte que Wilson.—Clemenceau y Cornelio Herz.—El *Curriculum vite* de Cornelio Herz.—Hermosa vida de aventurero moderno.—Herz en el ministerio de la Guerra.—Un servicio mandado.—El silencio de la Prensa republicana.—Los privilegios de un gran oficial de la Legión de honor.—Un capitalista especulador sin igual.—El lenguaje de un hombre libre.—Otro tipo de Radical: el virtuoso Floquet.—La Sociedad hipotecaria de Tanez y Mustapá ben Ismail.—300,000 francos en diamantes debajo de los sobacos.—El lado ridículo de todo esto.—Floquet engaña á Freymet.—Flourens ó el ministro indispensable.—Lo que diría Jugurtha en París.—Un grito del corazón de Thors.

Pocas observaciones se nos ofrecerán en este capítulo á los sociólogos y psicólogos.

La izquierda, con sus divisiones aparentes varia poco en el fondo, forma una masa pútrida, un anecho charco fétido donde se desarrolla toda la flora pestilencial peculiar del Palacio Borbon: la Corrupeion, el Robo, la Prevaricacion, la Traicion. Heredia tiene sus Sociedades agusanadas como la *República*, cuya historia ha contado Rochefort; Rouvier tiene las suyas, como la *Compañía auxiliar de los ferro-carriles*. Barbe tiene las *Forges de Liverdun*. Cazot es representado en el Senado por la *Compagnie d'Alais au Rhône*, Donnot por su bancarrota. Llenarianse páginas enteras con estas letanias, pero nada adelantariamos con ellas.

En efecto, nadie niega que los hombres de Estado republicanos son en su mayor parte abominables pícaros y tunantes rematados. A estos miserables que han faltado á todas sus promesas, abusado únicamente de la credulidad de los electores les llama el Pueblo: los *Harto conocidos*, y canta con Julio Jouy:

Quand, furieux, le Populaire
Bondit, grondant sur les hauteurs,
Pour escamoter sa colère,
Surgit le troupeau des rhéteurs.
A ces fameux que l'on renomme,
Le peuple, aujourd' hui, ne croit plus;
Dans son ironie, il les nomme:
Les Trop connus!

Comme un corbeau sur un cadavre,
Révolte! ils fouillent dans ton flanc;
En Septembre, ils sont Jules Favre;
En Juin, Albert ou Louis Blanc.
Lorsque les pauvres sans-culottes
Pour eux tombent, sanglants et nus
Ils planent, dans leurs redingotes,
Les Trop connus!

Tal para cual. «El Clemencismo, dice Rochefort, no es más que el Floquetismo que es á su vez ni más ni menos que el Ferrysmo.»

Se necesita mirar de muy cerca para notar algunas diferencias exteriores entre Radicales y Oportunistas.

Los Radicales son más vocingleros que los oportunistas. Entre ellos los hay muchos de semblante de los rufianes que interceptan la vía pública, cantando á voz en cuello, insultando á los transeuntes inofensivos. Reemplazad á las muchachas callejeras por muchachas de teatros subvencionados, y la semejanza será completa.

El Oportunista, afeminado por algunos años de bienestar que ha conocido bajo el gobierno oculto de Gambetta, no se atreve ya á luchar con los Ronquins de Montmartre y otros lugares de voz sonora y apodos de género gordo, sino que se desliza suavemente por la acera, á fin de evitar trabarse de palabras. Además de esto ¿qué podría decir? El Radical austero actual ha servido la mayor parte del tiempo de lacayo al Oportunista, cuando este ocupaba ya buena posición; ha sido el compañero mal vestido ante quien se hablaba libremente, ante quien no causaba disgusto darse apariencias de Morny.

El Radical habíase comprometido á menudo con la Comune, volvia del destierro sin un céntimo, algo desorientado acerca del empedrado de Paris. El Oportunista, generoso y bueno, se encargaba de introducir otra vez al desclasificado en la vida normal; se le enviaba como secretario á las comisiones de compromiso, se le encargaba llevar cartas, cobrar dinero, se le mandaba á los periódicos de provincia y así lo sabe todo. El Oportunista apesarado ensaya á veces desahogarse en el Conservador, pero este teme más aún el alboroto que el Oportunista, y nadie se atrevia á resollar, cuando, antes de la intervencion de Boulanger que les cierra á todos el pico, Clemenceau, escoltado por sus acólitos se pavoneaba por las calles con ademanes que decian: «¿Quién me tose á mí para que le rompa yo la crisma?

Bien muerto y enterrado está Clemenceau, y, sin embargo creo que se le debe pintar tal cual es. Me ha interesado, porque era el hombre de comandita, el vasallo de Cornelio Herz, y esto me ha llevado á tomar algunos apuntes acerca de él para un croquis. Algunos socialistas, que me he encontrado al paso en el Palacio de Justicia, me han hostigado también acerca de esto, y me han dicho: «Nos habeis

dibujado exactamente un Gambetta, hacednos pues un Clemenceau.»

En efecto, lo curioso que hay aquí es que en una época como la nuestra, en que el ultraje no perdona ni la toca de la Hermana de Caridad ó las canas de un anciano sacerdote, haya podido arreglárselas el diputado de Montmartre, merced á sus actitudes de valenton, para atacar á todo el mundo y no insultarle nadie á fondo.

La vida social está llena de increíbles anomalías. ¿De qué depende á veces la reputacion de una mujer en el mundo? De la cosa más insignificante. Ciertas mujeres, como la *Dama de rastaguouère*, de quien hablé en la *France juive*, han corrido muchas veces las más ruidosas aventuras; pierden la vergüenza con sus amantes jóvenes; todos sabemos que deben su lujo á sus amantes viejos; pueden hacerlo todo... en su situación mundana nada perderán; nadie se escandalizaria por encontrarlas en la cama con un galán. Otras, al contrario, han pagado con su consideracion un amorcillo sin consecuencia, un *flirt* (coqueteria) á veces muy inocente...

¿De qué proviene? Preguntad acerca de esto á los más maravillosos psicólogos que haya, á las mujeres inteligentes y expertas, desprendidas ya de toda suerte de ilusiones, que lo saben todo, que juzgan lo que pasa en torno suyo con un humor no agriado aún, y os contestarán: «Esto no se explica. La Señora de X... vive como una joven; apenas si tiene 10,000 libras de renta, pero gasta 100,000 y no debe un céntimo; es desagradable á cuanto cabe y se la recibe admirablemente en todas partes y entra donde quiere con la cabeza erguida. La Señora de Z... es una linda mujer, dicen que ha cantado un duetino amoroso con su primo, el oficial de cazadores, pero nada se ha puesto en claro de todo esto y todos cuchichean cuando llega; ella lo sabe, lo siente,... y esta es la vida.»

Algo de esto es la historia de M. Clemenceau. Todo el mundo sabe que es el sucesor en la alcoba de una célebre *cocotte* de una Eminencia académica; pasa su vida en los bastidores de la Ópera; ha comido su legítima y hasta mutilado la hacienda de su anciano padre que habita en Sainte-Hermine—como conviene al padre de un republicano tan immaculado como el jefe de la extrema izquierda. Está en el último trance, y su caballería—este nombre tienen los billetes de difícil descuento—comienza a correr. Tiene por añadidura, el más costoso de los vicios: un diario que se obstinan en no leer y en el cual Cornelio Herz y otros rentistas han gastado sumas enormes. Nadie, sin embargo, ha escrito una palabra acerca de Clemenceau con motivo de los últimos escándalos.

Si todos han pronunciado el nombre de Clemenceau, nadie lo ha impreso; en el inmenso clamoreo levantado en torno de los muñidores de algún tiempo acá.

No ha llegado Clemenceau á este resultado á fuerza de hipocresía.

Hablando propiamente no es hipócrita. Está orgulloso de haber bebido en el mismo vaso que un Alteza: ostenta su parentesco con la vieja prostituta que servía de *entremeses* en la Montilla antes de la entrada de Pranzini. En una casa del Bosque de Boloña, donde parece que la *France jüve* cuenta con una entusiasta admiradora, Clemenceau tiene su sillón: el sillón del señor duque; tiene su apodo: señor duque; y él consiente esta chanza poco democrática, con cierta fatuidad gazmoña.

No rinde pues Clemenceau tributo de hipocresía á la Virtud. Este representante de la austeridad republicana, este marido de una mujer intachable, se pavoneaba el verano pasado en un palco, en el Hipódromo, con Erlanger, los Berthier y unas jóvenes y se atrevía á mostrarse públicamente

en compañía de ese banquero alemán absuelto, gracias á él tan probablemente como con la ayuda de Dauphin, pero condenado al mismo tiempo y abrumado de las maldiciones de miles de franceses reducidos á la desesperación y á la ruina.

No es tampoco un buen natural, un meridional redundante y que se burle del *qué dirán* como Gambetta, quien, sin haberse permitido la décima parte de los baturrillos de Clemenceau, aunque no fuera novicio en el arte, tuvo toda la Prensa á sus órdenes.

Más bien sería este un cínico, pero un cínico de la especie grave, un cínico á secas. En ese falso vendeano que insulta todas las creencias de su país, queda, como en Grevy, un lado compesino, un lado pintado, camastron. En Grevy la astucia era embaucadora pero solapada; pero la manlería en Clemenceau tiene el aire brutal, ademanes de perdonavidas.

Así tiene aterrorizados á todos sus colegas en la Cámara, á quienes se apareció cual otro Chocquard. Conocido es Chocquard, el legendario guardia de corps, el terror de los fumaderos y la admiración de las mujeres de mostrador. «Cuidado, joven, por poco me pisais.—Os juro que no lo intenté.—Muy bien, quedais dispensado, pero no volvais á las andadas.» Y la muchacha de mostrador temblaba subyugada.

Nuestro buen mozo continúa siendo aldeano, pero sobre todo es provinciano, á pesar de su talante vivaracho, como todos los hombres de su grupo. Hay algo de Marranería en todos esos abogados y pipiols radicales desertores de algún honrado matrimonio que comen la hacienda conyugal al corre que te pillan en pos de todas las prostitutas conocidas.

En la época de Girardin, teníamos en la *Liberté* amigos que eran *pulidores de horas de coches*.

Girardin, muy escaso en los sueldos de sus redactores, no era pródigo sino para los carruajes. El coche era, para él, símbolo de la actividad en el trabajo. «¡Tomad coches!» nos repetía continuamente.

Tomábamos coches para ir á buscar un cigarro, y al día siguiente nos pagaba por el número del cochero.

Los republicanos han sido siempre ingeniosos; algunos compañeros que venían del barrio latino para saber en las oficinas de un periódico bien informado, cómo estaba el Imperio nos dijeron: «¡Esto es insensato! solo teneis media hora y pagáis una. Dejadnos acabar la hora para volver al barrio latino.» Otros hicieron lo mismo y quedó creada la industria de los *pulidores de horas de coche*.....

Los Radicales son pulidores de cortesanas.

Aquella á quien la proteccion de Clemenceau ahorró la molestia de ir á declarar en el tribunal cuando el proceso de Pranzini tuvo verdaderamente su hora de radiante hermosura. En 1867 tenia el brillo nacarado, la blancura transparente de la perla, despertaba menos el deseo que una alegría de luz, un reverbero de claridad diáfana que alegraba la vista. «Es una estatua de pastora diosa de Coysevox,» dijo de ella Banville; era mejor dicho una estatua de Pradier, pero con un no sé qué de independiente y salvaje en su atractivo.

Por de pronto, la fiesta de los ojos es ahora algo pasada, y, para pulir este carruaje, no habia necesidad de ir más allá de los Inválidos.....

¡Qué importa! Para un gentleman provinciano como es, en el fondo, el amigo de Cornelio Herz, posee el gran encanto de la mujer que ha estado de centinela, el indefinible y bajo atractivo de la Safo de Daudet. Si Marion Delorme, que murió centenaria, hubiese podido llegar hasta nosotros, nuestro hombre la hubiese amado. ¡Querida de Alteza! ¡soñad pues!

La hermosa, cuenta la Crónica, habia comprendido la fuerza de este sentimiento y hecho fabricar un duque de cera de tanto parecido que habria podido figurar en el museo Grévin. El jefe de los Radicales, cuando entraba, veía al duque inclinado hácia el mapa del estado mayor, íbase de puntillas y su pasión se enardecía más.....

Todos se parecen tocante á esto. Antiguamente, apenas se apeaba el provinciano de la diligencia, corría al Palacio Real á ver el café de los Ciegos y el Hombre de la Muñeca. Todos estos orgullosos tribunos corren ahora á la «Grande Opera» y se hacen abrir los bastidores para ver en ellos las actrices. ¡Pero qué diálogos se oyen allí! La escena entre la señorita X..... y M. Tirard ha quedado épica.

—Señor mio, decia la dama, me cubrís de ridículo. ¿Por qué no os vestís como M. Antonino?

Abrumado Tirard por los remordimientos, dibuja solfas en el suelo con la punta de su baston.....

—¡Vaya! no me impacientéis; dejad el baston. Si continuáis viniendo aquí con un pantalon como este, soy una mujer deshonrada.....

Los literatos y los pintores de costumbres no buscan sino en un pasado vago ya la Opera brillante y de talento de otros tiempos, el hogar de la danza de Balzac, el tiempo de Coralía y de las Florina, la época en que el duque de Herouville enviaba á Antonia, para primero de Año una caja de dulces dentro de la cual habia una inscripción de 30,000 libras de renta. Solo para los Radicales ha continuado siendo siempre «la mansion de las Gracias» este mal local solemne y triste parecido á un serrallo en derrota. Acuden allí, y, cosa rara, encuentran todavía grandes señores para pasear en su compañía. Todos los que frecuentan la Opera os dirán que el príncipe de Hennin no se avergüenza de presentarse con Clemenceau.....

Cierto que se es libre de no tener ninguna creencia, pero el príncipe de Hennin no es sin contar entre los suyos algún religioso que ha sido expulsado, algún sacerdote que se quiera desterrar. En semejantes condiciones, no es vergonzoso vivir en compañía con ese demagogo vicioso que no tiene, como los revolucionarios plebeyos, la disculpa de un amor sincero del pueblo, con ese perseguidor de los pobres y amigo de los rentistas que á propósito de los Rothschild guarda el más respetuoso de los silencios y que no se cansa de reclamar que se quite su pan á los desdichados vicarios de 900 francos de sueldo.

Por otra parte, con más ó menos ostentación, según su carácter, todos los diputados de la derecha viven con igual temor de abandono y amistad con el comendatario de Cornelio Herz. No solamente están á pan y cuchillo con él, sino que se tienen por muy honrados con tal familiaridad. Los pasillos de la Cámara son el triunfo de Choquard; pásese allí airosamente, ostenta elegancias de clown, mira acá y acullá, acaricia su bigote de guerrero japonés, después se hace tratable; ha espantado, horripilado, hechizado á todos aquellos hombres en cuya imaginación se presenta como un personaje terrible con quien no conviene andarse con chiquitas. «Sabeis que traspasa de un pistoletazo una pieza de 20 céntimos tirada al aire, sabeis que nunca yerra el más mínimo blanco.» Así hablan, en voz baja, los antiguos á los nuevos y estos miran á Choquard con admiración.....

Recuerdo una conversacion que tuve acerca de esto con un diputado de la derecha.....

En la discusión del asunto Watrin, tuvo Clemenceau el desearo, estando en pié en el hemicírculo, de interrumpir al orador con una palabra malsonante.

—¿Cómo es, pregunté yo á mi diputado, que uno de vosotros no hizo entrar en razón á ese hombre? Tan fácil como os era arrimarle un sopapo y contestarle: «Caballero, cuando un hombre que lleva la banda de alcalde, ha sido bastante cobarde para dejar asesinar á dos generales que una simple intervención habria salvado, debiera á lo menos tener el pudor de estarse en su banco y callarse cuando se trata de un asunto análogo.»

—Confieso, me contestó mi interlocutor, que el apóstrofe era tentador, y pensé en ello, pero esto hubiera contrariado á nuestros amigos.....

En efecto, no se tiene idea de las consideraciones que prodiga la derecha á un hombre que pasa la vida insultando á todo cuanto amamos.

Un día arroja sobre nuestras costumbres parlamentarias la visión de un ángulo del salón de Pas-Perdus, cuando la crisis presidencial, dibujada al correr de la pluma por el *Petit Journal*, que nadie ha desmentido (1).

M. Clémenceau ha tenido con el señor duque de la Rochefoucauld-Bisaccia, presidente de las derechas, una conversación corta, pero muy animada, que terminó por estas palabras del jefe de la extrema izquierda:

—Tan hermosa llegará á ser la República, que renegaréis de vuestro amor á la monarquía.

—¡Bien! veremos, contestó, sonriendo, el duque de la Rochefoucauld apretando cordialmente la mano de M. Clémenceau.

El respeto más elemental de sí mismo mandaba al duque de la Rochefoucauld-Bisaccia, ahora duque de Doudcauville, contestar á Clemenceau: «Caballero, no nací para servirlos de pantalla; id á bufonear con vuestras picaras. No tengo

(1) *Petit Journal* del 8 diciembre de 1887.

el corazón alegre, soy patriota y me entristece mucho ver todo vuestro lodo republicano manchando de este modo á mi país. Comprendo perfectamente, es verdad, que no os suceda lo mismo á vos que en 1871 opinabais no bastar la pérdida de la Alsacia-Lorena y queriais todavía dar Córcega á Italia (1).»

Francamente ¿es posible burlarse más de los cándidos que, por enviar á la Cámara hombres que les prometen defender su fe, se exponen á tantas burlas, á tantas injusticias, á tantas persecuciones de parte de las autoridades republicanas?

Es muy natural que escritores de opiniones muy diferentes platiquen libremente entre sí, en lo indiferente de la vida literaria; pero cuando se lleva el nombre de duque de Larocheffoucauld, se es presidente de las derechas, el repre-

(1). En el *Journal Officiel* del 8 de marzo de 1871 (página 1.ª, columnas 4 y 5) se lee: El señor diputado Clemenceau presenta y apoya una petición del club republicano positivista de París suplicando que Francia restituya Córcega á Italia.»

Este deseo era quizás algo prematuro, pero está en camino de realizarse y el tratado concluido entre Alemania é Italia da satisfacción, según creo, en este punto al jefe de la extrema izquierda.

En la sesión del 4 de marzo presentó Clemenceau esta excelente proposición. Estrenóse así nuestro hombre en la carrera parlamentaria, no tenía entonces mucho más de los treinta años y me explico que se gritara tanto en tiempo del Imperio: ¡Paso á los jóvenes!

Apenas si nos formamos idea de lord Chatam ó del conde de Bismarck subiendo por primera vez á la tribuna para pedir la restitución á Francia del Canadá ó de Maguncia, pero tenemos siempre la fortuna de poseer hombres políticos en nada parecidos á los de otras naciones.

Desde aquí vemos, después de un desastre, alrededor de la mesa verde de un congreso, uno de los diplomáticos italianos de cabeza astuta y cautelosa como la de Nigra: «Tengo la satisfacción de decirlos que los deseos de nuestra querida Francia están de acuerdo con los de Italia: todos en Francia reconocen que Córcega no es francesa y hace ya diez y ocho años que un ilustre hombre de Estado, el señor Clemenceau, diputado de París, declaró que Córcega «formaba geográficamente parte de Italia.»

sentante de un príncipe, se tiene alguna importancia, no se sopetea de este modo, no se deja dar de mojicones por el hombre que fué cómplice por cobardía del asesinato de Lecomte y de Clemente Thomás.

Un sargento con el capote desabrochado se sentará en la cantina y bromeará con todos allí; pero cosed en sus mangas, como en el uniforme del viejo Hornus los galones de oficial y haced de él un abanderado, se os pondrá serio y no se prestará ya á ciertas familiaridades.

No puede exigirse de los jefes de la derecha que tengan el alma generosa de un Montrose, el jefe magnánimo de los Caballeros decapitado por su fe, de Montrose, «el más noble de todos los Caballeros, hombre acabado, de corazón valiente, espléndido, lo que puede llamarse el Caballero-Héroe»; pero, á lo menos se les puede pedir que tengan las manos limpias y miren á quien las dan.....

Pero, M. de la Rochefoucauld-Doudeauville ha tenido á lo menos la dignidad, en el momento de la elección de un presidente en lugar de Floquet, de evitar que un diputado de la derecha votara á favor de Clemenceau.

El *Matin* ha referido este hecho, que es también muy característico (1):

Antes del escrutinio habíase separado M. de la Rochette de sus amigos los realistas y había hecho una vigorosa campaña á favor del leader de la extrema izquierda.

Hasta el momento en que iba á depositar su voto en la urna, se mantuvo fiel M. de la Rochette á favor de su candidato, porque, al subir á la tribuna para votar, tenía una papeleta con el nombre de M. Clemenceau.

Pero entonces, el señor duque de la Rochefoucauld detuvo

(1) *Matin* del 5 de abril 1888.

á su colega de la derecha realista y, recordándole que era su presidente, díjole que no podía votar sino á favor del candidato escogido por sus amigos.

Obligado M. de la Rochette á sujetarse á la disciplina, debió cambiar su papeleta y depositar en la urna otra con el nombre de M. Méline.

Perfecto diputado este de una ciudad como Nantes, donde no se ha borrado todavía el recuerdo de las anegadas de Carrier, queriendo de todos modos tener por presidente un Jacobino, dispuesto á votar á favor de Clemenceau que ha injuriado á la heroica y cristiana Vendée, la Vendée de los Cathelineau, de los Stofflet, de los Bonchamps, que en plena Cámara osó decir estas infames palabras: «Cuando Francia tenía contra sí toda la Europa, la Vendée le hundió un puñal en la espalda.»

—Separacion de la Iglesia y del Estado, es decir ya no más pan para vosotros, pobres curas de la Bretaña y de la Vendée!— así habla Clemenceau.

—Mil gracias en nombre de los curas que han combatido para hacerme elegir! Voy á daros mi voto á fin de que se os aloje en un palacio y podais bañaros á vuestra vez en la famosa bañera de plata de Morny,— así contesta M. de la Rochette.

Hay hombres, repito, que pueden atreverse á todo. No será permitido siquiera ser rígido con Clemenceau por hechos que suscitarían anatemas contra Wilson.

—¡Oh! ¡ese Wilson! ¡ese Wilson!

—Pero ¿qué ha hecho?

—¡Oh! ¡miserable! ¡Vender la cruz, el pedazo de cinta gloriosa! ¡Qué pirata! ¿Habeis visto su última jugarreta?

—¡No!

—¡Es demasiado!.... El cerrajero á quien se ha nombrado caballero de la Legion de honor.....

Así se exclaman, se indignan, vociferan, protestan, espumean el *Intransigente*, el *Radical*, la *Linterna*, el *Siglo XIX*.

—Ese cerrajero, al fin y al cabo, habia hecho cerraduras, pero ¿podriais decirme qué ha hecho M. Cornelio Herz para ser gran oficial de la Legion de honor?

Al oír esto, los Rochefort, los Mayer, los Maret aprietan las nalgas, y, como se dice vulgarmente, toman las de Villadiego.

—Veamos ¿qué os pasa? No vayais tan deprisa.... ¿No quereis charlar un momento con los compañeros? ¿Y vuestra indignacion de hace un momento, dónde está?

Es imposible sacar nada de esos caballeros, solo exclamaciones vergonzosas que terminan siempre por las dos sílabas del nombre de Wilson, pero que nunca llegan á las tres sílabas del nombre de Clemenceau.....

Para personas que han tomado la moralidad pública por administracion y que sacan de ella unas cuantas mil libras de renta, parecería, sin embargo, oportuno el momento de dilucidar esta cuestion: ¿Qué ha hecho M. Cornelio Herz para ser gran Oficial de la Legion de honor?

Con permiso del lector, vamos á estudiar juntos el *curriculum vite* de este personaje. El tipo vale la pena de que uno se detenga en él y el Destino parece haberme reservado esta original fisonomía del interpolismo judío.

Nació Cornelio Herz en Besançon de padres bávaros, el 14 de setiembre de 1845; en los registros del estado civil está indicado como hijo de Leopoldo Hertz, encuadernador, habitante en la calle de Granges, 32, y de Adelaida Friedmann su esposa. De un estudiado retoque del nombre de Corneille y de Hertz salió el nombre de Dr. Cornelio Herz soñado por Balzac y que ofrece al oído y á la vista no sé

qué de la edad media y de extravagante que sabe á su alquimista y á su Faust.

En un principio, el laboratorio de nuestro Faust fué una simple oficina farmacéutica; era *potard* en esta farmacia de la plaza Beauvau, en la que el inasible Walder cometió despues un crimen que permanece todavía rodeado del más impenetrable misterio. La principal ocupacion de Herz era lavar el perro y limpiar los botes. Por la proteccion del Dr. Legrand du Saulle, logró Herz entrar como interno en farmacia en un establecimiento de locos de los alrededores de Lyon, pero fué despedido por su incapacidad. Cuando la guerra, ingresó Herz en las ambulancias, y, merced al desarreglo general, es posible que llegara á ayudante mayor y que amputara algunas piernas. En todo caso, no tuvo entonces ninguna condecoracion.

Hecha la paz, juzgó Cornelio Herz que no era bastante completa aun la decadencia de Francia para poder presentarse delante de ella, y partió para América, estableciéndose en San Francisco, donde alquiló por 20 dollars al mes el derecho de servirse del despacho de un doctor durante una hora diaria.

Además de esto, removíase ya con una energia que hubiera permitido presagiar sus elevados destinos. Un chino habia puesto en completo desórden á San Francisco asesinando á un niño. Herz fué á encontrar un doctor llamado Stout quien tenia un periódico de medicina; hizole redactar acerca del caso del chino una consulta que publicó bajo su firma de Herz, y, durante algun tiempo no se habló sino de Cornelio Herz y del chino.

Sin embargo, la fortuna tardaba en llegar, aunque en la casa de nuestro hombre se manifestara un movimiento por demás calenturiento. Solo se veian coches de señores, caballos que relinchaban, cocheros que se injuriaban para lle-

gar más presto..... Desgraciadamente los habitantes de San Francisco no son novicios en el ramo y muy pronto se supo que era Herz quien alquilaba todos aquellos coches para que fueran á pavonearse en la calle que él habitaba.

En aquella época, prohibido el ejercicio de la medicina sin título, por una ley del Estado de California, el *California news letter* publicó simultáneamente en una columna el nombre de los *quacks* (sin título, traduccion literal; charlatanes sin escrúpulos) y en otra columna los nombres de los habilitados con título. Al frente de los *quacks* figuraba M. Cornelio Herz, quien desapareció por algunas semanas y volvió luego con un título del *Rush college* de Chicago. Entonces el *California news letter* le hizo pasar á la lista de los titulares pero con la fecha de su título.

A pesar de los prodigios del bombo, no le aprovechó á Herz la medicina; entonces dirigió, por algun tiempo, el teatro llamado *Baldwin's theatre*.

Así que Cornelio Herz hubo tomado su direccion, el teatro estuvo lleno todas las tardes; pero ¡ay! esta vez era tambien artificial la prosperidad. En dos años solamente habia logrado Herz hacer en San Francisco 2 millones de deudas y los palcos estaban únicamente llenos de acreedores á quienes el director daba asientos para calmarlos algo.

Comprendió nuestro judío que era inútil obstinarse más y se fué de San Francisco.

No obstante, debó decir que se hicieron algunos esfuerzos por detener al ingrato. Habitantes del país, que por mucho tiempo se creyó que eran acreedores, pero que evidentemente no eran sino admiradores apasionadísimos, hicieron detener á Herz en el momento de tomar el tren, pero le soltaron y partió para Chicago y despues para Nueva-York. Aquí obtuvo una opcion mediante 10,000 dollars para el teléfono de Edison, pero no la pagó y le fué retirada, al

cabo de algunos meses por telegrama, para darla á M. Puskas, quien trató con la Sociedad de los teléfonos de Paris.

Al través del Atlántico, podíase sentir ya el hedor de corrupcion y muerte procedente de Francia, por estar ya realizada la obra judía. Los verdaderos franceses, los franceses naturales eran tratados en su patria como outlaws, quedaba libre el puesto para los aventureros cosmopolitas.....

Herz descendió pues en el Gran-Hotel y pasó el tiempo en el boulevard para oler qué direccion debía tomar. Apenas si habia quince dias que habia llegado cuando un transeunte se le hechó en brazos gritando: «Muy seguro estaba de encontraros aquí.»

Era un tal L....., antiguo marinero convertido en cervicero á quien Herz habia pedido prestada la pequeña fortuna que él habia reunido y que llegaba á algunos centenares de miles de dollars; habíase embarcado algunos dias despues que su deudor y su confianza en él no parecia siquiera disminuida ni por pienso.

Herz, por lo demás, se portó muy bien. No pagó á su acreedor, porque esto hubiera sido de un hombre ordinario, no procuró deshacerse de él por villanos procedimientos, porque hubiese sido á manera de criminal y no está en sus maneras de obrar. Nada le hubiese sido más fácil que emplear este último medio, merced á sus relaciones con los elevados funcionarios que todo se lo permiten tocante á arbitrariedades y son bastante abyectos para decir á una mujer, como Gragnon de la señorita Sombrenil: «Si no sois amable con mi amigo el diputado, os mando llevar á la frontera, y si volveis os encarcelaré, con aplausos de toda la izquierda.»

Herz se portó asimismo muy bien; instaló á su acreedor en un hotel del barrio Saint-Honoré, y durante largos años respondió de su cuarto y alimento.

¿Qué hizo Herz estando ya en Paris? Demasiado prolijo seria decirlo, y quizás demasiado peligroso, porque los diputados republicanos que estuvieron enredados en esos asuntos excitarian todavía á los jueces contra mí. ¿De dónde vino el primer dinero, la primera llave de oro que sirvió á Herz para abrirse los corazones radicales? porque á estos parece haber aludido La Fontaine cuando dijo:

La clef des coffres-forts et des cœurs, c'est la même.

¿Cómo este aventurero, llegado á Paris sin recursos, pudo subvencionar periódicos, sostener comités electorales, comprar condecoraciones, llegar á ser, á fuerza de servicios prestados, el inseparable de Clemenceau y de Boulanger, tener entrada á todas horas en casa de M. de Freycinet?

Parece plausible la explicacion dada tiempo há por algunos periódicos y es posible que Cornelio Herz haya sido la clave del servicio de informacion que funciona en Paris por cuenta de Alemania. Sin embargo, no disponia más que de este medio. Magnetizador de primera fuerza, hipnotizaba literalmente á aquellos en quienes habia puesto sus miras, y de este modo sacó sumas enormes de diversas personas, de un empresario de obras públicas, especialmente, llamado Daudérny que fué á morir de pesar en Panamá.

Comenzóse por hacer condecorar á este buen hombre, después se le engañó con brillantes promesas; apenas si sabia difícilmente garabatear ó mejor dicho dibujar las letras que formaban su nombre, y, gracias á esta ignorancia, se consiguió hacerle firmar por 3 millones de billetes.

Igualmente habia logrado Herz persuadir al cajero de una importante caja de banca americana del barrio de la Ópera que le confiara los capitales que guardaba. Muy pronto fué tan crecida la cantidad malversada,—era, segun creo, de

1.500,000 francos,—que los banqueros adivinaron la verdad; por el temor del escándolo no quisieron practicar investigaciones y se contentaron con enviar á su cajero á Australia y hacer firmar á Herz pagarés por el importe de la cantidad.

Mientras estuvo Boulanger en el ministerio, Cornelio Herz fué el dueño absoluto en el ministerio de la Guerra. ¿Acaso Clemenceau había impuesto este bávaro al general? El hecho es probable, y lo deseo por la honra del general á quien no soy hostil. Lo cierto es que el ministro de la Guerra hacía por este aventurero lo que no hubiera hecho por un oficial francés.

Nuestro amable cofrade Havard había intentado también, á fines de octubre de 1886, poner en claro el asunto Cornelio Herz.

El día siguiente de la aparición del artículo en el *Monde*, se presentan dos militares en la redacción con la actitud que conviene en las circunstancias solemnes. Era uno el general Richard, director de ingenieros en el ministerio de la Guerra, actualmente muerto, el otro era el teniente coronel Peigné, subjefe de gabinete del ministro de la Guerra Boulanger.

Durante la entrevista, hicieron los dos caballeros esta asombrosa declaración: *No somos amigos de M. Cornelio Herz; nos envía el ministro de la Guerra para salir fadores por él.*

Si M. de Claye, que es un excelente muchacho y á quien aprecio mucho por otra parte, hubiese tenido alguna más presencia de ánimo, en lugar de insertar la nota algo vulgar que insertó, hubiera dicho sencillamente al frente de su periódico: «Retiramos lo que hemos escrito del momento en que dos jefes superiores, enviados por el ministro de la Guerra, salen fianzas de la honradez de M. Cornelio Herz.»

¿Qué os parece un ministro de la Guerra que manda á dos militares, no para ir á defender la honra de uno de los jefes del ejército sino de un bávaro americanizado, de un agente de negocios? (1)

¿Qué luz no arroja esto sobre lo que pasaria en un ministerio en que Cornelio Herz tenia el estado mayor del ministro á su disposición para ir á intimidar á los periódicos.

La prensa republicana no ha dicho jamás una palabra de esta cuestión que ofrece cierto interés.

No se trata aquí de la cintita que, en el pecho de un cerajero, indigna tanto la virtud de M. Rochefort y de M. Maret, sino que se trata de la placa de gran oficial, es decir de una de las más gloriosas distinciones que puede distribuir la Francia.

Nansouty, el intrépido general de caballería, que fué el héroe de Eylau, era gran oficial solamente del 11 de julio de 1807. Montbrun, otro general de fabulosa bravura, era gran

(1) Buen cuidado tuvo la *Lanterne* de subrayar la significación de este paso dado, pues escribe con fecha del 2 de noviembre de 1886.

Autorizando, cosa rara tratándose de un civil, hasta francés, á dos jefes superiores de su estado mayor para servir de testigos al doctor Cornelio Herz, además gran oficial de la Legión de honor, ¿no se declaraba el ministro fianza por decirlo así de su honradez?

No solamente había autorizado el ministro de la guerra á los dos jefes superiores, sino que les había enviado en servicio mandado.

La mejor prueba de que los tales jefes no conocían á Herz, es que su nota de rectificación afirma hechos completamente inexactos.

«El señor Doctor Herz entró en el ejército francés, en 1870, como médico, é hizo toda la campaña con el ejército del Loire.»

«Ha sido propuesto para el grado de caballero de la Legión de honor y ha sido condecorado á consecuencia de esta campaña.»

Cornelio Herz no era médico ni por piense en 1870; era todo lo más ayudante mayor; es completamente falso que haya sido condecorado á consecuencia de esta campaña; fué nombrado caballero de la Legión de honor el 31 de agosto de 1879.

oficial del 30 de junio de 1811. Lasalle el heróico Lasalle, herido de una bala en Wagram y que vive en nosotros en el admirable retrato de Gros, con su capote, su pantalón de cuero y su porta pliego, el relámpago en la vista, dispuesto á montar á caballo para cargar, era sencillamente comendador; habia sido nombrado el 25 pradiel año XII.

Nuestros mayores sabios; Jobert de Lamballe, Velpeau, han muerto, después de toda una vida consagrada á aliviar las dolencias de la humanidad, sin haber pasado del grado de comendador. Ni uno de nuestros médicos eminentes es gran oficial de la Legion de honor.

Fuera de la cuestion honorifica, esta elevada dignidad confiere privilegios que tienen su importancia para con hombres como Cornelio Herz.

Segun la jurisprudencia actual, un gran oficial de la Legion de honor no debe cuenta de sus actos, aunque fueran delitos, sino al procurador general; haga lo que quiera, se libra de todo procedimiento de una parte civil (1). Además, siendo el célebre Bauchez el procurador general, advinase fácilmente que Cornelio Herz habria podido cometer los hechos más graves en su carrera de aventuras sin que el procurador general tomara la iniciativa de intervenir.

Es también divertido, después de las retahilas sobre la Igualdad y el 89 ver que el privilegiado en Francia es un judío alemán que ha dado dinero á Clemenceau para vivir alegremente.

Observad que nada fuera más fácil á los amigos de Clemenceau, á los Millérand, á los Pelletan, y á los Ranc que cubrirme de confusio; tienen entrada en todos los minis-

(1) Véase acerca de esto el folleto del Dr. Robinet de Cléry: *Des droits et des obligations du Parquet, agent du gouvernement.*

terios y no debieran hacer más que publicar los títulos de ese gran oficial de cuarenta y dos años:

Caballero.	Tal hecho,	tales servicios,	tal libro,	tal descubi- rimiento.
Oficial.	—	—	—	—
Comendador.	—	—	—	—
Gran oficial.	—	—	—	—

Los Millérand, los Pelletan y los Ranc se guardarán muy bien de publicar el documento que honraria á su amigo; saben mejor que yo que la placa de gran oficial de M. Cornelio Herz ha sido pagada con escudos sonantes (1).

Tenemos de esto el testimonio más irrecusable en la declaracion, enteramente desenvuelta y hasta algo altanera, publicada por M. Clemenceau en su periódico *la Justicia*, con fecha 3 de noviembre de 1886:

(1) A Salis se le presenta aquí una ocasion para distinguirse. Sabido es que Salis es el hombre del Herault que tanto estorbó, con su amigo Jamais, con motivo de un discurso en el que M. Numa Gilly, un diputado obrero, que dicen ser verdaderamente muy honrado, habia afirmado esta evidencia conocida de todos que la Cámara estaba llena de Wilsons y que la comision del presupuesto se componia de mas de veinte de ellos.

Ese Salis fué la broma del fin de las vacaciones. Sucede á veces en los Círculos sospechosos donde la trampa está á la órden del día, que un caballero se convulsiona de repente sin saberse por qué; empieza á lanzar gritos agudos; «Qué nadie salga! ¡Qué se registre á todos!» Salis desempeñó este papel y la comision del presupuesto alligada no sabia cómo hacerle callar. «¡Callaos se le decia, se acabará por aceptar vuestros ofrecimientos! Vais á llamar la atencion sobre nosotros!»—No; respondió Salis, no me calmaré! ¡Quiero nombres, nombres, nombres!»

Tome Salis un coche pagado á medias con su compadre Jamais y preséntese á los ministerios para recoger allí los títulos de M. Cornelio Herz para el grado de gran oficial de la Legion de honor.... Cuando un elector del Herault ó del Gard pide sencillamente la órden de Poireau debe alegar algunos servicios. Algo de este género debe existir con motivo de cada una de las promociones de M. Cornelio Herz, un informe cualquiera. Si Salis da las pruebas de servicios prestados á Francia á la curiosidad de los lectores, quedarán confundidos en mi persona todos los mal intencionados.

M. Herz no es comanditario de la *Justice*. Ha sido accionista del 26 de febrero de 1883 hasta el 15 de abril de 1885.

M. Clemenceau le ha cedido el 26 de febrero de 1883 la mitad de sus acciones liberadas en pago de cantidades entregadas por él desde el 31 de marzo de 1881 al 16 de junio de 1883.

El 15 de abril de 1885, M. Clemenceau ha recobrado las acciones de M. Herz.

M. Clemenceau no ha recomendado jamás á M. Herz á ningún ministro, ni á nadie para ningún negocio, ni para favor alguno.

¿Verdad que suelta bien la sin hueso el puritano? Parece que lo hace cual conviene al pueblo soberano. Aquí está el agente de negocios que atraviesa el Atlántico expresamente para tomar la mitad de las acciones de un periódico que jamás ha tirado más allá de 2, ó 3,000 números, que jamás ha distribuido ningún dividendo (1), y á quien dice M. Clemenceau: «Caballero, consiento en aceptar vuestros 500,000 francos, pero con la condicion de que no pidáis nunca ni una recomendacion, ni un favor.»

Al cabo de cinco años, este hombre, comanditario de un agitador que hacia y deshacia los ministerios, se despierta gran oficial de la Legion de honor.

Nótese bien que M. Clemenceau es ageno á todo esto. Es indudable que experimenta pura alegría al ver estos rípi-

(1) Este judío es el mismo buen Samaritano. Préviamente advertido de que no debía contar con *ningun favor* ni con *ninguna recomendacion* no podia tener mayor esperanza de retirar ningun beneficio del dinero puesto en el periódico. En 26 de noviembre de 1881, juzgando desastroso el negocio los accionistas de la *Justice*, habian abandonado, por acuerdo unánime, todos los títulos á M. Clemenceau encargándole á él la extincion del pasivo de la Sociedad. El 15 de enero de 1887, los nuevos accionistas tomaron una resolucion análoga con respecto á M. Jorge Clemenceau. Con la simplicidad de las almas verdaderamente generosas, Cornelio Herz habia pues abandonado la América únicamente para contribuir con su bolsa á la propagacion de la literatura de Camilo Pelletan. Ya no se ven mas accionistas como este; si engendra hijos, me reservo uno de ellos.....

dos resultados. «Es mi accionista, dice modestamente, pero, añade el Incorruptible, no le he recomendado jamás, ni jamás he pronunciado su nombre para ningun favor (1).»

(1) El elemento de intensa jovialidad de estas cosas es que todos los políticos republicanos que se entregan á una guerra encarnizada, que se abrumen entre si con las mas groseras injurias, están todos de tal manera enredados en los mismos soeces negocios que se ven obligados á detenerse en el momento de las acusaciones formales. Es la historia de Pitou: «Mi capitán, he hecho un prisionero:—¡Pues bien! tráelo!—¡Es que no quiere soltarme!»

Los Cadettistas del *Parti ouvrier* afirman que durante el ministerio del general Boulanger, hubo baturrillos en las provisiones militares, en las blusas de los territoriales, en los colchones elásticos, pero no dicen nada mas. En efecto, seria fácil al general Boulanger contestar: «Me he visto obligado para tener el apoyo de Clemenceau y de su grupo á soportar todas las condiciones de Cornelio Herz, que representaba á Clemenceau y que, en realidad, me tomó en Túnez para hacer de mí un ministro de la Guerra. Un ministro de la Guerra que no satisfaria los apetitos de la izquierda, ni duraria ocho dias; precisamente por esto apelo á todos los buenos franceses para que echen el régimen parlamentario á los albañales.»

La *Presse*, el periódico de Laguerre, alude á estos hechos y recuerda como Clemenceau debió capitular ante la campaña emprendida por el *Matin*.

M. Pelletan, exclama la *Presse*, no tiene memoria:—acuérdesese pues de que el general Boulanger no ha hecho nunca *ningun* negocio rentístico y que todos los amigos de la *Justice* no pueden decir otro tanto.»

Clemenceau, que está en Luchon, toma entonces aires de Chafarocas y pide á Laguerre, que está en Lisieux, que se explique formalmente, haciéndole observar que mientras el comia del presupuesto de la *Justice*, no se ocupaba en saber de donde venia el dinero. Laguerre, que comprende que el negocio se va á rodar, contesta que él no quiso decir nada absolutamente y carga el muerto al secretario de la redaccion.

En cuanto á Reinach, aprovecharia de mil amores la ocasion para arrastrar á Clemenceau por el fango y deshonor al general, pero se encuentra con que es el socio de Cornelio Herz. Está vista la situacion.....

En el fondo, lo más interesante que aquí hay, es siempre el judío. Observad bien que Cornelio Herz es absolutamente un ignorante, y su instruccion no excede gran cosa de la de un alumno de instruccion primaria. Pensad ahora en todo lo que ha removido, desordenado, agitado; todo lo ha tratado en su movimiento febril y las mas diversas personalidades han estado envueltas en su vida. Generales, sabios, rentistas, senadores, diputados, Clemenceau y Boulanger, Freycinet, el caballero grave considerado tanto tiempo como la misma probidad, y Leonidas Lebanc, Wilson, Hébrard, Da loz, todos esos seres de diferente imagen, de opuestos sentimientos, han sido veletas, Juan de las Viñas, en sus manos; ha hecho caer en la trampa á Rothschild y arranca millones á empresarios de obras y á

¡Calculad ahora cómo estaría Cornelio Herz si Clemenceau le hubiese recomendado!

Ó Rochefort, príncipe de la Ironía, duque de la Insolencia, ¡que obra maestra habríais escrito si el pobre Wilson, acusado por haber dado una crucecita á un accionista de la *Petite France*, se hubiese defendido de esta manera!

Quizás parezca que me he extendido demasiado en este episodio, pero el proceso Deprez-Cornelio Herz-Rothschild (1) me ha seducido mucho y distraído considerablemente. Y luego ¿qué hacerle? Diviérteme acariciar un poco el lomo de un republicano que se presta por modelo de la Virtud; esto me inspira...

Ya que por tu propia confesion, ó ciudadano Clemenceau, no hay Dios, no hay derecho y la insurrección es el más san-

fabricantes de bizcochos que habrían negado 10 francos á un hambriento; ha encontrado jóvenes sabios que han trabajado por él años enteros sin cobrar un céntimo de sueldo.

(1) El hermano de Clemenceau era uno de los confidentes de Marcelo Deprez y del doctor Cornelio Herz. En la única pieza cuya comunicacion nos dió la parte contraria, cuando mi proceso, figura en el estado del personal por 500 francos mensuales. Se ha casado con la hija de un famoso judío, en Viena, Mauricio Szeps, que fué redactor del *Neue Wiener Tageblatt*, donde se insultaba á Francia desde el día primero de enero hasta el día de San Silvestre.

El *Waterland* del 25 de enero de 1887 publicó acerca de este caballero edificantes noticias. Cuando se le obligó á dejar el *Neue Wiener Tageblatt*, se llevó las fajas de direcciones del periódico y el manuscrito de lo que se iba publicando. Por este hecho se le llevó á los tribunales y fué condenado por delito contra la propiedad literaria á una multa de 300 florines ó eventualmente á veinte días de cárcel.

Naturalmente Clemenceau ha hecho condecorar con la Legion de honor á este judío heno de delicadeza. Si los Radicales tuvieran una mija de honradez, confesarían que la cruz estaba mejor colocada todavía en el pecho del camarero del hotel del paseo de Jena que en el de ese pillastron extranjero y que Clemenceau no vale tampoco lo que Wilson, quien, á lo menos, no trabajaba á favor de la exportacion y no condecoraba sino al indígena.

to de los deberes siempre que se cree uno con derecho á quejarse de algo, confiesa que sería yo muy cándido si me contuviera respecto á tí y si refrenara mi fantasia que me ha impelido con frecuencia á tratarte como tú tratas á los Católicos y hasta á los Oportunistas cuando no temes á Boulanger. ¿Por qué mi molécula cósmica no se ha de tomar alguna libertad contra la tuya?

Como cristiano, sería yo reprehensible, y amonestado por mi confesor, si respecto de tí obedeciera yo á un sentimiento de odio personal, pero no te profeso ningun odio; intento sencillamente mostrarte lo que es un hombre libre.

Efectivamente, en el Evangelio está escrito:

«Si hicieris lo que os digo, conoceréis la Verdad, y esta Verdad os hará libres.»

San Atanasio desarrolló esta idea en noble y elegante lenguaje:

Debe hablarse francamente, porque no hemos recibido un espíritu de servidumbre que engendra el temor: el espíritu de Dios nos llama á la libertad.

Tú no conoces á San Atanasio y los tunantes que te admiran no admiran quizás, como debieran, á ese hombre verdaderamente admirable. San Atanasio desafió á los Emperadores omnipotentes, y ántes que doblar la rodilla, fué á alimentarse de raíces en el centro de los desiertos de la Tebaida, desde donde gobernaba su diócesis no obstante las iras de Juliano el Apóstata, quien escribía:

«Sé que Atanasio con su acostumbrada audacia, se ha puesto en posesion de lo que él llama el trono episcopal. ¡Malvado! ¡se atreve bajo mi reinado á conferir el bautismo! ¡Un hombrecillo como es, y se gloria con arrostrar la muerte! Ves que Atanasio no iba á las casas de las jóvenes prostitutas de Bizancio ó de Antioquia, pero tambien «ese hombrecillo», que fué grande en todo, grande hasta en la san-

tividad, no tenía culpables connivencias con los Granet de la época; quería que se dieran las recompensas, los collares de honor ó las medallas, las *phaleræ* á los soldados que defendían el Imperio y no á los Cornelios Herz del momento.....

¡Los mismos perros con distintos collares, los Demasiado-conocidos!

Todos son lobos de una misma camada.....

Todos aparentan disputarse entre sí y guardan el más diplomático de los silencios acerca de sus recíprocas maldades.

Si queréis formaros idea del silencio que el Radical, regularmente tan ruidoso, sabe organizar al rededor de los suyos, examinad el negocio de la Sociedad hipotecaria de Túnez y de los bienes de Mustaphá.

Es al mismo tiempo un episodio encantador de las costumbres judías, al que nada le falta. Desgraciadamente, para analizar á fondo la cuestión, se necesitaria la pluma de Balzac que conocia todas las truhanerías del procedimiento, que se complacia en describir, en sus complejidades y embrollos, las combinaciones de los hombres de presa de su época muy inferiores, por otra parte, en pillería á los hombres de presa actuales.

El comienzo de la historia está en la *France juive*, pero muchos de mis lectores querrán saber su fin.

La situación es la siguiente. Mustaphá ben Ismail, el antiguo favorito del Bey de Túnez, llega á París; necesita dinero; la Compañía transatlántica le anticipa primeramente 200.000 francos sobre sus halajas, después le presta 1 millón, sobre el cual se le entregan gran cantidad de pérfidos engaños. Se le cuentan, por ejemplo, 600.000 francos por tres palacios de la calle de la Faisanderie pertenecientes al suegro de un judío administrador de la Compañía y que después se han vuelto á vender en 42.000, 45.000 y 50.000 francos.

La Compañía transatlántica continúa el recobro de sus créditos contra Mustaphá, y, en el momento que el ex-primer ministro está apuradisimo, un grupo de rentistas le ofrece sacarle del paso ingresando en una Sociedad que se forma: la Sociedad hipotecaria de Túnez; abandona á esta los bienes que posee en la Regencia y de las 8.000 acciones de la Sociedad le entregan 6.000.

Debe saberse que las acciones de Mustaphá no podrán obtener nunca más de 25 por 100, mientras que las demás acciones no están sujetas á ninguna reduccion de producto.

Esto nos representa sencillamente una de aquellas escenas de vaudeville en que Brasseur que acababa de presentarse como zapador reaparecia inmediatamente como nodriza. El grupo de rentistas que, después de haber comenzado á prestar á Mustaphá, le perseguia á muerte y el grupo que fundaba la Sociedad hipotecaria de Túnez era un solo y mismo grupo.

Preséntase entonces una dificultad. Los bienes que Mustaphá cedia á la sociedad hipotecaria de Túnez tenían un valor enorme, un valor de 30 millones ahora y de 80 en lo venidero, pero estos bienes no le pertenecen. Estos bienes son bienes *habbous*, es decir, inalienables, bienes patrimoniales del gobierno beylical ó dotaciones hechas á mezquitas ó á colegios como el colegio Sadiki.

Nadie ignora el papel que Mustaphá representaba en Túnez, y, con este motivo, un diplomático, que ocupó ántes los más elevados puestos de la Regencia, me referia un pormenor muy oriental. Cuando se instaló el telégrafo en el Bardo, el primer telegrama que se envió desde el palacio era este: «Se suplica el envío de los pantalones que el Bey se ha dejado en la cama de Ismail.»

En semejantes condiciones las donaciones hechas por Sadoek á su favorito no tenían ninguna importancia. Es

indudable que todo trabajo merece salario pero aquí el salario era excesivo...

¿Admitiréis jamás que un soberano en un momento de embriaguez, dé á su compañero de libertinaje los inmuebles del Colegio de Francia ó los establecimientos y las rentas legadas á la Asistencia pública?

Hasta en muchos casos se había sorprendido absolutamente la confianza del Bey. Sabido es cómo iba allí todo.

Todos los lunes tenía el Bey una especie de audiencia en la cual fallaba acerca de todos los asuntos que se le sometían. El Bey no firmaba nada: cuando aprobaba la decision que le proponía su primer ministro, Mustaphá ben Ismail hacía una señal de cabeza. El guarda sellos sacaba entonces de un cofrecillo el sello beylical y Mustaphá sellaba el documento. Mustaphá tenía escrituras de donacion bien preparadas; proponía, por ejemplo, al Bey imponer una multa á algun tunecino culpable de cualquier delito, hacía el Bey una señal de aprobacion, Mustaphá tomaba el sello y lo imprimía, no en la sentencia, sino en la escritura de donacion.

Si Francia no estuviese ahora gobernada por la crápula de todos los países, ni se hubiese suscitado jamás esta cuestion. El gobierno francés habría hecho lo que hace el gobierno inglés para los rajahs ó los personajes importantes de la India á quienes aleja de su país, habría consignado una pension conveniente á Mustaphá y le habría mandado estarse tranquilo.

Sea como quiera, se pleiteó y aquí aparece Floquet. Si un Oportunista hubiese representado el papel que desempeñó Floquet en este asunto, todos los Moret, los Rochefort, y los Mayer hubiéranse echado encima con alegría, pero, para ellos, ya lo tengo dicho, siempre saben á bien las infamias radicales.

Es evidente, sin embargo, que desembarcando Floquet en Túnez, como representante de Mustaphá, llegaba allá, no como un abogado ordinario, como hubiera sido un Betoland ó un Lenté, sino como vice-presidente de la Cámara, como hombre político influyente; hacía sencillamente lo que Greyy yendo á defender á Dreyfus, lo que hacía Wilson cuando recomendaba á las personas: hacía tráfico y mercancia de su situacion oficial, servíase de ella para pesar sobre el Bey, sobre la autoridad francesa y sobre los jueces. Sabia perfectamente que por esto se le enviaba allí.

A pesar de todo, eran de tal modo inmorales las pretensiones del antiguo favorito del Bey, de tal manera contrarias á todo derecho, que un proyecto de transaccion, propuesto por M. Santter de Beaugard, había consignado ya que Mustaphá había abusado de su influencia y que en ella había habido captacion.

Los tribunales no se atrevieron á dar razon á Floquet y á su interesante cliente. En primera instancia había obtenido el Colegio Sadiki del tribunal local, la Charea, un fallo que condenaba á Mustaphá á restituir. La administracion, en lugar de ejecutar el fallo, pidió, por ganar tiempo, el *exequatur* al tribunal francés. Floquet pretendió que la sentencia era nula, pero el tribunal francés dictó una providencia declarando que el primer fallo estaba competentemente pronunciado, y después remitió la causa y á las partes á una audiencia ulterior.

Floquet cambió entonces de táctica; en lugar de continuar el pleito, regresó á Francia, fué á encontrar á Freycinet, mintió descaradamente y le dijo: «Ya he ganado mi pleito contra el colegio Sadiki (que era falso); de este modo, apoyando un proyecto de transaccion, no apoyarais sino una causa justa.»

Pasado algun tiempo, después de haberse informado Freycinet, mandó llamar á Floquet á su despacho y le dijo: «¿Cómo pudisteis engañarme, señor Floquet, hasta ese extremo y valeros de la influencia de mi ministerio á favor de una pandilla de rateros?»

Freycinet, que hoy es ministro bajo Floquet, juraría y volvería á jurar, que jamás abrigó tal propósito; pero abrigólo perfectamente, pues lo ha referido á álguien uno de los mismos judíos metidos en el lio y que decía: «¿Comprendeis que Freycinet nos haya tratado de rateros?»

Freycinet luchaba pues con su conciencia como Menard-Dorian cuando se trata de entregar á Inglaterra el secreto de los cañones que bombardearán nuestros puertos; ha luchado siempre, debe hacerse esta justicia, y á buen seguro que hubiese capitulado, segun le ha sucedido siempre, cuando Flourens le hubiere derribado y reemplazado.

Después de haber sido Flourens el servil cortesano del Imperio, hizose el verdugo servil de la República contra nuestros sacerdotes. Privaba de sueldo á nuestros pobres curas sin sombra de motivo. Un eclesiástico de mucho talento que ponía en su tarjeta: «Párroco de X....., sin sueldo,» me refería una conversacion épica que tuvo con él. Había conseguido entrar en el despacho del director de los Cultos y hacerse traer su expediente para ver al fin de que se le acusaba. En el expediente se halló esta única observacion: «Ha querido fundar una escuela libre en X..... Hombre muy peligroso.»

Sabida es la teoría de Flourens: la que él aplicó á M. de Rotours; que hasta después de unas oposiciones, un francés católico es tan incapaz de ocupar un puesto de agregado en el ministerio de Negocios extranjeros, como un católico ser rey de Inglaterra.

Estas ideas explican que los periódicos conservadores se

hayan pasmado de la habilidad y patriotismo de Flourens, cuando llegó al ministerio de Negocios extranjeros, y hayan declarado unánimemente que se había hallado al fin el ministro indispensable.

Todos los ministros de Negocios extranjeros han sido declarados indispensables desde el duque de Decazes, al que no se atrevía nadie á tocar só pretexto de que mantenía por sí solo, la paz en Europa, hasta Freycinet cuya salida del muelle de Orsay debía acarrear inmediatamente una conflagracion general.

Por lo demás, esto se comprende fácilmente: los ministros de Negocios extranjeros disponen de fondos secretos muy importantes, y, en lugar de emplear este dinero en saber lo que pasa en el extranjero, los destinan á pagar la Prensa que, segun la importancia de la cantidad, compara al ministro en ejercicio con Richelieu, Talleyrand, Cavour ó Metternich. Cuando el predecesor lo ha gastado todo para hacerse comparar con Richelieu, el sucesor debe contentarse con hacerse llamar Olivares.....

Volvamos á Túnez. Flourens, desde que fué ministro, tomó vigorosamente por su cuenta los intereses de la Sociedad hipotecaria de Túnez. Cambon que, segun las noticias complementarias que se me han dado, parece haber desempeñado en este negocio un papel más honrado que no había yo creído, había sido reemplazado por Massicault quien se prestó á cuanto se le exigió.

Una transaccion firmada en la residencia el día 7 de marzo de 1887 dió razon á Mustaphá, es decir á la Sociedad hipotecaria de Túnez, mediante 900,000 francos entregados al Bey y 175,000 de indemnizacion al colegio de Sadi-ki, entraba la Sociedad en posesion de los bienes enormes que Saddock figuraba haber regalado á Mustaphá. El total gastado por la Sociedad así para pagar las deudas de Mus-

taphá como por la transacción con el Bey, ascendía á 1.769,880 francos, y, por este precio, adquiriría propiedades que, dentro de algunos años, valdrán 80 millones.

Para llegar á este resultado se había dado muerte á tantos desgraciados hijos de labradores, muertos de calenturas, de las insolaciones ó de las torturas de la sed, durante las marchas en columna.

Hé aquí cómo se constituye la propiedad judía hácia la cual solo tienen respeto ciertos conservadores.

Debe añadirse que Flourens traicionaba absolutamente la Francia, despojando al gobierno en provecho de una sociedad en la cual figuran casi exclusivamente judíos, Thors, Levy, Bloch y sobre todo judíos italianos, los Volterra y los Cesana. En efecto, los judíos italianos hacen despiadada guerra á Francia en Túnez. El vice-consul italiano, un judío llamado Jona, está al frente de todas las maquinaciones tramadas contra nosotros. Ni un solo francés fué invitado á la inauguración del colegio italiano fundado por judíos (1).

¡Qué importa! Los judíos están seguros, aún así, de encontrar en París Flourens y Floquets que apoyen sus pretensiones más insensatas, sus usurpaciones más escandalosas, su toma de posesión, sin ningún derecho, de una inmensa propiedad que pertenecía á Francia.

(1) Conviene reconocer sin embargo que, entre los judíos de Túnez, á quienes dedica el gobierno muy especial protección, los hay muchos que quieren nuestro bien. Uno de los Israelitas influyentes de Túnez, Eliaou Scemana, desde el comienzo de la ocupación, se había adherido tanto á nuestra fortuna y de tal modo se había adherido á ella, que nos robó, como recaudador general de rentas 2.713,715 piastras 3 céntimos. Confesad que hubiera podido dejarnos á lo menos los 3 céntimos...

En el *Officiel Tunisien* del 29 de marzo de 1888 he visto que se había destituido á ese judío, pero no he visto que se le haya alojado en algunas de las casas centrales que parecen reservadas á los pobres diablos que roban unos pocos céntimos.....

Fuera conveniente descubrir lo interior de esos tráficos, los pormenores de esas operaciones, los juegos de manos, verdaderos escamoteos, que se llevan á cabo con apariencias legales.

Firmada ya la transacción, Mustaphá, poseedor de seis mil acciones de la Sociedad hipotecaria de Túnez, se encontraba en situación brillante. Entonces le dijeron los judíos: «Amigo, nos debeis mucho dinero, devolvednos vuestras seis mil acciones, y estaremos en paz.» Se le recobraron pues todas sus acciones, excepto trescientas de que declaró haber dispuesto. Hasta le quitaron los documentos engañosos que se le habían entregado; le despojaron de los palacios de la calle de la Faisanderie; hicieron pagar todos los gastos; se le quitaron todas las joyas por las que le habían anticipado el dinero, y hasta se le quitó la colección de armas preciosas que había dejado en Túnez (1).

Hablando en plata, ¿no es más sucio todavía el Floquet de Mustaphá que el Grevy de los guanos? Rochefort, que tanto se ha burlado acerca de Roustan y de Elías Mussali, hubiera tenido excelente ocasión para bufonearse ó regocijarse, que digamos, según lo hacia el Gargantua del doctor Rabelais, cuando Ponoocrates le había instruido suficientemente en las Humanidades; pero se guardó muy bien de hacerlo, como se guardaron sus amigos radicales: «Floquet

(1) Sería lástima olvidar este rasgo final.

Mustaphá, temeroso siempre de que se aconsejara á su amo, tenía constantemente un caballo ensillado para huir á la provincia de Constantina y lo que él llamaba «una reserva para una necesidad;» dos placas de diamantes pegadas á los brazos.

—¡Ensenádselas á las señoras! le dijo un día en París uno que sabía el secreto, y pudieron notar dos placas resplandecientes pegadas á una camiseta interior mugrienta.....

Estaba descubierto el escondrijo y cuando Mustaphá declaró que ya no tenía nada más, dijeron los judíos: «¿Y vuestros brazos?» La «reserva para una necesidad» fué al palacio Drouot.

virtuoso, noble jefe de la Democracia francesa, Clemenceau Cornelio Herz tambien.»

Lo más chusco, empero, en todo esto, es el lado grotesco, el lado de la farsa y sainetesco de todas esas negociaciones en que se emplean, para desenlace de las situaciones enredadas, los mismos medios que en las *Fourberies de Scapin* ó el *Legataire de Regnard*. Llevan al pobre Mustaphá de notario en notario y le hacen firmar escrituras en las que no comprendía maldita la palabra.

Segun los poderes otorgados ante el notario Dupuy, el 12 de julio de 1883, Mustaphá no comprende el francés. «Compareció ante mí Mustaphá ben Ismail, general de division, antiguo primer ministro del Bey de Túnez, tunecino de nacimiento, que no comprende el francés, acompañado de Probel Duport, intérprete jurado en el Tribunal de Casación, para la interpretacion de las lenguas árabes.»

En los estatutos de la Sociedad hipotecaria de Túnez otorgados por el notario Baudier el 24 de marzo de 1885, declaran los notarios que ante ellos: «Compareció Mustaphá ben Ismail etc., tunecino de nacimiento, pero naturalizado francés y comprendiendo bien la lengua francesa que habla difícilmente, no obstante de modo suficiente para comprenderle los notarios infrascritos.»

Hasta creo sin poder asegurar nada sobre el particular, que la escritura por la que se confieren plenos poderes á la Sociedad hipotecaria de Túnez y firmada el 19 de junio de 1886 en casa del notario Dupuy, consigna que Mustaphá no comprende el francés, y que le acompaña Volterra.

Lo cierto es que Mustaphá no tiene sino una débil nocion de nuestra lengua; dice: «Bonjour, monsieur et comment va la santé?» y casi no pasa de esto. Lo mejor es que los mismos intérpretes, aparte M. Probel Duport, no saben más de árabe que un célebre profesor en el colegio de Fran-

cia, quien murió, colmado de honores, y no sabía el mogol que enseñó toda su vida. Cuando Mustaphá encuentra á alguno en la calle, lleva á su interlocutor á los vendedores de tapices ó de dátiles que hay detrás de la Opera. En cuanto á los intérpretes, recorren las fondas y van en busca de un Pranzini cualquiera.

¿Qué pasará en el cerebro de este Numida que anda así de sociedad en sociedad y de notario en notario, que sube majestuosas escaleras, para verse delante de personajes de corbata blanca y severos talantes, y que, en todas partes encuentra la misma bufoneria disimulada bajo la complicacion de las fórmulas, bajo el lenguaje pretencioso y estrambótico de los términos de derecho? No obstante, no le ha faltado todo á ese Antinoo tunecino; antes de morir ha querido mirar de frente al Amor y ama á una lavandera de Boloña.....

¿No es chula la contemplacion de este pequeño rincon de fin de mundo? ¡Cuán poco cambia el mundo! Este Paris en putrefaccion donde todas las razas acuden á confundir sus codicias y sus vicios ¡cuánto se parece á la Roma que vió Jugurtha, cuando, al esperar su turno de audiencia en el atrium de algun senador influyente, preguntaba: «¿A qué precio se vende?» «O ciudad venal, exclamaba, si hubiese uno bastante rico para comprarle!»

Los judios son más ricos que Jugurtha, y los republicanos actuales son más baratos que los antiguos. Rothschild, con una anualidad de sus rentas, podria comprar muy pronto todo Paris, con sus senadores, sus diputados, sus magistrados; y se le darían además los histriones, los bufones, y los escribidores, en una palabra todo lo que Luis Veuillot llama en alguna parte «la preciosa compañía de los esclavos públicos.»

Con el solo resultado de operaciones como las hechas por

la Juderia, por dos veces, en Túnez: la una con el empréstito tunecino, la otra con los bienes de Mustaphá, se comprarían las conciencias de más elevada cotización en una ciudad donde todo se vende.

Los judíos tienen á veces exclamaciones que revelan su asombro ante la riqueza de la presa que es objeto de sus miras. Despues de Alarico y de Genserico, todavía quedaban por robar de los templos de Roma algunas planchas de oro. Despues de haber Francia enriquecido á todos los judíos de Alemania, Polonia, Italia, Hamburgo, Francfort, Viena, Wilna, todavía tiene algunos restos de su fortuna de antiguos tiempos y los judíos, únicos que saben todo cuanto nos han tomado, se maravillan ante la idea de que todavía queda algo por tomar.

Cierta dia se encontraba Thors, uno de los Semitas de la Sociedad hipotecaria de Túnez, con uno de sus amigos.

—¡Cuán rica es Francia! dijo Thors inesperadamente.

—Si, ciertamente..... respondió mi amigo, sin comprender exactamente.

—¡Oh! exclamó Thors, en un trasporte de entusiasmo, en un acceso de lirismo, no sabeis, no, no saleis cuán rica es Francia.

Parecia decirme mi amigo, que el judío hubiese tenido como la vision del tesoro fabuloso ante el cual se detuvo Ali Baba, deslumbrado, de la caverna llena, hasta su cima de barras de oro, pedrerías y diamantes.

III.

LA DERECHA Y EL PARTIDO CONSERVADOR.

La huelga de los reyes.—La oración de Enrique V en la mañana de Azincourt.—¿Qué representaría el reinado del conde de París?—Siempre el socialismo del presupuesto.—Las situaciones adquiridas.—Clericalismo y Francmasonería.—La diplomacia de Poubelle.—La cifra de los retiros triplicada.—900.000 funcionarios.—Todos quieren cobrar.—Las reducciones fáciles.—Los que rodean al conde de París.—La cizaña y el buen grano.—Los mismos príncipes se labran su mal por su falta de sinceridad.—El duque de Aumale.—Las ambiciones de un príncipe de la sangre.—Un doble matrimonio.—Amigos demasiado celosos.—La Batalla de Rocroy.—Cornely ó el dinástico exasperado.—El general Boulanger.—La popularidad del general.—Lo que esperan los campesinos.—Monarquía é Imperio.—Treinta Emperadores á la vez.—Purificación del partido conservador.—La medianía intelectual de los miembros de la Derecha.—La influencia del elogio periodístico.—Lo artificial sustituido á la realidad humana.—Las imágenes de la calle Saint-Sulpice y los verdaderos santos.—Nada se realiza sin el sacrificio.—La voluntad de morir.—La necesidad que tienen los hombres del heroísmo.—Se fabrican héroes de papel.—Charette.—Psicología del insurrecto.—Insurrectos rojos é insurrectos blancos.—Barbés.—El 12 de mayo de 1839.—Consejos á la nueva generación católica.—Necesidad de no infatuarse por palabras y de saber lo que se puede.—No nos dejemos llamar mártires!—La Derecha cala en todo.—La caravana parlamentaria y los judíos de Argel.—Un feudo semítico.—Bertholot y las Kóbilas.—El perpétuo comenzar de la historia.—La desagregación del partido conservador.—Desilusión de los cándidos.—Qué ha venido á ser el periodismo conservador.—Los Católicos desarmados ante los ataques de la Prensa judía.—El asunto de Citeaux y la *Lanterne*.—¿Por qué no se exhuma á Rappaport?—El dogma de la calle de Richelieu.—Los acusadores de Citeaux.—La República experimental.—«La sesión de los años» en la Cámara.—René Laffon.—Las costumbres universitarias.—Un *Liceo de provincia bajo la tercera República*.—La moralidad de los miembros de la Izquierda.—Dos Radicales tomados á la casualidad.—Jorge Laguerre.—El pacto social y la manera de comprenderlo los Francmasones.—Otro defensor de la moralidad pública.—M. X..., continuador del marqués de Sade.—*La Historia de un Hermafrodita*.—Siempre la cortesanía de los conservadores.—La tara del cerebro de ciertos Católicos.—Purifiquemos nuestra imaginación del espectáculo de todas las sociedades republicanas yendo á contemplar la Naturaleza y admirar la obra de Dios.

la Juderia, por dos veces, en Túnez: la una con el empréstito tunecino, la otra con los bienes de Mustaphá, se comprarían las conciencias de más elevada cotización en una ciudad donde todo se vende.

Los judíos tienen á veces exclamaciones que revelan su asombro ante la riqueza de la presa que es objeto de sus miras. Despues de Alarico y de Genserico, todavía quedaban por robar de los templos de Roma algunas planchas de oro. Despues de haber Francia enriquecido á todos los judíos de Alemania, Polonia, Italia, Hamburgo, Francfort, Viena, Wilna, todavía tiene algunos restos de su fortuna de antiguos tiempos y los judíos, únicos que saben todo cuanto nos han tomado, se maravillan ante la idea de que todavía queda algo por tomar.

Cierta dia se encontraba Thors, uno de los Semitas de la Sociedad hipotecaria de Túnez, con uno de sus amigos.

—¡Cuán rica es Francia! dijo Thors inesperadamente.

—Si, ciertamente..... respondió mi amigo, sin comprender exactamente.

—¡Oh! exclamó Thors, en un trasporte de entusiasmo, en un acceso de lirismo, no sabeis, no, no saleis cuán rica es Francia.

Parecia decirme mi amigo, que el judío hubiese tenido como la vision del tesoro fabuloso ante el cual se detuvo Ali Baba, deslumbrado, de la caverna llena, hasta su cima de barras de oro, pedrerías y diamantes.

III.

LA DERECHA Y EL PARTIDO CONSERVADOR.

La huelga de los reyes.—La oración de Enrique V en la mañana de Azincourt.—¿Qué representaría el reinado del conde de París?—Siempre el socialismo del presupuesto.—Las situaciones adquiridas.—Clericalismo y Francmasonería.—La diplomacia de Poubelle.—La cifra de los retiros triplicada.—900.000 funcionarios.—Todos quieren cobrar.—Las reducciones fáciles.—Los que rodean al conde de París.—La cizaña y el buen grano.—Los mismos príncipes se labran su mal por su falta de sinceridad.—El duque de Aumale.—Las ambiciones de un príncipe de la sangre.—Un doble matrimonio.—Amigos demasiado celosos.—La Batalla de Rocroy.—Cornely ó el dinástico exasperado.—El general Boulanger.—La popularidad del general.—Lo que esperan los campesinos.—Monarquía é Imperio.—Treinta Emperadores á la vez.—Purificación del partido conservador.—La medianía intelectual de los miembros de la Derecha.—La influencia del elogio periodístico.—Lo artificial sustituido á la realidad humana.—Las imágenes de la calle Saint-Sulpice y los verdaderos santos.—Nada se realiza sin el sacrificio.—La voluntad de morir.—La necesidad que tienen los hombres del heroísmo.—Se fabrican héroes de papel.—Charette.—Psicología del insurrecto.—Insurrectos rojos é insurrectos blancos.—Barbés.—El 12 de mayo de 1839.—Consejos á la nueva generación católica.—Necesidad de no infatuarse por palabras y de saber lo que se puede.—No nos dejemos llamar mártires!—La Derecha calla en todo.—La caravana parlamentaria y los judíos de Argel.—Un feudo semítico.—Bertholot y las Kóbilas.—El perpétuo comenzar de la historia.—La desagregación del partido conservador.—Desilusión de los cándidos.—Qué ha venido á ser el periodismo conservador.—Los Católicos desarmados ante los ataques de la Prensa judía.—El asunto de Citeaux y la *Lanterne*.—¿Por qué no se exhuma á Rappaport?—El dogma de la calle de Richelieu.—Los acusadores de Citeaux.—La República excremental.—«La sesión de los años» en la Cámara.—René Laffon.—Las costumbres universitarias.—Un *Liceo de provincia bajo la tercera República*.—La moralidad de los miembros de la Izquierda.—Dos Radicales tomados á la casualidad.—Jorge Laguerre.—El pacto social y la manera de comprenderlo los Francmasones.—Otro defensor de la moralidad pública.—M. X..., continuador del marqués de Sade.—*La Historia de un Hermafrodita*.—Siempre la cortesanía de los conservadores.—La tara del cerebro de ciertos Católicos.—Purifiquemos nuestra imaginación del espectáculo de todas las sociedades republicanas yendo á contemplar la Naturaleza y admirar la obra de Dios.

Quizá digan algunos lectores que este libro no tiene entusiasmo por la Derecha; y es que, antes que todo, es el libro presente un estudio imparcial y leal y no una obra de partido.

Fuera de esto, ¿en qué clase de la nación se espera obrar en serio con declamaciones monárquicas que uno comprende ser vanas y huecas? ¿Cómo hallar súbditos ya que es visible que no hay rey tampoco?

Desde la muerte del Príncipe imperial, nadie ha querido resueltamente reinar, ni ha usado nadie el lenguaje de un rey. El príncipe Napoleón piensa como Naquet, y el conde de París habla como Baudrillart...

Háse dicho después de la desaparición del conde de Chambord: «Ahora vereis, libre como está ya el conde de París.» Y nada absolutamente se ha visto, por la sencilla razón de que nada podía verse.

Los Legitimistas se han reunido sin segundas intenciones, ó á lo menos se han resignado buenamente y á Felipe VII no le han molestado los recuerdos de Igualdad ni de 1830. Pensando él en los crímenes de su raza, podría también repetir en el momento de recobrar la Francia, la amable oración que Shakespeare, en el acto IV de *Enrique V*, pone en boca del Lancastre usurpador, en la mañana de Azincourt:

¡Oh Señor! no te acuerdes hoy, — ¡oh, no hoy! — de la culpa que cometió mi padre usurpando la corona. He mandado enterrar otra vez el cuerpo de Ricardo, y he derramado sobre él más lágrimas de contrición que gotas de sangre no hizo salir de él la violencia. Mantengo todo el año quinientos pobres, que dos veces al día, levantan al cielo sus viejas manos para implorar el perdón de la sangre derramada, y he construido dos capillas en las que sacerdotes solemnes y graves cantan perpetuamente para el alma de Ricardo. Aún haré más, si bien cuanto yo pueda hacer no sea de ningún valor, pues que mi penitencia viene todavía á añadirse á todo esto para implorar el perdón.

¿Por qué pues el conde de París no hace más que enviar alguna que otra vez cuando le molestan demasiado, instrucciones á los monárquicos ó cartas á los alcaldes que irritan á Mayer? Porque, en el fondo, este hombre inteligente y honrado se da cuenta exacta de la gravedad de la situación y de la inutilidad de sus esfuerzos.

Por una rara anomalía, el pseudo-representante del principio monárquico será muy pronto el solo, con algunos judíos, que bendigan la Revolución del 89, que todos, por una ú otra razón, execran, maldicen y envían á todos los demonios del infierno. El rey de Francia será el último de los Ochenta y nueve novistas.

En semejantes condiciones ¿qué significaría el reinado del amigo de los Rothschild?

¿El triunfo de los judíos?

Y en todas las clases de la sociedad se dibuja un movimiento de formidable protesta contra las monstruosas exacciones de Israel, movimiento que disimula apenas el silencio de los periódicos vendidos á la Sinagoga.

¿Qué más significaría este reinado?

La conservación del socialismo del presupuesto, la continuación de lo que vemos: la Francia comida, arruinada, extenuada por un ejército de funcionarios que viven en la holganza y el fastidio á costas de los que trabajan.

Acerca de esto es formal un pasaje del manifiesto que el conde de París ha creído, sin duda, muy hábil:

Los modestos servidores del Estado que han ganado su situación por su trabajo no estarán amenazados por que la deban á la República; sí, por una parte, todas las víctimas de la persecución republicana están aseguradas de recibir la amplia reparación que se les debe, por otra parte, los explotadores y los indignos que envilecen sus funciones serán los únicos que deban temer el advenimiento de un poder honrado y justo.

Meditad esto, y preguntad qué significa. Tenemos un sustituto que ha presentado su dimision en el momento de los decretos, es evidente que puede contar con una reparacion, que tiene derecho á una compensacion. En cuanto al sustituto nombrado en su lugar y que lo ocupa desde 1880, os dirá este hombre que no ha explotado, que no ha envilecido su destino, ha necesitado de la República como necesitaria de Felipe VII; ha citado el artículo 399 ó el artículo 400 y no sé cuántos; está dispuesto á citarlo todavia, y lo eitará siempre...

Veamos el mismo Clemente. Fouquier Tinville decia: «Yo soy el hacha, ¿castiga el hacha? Clemente puede decir: «Yo soy el rompe-cabezas ¿castiga el rompe-cabezas? Pinard me ha mandado que hiciera dar golpes de rompe-cabezas moderadamente y lo he hecho. Floquet me ha dicho que los hiciera dar inmoderadamente y lo he hecho. Como hombre, puedo despreciar profundamente á ese Payaso de Floquet, quien, despues de haber bajamente halagado á la Commune y ostentado las ideas más revolucionarias para llegar al poder, lanza gendarmes contra sus antiguos amigos, pero como funcionario encargado de organizar la distribucion de los golpes de rompe-cabezas, solo debo obedecer.»

No se tiene idea de un gobierno que personificara el Orden negando el retiro á un hombre que, durante treinta años, ha repartido imparcialmente golpes de rompe-cabezas á los representantes de todas las opiniones.

Debe añadirse que solo los funcionarios republicanos y francmasones pueden contar, en un momento dado, con la proteccion clerical, tomando esta palabra clerical en el mal sentido, en el sentido de recomendacion é intriga.

Los pobres diablos que defendemos á la Iglesia en cuanto podemos, no tenemos realmente más influencia que la de nuestras ideas. Sucede que á veces se nos viene á encontrar,

diciéndonos: «Conocereis á fulano ó zutano; debiérais recomendarme,» y contestamos: «No conozco á nadie. Todos mis amigos en el clero se parecen al viejo sacerdote de aldea á quien encontrasteis al salir de aquí; no ha querido irse de Paris sin verme, y me ha abrazado amorosamente por el amor de Nuestro Señor Jesucristo. Esos miserables se lo han quitado todo, menos la sotana, que han encontrado en muy mal estado, y he satisfecho todos sus deseos, dándole un ejemplar de la *France juive*,—lo que me es tanto más fácil cuanto es á expensas de Marpon y Flammarion y han ganado bastante para contribuir á esta buena accion.»

Los funcionarios republicanos y francmasones son muy distintos; todos tienen la mauleria latina como los jueces; más ó ménos se parecen todos al Munacio Plaucus, antiguo criado de Antonio y que después lo fué de Augusto y á quien el historiador llama: «Traidor por temperamento,» *morbo proditor*...

La mayoría de los funcionarios que expulsaron á los religiosos, habian comenzado por mendigar la proteccion de los Jesuitas. Estad seguros de que las tres cuartas partes de los que más extrepitosamente manifiestan su celo á favor de la República, ya han hecho decir al conde de Paris que si continuan en su puesto es por servir mejor al Principe, cuando llegue el instante de dar á conocer sus verdaderas ideas. Es la historia de Saisset-Schneider, quien, siendo prefecto de Burdeos en 16 de mayo, enviaba cada dia dos memorias: una á Fourton, la otra á Gambetta.

Otros están con un pié en el estribo, esperando. Uno de los tales Poubelle á quien Enrique Rochefort llama Bellepuce. Es más infame que todos. Como Flourens ha declarado, en pleno Ayuntamiento, que aún después de unas oposiciones, un francés cuyos sentimientos fueran cristianos no puede ocupar un empleo en la administracion y el Ayuntamiento fué bastante vil para aplaudir.

Un joven que se habia hecho inscribir como miembro en el Circulo católico de Luxemburgo, se habia presentado para entrar en las oficinas de la Prefectura del Sena; pero se le declaró que si continuaba siendo miembro del Circulo, debía renunciar á la esperanza de entrar en el destino.

Esto es la organizacion del más innoble espionaje y nadie sabe mejor que yo cuán diferentes son estas costumbres públicas de las del Imperio. En efecto, yo he pasado parte de mi infancia en las Casas Consistoriales; en el intermedio de dos clases del liceo Carlomagno iba á tomar un bocado y cumplir mi deber en el despacho de mi padre, que jamás ocultó á nadie sus ideas republicanas. Yo he leído las principales piezas de los *Châtiments* y la *Badinguette* en papel con el membrete: Prefectura del Sena, 1.^a division, 2.^a division, 3.^a seccion. ¡Qué contraste entre la tolerancia de un Haussmann y la granjeria perseguidora de un Poubelle y comparsa!

Si Poubelle se presta docilmente á todas las ignominias republicanas, no así su Señora. Todos los periódicos dijeron, oportunamente, que en Marsella habia ella protestado contra las expulsiones y destrozado con sus blancas manos carteles anti-clericales.

Desde aqui podemos ver el movimiento: si la rueda da una vuelta, Poubelle dirá á su mujer: «Toma tu rosario y todas tus medallas y anda corriendo á casa de los Padres á abogar por mí y explicar que sólo he trabajado para el bien (1).»

(1) Esto es algo parecido á lo de M. d'Ormesson, el nuevo introductor de Embajadores. Mientras que M. de Ormesson, prefecto entonces de los Bajos Pirineos, procedia á la primera ejecucion de los decretos, la señora d'Ormesson, nos dice el *Petit Caporal*, citado por el *Univers*, del 11 de setiembre de 1888, estaba arrodillada en la iglesia Saint Martin para protestar contra el acto odioso de su marido.

Nadie se imagina las peticiones republicanas recibidas ya por los Padres, que son la misma bondad, recomendándose á ellos anticipadamente.

De ahí resulta con la mayor claridad que el conde de París, si, por extraordinario llegara á ser rey, no licenciaria el ejército de los funcionarios que devora la Francia; todo lo más, daria el retiro á unos cuantos, lo que crearia una nueva clase de retirados. Hubo primero los retirados del Imperio, despues los de la República moderada llamada conservadora, ahora tendríamos los retirados de la República roja.

En 1871 se pagaban retiros civiles á 45,000 empleados y este servicio costaba 30 millones anuales.

En 1886 el número de los retirados civiles llegaba á 80,000 y el gasto alcanzaba á 59 millones en números redondos (exactamente 58.762,000 francos).

En cuanto á los sueldos, han subido de 307 millones á 460 millones por año, ó sea un aumento anual de 53 millones.

El país debia alimentar antes á 500,000 empleados; hoy tienen 900,000. Con la voluntad del conde de París de no vulnerar ningun derecho adquirido y la obligacion en que estaria de satisfacer el deseo de cobrar, deseo muy natural despues de todo, de los que han combatido á la República

Veamos que pasa en el almuerzo:—¿Rezaste mucho querida mía?—¿Y tú, querido mio, expulsaste bien?

Pero lo más raro de esto es que d'Ormesson, descendiente de los d'Aguesseau, es uno de los últimos representantes de la familia de San Francisco de Paula.

Debe añadirse que M. d'Ormesson, que es hombre muy hábil, halló medio, sin malquistarse con la República, de no participar en la segunda ejecucion de los decretos. No importa, es una época rara en la que se ven hombres que han tenido santos en su familia mezclados entre indecenes para penetrar, sin mandato, en domicilios privados y expulsar de ellos á los religiosos.

esperando ser indemnizados, tendríamos no ya 900,000, sino 1.200,000 funcionarios. Los 1.200,000 prebendados harían lo que hacen los 900,000 ya existentes; nos arruinarían sin enriquecerse ellos; serían todos pobres, todos padres menesterosos de hijos envidiosos y desclasificados cuya educación debe pagar la Francia y que no salen del colegio sino para trabajar en una revolución que les ayude á satisfacer sus apetitos.

Y no estaría el conde de París en mejor situación que la República para hacer frente á esta situación anormal (1).

Estrellaríase como ella en la fatalidad económica; no llegaría, en efecto, con su cuerno de abundancia debajo del sobaco y no tendría palabra mágica para llenar los cajones viciados por los republicanos.

Las condiciones económicas no cambiarán por estar en el trono Felipe VII. Los americanos, por ejemplo, han comenzado por comprar todas sus locomotoras aquí; ahora fabrican una en veinticuatro horas y á buen seguro que por atención al conde de París no volverán á dirigirse á nosotros.

Y así sucede en todo, en telas, en relojería, y el conde de París lo sabe mejor que nadie, porque es mucho más fuerte que yo en estadística. No tiene más que coger un volumen de su biblioteca para ver en él los progresos que ha hecho Alemania solamente en los tejidos, en especial, que

(1) En agosto de 1888, anunciaba triunfalmente el Gobierno, en un aviso oficial, que había llegado á realizar una reducción de 6.500,000 francos en conjunto entre todos los ministerios para el próximo presupuesto.

Poco duró la alegría. El ministro de Hacienda no había sabido sumar y la reducción era de cuatro millones. Poco tiempo después, sabíase que ya no había tal reducción. Los que prescindían de una cantidad en el presupuesto ordinario pedían recargarla en el presupuesto extraordinario. Como se vé, todo esto es pura trampa. La verdad es que no hay en Francia un hombre que no quiera cobrar cuando no ha cobrado y que no tenga afección á continuar cobrando cuando ha cobrado ya una vez.

constituyen una diferencia de 89 millones anuales á favor de Alemania desde 1869.

En semejantes condiciones, por única razón de ser de un príncipe, en lugar de ser hombre á la moderna, debiera volver á las tradiciones de la antigua monarquía. En aquellos tiempos se servía al Estado, pero no se servía de él. Cuando se había desempeñado alguna fastuosa embajada como la del duque de Saint-Simon en España, se moría rodeado de escribanos que inventariaban hasta vuestros manuscritos.

Quizás fuera más rara hoy semejante abnegación; pero fuera de la Bohemia política, la misma en todos los partidos, aun se encontrarían en las reservas de la Francia excelentes ciudadanos que gustosos ofrecerían gratis sus servicios al país y á quienes se les condecoraría en cambio.

Hay en París dos ó trescientos comerciantes que se han retirado de los negocios en plena fuerza de la edad, acostumbrados á dirigir grandes administraciones con orden é inteligencia y que consentirían en desempeñar gratuitamente los cargos de director de la Asistencia pública.

Fijémosnos en German Bapst, á quien cito porque le conozco; es un joven rico, activo, se ocupa en el arte francés con pasión por tradición de familia; ha viajado en todos los países del mundo. ¿Creeis por ventura que no sería un director de Bellas Artes superior á Larroumet, que era profesor en Stanislaw y que abandonó á los clericales cuando no estuvieron en disposición de serle útiles para adular bajamente á Simon llamado Lockroy? ¿Qué necesidad tienen las Bellas Artes de que las dirija ese Larroumet? ¿Qué puede saber de Bellas Artes ese tal Larroumet?

Anunciad unas oposiciones muy difíciles para el cargo de Inspector de las Bellas Artes: tendréis cincuenta jóvenes muy instruidos, que no hacen nada y que están en prendados

de ejercer el cargo á título puramente honorífico para ocupar inteligentemente su tiempo. Admitiendo lo imposible, suponiendo que las oposiciones no dieran resultado, pensad que el obelisco no caería porque las Bellas Artes no fueran inspeccionadas. Ellas mismas se inspeccionarían, y punto redondo.

Consiste la gran desgracia en la obstinacion de centenares de miles de parásitos en querer vivir á costa del país que ya no es bastante rico para alimentarles. Francia se parece á una madre cuyos hijos de euarenta á cincuenta años se obstinaron siempre en mamar. La pobre madre no puede darles ya la teta: no hay mala voluntad por su parte; no puede más, ya no tiene leche.....

Esto es lo que debieran decir los Príncipes y lo que M. Francis Magnord debió poner en el manifiesto, ingenioso por otra parte, que puso á la firma del conde de París.

¿Por qué no hablan así los Príncipes? Porque tienen detrás de sí un estado mayor que no quiere creer que el aparador esté vacío y que no puedan sentarse á la mesa á su vez.

Cierto que la mesa del conde de París estaría mejor puesta que la actual y se comerá en ella con más limpieza, pero, en el fondo, todos los políticos se parecen.

El duque Decazes á quien el Orleanismo quiere constituir en grande hombre estaba enredado en todos los baturrillos rentistas. El fué el primero que prostituyó la Legion de honor, haciendo conceder á Hirsch la placa de gran oficial. Para que le nombraran diputado en Puget-le-Théniers, habia pedido el apoyo del partido separatista; habia formalizado una alianza cínica con él y no habia vacilado un instante en sacrificar todos los intereses de Francia en el punto de vista comercial en el proyecto de tratado de comercio con

Italia (1). Los diputados encargados de la informacion encontraron despachos los más increíbles acerca de esta candidatura, y no los publicaron todos.

¡Cuántos hombres de los que forman la camarilla del conde de París wilsonearian, como simples republicanos, si estuvieran en disposicion de hacerlo! Ya se sirven del nombre de su amo aún ántes de ser rey.

Hace dos años supo París con estupefaccion el próximo matrimonio de una jóven de la aristocracia con un gran comerciante de París, uno de los que, segun la frase de los murmuradores de Wilson, «no son condecorables ni aún por 100,000 francos.»

Todo estaba decidido y los periódicos habian anunciado el himeneo cuando el padre hizo pedir una audiencia inmediata al conde de París. Llegado el dia, entra en casa del pretendiente con la cara sombría y afligida del conde de Nangis en *Marion de l'Orme*: no faltaban sino los alabarderos.

—Monseñor, sabeis los sacrificios de nuestra familia á favor de la Monarquía; pero, permitidme os diga con respetuosa franqueza, hubiera preferido que me hubieseis pedido otra cosa...

—Veamos, explicitos, díjole el conde de París.

—Sí, monseñor, exigís de mí un rudo sacrificio.

—Os repito que no os comprendo...

(1) Consúltese el libro verdaderamente profético de M. Brachet: *La Italia que se ve y la que no se ve*.

«Después de un simulacro de discusion, escribe M. Brachet, el ministro francés firmó el tratado de comercio franco-italiano cuyas condiciones habian declarado inaceptables seis meses antes los negociadores franceses. En cambio, el duque Decazes obtenia el apoyo del partido italiano para su propia candidatura en el condado de Niza.»

«Luego que el gabinete de Roma tuvo en su poder el tratado, apresuróse á hacerlo ratificar por el Parlamento, á fin de cortarnos toda retirada ulterior. En efecto, sólo con mucho trabajo rechazó la Cámara el convenio en 1878, merced á la energia del ponente M. Berlet.»

—La fortuna, la vida, nada importan, pero aquí se trata de la misma honra.

—Os mando que habéis claro.

—Finalmente, ¿este matrimonio!...

—¿Qué matrimonio?

—El matrimonio de mi hija... Me habeis hecho decir que deseábais esta union para reconciliar la aristocracia con el gran comercio parisien.

—¡Yo! No os he hecho decir nada absolutamente...

Acabó por explicarse el *quid pro quo*. El gran comerciante habia enviado á uno de los familiares del conde de Paris la factura de su mujer con el recibi y el familiar no supo hallar cosa mejor, para agradecer tan delicada atencion, como hacer intervenir el nombre del conde de Paris cerca del padre de la jóven para decidir el matrimonio.

Hubiérase verificado la union á no ser un pasante de notario que salvó la situacion, como en *Francillon*, y que, presentando el proyecto de capitulaciones á la familia de la jóven, obró honradamente y salvó, ilustrándolas, á aquellas honradas personas.

El conde de Paris tiene idea de todas estas evidencias. Si pudiese hablar libremente, fumando un cigarro con un hombre de buen sentido como yo, estoy seguro de que me diria que tengo razon; pero está obligado á continuar cuando ménos la tradicion epistolar del conde de Chambord. De vez en cuando promete montar á caballo á personas que no tienen el menor deseo de montar á caballo en pos de él y que, generalmente, ni tienen caballo. En cuanto á mí, puedo ofrecerle replegarme con Bob, y aun es preciso que Bob esté muy dispuesto y sabe Dios que no lo está siempre.

No puede imaginarse á que punto se desgracian los Príncipes insistiendo en alardear ideas que no son las suyas y

representar papeles que no les corresponden para sus facultades.

El duqué de Aumale es elocente ejemplo acerca de esto.

«Gran desgracia es no haber nacido en su patria,» decia Teófilo Gautier quien, ante las vulgaridades y los prosaismos de Paris, soñaba incesantemente en la India de raras vegetaciones, de palacios de mármol cuyas escaleras se bañaban en el Ganges, de bosques de bambús llenos de rugidos de tigres...

Gran desgracia es, pudiera decirse tambien, no haber nacido para su posicion. El duque de Aumale es así: no habia en manera alguna nacido para ser príncipe y habiase formado de la existencia un concepto que nada tenia de príncipe.

Para el duque de Aumale no hay en la vida sino dos excelentes situaciones para un hombre: general de division y académico. Cuando se tiene algunas gotas de sangre de Luis XIV en las venas, pudiérase tener más noble ambicion: tambien es justo decir que se pudieran tener deseos más bajos.

El hombre se resiente siempre en el fondo de lo que le impresionó más vivamente en la hora de las sensaciones juveniles, cuando no se han formado aun las suturas del cerebro, cuando, segun la espresion de Daudet, «no se está aún acabado de imprimir.» En aquella época de la vida, el duque de Aumale vió de cerca á Cuvillier Fleury que fué su preceptor y Bugeand que fué su general, y dijo para sí: «Creeré cumplido mi destino si reuno en mí á estos dos hombres.»

Así es y de nada serviría cuanto pudiera decirse acerca del particular. Toda la política monarquista contemporánea ha versado acerca de la idea fija que tenia el heredero de los Condé de conservar esos dos uniformes, acerca de la

ilusión que les dejaría si se convirtiera en pequeño muchacho, con la esperanza, de que no dando un céntimo á nadie por conspirar, llegaría á morir en Chantilly y que Renan pronunciaria en su sepulcro un discurso sentimental y lúbrico que haría sonrojar á M. Bocher y llorar á Leonidas Leblanc...

Para llegar á esto, desplegó el duque de Anmale una diplomacia sin igual.

El gran arte de un príncipe de nuestra época, el arte vital, pudiera decirse, es conciliar su idea fija que consiste en estar tranquilo con el deseo, más aparente, por otra parte, que real, que manifiestan los fieles de ver agitarse á su príncipe.

Cierto que la mayoría de las abnegaciones se páran en su camino luego que ya no se las subvenciona, pero las hay que siguen siempre como ciertos perros que se pegan á vuestros pasos con desesperada obstinacion y de los que no sabe uno como deshacerse. Para esos tales precisa descubrir una fórmula que contente momentáneamente á los más ardientes y que les haga tener un poco de paciencia.

El conde de Chambord fué perseguido toda su vida por personas que querian absolutamente hacerse matar á su lado, y como aquel príncipe, de corazon magnánimo y bueno, no tenia el menor deseo de hacerse matar, ni de hacer matar á nadie por un pueblo que guillotina á un monarca paternal y virtuoso como Luis XVI y que diviniza á Marat antes de incensar á Barras, inventó la cuestion de la bandera. El Príncipe Napoleon, más cínic y que reía á carcajadas cuando Raoul Duval le llamaba «el Príncipe mejo...» se ha contentado con declarar que él era republicano. El duque de Anmale había inventado el retrato. Para deshacerse de los que, sin conocerle, iban á importunarle con proyectos de accion, tenia un retrato del Taciturno, y,

como en el fondo, los más fogosos partidarios de la accion no piden más que ser desalentados, los visitantes de Chantilly se dispersaban en París diciendo: «El Príncipe espera su hora. Enseñándonos el retrato del Taciturno tuvo un gesto que significa largo.»

Este egoista de cualidad superior habíase así preparado, con innegable habilidad, un sepulcro muy bordado de sedas; ese solteron, ese refinado, no habia olvidado nada de lo que podia embellecer sus postreros dias; habia celebrado con la Academia un matrimonio oficial y un matrimonio morgánico con Babet.

El pobre príncipe no habia contado con los servidores obstinados de la idea monárquica; provocaron de tal manera al público con la batalla de Rocroy, que se acabó por quitar su grado al duque de Anmale y, al fin, por expulsarle.

No se desanimó el príncipe; hizo que los Lambert de Bruselas se interesaran cerca de Carnot; lanzó los miembros del Instituto encima de Floquet y creyó que iba á salirse con la suya y ver levantado su destierro.

¡Ay! ignoraba el infortunado lo que son amigos adictos. Sucedióle la misma desgracia que al diputado muy amado que no podia dar un paso en su ciudad natal, ni siquiera dirigirse al sitio más retirado, sin que inmediatamente empezasen una tocata de bravura todos los músicos y todos los orfeones.

«¡La batalla de Rocroy! ¡Condé arrojando su baston de mando á las líneas enemigas! ¡Los Príncipes de la Casa de Francia!»

Finalmente, el duque debió quedarse en Bruselas con Babet.... (1)

(1) Según los periódicos de hoy (13 marzo) el duque de Anmale asistió ayer al mediodía á la sesion de la Academia francesa despues de

Nuestro excelente amigo Cornely tiene la especialidad de esas bromas funestas. Es innegablemente uno de los hombres de esta época que se habrán hecho más reír á sí mismos, pero su cómico tiene una esencia especial; es la jovialidad lionesa, siempre algo picaresca, como la de Gnafron, el Guignol de Lion que representa una *vis cómica* especial, una especie de *humour* nacido en las nieblas del Saone como el *humour* inglés en las del Tamesis. Cornely debe detestar á los Principes, pero sacia su odio sobre ellos de una manera original, acariciándoles vigorosamente á redopelo, con semblante convencido que no permite enfadarse y que parece producto de un dinastismo exasperado.

En efecto, no puedo creer que Cornely sea sincero cuando cubre al duque de Aumale de laureles con motivo de los pasos dados por miembros del Instituto.

Esto escribía yo á un miembro del partido conservador que me invitaba á no decir más la verdad, á entrar en el mentidero general: «¿De qué sirven artículos como los del *Gaulois*? ¿Creeis formalmente poder engañar á la opinión? Proscritos del 2 de diciembre, sin recursos, sin profesión, sin medios para ganarse la vida, han soportado los rigores del destierro del modo más noble y orgulloso; han rehusado la amnistia que les ofrecia Bonaparte, el señor Bonaparte, como se decia en casa de Victor Hugo. Aquí teneis un desterrado, sesenta veces millonario, á quien la residencia en el extranjero nada quita de sus comodidades y es él, es el Príncipe de la sangre quien se envilece hasta el extremo de hacer mendigar su gracia á un Floquet. Y en este momento os atreveis á hablar de la Casa de Francia y de las glorias de la antigua Monarquía; con motivo de esto

haber visitado al presidente de la República y darle gracias por haberle levantado el destierro (N. del T.).

sibarita á quien molesta una hoja de rosa, venis á pedir á los pequeños y á los humildes que renuncien á sí mismos y se sacrifiquen!»

¿A quién se espera, pues, engañar, repito? La gente vé todo esto tan distintamente como lo vemos nosotros mismos; lo comprende como nosotros, y esto demuestra la inutilidad de todas las imposturas escritas.

Boulanger es el único, de todos los pretendientes, que tiene alguna probabilidad.

Muchos de mis amigos me han fastidiado para que vaya á ver al general, pero me temo aparentar ir á solicitar un puesto, y la compañía, además, no es atractiva. Tengo muchos apuntes acerca de él y apuntes muy diversos, pero ¿qué sacaría de discutir de antemano un hombre que parece visiblemente señalado por el Destino para hacer mucho bien ó mucho mal? Puede escoger: de él depende ser muy grande ó muy miserable; es dueño de sí, y que creo que obran muy acertadamente nuestros buenos sacerdotes del Morbihan adoptando el prudente partido de celebrar muchas misas para que Dios le ilumine.

¡Qué papel más magnífico por representar es el suyo! Para ser grande, no es necesario que sea un genio: bastaría sencillamente formarse un firme propósito y decirse: «No seré un canalla. Los traidores que nos gobiernan han puesto en todos los empleos judíos alemanes ó naturalizados para entregarnos al estallar la guerra,—solo me rodearé de franceses cuyo origen haré comprobar con cuidado. Los malvados que están en el poder han comprendido que ante la Europa, casi enteramente coaligada contra nosotros, nuestra única probabilidad de salvacion seria la union; han organizado por todos los medios, por sus leyes, por sus periódicos, la guerra civil en el país; se han esforzado por di-

vidir á los franceses entre sí só pretexto que hay personas que van á misa y otras que no van—yo me esforzaré por restablecer la concordia; yo no perseguiré á nadie, dejaré libre á cada uno.»

Algo de esto ha dicho el general Boulanger en su proclama á los electores de la Charente; ha censurado á los diputados que rehusan fortificar nuestros puertos y que despilfarran nuestros miles de millones por ponernos en el caso de no poder resistir á nuestros enemigos.

La Cámara, que nada ha hecho, dijo el general, y que ni siquiera ha sabido poner en estado de defensa nuestros puertos mejor situados para resistir á un ataque, derrocha centenares de millones en empresas inútiles y sospechosas. Nuestros recursos, de los que ni un céntimo debiera gastarse sin absoluta necesidad, quedan arbitrariamente engullidos en el abismo de los fondos secretos ó criminalmente desleídos en un objeto el etoral.

Todo es mentira en el presupuesto como en las promesas hechas á los trabajadores. Los encargados de defender y hacer amar á la República parecen dedicarse á comprometerla haciendo de ella la propiedad de una faccion en detrimento de tantos franceses que tienen el derecho de reclamar su parte.

El general ha declarado no menos explicitamente que jamás perseguirá á nadie. A un telegrama que se le dirigió interrogándole acerca de esto, contestó:

La Rochela, 11 agosto 1888,

Contesto sin dificultad á vuestro telegrama. Sucida lo que que quiera, no haré jamás persecucion religiosa, porque, si la hiciera, obraría contra mi conciencia y mis intereses.

General BOULANGER.

Cierto que es poco esto, pero no debe olvidarse que todas las Logias están á sueldo de Alemania, que los caciques

del partido republicano empujan á la persecucion por obedecer á una consigna de Berlín y que los republicanos honrados, engañados por estos caciques, no advierten que solo Bismarck tiene interés en dividir la Francia por la guerra religiosa.

Cuando se publicaba esta declaracion en la *Cruz*, me escribía textualmente un oficial: «No temo por el general sino un accidente preparado por nuestros criminales políticos. Si no le matan, hará saltar á todos los golillas y botarates desde abordo.

Nosotros miraremos á los nadadores en la estela.»

Por rara coincidencia, aquel mismo dia, un desdichado probablemente excitado por agentes alemanes, disparaba cuatro tiros de revolver al general en la plaza de Saint Jean-d'Angely.

El dia antes los tribunales habian condenado á dos ó tres meses de cárcel á unos pobres diablos huelguistas, acusados de haber volcado un chirrion de arena; el hombre que habia hecho fuego contra un general francés era puesto inmediatamente en libertad.....

Digase el general, repito una vez más: «Seré un hombre honrado en el poder.» Agárrese á esta idea y todo le saldrá á pedir de boca..... Es más popular de lo que él mismo se figura; porque resume y encarna en sí el disgusto universal contra los Parlamentarios odiados de todos. Se ha dicho que pondria á la Cámara de patitas en la calle y esto basta para que dando los campesinos como ya hecha esta bella accion, se la desuenten de antemano, y agradezcan al general la sola intencion como si estuviera ya terminada le tarea.

He visto centenares de aldeanos embobados, delante de una lámina que representa el *Escobazo*. El general, de gran uniforme, ostentando sus condecoraciones, está en primer término, empuña la espada, y con soberbio ademán, expul-

sa del Palacio Borbon á los diputados que huyen dando indicios del más vivo espanto. Se reconoce á todos los más importantes personajes de la mayoría: unos ocultan precipitadamente papeles que serán informes dirigidos á las potencias extranjeras acerca de los experimentos hechos en nuestros arsenales; otros, sorprendidos en el momento en que contaban con sus cómplices, en que *vaciaban* (este nombre se da en el Palacio de las Ventas al reparto de los beneficios), meten ansiosamente sus carteras en los bolsillos de sus vestidos. Ferry, como es natural, ha sido el primero en recoger, como en el momento de Lang-Son, pero el temor, como sucede, ha paralizado sus piés, no ha podido mandar á sus piernas que adelanten; ha dado revolcones delante de la escena y se adivina que todos los fugitivos, llevados por irresistible pánico, van á pasar por encima del cuerpo del Tonkinés.

La vill', la campagne
Ont soupé de vous,
Bourgogne et Champagne
Normandi', Poitou,
Paris, la Province
Demandent prompt'ment
Que l'on vous évince
Tous du Parlement.

Así dice el cantar que expresa los votos de la nación. Es evidente que Francia pide que se quiten todos; desgraciadamente los infames se la pasan bien y no tienen ganas de dejarse quitar.....

Cierto que es triste para una nación como Francia haber llegado al extremo de no esperar ya salvación sino de un hombre que, hasta ahora no ha realizado ninguna hazaña extraordinaria; pero cuando un pueblo tiene una esperanza

de este género, jamás se la quitaréis, porque no ha concebido esta esperanza sino después de haber sufrido mucho, después de haber adquirido la convicción de que solo allí está el remedio. Es la manifestación de un estado de ánimo. Se desea no solamente lo que Mercier ha llamado el *generalismo*, sino el *imperialado*; se pide un *imperator*, un amo, un jefe.

Todas las naciones han pasado por esta fase en un momento dado de su evolución. Es un error figurarse que un país puede elegir entre la Realeza y el Imperio: se está en Realeza ó en Imperio, como se está, según el curso del año, en verano ó en otoño, como se está, según el curso de la vida, en la edad madura ó en la vejez.

Una Realeza que no está provista ya de los órganos esenciales para su funcionamiento, que no descansa ya en las leyes de una herencia no interrumpida, que no tiene ya aristocracia, ni gerarquía de clases, ni vida municipal, es un Imperio, y la mejor prueba es que los Orleans no arguyen un derecho superior; piden la investidura al pueblo, al número. «El heredero de Hugo Capeto, dice muy exactamente M. Julio Delafosse, no aspira á más que á la herencia de César.»

En el fondo no se le censura al general Boulanger sino el no haber ido al Eliseo el día de la manifestación de la estación de Lyon y de tardar demasiado en desenvainar la espada.

«Creedme, mi general, desenvainad lo más pronto posible la famosa espada tan deseada de todos.

«Para humillar á la República actual, necesitaréis vadear un río como César. Es verdad que no es el Rubicon cuyas lípidas aguas se deslizaban hácia el Adriático, sino que es un río fangoso, algo como la *cloaca maxima* cuyos miasmas pestilenciales regalan agradablemente los nervios del

olfato de los hombres que ocupan el poder. Pasado ya el río, seréis el amo.

«En la completa decadencia en que nos encontramos, los Emperadores empujan de prisa; en Roma hubo hasta 30 al mismo tiempo entre los cuales muchos no os sirven. Hubo Póstumo, Ingenio, Victorino, Laeliano, Regaliano, Memor, Antonino, Cecrops y muchos otros; hubo Mario, un obrero herrero que dice la *Historia augusta*, no reinó más que tres días; negóse á dar la mano á un compañero de taller y este le mató con una espada que habían forjado juntos. Hubo también una emperatriz Victorina, llamada por los soldados *Maler castrorum*.

«Todos estos elegidos de la plaza pública ó del campo tuvieron bustos, retratos como los teneis vos, estatuas como las tendréis vos; el mismo emperador Mario, lo que me hace aceptar la version que pretende que reinó cinco meses, de setiembre de 267 á enero de 268, vive para nosotros en una piedra grabada del gabinete de Francia que nos muestra, ceñida con la tradicional corona de laurel, la más asombrosa cabeza de atontado que pueda imaginarse.

«A todos esos Césares se les han dado elogios ménos pasajeros que el que se os da en el *Intransigent* ó en la *Presse*, pues que viven aun en la piedra y los eruditos que los descifran llegan á los honores del Instituto. Se les ha llamado *Padre de la Patria*, *Restaurador del mundo*, *Gloria sæculi*, *Salus provinciarum*; se les han otorgado las 70 saluciones imperiales que, segun sabéis, se repetian cien veces ó cincuenta, como se rezan las letanias.....

Si os atreveis y, sobre todo, si ganais contra Alemania la primera batalla que será decisiva, pero que no nos sería imposible ganar sino estuviéramos vendidos,—cosa que depende de vos—tendréis todo esto mi general. Se jurará por Boulanger como se juraba en Roma por el Genio del Empe-

rador viviente; se os presentará á manera de Triptoleno como Claudio ó de Hércules como Caracalla el Germánico.....

¿Cómo es que la derecha, en la que se personifican tantas cosas respetables, tan excelentes personas, tantas creencias, tantos intereses esenciales, se ha degradado á necesitar de Boulanger para remover el país, cómo se ha reducido á ponerse á remolque de Boulanger, á no esperar sino en Boulanger?

Los hombres de la derecha han llegado á ser 210 en el Parlamento con 3.500.000 votos; el formidable poder de que dispone la administracion en Francia habia difícilmente llegado á asegurar 500.000 votos de diferencia á los republicanos colocados en todos los puestos, multiplicando todos los medios de influencia. Los 210 diputados comenzaron en un principio por dejarse diezmar y los que quedaron en número de 180 y de 175 despues han hecho menos que los Cinco del Imperio.

Y esto lo ha confesado un mismo miembro de la derecha pero de ánimo sincero y leal (1).

(1) También ha tenido Cornely el mérito de confesar la decepcion lamentable causada por los diputados de la derecha á los que les habian nombrado.

En 1885, escribe, por no remontarnos á épocas diluvianas, el sufragio universal se entregó á una manifestacion oposicionista formidable. Envio á la Cámara 210 anti-republicanos. Esta falanga fué diezmada por las invalidaciones y se redujo á 170 diputados.

¿Qué debian hacer estos?

Oposicion.

¿La hicieron?

¡No!

¿Hacian oposicion cuando votaban los presupuestos só pretexto de ser preciso que los funcionarios fueran pagados y estuviesen asegurados los servicios?

¿Hacian oposicion cuando se divertian sosteniendo al ministerio Rouvier y cuando nos tapaban la boca á los irreconciliables, diciéndonos que no teniamos el derecho de enmendar la plana á diputados, que éstos sabian

Los Cinco, bajo el Imperio, escribe M. Julio Delafosse en el *Matin*, nos enseñan lo que puede la resolución en los designios y la continuidad en la acción. Luchaban en condiciones las más desfavorables contra un gobierno al que habían jurado fidelidad. El gobierno imperial era poderoso y popular: la opinión descreditada y sin partido. Y no obstante, los Cinco combatieron con tenacidad de tal manera implacable que sus reivindicaciones inútiles abrieron brecha en las defensas del Imperio, y en las elecciones de 1869 las formaron con más de tres millones de votos. Ahora tenemos por blanco un régimen maligno, miserable, desconsiderado, cargado de las execraciones de todas las personas honradas, odiado por los mismos suyos, y, en lugar de acabar su ruina, que sería la libertad para todos, nos empleamos en asegurarle la vida. Los Cinco, en situación igual, abrirían tan ancha brecha, que en las próximas elecciones pasaría por ella el sufragio universal. Nosotros somos 175 que en lugar de marchar y disparar juntos, nos desmenuzamos hasta convertirnos en una especie de argamasa ministerial con la que se reparan las brechas hechas al gobierno de la República por la misma República. Si esto es todo el partido que sabemos sacar ahora ¿qué porvenir nos está reservado?

Los diputados de la derecha no han sabido ni reunirse

cosas que nosotros ignorábamos, que, para obrar, tenían ellos motivos que nosotros no sabíamos?

Al oírles, hubiérase dicho, que Rouvier negociaba con unos la vuelta del Conde de París y con otros la del príncipe Victor.

Pero no negociaba nada absolutamente.

Ni han obtenido nada. No han salvado ni un Fraile, ni una Monja, y se han dejado abozalar inútilmente.

¿Hacían oposición cuando á la caída de M. Grevy se divertían votando á favor del general Saussier, uno de los raros generales del ejército francés que pasan por republicanos?

Era aquel un voto republicano, es decir, un voto que, dado por ellos, no tenía piés ni cabeza, ni ton ni son.

¡No! ¡no! A todos debemos la justicia de declarar que si los republicanos han sido incapaces en el gobierno, los conservadores han sido incapaces en la oposición.

Desde 1885, sólo ha habido un hombre que realmente haya sabido hacer oposición, y este hombre es el general Boulanger.»

francamente á la República como se lo pedía Raoul Duval, ni hacer la oposición.

Un simple periodista de provincia á quien los conservadores con su egoísmo habitual se habían esforzado por cerrar la puerta del Parlamento, M. Thiebaud, ha hecho más que los 180 diputados; ha inspirado al general Boulanger la idea del papel que debía representar, ha visto á unos y otros, ha removido toda la Francia siendo él pobre y oscuro como es. Los miembros de la derecha se han puesto entonces humildemente detrás de Boulanger, le han enviado embajadores para sondearle, para saber si ellos figurarían en las listas.

¡Cuán aflictivo y lastimoso es esto visto de cerca!

Por cierto que esta parte de nuestro libro es la más difícil de tratar, y sin embargo debemos intentarlo.

Realmente son medianías los hombres de la derecha. He consignado ya la pobreza de lo que han dicho en los cuatro años llenos de tantos sucesos apropiados para inspirar la elocuencia humana. No ha habido ni una chispa, ni una de aquellas palabras inflamadas que pegan fuego á todo, ni uno de aquellos ultrajes que arrancan un rugido de ira á un ministro prevaricador, ni una evocación de la patria francesa de antiguos tiempos ante la Francia actual saqueada, vendida, entregada á los judíos. Aparte algunos discursos de de Mun que son verdaderamente inspirados, todo ha sido mera retórica, palabrería, abogacía; han hablado todos como hablan los abogados en el foro; han dicho lo contrario de lo que acababa de decir el que había perorado antes que ellos, y nada más..... (1).

(1) Cornely había sugerido á los hombres de la derecha, un medio de

La verdad es que esos políticos no creen lo que defienden. No tienen el Verbo porque no tienen el Pensamiento; no se les debe pedir la inspección de las cosas cara á cara, única nota característica de todo buen pensamiento en todo tiempo; están, como dice Carlyle, «en las insinceras hipótesis, las plausibilidades, los de oídas.» Opinan que la religión vale más que la irreligión, pero su alma no está llena de la idea de Dios.

En semejantes condiciones no se hace cosa que valga, ni aun cuando se exprese en frases bien escogidas. El hombre grande no es un hombre colmado de dones extraordinarios, sino un hombre ordinario que quiere cumplir resueltamente todo lo que Dios espera de él; sabe que hay una voluntad divina, una idea de Dios en el mundo y se esfuerza ingenua y sencillamente por corresponder á esta idea. El ser que tiene esta concepción es fuerte; en vano todos los Mackau de la Cámara le rodearán en los pasillos y le dirán: «¡Cuidado!» Y patatí y patatá... Pasa contestando cortésmente «¡Buenos días Mackau! Haced vuestros guisos á vuestro antojo..... Yo, voy á cumplir mi cargo.....»

realizarse algo y cerrar por un acto viril esta legislatura que ha defraudado tantas esperanzas.

El mejor procedimiento, decía, para obtener la disolución que ree'lama todo el país es imponérsela. ¡Haga dimisión toda la derecha!

Hasta hubiese sido de desear que los diputados de la derecha dieran á este acto el carácter de grandeza que cautiva á las almas. Habría aplaudido ver á los representantes atravesar París en corporación, vestidos con sus insignias, llegar juntos al Palacio Borbon y hacer leer por uno de ellos una declaración, no ampulosa, pero sí enérgica y sencilla: «Esta Cámara está podrida, sólo sirve para robar y traicionar á la patria, nosotros nos retiramos.»

Al salir, los diputados de la derecha habrían sido aclamados y los diputados republicanos recibidos á los gritos de «¡A la perrera!» Hubieran continuado dos ó tres días más yendo á las sesiones, pero la presión de la opinión pública habría sido demasiado fuerte y se hubieran visto obligados á desaparecer.

Conviene insistir en lo que hemos indicado ya. Esta falta de toda acción efectiva se explica mucho por la atmósfera especial creada por el periodismo.

En otros tiempos era necesario merecer la gloria, ahora basta pagarla. Va sin decir que todo periódico subvencionado por un grupo de diputados de departamento proclamará que los tales diputados son todos enérgicos, intrépidos, heroicos. La prensa conservadora de París glosa lo dicho y los hombres se duermen tranquilamente en aquel vapor de incienso.

Cuando aun no existía el periodismo comenzaron los reyes á vivir ó mejor dicho á morir en ese vapor artificial; ahora son los realistas.

Por lo demás el hecho se remonta á muy lejos. A contar desde Luis XIV, á quien el conde de Chambord llamaba «el primero de los Napoleones,» la apoteosis imperial, la pompa latina se sustituye á las relaciones cordiales y hasta á veces, impregnados de una familiaridad algo viva que los arios germanos habían guardado en sus relaciones con los soberanos como un recuerdo de la vida libre en los bosques de pasados tiempos.

El rey era antiguamente un compañero para sus camaradas de armas. ¿Quién no sabe la historia de Crillon y de Anbigné acostados al pié de la cama en el aposento de Enrique IV y conversando con su señor?

—¿Se ha visto jamás un rey tan villanamente alcornoque como el nuestro?

—Seguramente que no.

Intervino entonces el rey y dijo á d'Anbigné:

Mañana continuareis vuestra conversacion, porque ahora voto ya el chapiro verde, caigo de fatiga; dejadme dormir.

No nos figuremos semejante conversacion en el aposento del conde de Chambord.

Este lado humano era lo que hacía precisamente la fuerza de los reyes de antaño, y que interesa todavía á los mismos, porque nada le gusta tanto al pueblo como encontrar un hombre semejante á los demás hombres en un soberano que ha sido grande.

Siempre nos entusiasma ese rey que está echando demonios por la boca viviendo como partidario desde la edad de diez y seis años, que ha vivido en medio de las batallas y que, así que el cañon empieza á retumbar, desciende precipitadamente de caballo; pónese detrás de un árbol, desbrocha sus calzones apresuradamente, y muy luego despues vuelve á montar á caballo, y, como en Fontaine-Française, ya rey, realiza actos de loca temeridad, y se arroja con 200 compañeros en medio de todo un ejército español.

Aquí está el hombre: siente una impresion física, la vence porque es francés y se porta valientemente.

Imaginad que acogida os hubiese dispensado el conde de Vanssay, el conde de Blacas, ó el marqués de la Ferté si les hubieseis dicho hácia el año 1872:

—Creo que en último resultado el rey ensuciará algo su pantalon, pero estoy seguro de que andará.

—¿Cómo podeis proferir semejante palabra? ¡Nuestro rey tener miedo! ¡Qué blasfemia!

Y, en efecto, su rey jamás tuvo miedo; jamás se movió de su puesto; jamás supo lo que era peligro...

Para sus fieles ha continuado siendo lo que fué: una especie de personaje, no sobrenatural; pero extra-humano como las imágenes de los Santos sin ojos, sin formas y sin significacion que se venden en la calle de San Sulpicio.

Es evidente que para nosotros los santos son totalmente diferentes. Son traidores á su señor como san Pedro, locos por los placeres como san Agustín, impetuosos é irascibles capitanes como san Ignacio de Loyola, quien convertido ya,

y caminando para ir á encerrarse en un convento, sintió tanta dificultad en abstenerse de hender de la cabeza á los piés á un moro que había hablado mal de la Inmaculada Concepcion de la Virgen Santísima. Han vencido su genial depravado, pusilánime ó violento y precisamente esta victoria alcanzada sobre sí mismos les hace grandes á nuestros ojos.

No lo ven así los jefes del partido conservador; no tienen idea del esfuerzo que se necesita hacer para obrar, de la grandeza que hay en un hombre como Luis Napoleon llegando dos veces, en plena tranquilidad, acercándose á las tropas, exponiéndose á las balas y diciendo en Strasburgo y en Bolonia: «Soy el sobrino del gran Emperador y vengo á ocupar el trono de Francia.» Nunca han reflexionado en la resolucion que necesita un Barbés, un Blanqui, hasta un general Eudes, atacando bruscamente á un gobierno y diciéndole: «No os reconozco y voy á expulsaros.»

Apenas si comienzan hoy los conservadores á recelar que los Morny, los Persigny, los Maupas eran otros hombres que los Broglie y los Fourtou.

No son aficionados los conservadores á esos análisis, porque es evidente que nada se obtiene sino por el Sacrificio. Dadle vueltas á la situacion en todo sentidos, mirad á derecha ó izquierda, es evidente que el sólo hombre que puede ejercer accion, sea la que fuere, es el hombre que dice: «Mi sacrificio está consumado. Estoy dispuesto á todo; he mirado de frente la hipótesis suprema: la Muerte, y la acepto de antemano.»

Cuando hablo de sacrificio, adivinan mis lectores que me domina una idea: el pensamiento de la Víctima Santa que murió por la salvacion del género humano, del hombre-Dios cuyo sacrificio del altar nos recuerda todos los dias la inmolacion voluntaria.

No me detendré en esto. Semejantes meditaciones son

para el santuario y estarían fuera de su lugar en este libro demasiado humano. Apenas si podemos sondear el misterio de Amor que contiene la agonía del Golgota, hundida la frente en el polvo, el Viérnes Santo, cuando por la oración estamos muy unidos al que quiso padecer por nosotros el horrible sacrificio de la cruz.

El mismo protestante Carlyle ha tenido este sentimiento de respeto: «El más grande de todos los héroes, dice, es Uno.—Uno que aquí no nombraremos. Medite un silencio sagrado esta materia sagrada.»

Váyase sin decir pues que lo que acabamos de pensar arriba con mis lectores nada tiene que ver con lo que voy á decir, por ser un órden de ideas totalmente distinto...

En el órden humano no se obra sino por la voluntad, con la condicion de que esta voluntad vaya hasta querer morir, lo que naturalmente le da la ventaja sobre la voluntad de los demás, que quieren vivir.

Todo hombre que está decidido á morir puede obrar sobre los sucesos. Detrás de todos los sucesos hay un hombre que está decidido á morir.

Indudablemente, muchas causas han hecho que Italia, potencia de tercer órden pocos años há, sea más influyente ahora en los consejos de Europa que la Francia y pueda prodigar las humillaciones al país que la libertó. Pero, entre todas estas causas, hay una que no es la menos importante de todas. Háse encontrado un hombre que un día habló consigo mismo: tenía su cartera llena de billetes de banco, era de noble raza, jóven aún, elocuente, amado de las mujeres: una mañana, en Londres, hizose á sí mismo esta pregunta: «Vamos á ver; ¿estás resuelto á morir?» Y se contestó: «¡Sí!» Tomó entonces un coche y fué á examinar la guillotina del Museo Tussaud para saber cómo se moría cuando se moría guillotinado, é inmediatamente partió para París. Este hombre se llamaba Félix Orsini...

Nadie es capaz de expresar lo que pesa en la balanza del Destino una vida voluntariamente dada por una idea. Son raras las individualidades capaces de arrancarse violentamente del corazón el amor á la vida. El niño afronta el peligro porque no sabe; el anciano toma infinitas precauciones por conservarse; á medida que el sér ha echado más profundas raíces en la humanidad, le tiene mayor apego. Los pueblos jóvenes, según lo consignábamos en uno de los primeros capítulos de este libro, producen mártires, héroes, seres de sacrificio; pero pocos de estos producen los pueblos viejos.

Y es que en el fondo es dura de tomar la determinación y la lucha es muy dramática. El hombre tiene un objetivo soberbio, glorioso: defender sus creencias, combatir por sus convicciones, pero tiene también un subjetivo terrible un subjetivo de plomo que le clava en el suelo y no le deja mover. Como el prisionero del baron de Adrets, adelanta hacia el borde de la torre, mira el espacio para consultarlo, y retrocede murmurando: «¡Cáspita, qué salto!»

Está visto que el miedo de morir priva particularmente los movimientos humanos. Es el fiador del revolver: este está cargado, solo pide soltar el tiro, pero el fiador lo priva todo.

El hombre se dirige entonces discursos á sí mismo, y, por cierto, habría una curiosa página de psicología si se escribiera acerca de todo lo que puede un hombre argüirse para no obrar y duplicar mediante cierta lógica su instinto de conservación. Los médicos han atribuido á una causa pueril la muerte del conde de Chambord; yo distingo muy bien la verdadera causa; yo adivino cómo el estómago acabó por gastarse por las trepidaciones interiores, por la repercusión del eterno combate dado arriba en el cerebro que no podía llegar á dar una órden al cuerpo, á decidir á que examinara la bestia.

Y, no obstante, si la vida es preciosa, es también excelente cosa el heroísmo, la gloria de los valientes que mueren por su causa, el golpe de mano atrevido, y es muy duro decirse: «¡Acabóse todo!»

Los contemporáneos que no quieren decir: «¡Se acabó!» organizan al rededor de un hombre una especie de leyenda, de ficción periodística que da satisfacción al heroísmo veleidoso que reside todavía, sino en las almas, á lo ménos en las imaginaciones: crean una personalidad como la de Charette, un jefe que debe derribarlo todo, tragárselo todo, atreverse á todo, pero que no se mueve...

Apresúrome á decir que Charette en concepto de cuantos le han visto en batalla es uno de los generales más bravos que hay y que en ningún modo tengo intención de atacar á un hombre digno de todo respeto. El lado que yo quiero pintar, es el lado del falso insurrecto, del rebelde pacífico que, diez y seis años há, está siempre á punto de partir, pero que nunca parte.

Es, en efecto, una figura muy moderna, muy parisien, dirían los periódicos de boulevard, y todo el mundo se emplea, como en una inocente conjuración, á no dejarla en la sombra.

El papel de insurrecto es para Charette una especie de situación como para Anatolio de la Forge el papel de árbitro del honor. En los teatros se le haría de buena gana una distinción de primera clase, y el gobierno le aseguraría fácilmente un destino en las ceremonias como á un hombre que desempeña un empleo especial, que es el jefe incuestionable de los insurrectos vendeanos. Nos hemos acostumbrado á ver en él, en épocas casi fijas, artículos que varían poco. Casa á sus hijas y con tal motivo se despliega la bandera de Patay; representa en su casa, en familia, «el hermoso sainete de Verconsin.» *A la porte;* reúne á sus zuavos en la

Basse-Motte, ó bien los pasea, al través de los meandros del Sena, en un vapor: el *Touriste*; como lo hizo María Colombier para festejar el éxito de la *Más hermosa mujer de París*. La prensa anuncia el sainete, el banquete, el paseo con un ligero toque de corneta—la corneta de la *Penissiere*.

Todos quedan tan contentos. Los zuavos pontificios son dichosos por tener un talante algo heróico con un jefe que es hombre muy bravo, y, al mismo tiempo, saben no extralimitarse merced al jefe. Todos engordan más ó menos; gracias á las recomendaciones del clero, se han casado casi todos muy ventajosamente; hacían su devoción oportunamente, pero habrían quedado sorprendidos muy desagradablemente, si, después del almuerzo del *Touriste*, les hubiese dicho Charette dulcemente como Napoleón III á sus amigos, el 1.º de diciembre á las once: «¡Para mañana!»

A no mediar circunstancias de imposible prevision, es probable que Charette no pronuncie jamás esta palabra. Digamos también que necesitaría ahora una energía más que humana para decirla; sin haber arriesgado nada, ha conquistado una gloria que los más temerarios atrevidos no han tenido en vida. Aunque hubiese llevado veinte años la vida del Cabeçilla, conspirador como Fiesques, sufrido diez veces el tormento sin confesar nada como Carmañola, emprendido expediciones de loca audacia como Garibaldi, pasado treinta y cinco años en las cárceles después de haber sido condenado cinco veces á muerte como Blanqui, esperado, con el sonris en los labios la hora de su ejecución como Barbés, no se hablaría de él en términos más entusiastas. Goza de estos honores modestamente y morirá nonagenario en la actitud amenazadora de un hombre que está á punto de insurreccionarse como Delobelle: «¡No renuncio!»

Detrás del feretro de este hombre pacífico se oirá á algunos zuavos pontificios, muy viejos, murmurando entre sus dientes el feroz llamamiento á los jóvenes del Bocage:

Monsieur de Charette a dit à ceux de chez nous:

Levez-vous!

La chasse est ouverte contre les loups.

Monsieur de Charette a dit à ceux d'Anenis:

Mes amis,

Le roy va ramener les fleurs de lys.

Sería pueril suponer que si Charette no obró, es porque no estaba seguro del éxito. Esta es una razon de pié de banco, y no de un insurrecto. Al contrario, la cualidad peculiar del insurrecto consiste en lanzarse á lo desconocido, en forzar violentamente la mano al Destino y, por el solo hecho de su voluntad, por el extraordinario poder que le da el sacrificio que hace previamente de su vida, forzar al Destino á parir. Es evidente que está sujeto al capricho de la casualidad, pero tambien puede ser raramente servido por esta casualidad; tiene probabilidades de derrotar á hombres cogidos de improviso y que opinan como él; choea con resistencias imprevistas, pero, muy á menudo tambien, encuentra deserciones increíbles, postraciones inauditas, debilidades en las que no se habría atrevido á contar; una puerta de bronce detrás de la cual debía haber hombres dispuestos á hacerse matar hasta el último, y resulta ser una puerta de carton que al hundirla empujándola, aparece un viejo conserge afable, que os dice: «Tómese V. pues la molestia de pasar.»

En el fondo, el insurrecto no sabe nunca lo que sucederá á consecuencia de lo que hace, pero sabe que sucederá algo. El ha producido accion y ésta crea movimientos, corrientes,

opera cambios de situaciones y desórdenes de seres que habrían quedado en estado latente sin esta sacudida.

Imaginad á Charette que hubiese hecho una bella tentativa, en un momento favorable bien calculado, durante una de las crisis que hemos atravesado. Fracasa. Se le condena á muerte, pero probablemente no se atreven á fusilarle. La pena de muerte está abolida en Francia en materia política y toda ella se sublevaria indignada ante la idea de que se va á llevar al polígono de Vincennes al soldado de Patay, mientras que todos los traidores que han hecho diezmar nuestras tropas en el Tonkin se reparten tranquilamente el fruto de su infamia.

No se habría fusilado á Charette y habría salido de la cárcel elegido diputado por 25 departamentos; habría personificado lo que representa el general Boulanger: la protesta de un hombre de corazon francés contra el innoble gobierno que tenemos.

Suponiendo que hubiese sido fusilado, muerto así Charette por cuatro balas, habría dejado en la historia otra figura que la del Charette que representa el papel del Vercousin en la Basse-Motte. Las costumbres, tan afeminadas ahora, se habrían hecho más ásperas: habríanse despertado almas, habrían surgido vengadores; el gobierno, cercado por todas partes, habríase visto obligado á volverse más odioso aún de lo que es con medidas que no habrían hecho más que irritar los ánimos, y, el día menos pensado, se habría derrumbado súbitamente ante un golpe de mano menos bien preparado que el de Charette.

Va sin decir que nadie está obligado á insurreccionarse. ¡Cuán diferentes son las concepciones de la vida y cuán odiosas las personas fanáticas é intolerantes que no quieren dejar que cada uno se organice su sistema á su manera! Tengo amigos que viven en Paris, como se debe vivir en el

Japon, en el jardincito de umbrosa arboleda donde se cuelgan á la noche farolitos de color, «cerca del lago azul donde están los cormoranes.» Nada les agita, nada les turba; dejan que ande la bola á su antojo, y os aseguro que jamás me disputo con ellos.

Sucede todo de muy distinta manera cuando un hombre encarna en sí el insurrecto blanco. Tengo el derecho de estudiarlo, apreciarlo á mi manera y compararlo con los insurrectos rojos.

Precisa confesar que la comparacion no es muy favorable que digamos para los Blancos actuales.

Simple soldado ó sargento en el partido conservador, todos hemos sido más ó menos injustos para ciertos hombres, cuando escribíamos al día sin tener tiempo de pensar. Cuando disponemos de tiempo y podemos meditar una ó dos horas ántes de escribir una línea, cambia la óptica y nos damos cuenta exacta de la presión que algunos republicanos enérgicos han ejercido en los acontecimientos.

Mirad á Barbés el 12 de mayo de 1839 por la mañana. Es joven, muy rico también, muy amable, muy amado, y la vida ha de parecerle agradable. Es un domingo: medio París ha ido á la revista que se pasa en el Campo de Marte y no obstante Barbés, bajando en la calle, encuentra todavía parisienses rezagados. Son los descritos por Pablo de Koek, acomodados de la clase media que se dirigen á los ventorrillos de Bomainville con cestos de provision debajo del brazo y los hijos que siguen al padre y á la madre. Barbés se dice quizás: «Estos son los que están en lo cierto y lo entienden.»

Quizás viendo Barbés pasar un estudiante y su griseta, piensa en una querida que también le espera á él. Quizás piensa en los dramas ó comedias que pudiera ir á ver aquella tarde.

En la Opera-Cómica se da la primera representacion de una pieza en un acto: el *Panier fleuri* de un compositor todavía desconocido llamado Ambrosio Thomas, cantada por Chollet y la Prexat.

En el teatro del Renacimiento, Ana Thillon cantaba, por extraordinario, el *Agua Maravillosa*, y Federico Lemaitre representaba, por una de sus últimas funciones, el *Alquimista* de Alejandro Dumas, mientras que en el Gimnasio se ponía la *Belle-sœur* en la que, nos dice el *Constitucional*, «es la señorita Dorval tan perfecta, y un *Angel de quinto piso* por la seductora Natalia.»

Fuera de esto, la semana estaba llena de atractivos. En la Academia real de música cantaba Mario el *Conde Ory*; en los Franceses, la Rachel continuaba sus representaciones en Erifila de *Ifigenia en Aulida*. En los mismos Franceses, el padre de uno de los amigos de la *France juive*, Simon, apellidado Lockroy, quien, por cierto, no debía divertir tanto al público en *M^{lle}. de Belle-Isle*, cuya vigésima representacion estaba anunciada para el 18, como no nos ha divertido el hijo en el papel de gran maestro de la Universidad.....

Barbés, que tenia alma de artista, fijaria un momento su atención en todos esos atractivos de París; delante de la puerta del Palacio de Justicia vió á unos cuantos hombres de guardia y un oficial que se paseaba de uno á otro extremo, y es probable que tuvo la sensacion que se experimenta ante una muralla enorme que se ha intentado escalar.

En efecto; ¡cuántas cosas detrás de este oficial!: todos los soldados y todos los oficiales de su regimiento y todos los soldados y todos los oficiales de todos los regimientos de Francia, y todos los magistrados, todos los prefectos, todos los comisarios de policía, todos los gendarmes, todos los guardias rurales, y la Cámara de los diputados y la Cámara de los pares....!

Mientras tanto, adelantaba la hora. El ataque estaba indicado para las 3 y media y la cita dada para las 3 en el número 33 de la calle Quincampoix, en casa de la señora Roux, en cuyo domicilio había el depósito de las armas y de las municiones. Todos fueron puntuales; Barbés decía: «¡Adelante!» y á las 3 y media dirigíase una descarga cerrada al cuerpo de guardia del Palacio de Justicia.

A las 7 todo estaba terminado.

Rechazado del Palacio de Justicia y de la Prefectura de Policía, había logrado Barbés apoderarse de las Casas Consistoriales, de donde había sido desalojado, y, despues de una lucha encarnizada en las callejuelas Transnonain, Greneta y Simon Lefranc, había sido herido en la cabeza y preso. Algunos meses despues, este hombre que hubiera podido ver el estreno del *Panier fleuri* en la Opera Cómica, escribía sus postreros pensamientos en el calabozo de los condenados á muerte, esperando su ejecucion.....

Barbés fué salvado, no tanto por los versos de Victor Hugo, como por la juventud de las escuelas, que, en aquella época, reservaba sus admiraciones para otros que los Ferry y los Wilson; pero no por esto dejó de estar nueve años en la cárcel, en la dura cárcel de Mont-Saint-Michel.

¡Nueve años de cárcel! ¡Es cosa muy larga! Si Charette hubiese dicho á los tripulantes del *Touriste*: «Barbés acabó por tener la República, vosotros tendreis tambien la Monarquía, pero tendréis que estar nueve años en la cárcel,» cuantos zuavos pontificios hubieran pedido escalar enseguida y bajar al viaducto de Anteuil!

No es inútil repetir, sin embargo, que en realidad de verdad no se logra resultado sino consintiendo en sacrificarse. Es indudable que Barbés fracasó el 12 de mayo de 1839, pero las insurrecciones sucesivas que perturbaron el reinado de Luis Felipe, formaron poco á poco hombres

acostumbrados á la guerra de calle. El 24 de febrero aquellos hombres estaban allí esperando, mirando..... Cuando se hubo disparado el primer famoso pistoletazo y súbita emoción sacudió á la multitud, vieron, con su experiencia de los motines que «ahí está» como se dice y se movieron precisamente en el estado favorable.

En un momento dado prodújose en aquellas batallas, como en las demás, una especie de vértigo; la Victoria, solicitada desde la derecha y desde la izquierda, titubea, y parece no saber á donde inclinarse. Esos movimientos no pueden crearse voluntariamente; pero, cuando se manifiestan y hombres bien organizados están dispuestos á aprovecharlos, es negocio concluido. En esto consiste toda la superioridad de los Blanquistas, quienes, menos numerosos que los demás revolucionarios, se mantienen compactos y en una circunstancia favorable pueden intervenir útilmente.

Héme extendido en este punto á propósito de los jóvenes de la nueva generacion que me han escrito cartas tan llenas de tristeza, de ansiedad, de precoz desaliento.

No tengo autoridad para prescribir á nadie una regla de vida, pero, despues de haber pensado y meditado, tengo el derecho de indicar á otros más jóvenes que yo un método intelectual que me parece adecuado para formar un sér viril.

Diré pues á los que se encuentran quizás en posición de salvar á su país, como hubieran podido hacerlo los hombres de la Asamblea de 1871, sino hubiesen sido tan lamentablemente inferiores á su cargo:

»Id de vez en cuando á oír un buen predicador para robusteceros en la Doctrina, pero evitad con cuidado la elocuencia de la cátedra laica, las prosopopeyas redundantes, los juramentos de morir, el aparato de las frases de cajón

que se parecen al material de Belloir, que sirve para todas las fiestas, á los escudos de carton, á las tiendas de Andriópolis, que se trasladan en carruajes especiales. Pensad en el inmenso ridículo de que está cubierto el partido monárquico, con el inmenso desembalaje de frases retóricas que comenzó á fines de 1871: » ¡Dios lo quiere! Empuñaremos otra vez la espada de los antiguos caballeros, combatiremos con la espada flamígera, moriremos si es necesario como los Macabeos. » Todo esto para llegar á sufrir pacientemente los actos más odiosos, sin que se haya encontrado un esforzado para pegar cinco tiros á la cabeza de un prefecto ó de un comisario de policia que entrara en los domicilios privados sin mandato.

«Aplicad á vuestros proyectos de intervencion en las cosas públicas el admirable método de meditacion de los *Ejercicios* de san Ignacio. Figuraos, mentalmente, en una situacion cualquiera, como san Ignacio, por ejemplo, nos recomienda que nos traslademos á la víspera del Juicio final y preguntáos qué sentiríais. Determinad bien de antemano vuestro poder de voluntad. No os lleneis la cabeza con historias de Cristianos en el Circo que os cuenten personas obesas, que se creerian perdidas si su chuleta no estuviese puntualmente asada y que maldito lo que reirian si se encontraran en la arena en medio de leones hambrientos. Comprended bien el admirable pasaje de Carlyle acerca del Temor y del Valor, el *valor* es la única cosa que tiene *valor*, que vale, *valour is still value*, pero no pongais esto en estilo demasiado lírico, no os mintais á vosotros mismos y no os imaginéis que nunca tendreis miedo como los de Audifret Pasquier, los callejeros, los zurcidores de discursos aniversarios que arrojan el guante á la República á las 9 y tres cuartos, después de haber dicho al cochero que esté puntual con el carruaje á las 10 menos cinco.

«Exagerad, aumentad, al contrario, el miedo que sentiríais ante un peligro real; decid que un flujo de vientre ó un agudo reuma quitan muchos de sus medios á los seres mejor templados. Recordáos á vosotros mismos todos los motivos, tan legítimos á menudo, que os impedirian obrar. Pero, el día en que hayais bien determinado ante vosotros mismos lo que os creéis capaces de hacer, el punto exacto á que juzgais poder ir, no busqueis pretextos para no obrar en los consejos descorazonados de los viejos políticos conservadores; persuadios bien que son ellos quienes nos han traído donde nos encontramos, no porque no hayan sido ellos heroicos,—no á todos es dado serlo—sino porque no han hecho el más mínimo esfuerzo posible sin llegar por eso á proporciones sobrehumanas, porque han sido constantemente dominados por su amor del bienestar, por su continua preocupacion de no molestar la cómoda instalacion de su vida.

«Sobre todo, echad enhoramala á los que como peroracion de un discurso grandilocuente, os comparen con los mártires.

«Hay en la calle del Bac una casa donde los apóstoles á quienes inflama el amor de Dios se preparan al martirio; hay en ella un piadoso museo de donde se sale como aplastado de admiracion por el valor de los siervos de Jesucristo; se ven allí todos los instrumentos de suplicio que ha podido inventar la ferocidad humana y que jamás han espantado al heroismo de los misioneros. Nadar, mi amable vecino del *Ermitage de Senart* y que es un incrédulo rematado, me contaba, con lágrimas en los ojos, una ceremonia de despedida que él habia presenciado: un padre y una madre que oían la misa de partida celebrada por su hijo. El hijo estaba designado para un puesto de donde ningún sacerdote habia vuelto vivo, donde el misionero anterior al que iba

ahora á embarcarse habia sido cortado á pedazos por el verdugo, trinchado á pedacitos con un cortaplumas; los padres lo sabian y pintábase en sus rostros celestial entusiasmo ante la idea del sacrificio que realizaba su hijo.

«Yo he tenido un primo, Cambier-Drumont, cuya vida gloriosa y breve ha escrito Mgr. Perraud, y que, abandonando la Escuela normal, renunció á todo cuanto se le ofrecía esperando obtener la muerte del martirio; extenuado por las fatigas del apostolado, murió en el fondo de un junco, en un río de China, no sintiendo sino no haber podido sufrir más por el Salvador.

«En nada absolutamente se parece vuestro caso al de los hombres llamados directamente por Dios, con quienes no os dejéis comparar nunca. En efecto, es una idea ridícula comparar con mártires á católicos que se están en sus casas, que á menudo son ricos, que tienen la libertad de la prensa, la libertad de reunión, la libertad de fijar carteles. Estais en vuestras casas, repito, y una pandilla judío-masónica ultraja lo que vosotros respetais, ultrajad á la pandilla, insultad á esos hombres donde quiera que los encontréis, codeadlos insolentemente en los salones y en los círculos, divulgad las vergüenzas de su vida, publicad la lista de los comerciantes judíos, levantaos, defendeos. Admitiendo que recibais algunos puñetazos combatiendo, no sereis mártires por esto, sereis valientes soldados, bravos franceses que han luchado por su independencia, mientras que sufriendo el yugo ignominioso que sufrís, sois hocicones y cobardes.»

Veuillot se habría encogido de hombros si le hubiesen dicho que era un mártir. Gustábale ser lo que era: un verdadero francés, que reclamaba sus derechos en la tierra natal, riéndose con su habitual risa en las barbas de los que contaban frustrerías al pueblo, haciendo cuanto podía para que los extranjeros no usurparan el puesto de los hijos

de Francia, dando á adversarios insolentes las correcciones cuyas muestras vengativas llevaron tanto tiempo los Galvau-din, los Galapias y los Poivreau....

Desgraciadamente, no hay ahora sino los plebeyos que tengan esta decision y este valor. Continúa la lucha entre la infantería y la caballería, pero en sentido inverso. Antiguamente—y hasta á veces por desgracia de nuestras armas—los nobles, en el momento del combate, turbaban el orden de la batalla por ser los primeros en cargar. Ahora, los lechuguinos nobles, en su mayor parte, son los compinches de todos los Mardoqueos y de todos los Levy de la creacion y dejan á la plebe el cuidado de defender al Cristo, á la Iglesia y á Francia....

«No me ocultéis, quiero que me vean» gritaba Francisco I en Marignan, apartando á todos de delante de sí. Desde el conde de Artois que jugaba al whist con la Señora de Polastron, mientras que los Chuanes se hacían matar por él, hasta el conde de Paris que tira con perseverancia á las gallinas silvestres en Escocia, no se descubre ya entre los Príncipes ese deseo imperioso de que se les vea.

¿Tendrá acaso menos pusilanimidad una generacion nueva? ¿Se atreverá á llevar á la tribuna cuestiones que ninguno de nuestros diputados se atreve á embestir francamente? Es preciso esperarlo. Nuestros representantes actuales están decididos á no hablar de nada...

Miembros de la derecha forman parte de esta inenarrable caravana de Argel cuya nota exacta no se nos ha presentado nunca. Espérase que aprovecharán el viaje para instruirse y que denunciarán las espantosas exacciones cometidas por los judíos en la colonia por la cual ha derramado Francia torrentes de sangre, al solo objeto de constituir allí un feudo semítico.

Ocurre el fenómeno contrario. Algunos años há todavía en la Cámara se trataba un poco de Argel, desde que nuestros diputados han ido á estudiar aquel país á expensas nuestras, nadie ha desplegado los labios acerca de esto en la discusión del presupuesto: nadie ha hablado de las amenazadoras insurrecciones que se preparan en todas partes en aquella tierra donde indígenas y colonos se revuelven inútilmente debajo de las garras del judío.

Los hombres de la derecha tenían en esto excelente ocasión para volver á las tradiciones de la antigua Monarquía, á las tradiciones de la Francia de antaño que conquistó naciones enteras en los puntos más apartados del globo, no tanto por la fuerza como por la honradez, el espíritu de equidad, la generosidad de sus representantes. Ni un diputado siquiera ha tenido la energía de tratar esta cuestión á fondo, de pedir, ya que se anule el decreto Cremieux, ya que se conceda la naturalización á los árabes, del modo que Raoul Duval había intentado proponerlo.

¡Pobres árabes! No sé nada tan impresionable como hablar con algunos de estos desgraciados que han venido á París con la idea de que iba á hacerseles justicia. Para el Oriental son inseparables la idea de autoridad y la de justicia; un hombre muy poderoso para ellos es un hombre que puede hacer soberanamente justicia; se figuran que se ve á un ministro ó á un presidente de la República como se veía antiguamente cara á cara un pachá rodeado de sus Arnavutas,

... vizir de nos guerriers sans nombre,

Ombre du padischah qui de Dieu même est l'ombre.

Llegan á París, y, en los ministerios, no pueden hablar sino con los mozos de las oficinas que les escuchan comien-

do su morcilla en un pedazo de papel, se presentan en el Eliseo, porque han visto en un periódico, cuando la elección presidencial, que Carnot era honrado; ignoran que no vale más que los otros, pues que, ocho días después de su elección, no se avergonzó con ser el nieto del patriota Carnot, de emplear en el Tribunal de Cuentas al Franc-Mason Noirot, sentenciado por un tribunal por haber desempeñado un papel vergonzoso cuando la invasión prusiana.

Algunos vienen á verme porque han leído la *France Jui-ve*. Creen que yo puedo decidir á su diputado á que intervenga en su favor y no sé cómo explicarles que haya cristianos bastante débiles, para no atreverse á atacar públicamente en la tribuna á los judíos que llenan de afrentas á nuestros sacerdotes y que escriben acerca de la Virgen Santísima infamias que la pluma se niega á copiar.

Uno de esos árabes me daba *de visu* y *de auditu* pormenores inauditos acerca del famoso viaje de los ministros á Argel.

Cuando Berthelot emprendió su excursión á las Kábilas, 7 ú 800 Kábilas rodearon de repente su coche, y uno de ellos le enseñó un pedazo de pan hecho de paja, diciéndole:

— ¡Este es el pan que comemos!

Sabeis qué le respondió Berthelot?

— Peor lo hemos comido nosotros en París, cuando nos tenían sitiados los prusianos.

— Señor ministro, respondió el árabe que hablaba perfectamente el francés, yo ignoraba que vos fuérais de los prusianos. ®

Su Excelencia republicana tuvo un momento de vergüenza y se esforzó por retirar su imbecilidad.

Entonces los Kábilas hicieron entrar al ministro, casi por fuerza en sus pobres habitaciones y le mostraron los cuatro

ángulos que tienen cada uno su destino en una casa kábila; la tabla del pan llena de polvo, los sacos de cebada que cuelgan deplorables y blandos, las jarras del aceite vacías y vacío el sitio del carnero: «No hay nada más, le dijeron, las casas, las cosechas, las halajas están en poder de vuestros protegidos, los judíos. El impuesto de capitación era antes de 12 francos por cabeza, ahora de 100 francos.

¿Verdad que es seductor el cuadro? Veamos á Berthelot. «Todo sabio, ha dicho Victor Hugo, es algo cadáver.» Este hombre es un sabio, pero un sabio de particular especie; como Renan, se complace en locuras funerarias; como el autor de la *Abadesa de Jouarre* se complace en el gozo monstruoso y senil de mezclar la imágen de la Sensualidad, con la idea de la Muerte; en el discurso que pronunció, como ministro de Instrucción pública, sobre el féretro de las víctimas de la Opera Cómica se divirtió entreabriendo con sus manos arrugadas de anciano el *tutu* de las bailarinas y evocando los Amores risueños ante carnes carbonizadas y cadáveres ennegrecidos.....

Como Renan, pisa las huellas de la Fortuna. La princesa Matilde, cuando él era enteramente desconocido, obtuvo del Emperador que se creara expresamente para Berthelot una cátedra de química orgánica en el Colegio de Francia; después de la caída del Imperio no ha vuelto á poner los pies en sasa de la princesa. Llegado á ministro á fuerza de bajeza, representa el Progreso, la Civilización, los Principios de 89. ¡Vaya! ¡música! Y las Kábilas le muestran lo que esta Civilización ha hecho á favor de ellas; las ha entregado á los judíos; ha llevado la ruina y el hambre á pueblos que antes vivían libres y felices.

Ante este espectáculo y esta lección dada por hambrientos, el pedante de discursos fannescos no sintió ninguna vergüenza; no siente removerse nada en su conciencia. Con

el corazón tranquilo va á reunirse con sus colegas que celebran la fiesta con nuestros escudos en la hora en que unos sotacomitres alemanes prenden en nuestro territorio á un funcionario francés, Schoeneblé asido en vano al poste que lleva nuestros colores nacionales.

El último árabe á quien he visto era el más conmovedor de todos. Indignado por las exacciones cometidas por la administración de Argel; había rehusado las proposiciones que se le habían hecho para que se callara y se había embarcado bruscamente, sin dinero. En Marsella había telegrafiado á correligionarios suyos que le habían enviado algunos subsidios y había llegado hasta París. Aquí, había caído enfermo, después, una vez curado, había comenzado, al través del barro y de la nieve de París, á peregrinar de ministerio en ministerio, con los documentos que nadie, como es de suponer, quería leer.

Es el perpétuo comienzo de la historia de que hablábamos á propósito de Mustaphá: una visión de un modernismo casi carnavalesco es ese hijo del desierto bien vestido en su pintoresco traje, sacando repentinamente de su albornoz un número del *Intransigente* y hablándoos de la interpelación de Pablo de Casagnac acerca del general Boulanger—y, al mismo tiempo, un recuerdo de los delegados de pueblos conquistados que antiguamente se trasladaban á Roma para presentar querrela contra un procónsul prevaricador.

Además, debe consignarse que en esto estamos atrasados respecto de la Roma imperial. En efecto, Verres es un procónsul republicano; sólo es posible con un Senado cuyos miembros, como los de nuestras Asambleas, se callen con la condición de que se les dé una parte en las exacciones cometidas. Al contrario, hasta bajo los peores emperadores, fuero las provincias admirablemente administradas.

«Apelo al César.» decía el griego ó el ibero, y acudía á Roma, como acude el árabe á París. Sucedia á veces que el Emperador estaba de buen humor; que la pluma de pavo le habia halagado convenientemente y que estaba algo desembarazado de las lampreas ó de las ostras del lago Lucrino que estaba digiriendo desde el día ántes. Desde la eminencia de su tribunal escuchaba al querellante y mandaba que se le hiciera justicia. Claudio, que en su interior no sentía gran simpatía que digamos, para Mesalina, era aficionado á dar esta clase de audiencias y dictaba fallos llenos de sabiduría.

El oprimido no puede dar ahora con un hombre cualquiera á quien hablarle; no sale de una hilera de papelotes y reglamentos. Desde lo más alto á lo más bajo en la escalera oficial se ha convenido en decir que todo es perfecto, todos los abusos se apuntalan, todas las iniquidades se solidifican. Se mira como atentado, excentricidad, locura, el acto del que se queja. Un paso que se dé de este género despier-ta siempre un movimiento de lástima hasta el día en que un enorme pedazo de barro coagulado se desprenda súbitamente aplastando á un Presidente de República, á su yerno, dos generales, cubriendo de porquerías á un procurador general, salpicando con ellas las togas de magistrados...

Compréndese la especie de desagregación operada en el partido conservador. Son dignos de lástima los candorosos y abnegados que han tomado en serio los llamamientos á la cruzada, los viejos que han visto deshojarse todas sus ilusiones, que han comprendido que habian sacrificado inútilmente su existencia. Nada han perdido los jefes; han conservado su situación mundana; pero los modestos, los magistrados dimisionarios, los curas sin paga, los periodistas sin periódicos han cargado con el muerto.

Todo se ha derrumbado, mejor dicho, todo ha terminado como una mala farsa. Se ha apagado repentinamente el gas, mientras que espectadores convencidos esperaban, con tanta boca abierta, que se levantara el telón, y los cándidos de los gallineros han tenido que salir á tientas. Los que tenían un escondrijo han vuelto á él cojeando y nadie se acordó de los *minus habentes* que no sabían dónde ir.

El conde de Chambord no se ha acordado absolutamente de los escritores que de cuarenta años acá defendían su causa en oscuros periódicos de provincia (1). La condesa de Chambord, Señora, como se la llamaba solemnemente, no ha legado siquiera á las obras francesas lo que el pueblo llamaría «un suspiro de su corazón.» Esta princesa, á quien nos representaban con la aureola, atenta á las miserias de los franceses, ha sido ménos generosa que la señora Boucicault. He leído en el *Matin* que un opulento banquero judío iba á arrendar los cotos del castillo de Chambord; si no es un hecho, lo será...

Habláronme de un viejo legitimista que llevaba cuarenta años de periodismo y que habia durante mucho tiempo redactado uno de los periódicos monárquicos más leídos de provincias. Veíase reducido á amontonar hechos diversos y ocuparse en tontadas en un periodiquillo con el cual antiguamente habia roto lanzas á favor del rey. Parece que no le iría muy bien el negocio en la ciudad, porque el digno hombre no era feliz...

(1) Después de haber cerrado su maleta, el pobre príncipe imperial, que nada tenía, pasó su última noche en Chithurst redactando un testamento para preservar de la miseria á aquellos de sus parientes que él sabía eran pobres. El conde de Chambord, á quien nos pintaban como dispuesto siempre á cualquier acto decisivo, no tuvo la tierna y viril previsión de ese joven de veinte años; ni una sola vez se recogió en los últimos años de su vida ante la idea de una catástrofe posible; nunca se dijo: «Quiero que mi testamento sea digno de un rey de Francia y que todos los que me han amado y servido encuentren en él su nombre.»

Además, todo se ha transformado de algunos años acá. La tierra de Francia ha producido mucho tiempo excelentes personas y eran almas hermosas los antiguos legitimistas de provincia, quiméricos, llenos de ilusiones, pero con el corazón en la mano, dadiyosos, que vivían sin ostentación para ayudar á la propaganda sin interés personal. El orleanista rico es más avaro, sabe contar, y, cuando subvenciona un periódico, es preciso apretar á favor de la candidatura. El orleanista que no tiene candidatura que sostener ni siquiera se suscribe, de vez en cuando va á ver las pruebas del periódico en el despacho del director, y le dice: «Querido, esto va muy bien, os leo en el círculo.—Demontre, dice el periodista, si todos me leyeran en el círculo, como no hay más que tres círculos en la ciudad, sólo tendría que tirar tres ejemplares.»

En vez de utilizar la abnegación de jóvenes que en provincias, se indignan de su inacción, que no pedirían sino hacer guerra implacable á la República, los monárquicos emplean á personas como Meyer quien, ántes de escribir una línea, está obligado á adular á todos, en circuito, amontonar los «distinguidos, los simpáticos, los eminentes cofrades» para que no se le eche al rostro una injuria muy á mano.

Bien reflexionado, los jefes de los grupos conservadores no vén más que á sí mismos; la satisfacción de su vanidad, la celebración de sus virtudes, la descripción de su casa. El duque de la Rochefoucauld-Dondeauville es, según tengo ya dicho, un hombre muy estimable, pero una cabeza vacía, una de aquellas figuras que se exponen en los escaparates de peluqueros. Es preciso que lea continuamente en el *Gaulois* la relación de todo lo que hace y cuanto no hace... Ha restaurado Bonnetable; hay allí sesenta caballos en las caballerizas, el castillo contiene cincuenta aposentos destinados á

los invitados; estos aposentos no dejan nada que desear en el punto de vista de la comodidad; en cada uno de ellos hay un lavabo y jabón...

Oigamos al duque interrogando á Meyer:

—Está muy bien lo que decís de mí; pero ¿qué decís de la duquesa?

—¡La duquesa! digo sencillamente que es una santa...

Está bien.... lo es efectivamente.

Muchos diputados conservadores son hombres de valor.

Muy pocos tienen el entendimiento vasto y generalizador, pero algunos son muy competentes en ciertos puntos, en ciertas cuestiones. Son los primeros en certificar la indigencia intelectual de los que ellos escogieron por jefes; se espantan por esta situación, notando los relámpagos siniestros que surcan el horizonte en todas partes, pero no se atreven á tomar la iniciativa, y, sobre todo, continúan fieles al más arraigado de sus principios; el de no imponerse ningún sacrificio por su causa....

La falta de toda organización, el deseo dominante en todos de no adelantarse, de no comprometerse, entregan naturalmente los Católicos á la merced del primer forbante á quien convenga atacarles. Un judío no debe hacer más que dar una palmada y los Católicos huyen azorados, como una bandada de pájaros sorprendidos en un jardín.

Cierto que periódicos como el *Univers*, que están siempre firmes en su puesto, devuelven poco á poco la calma á los ánimos y vuelven á traer con bastante rapidez á los fugitivos, pero el efecto producido es deplorable; á la menor alarma, no encontrareis sino católicos desbandados lanzando gemidos y gritando: «¡Ah! ¡Dios mío! ¿es posible?»

No sucedería esto si los católicos tuvieran, fuera de los periódicos religiosos mantenidos en cierta reserva que se

comprende, una prensa jóven, de vanguardia, que, desde que los judíos comenzaron á organizar una campaña contra los Hermanos ó las Hermanas de caridad, cayera con ímpetu sobre la canalla judío republicana, refiriera las vergüenzas interiores de los diputados de la izquierda, las costumbres de las princesas de la Judería que se casan con negociantes de caballos, que casan á sus hijas con sus queridos. En efecto, el periódico tiene una libertad que no tiene el libro; para ser espantoso no debiera hacer más que apuntar las conversaciones que se tienen en los pasillos del Palacio Borbon ó las frases que circulan libremente desde Rond-point de los Campos Eliseos, al Pabellon chino.

Ni siquiera piensan los católicos en contestar. Para espantar á todos los hombres que representan la Francia en lo que tiene de mejor, basta un sucio judío de Colonia despreciado de todos, deshonorado, innoble, que arregla un negocio de Citeaux como lanzaría una operacion agusanada. Este amigo de Clemenceau que, segun tengo entendido, le sirvió tambien de testigo en una parodia de duelo, ha sido convicto de *chantage* en plena Cámara (1), condenado por un tribunal, cuando había jueces, por haber mentido á sabiendas recomendando una empresa que él sabia era una trampa; ha enviado á una prima de Bertin versos injuriosos para Francia; que se han reproducido, y, despues de haber él dado su palabra de honor de que no había escrito estos versos, se le ha echado á los bigotes su autógrafa.

Dicho en una palabra, es el modelo de los maestros cantores celebrados por Jouy.

(1) *Chantage*.—Delito por el cual se coloca á una persona en el dilema de dar dinero á de ser difamada de palabra ó por escrito. Suele castigarse con una multa pequeña y algunos días de cárcel. (N. del T.)

*Maitres chanteurs, guidés sur les chemins,
Par la lueur de ma louche Lanterne,
Puissez sans peur, puissez à pleines mains,
Chez les gogos que mon journal consterne.
Gros financiers, chantez en chœur!*

En la *France juive* he bosquejado, á grandes rasgos, esta vida en que el lodo se mezcla con la sangre y no me explico que todas las veces que ese camastron tudesco se permite insultar á un sacerdote francés no se pongan de acuerdo todos los periódicos conservadores para pedir, al fin, á los tribunales la inhumacion de Rappaport.

No puede creerse que no se haya hecho alguna autopsia y que el desgraciado Rappaport haya sido llevado al cementerio clandestinamente, acompañado solo de un rabino.

Es verdad que Mayer ha asegurado constantemente en la *Lanterne* que Rappaport queria vender á su hija y que la había asesinado porque se negaba ella á dejarse vender, pero debe observarse que el director de la *Lanterne* podia despacharse á su gusto porque Rappaport había muerto.

Cuando este vivía, y frecuentaba todas las casas de juego y círculos de París, referia, al contrario, á quien queria oírle, que la Señora Rappaport era quien queria explotar á su hija, y cuando uno se maravillaba por verle llegar con aquella niña en sitios á donde no van generalmente las jóvenes, explicaba que la llevaba consigo por temor de que se la quitaran estando él fuera.

Parece que los tribunales fueron de esta opinion, porque, contra la costumbre que quiere que la hija se quede con la madre, habían quitado la custodia de la señorita Rappaport á su madre que vivía licenciosamente, para confiarla á su padre que, sin ser modelo de virtud, parecia presentar más garantías morales.

Es evidente que el padre no se suicidó, como se dijo,

sino que fué asesinado. El último grito que lanzó la joven cuando apareció desmelenada en una ventana que daba al patio, en la casa de la calle de Richelieu, fué: «¡Socorro! Asesinan á mi padre!» Este grito parece probar que su padre no la había asesinado; la misma debió ser cogida por detrás, arrancada por fuerza de la ventana y herida por un malhechor que fuera fácil hallar: *Hic fecit cui prodest.*

En todo caso los Radicales, que tan vivo cuidado tienen por la moral pública, debieran unir sus esfuerzos á los míos para pedir que se exhume á Rappaport y á su hija, que se manden comparecer testigos y que se comience otra vez formalmente la información que tan pronto se dió por terminada tiempo atrás.

El hombre enredado en estas ignominias rompe en unos pocos días la obra de santos religiosos. El comité boulangista le había entregado 113,000 francos para pagar sus artículos á favor del general; parecióle que no bastaban; con el desparpajo que le caracteriza, pone al general á sueldo, como un objeto deslucido, y lo endosa á Arturo Meyer, quien grita inmediatamente: «¡Abramos brecha!» y declara, en nombre del partido monárquico, que Boulanger era la única esperanza de la Francia.

Para admitir otra vez al redil á Eugenio Mayer, quisieron naturalmente los Radicales echar el bodegon por la ventana, y se le preguntó qué deseaba: «Mi venta bajará, respondió el camastrón, dejadme organizar un escándalo clerical.»

Todo el personal de la Seguridad estuvo á la disposición del director de la *Lanterne* y adivinase cómo iría todo. Ya conocéis á los hombres que manejan los fondos secretos. Uno de ellos es un hebreo avaro inventor del papelito encontrado en wagon, y que, según los mismos republicanos, organiza expediciones de descerrajadores de puertas en In-

glaterra, hace acogotar por matones á los escritores que le molestan; el otro es un ladrón de cartas.... Imagináos los escrúpulos que podrán sentir semejantes pilluelos.

No ignorais lo que era lo de los internos de la colonia penitenciaria de Citeaux: un montón de precoces malhechores enviados allá, sea después de una sentencia, sea en virtud de la voluntad paternal, manchados, tempranamente, en su mayor parte, por todos los libertinajes, iniciados desde la más tierna edad, en todos los vicios, muestras de todas las perversidades, hez de todas las corrupciones de ciudades populosas. Júzguese si sería fácil hallar, entre los más gangrenados, bribones muy satisfechos de perjudicar á sus dueños, mintiendo hasta por el gusto de mentir, gozosos por hallar ocasiones de decir suciedades.

Todo lo arrastró la inmundicia. A Citeaux siguió Brignais. Era Brignais una colonia penitenciaria que admiraba á cuantos la visitaban, «un palacio penitenciario» dice el inspector general Nivelles, que mil veces había tributado homenaje á las maravillas realizadas allí por los religiosos de san José.

Tuvo á lo menos el valor de no sonrojarse por decir la verdad y escribió al ministro del Interior:

Quizás se os diga, señor ministro, que yo soy un clerical endurecido citandoos Brignais y Citeaux como colonias modelos.

Puede darse este informe; contamos en Francia tantas personas que aclaman muy alto la República y que no son más que desechos; tantas personas débiles, miedosas, pequeñas, que temen comprometerse diciendo lo que piensan, que no puedo asombrarme de una insinuación que, en definitiva, es una señal de la *simpleza* que se infiltra en el espíritu francés.

En cuanto á mí, tomo el bien donde se encuentra, porque el bien es raro, muy raro. Aplaudo el bien sin preguntarle por su procedencia.

Siempre he considerado como la primera prerogativa de un ciudadano francés la de decir lo que piensa.

Yo cumplo doblemente mi deber, señor ministro, usando ampliamente con vos esta bella prerogativa del hombre libre. Acabáis de honrarme con vuestra confianza, y os doy las gracias por ello diciéndoos la verdad, sin temor de veros darle una interpretacion que le sea desfavorable.

No temo, por otra parte, las insinuaciones pérfidas de los débiles y simplones que se atreviesen á atacarme; porque un soplo de verdad les despojaría pronto de los oropeles que les cubren para presentarlos tales cuales son ignorantes desde luego, y sobre todo incapaces de servir á la República.

Diguaos recibir.

Firmado: el inspector general en comision especial,

NAVELLE.

¡No importa! Floquet tiene miedo y manda suprimir la colonia.

El sábado, 14 de julio, enviaba el siguiente telegrama, desde París, al prefecto del Ródano:

«Me apremia la comision de la Cámara que pide la supresion de la colonia de Brignais. Dadme vuestro parecer.»

La prefectura del Ródano contestó á Floquet con una carta laudatoria para la colonia, contra la cual no podía formularse ninguna queja.

La carta salía el lunes por la mañana, 16 de julio, y el lunes, por la tarde Floquet telegrafaba al prefecto que licenciara desde luego.

Quedaba destruida la obra á la que el P. Bancillon habia consagrado su vida: los muchachos de Brignais eran trasladados á una cárcel de Lyon; los de Citeaux huian, vagando por los caminos.

Poco á poco, sin embargo, tapándose las narices, comenzó á mirar entre las basuras de la *Lanterne*; y desevbriéronse en las mismas algunos excrementos judios El *Nowelliste* de Lyon hizo, no me atrevo á decir una brillan-

te campaña, porque no fuera exacta la palabra, tratándose de cosas infectas, sino una obra de salubridad pública á la que se le unieron algunos periódicos parisienses.

Súpose que uno de los acusadores de los Hermanos de Citeaux era el sobrino de un diputado del Ródano cuyo testimonio merecia crédito á buen seguro.

Este fulano nos dice el *O'servateur français*, de edad veinticinco años, fué llevado á la edad de quince años ante el Tribunal por robo. Absuelto por haber obrado sin discernimiento, decidió la autoridad judicial colocarle en una casa de correccion hasta los veinte años. Entraba pues, en Citeaux el 31 de diciembre de 1878.

En la colonia fué imposible emplearle en los talleres que él transformaba en gabinete de comodidades.

En 1883, época de su liberacion, no se le pudo devolver á su familia cuyo domicilio no pudo descubrirse; acabóse por saber la direccion de su madre inscrita en el registro de la policia de las costumbres.

A fin de sustraerlo de los amigos de su madre, se le guardó en Citeaux hasta mayo 18 6.

Los supuestos actos de brutalidad se reducian á una correccion merecida impuesta á ese foragido por un vigilante: un dia que, á pesar de las observaciones de sus camaradas, insistia en satisfacer sus necesidades en el taller, se le metió de narices en sus propios excrementos.

Además, todos se pusieron á visitar las letrinas. El juez de paz de Nuits, ciudad por otra parte indicada para semejante trabajo, interrogó á los niños y hé aqui cómo uno de los pilluelos interrogados daba cuenta á su padre del interrogatorio:

Hace unos ocho dias fui citado ante el juez de paz.

El motivo era para un auxiliar de Citeaux de quien no debi ra haberse sospechado jamás.

Despues de varias preguntas acerca de los antecedentes de

ese buen hombre, y despues de haberle dicho que yo nada sabia dijo al escribano:

—Escribid: "*Il ne sache pas*," (paseándose en el aposento.)
Il ne sache pas... esto no es buen francés: il ne sache pas...

En fin, despues de cinco minutos, viendo que todas sus investigaciones eran inútiles, yo le dije: "*Il ne sait pas!*" (No sabe.)

—*¡Ah si, esto es; escribano, escribid: il ne sait pas.*

El niño continuó:

Debo deciros que estoy en la enfermería desde algun tiempo por un abceso. Yo habia ido á los excusados (hay dos), un vigilante que estaba en el del lado sale dos ó tres minutos antes que yo. Yo salgo despues. El juez de paz, que se paseaba de uno á otro extremo del corredor, me llama y me dice:

—¿Quién es aquel hombre que acaba de salir de los excusados?

—Como yo no le habia visto, le contesté que no lo sabia.

—Pero debes saberlo.

—¿Cómo saberlo?

—Es que estaba contigo en los excusados.

—No, señor; además, si quereis acercaros vereis que hay dos excusados.

Se acerca, mira y dice: Está bien.

Aquella misma tarde me mandó comparecer otra vez.

De pronto, me pregunta cómo se hacia el vestuario; le contesto, y me pregunta.

—Cuando os cambiáis el traje, el pantalon, ¿os cambiáis delante de la Hermana?

—No, señor, hay un anden y nos ponemos detrás.

—¿Y no mira la Hermana, para ver lo que hacéis?

—No, señor, ¿Cómo podria mirar, si os digo que hay un anden y nos ponemos detrás? por otra parte, si quereis verlo, os acompañaré al vestuario y vereis lo que quereis saber.

—¡Oh! no; no vale la pena, ya me figuro como está... ahora, ¿No habeis estado nunca en el dormitorio de las Hermanas?

—Estuve en un dormitorio que estaba guardado por las Hermanas, cuando yo estaba en el asilo.

—Pero, ¿nunca visteis acostarse las Hermanas en su dormitorio?

—¡Oh! no señor, nadie va á ver donde duermen las Hermanas.

—Está bien; podeis retiraros.

Me ha parecido esto tan repugnante, añade el muchacho, que he querido escribirtelo, etc., etc.

Tu hijo, J. P....

«Hemos creído útil, dice el *Observateur français*, que cita esta carta, no cambiar nada de este documento, á pesar de ciertos pormenores asquerosos. Pero era necesario que la opinion pública pudiera apreciar los actos de los auxiliares del señor guarda sellos Ferrouillat.»

Comprendo esto perfectamente. Tened por cierto que no recrea escribir este capitulo, y muy á menudo, deja uno caer la pluma de la mano disgustado y se asoma á la ventana para ver algo verde en el extremo del horizonte y de azul celeste, pero es indispensable que se escriba el capitulo cueste lo que costare. Esta nota inmundada debe figurar en un libro de historia contemporanea; debo pintar la República tal cual es: excrementicia. He presentado al rey del día, Messire Luc, amo de los libreros y sacando de las estaciones las obras honradas; debo mostrarlo tomando posesion de la tribuna francesa como triunfador, esperando que entre como vencedor en la Academia.

Pleraque, dice Tácito, eorum quæ retuli quæque referam parva forsitan et levia memoratu videri, non nescius sum; sed nemo Annales nostros cum scriptura eorum contenderit qui veteres populi romani res composuere.

«No ignoro que la mayoría de los hechos que he referido ó que referiré aún parecerán muy pequeños, muy indignos de memoria, pero nadie se atreveria á comparar los libros que pintan la historia actual con los que pintan las bahañas del pueblo romano de la antigüedad.»

Opinamos lo mismo: prefeririamos referir algun noble

episodio de nuestros hermosos anales de antaño y no tener que mostrar la página maculada de materia fecal que los Radicales han añadido á tantas páginas gloriosas, pero, si faltase esta página, no sería completa nuestra pintura de la gente política.

¿Qué hacerle? es ley, al parecer; las naciones siguen la misma evolución que los seres y la infancia senil de un pueblo se ensucia como la primera infancia del hombre.

En efecto, esas basuras no han quedado enterradas en las columnas de un inmundo periódico judío; la izquierda radical, á fin de deshonrar algo más á Francia, ha querido llevar esta jarra al Parlamento, y hemos tenido lo que un diplomático extranjero, que me pedía noticias acerca del particular, llamaba: «La sesión de los anos.»

El 12 de julio de 1888, la Montaña parecía estar agitada. Todos se preguntaban si iba á salir de aquellas alturas, como en los días trágicos del 93, alguna insolente respuesta á las provocaciones de Europa, alguna proposición pidiendo una medida suprema por la salvación de la Patria.

Descendió un diputado de aquella Montaña. El hombre que nos ha dado á conocer un animoso periódico: la *Bourgeois*: tiene ojos de gato solapado y gris, voz apagada que se creería salida del sepulcro, una especie de cinturón de flanela alrededor del cuello, tísico en último grado, medio muerto físicamente, podrido del todo moralmente. Prefecto de Auxerre pasaba su vida vagabundeando en el boulevard en París; diputado, se apoya en un estado mayor de hombres deshonrados, divorciados y más ó menos quebrados.

Este era el legislador que se había encargado de reclamar, «en nombre de la moral pública» la supresión de todas las congregaciones con motivo de los supuestos escándalos de Cîteaux.

No olvidéis que se pedía á la Cámara que atentara contra los derechos de 60,000 ciudadanos franceses con motivo de hechos cuyo comienzo aún no se conocía, acerca de los cuales solo se tenía la afirmación de un judío de Colonia convencido públicamente de chantaje.

El único punto que parecía casi demostrado, es que un antiguo condenado por robo, corresponsal de Mayer y sobrino de un diputado, había hecho sus necesidades corporales en un rincón del taller donde trabajaba y que se le había impuesto corrección por ese desacato. Ya supongo yo que no se será muy mogigato que digamos en casa de Mayer; no obstante, si alguno se bajara los pantalones para desahogar su vientre en un ángulo de aquel salón hebraico, creo que parecería haberse excedido una miaja...

Mgr. Freppel estuvo muy acertado en esta discusión, refutó á René Laffon de lo lindo, probándole con la estadística en la mano, que la criminalidad era mucho mayor entre los maestros laicos que entre los congregacionistas (1).

(1) Hé aquí las cifras:

Años.	Laicos.	Congreg.
1867	23	2
1868	21	4
1869	19	6
1870	»	»
1871	»	»
1872	16	4
1873	19	6
1874	18	5
1875	18	7
1876	26	5
1877	23	3
1878	26	11
1879	22	5
1880	21	8
1881	16	6
	268	72

M. Pablo de Cassagnac fué muy aplaudido gritando á Sabatier que se entretenía y extendía agradablemente en estas ignominias: «Apresuráos; precisa ya salir de esas porquerías.»

M. Dugné de la Fauconnerie que, aquel día, estaba de guasa gritó con mucha razón: «Cuando uno piensa que el país nos paga 25 francos diarios para tener semejantes sesiones, verdaderamente que no se acuerda de su dinero.» (1)

De entre 73,906 laicos, 268 condenados forman una proporción de 33 por 10,000 en 13 años.

De entre 49,745 congregacionistas, 72 condenados forman una proporción de 13 por 10,000 en 13 años.—Cerca de 1 cada año por 10,000.

Tomo, dice Mgr. Freppel, la cifra de los profesores y maestros ya laicos ya congregacionistas, tal como se ha facilitado por las memorias de Instrucción pública publicadas en el *Diario oficial* desde el 15 de setiembre y 19 diciembre de 1879.

(1) Para ver distintamente la situación actual, debe mirarse el contra-registro. Todos los periódicos nos han dado el empleo del tiempo del Emperador Guillermo el mismo día en que la Cámara francesa discutía «la interpelación de los años.»

«A las cuatro y media de la mañana, salía el Emperador del palacio de Potsdam en traje de diario, y seguido de su edecán de servicio, fué al galope al cuartel de los húsares de la guardia, hizo dar la voz de alerta y mandó que todo el regimiento, en traje de campaña, se dirigiera al campo de Bornfeldt. Había partido ya un escuadrón para el ejercicio, y se mandó llamarle.

»Durante aquel tiempo, el emperador iba, siempre á galope, al cuartel de los cazadores de la guardia, al de los guardias de corps, al batallón de infantería de instrucción, y finalmente al cuerpo de guardia del castillo. En todas partes mandó ponerse en marcha. Continuó despues su camino, fué á despertar el primer regimiento de la guardia y dió una reprimenda formidable al cuerpo de guardia de la puerta de Brandeburgo porque en ella no había tambor.

»Mandó arrear al coronel. Cuando, siempre al galope y ante los pocos transeúntes que no comprendían nada del paseo del soberano, mandó dar el toque de botasilla en los cuarteles de los hulanos, fué á apostarse en la entrada del campo de Bornfeldt, para esperar, reloj en mano, la llegada de las tropas. Y mientras él se impacientaba, ocurrían en la ciudad las más asombrosas escenas: los oficiales que no estaban de servicio no se encontraban en sus casas; muchos de ellos estaban en Berlín, y no se sabía cómo organizar las columnas de marcha. En fin, á eso de las 7, las tropas se pusieron de cualquier modo en movimiento, y, á las dos horas y media de la señal de marcha, la guarnición estaba reunida.

A esta sesión le faltó un buen mozo, un antiguo militar que mezclara la broma de cuartel á las pornografías parlamentarias y subiera á la tribuna para decir gravemente: «Esta cuestión es de las más importantes efectivamente y comprendo que haya cautivado la atención de la Cámara tanto tiempo, es necesario á toda costa llegar á la verdad. Pido que M. René Laffont y los firmantes de su proposición vayan á meter su nariz en los sitios sospechosos á fin de que podamos fallar con conocimiento de causa.»

Así debe tratarse á esta clase de personas. De otra manera, se aprovechan de vuestra buena educación, del respeto que tenéis para los demás y para vosotros mismos para deshonrar cuanto es honesto.....

¡Qué hermosas contra-interpelaciones pudieran hacerse! ¿Por qué no se ha de pedir la supresión de los liceos de muchachas, donde el único ejercicio que se practica á fondo es el salto de Leucade inmortalizado por Safo?

¡Qué elementos para un chistoso discurso no hay en ese artículo del *Clairon du Lot* jamás desmentido y que nos inicia en las costumbres de la Escuela superior de muchachas del Saint-Céré (Lot)!

1.º ¿Es verdad.

. ?

2.º ¿Es verdad que, durante varias noches, los gendarmes han estado obligados á montar la guardia en los alrededores de la Escuela superior de muchachas? ¿Era acaso para dete-

Mientras tanto, por teléfono, se había dado orden á la guarnición de Spandau que se pusiera en camino, y, hasta las siete y media de la tarde, las dos guarniciones maniobraron á las órdenes de Guillermo, que estuvo catorce horas á caballo.®

Confesad que esto es más propio y más tranquilizador sobre todo para una nación, que no el discutir cuanto alcanza la vista acerca de lo que pudo ocurrir en cuartos excusados.

ner, como en Argel, una invasión de langostas que amenazaban devorar á los tiernos vástagos de la educación laica y obligatoria?

3.º ¿Es verdad que, cierta tarde, las jóvenes pensionistas hicieron, en el jardín de dicha escuela, un inmenso fuego artificial, á cuyo rededor bailaron una desenfrenada zarabanda, cantando este estribillo de actualidad, en el que la amenidad del fondo solo se iguala con la elegancia de la forma:

Oh! oh! oh!
Ces b...gresses
De sous-maitresses
F...tons-les à Fean.
Oh! oh! oh!...

4.º ¿Es verdad que las madres de algunas ayudantas, espantadas por esas amenazas feroces y creídas de que los días de sus hijas corrían serio peligro, han ido — ¡ó heroísmo del amor maternal! — á hacerles un baluarte con su cuerpo, dispuestas á morir, si era preciso, con sus amadas hijas?

5.º ¿Es verdad que el señor juez de paz se ha visto obligado, por dos veces, á trasladarse de oficio á los locales escolares por ver de calmar á los jóvenes y bullidores ánimos? ¿Ha sido más afortunado que los inspectores de quienes hablábamos días atrás, y no se ha retirado, como ellos, en dobla? (1)

(1) Una carta dirigida al *Clairon du Lot* y reproducida por el *Univers* con fecha de 27 de julio de 1888, nos da también un croquis bastante lúcido de las jóvenes estudiantes republicanas yendo de viaje.

«Algunos meses antes, unas aspirantes á la bolsa de esta Escuela fueron á Cahors para sufrir su examen. De las estaciones del carril que atravesaron nos llega un eco de los más fieles de la educación demasiado libre con que quisieron edificar nos las mozucllas.

«Al partir, cada una de ellas había tenido cuidado de proveerse de una vejiga repleta de tabaco; su objeto muy natural era recrear sus ocios envolviendo artísticamente cigarrillos que fumaban sin pestañear. Vefase claro que no eran los primeros que fumaban y hubiérase dicho que el cigarrillo entraba por algo en el programa de su examen.

«En Cahors fueron al café; el cuarto de una fonda es demasiado monótono, y, además, ¿qué hacer allí sino dormir? En el café, las horas son más cortas y las distracciones más variadas. La vejiga se llevó todos los honores de la velada; el humo subía espeso hasta el techo; hubiérase dicho que era un fumadero donde habían tenido entrada un regimiento de tropa, y, á no ser por un caballero algo distinguido, los boulevares hubieran tenido también los honores del cigarrillo.

6.º ¿Es verdad que esas señoritas en sus horas de recreo simulan matrimonios más ó menos... civiles, en los que algunas de ellas figuran revestidas de disfraces masculinos?

7.º ¿Es verdad que estas ceremonias carnavalescas van acompañadas de espantosas cencerradas, que los vecinos no han podido hacer cesar sino acudiendo á la intervencion de M. Rougié, nuestro valeroso y simpático agente de policía?

8.º Es verdad que durante sus paseos
En los prados floridos
Que riega el Bave,

estas púdicas jóvenes delinean, ante la benévola mirada de la Señorita directora, las cabriolas más arriesgadas—mostrando de este modo á los transeuntes estupefactos su valor de equilibristas?

9.º ¿Es verdad que de tres semanas acá, se han suspendido los cursos de la Escuela superior y reemplazado por salvajes sinfonías, cantadas á coro por las alumnas y compuestas de gritos de animales, de injurias innobles dirigidas á las ayudantas, de grotescas publicaciones de matrimonio, etc., etc.?

10.º ¿Es verdad que á consecuencia de estas manifestaciones y de los alborotos que, naturalmente, las habían completado, les ha sucedido varias veces á las ayudantas salir de clase hechas una lástima y privadas del elegante apéndice que ostentan, como una joroba colosal, en su trasero, nuestras damas?

11.º ¿Es verdad que los padres, en vista de semejantes desórdenes, comienzan á retirar sus hijas de una escuela donde aprendían... tantas cosas? ¿Es verdad que se han ido ya, para no volver, veinte alumnas y que á estas horas son ya más las idas?

Uno se pregunta verdaderamente en que orden de ideas quedan confinados los diputados de la derecha cuando se ve que no ejercen represalias contra las injurias sin nombre que la izquierda prodiga á religiosos. ®

«Asegúrase, quizás sin razón, que en la estación de Vers, las jóvenes atormentadas no quisieron quedar atrás de un matrimonio que cantaba desgañitándose. Sus voces femeninas se hacían oír, y las canciones livianas acabaron con la monotonía del viaje.

«¡Esta es vuestra obra, republicanos!»

Nuestros diputados no debieran hacer más que abrir un pequeño periódico que merece ser más conocido: la *Reforma universitaria*, donde encontrarían infinidad de hechos auténticos, todos más odiosos, más grotescos unos que otros que les permitirían aclarar con luz instructiva lo que pasa en los colegios y los liceos del Estado.

Sabido es que vivo bastante retirado, pero á pesar de esto he recibido las más asombrosas confidencias sobre la materia. Recuerdo dos jóvenes amables, amigos de la Universidad, que trabajan animosamente para la agregación, é iniciándome en la vida íntima de un liceo de provincia. De cuanto han visto tratarán en un excelente libro actualmente en prensa: *Un Liceo de provincia bajo la tercera república* — una obra animada, buena, que no lo dirá todo, pero que permitirá adivinarlo todo.

Hay un drama doloroso en el espectáculo de esos jóvenes, sino castos, puros á lo menos de las manchas del libertinaje, que creen en su cargo de educadores, que esperaban en la juventud para realzar la Francia, pero que están obligados á oír desde su aposento, sin intervenir, las escenas que pasan en el dormitorio de los mayores.

Está prohibido castigar por ningún concepto. El director es un tipo particular; su existencia está envenenada por el temor perpétuo de ver desaparecer sus últimos alumnos é ir á reñirse á los demás en los establecimientos libres. Para retardar la catástrofe, lo sufre todo, se presta á todo; disculpa á los alumnos que compusieron canciones indecentes contra él; para evitar á los más indóciles y á los más rezagados que esten detenidos en castigo, les libra por exenciones como esta que es textual: «Exención al alumno X..... por no haber tenido la escarlatina.»

A este director añadid unos profesores como aquel á quien retiraban borracho de la calle ó como el profesor de

retórica que leía el *Demi-Monde* á sus alumnos y les contaba su noche de boda, y tendreis la idea de una sociedad estrambótica y cenagosa absolutamente admirable. ¿Me acusáis de exageración? ¿No me creéis más de lo que me hubiéseis creído si antes del asunto Wilson, os hubiese mostrado el interior del Eliseo tal como era? ¡Qué importa! Sé lo que digo y hasta lo que no digo (1).

Sería necesario cojer uno á uno á los miembros de la izquierda que votaron la urgencia de la proposición René Lafon y pasar por el tamiz las virtudes de esos hombres tan poco indulgentes para los demás.

Este estudio alargaría desmedidamente las proporciones

(1) La *Reforma universitaria* ha revelado innumerables escándalos, sin que los ministros de Instrucción pública, los Barthélot y los Goblet se hayan jamás inquietado por ello.

Los republicanos que se ocuparon de Citeaux valdría más que se informaran de lo que pasa en los asilos de sordo-mudos.

«Hemos dado cuenta, dice el *Salut public* del mes de agosto de 1888, de las ineptas hazañas del ciudadano Mettenet, oficial de Academia, Republicano de primera fuerza, Francmason y director del establecimiento muy laico de sordo-mudos de Navenne, cerca de Vesoul.

«El ciudadano Mettenet, que, no obstante su edad, ha conquistado celebridad pornográfica, acaba de ser juzgado por atentado contra el pudor.

«No queremos insistir más de lo necesario acerca de los pormenores de ese mal negocio, que escandalizaron á los mismos jurados del Alto-Saona.

«Digamos solamente que el ciudadano Mettenet era acusado de haber cometido, en Navenne, en agosto y setiembre de 1887, en todo caso desde menos de diez años, uno ó varios atentados contra el pudor consumados ó intentados sin violencia en la persona de una niña, de trece años de edad, con la circunstancia agravante de ser en aquella época director del establecimiento donde estaba colocada la niña. Era pues responsable del crimen previsto por los artículos 381, 333 del Código penal.

«Los antecedentes de ese sátiro republicano son lastimosos.

«Los testigos, un maestro, una maestra y la misma víctima refieren las abominaciones cometidas por Mettenet.

«Declarado este responsable, es condenado á un año de cárcel, después del cual podrá sin duda comenzar otra vez el curso de sus hazañas, fabricar escándalos antirreligiosos que se hará pagar muy caros por la *Lanterne* ó figurar mejor en la categoría de honor en los conciliabulos de los III. . . tres puntos.»

de este libro, y me contentaré con escoger uno ó dos modelos, al acaso.

Jorge Laguerre vale la pena de algunas pinceladas.

Ya conocéis al personaje: un sér huesoso, desmadejado, cara de hoja de navaja, llena de manchas molestas.

Es el tipo del abogado franc-mason, un correccalles amigo de frecuentar malos parajes, un truhan tabernario que anda continuamente con un expediente en un brazo y una maruja en el otro.

Jóven todavía, ha hecho ya traicion á casi tantos partidos como los restos viejos de todos los gobiernos que, en los escaños de la Cámara de los Pares ó del Senado, se recordaban entre sí, con groseras burlas, que habian servido quince regimenes. Aquel á quien los telegramas de Boulanger designan con el nombre de «monaguillo de coro» edificó primeramente á los miembros de la conferencia de San Vicente de Paul incapaces de adivinar la profunda hipocresía del personaje: oró, comulgó, ayunó. Después se convirtió al Thierismo y asombró por su servilismo al anciano á quien debia llamar «degollador de París.»

Reinach se encargó de pintarnos á ese intratable radical en unas cuantas líneas inspiradas.

¡Degollador de París, M. Thiers! exclama Reinach en la *República francesa*. Con qué, Laguerre, ¿ya olvidásteis que el 3 de setiembre de 1878, aniversario de M. Thiers, en Nuestra Señora, eraís uno “de los encargados á quienes la señora de Thiers—cito textualmente lo dicho por la *República francesa*—á quienes la señora Thiers habia confiado el cuidado de recibir en su nombre y colocar según su categoría á los innumerables amigos de su marido?.” Y la *República* añadia: “Creemos deber citar aquí los nombres de esos jóvenes, son: los S. S. Ed. Teisserenc de Bort, Linol, Violet, Salomon Reinach, Liévin, Eychenne, Sarchi, Richtemberger, *Laguerre*, Grandjean...”

Y luego ¿olvidásteis, Laguerre, el 3 de agosto de 1879, inau-

guracion de la estatua del libertador del territorio en Nancy? Vos estabais allí, aquel dia (y yo tambien); pero no e tábais allí como simple y modesto admirador del gran patriota, sino como delegado, deciais, de la juventud francesa de las Escuelas.—Más aún, ¿olvidásteis ya vuestra primera conferencia en Montmartre? aquella conferencia en que, bajo la presidencia de Clemenceau, hicisteis tan bello elogio de Thiers que el salon se puso agitado y Clemenceau, que ya no era demagogo á medias, tuvo que pasar la pena negra para sacaros á flote? Con que Laguerre, ¿cómo se os han podido borrar todos estos recuerdos, para que deshonreis con tanta elocuencia “á los degolladores de París?,”

Todos saben las venenosas calumnias con que el pícaro, en el momento de la persecucion, se desató contra la Iglesia cuya proteccion habia mendigado, cuando la creia influyente y poderosa.

Nada hay en esto de las blasfemias del obrero engañado, extraviado, pero de buena fe, y á quien se compadece en vez de acusarle. El ultraje á las conciencias cristianas es aquí un trampolin electoral.

Para recobrar Laguerre el apoyo de las Logias, que desconfiaban algo de él, no retrocede ante ningun medio. Con Constans, organiza la vergonzosa exhibicion verificada en un restaurant del Bosque de Boloña el 27 de junio de 1885 y en la que se deshonró hasta á la infancia. Pobres niños, alquilados al efecto, figuraban en aquellas Saturnales cubiertas con velos de muselina blanca llevando en letras amarillas (el amarillo es el color judío) inscripciones diferentes; en una de las cuales se leía la palabra: *Fanatismo*; en otra *Ignorancia*; en otra *Miseria*, y se quitaban los velos, cuando se habia suficientemente insultado á la Iglesia en los discursos.

Tambien Laguerre, asociado á los judíos de la *Lanterne*, arrojó contra el sacerdote Roussel las innobles acusaciones sin ningun fundamento, arrastró por el lodo al desgraciado

ministro de Dios, culpable solamente de haber sido harto confiado y demasiado generoso para con una criatura indigna de compasion.

No se han olvidado aún los pasquines voceados al través de París, los inmundos grabados ante los que se detenían niñas de cinco años, el desbordé verdaderamente extraordinario de mentiras y calumnias.

Entre el público, algunas personas, hasta sin ser en su interior hostiles á la Iglesia, decían: «Todo esto es muy excesivo, pero ¿cómo ha de ser? el sacerdote ha sido imprudente y un marido irreprochable como Laguerre, un padre de familia que tiene el culto de su hogar, el amor de sus hijos, el respeto de su mujer, tiene el derecho de ser severo.»

Así pues fué grande el asombro al saberse que ese hombre, tan riguroso para otros, era un simple polizonte, pero un polizonte de la especie más abyecta y más baja.

Esposo, como Clemenceau, de una mujer irreprochable, padre de dos encantadoras niñas, aquel hombre lo había abandonado todo para ir á vivir con una prostituta.

La madre de esta comedianta poco austera había tenido algunos años antes unos quince días de celebridad. Sustituía á una amiga á quien el conde de Viel-Castel había dejado sus Memorias, y, acompañada del fantasma de Viel-Castel, presentábase en todas partes, diciendo á los hombres sensibles: «Ya lo veis, tengo la opinion de la Posteridad acerca de vosotros en mi esportillo y no dudo que os impondreis algun pequeño sacrificio para que esa opinion no os sea desfavorable.»

Así se vió requerido uno de los grandes escritores de entonces y se contentó con responderle: «He escrito mucho y no hay duda que los hombres juzgarán de distintas maneras acerca de mis obras; pero, la Posteridad, tenedlo por

cierto, no mirará en vuestro esportillo de madre de actriz.»

La desercion del hogar doméstico por el contrabandista de la casa se efectuó en condiciones particularmente viles, acerca de todo lo cual tengo los pormenores más exactos y circunstanciados: hay en ello toda una novela parisien.

Habiase casado Laguerre con su prima. La madre de nuestro diputado era una mujer de mucho mérito y firmísimo carácter; luego que supo que se trataba del tal matrimonio, fué á encontrar á la señorita Marta Laguerre y le dijo: «Hija mia, yo te vi nacer, te estimo tanto como te amo; una madre no tiene el derecho de decir mal de su hijo, pero, créeme, conozco á Jorge: te hará horriblemente desgraciada; no te cases con él.»

Un hombre de moralidad muy ordinaria, en el puesto de Laguerre, habriase dicho: «A fé mia, tiene razon mi madre, me gusta el placer; no quiero echar á perder una existencia, no pensemos más en ese matrimonio.»

Por razones de orden más elevado, muchos de nuestros artistas, escritores, han desechado como un delirio un proyecto acariciado un momento. Habian estado inspirados un día en que estaban bien dispuestos, habian estado elocuentes: una jóven, arrebatada, les había dado oídos. «¡Aquí estaría la felicidad!» había pensado el artista ó el escritor; despues había reflexionado: La lucha me tienta, llenaria de desórden esta existencia femenina; no molestemos á nadie; me contentaré, como en el soneto de Arvers, con saludar desde léjos, cuando la que hubiera podido ser mi compañera.

Passera mère heurense au bras d'un autre époux.

No conocéis á los Fracmasones; es preciso que manchen, que empuerquen, que babeen. Dióse Laguerre por ofendido, hizose amar de la jóven, casóse con ella, y cuando la hubo

hecho madre de dos hijos, la abandonó por la cómica de la legua....

Nada le faltó á lo odioso de esta separacion. Llevóse Laguerre, para entregarlo á su querida, hasta la plata dada como regalo de boda á los recién casados.....

Esto excede las proporciones de un retrato individual; es la pintura de un tipo de la vida moderna. Ese cinismo completo, ese desprecio de la mujer, ese libertinaje en manumitirse de todo lo que obliga á un hombre son propios de los politicones de la Clase media.

He visto interioridades de jóvenes obreros socialistas y su nivel es infinitamente más elevado. «Fulano hace á su mujer desgraciada,» si esta acusacion queda justificada, basta para hacer excluir de ciertos grupos socialistas.

Recuerdo una interioridad de este género. Era muy encantadora: volviendo del taller, el joven obrero pasaba parte de las noches instruyéndose, leyendo, escribiendo. La mujer, una hermosa morena, alta y esbelta, trabajaba á su lado, y veíanse confundidos libros al lado del maniquí y de la labor. Los dos se habian prendado de la *France juive*; quisieron de todos modos que yo comiera con ellos, y, á fe mía, raras veces he visto comida más cordial y más placentera.

Estoy á completa satisfaccion con franceses y francesas como esos. No insultan mis opiniones, y no insulto yo las suyas. Mi huésped me ha enviado apuntes acerca de los obreros que utilizaré en un próximo, libro, siempre si Dios me da vida: *Deo volente*, como nunca dejaba de decir Víctor Hugo. He preguntado á un viejo revolucionario, que ama mucho á ese joven; sinó fuera posible ofrecer alguna retribucion por dichos apuntes: «No hagais tal, disgustaríais realmente á mi amigo.» Solo me atreví á enviar algunas

hermosas flores á la hermosa mujer que tan amablemente me habia acogido.

Lo mismo da. Al tomar el café, no pude prescindir de decir á mi huésped: «Sois personas de corazon; teneis ideas que son más ó menos cuestionables, pero que defendeis muy bien, ¿cómo demonios escojeis para diputados á desperdicios de la Clase media, abogados ambiciosos y corrompidos, como Ferry antes, como Laguerre ahora, que se sirven de vosotros como de escabel y que os fusilarán tan tranquilos cuando se les presente ocasion?»

—Las intrigas de la Masonería, la omnipotencia de la Prensa á las órdenes de la Judería....

Hé aquí todas las respuestas que he podido obtener.

Volvamos á nuestro Laguerre. Cuando debió incoarse la causa de divorcio, sintieron algunos cierta alegría. Los periodistas conservadores que tienen alguna sangre, se dijeron: «Aquí tenemos un prójimo que, diez años há, arrastra por el lodo todo lo que nosotros respetamos, ahora cantaremos claro lo que es él.» Pensaron en el grito de los jefes de la Vendée en el momento del ataque: «¡Animo, muchachos, alegraos!»

A pesar de esto, ni un solo periódico conservador soltó una palabra del asunto Laguerre. Cobarde este hombre como todos sus compadres, tan insolente para con los pobres sacerdotes, hizo las más humildes diligencias para que no se hablara de su causa; arrastróse á los piés de M. Pablo de Cassagnac, quien, demasiado bueno, suplicó al cronista judicial de la *Autorité* que se callara; fatigó á fuerza de súplicas á los redactores encargados de las noticias judiciales; á unos le imploraba, á otros se atrevía casi á amenazar. «Si alguno habla de mi causa, le mataré» decia.

—¿Le matarás?

Vamos á ver.....

El *Univers*, imperturbable, camina siempre cuando nadie se mueve. Dió noticia del asunto y citó uno de los interesantes documentos que figuraba en el expediente, una carta dulce de la Señorita X.... que convidaba á cenar á su elegante amigo y diciéndole: «Sobretudo, ven con Granet! ¡Es tan divertido!»

Podía Granet ser divertido, caso de ser el día aquel en que creyó haber realizado el negocio de los teléfonos con Cornelio Herz, ó el día también en que renovó por seis años, por su autoridad privada, sin haber acudido á ninguna adjudicación, un trato cerrado con una Sociedad de provisiones militares para los efectos de vestuario necesarios á todos los carteros y agentes de correos y telégrafos de toda Francia: 40,000 ó 50,000 hombres que vestir y sostener (1).

Un hombre que ha renovado un contrato como ese por la mañana, en condiciones acerca de las cuales me permitirá Salis que no insista, puede traer, á una casa de actrices, la alegría que tanto gustaba á Roma.

Dans ces joyeux festins d'où s'exilait la gêne,
Où Paustère Sénèque, en louant Diogène,
Buvait le Falerne dans l'or.

El día siguiente de haberse tratado de la causa de Laguerre en el *Univers*, un redactor del periódico recibía una carta que comenzaba así:

(1) Según el convenio ajustado en 1881 podía el contrato durar seis ó doce años. Seis meses antes de terminar el primer período de seis años, es decir en junio de 1887 tenía el ministro el derecho de rescindir el contrato para el 31 de diciembre 1887; podía, debía en todo caso, antes de renovar á la callada, informarse de si encontraría condiciones más favorables.

Véase en el *Matin* del 5 de julio de 1887 la carta de un provisionista militar acerca de esto.

El general de Frescheville me había dicho que la comision de informe debía ocuparse en esto, pero creo que todo se fué en humo.

«Mi querido amigo, os ruego que no se diga en el *Univers* ni una sola palabra más del asunto Laguerre.»

¿Quién firmaba aquella carta?

—¡El conde Alberto de Mun!....

Esto os permite á las mil maravillas daros cuenta de la situación y os explica que seamos vencidos previamente.

El Francmason insulta á nuestros sacerdotes, lucha á mansalva; ofende á los demás y él está seguro de no ser jamás ofendido; está por encima del pacto social.

El pacto social, en cambio de ciertas garantías, impone ciertos deberes; el hombre ligado por ese pacto se abstiene de todo cuanto pudiera ofender, contristar, escandalizar á su prójimo, y, por justa reciprocidad, el prójimo se abstiene también de todo cuanto pudiera ofender, contristar, escandalizar al que se molesta por él.

Diariamente se reproduce el hecho. Antes de contar un accidente conyugal desagradable miramos en torno nuestro por si hay en el auditorio algun marido recientemente burlado á quien pudiera revivirle sus amarguras nuestro cuento. Antes de pronunciar una simple frase, examinamos si puede traer dolorosos recuerdos á alguien, por aquello de no mentar la sogá en casa del ahogado. Cuando me siento á una mesa donde hay varias personas, procuro siempre informarme en voz baja de si hay Semitas allí. Aun despues de conocidos ya todos los comensales, se lleva el escrúpulo hasta averiguar que nadie pudiera apesadumbrarse ni indirectamente siquiera, y solo cuando se tiene la seguridad fundada, se dice: «no los hay, adelante.»

Este es el pacto social.

El Anarquista, relativamente honrado y sincero, denuncia francamente el pacto, declara que no lo admite ya y que so-

lo reconoce la autonomía individual. Cada cual haga lo que quiera.....

El Francmason engañoso, rastrero y cauteloso, se porta de distinta manera; no observa el punto social para con los demás, pero quiere beneficiarlo cuando se trata de sí mismo. Dice á los conservadores: «Yo y mis amigos hemos desacreditado á vuestros sacerdotes que eran absolutamente inocentes, pero esto complacia á nuestros electores; hemos aprovechado las oportunidades para corromper á la infancia presentándole á la vista grabados obscenos. Hoy me está pasando un caso desagradable; he abandonado á mi mujer por una gorróna; no quiero que se hable de esto, y como sois personas bien educadas, cuento con vosotros para practicar las diligencias necesarias á fin de que no se me moleste en nada.»

Los conservadores se quitan el sombrero y contestan:

—Perfectamente, mi querido Laguerre, contad con nosotros, vamos á imponer silencio á nuestros periódicos.

—Muy bien, dice el Francmason á los católicos. Me la pagareis así que pueda y os trataré de Sodomitas.....

Es absolutamente insensato luchar en estas condiciones. Los soldados del Mahdí que solo tenían palos exterminaron á los soldados ingleses armados con excelentes Martini y solo dejaron escapar tres hombres para contar lo sucedido. El valor, la fe, la voluntaad de morir suplen por todo, pero el éxito del combate hubiese sido diferente si, al ir á embestir á sus adversarios hubiese dicho el Mahdí á sus fieles: «No moverse, y dejáos matar tranquilamente.»

Hemos visto uno de los que votaron la urgencia de la proposición René Laffon «en nombre de la moralidad pública» y quisierais todavía ver otro.....

O vous, dont l'œil étincelle
Pour entendre une histoire encor,

Approchez, je vous dirai celle
De dona Padilla del Flor.

Aquí es necesario remover alguna tierra, como lo encargaba Tottleben, y rodearnos de algunos gaviones: luego explicaré por qué.

No necesito deciros que si el pornográfico co-votante de Rene Laffon viniese á preguntarme si es él á quien quise designar, me apresuraria á contestar: «Sí.» Delante del jurado obraría probablemente del mismo modo; pero delante de un presidente de tribunal correccional, no vacitaria en responder: «Juez mio, ignoro que quereis decir, soy inocente como un recién nacido; los trabajos á que me dedico me han quitado la poca inteligencia que tenía y pido que me trateis con igual indulgencia que á Erlanger.»

Nuestro Radical es un extranjero como debe serlo todo perfecto Radical, sin que pueda haber la menor duda acerca de ese origen extranjero afirmado por documentos auténticos. Naturalmente, á él confió el gobierno de la Defensa nacional uno de los cargos más importantes cuando fué preciso defender una Patria que no era la suya; él tuvo en su poder el secreto de nuestras operaciones desde las resoluciones más importantes hasta los más insignificantes movimientos de tropa.

A los franceses les parece esto muy sencillo; se les trata como á perros en su país; entre 38 millones de franceses se escoge un extranjero para darle uno de los puestos más delicados en el momento de la invasión; opinan de igual modo y dicen: «¡Muy bien hecho!»

Nuestro hombre robó á más y mejor, y luego que se trató de una información acerca de los actos del gobierno de la Defensa nacional, juzgó conveniente renunciar momentáneamente á la vida pública y desaparecer completamente.

Fué más allá de San Sebastian y se refugió en países cálidos; allí ejerció toda clase de oficios, fué empresario de circo, director de teatro, compositor de cantatas para soberanos y hasta sirvió, alguna que otra vez, de lavandero literario á Mme. Ratazzi.

Poco menos que completamente iliterato él mismo, el representante actual del pueblo francés no podía bastar personalmente á estas múltiples tareas y explotaba á un pobre diablo, muy honrado, muy laborioso, á quien obligaba á trabajar como un negro por una exigua paga.

No obstante, un día se rebeló el secretario y rehusó asociarse á la empresa vergonzosa que le proponía el celador actual de la moral pública.

El miembro de la izquierda habia explicado, sin circunloquios, cual era su proyecto (1):

Pude observar á menudo, escribía, en mi juventud con que avidez las loretas ricamente mantenidas y los hombres de cierta sociedad buscaban los libros obscenos en el género de la *Justina* del marqués de Sade y otros.

He visto pagar estos libros hasta á 500 francos y no lo he comprendido, vista la estupidez de los pormenores y la nulidad de la intriga y del estilo.

No obstante el gusto existe y existirá siempre. El otro día un Brasileño compró aquí para su querida un libraco por el que no hubiese dado yo diez sueldos y él lo pagó en 400 francos.

Hace ya tiempo, habia pensado yo en escribir la *Historia de un Hermafrodita*, pero sin el menor velo, desnudo del todo, lo más licencioso que hay, pero con enredo, estilo y talento: hacer una obra maestra del género.

Agregarse, además, un pintor de talento que dibujara unos veinte asuntos acerca de los capítulos más... curiosos. De estos haríamos cromolitografías para cada tomo.

(1) Copia de una carta de M. Z.... á M. X.... Entregué el original á su autor el 9 de diciembre de 1885.

Firmado: Viuda X....

El negocio comercial consistiria en hacer 1.000 ejemplares en 4.º con los dibujos grandes y 3.000 ejemplares en edicion de bolsillo con grabados finos.

El tomo en 4.º se venderia fácilmente á 1000 francos. 1.000.000.

El de bolsillo á 250 francos. 750.000.

Doy 20 por 100 de comision á los diferentes individuos que lo coloquen en Francia, Inglaterra, España.

Quedará, pues, una cantidad de 1.400.000 francos que tardará quizás dos años en ingresar, pero que ingresará de seguro si la obra está bien hecha, tiene talento... y lo demás.

Me direis que la dificultad está en hallar un impresor. Solo debo responder que uno mismo debe ser el impresor y tener los menos posibles confidentes.

Esto es difícil, pero no imposible.

¿Cuál es vuestra opinion?

Solo en París colocariamos más de la mitad, como en Londres.

No podria hacerse el *Hermafrodita* sino estando juntos los dos; por correspondencia, es enteramente imposible.

El literato murió, como mueren tantos pobres franceses que trabajan para el extranjero, desilusionado, casi sin recursos. Dejaba una viuda y un hijo.

Toda la Francia habló del hijo. Glorioso mártir de la ciencia, sacrificó voluntariamente su vida para salvar la de los demás y el nombre de una calle de París dado al jóven sabio recuerda una de las nobles acciones de esta época.

La viuda vivia sola aun en tiempo de su hijo; ocupaba antes un destino bastante importante en la enseñanza, pero se la sacó, como se saca poco á poco todo lo que no es de origen aleman ó judío; á pesar de su repugnancia, se dirigió á nuestro virtuoso republicano, y le prometió pagarle cuanto debia á su marido. «A propósito, dice él, si teneis cierta carta, devolvédmela.» La viuda devolvió la carta, apoderóse de ella el diputado y en adelante dió con la puerta á las narices de la pobre solicitante.

En vano se dirigió la Señora X... á todos; en vano escri-

bió á Gragnon: «Necesito vivir, concededme á lo menos la autorizaci6n para instalar una parada ambulante en la calle que lleva el nombre de mi hijo.» En la prefectura de Policiá se rien aun de aquella carta.....

Creo, no obstante, que se le concedió un corto socorro después de un artículo muy elocuente y muy conmovedor publicado en el *Figaro* y en el cual se recordaban las condiciones en que habia muerto el jóven sabio víctima de su abnegacion.

Ya os formais cargo ahora del terreno, y comprendéis por qué os decia que era necesario esta vez asegurarme con algunos gaviones.

Si nuestro hombre tuviese el valor de confesar la carta, si declarara que *Justina* debe en adelante formar parte de los libros escolares, llevarante en triunfo los republicanos y todos los grupos de la izquierda, reunidos en junta general lo aclamarían por presidente.

Es posible no obstante que no tenga tanto valor y que niegue la carta, cuyo original han visto diez personas, pero todo el mundo es cobarde en nuestra época, y esas personas tendrán miedo, y no se atreverán á declarar.

Figuráos ante un tribunal á la honrada mujer de cabellos blancos que tan á menudo ha venido á contarme sus dolores. La vida ha pesado cruelmente sobre ella y, pobre anciana, asmática, á fuerza quizás de haber subido las escaleras de ministerio, quedaria pronto sofocada á la primera intemperancia del presidente. En el proceso Mayer, no pudo Barthelon intimidar á hombres como Alberto Duroy y Alfonso Daudet, pero á lo menos consiguió impedir que hablaran. Dijoles: «Callaos!» ¿Qué quereis responder á esto? No podeis razonablemente exponeros á dos años de cárcel obstinándoos en ilustrar la conciencia de un magistrado, cuando sabeis, indudablemente, que el magistrado no sabe siquiera lo que es conciencia.....

Desde aquí ois á Ranc que fué en el gobierno de la Defensa nacional el colaborador y el admirador de *Justina*, exclamar: «¿Es posible calumniar la camarilla de Gambetta, atacar á uno de sus fieles auxiliares, á un hombre tan íntegro, de conducta tan pura, cuyo corazon jamás ha latido sino por la República cuyo culto no separaba del mismo culto de la Patria?»

Con mis gaviones me encuentro en una posicion excepcionalmente favorable. Hago la mamola á Ranc á quien ofrezco decirle al oido el nombre del émulo del divino marqués y me atengo, ante mis jueces, á mi primer sistema. Hasta añadiré, que desde el 2 de diciembre no me va bien; en aquella época tenia yo siete años y aquel acontecimiento me perturbó de tal manera que mi crecimiento se retrasó y que solo seria justicia otorgarme una pension de víctima...

Tocante á los que me conocen, que saben con qué cuidado me informo, no tienen la menor duda acerca de lo que escribo (1) y juzgarán que esta página de psicologia republicana tiene su interés y que aclara perfectamente la igno-

(1) Véase, por lo demás, la carta que certifica absolutamente la verdad de lo que digo:

París 15 Setiembre 1887.

«Caballero:

«Ayer estaba en el campo y no pude enviaros inmediatamente la copia que me pedís, y que va adjunta.

«No creo faltar á un deber comunicando la copia de una carta cuyo original, desgraciadamente, entregué á su autor.

«Tan mal se ha portado conmigo este hombre; ha sido tan ingrato, tan olvidadizo de los compromisos reiterados á menudo y en último lugar en el lecho de muerte del pobre M. X...., que me parece de toda justicia darle á conocer y revelar qué clase de hombres son los servidores de la República.

«Todo cuanto tengo está á vuestra disposicion y os recordaré que la carta de los *fantoches* tiene tambien su valor.

«Dignaos aceptar, caballero, la seguridad de mi agradecimiento que tengo por la benevolencia que me habeis demostrado.

«Viuda X....»

minia de los Radicales que se atreven á hablar de moralidad pública cuando ellos mismos son la más perfecta muestra de la inmoralidad privada.

Los jóvenes que hayan comenzado á pensar por sí mismos, encuentren más quizás en esto: encontrarán ocasión de reflexionar, luz arrojada sobre esas *terrae incognitae* de la historia contemporánea que no descubrimos sino al través de las fantasmagorías y de las charlatanerías, que sospechamos más, como en el mar se sospecha la costa según las formas de la niebla. Muy sorprendente es, asimismo, que durante la guerra no hayamos podido hacer un movimiento sin estar prevenido el enemigo, y, sin conceder demasiado á la conjetura, parece que no se puede contar gran cosa con el sentido moral, con la incorruptibilidad de personas que, en pleno vigor de la edad, después de haber desempeñado un papel muy importante, redactan tranquilamente el presupuesto de una publicación obscena....

A pesar de las indignaciones del vocinglero Salis y del no menos vocinglero Jamais, añado que no es extremar mucho el método inductivo suponer que, en la comisión del presupuesto, un hombre que ha ideado procurarse recursos con una imitación de Justina no debe mostrarse muy reacio ante un ofrecimiento de cien mil francos hecho por un abastecedor militar.

Ya comprendéis que no insista más. El juez me condenaría implacablemente, y quizás le tuviera yo más lástima que ira. «¡Pobre hombre! pensaría yo, por complacer á la francmasonería, tratas cruelmente al escritor que intenta ilustrar á su país, y, quizás tu hijo, el hijo que te gozas en ver crecer y cuya sola vista detiene un poco tu alma dura, sea de los primeros en caer, herido por la espalda, en una emboscada, á consecuencia de los datos facilitados por los francmasones á quienes sirves.....»

Efectivamente, á esto se reduce mi cargo: emplear el modesto talento que Dios me ha concedido en advertir y prevenir: mi responsabilidad cesa donde acaba mi poder. Si mañana place á los electores—lo que parece bastante probable al paso que vamos—escoger á un vendedor de mapas transparentes bajo los porches de la calle de Rivoli para confiarle la vida de sus hijos en tiempos de guerra—no puedo absolutamente evitarlo.

Hé aquí lo que convendría arrojar de vez en cuando al rostro de los republicanos, y, para hacerlo, sería necesario, lo repito, tener una prensa por vanguardia que acuchillara á esos desvergonzados luego que comenzaran á remover inmundicias como René Laffon.

Para la mayoría de ellos es encantadora la existencia; nos cubren de lodo y solo recogen saludos y cortesías de parte de la derecha. Confesad que el más elemental decoro habría ordenado á un Laguerre decir á M. de Mun: «Mi querido, fuisteis verdaderamente noble para mí cuando mi causa; ya veis con que cuidado me he abstenido en esta enojosa interpelación con motivo de Citeaux;—la abstención me era tanto más fácil, además, porque me era imposible declararme acerca de hechos que nadie conoce.»

No hay porque molestarse para con los católicos, ya que, después de haberles cubierto de salivazos, se tiene la seguridad de encontrarlos el día siguiente tan agradables, tan solícitos, tan cariñosos como el día ántes....

Abrid ciertos periódicos conservadores y en ellos oiréis hablar continuamente de un árbitro del honor. ¿Quién es pues este árbitro del honor? El viejo Anatolio de la Forge cuyo retrato dibujaré algún día. No hay una medida odiosa contra nuestros sacerdotes y nuestros religiosos que ese hombre no haya votado, y, el mismo día, va ese miserable á mendigar rastreramente reclamos á aquellos cuyas creen-

cias ultraja..... y los periódicos conservadores le hacen esta limosna. No se tramita ni una sola causa de duelo en los tribunales sin que ese gresco consiga figurar en los anuncios, aunque jamás se haya podido saber con quién, ni en que época se batió.

En semejantes condiciones, se hace bastante admisible que el público se diga: Hé aquí un hombre á quien sus mismos adversarios reconocen como el árbitro del honor; si pide, sin otra forma de proceso, la expulsion de los religiosos y la confiscacion de sus bienes, es porque los sucesores de Laeordaire, de Ravignan, del Padre Olivaint, del Padre Gratry, del Padre Captier son grandes malvados.»

La enfermedad de los conservadores, la avería del cerebro que paraliza todos sus movimientos y desequilibra todas sus facultades, es una idea fija, que ha entrado poco á poco en la trama de su sistema nervioso, la idea fija de que nacieron para ser molestados é insultados. La definición del católico para ellos es esta: «CATÓLICO: ciudadano francés que paga impuestos, que cumple sus deberes cívicos como todos: *seña particular*: está destinado por la naturaleza para recibir todos los días la cloaca colectora sobre su cabeza.»

Ya lo tengo explicado, no tengo afición á los monopolios y no me gusta más el de la cloaca colectora que los demás: compartamos fraternalmente la cloaca, Laguerre, Lockroy, y, tú mismo, árbitro del honor. Nos habeis revolcado á todos en el excremento de la *Lanterne* con motivo del asunto de Cîteaux, permite, Clemenceau, hombre feroz y temido de tus semejantes por tu habilidad en tirar la pistola que no seamos nosotros los únicos emporcados y que tome yo un poco de ese excremento para alisar con él tu amenazador bigote á manera de pomada húngara. Esta noche te dará esto ruidoso éxito en la Opera.....

Cuando os parezca que todo eso huele mal, os direis quién es el hombre no es perfecto, que la naturaleza humana es frágil, que puede castigarse á un desgraciado fraile que fué demasiado debil para dar una bofetada á niños difíciles de corregir, sin alborotar, desde lo alto de la tribuna, á toda la canalla contra los católicos. Estas reflexiones os inducirán á pensar que todos los franceses son iguales, que tienen los mismos derechos y que delante del enemigo, que nos acecha, nuestra mejor defensa seria tambien la concordia y la union.....

Los hombres de la derecha podrian precipitar el desarrollo de estas saludables reflexiones. Muchos de ellos han sido educados por esos religiosos á quienes René Laffon propone expulsar descaradamente, só pretexto de que un pequeño recluso haya contado una porqueria acerca de un vigilante. Debiera esperar á sus colegas al entrar en el salon, en el momento en que los diputados se disponen á sentarse hablando de camino, de la última propina recibida—riéndose maliciosamente debieran poner este libro debajo de la nariz de los Radicales, y decirles: «¡Hé! mis valentones, vosotros que sois tan bravos contra los pobres que llevan sotana ¿parece que aquí dentro os tratan bien?»

Sin duda que los cobardes aparentarian un falso sonris, pero en el fondo sentirianse cogidos, castigados. «Me escuece la megilla!» diria Clemenceau. «Me duele el trasero» añadiria Laguerre. «Tambien me han dado á mí!» gritaria René Laffon.

M. de Mun me contestará á no dudarlo, que tengo sobrada razon, pero que sus amigos y él son demasiado bien educados para proceder así, y sienten invencibles náuseas en remover la ropa sucia de los Radicales.

—Pues ¿y yo? mi querido de Mun, no podeis formaros idea de lo que á mi me ha costado escribir este capítulo.

Quando ha quedado estampada en el papel la última línea acerca de estos cochinos de la izquierda, he bajado corriendo mi escalera con la alegría de los niños que oyen tocar la campana de recreo, y que saltan cuatro escalones á la vez para estar más pronto fuera del colegio.

De un salto me encuentro al extremo de mi jardín, donde hay un rinconeito que yo amo, una pared ruinosa, muy haja, da paso á un camino hondo. Descúbrese campos, luego una franja plateada muy tenue en verano, es el Sena; en el fondo, á la otra orilla, masas espesas de verdor con rayos de luz y molduras en el azul firmamento hechas por árboles que, con sus copas elevadas, sobrepujan algo la cima de los demás.

El día comienza á declinar y la sombra se apodera poco á poco de los últimos términos, mientras que, á poniente, arroja el sol sus postreros resplandores bajo un cielo tranquilo, nada dramático, sin ninguna de las nubes de siluetas extrañas y movedizas que evocan á veces á la imaginación la idea de caravanas fantásticas que cruzan ciudades de arquitectura fabulosa.

El suelo está liso y de amarillo subido; acaba de recojerse la cosecha, y, en lontananza, á medida que las tinieblas prestan á todo formas más confusas, los *somormujos* hacen el efecto de tiendas en cuyo centro se levantara una tienda de general, una gran protuberancia que domina las gavillas cercanas.

La serenidad del anochecer envuelve aquel paisaje tranquilo que os comunica una especie de sensación de reposo y detención, ante el esplendor de las cosas visibles; lo que Leonardo de Vinci llamaba la *Belleza del mundo*.

Sumergiéndome en mis ensueños, encontraba otra vez una visión análoga, pero muy distintamente viva, poderosa y ardiente. Estaba con los míos en una calesa que se había

parado en una subida, en un camino del Forez. Detrás de los bosques de Vollor, los Bosques negros, se ponía el sol relumbrando, con matices de rojo de incendio. Los segadores acababan su tarea entonando una canción del país.

Mariez-vous, car il est temps,
Belle Rose,
Belle Rose,
Belle Rose du Printemps.

La «Belle Rose», ya cariñosa como una plegaria, ya apremiante y casi imperiosa como un consejo, se prolongaba al infinito, al través de los valles, repercutiendo hasta en la montaña; luego unas voces viriles lanzaban, como al vuelo, la frase final:

Belle Rose du Printemps,

No podíamos desprendernos del espectáculo y decidimos á partir, y, después de transcurridos seis años, veo todavía el mismo cuadro.

¿Por qué ciertas visiones os quedan por tanto tiempo presentes, os dan la impresión de una hora de vuestra vida particularmente feliz, exenta de toda preocupación hasta ligera, de una hora que no volverá jamás para vosotros, por siempre jamás?..... ¿Por qué despiertan en vosotros el recuerdo de una especie de dilatación, de completo desarrollo de vosotros mismos, de armonioso y vibrante concierto de todas vuestras facultades afectivas y sensitivas? Esto no se explica y sobretodo no se trasmite por la palabra escrita...

Lo cierto es que en el mismo rincón de tierra y ante el mismo cielo, yo no me encontraré jamás el mismo. Cuando me es difícil dormir, no debo hacer más que cerrar los ojos para ver otra vez el carruaje parado en la cuesta, los que yo

amaba en el mismo puesto, y oír en su ritmo penetrante y dulce, la canción rústica, mezclada al grito de triunfo de la Naturaleza veraniega en toda su magnificencia como un aviso de que el Otoño no está muy lejos.

Mariez-vous, car il est temps,
Belle Rose,
Belle Rose,
Belle Rose du Printemps.



LIBRO OCTAVO.

Los Simulacros.

I

LA VIDA MUNDANA.

El *Eidolon*.—El fetiche en el cual ya no se cree.—Las agonías de seres y de cosas.—Gacetilleros y escritores.—Estado de ánimo de las clases elevadas.—La indulgencia mundana.—La fatalidad económica.—La impoeniosidad.—Los expedientes.—La Francmasonería del placer.—El barón Seillières y la princesa de Sagan.—Una velada de hadas.—El conde de Chambord y la Aristocracia.—Wolff y Meyer.—Un rincón de Lesbos en París.—Culebras y sapos que uno se traga.—Las contemplaciones mundanas.—Decadentes, salvajes y niños.—Trucos ó industrias diversas.—Las influencias ancestrales.—Pablo Bourget y sus falsas ideas.—Decadencia moral y renacimiento físico de la Aristocracia.—El secreto del encanto mundano.—Personalistas y egoistas.—Las víctimas del mundo.—Caro y el primo Pons.—Los que luchan y los que zozobran.—Malas maneras y distinción.—La religión y las personas del mundo.—Influencia muy relativa de los Jesuitas.—Un sacrificio inútil.—Los grandes señores de Rumanía.—Un recuerdo de la emigración.—Desamano ó no hay baile.

I

Carlyle es un pensador de rara intensidad. Es preciso leerle en el campo, despacio, con tiempo para deshacer una á una las fajas, á veces extrañas, que envuelven el ser íntimo y romper el hueso que contiene el tuétano sustantífico.

amaba en el mismo puesto, y oír en su ritmo penetrante y dulce, la canción rústica, mezclada al grito de triunfo de la Naturaleza veraniega en toda su magnificencia como un aviso de que el Otoño no está muy lejos.

Mariez-vous, car il est temps,
Belle Rose,
Belle Rose,
Belle Rose du Printemps.



LIBRO OCTAVO.

Los Simulacros.

I

LA VIDA MUNDANA.

El *Eidolon*.—El fetiche en el cual ya no se cree.—Las agonías de seres y de cosas.—Gacetilleros y escritores.—Estado de ánimo de las clases elevadas.—La indulgencia mundana.—La fatalidad económica.—La impoeniosidad.—Los expedientes.—La Francmasonería del placer.—El barón Seillières y la princesa de Sagan.—Una velada de hadas.—El conde de Chambord y la Aristocracia.—Wolff y Meyer.—Un rincón de Lesbos en París.—Culebras y sapos que uno se traga.—Las contemplaciones mundanas.—Decadentes, salvajes y niños.—Trucos ó industrias diversas.—Las influencias ancestrales.—Pablo Bourget y sus falsas ideas.—Decadencia moral y renacimiento físico de la Aristocracia.—El secreto del encanto mundano.—Personalistas y egoistas.—Las víctimas del mundo.—Caro y el primo Pons.—Los que luchan y los que zozobran.—Malas maneras y distinción.—La religión y las personas del mundo.—Influencia muy relativa de los Jesuitas.—Un sacrificio inútil.—Los grandes señores de Rumanía.—Un recuerdo de la emigración.—Desamano ó no hay baile.

I

Carlyle es un pensador de rara intensidad. Es preciso leerle en el campo, despacio, con tiempo para deshacer una á una las fajas, á veces extrañas, que envuelven el ser íntimo y romper el hueso que contiene el tuétano sustantífico.

Escribe cosas exquisitas y profundas acerca de la idolatría, el *Eidolon*, cosa vista, símbolo, sensorial manifestación de una idea heroica ó divina. «Los ídolos, dice, no son idolátricos sino cuando llegan á ser dudosos, vacíos para el corazón del orador. La insinceridad es la que hace á los ídolos aborrecibles y á los idólatras odiosos. El hombre sincero, honrado, lleno de su fetiche, es, cuando menos, conmovedor.»

Debeis colocaros en este punto de vista si quereis juzgar bien este fin de mundo.

El carácter que lo domina todo es la mentira, la vana apariencia de las cosas que fueron realmente grandes y que acaban en comedias y muecas.

¿Acaso tomáis por lo serio á todos esos actores en escena, á esos magistrados que pronuncian gravemente fallos y que salmodian con voz sorda kyrielles de *atendiendos* solemnes, á esos herederos de nombres gloriosos que, os dicen, encarnan la antigua honra en frente de las vergüenzas del presente, á estos representantes de los principios monárquicos que solo esperan una ocasion para morir por su causa?

Entonces sufriréis realmente cuando se os demuestre que esos magistrados venden cínicamente sus sentencias, que esos nobles se interesan infinitamente más por un *garden party* que por cuanto pasa en Europa, que los defensores de la Realeza, no solamente no sacrificarían su vida, sino que ni arriesgarían un duro por su fe. Comenzásteis por bodeque y acabaréis con ser misántropo é hipocondríaco, y os descorazonará la universal impostura que es la señal de la época presente.

Siendo la verdad sana por sí misma, entristece menos al que se acostumbra á mirar á la sociedad contemporánea con mirada independiente y firme. Efectivamente, vemos ahora, según lo explicábamos en los comienzos de este libro, el úl-

timo período de una fase social, finales de cosas, acabamientos de seres. Las cosas finen en la forma en que fueron, los seres acaban en la modalidad en que vivieron. El cuerpo en el cual la llama vital está en camino de extinguirse guarda todavía el contorno general que tenía en el momento en que estaba lleno de fuerza.

Sin duda fuera interesante mostrar enteramente al por menor cómo desaparecían cada una de las representaciones del Pasado y es sensible que el escritor, continuamente metido en la vida mundana del siglo XVIII, esté hoy á cierta distancia de la intimidad de las personas del mundo.

Enrique Fouquier, Pablo Hervieu, Pablo Bonnetain escribieron páginas sutiles acerca del particular, pero, en mi concepto, no han puesto en claro el motivo exacto de esta especie de vacilacion que el mundo demuestra al confiarse al escritor, mientras que se confía por completo al primer gacetillero que se le presenta.

El caso es diferente. No se le miente al gacetillero, porque nunca os pregunta sino lo que buenamente queráis decirle. Como el tapicero, como el repostero ó el jardinero, tiene su papel en la organizacion de la hechicería mundana; os suministra los epítetos: «Los cristianos incomparables, los jefes heroicos del partido monárquico, los descendientes de los héroes.» Esto no es consiguiente...

Para con un escritor, serían más generosas las personas del mundo, porque, si la misma Sociedad descansa en una impostura, las personas del mundo son menos hipócritas y menos engañosas de lo que se cree, por la excelente razon de que la hipocresía supone un trabajo, una fatiga y las personas del mundo son incapaces de este esfuerzo, viven en una ficcion, pero no hacen nada personalmente para engañar á los que están en relaciones con ellos. Luego que habeis entrado en su casa, que os sentasteis á la misma mesa,

que tomasteis la taza de café platicando, las verdaderas personas del mundo se deshacen de los tapujos con que les disfrazan los periódicos distinguidos; vuelven á las tradiciones de inteligente y libre conversacion del siglo XVIII y os entregan ingenuamente el secreto de su alma. «Charette y sus zuavos pontificios, el odio implacable á la República, los mártires en el Circo,» todo esto es bueno para impreso en los papeles, y, aun no se les alcanza muy bien por qué se pone.

El verdadero estado de alma en todos es un profundo desden para los que nos gobiernan actualmente, un escepticismo inmenso, una bondad vaga ó más bien una falta completa de maldad, un deseo único, el de divertirse, y, por resumirlo todo, la frase del siglo XVIII: «Después de mí el diluvio.»

Es el mismo siglo XVIII, pero un siglo XVIII en que el blasfemo que mancha, el ateísmo que seca es reemplazado por una poesía religiosa que impregna todo el ser, que añade encantos á la existencia, pero que no tiene ninguna acción acerca de la conducta moral.

Observad que todos encuentran muy sencillo que les ataquéis, y os dicen: «¡Cuán cierto es lo que escribisteis!» Los sentimientos que les animan para con los judíos no son como en vosotros, de indignación por las exacciones cometidas, por la ruina del país organizada, sino una especie de desprecio indefinible, indecible, que vosotros mismos no sentís, porque tenéis admiración intelectual por las facultades especiales de esa raza; os refieren acerca de los judíos metidos en el movimiento mundano horrores que no quisierais escribir, y añaden que comen en casa de Rothschild ó en casa de Hirsch el día siguiente...

El fondo de los nobles que desempeñan un papel en la

vida aristócrata de París es una risueña y suave sinceridad en la frivolidad, una convicción profunda de que terminó el papel de la Aristocracia.

Los mejores tienen esta impresión. Recuerdo una conversacion que tuve con M. de Pimodan, que habia venido á traermelo un libro en verso: *Soirs de Defaite*. Es hombre de valor muy real, antiguo oficial ha sabido no estar ocioso y ha publicado un libro lleno de documentos curiosos: *La réunion de Toul á la France*.

En presencia de quien lleva tan ilustre nombre, del hijo del héroe de Castelfidardo, hice lo que hago con todos aquellos con quienes tengo ocasion de hablar, probé si podria contentarse con él en un momento de insurreccion en que unos cuantos centenares de verdaderos franceses de todos los partidos se apoderaran fácilmente de los bancos judíos. Mostréle cuán favorable seria la situacion para preparar un movimiento. Me abrió su libro y me indicó estos versos llenos de tristeza en los que se afirman tan melancólicamente la disolucion, el sentimiento de que todo es inútil, que ya no hay nada que hacer.

Nous sommes des vaincus, Français et Gentilshommes,
Deux fois vaincus! La gloire a quitté nos drapeaux,
Le pouvoir a quitté nos mains pâles; nous sommes,
Avec nos titres vains, de brillants oripeaux,

Des haillons d'hyacinthe et de pourpre que foule,
Le pied de l'ouvrier sifflant au gai matin,
Et qui, le soir venu, sous les pas de la foule
Ne garderont pas même un r. flet de satin.

D'autres soleils on lui pour nous. La vieille Terre,
Lasse de supporter le poids de nos autels,
Impatiente, attend le jong du prolétaire...
C'est fini! N'accusons que les dieux immortels!

De desear seria que un escritor nos legara el cuadro de

este mundo, que lo mostrara tal cual es de algunos años acá, absolutamente desmoralizado, si os parece, ó supremamente indulgente si así lo preferís.

La indulgencia en efecto es la nota característica de esta sociedad. Todo pasa. En el momento de algun grave escándalo, todas las personas que han sido educadas en una especie de religion del honor tienen un pequeño sobresalto, algo como el estremecimiento del carnero que baja la cabeza, cuando el viento sacude demasiado su vellon, pero toman luego su partido. La fatalidad económica lo domina todo, y por esto el capítulo actual forma la continuacion natural de los capítulos dedicados á la cuestion social.

Con las proporciones que ha tomado el lujo, dar una fiesta es cumplir para con sus semejantes un acto de laudable generosidad.

Un testigo atento de la vida mundana, Gaston Jollivet, ha indicado el contraste que existe entre las costumbres de fasto insolente actual y las costumbres de una época que no dista sin embargo mucho de nosotros:

Habréis oido hablar de los famosos lúnes de la Emperatriz. Los trataria de sardanapalescos cierto republicano que en 1870, para derrocar el Imperio y sus lúnes, dió una gran cantidad, la que él gasta ahora para dar un baile. Pues bien: interrogad á los invitados á aquellas pequeñas fiestas de las Tullerías de entonces, y os dirán que en los lúnes de la casa de la Emperatriz no habia regalos de cotillon. El marqués de Caux iba ágilmente á tomar una naranja del bufet, una rosa de una cesta, para ofrecerlas á su pareja, y todos tenian esto por suficiente. Diez ó quince años atrás se conservaban todavia en París estas tradiciones de cotillon modesto. En muchas casas, hasta opulentas, habia muchas *figuras* en las que no se daba nada. Los accesorios quedaban en la casa para otro baile, cuando no se habian alquilado, y eran sencillas baratijas, cajitas de carton, banderillas, corazones dorados con su llave. Teniase por lujo traer al niño alfileres para los cabellos

con una mariposa en el extremo ó flores de muchos colores hechas de papel.

La quinta avenida de Nueva-Yorck ha desembarcado en París y cambiado todo esto. Una señora americana importó, para uno de sus cotillones, los primeros dijes de oro. Habrá de esto unos diez años. La idea pareció excéntrica, pero se le dispensó á la dama. Luego siguieron otras señoras en sus casas. ¡Es tan sabroso aventajar á la vecina! Y la sociedad parisién se acostumbró á estas munificencias. Cierta que hubo sus respingos paternales, el dia siguiente de un baile, al desembalar objetos traídos: “¡Cómo, hija mia, te pagan entonces como bailarina!” Pero semejantes protestas se han calmado muy luego al contacto de una mano puesta amablemente en la boca, y los padres han amnistiado.

Actualmente, esto marcha. Un cotillon cuesta de diez á veinticinco mil francos. Hombres y mujeres traen cigarreras, alfileres de corbata, abanicos de gasa adornados con hermosas pinturas, flores, palmatorias, cestos dorados llenos de flores artificiales que pueden ponerse en un sombrero de señora, bolsas de oro. ¿Para cuando el oro en la bolsa?

En los mismos lúnes de la Emperatriz de que acabo de hablar, la cena que seguia al baile, cuando se cenaba, no era más que un sencillo ambigü frio que se comia de pié en el bufet. Ahora, mucho tiempo hace que ha caido en desuso el cenar de pié. Cada señora de casa se cree obligada á tener mesitas con cesta de flores y mesas con viñetas. Y la cena es caliente, si os parece, lo que hace estar revuelta toda la casa durante toda la noche. ¡Cuán hermosa es la fortuna!

Pero lo malo es que las personas del mundo y la Fortuna comienzan á estar enredados. En elevadas esferas se padece el mal que Mercier Hamaba la impecuniosidad. Los colonos no pagan y las tierras no se venden.

Tener dinero ha pasado á ser una ventaja de cada vez más notable. No creo faltar á las buenas relaciones sociales recordando las dificultades que una dama, que, á su mucha inteligencia reúne maravilloso talento de cantante, encontró para hacerse admitir en los salones aristocráticos algunos años há. En vano era marquesa por su matrimonio, no de-

jaba por esto de ser hija de un refinador, y á cada momento se lo recordaban.»

Es verdad que la dama no tenia dificultad en contestar y que muchos se arrepintieron de haberla atacado.

Cierto día tenia una taza de thé cuando M. de Choiseul Praslin le dijo irónicamente:

—Marquesa, creo que teneis una mancha de azúcar en el vestido...

—Esto no es nada, respondió la Señora de X... Solo las manchas de sangre no se borran...

Actualmente la marquesa, que se ha vuelto á casar después y hasta se ha divorciado, no es ni más inteligente, ni más amable que antes; pero es siempre muy rica mientras que la sociedad se ha empobrecido en torno de ella; en la vida elegante ha conquistado un puesto al que no se hubiera atrevido á aspirar ántes; se cita su nombre á cada instante y mete más ruido ella sola que cuatro—lo que es la ambicion de toda mujer en nuestra época...

Para sostener su lujo, están obligados algunos mundanos á acudir á medios que, á menudo, nada tienen de honrosos, pero, cuando les sucede alguna desgracia, están seguros de que la Sociedad francesa hará complacientemente la vista gorda.

El noble que, el año pasado fué sorprendido trampeando en el juego no fué castigado estrepitosamente y se echó tierra al asunto. Era un amigo del duque de la Rochefoucauld-Douleauville, un puro en el punto de vista legitimista y hasta, según aseguran, un buen hombre. Tenia veinte mil libras de rentas, y gastaba cien mil, y daba bailes con cenas en mesitas; su mujer era una de nuestras elegantes. ¿Qué queriais que hiciera? Lo que ha hecho era ciertamente menos vergonzoso que vivir en el lujo, como ciertos maridos complacientes, á expensas de los amantes de su mujer.

Sin embargo, este último caso es muy frecuente y os citan los nombres fácilmente. La señora Moraines, la heroína de Bourget, que, además de su marido, tiene un viejo general para sostener la casa y un poeta para satisfacer la necesidad de ideal, no es una individualidad aislada. Cada uno sabe que una gran mundana cuyo nombre figura en todas las descripciones de fiestas tiene 6,000 libras de rentas.

Otras *professionnal beauty* están alistadas en la misma bandera: no es un misterio para nadie el nombre de los que les permiten tener un palacio, caballos, y gastar 100,000 francos anuales para vestirse.

Segun las ideas que teneis de los salones antiguos, os imagináis que las mujeres, aunque no fuera sino por envidia ó por espíritu de maledicencia han de abrumar á sus rivales. Lo actual es totalmente distinto. La gazmoña Arsinoe seria infamada en todas partes.

La sociedad que quiere divertirse, vivir en medio de las fiestas, forma una franemasonería en la que cada cual se compadece de las flaquezas del vecino. Las mujeres ricas saben lo que cuestan los sacrificios con que se matienen en primera fila; se unen de corazón con las que luchan, como pueden, todo lo excusan, y tienen como se dice, «idea de la situación.» Una de las fiestas deslumbradoras, de que nos hablan todos los periódicos, es un esfuerzo comun y se agradece á los que participan del placer general. La señora Moraines no es una depravada, sino una mujer sacrificada que, tomando un anciano amante para pagar sus trajes, se sacrifica por la colectividad. Tiene algo del raciocinio de los Anarquistas, porque, en el fondo, todas las clases, en una misma época tienen concepciones morales, casi idénticas.

Para el Anarquista, el compañero que comete un robo para sostener la caja de un grupo ó para ayudar un periódico es un hermano animoso que se sacrifica por la causa.

Para las personas del mundo, aquellos ó aquellas que se procuran de una manera más ó menos confesable algo con que contribuir á la alegría general son dignos de toda simpatía.

La necesidad de divertirse es una especie de razon de Estado que se antepone á todo y lo legitima todo.....

Todo cuanto ha podido escribirse acerca del baile de las bestias de la princesa de Sagan no ha sido óbice para que la princesa sea considerada como una Providencia mundana, que no puede atender á las invitaciones cuando anuncia una fiesta.

Aquí estoy más á mis anchas que poco ántes, porque nada es tan difícil como tratar ciertas cuestiones de psicología social cuando se quieren describir las costumbres de su época sin acudir á alusiones transparentes, sin hacer demasiado claro el pasaje que subraya.

La princesa de Sagan es la hija del baron Seillières, y el baron Seillières se suicidó cuando iba á ser conducido á policia correccional por haber defraudado al Estado como proveedor del ejército poniendo sellos falsos en telas reconocidas por de mala calidad (1).

El hecho es notoriamente público. Los periódicos judicia-

(1) El empleo fraudulento de los sellos verdaderos honra al inventor. Provéedese por via de decalco; volviendo á aplicar el sello de la comision fresco aun de un vestido admitido á otro vestido defectuoso.

Un coronel declaró que las averiguaciones hechas en cada regimiento consignaban que era tan mala la tela que no admitía compostura; la tela no resistía á la aguja, el hilo no podia sostenerse en la misma y la tela chupaba el agua como una esponja.

les publicaron extensamente el proceso, en el *Nacional* un hombre de mucho talento, que no es otro, segun creo, que M. Aureliano Scholl, publicó acerca de esta familia una página de historia social más atrevida que todo cuanto he escrito yo nunca y dió acerca del asunto de las telas los más completos pormenores. Chirac ha hecho figurar el asunto en sus *Reyes de la República (Historia de las Juderías)*:

Cerca de nueve años despues, dice, se suscita otro escándalo; pero, esta vez es más grave, tambien hay judios en el asunto, especialmente un llamado Luis Isaac Cahen, llamado Lyon. Tratábase naturalmente de suministros para el ejército y tambien de la fábrica de Pierrepont.

A Seillières se le había adjudicado en 1868 el suministro de las telas y otros accesorios necesarios para el vestuario de la gendarmeria y de la guardia de París.

Habiéndose descubierto muchísimos fraudes, debiéronse practicar diligencias desde los primeros meses de 1869. En 1870, un juez de instruccion formaba expediente. La guerra interrumpió su trabajo, luego despues la Commune, y, circunstancia tan extraordinaria como triste para la memoria del baron adjudicatario, *el expediente y los documentos de conviccion relativos á las diligencias quedaron consumidos en el incendio del Palacio de Justicia durante la semana sangrienta.*

No obstante, la justicia no creyó deber olvidar unas exacciones que habían causado al Estado tanto perjuicio, y, el 22 de julio de 1873, las evocaba ante el tribunal correccional del Sena, á la 7.^a Sala, presidida por M. Garin.

Solamente que, mientras la instruccion que duraba desde 1872 el baron Seillières había *muerto.*

En un libro de estudio social, en visperas de una guerra, cuando todo lo referente al ejército debe llamar la atencion del público, tengo perfectamente el derecho de consignar que hay abastecedores del ejército que han robado al Estado.

Cierto que se me puede perfectamente condenar por haber ejercido mi derecho de escritor, pero los jueces que me

condenen cometerán una iniquidad, pues que es innegable que todo cuanto digo es rigurosamente exacto.

Todas las personas que traspasan el umbral del suntuoso palacio de la calle Santo Domingo saben pues que el dinero que sirve para recibírselas es dinero robado de los vestuarios de nuestros pobres soldados.

Mirad ahora la lista de los invitados de la fiesta del mes de junio pasado en el palacio de Sagan, y en ella encontrareis, excepto quizás algunos nombres equívocos, todos los representantes de la bella historia de Francia, nombres mezclados en todos nuestros anales, asociados á todos nuestros grandes hechos de guerra.

Entre los invitados, dice el *Gaulois*, que tomaron asiento á la mesa: duquesa de Doudeauville, conde de Saint-Priest, condesa de Gouy, baron de la Redorte, príncipe Luis de Ligné, condesa de Montgomery, marqués de Espeuilles.

Los demás convidados son: duque y duquesa de Monchy, príncipe y princesa de Wagram, princesa Luisa de Ligne, marquesa de Gallifet, vizconde y vizcondesa de Chavagnac, conde y condesa de Montesquiou, conde y condesa de Mortemart, conde y condesa de Vogüé, conde y condesa de Kersaint, duque y duquesa de Gramont, señor y señora O'Connor, príncipe y princesa Carlos de Ligne.

Marquesa de Saint-Sauveur, conde y condesa Aimery de la Rochefoucauld, conde y condesa François de Gontaut, marqués y marquesa de Jaucour, vizconde y vizcondesa des Garets, conde y condesa de Salignac-Fénelon, conde y condesa de Espeuilles, conde de Mensdorff, vizconde y vizcondesa de la Rochefoucauld, conde y condesa M. de Amilly, señor y señora Gabriel Bocher, M. Bethmann y señora, señor de Stuers y señora, baron y baronesa de Boutray.

Conde y condesa Jorge de Gontaut-Biron, vizconde y vizcondesa Costa de Beauregard, marquesa de Espuilles, señor de Hononeelles y señora, M. Heath, conde Juan de Beaumont, conde de Crisenoy, conde Berthier, duquesa de Richelieu, conde y condesa de Lambertye, M. Staffor, M. de Monbrisson, marqués de Hautpoult, baron de l'Espée, señor de Escandon, príncipe de Poix, M. Alberto Abeille, conde Costa de

Beauregard, conde y condesa E. de Lambertye, baron y baronesa de Veufreland, conde y condesa de Chevigné, conde y condesa Tyszkienwicz, conde y condesa de Kergorlay, conde y condesa de Talhouet-Roy, príncipe de Broglie, conde del Lau d'Allemans, vizconde de Trédern, marqués de Nédonchel, conde de Boisgelin.

También nos dice el *Gaulois* que el duque de Lorges había organizado, con algunos amigos, el *lawn tennis* de las 4 á las 5 y ningún nombre es más brillante en nuestros fastos militares. El primer duque de Lorges, Luis de Durtfort Duras, hermano del duque de Rondan, tuvo muy importante parte en las victorias de Dettingen y de Fontenoy.

El mismo duque actual, según se me ha dicho, es un noble lleno de excecentes cualidades. No es menos cierto que va á regocijarse y comer en una casa donde el Robo pone los manteles y esto no es muy noble. Si yo hablara con él, es probable me dijera que tengo razón, pero que no por esto era menos encantadora la fiesta.....

Así lo creo francamente y me remito á Etincelle, quien ha escrito con este motivo una excelente página descriptiva. Es verdaderamente una hermosa vision de placer, de raro ornato, un parque en pleno París:

La noche pasada estaba ese parque lleno de poemas pequeños en zagalejos, de idilios y de eglogas vivientes, á que se correspondía con madrigales.

Esos pequeños poemas nada tenían de monótono; unos eran de Florian, otros de Bouffers. Algunos más modernos, de Musset, ó hasta de Sully-Prudhomme y de Coppée.

Pero toda esta verde magia bañada de los blancos resplandores de la electricidad se envolvía en un color Regencia.

¿Hay acaso algo más á lo Luis XV, por ejemplo, que el *soportal* á donde se entraba después de haber traspasado la gradería entre los dos vastos invernáculos, aquel *soportal* enteramente cubierto de plantas trepadoras, teniendo por techumbre un enverjado cubierto de flores? Colgadas sobre la

cabeza de los danzantes había multitud de arañas sostenidas por trenzas de flores.

Margaritas de luz esparcidas en el musgo semejaban estrellas caídas de un fuego artificial. Arañas de muchos colores colgaban en los paseos de tilos, entrecruzando sus verdes abovedados. En todas partes cordones fulgurantes dibujando las elegantes líneas de los jardines á la francesa y sobre la mole casi negra de los árboles del fondo, una Diana radiante por los reflejos eléctricos, dispuesta á lanzarse al sonido de las trompas que tocan hombres en severo traje negro, con el pantalón blanco y las botas altas.

Los trajes eran de exquisito capricho: eran la imaginación de lo pasado añadida á los refinamientos de lo presente.

La Señora de Sagan, con adornos á la Polignac, con un sombrero de paja replegado á un lado por un enorme manojo de espigas de trigo dorado, distribuía, con suprema gracia, los accesorios del cotillon: jaulas doradas con un colibri dentro de ellas, alfileres de perlas finas, etc.

Muerto el padre en las condiciones deshonrosas que sabemos, secuestrado el hermano después de los escándalos que indignaron á todo París, sin duda que muchas cosas forman todavía un fondo algo sombrío para esta fiesta deslumbradora, pero el espectáculo no es por esto menos hechicero.

Cuando se haya abierto la nube siniestra que amenaza la Europa, se haya desencadenado la tempestad y el Pueblo, á quien se desafia con estas fiestas insolentes, ocupe la Capital como dueño y quizás haya instalado su muchachería andrajosa en los soberbios palacios, será interesante la página trascrita. Leyéndola, se piensa en las últimas horas de 1792, en que, después del 10 de agosto y hasta los asesinatos de setiembre, se representaba todavía la comedia de sociedad y las piezas de Florian en algún castillo oculto entre verdor; se estaba bien, á sus solas, queríase cerrar el oído á los rumores trágicos que llegaban de París y algunos caballeros se pavoneaban todavía con hermosas damas, paseándose al través de los grandes paseos cubiertos ya por las hojas de otoño.....

El sociólogo debe reconocer la evidencia de que las clases sociales no se convierten; mueren en la lógica de su desarrollo. «Una aristocracia, dijo Chateaubriand, pasa por tres fases: la de los servicios, la de los privilegios, la de las vanidades.» Las clases superiores se encuentran en 1889 donde estaban en 1789; es la fase de las vanidades que termina como terminaba en 1789 la de los privilegios.

La decadencia se ha precipitado sobre todo desde algunos años y nada es tan curioso de observarse como la rapidez con que se ha producido un cambio que, por otra parte, nadie niega.

Mientras vivió el conde de Chambord, guardó la Aristocracia cierto comportamiento. Todo se escribe con el tiempo y algún día se escribirá un libro verdadero acerca del conde de Chambord. No estorbará entonces la leyenda pantalla: «¡A caballo, señores! ¡Montjoie y Saint-Denis! ¡El rey viene! ¡Le acompañan 3,000 zuavos pontificios, fieros, implacables, muy resueltos á no volver vivos á su casa!» Se verá así mismo aparecer uno de los lados grandes de ese príncipe: la acción moral que del fondo del destierro, ejerció en las clases elevadas en Francia.

Cierto saint-simoniano había formado todo un plan de reconciliación general haciendo casar todas las dinastías entre sí.

—¿Y qué haceis del conde de Chambord? le preguntaron.

—Le hago Papa, contestó.

Y, á la verdad, el conde de Chambord fué una especie de papa, *Papa*, un padre. De vez en cuando enviaba cartas que parecían encíclicas, y hacían bien. Durante los años siguientes á la guerra, mantuvo verdaderamente las clases directoras en cierta altura y, más que todas las músicas de los periódicos, afirma esto el poder de un principio cuando este se personifica en un hombre honrado.

Vino por añadidura la persecucion religiosa, y los decretos obligaron á las personas del mundo á guardar, por algun tiempo, cierta actitud de victimas de Diocleciano. Han sentido, exteriormente á lo menos, la influencia de tantas páginas elocuentes acerca de los deberes de las clases privilegiadas. Ahora están del todo á sus anchas, dicen con alegre sonrisa que les va mejor á las bellas mujeres y á los jóvenes elegantes que la cara triste que antes afectaban: «¡Basta de vuestra fraseología acerca del agradecimiento de Francia y de nuestros deberes sociales! Murió el conde de Chambord; se le enterró; el conde de Paris no nos interesa en manera alguna; no le deseamos ni bien, ni mal. Si hay una Commune, procuraremos huir á tiempo, reunir nuestros capitales y llevarnos nuestros diamantes. Queremos divertirnos, representar la *Visite de Noces*, delante de nuestras hijas, vestirnos, bailar y amar.»

Esto se dice de un modo ligero y agudo, pero no se escribe, y, como Wolff tiene el sentimiento de todo cuanto debe evitarse hacer, llega como el intempestivo, y se regocija y rie con la gran carcajada de Behramaglia ó de Kislar-Agha, guardian de la puerta de la Felicidad, y muriéndose de risa pensando en las calaveradas de las sultanas. El Emperador de Alemania no piensa sino en batallas, la guerra inminente desde tantos años se acerca; Francia es ultrajada en todas partes; en Florencia, en Buda-Pesth, en Damasco; en su frontera sufre humillaciones que, segun la expresion de Julio Simon, no las hubiera tolerado el principado de Monaco; por esto el judio tudesco está lleno de entusiasmo y grita: «¡Id allí; divertios, pues! ¡agitaos, pues! ¡Viva la alegría y las patatas fritas!

Esta semana de carreras, de vida inaudita, de movimiento, de lujo y de alegría, recuerda el Paris de los mejores tiempos. No recuerdo haberlo visto tan bello; las fiestas brillan en todas

partes, en todas las clases de la sociedad. Donde continua siendo de buen tono reñir contra el régimen actual, apenas si se notaba que se lloraba algo ó alguien. No niego que la fidelidad de los recuerdos y de los corazones no haya sobrevivido á las épocas desaparecidas, no lo suficiente sin embargo para condenar lo que se llama el mundo á un luto eterno. La naturaleza lo ha dispuesto todo tan bien, que la necesidad de vivir se sobrepone siempre: las que fueron niñas en los últimos tiempos del Imperio han crecido y son ahora jóvenes que reclaman su parte de la vida. Por infamada que sea la República en esta sociedad, aún no he oído decir que haya impedido un cotillon en el mundo. En toda la línea no hay más que bailes, recepciones, cacerías, música en todos los castillos, linternas en todos los parques, deliciosos trajes en todas partes, una voluntad comun de combatir los puntos negros por los cohetes de fuegos artificiales y la luz eléctrica.

A esto se le llama nota de falsete.

Lo que digo hace rechinar á la sociedad distinguida que contesta: «Sé perfectamente que no tengo corazón, ni patriotismo, ni dignidad; pero no me gusta que me feliciten tanto por ello.»

Jamás escribiría Meyer una línea de este género. Por esto los jefes de las derechas consultan á Meyer acerca de los medios de salvar á la Patria, mientras que no consultan á Wolff.

Repito que esto es el final del siglo XVIII, con menor susceptibilidad, ó, mejor dicho, enteramente embotada por todo cuanto ofende á la delicadeza. A las costumbres privadas se les aplica la indulgencia que consignábamos para hechos más ó menos relacionados con el honor. La sociedad francesa es para todos los suyos de infinita masedumbre y jamás proscribe á nadie. Las personas más honradas os refieren historias asombrosas acerca de parejas á quienes reciben; todo esto les parece muy picaresco y rien á reventar citándoos la frase de un Tricoche y Cacolet á un esposo que quería hacer sorprender á su mujer en flagrante

Vino por añadidura la persecucion religiosa, y los decretos obligaron á las personas del mundo á guardar, por algun tiempo, cierta actitud de victimas de Diocleciano. Han sentido, exteriormente á lo menos, la influencia de tantas páginas elocuentes acerca de los deberes de las clases privilegiadas. Ahora están del todo á sus anchas, dicen con alegre sonrisa que les va mejor á las bellas mujeres y á los jóvenes elegantes que la cara triste que antes afectaban: «¡Basta de vuestra fraseología acerca del agradecimiento de Francia y de nuestros deberes sociales! Murió el conde de Chambord; se le enterró; el conde de Paris no nos interesa en manera alguna; no le deseamos ni bien, ni mal. Si hay una Commune, procuraremos huir á tiempo, renunciar nuestros capitales y llevarnos nuestros diamantes. Queremos divertirnos, representar la *Visite de Noces*, delante de nuestras hijas, vestirnos, bailar y amar.»

Esto se dice de un modo ligero y agudo, pero no se escribe, y, como Wolff tiene el sentimiento de todo cuanto debe evitarse hacer, llega como el intempestivo, y se regocija y ríe con la gran carcajada de Behramaglia ó de Kistlar-Agha, guardian de la puerta de la Felicidad, y muriéndose de risa pensando en las calaveradas de las sultanas. El Emperador de Alemania no piensa sino en batallas, la guerra inminente desde tantos años se acerca; Francia es ultrajada en todas partes; en Florencia, en Buda-Pesth, en Damasco; en su frontera sufre humillaciones que, según la expresión de Julio Simon, no las hubiera tolerado el principado de Monaco; por esto el judío tudesco está lleno de entusiasmo y grita: «¡Id allí; divertios, pues! ¡agitaos, pues! ¡Viva la alegría y las patatas fritas!»

Esta semana de carreras, de vida inaudita, de movimiento, de lujo y de alegría, recuerda el Paris de los mejores tiempos. No recuerdo haberlo visto tan bello; las fiestas brillan en todas

partes, en todas las clases de la sociedad. Donde continua siendo de buen tono reñir contra el régimen actual, apenas si se notaba que se lloraba algo ó alguien. No niego que la fidelidad de los recuerdos y de los corazones no haya sobrevivido á las épocas desaparecidas, no lo suficiente sin embargo para condenar lo que se llama el mundo á un luto eterno. La naturaleza lo ha dispuesto todo tan bien, que la necesidad de vivir se sobrepone siempre: las que fueron niñas en los últimos tiempos del Imperio han crecido y son ahora jóvenes que reclaman su parte de la vida. Por infamada que sea la República en esta sociedad, aún no he oído decir que haya impedido un cotillon en el mundo. En toda la línea no hay más que bailes, recepciones, cacerías, música en todos los castillos, linternas en todos los parques, deliciosos trajes en todas partes, una voluntad comun de combatir los puntos negros por los cohetes de fuegos artificiales y la luz eléctrica.

A esto se le llama nota de falsete.

Lo que digo hace reclinarse á la sociedad distinguida que contesta: «Sé perfectamente que no tengo corazón, ni patriotismo, ni dignidad; pero no me gusta que me feliciten tanto por ello.»

Jamás escribiría Meyer una línea de este género. Por esto los jefes de las derechas consultan á Meyer acerca de los medios de salvar á la Patria, mientras que no consultan á Wolff.

Repito que esto es el final del siglo XVIII, con menor susceptibilidad, ó, mejor dicho, enteramente embotada por todo cuanto ofende á la delicadeza. A las costumbres privadas se les aplica la indulgencia que consignábamos para hechos más ó menos relacionados con el honor. La sociedad francesa es para todos los suyos de infinita mansedumbre y jamás proscribió á nadie. Las personas más honradas os refieren historias asombrosas acerca de parejas á quienes reciben; todo esto les parece muy picaresco y rien á reventar citándoos la frase de un Tricoche y Cacolet á un esposo que quería hacer sorprender á su mujer en flagrante

delito á fin de casarse con su querida: «¿Con qué caballero quiere que la haga coger? son siete.»

Las neurosis judías, el fastidio tambien que se ha despertado en ciertas mujeres engañadas por el amor, corrompidas por el hombre que se ha burlado de sus generosos sentimientos, de su ardiente ternura y que solo ha visto en ellas un instrumento de placer, han desarrollado gustos que Lesbos honraba solo ella antiguamente. No por esto se da por ofendido el mundo; á ciertas inseparables les da apodos y se las llama: «la Diente de ajo, y la Diente de vainilla.» Os dicen al oído, á propósito de ciertas mujeres que no se dejan, la fábula *express*:

L'une était brune et l'autre blonde.
Elles s'aimaient éperdument.
On ne leur connut point d'amant.

MORALIDAD:

El fin del mundo.

La amiga de una modista que tuvo algunos altercados con los tribunales, la pobre criatura histérica que colgaba alrededor de la Diana de Falgieres ramilletes de geránios y de tuberosas, continuó muchísimo tiempo siendo recibida en todas partes despues de sus más extravagantes antojos.

Otra gran señora, que hubiera sido digna de figurar entre las alegres que cenaban durante la Regencia, costó durante estos últimos meses la conversacion de París; despues de haber sido la querida de un judío cuya mujer le arrojó un cubo de agua á la cabeza, decidióse un dia, apremiada por sus acreedores, á partir para el Cairo, escoltada por un gomoso, á fin de reunirse allí con uno de los jóvenes príncipes de Orleans; traía, dice la leyenda, cien mil francos en billetes totalmente preparados sin faltarles

más que la firma. El padre del jóven príncipe, que, al parecer, tenia razones para encontrar tal conducta doblemente censurable, intervino bruscamente y la pobre dama debió regresar á Francia; en el retiro momentáneo, al que se ha refugiado, ha recogido todas las simpatías de sus amigas, y recobrará muy fácilmente su puesto en la sociedad.

Cierto que estas costumbres frágiles no son las de todos los representantes de las clases elevadas en París; son las del gran mundo; del *high life*, de la sociedad que hace hablar de sí y que ocupa los puestos preferentes. Las familias que quieren conservar el respeto de su interior, no tolerar promiscuidades que comprometen, viven muy retiradas en sus casas, muy severas en sus visitas y evitan con infinito cuidado inmiscuirse en el torbellino elegante; de otro modo, están perdidas, disueltas precipitadamente, arrastradas por una especie de torrente vertiginoso.

Es evidente que hasta en el gran mundo, muchos grandes señores y verdaderas grandes damas, se asombran de las sociedades á que se les arrastra, de las relaciones, cortesés á lo menos que se ven obligados á tener con individuos averiados, rentistas macados, aventureros y aventureras de toda clase; pero el dilema es para ellos absoluto: se puede vivir, sin duda, muy honradamente en su casa con amigos seguros de una vida cómoda y buena, con la condicion de que esta vida sea discreta; pero si se quiere pertenecer al Todo-Paris, al París *selected*, como se dice, tener su papel en esta ruidosa comparsa, ver los epitetos de «encantadora, de hechicera, de embelesadora y hasta de santa,» concedidos á su mujer, es preciso aceptar el Todo-Paris tal como está compuesto:—ó tomar ó dejar.

En efecto, el Todo-Paris forma menos una Sociedad que una manera de sindicato, de *consortium* al que son admiti-

dos los partícipes, no por su valor intelectual y moral, sino por lo que representan de dinero y, por consiguiente por lo que aportan en distracciones á la masa. Siendo ricos los rentistas, únicamente porque han robado mucho, es evidente que si tenéis escrúpulos y si elimináis á los ladrones quitáis á la vida mundana mucho de su brillo.

Dando dinero los rentistas, teniendo cazas, pagando á sus invitados con dinero contante cuando se necesita, encontrarán otros que llevan nombres ilustres menos avinagrados, es decir más escasos que los que se han mostrado descontentadizos, constituirán otra Sociedad que los periódicos llamarán Todo-París; es preciso pues obrar de concierto, no expurgar á nadie y divertirse juntos.

El hombre que contribuye, de uno ú otro modo, á sostener en pié ese París mundano para el cual tan ruda es la lucha, puede permitírselo todo. A una de las fiestas que han dejado el más brillante recuerdo, estaba convidado un americano muy rico y que desempeña cierto papel en la vida parisiense; solo se le censura por ser demasiado aficionado á la bebida, y aquel día lo fué más de lo acostumbrado. Algo turbado por sus visitas al bufet, levanta nuestro hombre uno de los grandes cortinajes del salón, no distingue muy bien donde está, y muy pronto la aristocracia presente observa, con asombro, que comienza á correr al través del salón, un río que parece salir de detrás del cortinaje.....

Acudió la dueña de la casa, averiguó y no dijo nada.... Para sí misma, ninguna necesidad tenía del americano, pero amigos de ella, las que forman su camarilla, habían acudido á él; habíale dado á una un cheque de 100.000 francos; uno de 150.000 á otra; era uno de los bienhechores de aquella Sociedad.

¡El dinero! Más que nadie, hubiera podido decir el Yankee lo que puede hacerse con esta palanca en el París ac-

tual. En Viena, al fin de una comida habia hablado de una de nuestras elegantes.

—¿Tan íntimamente la conoceis? preguntáronle con acento de duda.

—¿Si la conozco? ¿Quereis que esté aquí dentro de tres días?

Hízose una apuesta, y, mediante 100.000 francos prometidos por el telégrafo, llegaba la dama, muy satisfecha con aquella fortuna, porque, ya lo tengo dicho, la fatalidad económica lo domina todo. Así como es imposible á una muchacha del pueblo que gane treinta sueldos diarios vivir sin tomar un amante, de la misma manera es imposible á una gran dama que tenga 20, ó 25.000 francos de renta gastar 100.000 sin estar obligada á acudir al bolsillo ageno.

Esta necesidad en que se encuentra la sociedad de guardar ciertos hombres que tienen su papel en la organización del placer os explica lo pasado con Arturo Meyer. Tomar la espada de su adversario para herirle á sus anchas, era algo duro para todas esas personas que se las echan de nobleza, que cuentan valientes entre sus antecesores, que tienen hijos en Saint-Cyr, en el ejército, en la marina. Todo esto pasó también de moda.....

Uno que comia después de esto en el castillo de Boursault, me contaba que Arturo Meyer estaba allí en plena apoteosis. Celebrábase no sé cuál fiesta de familia y Meyer estaba encargado de iniciar los brindis y de ser el primero en lanzar los *¡hip! ¡hip! ¡hurrah!* que las 30 personas que estaban en la mesa repetían tres veces después de él.

La pobre señorita Simona de Uzés, descorazonada fué á encontrar al que me daba estos pormenores y le dijo: «Venid á jugar conmigo al billar, para que ese Meyer no vuelva á mi lado, porque le detesto.»

Por lo demás, á propósito de esta amable y hechicera joven tuvo Meyer un día con el conde de T. una conversacion épica que revela el imprudente aplomo del personaje.

Nuestro Semita se encuentra con el conde de T. en el bosque de Boloña.

—Buenos días, amigo mio, dice el judío. ¿Cómo estamos? Acabo de encontrar á Simona.

—¿Simona!..... ¿Qué Simona?

—Simona de Uzés, toma!

—La señorita Simona es mi prima, pero yo digo siempre hablando de ella: Señorita de Uzés.

De pronto las personas del mundo se encuentran atragantados con lo que se les hace tragar. Se me figura que el duque de Mortemart, que pasa por imperio en la materia, fruncirá el entrecejo al encontrar familiarmente instalado en casa de su parienta la duquesa de Uzés, al buen Yodudí, que tan descaradamente usa de una esgrima desconocida de los nobles de antaño.

Contemplo la cabeza del duque de la Rochefoucauld y del conde de Mun al recibir la carta en la cual el antiguo Mercurio de Blanche d'Antigny les anuncia estar satisfecho de ellos y que les envia 100 francos para la formacion de la Liga de Consulta Nacional, porque ve que con ellos «las conciencias realistas pueden estar absolutamente tranquilas.»

Las personas del mundo quedan ligeramente ofendidas cuando les cae encima algun chaparrón de este género. Inmediatamente les asoma disgusto en los labios; parécese grotescos á sí mismos; tienen la sensacion de representar una farsa deplorable y ridícula, pero la vanidad que les rodea les parece tan excelente que no tienen valor para renunciar á ella, de caer por sí mismos á lo menos, noblemente, segun sus tradiciones, en su dignidad, sin ostentarse como actores apostados en la comedia mundana.....

No vaya á creerse, sin embargo, que se entre fácilmente en esa sociedad, de modo, á lo menos, que se figure en ella absolutamente. Necesitase para ello cierta diplomacia, á menudo una continuada serie de negociaciones; si bien los escrúpulos de moralidad no entran en cuenta. El director de un grande establecimiento de crédito tiene por querida una *professional beauty*; pide ella á su amante que la presente á la duquesa de X..... Nada más sencillo. La dama, cuyo marido tiene quizás 12,000 francos de renta, envia 30,000 á un establecimiento de caridad para el cual se interesa la duquesa, y asunto concluido. La donante, amable y elegante, está enteramente admitida en aquella sociedad y nadie pensará en ocuparse en lo que ella hace ó en lo que deja de hacer.

Jamás entrarán mujeres menstruales de irreprochable conducta en casas donde son muy bien recibidas mujeres contrabandistas. Débese todo esto á arreglos que hacen entre sí los que, en cierto modo, han tomado por administracion el cuidado de asegurar fiestas á esa sociedad, los que son, en cierto modo, los administradores delegados del sindicato mundano. Sábese perfectamente que tienen su beneficio en esas introducciones, en esas presentaciones, esas negociaciones, pero se desfiere á lo resuelto por ellos porque, lo hemos dicho ya, son preciosos para la Sociedad y tambien porque tienen el tacto para arreglarlo todo, el sentimiento de la dosis, que saben hacer valer lo que determinan.

Todos saben semejante estado de cosas, y d'Andlau, en su conversacion con un gacetillero, tenia su cacho de razon al asombrarse de que se fuera tan severo para sus tráfico cuando se es tan indulgente para con los de los demás; y se explicaba acerca de esto con cierta ingenuidad en el cinismo que no deja de tener su mérito. «Todo se paga por encargos, decia Diógenes del Jockey-Club, y podria citaros un general

y varios civiles, pertenecientes á la sociedad más distinguida, que se hacen lindas rentas, trayendo augustos personajes á casa de los advenedizos que no tienen más que una situación social insuficiente.»

En efecto, sería error suponer que la Sociedad aristocrática, habiendo renunciado absolutamente á luchar contra la Revolución, se ha democratizado; forma más que nunca una casta aparte: ha renegado de todo lo que era la esencia de sí misma, el culto sombrío del honor, el desprecio de lo tocante al dinero, pero ha velado cuidadosamente por todo lo que era la etiqueta, el matiz social; ha ostentado su *Simulacro* porque este *Simulacro* le aseguraba un beneficio, obligaba á los plebeyos deseosos de rozarse con ella á pensar en lo que tenía todavía.

La cuestión de los títulos, de las situaciones nobiliarias es objeto de largas discusiones preliminares para una comida; porque hay que respetar las gerarquías y conformarse con los usos. Las duquesas son un cuerpo constituido; una duquesa, por ejemplo, no devuelve targetas de visita. Esto no impide que el yerno de una duquesa suba en coche al lado de Ephrusi, ó según me lo contaba uno de mis amigos diga cualquier judío á un Gramont que tomaba parte distraído en una cacería: «¿Qué teneis Gramont, que estais hoy muy flojote?»

No obstante: para la sociedad, todas estas distinciones, muy tenues y muy delicadas, tienen una importancia que nosotros no sospechamos.

En vano se buscaría el por qué de muchas de las leyes de ese código elegante en que las preocupaciones más anticuadas tienen su puesto al lado del reconocimiento, de la adoración más servil del rey moderno: el Dinero.

Todo trabajo lo considera la elevada sociedad francesa sino como vil, á lo menos como calificativo deshonoroso de

quien lo ejerce, que lo pone fuera de la *Gentry*, haciendo de él como un medio-paria.

No encontrareis grandes comerciantes, ni grandes industriales en la lista del Jockey-club. Los señores Hennessy son comerciantes de aguardiente, pero solo su nombre está en la casa, porque ellos no cuidan de nada. M. Gustier es también comerciante de vinos en Burdeos, pero ha invertido mucho dinero en el *sport* del Mediodía, y ha sido admitido como ginete, porque el Club se ve á veces obligado á acordarse de que es la sociedad de fomento.

Un fabricante de azúcares, como Sommier, encontraría no pocas dificultades para que le recibieran; le llamarían Sommier á secas; en desquite, encontrarais allí banqueros: Rothschild, banquero; Hossingner, banquero; Mallet, banquero.

El banquero que no es más que un parásito que saca su ganancia del trabajo ajeno, es el único trabajador aceptado, escogido, acogido por la Sociedad.

Para elucidar todo esto, fuera preciso penetrar en el interior de esos seres frívolos á la vez y complicados. Háse visto en ellos refinados, productos de largas generaciones de civilizados, manifestaciones decadentes de una cultura llevada al último extremo; son sobre todo naturalezas de niños incapaces de resistir á un deseo, á una afición, al atractivo de lo que brilla ó de lo que mete ruido.

Tienen á la vez del niño las candideces y las truhanadas, las timideces y los tapujos; no se atreverían á establecerse francamente mercaderes, pero desean mucho ganar dinero así como así y *juegan al billar*; buscan combinaciones. Los hombres se hacen *lanceurs*, organizan un día *selected*, declaran que es enteramente de moda ocupar tal puesto, tal día, en un Eden-cualquiera.

Entonces se dibuja el papel social de Meyer. Anuncia

que el teatro ha tenido una invasión con la *Hija de Madame Angot*, y no hay duda que había razón para que así fuera.

De seguro que provenía la invasión del público del deseo de ver otra vez la bonita pieza de Clairville, Siraudin y Victor Koning y de volver á oír la adorable partitura de Carlos Lecocq; pero había por razón más seria aun, el gran atractivo, el espectáculo imprevisto ofrecido por el más ingenioso de los directores á la más ansiosa de las muchedumbres, la reunión en la misma escena de *Ana Judic* y de *Juana Granier*.

Los gomosos de provincia están engolosinados; creeríanse deshonrados sino estuvieron allí el día indicado, pero todas las localidades están tomadas de antemano para el día *chic* por el *lanceur* gran señor que las hace revender muy caras.

Otros buscan otra martingala, esperan rehacerse en las carreras fundando al efecto pequeños comercios clandestinos.

Una familia que ha contado varios grandes sacerdotes de Francia subvenciona un almacén donde se venden sandías, bananas y vinos de Argel. Algunos operan en juguetes y generalmente acaban siempre por quedar engañados.

Las personas del mundo se libran del análisis de los novelistas hasta por la sinceridad en lo complejo de los sentimientos; de todo hay en ellos, implacable indiferencia para todo cuanto no les atañe, impotencia que parece incurable para comprender ciertas cosas muy comprensibles no obstante, falta absoluta de amplitud en las miras, necia terquedad en ciertas prevenciones, y, al mismo tiempo, en los mismos, cuando la pasión infantil se mueve, increíble maleabilidad, tolerancia que raya en cinismo, fatalidad en aceptarlo todo, en pasar sobre todo con semblante risueño,

soltura ante ciertas situaciones nada limpias que no tendría la Clase media.

Hay en eso influencias de antepasados de diez siglos. Pensad en lo que fué la antigua nobleza que hizo la Francia, que, durante centenares de años, reclamó, como á primero de sus privilegios, el derecho de derramar su sangre para el país y que la derramó profusamente. Pensad en la grandeza de la nobleza de provincias tan respetable en su orgullosa pobreza, en la que no se concedía más ideal que sacrificarse en servicio del rey. Esos hombres apenas si venían una sola vez á la Corte; después de treinta años de servicios, recibían la cruz de San Luis y se volvían á un rincón de provincia, mientras iban sus hijos á reemplazarles en el ejército.

De esto quedan huellas imperecederas en el alma de los descendientes y, en ciertas ocasiones, se reconocen dignos de sus antecesores. Las demás influencias permanecen igualmente. Hay en ellos mucho del hombre de Corte irreprochable en las maneras, ageno empero á todo sentido moral, como eran los grandes señores que se empleaban en dar queridas al rey.

Hay también, ¿por qué no decirlo?, recuerdos de las costumbres del siglo XVIII, en que se citaban á centenares las mujeres que Voltaire llamaba *Valetudinarias*, las amantes de criados. Más de una abuela podría repetir, viéndola á sus nietos en las rodillas de Rothschild, la frase de una gran dama de tiempos pasados que gemía por la bajeza de su hijo, diciendo: «Probablemente me quedaría dormida en una antecámara.» Todavía está por hacer el libro que hay que escribir sobre esto. Pablo Bourget habría podido emprenderlo, pero no lo hará, y ya dije por qué. El escritor á quien se ha llamado «un novelista para baronesas israelitas» ha confun-

dido la palabra judío, cuyo favorito es, con la Sociedad verdadera que no se parece en nada absolutamente con la gente judía, aunque reciba la consigna de los judíos.

Otro error del autor de *Mentiras* ha sido dar excesiva importancia á pormenores exteriores, á accesorios, á niñadas, á interioridades más en uso, por lo demás, entre ciertas señoras del barrio Montmartre que entre las mujeres del Barrio Saint-Germain y dar por firme que toda esa gente era moderna.

Lo exacto es muy distinto. Los representantes de la Aristocracia están en el tren como se dice, pero también en la diligencia; están en la diligencia más rezagada para las ideas y en el tren el más *relámpago* para manumitirse de toda regla que moleste lo extremado, las modas ridículas, las excentricidades de mal gusto. Los vicios de esas personas son vicios que existían en las sociedades más antiguas, y las ideas no se pegan absolutamente al movimiento moderno, no digo en el punto de vista de los sofismas puestos en circulación por la prensa franc-masona y judía, si no en el punto de vista de una comprensión más extensa de las cosas, de cierta abertura en el universo ensanchado.

Lejos de esto, debiera en mi concepto notarse una especie de retroceso hácia los tipos de antaño.

Es propio de imaginación de jóvenes estudiantes que vivan en los recuerdos del romanticismo, figurarse la mujer del verdadero mundo como una criatura osiánica, vaporosa, impalpable, diáfana, soñando amores místicos y placeres etéreos, parecida á la dulce Paulina de Beaumont, que Bonad definía: «Una alma que encontró un cuerpo por casualidad.» Sin duda los niños nacidos en pleno Terror, en las triztezas de la proscripción, pudieron mirar la huella de los días sombríos que vieron su nacimiento, pero la sangre era tan rica, tan caliente, que pronto se rehizo.

El reinado de Luis Felipe, durante el cual toda la aristocracia se disgustó, fué para ella un beneficio material y moral; tomó nuevo vigor en la vida de provincia y se reconstituyó allí física y pecuniariamente. Hasta bajo el Imperio, era limitado el número de los cocodetos, porque, por un raro fenómeno, solo cuando la República hubo cubierto el país de ruinas y Francia estuvo definitivamente perdida, abandonóse completamente á la alegría la nobleza parisien, mucho tiempo encerrada en sus viejos palacios...

Al contrario de la raza obrera, gastada en labrar la fortuna de la Clase media, y de la raza menestral que la ambición, el deseo de enriquecerse, la vida intelectual han comenzado ya á extenuar, la raza aristocrática no ofrece las señales de debilidad que se complacen indicar en ella.

Boireau diría, y con razón: son hermosas las mujeres del mundo....

Cierto que el origen patricio se revela siempre en los finos enlaces, en las líneas elegantes, pero la salud, la vitalidad, el amor á la vida aparecen en todas partes en esos seres que tienen músculos, carne, sangre, que son nobles muestras de la especie humana llegada, gracias á un concurso de circunstancias favorables, á su máximo de fuerza y distinción.

Los jóvenes, cuando están ociosos en París, mueren luego víctimas de los bajos deleites y de los refinamientos de la ciudad maldita; son idiotas y extenuados prematuramente y vaciados los tuétanos, atrofiado el cerebro y podrido el corazón, bobean precocemente en los mal sanos entretegidos de la gran Prostituida cosmopolita.

Los que pertenecen al ejército, al contrario, son personas robustas y que da gusto verlos. Todos los osados ginetes, cazadores, húsares, jefes de coraceros, bien montados en sus pesados caballos se contemplan con afición. No les

pesa la vida militar; ricos casi todos, no se fastidian como los oficiales de infantería; su gente les quiere más que á estos.

Ved á soldados de infantería descubriendo de lejos á un oficial en la calle: muchos retrocederán, aparentarán mirar algún aparador por no saludar.

Examinad un grupo de caballería sentados en un banco á unos cuantos pasos del cuartel; todos, al ver á su oficial, se levantarán para saludar.

La diferencia se comprende fácilmente. El oficial de infantería brega á menudo con dificultades varias, y sus subordinados se resienten de su mal humor; el oficial de caballería, nacido generalmente en una clase donde se tiene la costumbre de estar servido, tiene otras maneras en el mando; justifica en el ejército la frase de Goncourt: «En el modo de mandar un hombre á los que tiene á sus órdenes se conoce si es bien nacido; el hombre de cuna vulgar manda á sus servidores, solo el hombre bien educado les habla.» Los oficiales de caballería hablan casi siempre muy cortésmente á sus hombres y les obedecen siempre muy fácilmente.

El hecho es indiscutible, cualquiera que sea su razón.

En un regimiento de infantería, es envidiado, mirado con malos ojos el oficial rico; en la caballería, los soldados se alegran del lujo que puede desplegar uno de sus oficiales: siempre les va algo en ello y les parece que esto honra al regimiento.

Lo que se llamaba espíritu de cuerpo apenas si existe ya sino en la caballería. Ved lo que pasó en Luneville. Insultado cobardemente el coronel del 7.º de dragones por dos pilluelos de la ciudad, que fueron absueltos con entusiasmo por el tribunal, fué más cobardemente abandonado todavía por Ferron, el ministro de la guerra.

En ciertos regimientos de infantería, los soldados se habrían alegrado; habrían leído en las cuadras los periódicos judíos que insultaron al coronel. Los subalternos y soldados del 7.º de dragones se irritaron, al contrario, á favor de su jefe indignamente ultrajado y fueron, de noche, á romper los cordones de campanillas de los republicanos acomodados de Luneville.....

Los republicanos vendidos á Alemania, se hicieron, naturalmente, este sencillísimo argumento: «Cuando los soldados demuestran de este modo su simpatía á su jefe en tiempo de paz, estarían dispuestos á batirse admirablemente bajo sus órdenes en tiempo de guerra, alejemos pues del ejército á ese hombre peligroso para la Prusia. Ferron, á quien la prensa conservadora cubría de elogios, fué bastante vil para obedecer á esas intimaciones, y, despues de haber castigado al bravo coronel Bonchy con treinta dias de arresto, le declaró de reemplazo..... (1).

Las clases elevadas, que solo tienen mediano cuidado de sus intereses morales, tienen cierto instinto de su conservación física. Los matrimonios entre jóvenes del mundo y oficiales, ántes muy raros, se multiplican muchísimo de algunos años acá y de seguro que traerán á las antiguas familias francesas elementos de salud y fuerza.

(1) Debiendo ser la caballería la primera que entre en acción en la próxima guerra, esfuérganse por quitar su mando á los jefes que tienen á sus regimientos en el puño. Por esto se le dió el retiro muy poco há al coronel Bremond d'Ars, jefe del 8.º regimiento de coraceros en Senlis.

Al presentar el general Charreyron el regimiento al nuevo coronel, no pudo dejar de hacer justicia al coronel Bremond d'Ars, diciendo: «Os entregó un excelente y buen regimiento que está en mucho mejor estado que el año pasado.»

Freyinet se negó obstinadamente á escuchar las explicaciones del coronel, y le castigó sin ni siquiera dignarse escucharle. La Masonería había juzgado que ese bravo oficial podía ser útil á Francia; exigía que fuese despedido del ejército, y Fraycinet-el-Miedo obedecía.....

Sí, de seguro podría hacerse una curiosa pintura de la gente aristócrata, que tanto lugar ocupa todavía en una sociedad que se da aires de democrata, y comprendo que los escritores psicólogos de nuestra época estén á la vez tentados por el asunto y afligidos por no poderlo tratar como quisieran. En efecto, es indefinible el encanto, muy real, que ejercen las verdaderas personas del mundo. Esas personas de fiero egoísmo, y que no se interesan absolutamente sino á favor suyo, son los únicos que os hacen comprender verdaderamente lo que es la sociabilidad y el atractivo que pudieron tener los salones de antaño. Preséntanse siempre libres de todo cuidado, de agradable acogida, perfectamente cómodos; todo su ser expresa una sola idea: la satisfacción de recibir á los que están en su casa.

Jamás tendrán esto las personas inteligentes; podrán ser amables, atentas, solícitas, pero nunca llegarán á esta especie de abandono tranquilo, de serenidad benéfica, que cambia, por algunas horas, el mismo ritmo de la vida contemporánea.

En esto vería yo francamente una especie de lucha entre el Personalismo y el Egoísmo. El Personalismo de todos los modernos, políticos, escritores ó artistas es una preocupación del *yo*, sin duda, pero en las relaciones de este *yo* con el movimiento general, inquietud del eco que tendrán vuestras obras ó vuestras ideas, vibración también, en vuestro ánimo, de todos los acontecimientos que interesan á Francia ó Europa, de un discurso de Bismark, de una injusticia, de un hecho cualquiera que nos conmueve. El Egoísmo de las personas del mundo es una indiferencia risueña para todos, una plenitud de satisfacción de su *yo*, tal cual es, tomado en sí mismo.

Quédase uno asombrado al dejar estos huéspedes; no os han adulado groseramente, ni os han discutido amarga-

mente; no han soltado la menor necedad á propósito de las cuestiones que les son enteramente profanas; os ha parecido, al escucharles, que vivían absolutamente en igual orden de ideas que vuestros compañeros; solo están más á su satisfacción y no sentís la especie de fatiga que experimentáis al salir de una sociedad exclusivamente intelectual.

Algunos, como Caro, encuentran esto delicioso y vuelven á ello como el oso al árbol donde encontró miel: se acostumbran á aquella atmósfera, respiran allí voluptuosamente, diciéndose: «¡Soy del mundo! ¡Cómo se le calumnia!»

Y le traen tesoros para recompensarle por el reducido sitio que se digna concederles, como el pobre primo Pons que traía abanicos inapreciables, abanicos de reina á la presidente Camuzot de Marville, en cambio de una invitación á comer. Luego, el mejor día, oyen las duras é insolentes palabras que oyó Pons detrás de una puerta. Inclínada en el pasamano, arriba de su escalera, al pié de la cual espera el criado, una gran señora le grita como á Caro: «¡Buenas noches, animal!» Vuélvense, con aquella palabra á los oídos, á sus habitaciones de la calle Gay-Lussac y no obstante todos los cuidados de amigos verdaderos, mueren como Pons y como Caro, de su desilusión, sintiendo que les falta algo, soñando en el mundo que les ha muerto, murmurando: «¡Era tan lindo así como así!»

Puédese decir de las personas del mundo lo que un domador de uno de sus tigres: «Veinte años há que vivo con este animal, y todavía no se me ha acostumbrado.» El verdadero mundano será tan amable para vosotros la primera vez que os reciba como si os frecuentara desde veinte años atrás, y, al cabo de los veinte años, le seréis tan indiferente como si os viera por la primera vez.

No creáis que se trate de una cuestión de casta ó de nacimiento: el mundo es también despiadadamente egoísta

para los suyos. Mientras la Sociedad ve á alguno que nada, que se sostiene encima del agua, todo va bien; desde que se ha zambullido, se acabó.... Segun os lo he explicado, no se mira en manera alguna á los medios que una familia *high life* puede emplear para conservar su rumbo de casa, sus criados, sus carruajes; se ponen á su servicio todos los medios de accion de la colectividad mundana; si la casa deja comprender, con media palabra, que pueda serle útil, se invitará á un salon, poco accesible, al más despreciable de los ladrones judíos, á un negrero, á un antiguo dueño de casa de prostitutas en el extranjero que haya realizado una gran fortuna.

Luego que la familia ha sucumbido á los piés de la fortuna ya no se la conoce, ni siquiera se la recibe más. El hombre y la mujer se convierten en seres funestos, evocan malhadadas imágenes de tristeza y ruina. La primera mujer del baron de Erlanger, después de haber sido una de las triunfantes de Paris, habiase visto reducida á hacerse algo parecido á tratante en lienzo, y aunque estaba emparentada con grandes mundanas, no podía ni aun llegar á ver á sus antiguas amigas por la mañana.

Este egoismo, además, es una necesidad hasta de existencia para todos los que ocupan importantes puestos en la alta sociedad.

Pensad que hay mujeres que empuñan el cetro de la elegancia desde el comienzo del segundo Imperio y figuráos cuán cansados estaríais si tuviérais el cetro de la elegancia desde tanto tiempo.

Imaginad cuánta diplomacia, habilidad y atencion han debido desplegar esas mujeres, algunas sin gran fortuna, para guiar su barco de velas de seda, lo que habrán ellas visto, pasado y aceptado. Seres que, en medio de las fatigas y trabajos da la representacion mundana, sintieran el re-

chazo de todos los acontecimientos y de todas las preocupaciones actuales, tendrían patriotismo, fe, dignidad, sensibilidad, disgustos, indignaciones, sacrificios, no vivieran diez años esta vida. Los verdaderos mundanos pertenecen á una clase especial como los políticos; nada les afecta, nada les apasiona. Todo para ellos es sencillo espectáculo, un espectáculo que miran, pero en el cual no se interesan sino para sí propios....

Esta impasibilidad en el egoismo, que descansa por el contraste á los calenturientos y á los inquietos, es, en mi concepto, la única explicacion del vivísimo encanto que ofrece el trato momentáneo de las personas del mundo; es el único rasgo que las distingue de los demás, porque, esto aparte, nada tienen de particular; son bastante distinguidos comunmente, pero distan de tener buenas maneras. Para con mujeres de su sociedad tienen un tono de familiaridad, un aire de franqueza que es de muy mal gusto; no saludan respetuosamente sino á las baronesas judías, cuando piensan pedir dinero prestado al marido.

Diciendo esto se excita la indignacion de los periódicos del *high life*, pero es la exacta verdad.

EvoCAD á un señor de la corte de Luis XIV, tomadle por juez, rogadle que mire como José Prudhomme y un gentleman actual hablan á una mujer, y vereis su opinion.

—Señora condesa, dirá Prudhomme, tengo la honra de presentaros mis homenajes; ¿espero que vuestra salud sigue bien?

—Buenos días, dirá el gentleman, con aire desapegado, á veces con un pequeño gesto de la mano, ¿cómo está?

En el fondo, el pobre Prudhomme representa las grandes tradiciones.

Debe añadirse tambien que la falta de toda seriedad afec-

tada, siempre en las personas del mundo auténticas y no entre los judíos, es el lado bueno de ese género algo despechugado. Prescindiendo de algunos imbéciles que remedan á los ingleses, los hombres son lisos y llanos, sencillos y francamente joviales; las mujeres más encopetadas no son ni bachilleras, ni neciamente pedantescas; continúan siendo muy francas en sus maneras.

Solo una cosa debe evitarse con cuidado en el mundo, y lo digo para los jóvenes deseosos de figurar en los salones. Se os perdonaría en rigor que mojáis el pan en la salsa del plato; es preferible abstenerse de hacerlo, pero al fin dirían: «Es un hombre muy amigo de la salsa.» En cambio, no se os antoje hablar jamás de los «deberes sociales de las clases directoras.» Al decirlo veriais un movimiento de hombros en son de protesta muda. Todos los convidados pensarían á la vez lo mismo: «Este es un caballero que debe evitarse con cuidado;» sin abrirse ninguna boca, todas mimearían el mismo monosílabo: ¡*Chit!*

Esta materia es quizás la única que ataca realmente los nervios de las personas del mundo.

Ya he dicho que los sentimientos religiosos son reales en la Aristocracia, pero también son de un orden particular. Sin duda que la claridad de la Iglesia no es todavía para las clases superiores de Francia lo que es la Iglesia anglicana, según Carlyle, para los protestantes de Inglaterra: «Una luz eclesiástica que se desploma pendiente de sus antiguas ataduras vacilantes, pretendiendo ser una luna ó un sol aunque visiblemente no sea más que una linterna chinesca compuesta sobre todo de papel con un cabo de vela que muere toscamente en su agujero.»

A pesar de todo, esta claridad alumbrá poco esas inteligencias y calienta inmediatamente esas almas indiferentes á todo lo que no es el deleite inmediato.

Las gentes del mundo son más bien prácticas que verdaderamente piadosas. En su religión ocupan el puesto principal la parte del culto, la observancia, el respeto de los ritos. Personas que viven ostensiblemente fuera de todas las leyes de la Iglesia, continúan observando todas sus prescripciones. Sé perfectamente que en el fondo están en lo cierto hasta determinado punto. Es el raciocinio del italiaque os dirá: «No tengo razón siendo adúltero y gimo por mi debilidad, pero no veo ninguna necesidad, porque cometa un pecado tomando la mujer de mi prójimo, de cometer otro comiendo carne en viernes.»

En el fondo, al cristianismo francés, formado de rectitud y lógica al mismo tiempo que de fé, le cuesta trabajo doblegarse á estos compromisos de conciencia. Parece muy natural que un hombre llevado por violenta pasión, se aparte enteramente de la Iglesia. En ciertas horas de turbación é ira no se tiene la idea de orar; en otros momentos, al contrario, en una iglesia como en campo abierto, en el centro del París tumultuoso, el alma contenta de sí misma parece volar hacia el infinito, gustar indecible alegría en unirse con su Criador, en sentir que está en comunicación con él. Esto es una impresión desarreglada: todos los teólogos os dirán que la oración, hasta cuando es solo un acto maquinalmente realizado y que el corazón no puede asociársele, es saludable y fecunda también.

El mundo á la verdad está lleno de deferencia hacia la Iglesia, pero con la condición de que la Iglesia no moleste el placer que sobresa á todo, que se antepone á todo. «El ilustre arzobispo, el venerable pastor...» Pero si el pastor piensa condenar las exhibiciones indecentes de ciertas fiestas de Caridad, nadie se fijará en lo que dice y las ovejas bailarán alegremente como niños alrededor de su pastor.

Observad que esas personas no protestarán jamás, ni dis-

cutirán nunca; siguen en sus trece y nada más. El periódico que hace autoridad para los católicos patricios no es el *Univers*, que tantas veces ha levantado su voz contra ciertos escándalos que se abrigan detrás de una supuesta Caridad, sino el periódico de Meyer, el *Gaulois*.

Hasta me asombra que á costa de tantos esfuerzos, poniendo los Jesuitas al servicio de su obra, al mismo tiempo que tan heroica abnegacion, tan maravillosa inteligencia, no hayan podido obtener más de las jóvenes generaciones que pasaron por sus manos.

Estas ideas se me ocurrían á menudo yendo por los caminos del Kent, cuando yo vivía en Canterbury. Aquellos caminitos ingleses, conservados como paseos de parque, tienen particular pintoresco y uno se detiene á veces como soñando delante de aquellas quintas cuyas ventanas de minúsculos cuadrados están adornadas con la inevitable macesta degeranio. Todavía veo en el sitio donde estaba un indigena cuyo rostro nunca ví. Vuuelto de espaldas al camino, apoyado, cruzado de brazos, en la cerca de madera que cerraba su jardincito, estaba allí, en contemplacion delante de su quinta; siempre le encontré en el mismo sitio y en igual posicion. Imaginé que sería algun viajero que habria dado cinco ó seis veces la vuelta al mundo y que descansaba al fin.....

Fuera de esto, ningun país es más propio para el reposo, y en ciertos momentos aquella atmósfera inglesa, que dicen ser tan desagable y malsana, tiene no sé qué de penetrante y lánguida que no carece de atractivo. El paisaje parece más romántico que en Francia. Cuando uno ha admirado por largo tiempo las torres de la catedral de santo Tomás Becket, que se destacan, imponentes, sobre el horizonte, descúbrese, al volverse hácia otro lado, un rincon de país de fisonomía totalmente diferente, habitaciones muy

limpias, enteramente modernas, y, á pocos pasos, un arenal cerca de un puente que, á la luz de la luna naciente ó por un cielo de otoño, alimonado y ágrío de tono, como se le encuentra á menudo allí, toma fantástico aspecto.

Pensaba en los maestros de aquel colegio del destierro, en aquellos hombres selectos que renunciaron á todo para consagrarse á la educacion de la juventud. Hay allí individualidades verdaderamente sorprendentes para nosotros, hombres de treinta años, en pleno desarrollo de una inteligencia notable, que se privan hasta del placer de leer libros que les interesarian, ocuparse en cuestiones que les atraen, para servir de peones á niños, que duermen con ellos en los mismos dormitorios, que, nacidos ricos, se sujetan á las más áridas tareas, á las más repugnantes, las más insulas.

Siéntese uno tentado á decir: ¿para qué sirve esto? Fuera de los oficiales que honrarán á sus maestros, los jóvenes, cuya educacion habrá costado tanto trabajo, dirigirán el cotillon en los bailes dados por algun judío enriquecido con especulaciones podridas y desvergonzados golpes de Bolsa.

Nada puede en esto el Jesuita, y, en el fondo, el estado social tal cual es no le parece quizás tan odioso como á nosotros mismos. Cada órden tiene una efigie particular al mismo tiempo que una mision distinta. Llegaron los Jesuitas cuando la Edad media habia terminado y no conocieron el admirable órden cristiano en que descansaba la sociedad del Pasado; han sido los hombres de un estado social nuevo; han modelado y formado á su imágen el gran siglo XVII que fué su siglo, y todas sus ideas se resienten todavia de aquella época. Su concepcion de la vida general es un arreglo mútuo donde todo se arreglaria merced á su abnegacion propia, á su conocimiento del corazon humano, á un lazo recíproco. No ven muy claramente la necesidad de instituciones sociales que aseguren el trabajo contra la explotacion

del Capital; si tuvieran influencia, todo iría bien, como iba en el Paraguay del que habían hecho un Paraíso terrenal sin organización fija, sin sistema determinado, únicamente porque siendo excelentes personas lo conciliaban todo desde que podían obrar á su antojo.

Los judíos detestan á los Jesuitas porque son por su organización el más seguro baluarte de la Iglesia, pero los Jesuitas no tienen para los judíos la aversión que sienten hácia las órdenes que estuvieron mezcladas con la vida de la Edad Media. Además, y esta es la nota dominante de su tipo, los Jesuitas tan rudos para sí mismos, tan indiferentes para las alegrías humanas son esencialmente sociables; tienen en cuenta todo lo que tiene una categoría en la Sociedad, sin ocuparse gran cosa en el modo con que se adquirió; seguros de sí mismos, tienen el optimismo algo desdenoso de los seres de grande virtud y no piden imposibles.

Es indudable que un hombre que tiene el carácter tan sólidamente templado para ser Jesuita no se habría casado, aun cuando se hubiese quedado en el siglo, con la hija de un usurero judío, pero no encuentra malo que un alumno de los Jesuitas contraiga tal matrimonio. El Jesuita conoce á fondo al alumno; sabe la futilidad de las naturalezas, su necesidad de lujo; comprende que el pobre diablo, luego que se haya comido su patrimonio, no tiene talla para hacerse un puesto en la vida, y se dice: «Una vez sea rico, sostendrá su puesto en el mundo, tendrá excelente boato de casa, hará buenas obras; despues de todo, es otro tanto tomado al enemigo; porque si se cuenta con los gobiernos modernos para hacer que Israel reintegre lo robado, es contar sin la huésped.»

Esto os explica que la introducción del Judío en la Sociedad francesa no haya encontrado muy serios obstáculos de

parte del Jesuita cuya acción es sin embargo grande sobre la alta Aristocracia.

Los Jesuitas con su influencia, los escritores cristianos con su elocuencia, los escritores radicales con su insolencia nada pueden contra la irresistible fuerza que empuja á las clases privilegiadas á destruirse á sí mismas.

La Aristocracia, desterada, desarraigada por la Revolución, no ha podido afirmarse en el suelo de Francia; ha quedado reducida á planta de invernadero. En el mismo instante de la Revolución, no tuvo ninguna idea de sus verdaderos intereses: en lugar de asirse al terron francés, creyó en una especie de Francmasonería de la sangre azul; se confió á la Aristocracia europea que la mantuvo, se burló de ella y la engañó. Todavía ahora obra de la misma manera; es víctima de una ceguera semejante: espera para protegerla en una especie de Francmasonería de los intereses, de los placeres, del dinero; no piensa en imitar á los nobles Rumanos, los Gerghel, los Cortazzi, los Butenlesco, que se ponen al frente de un movimiento nacional contra los judíos, que gastan cantidades enormes para excitar todavía á los aldeanos contra ellos.

Muy al contrario, en lugar de hacer causa comun con los pequeños propietarios arruinados, los pequeños fabricantes vueltos al estado de asalariados y que constituirán muy pronto el más temible batallón del ejército socialista, la Aristocracia se identifica de cada vez más con la Judería, la Alta Banca, los grandes explotadores; se aleja de cada vez más de los trabajadores, de los franceses indígenas, cuyo fondo de ideas de igual origen, igual concepción de cierto ideal en la vida debieran aproximarle; só pretexto de que todos los escudos son hermanos, se solidariza con los enemigos del país. Durante la Revolución el corazón de la

Aristocracia no estaba con los aldeanos heróicos que luchaban en Vendée, estaba con Coblentz;—ahora está con Francfort...—Francfort; no le saldrá mejor que Coblentz.

Forneron, en su *Historia de los emigrados*, refiere una anécdota muy característica.

Perseguidas en todas partes, extenuadas, sin recursos, las más grandes damas de Francia fueron á varar, que digamos, en un minúsculo principado de Alemania.

Al tener noticia la margrave de aquel punto de la presencia de aquellas emigradas, manifestó la intencion de dar un baile en honra de ellas.

¡Un baile! ¡qué sorpresa y qué alegría! Remendando sus pobres trajes, dispusieron las fugitivas de Versalles para ir alegremente á casa de la margrave...

El chambelan de la Alteza en miniatura fué gravemente á ponerse de acuerdo con los invitados y las invitadas á fin de indicarles la etiqueta. Al entrar, debian las damas besar la mano de la Serenísima.

¡Besar la mano de una margrave ridícula que reinaba á pocas leguas del país! Para comprender el estupor que causó esta proposicion impertinente, es preciso trasladarse á los años que precedieron á la Revolucion, pensar en la opinion que tenia de sí misma aquella aristocracia que se creía, y no sin razon, la primera de Europa. En Versalles no se besaba la mano de la reina de Francia: en el momento en que, despues de las tres reverencias, se inclinaba la dama presentada para besar la mano, la reina levantaba amablemente á la dama inclinada y hacia una reverencia á su vez...

Quedaron rotas las negociaciones y decidióse unánimemente que la gruesa mano colorada de margrave no sería besada por la flor de los guisantes de Trianon.

La margrave habia fijado aquella idea en su cabeza tudesca, y sabido es que al meterse una idea en semejantes cabezas, no sale de ellas fácilmente. «¡Sea! dijo ella, no hay besamano, no hay baile!» Y el chambelan, con su llave en la espalda, fué á notificar este ultimatum.

Al cabo de ocho dias, capitulaba la nobleza de Francia, y, para tener el baile, besaba la mano de la margrave.

Esta historia de ayer será la de mañana. Proscritos, nuestros grandes señores y nuestras grandes damas besarán la mano de algun judio enriquecido que tendrá la plica, la sarna y la roña; ¡qué digo! se la besan ya, aquí, mientras están todavía en tierra de Francia.....

II

EL POBRE Y SU PAPEL EN LA SOCIEDAD ACTUAL.

Lo que el Judío ha sacado del Pobre.—Gregorio VII y Leon XIII.—Una reorganización de las obras de Caridad.—Una pieza por hacer.—El Pobre, el Capuchino y el Republicano.—Goldschmidt ó el buen rico.—La hija de un soldado.—Un rasgo de generosidad de los Rothschild.—Un dinero que no llega jamás á su destino.—Un recuerdo de la lotería de las Artes decorativas.—Meyer.—Avenel.—Un Heilbut que no se encuentra.—Los bonos de la Prensa.—Un vencido de la vida.—Setenta y cinco años y sin pan.—Jourde se muestra.—Crouzet y la asociación de los periodistas.—Lockroy ó el presidente previsor.—Goirand ó el prefecto proeurador.—Las personas que disponen del presupuesto.—El testamento de Victor Hugo.—Los 50,000 francos á los pobres de París.—El Idolatrado en los andenes.—El odio del pobre.—Misión moralizadora realizada por el Pobre.—El Pobre en la sociedad de antaño.—Jesucristo se vistió de pobre.—El falso orden.—El fin de una jornada de París.—Lo que no puede decirse.

¿Quién junta en haz los incoherentes elementos de esta sociedad?

El Pobre.

El historiador de lo Porvenir que quiera estudiar á fondo esta sociedad extraña deberá muy especialmente fijar su atención en el Pobre.

La civilización judía se ha excedido á sí misma en la manera con que ha utilizado al Pobre; habiase hecho un instrumento de explotación de cuanto era grande en la humanidad; habiase servido de la guerra para organizar empréstitos; habia monopolizado la palabra impresa destinada á llevar á todas partes la verdad para engañar al público y arruinar á los cándidos por reclamos mentirosos; del duelo

feroz de antiguos tiempos, habia hecho un pretexto para una causa criminal á consecuencia de una herida en la epidermis de la palma de la mano, segun el método de Jacob; la utilizacion del Pobre ha sido su obra maestra.....

El Pobre, á quien, á ejemplo del Salvador, todos los Santos han tratado como un hermano, se ha convertido en manos del contrabando judío en campo de rendimiento, en cartelón de anuncios, en marmota que se la hace danzar para hacerse interesante, en pretexto, excusa para todos los compromisos, para todas las capitulaciones de conciencia.

Leon XIII, á comienzos de su pontificado, habia tenido proyectos de reorganización muy elevados y deseaba dar un impulso comun á las diversas misiones de la Iglesia; habria querido que las obras de caridad, las obras de enseñanza y las de apostolado por la palabra pudieran, sino fundirse entre sí, á lo menos obrar juntas bajo una direccion superior, y retrocedió ante la imposibilidad de arrancar las obras de caridad á los que hacen de ellas empresas particulares...

Cuando Gregorio VII intervino en la cuestion de los sacerdotes casados con cuyo motivo escribió Michelet una página de tan rara potestad y recordó, de la manera más enérgica, las leyes de la Iglesia acerca del celibato, hubo en ciertos países una explosion de furor. El arzobispo de Maguncia leyó la bula temblando, y cuando hubo acabado, todos los señores eclesiásticos de las orillas del Rhin, condes y príncipes al mismo tiempo que obispos, grandes cazadores, intrépidos vaciadores de los grandes cacharros donde humeaba el Roemer, se arrojaron sobre el infeliz lector, casi locos de ira y de lujuria, y por poco no le mataron...

Sostenido Gregorio VII por el pueblo, se mantuvo firme y salvó á la Iglesia deshonrada por el concubinato de los sacerdotes, que habia llegado á ser, en cierto modo, un matrimonio reconocido. Todo el mundo obedeció y hasta tres-

cientos años después no salió la Reforma de los calzones tempestuosos de un mal fraile á quien se le hacia harto pesado su voto de castidad.

Leon XIII no habria podido conseguir su propósito aun cuando hubiese querido realizar su plan de reorganizacion de las obras de caridad; porque le habria costado más someter á los mundanos que á los Burgraves episcopales de la Edad Media.

En efecto, pronto se disgregaria el grupo de los felices y de los ricos si no existiera el Pobre; para el Paris elegante seria un verdadero desastre una huelga de Pobres. Si esta ocurriera, se moririan de fastidio muchas damas elegantes; otras moririan de hambre entre las que pasan por pagar parte de su lujo con fiestas de caridad organizadas con gran bombo.

Merced al Pobre, algunas mujeres que han perdido el tiempo sin medrar, pueden rozarse con madres de familia irreprochables. En nombre del Pobre, abordaban los clientes de la Ratazzi con d'Andlan la cuestion de la condecoracion. «Sé que sois muy caritativo, mi general, aquí teneis 20.000 francos para vuestros pobres.» Detrás del Pobre hizo Arturo Meyer su segunda entrada y fué á sentarse, después de sus desdichas, á la misma mesa que hombres como Cassagnac, que se han batido quince ó veinte veces leal y valientemente. Con el dinero destinado al auxilio de los periodistas pobres se divierte Crouzet en compañía de horizontales, y los pobres coléricos permiten á los organizadores de la fiesta de las Tullerías festejar gozosamente en el Continental y á los areonautas comprarse lo que les faltaba...

Hice tiempo ha el borrador de una pieza en 5 actos cuyo asunto hubiera sido: el *Pobre*.

En mi comedia no se ve al Pobre, pero continuamente se

habla de él. En su nombre se llevan á cabo las relaciones más extraordinarias y se ponen de manifiesto las más asquerosas promiscuidades. Personas sin tacha fraternizan con caballeros de industria, propios maridos que abren su gineceo al amante de su mujer, insultadores de la religion abrumados á fuerza de miramientos por sinceros cristianos. Todo esto, «es para el Pobre.»

Solo en el acto V, en el momento en que la fiesta de beneficencia, anunciada por toda la prensa, está en todo su brillo, cuando á la luz de las arañas, al ruido de las orquestas alegres, están las danzantes medio desfallecidas en los brazos de sus caballeros, se presenta el Pobre..... Llega triste, da lástima verle, surcado el rostro por los padecimientos; los andrajos que lleva chorrean de lluvia. De todos los pechos sale un grito: «¡Un policia! ¡Detener á ese hombre y llevarle á su puesto!»

El pobre huye al oír aquella gritería y, ya en la calle, encuentra un Capuchino que viene de consolar á un moribundo..... El Capuchino reconoce á uno de aquellos que Nuestro Señor Jesucristo amaba tanto, y dice al Pobre: «No tengo sino una sopa de agua, pero ven conmigo y nos la partiremos.»

Entonces, republicanos, Clemenceau, Granet, Lockroy, Laguerre, Anatolio de la Forge, otros por el estilo, bolsistas, organizadores de sindicatos salen de la fiesta donde han encontrado personas honradas bastante débiles para estrecharles la mano; están ya ébrios de champagne, y, antes de ir á terminar la noche en casa de las prostitutas, hablan de los excelentes negocios que hay en preparacion. Descubren de pronto al Capuchino que se aleja ya con el Pobre, y le insultan con sus voces avinadas gritando: «¡Hola! ¡tú botarate! ¡tú *Vobiscum!* Mañana subiremos á la tribuna para denunciarte al Pueblo!»

Efectivamente, lo propio del Pobre moderno, lo que habría sido el lado lamentablemente cómico de mi pieza, es que todo París se pone á su favor en completo desorden, y se le detiene tan luego como se deja ver...

No hay cosa más instructiva en este concepto que la dolorosa aventura de una dama digna de todas las simpatías, la Señora Miguelina de Gradowitz de Nowika el mes de junio pasado ante la policía correccional.

La señora de Gradowitz de Nowicka que se encontraba extremadamente apurada, rifaba un gran pañuelo imperial chino de raso ricamente bordado. El tal pañuelo procedía de la Exposición universal de 1867.

La siguiente carta dirigida por la Señora de Gradowitz al procurador de la República, manifiesta en qué circunstancias fué denunciada al tribunal la desgraciada mujer:

...En mi cualidad de extranjera, ignoraba completamente que la ley francesa prohibiera la lotería privada. Encontrábase con mi hija en París, en una posición bastante comprometida, desde la pérdida de la fortuna de mi marido, quien, á consecuencia de pesares, ha caído enfermo. Actualmente está atacado de parálisis.

Debiendo educar y cuidar á mi hija, que tiene doce años, nacida en París, y que no puede soportar el clima de Rusia, me veo obligada, tanto por su salud como por su educación, á habitar en París. Por lo muy delicada que está mi hijita, está casi continuamente enferma, con lo que me ocasiona muy grandes gastos.

A pesar de la pensión que recibo de mi familia para vivir, sobre todo á causa de la pérdida que es preciso subir en el cambio de los rublos, me encuentro á menudo en grandes apuros de dinero.

Deseando aliviar algo mi situación, é ignorando que es necesario tener una autorización para una lotería privada, puse á la lotería un pañuelo de valor que data de la Exposición de 1867. He organizado esta lotería para facilitarme la educación de mi hija. Esta lotería duraba dos años há, y estaba á punto

de cerrarse. Por desgracia, álguien me habló de que fuera á casa de una judía, la señora Goldschmidt. Decíanme que esta Señora era muy caritativa, y que me tomaría algunos billetes á cinco francos. Teniendo precisamente á mi hija en la cama con una calentura que la devoraba, y careciendo de dinero para comprar medicinas que el farmacéutico se negaba á entregarme á crédito, he ido á casa de esa Señora. El señor Goldschmidt me ha hecho detener, en el parque Monceau, al salir de su casa. Se me ha llevado más muerta que viva, ante el comisario de policía, quien me ha confiscado el registro, los billetes y el pañuelo que estaba depositado en casa de Mgr. Sisson.

Por favor, caballero, en nombre de mi difunto padre que sirvió á Francia en los campos de batalla y que estuvo condecorado con la Legión de Honor, en nombre de mi pobre hija enferma, os conjuro que seáis indulgente, y perdoneis mi ignorancia de la ley...

Tengo algunos amigos cuyos nombres me permito citar que pueden atestiguaros mi honradez. Son estos: los Señores Berger, director del Banco otomano, Fery d'Esclands, el señor conde de Lespiuasse, etc., etc.

Miguelina de GRADOWITZ.

Es este un documento precioso para la vida presente: el Polaco que sirve á Francia, el grabado de Poniatowski en el Elster en el fondo, el judío que se instala mientras que él se bate, que acaba por ocupar un palacio en la calle de Monceau y sale en babuehas para hacer prender por los guardias de la paz á una desgraciada mujer desesperada...

Sobre esto el coro de la Prensa: «Discutir el origen de las fortunas semíticas. Pero, aun cuando existiera una sombra acerca de estas fortunas ¿no están acaso ennoblecidas por la caridad infatigable, por la caridad incesante que hace del nombre de Israel el sinónimo de bondad? Si la Señora de Rothschild, como dice Wolff, es la madre de los pobres, M. Goldschmidt es su tío.»

La pobre señora erró no leyendo la *France juive*; habría sabido que todo eso era mero saltimbanquismo. Son para-

das de los charlatanes de empréstitos de Honduras, no hay pizca de verdad...

Los judíos no dan á los cristianos sino cuando están seguros de recobrar el céntuplo.

En febrero de 1871, el primero, ó el dos, el conde Luis de Merode, que habia tomado en Bruselas la iniciativa de una suscripción á favor de las victimas de la guerra, anunciaba muy gozoso á uno de nuestros amigos que acababa de recibir 94,000 francos enviados por los franceses de América y añadía: «Creeis que los Rothschild, que han servido de intermediarios, han tenido el cinismo de retener sobre esto el 2 por 1.º de comision, unos 2,000 francos próximamente?»

Algunos dias despues la casa Rothschild, suscribíase por algunos centenares de francos y toda la prensa liberal belga, vendida á los judios, como aquí, se deshacia entusiasmada.

Ya tengo dicho que ese oro pedido por el Reclamo á la Vanidad no puede llegar jamás á su destino. Los sindicos, parece, se han apoderado del dinero destinado para la reedificacion de Ischia, los italianos nos han acusado recibo del envío dando cuchilladas á todos los franceses que les vienen á mano. «Si se hubiese levantado una cruz en nuestro país por cada asesinato cometido por un italiano, se parecería el Delfinado á un inmenso cementerio.» Así se expresaba en un proceso reciente un abogado del Isere que sin duda habia contribuido á la suscripción á favor de Ischia...

Las suscripciones á favor de Murcia no son más afortunadas y los alcaldes las interceptan.

Como quiera que estos ejemplos han producido sus frutos, se toman minuciosas precauciones para la suscripción abierta por la Prensa á favor de los inundados del Mediodía. Todos nuestros cofrades conservadores dicen que estarán de

vigilantes en el asunto, pero cuando la desgracia se mete en un punto, nada hay que hacerle. Un Prefecto, más sutil aun que los parisienses consigue coger la hucha, y, á pesar de las protestas del *Soleil du Midi*, distribuye los fondos, en nombre del gobierno, á los republicanos que, sin haber sido inundados, le parecen más dignos de favor que los reaccionarios perjudicados.

En lo relativo á las loterías, la causa seguida en diciembre de 1887 ante el tribunal correccional de Corbeil con motivo de la Lotería de las artes decorativas, nos edificó acerca de los baturrillos que se cometían en ella.

No debo ocultar que dicha causa me llenó de dulce alegría, porque el hecho daba razon á mi perspicacia. Al ver los procedimientos empleados por Avenel, el director de dicha Lotería, estaba yo convencido de que el tal Avenel debia llamarse Meyer ó Levy.

—Eres excesivo, decíanme mis amigos, ¿por qué quieres que este hombre conocido por el nombre de Avenel, se llame Meyer ó Levy?

Al cabo de muy pocos dias me enviaban mis amigos una carta para asistir á un matrimonio de la sinagoga, y me decían: «Tú tienes razon, tienes un don para adivinar al Judío, ese Avenel se llama efectivamente Meyer-Avenel.»

En cuanto al proceso en sí, reveló que uno de los hombres de confianza de Antonino Pronst, el organizador de la Lotería, era un apercebido por la justicia. Ignoro si intentaba fomentar las artes decorativas, lo cierto es que de los beneficios de la Lotería se habia hecho construir un castillo en Sucey-Bonneuil y que lo habia adornado magníficamente. Súpose, además, que se traficaba en billetes premiados y que apropiaba los premios como se queria.

De este modo Avenel, siempre, sin duda, para fomentar las artes, se apoderó de un Heilbuth que jamás se volvió á ver

por más que varias veces Aureliano Scholl haya pedido noticias suyas.

Tocante á Antonio Proust, maravillado Lockroy de su habilidad, le nombró comisario especial para las Bellas Artes en la Exposicion Universal.

En todas partes cuecen habas. Siempre dispuesta la prensa republicana á venderse mediante un poco de dinero, obtiene, en cambio de algunos reclamos á favor de Goblet, lo que nunca se había autorizado para ningun cuerpo de estado: un empréstito de 10 millones representados por 500,000 bonos de 20 francos.

Con semejante existencia, parece que las asociaciones debían poder aliviar muchas miserias. Pues bien, jamás las asociaciones, donde antes reinaba el espíritu de cordialidad y fraternidad, fueron más crueles para sus miembros pobres. Se ha comenzado por eliminar á los miembros que estaban atrasados en su cotizacion, cosa nunca hecha en una reunion de artistas y escritores. En efecto, ¿cuándo necesita un artista la simpatía de sus compañeros? ¿acaso cuando tiene una situacion fija y generalmente bien retribuida? No; cuando pasa por una de aquellas crisis como todos las hemos conocido, cuando ha desaparecido el periódico al cual pertenecía, y busca en vano nueva colocacion.....

La asociacion de los periodistas republicanos es implacable para los desgraciados de la profesion. He recibido la visita de un infeliz cuya vista despertaba verdaderamente grandes pensamientos. De excelente familia, hasta pariente de un gran poeta, había sido oficial de marina, despues dimitió para defender sus ideas en la prensa republicana; había ocupado puestos importantes en varios grandes periódicos de París y de provincias, y á los setenta y cinco años se encontraba absolutamente sin recursos. Acá y acullá escribía

alguno que otro artículo á 3 céntimos la línea para periódicos de comercio ó reclamos para algunas industrias, y llamaba un poco á todas las puertas: durante la semana salía aun del paso, pero, cuando, por casualidad, había dos dias de fiesta seguidos, en que nadie estaba visible, se tendía en su covacha y padecía hambre; así estuvo una vez sesenta horas sin comer!

«Aquí habrá gato encerrado» me direis. No; lo mismo pensé yo; hice tomar informes y eran excelentes. Era un hombre honradísimo, de ejemplar sobriedad; los trajes gastados siempre admirablemente acepillados. Se encuentran existencias como esta, términos de vida que oprimen el corazón con dolorosa angustia. Mientras el hombre tiene el porvenir delante de sí, puede contar con el desquite, esperar que llegue su día; las hebras de seda sucederán quizás á las de cáñamo tosco en la rueca que devana el Destino, pero aquí se descubre ya el palo de la rueca y lo restante de la madeja. Quedan muy pocos naipes en el monton y ya no hay entre ellos los triunfos.

Al ver tanta miseria ¿qué suponeis que hizo la asociacion de los periodistas republicanos que tienen siempre la palabra humanidad en la boca? Nada. Jourde dió personalmente 5 francos al pobre diablo, pero lo hizo en público. Mandó ir, á las dos, delante de la taquilla del periódico, donde se apiñaban personas para suscribirse, reclamar, cambiar sus fajas de direccion, y le dijo: «Tranquilizaos, mi querido, voy á mandaros dar 5 francos.» Dicho y hecho, y Jourde llamó al cajero: «Haced el favor de dar 5 francos á este bravo cofrade que está necesitado.» Como el otro no decía nada, añadió Jourde: «Es muy natural, y estais perplejo, os hago dar 5 francos en la caja; en el *Siécle* tenemos siempre 5 francos á la disposicion de un compañero.» Dicho esto, volvió majestuosamente á su despacho

entre una multitud de suscritores llenos de admiracion...

Sólo Hébrard se mostró decente, entregó 20 francos al anciano sin abrir la boca y escribió al ministerio de Marina que le concedió 40 francos.

Está convenido que deba comerse en orgías el dinero destinado en apariencia al alivio de infortunios conmovedores.

En este concepto, nada hay tan curioso como el asunto Crouzet. Es evidente que los jefes del partido republicano tienen el cerebro distintamente formado que nosotros. La administracion de la más pequeña cantidad para una suscripcion, la responsabilidad más leve ante compañeros basta para traernos muy atareados; ellos dejan robar 184,000 francos á sus camaradas sin haber pedido jamás un documento de contabilidad, sin inquietarse por los gastos que hacia Crouzet.

Os figuráis que Lockroy, presidente de la Asociacion de los periodistas republicanos se mostrará afligido después de la catástrofe, y que dirá: «¡Yo me tengo la culpa! Como presidente yo tenia toda la responsabilidad, soy rico, reembolsaré á lo menos unos cincuenta mil francos.» No conocéis al tal personaje. Llega insolente y grita con su acento grosero: «¡Y bien! ¿qué? ¿qué? ¡Se ha robado! ¿Y después?»

Es tan general la cobardía, que reeligen á ese asombroso presidente y los que por servilismo le han reelegido, os dicen: «Espero que no olvidaréis á Lockroy con motivo del asunto Crouzet. ¡Infame! ¡lo sabia todo!»

Hay tambien allí dentro un abogado muy extraño, Goirand, el abogado consultor de la asociacion de los periodistas. Debiera, no obstante, conocer el valor del dinero, porque sus padres fueron mucho tiempo pobres. La abuela, muy digna mujer, era cocinera de una familia católica de

Deux-Sèvres, y á la benevolencia de esta familia debió Goirand estar colocado en el liceo de Niort. El padre era guarnicionero, y, después de haber intentado diversas empresas sin éxito, vino á Paris y durante la guerra tuvo la suerte, como tantos otros, de hacer fortuna en los suministros militares.

Aquí teneis unas personas que disponen de un presupuesto de más de tres mil millones y que son incapaces del esfuerzo de conciencia consistente en cumplir los cargos que se han solicitado por vanidad, incapaces de comprobar las cuentas de una caja de compañeros.

En estos momentos en que Francia brega desesperadamente contra la competencia extranjera, se habia escogido como ministro del Comercio á ese Lockroy, que no está en situacion de cumplir con su deber como presidente de una pequeña asociacion.

Notad que entre los comerciantes y los industriales parisienses hay hombres de excepcional valor, hombres que se han hecho ellos mismos por increíbles esfuerzos de voluntad y de valor. Algunos que yo conozco iban, terminadas las horas de su trabajo, cuando eran aprendices, á seguir los cursos nocturnos en el Conservatorio y no volvian á su casa para cenar hasta las diez de la noche. Como he dicho, han llegado á fuerza de trabajo, á ser hombres, y la República que ellos aman, ó mejor dicho que amaban, confia el cuidado de defender sus intereses á un paleta como Lockroy.

Obsérvese que apenas si la prensa ha dicho una palabra del papel representado por Lockroy en todo este asunto. En otras épocas habriase organizado una verdadera ceneerrada, habriase silbado al señorito en la Cámara cuando hubiese querido hablar de cuestiones formales. Ahora hay tantas connivencias reservadas; oposiciones y gobiernos están en el fondo unidos por tantos lazos, que nadie ha dicho nada. ¡Todo pasa!

Si fuera exacta la historia de los 50,000 francos de Victor Hugo, sería el más asombroso ejemplo del pufismo caritativo. «Lego 50,000 francos á los pobres de Paris,» había escrito el poeta, y los pobres bendijeron esta postrera generosidad.

Pues bien, á la hora presente, no se habrían distribuido aun esos 50,000 francos, aunque hace ya tiempo murió el poeta. M. Alberto Rogot afirmó el hecho en un artículo de la *Autorité* del 5 de abril de 1887 y Lockroy no lo ha desmentido. En la Asistencia pública y en el Ayuntamiento, donde he hecho practicar investigaciones, se me ha asegurado que quedaria algun vestigio de la entrega de ese legado, y que nada se sabia del mismo. Páreceme poco probable, sin embargo, que ese dinero se haya entregado discretamente de una á otra mano, para obras religiosas.

El gran anciano, cuya memoria amamos, y que duerme ahora, en la soledad y el olvido, su sueño de idolo abandonado en el fondo del Panteon sin oraciones, en medio de coronas secas cuya pelusa se cae, está muy inocente de este escamoteo. Confesad sin embargo, que si la aventura es cierta, y todos nuestros informes la confirman, esta burla filantrópica y póstuma jugada á los indigentes por los herederos del poeta inmortal sería un documento divertido, una contribucion preciosa, como se dice ahora acerca del modo como comprenden los radicales el respeto á la voluntad de los difuntos.

Espero que Jorge Hugo logrará averiguar la verdad del hecho. Muchos cuyos nombres él ignora, se acuerdan de haberle visto jóven aun, algo pálido, gracioso y débil, tierna su frente en las invitaciones del gran abuelo. Aquellos siguen en la vida al que conocieron niño y se dicen que, despues de todo, es difícil llevar ciertos nombres. En los herederos de Emperadores intelectuales hay algo del melancólico

destino del hijo del Hombre, del pensativo archiduque austriaco que Coppée nos muestra espoleando su caballo al través de la campiña de Viena y encontrando en cada pueblo recuerdos de victorias francesas.

Vous êtes á Wagram, mon petit officier...

Lo mismo da, si los 50,000 francos se han escamoteado realmente á los hambrientos de la capital, hará bien Jorge Hugo reclamándolos á Lockroy y sobre todo no confiándolos á Crouzet...

Permitame tambien el nieto del gran poeta hacerle observar que hubiera obrado mejor no permitiendo vender en los andenes los libros que se enviaban á su abuelo de todos los puntos del mundo con dedicatorias retumbantes en las cuales la adulacion variaba sus fórmulas á lo infinito. Se me dirá que se cortaron las dedicatorias; pero no se cortaron todas y se han dejado las cartas en los libros. De este modo he comprado yo, entre otras obras, en los encantos, cerca del puente de Saints-Pères, el libro de un entusiasta hidalgo, Francisco Viñader y Domenech, cuya carta de envió comenzaba con este lirismo: «M. Victor Hugo, Paris. *Idolatrado señor, una persona como vos debe ser inmortal.*»

¡Idolatrado señor! Observemos otra vez desde aquí el cortejo: 100,000 hombres desfilando, un río humano, un bosque de flores en movimiento: Anatolio de la Forge, el antiguo botarate viendo allí una ocasion para exhibirse y pillando una insolacion por obstinarse en permanecer descubierta cuando todos estaban cubiertos; á las siete de la tarde, el último peloton de caballeros fatigados, á caballo desde las ocho de la mañana, cerrando la marcha detrás de los Beni-Bouffe-Toujours y los carruajes-reclamos y pareciendo decir: «¿Cuándo llegaremos?»;—esta pompa gran-

Si fuera exacta la historia de los 50,000 francos de Victor Hugo, sería el más asombroso ejemplo del pufismo caritativo. «Lego 50,000 francos á los pobres de París,» había escrito el poeta, y los pobres bendijeron esta postrera generosidad.

Pues bien, á la hora presente, no se habrían distribuido aun esos 50,000 francos, aunque hace ya tiempo murió el poeta. M. Alberto Rogot afirmó el hecho en un artículo de la *Autorité* del 5 de abril de 1887 y Lockroy no lo ha desmentido. En la Asistencia pública y en el Ayuntamiento, donde he hecho practicar investigaciones, se me ha asegurado que quedaria algun vestigio de la entrega de ese legado, y que nada se sabia del mismo. Parece poco probable, sin embargo, que ese dinero se haya entregado discretamente de una á otra mano, para obras religiosas.

El gran anciano, cuya memoria amamos, y que duerme ahora, en la soledad y el olvido, su sueño de ídolo abandonado en el fondo del Panteon sin oraciones, en medio de coronas secas cuya pelusa se cae, está muy inocente de este escamoteo. Confesad sin embargo, que si la aventura es cierta, y todos nuestros informes la confirman, esta burla filantrópica y póstuma jugada á los indigentes por los herederos del poeta inmortal sería un documento divertido, una contribucion preciosa, como se dice ahora acerca del modo como comprenden los radicales el respeto á la voluntad de los difuntos.

Espero que Jorge Hugo logrará averiguar la verdad del hecho. Muchos cuyos nombres él ignora, se acuerdan de haberle visto joven aun, algo pálido, gracioso y débil, tierna su frente en las invitaciones del gran abuelo. Aquellos siguen en la vida al que conocieron niño y se dicen que, despues de todo, es difícil llevar ciertos nombres. En los herederos de Emperadores intelectuales hay algo del melancólico

destino del hijo del Hombre, del pensativo archiduque austriaco que Coppée nos muestra espoleando su caballo al través de la campiña de Viena y encontrando en cada pueblo recuerdos de victorias francesas.

Vous êtes á Wagram, mon petit officier...

Lo mismo da, si los 50,000 francos se han escamoteado realmente á los hambrientos de la capital, hará bien Jorge Hugo reclamándolos á Lockroy y sobre todo no confiándolos á Crouzet...

Permítame tambien el nieto del gran poeta hacerle observar que hubiera obrado mejor no permitiendo vender en los andenes los libros que se enviaban á su abuelo de todos los puntos del mundo con dedicatorias retumbantes en las cuales la adulacion variaba sus fórmulas á lo infinito. Se me dirá que se cortaron las dedicatorias; pero no se cortaron todas y se han dejado las cartas en los libros. De este modo he comprado yo, entre otras obras, en los encantos, cerea del puente de Saints-Pères, el libro de un entusiasta hidalgo, Francisco Viñader y Domenech, cuya carta de envío comenzaba con este lirismo: «M. Victor Hugo, París. *Idolatrado señor, una persona como vos debe ser inmortal.*»

¡Idolatrado señor! Observemos otra vez desde aquí el cortejo: 100,000 hombres desfilando, un río humano, un bosque de flores en movimiento: Anatolio de la Forge, el antiguo botarate viendo allí una ocasion para exhibirse y pillando una insolacion por obstinarse en permanecer descubierta cuando todos estaban cubiertos; á las siete de la tarde, el último peloton de caballeros fatigados, á caballo desde las ocho de la mañana, cerrando la marcha detrás de los Beni-Bouffe-Toujours y los carruajes-reclamos y pareciendo decir: «¿Cuándo llegaremos?»;— esta pompa gran-

diosa por ciertos lados, grotesca por otros..., y luego, el día siguiente, se toman los libros de poetas, de filósofos, de historiadores dirigidos al Idolatrado, y se descargan en el pretil...

Lo cierto es que el Pobre no tiene jamás mucha suerte con el Judío, el Filántropo y el Francmason.

Luego que un prefecto de policía se instala en el cuartel de la Cité, su primer cuidado es tomar providencias contra los mendigos. Lozé no ha faltado á la costumbre y recuerdo que con tal motivo, el protestante Monod, de quien hemos tenido ocasion de ocuparnos, comunicó una especie de estadística á personas que se habian reunido en la Asistencia pública. Tenía yo este documento sobre mi mesa en mi jardín, pero mi gato me lo destruyó divirtiéndose con él, y, á fe mía, tan poco interesante me pareció, que no lo hice buscar.

De él resultaba, según mis recuerdos, que, en ocho meses un filántropo habia tomado 727 mendigos válidos y que les habia ofrecido una carta para entrar en un taller. 415 no se presentaron á recoger la carta; los demás se presentaron, fueron un día al taller, y al siguiente ya no volvieron; en una palabra: al fin de semana ya no habia sino la mitad de un pobre que trabajara.

¿Qué prueba esto? Que aquellos hombres tenían la vocacion de ser mendigos, como Gragnon, el predecesor de Lozé, tenía la vocacion de robar documentos en el expediente de los acusados.

Cierto que se me puede contestar que el trabajo está impuesto al hombre por la ley de Dios; lo confieso, pero, ¿cuántos de entre aquellos á quienes no espanta el trabajo, quisieran estar dos horas enteras, en invierno, debajo de una puerta cochera, tocando el acordeon, con un perro de aguas entre piernas?

Se supone que todos los que hacen este oficio tienen cincuenta millibras de renta y casas en todos los barrios de París. Creo que hay en esto alguna exageracion y no queda menos probado el hecho de que están debajo de una puerta cochera. En todo caso, la situacion es muy sencilla: ó son pobres y son interesados; ó son ricos, é imponiéndose una existencia tan ruda prueban que obedecen á una idea de la vida que les es peculiar y que corresponde á cierta funcion social.

Si las fiestas de caridad mundanas tan justamente reprendidas por la Iglesia y en las que jamás recibe nada el Pobre, no sirven sino para la exhibicion, son profundamente inmorales, la vista del Pobre, al contrario, es siempre sana. Debajo de una puerta cochera, ó encima de un puente, ya toque el clarinete ó el acordeon, ó que se contente diciendo: «Por favor un céntimo,» evangeliza siempre el mendigo, ofrece á las personas una ocasion para comenzar á santificarse.

El hombre que lucha contra la Pobreza se dice al pasar delante de uno: «Yo pudiera ser como él,» y es entonces más justo para con su Criador. El hombre duro se enternece á veces á pesar suyo; desafía el frio, hace un esfuerzo por sacar diez céntimos de su bolsillo, y quizás ese esfuerzo, quizás esos diez céntimos salvarán su alma.....

La sociedad de antaño comprendia el papel del Pobre y lo mostraba, mostrábalo peleando con el Mal Rico y se complacia, en las poesías populares, representándonos buenos movimientos en los afortunados de la tierra ante un primer pensamiento cruel.

En la antigua cancion picarda, son muy mal acogidos los Pobres en un principio cuando piden un pequeño sitio en el hogar.

Jésus-Christ s'habille en pauvre,

Faites-moi la charité!
Des miettes de votre table
Férons bien notre diner!

El Egoísmo brutal es el primero que habla:

Les miettes de notre table,
Les chiens les mangeront bien;
Ils nous rapportent des lièvres,
Et vous ne rapportez rien.

La mujer, en aquel entonces, no se exhibía como ahora, no intervenía sino para ejercer una acción benéfica y dulce: la castellana ha escuchado la discusión, entrea bre la ventanilla ogival de su aposento, y dice á los Pobres:

Ah! montez, montez, bons pauvres:
Comme ils montaient les degrés,
Trois beaux anges les éclairèrent.

Los Pobres tranquilizan á su huésped, algo turbada por esta aparición:

— Ah! ne craignez rien, madame,
C'est la lune qui paraît.

Por esta ingenna narracion, se comprende perfectamente, cómo ha ido todo. Se comprende que los Pobres se han sentado y han comido. En las manifestaciones de la Filantropía moderna, jamás veis un hombre que os diga: «Caballero, yo he sido realmente víctima y he sido realmente socorrido.» En cambio, veis todos los *Crouzet*, todos los inventores de fiestas y de suscripciones, que no trabajan nunca, que no tienen otro oficio que organizar esos negocios,

instalados en tabernas á la moda con jóvenes muchachas de lo más notable.

Á veces, cuando el escándalo es mayúsculo, como para la fiesta de los *Coléricos*, de que hablé en la *France Juive*, interviene la Prefectura de Policía, solamente, empero, para reclamar su parte y declarar, luego de satisfecha, que todo estuvo en regla.

La preocupacion de ocultar al verdadero Pobre, al Pobre de carne y hueso, es, por lo demás, una idea común á las sociedades protestantes y á las judías. En Inglaterra hubiesen metido á san Labre en un work-house. La Iglesia, al contrario, ha querido que el sér de renuncia que, en esta época de paganismo y sensualismo, habia buscado la pobreza voluntaria en lo que tiene de más repugnante, fuera honrado en los altares; ha celebrado, en medio de todas las pompas, en el brillo de las luces y de las flores, la canonización del que vivió de los restos echados al estercolero....

Los Gragnon y los Lozé os dirán que impidiendo la circulación de los Pobres en París y persiguiendo á los perros que no se ponen hidrofobos sino cuando se les ata, pues que en Constantinopla, donde andan sueltos, es desconocida la rabia, se preocupan por mantener el orden. Esto es falso, porque esos supuestos defensores del orden dejan la ciudad entregada á todas las prostitutas, á todos los rufianes, á todos los malandrines. En muchos barrios es imposible pasar á ciertas horas. En esto convendría poner orden; pero se guardan muy bien de hacerlo los prefectos de policía.

Ciertos libros, como los de Mazé, como el último tomo especialmente *Gibier de Saint-Lazare*, os revelan de vez en cuando, lo que hay en el fondo de este orden aparente. En ellos se ve lo que es esta ciudad, lo que son esos representantes de las clases directoras, esos funcionarios, esos sena-

dores, esos diputados republicanos cuyos nombres se adivinan, á pesar de las reservas del autor, y que á cada instante se encuentran envueltos en las aventuras más sucias.

Todavía no lo ha dicho todo Mazé. La Prefectura de Policía no es «una administración paternal,» según la expresión de un jefe de gabinete, sino que es una administración menestral y vela, á su modo, por la conservación de este mundo que cruje en todas partes; evita, cuanto puede, que los secretos de esta sociedad podrida hasta la médula lleguen al Pueblo.

Á despecho de la publicidad, ¡cuántas vergüenzas, cuántos dramas ahogados entre las paredes de un despacho de prefecto de policía!

Solo hácia las dos de la madrugada acaba París su jornada; entonces como en la pleamar, llega una última oleada, una oleada de lodo, aquella vez; la noche trae su último escándalo.

Un gran personaje, un hombre influyente, un gentleman de arrogante catadura pide se le lleve directamente ante el prefecto ó de su jefe de despacho. Es un secretario de embajada, como el que se sorprendió vestido de mujer en un coche con mozalvetes... Se rasga el proceso y el desgraciado se tira un pistoletazo en el mismo umbral del despacho del prefecto...

Un comisario corre fuera de sí, porque se le había mandado ir á registrar una casa donde tenían lugar innobles orgías y, en medio de las Bacantes, encontró á la misma esposa de uno de los gonfaloneros de la República...

Tócales después de este el turno á los amigos del gran manejador de dinero de Israel cuya historia nos ha contado Macé con palabras cubiertas. Tenía un pequeño retrete, reservado para él, en el palacio de una célebre alcahueta y estaba allí en larga conversacion con un diplomático extran-

gero, cuando murió embozado en un corpiño de raso color de cereza y enaguas blancas. Era necesario de toda necesidad salir de allí porque la prensa pudiera, el día siguiente, manifestar su pesar por una muerte causada por el exceso del trabajo y consagrar al difunto el tributo de sus homenajes.

A veces es un gran señor quien hace despertar al Prefecto y le apostrofa con altivez: «¡En verdad, caballero, que suceden raras cosas en este país! ¡Creeis que se ha tenido la audacia de detenerme en un banco! ¡Pase por esta vez pero que no se repita!»

El Prefecto se inclina y acompaña hasta la puerta al que acaba de hablarle de semejante modo, manifestándole su profundo pesar...

¿Qué habiéráis hecho? Quien se las pegaba tan fuertes era el representante de una nacion que se titula virtuosa entre todas. El hombre detenido en un banco llevaba la paz ó la guerra en los pliegues de su vestido algo estropeado por la mano de los agentes...

Las lámparas comienzan á palidecer. Los empleados de la guardia van á acostarse. Los borrachos beben su postrer cuartillo en las tabernas que aún están abiertas. Los rufianes se disputan con su *gorrista* con motivo de los ingresos de la noche. El día siguiente todos recobrarán el grande ademán de valentía acerca de la Moral y la Virtud.

Repito que no todo puede decirse. No lo han dicho todo ninguno de los observadores atentos de la vida presente, ninguno de los pintores del París contemporáneo, ni Máximo du Camp, ni Macé, ni Daudet, ni Goucourt ni Ignotus. En un punto está despertada vuestra curiosidad; vais á los que todo lo saben respecto del asunto en cuestion, y os dicen: «Estó os interesa, sé quién sois, estoy seguro de que no me nombraréis; hé aquí los pormenores más completos, pero no podréis servirlos de ellos.»

«El Arte es un sacerdocio» no es esto una frase ridícula, antes verdaderamente cierta. El Arte impone ciertos deberes, tolera cierta eutimia, de la que no puede excederse so pena de estar fuera del Arte...

A veces he soñado que me perseguían 25 personas á la vez, que tenía causas pendientes en todos los Tribunales, que me veía obligado á retirarme á Suiza, y, en lugar de atenderme para el caso al documento de cajón, á lo que consta en la discusión pública ó en la conversacion corriente, escribir con mis notas, con lo que cuentan acerca de los judíos los que viven con ellos, un libro absolutamente verdadero. Esto es muy difícil sin salir del Arte. Esta es la tarea de los que escriben memorias secretas acerca de estos tiempos, mientras están en paz con todos, y Dios sabe si hay personas que se dedican á ese trabajo en estos momentos y dicen para sí: «Yo habré vivido toda mi vida en el convenio y la mentira, pero hablaré después de mi muerte.»

III.

EL SURSUM CORDA ACADÉMICO.

La fe de los sencillos.—La oracion del niño.—El pequeño Bidouze.—El amor de Dios.—La Señorita Obligatoria aporreada.—La Señorita Obligatoria cargada de honores.—Greard en la Academia francesa.—Los juegos escénicos.—El entierro de Greard.—Lo que se piensa en un ataúd.—Julio Simon y la guantera.—La risa de Daudet.—El verdadero *Sursum Corda*.

Entre nuestra Sociedad fundada en la impostura, se encuentra la sinceridad en el alma de los Sencillos. No están en la mentira, pero, realmente teniendo un corazón ingenuo y verídico, creen, aman, sufren; están verdaderamente convenidos de que Jesucristo murió por los hombres y sacrifican algo al deseo de estar reunidos con él en el cielo.

Siempre es tierna la lucha de las mujeres pobres á quienes se molesta para poner á sus hijos en los laicos. El *Soleil du Midi* nos ha mostrado á una de estas madres animosas á quien se ofrecía, no solamente los chismes escolares para su hijo, sino también una zamarra. Sin duda que esto tentó á la plebeya; pensó quizás todo el día en que su hijo estaría muy abrigado con la tal zamarra y también en la alegría de tener una zamarra dada por el Estado, pero se negó. Para la historia de esta época, es interesante esto.

Entre los jefes del partido conservador no veo muchos que fueran capaces de un esfuerzo equivalente al realizado

«El Arte es un sacerdocio» no es esto una frase ridícula, antes verdaderamente cierta. El Arte impone ciertos deberes, tolera cierta euritmia, de la que no puede excederse so pena de estar fuera del Arte...

A veces he soñado que me perseguían 25 personas á la vez, que tenía causas pendientes en todos los Tribunales, que me veía obligado á retirarme á Suiza, y, en lugar de atenderme para el caso al documento de cajón, á lo que consta en la discusión pública ó en la conversacion corriente, escribir con mis notas, con lo que cuentan acerca de los judíos los que viven con ellos, un libro absolutamente verdadero. Esto es muy difícil sin salir del Arte. Esta es la tarea de los que escriben memorias secretas acerca de estos tiempos, mientras están en paz con todos, y Dios sabe si hay personas que se dedican á ese trabajo en estos momentos y dicen para sí: «Yo habré vivido toda mi vida en el convenio y la mentira, pero hablaré después de mi muerte.»

III.

EL SURSUM CORDA ACADÉMICO.

La fe de los sencillos.—La oracion del niño.—El pequeño Bidouze.—El amor de Dios.—La Señorita Obligatoria aporreada.—La Señorita Obligatoria cargada de honores.—Greard en la Academia francesa.—Los juegos escénicos.—El entierro de Greard.—Lo que se piensa en un ataúd.—Julio Simon y la guantera.—La risa de Daudet.—El verdadero *Sursum Corda*.

Entre nuestra Sociedad fundada en la impostura, se encuentra la sinceridad en el alma de los Sencillos. No están en la mentira, pero, realmente teniendo un corazón ingenuo y verídico, creen, aman, sufren; están verdaderamente convenidos de que Jesucristo murió por los hombres y sacrifican algo al deseo de estar reunidos con él en el cielo.

Siempre es tierna la lucha de las mujeres pobres á quienes se molesta para poner á sus hijos en los laicos. El *Soleil du Midi* nos ha mostrado á una de estas madres animosas á quien se ofrecía, no solamente los chismes escolares para su hijo, sino tambien una zamarra. Sin duda que esto tentó á la plebeya; pensó quizás todo el dia en que su hijo estaria muy abrigado con la tal zamarra y tambien en la alegría de tener una zamarra dada por el Estado, pero se negó. Para la historia de esta época, es interesante esto.

Entre los jefes del partido conservador no veo muchos que fueran capaces de un esfuerzo equivalente al realizado

por esa mujer, que se expusieran á una molestia mundana: á un disgusto proporcional al sacrificio de esta obrera.

¡Cuán conmovedor es también el niño Bidouze, de Gastès, canton de Parentis en Borsc (Landes)! No conoce á Ferry, ni á Pablo Bert, ni á todos los reformadores de la enseñanza, solamente sabe que el niño debe orar y levantar su corazón á Dios que crió el mundo, y, como niño honrado, hace su oración.

Aparece entonces el maestro inepto y perverso, el Hontais, celebrado por Renan, quien dice al niño: «¡Ya no hay Dios!»

El niño parece haber tenido para eso ser más desprecio que aversión; comprende que ese hombre es un imbécil, y le dice suavemente: «Sí, hay Dios y es necesario orarle.

Al oír esto, el maestro escribe al padre:

Señor Bidouze,

Tengo la honra de informaros que he despedido de la escuela, por espacio de tres días, á vuestro hijo Bidouze (Juan).

Motiva esta decisión la conducta del alumno, que quería orar; aunque yo le he formalmente prohibido este acto religioso en la escuela.

Os suplico vengais á verme mañana por la mañana.

Tengo la honra de saludaros.

El maestro,

CHATAIGNÉ.

«Tres días después, dice el *Univers* (1), el niño Bidouze se presentaba en la escuela acompañado de su padre, y el maestro le rehusaba terminantemente la entrada sin consultar antes á la junta escolar. Después de esto, no ha

(1) *Univers*, 26 enero, 1888.

sido destituido el señor Chataigné, ni trasladado, ni amonestado. De seguro que se le dará un ascenso.»

Bismarck proclama en pleno Reichstag la nada del talento humano ante el poder de Dios. ¿Qué dirá pues á su pueblo el joven Emperador á quien aclaman sus regimientos fieles, el soberano de 50 millones de hombres, el jefe del Estado á quien escoltan reyes vasallos? Su primera palabra pública es protestar delante de todos su obediencia á la voluntad del Altísimo, su humildad «ante el Rey de todos los Reyes.»

No tienen estas ideas los funcionarios de la Universidad en las Landes como en todas partes; se honran pensando como Chataigné y no admiten á Dios.

¡Qué hermosa manifestación pudieran hacer las grandes damas del Foubourg que se entregan por la mañana á mojigangas en las iglesias, á manera de Orantes de las Catacumbas, y por la noche van á tratar con jóvenes judíos que huelen á mal como mil demonios.

«Humilde niño, tu has tenido el valor de afirmar tu fe mientras que muchos hombres, independientes y ricos no se atreven á confesarla públicamente. Te enviamos como recuerdo un hermoso reloj adornado de brillantes á fin de que todos los niños de Francia sepan que es bueno orar.»

Este mundo no tiene inspiraciones de este género, no piensa sino cuando los judíos le sugieren una idea.

En todas partes encontraréis corazones cándidos como este á quienes Cristo llama así con voz irresistible. En mi barrio he visto un niño haciendo su primera comunión á pesar de todas las resistencias. También era propia de él aquella idea. Su maestro de escuela le dijo: «Es tiempo perdido.» El le contestó: «¡Y bien! ¿no hicisteis vos acaso vuestra primera comunión?»

Esta alma pura suspiraba por Dios, y á cada uno daba

parte de su profundo y ardiente deseo y á veces murmuraba con inquietud: «¿Creeis que tendré esta alegría?»

Estoy convenido de que, llegado el gran día, pocos seres se acercaron á la Sagrada Mesa con tanto fervor y fé.

Cuando ese honrado niño vino á anunciarme su dicha, le di un pequeño reloj de plata con la leontina y mandé gravar en él la fecha inolvidable. Todo me costó 60 francos.

«¡Es poco!» dirán los Semitas. ¿Cómo ha de ser? yo no hice el empréstito de Honduras, y, entonces, tenía yo detrás de mí todos los embargos de M. Marcel Deprez. Nada más que por deducir por artículos mi ofrecimiento de pruebas, que el tribunal se negó obstinadamente á admitir, tuve una cuenta de 669 francos en casa del señor Gillet, escribano, calle de Sentier. Había acerca de esto testimonios franceses ingleses, alemanes, italianos, extendido todo debidamente en papel sellado cual conviene para esos señores de la Justicia;—lo que no impidió que un abogado, llamado Jacomy pretendiera que mis afirmaciones eran temerarias y no descansaban en ninguna base.

Las protestas contra la persecucion religiosa, sinceras entre los Sencillos, que no hablan y que sufren en silencio, no son harto á menudo en los demás sino declaraciones, juegos de comedia.

El instrumento inconsciente será terrible contra el débil. Toda la prensa conservadora, incluso hasta el *Soleil* que es, no obstante, muy moderado, se ha divertido á expensas de la Señorita Obligatoria.

La señorita Obligatoria era una pobre maestra de Vendée á quien aporreó. Cuando llegó para tomar posesion de su destino, no pudo hallar en todo el país ni un panadero, ni un carnicero que consintiera en suministrarle pan ó carne.

Todos los periódicos se rieron mucho de la aventura.

Confieso que la broma no me pareció muy chusca. ¡Cuán dura es á veces la suerte de las pobres maestras de primera enseñanza, obligadas para vivir á ocultar sus sentimientos religiosos, errantes de pueblo en pueblo con un mal vestido de merino al hombro, entregadas á todos los caprichos de los superiores! Si se dirigen al párroco en busca de algun consuelo moral, se las denuncia á la calle de Grenelle; si se dirigen al Inspector, es peor todavía. Comunmente tiene este funcionario costumbres ordinarias; se desahoga dirigiendo á las niñas, en los exámenes, preguntas obscenas como aquellas de que se nos citan ejemplos cada día, y la desgraciada maestra que reclama un favor está obligada á pasar por lo que quiera el dispensador de los ascensos.

Creía yo, en todo caso, que en el momento de presentarse el mismo señor Obligatorio en el Instituto, toda la prensa conservadora le daría una divertida serenata. En efecto, el señor Obligatorio no tenía ningun título á los honores académicos; jamás ha publicado más que un libro: *La Moral de Plutarco* que nadie ha querido leer. Representa pura y simplemente la Reforma universitaria actual, es decir, la Escuela sin Dios, el Catecismo desterrado, el Crucifijo arrojado á la espuerta de la basura.

Buisson, que anduvo de cerca metido en estas obras nefastas, no dejó de felicitar por ello al autor de *Rapports sur l'Enseignement primaire á Paris*, al autor de las *Memoires au Prefet de la Seine* y de las *Notes au Conseil municipal*, y precisó muy claramente el carácter de tal eleccion (1):

La entrada de M. Gréard en la Academia contribuirá á revelar la sana, prudente y viril educacion de la cual ha hablado

(1) *Revista pedagógica*, 15 diciembre 1886.

mejor que nadie y de la que, más que nadie, tenía derecho de hablar. Su elección al primer turno y á pesar de una oposición que en nada se dirigía á su persona, no es solamente un éxito más para él, lo es también para la causa cuyo más ilustre campeón es él. Abriendo la academia sus puertas á la enseñanza laica y universitaria en lo que tiene de más puro, y elevado por todos conceptos, es también una señal de los tiempos; esto da asimismo la medida del camino que hemos andado. Y es todavía más clara la significación, si añadimos que el sillón del autor de la ley del 15 de marzo de 1850, es el que ocupará M. Greard al día siguiente de votada la ley del 31 de octubre de 1886: parece que la Academia haya querido asociarse al movimiento que empuja á la Francia en los caminos del progreso.

Desde el momento que la Academia aprobaba la Enseñanza sin Dios, hubiera yo preferido que hubiese elegido á Buisson, quien tiene á lo menos el valor de su opinión y opina sin duda, como lo escribía tiempo há: «Que la librea del sacerdote es tan deshonrosa como la del soldado.»

A lo menos hubiera parecido natural que los que piensan en la Academia que una nación que profesa declaradamente el ateísmo está de antemano condenada á perecer, se abstuvieran de figurar en la recepción de Greard, le hicieran comprender por la negativa en estrecharle la mano, volviéndole las espaldas con el desden de la mirada, cuanto despreciaban esta ley del 31 de octubre de 1886, que es la obra propia de M. Greard. No hubo nada de esto: los Católicos estuvieron amables para con M. Greard, y el duque de Broglie hizo de él elogios pomposos.

Los imbéciles son los que se han roto la crisma combatiendo esta ley masónica que ha hecho descender la Francia á un nivel inferior al de las hordas bárbaras que tienen á lo menos la noción de un Sér supremo. Jamás conseguirán nada. En vano amontonarán volúmenes á centenares superiores á la *Moral de Plutarco*, porque nunca serán de la

Academia; no han comprendido que todo era comedia, retahila convenida, actitud escénica y que solo se necesitaba simular al efecto.

Esta es la vida del teatro. Apoyados en los codos hablan juntos los primeros papeles.

—¿Vienes á cenar?

—Esta noche, nó.

—Te lo suplico.

—¡Vaya, en escena! les dice el director, equivocaráis vuestra entrada.

De repente ois venir del salon el ruido de aplausos que produce un efecto particular cuando no se ve á los que aplauden, el estrépito de aquellos bravos que llega nutrido como una salva de artillería.

El galán aterra á la mujer con su desprecio: «¡De rodillas, miserable criatura, voy á matarte!»

Cae el talon y la pareja se va dándose el brazo....

Esto mismo pasa en el teatro político y en el teatro académico.

—Malditos seáis los que todo nos lo quitasteis, que nos habeis quitado hasta el alma de nuestros hijos....

Este es el final. El orador va á refrescar y su adversario le felicita mientras el se refocila.

—En verdad estuvisteis feliz....

—Os lo parece.... No obstante, os aseguro que no estaba dispuesto.

—No se hubiera creído así escuchándoos.

—Sois muy complaciente.

Greard será enterrado más pomposamente todavía que el Loisillon del *Immortal*, quien, á lo menos, nunca hizo mal á nadie; en vida, habrá ido bordado, aplanado, vestido de verde, con corbata encarnada; en muerte, tendrá como Franemason la diputación masónica y al mismo tiempo las pompas de la Iglesia.

Cierto que hay un *más allá* y mal momento ha de ser aquel en que el hombre traqueado por los sepultureros de sombrero encerado se encuentra solo en el ataud lleno del polvo blanco llamado el *conservador*, y se ve frente á frente con esta idea: «He consagrado toda mi inteligencia para preparar una ley que priva á los niños de todo ideal divino y que está destinada, en un breve plazo, á hacer de Francia un pueblo de desesperados, de rufianes y reincidentes.»

Es evidente, en el punto de vista humano, que todos los que han tomado parte en la guerra hecha á las creencias de la mayoría de los franceses no han experimentado jamás por ello el más leve perjuicio en cuanto atañía á sus comodidades terrestres. Han sacado de su servilismo para con la Masonería triunfante innumerables ventajas materiales y sus perseguidos no se han atrevido ni una sola vez á darles una mala mirada; han destruido la antigua Francia y los que la representaban no han tenido jamás si no sonrisas para los destructores.

Nótese que aquí no hay la manifestacion de una indiferencia intelectual absoluta que tendria carácter bastante interesante, por ejemplo, la proclamacion del retorno puro y simple de las costumbres paganas, el culto tributado únicamente á todo lo que es bello plásticamente, la adoracion del Placer bajo todas sus formas, la glorificacion declarada sin rodeos de la Carne y de la Materia.

Todos los académicos aparentan tener principios y se dicen: *Sursum corda*. Despues de haber dado el abrazo fraternal á uno de los padres de la *Bella Elena* y del general Boum, uno de los millonarios enriquecidos fabricando coplas por pilladas, por obscenidades, por astucias bribonas y ultrajes á todo cuanto es puro y generoso, se preguntan entre sí: «Eran dos ¿no es así? para realizar esta empresa de gran moralidad social es preciso ir á buscar el otro.»

El mismo Julio Simon, el autor del *Deber*, va á recibir á Enrique Meilhae cantando las coplas de la guantera:

Hier à midi la gantière
Voit arriver un Brésilien.

Et voilà comment la gantière
Sauva les jours du Brésilien.

Conocida es la guantera, está en un pequeño almacen; se entra, se saca un duro. Os preguntan: «¿La vuelta?» Si se contesta que no, se pasa á la trastienda....

Si se dijera á Julio Simon: «Por cierto, vengo de casa de una guantera de satisfacer allí mis instintos,» se emborzaría en su dignidad de viejo filósofo y tomaría su ademan de moralista murmurando: «Pasad por alto los pormenores.» Sin embargo elogiará al que cantó la guantera entregada á la prostitucion clandestina, y toda la prensa le elogiará y un jefe hará presentar las armas á sus soldados, cuando el recipiendario pase escoltado por los hombres más solemnes y graves de Francia.

Los académicos siempre dignos y majestuosos acabarán por respirar el mal olor de las ventosidades de Zola; de pronto, aparentarán alguna resistencia, luego se acentuará la ya comenzada campaña de la prensa, y un Cherbulier cualquiera, ó algun profesor del Colegio de Francia, excesivamente poco fuerte en la vida ordinaria, vendrá, con citas latinas, á desarrollar sus ideas estéticas acerca de lo mostrado por la Mouquette.

Daudet sobresale en descubrir la mentira y la majestad vana de todo esto. La luz arrojada repentinamente sobre seres que no viven sino en el artificial convenido, explica el agudo dolor, la exacerbacion que en muchos excitan libros como el *Inmortal*. En el primer momento no se siente

nada, pero, después se retuercen algunos como bajo la acción de un breva de efecto remoto: aquella gota de verdad les remueve más que una copa de hiel. La frase de Laniboire, el académico, echada repentinamente en una discusión: «Todos los cuerpos constituidos son cobardes,» parece á los llamados Leon Say y Greard una frase dicha la vispera y se preguntan sino fueron ellos quienes la pronunciaron para sí mismos.

Esto es lo que constituye la fuerza del terrible y dulce irónico: tiene por lo Verdadero humano una especie de pasión *intrepida*, para emplear la expresión muy exacta de Pontmartin. Cuando el ojo del observador, el ojo de tan rara agudeza y asimismo de tan aguda tristeza, ha visto, cuando ha comprendido lo *insincero* de una cosa, la postura de un ser, no puede la pluma dejar de escribir.

Fuera de una fraternal amistad personal, el amor de la verdad es lo que nos ha aproximado intelectualmente, á pesar de tantos motivos de desacuerdo; solo hemos tenido diferente punto de partida.

Nació Daudet con el irrespeto en el cuerpo, la necesidad de abrir las cajitas para ver lo que hay dentro; yo, he permanecido mucho tiempo asombrosamente cándido, bobalicon y poco curioso, prefiriendo la contemplación mucho más que la investigación.

Siempre he admirado lo dicho por Santo Tomás de Aquino. Estaba trabajando y un joven fraile le dijo: «Mira, Tomás, un buey vuela en el aire.» Asómase el santo á la ventana, y el otro suelta una carejada, diciendo: «¿Cómo te lo pudiste creer?» — Parecíame mucho más natural admitir que un buey volara en el aire que suponer que un religioso pudiera mentir.

Esto es muy parisien. Por esencia es crédulo el parisien,

se entrega á todo, lo cree todo, pero sabe corregirse. Cuando toma la cosa por su cuenta y comprende que se le ha burlado, no tarda en mofarse de los que le engañaron. «Estos son unos farsantes, piensa, es preciso decirselo.»

No es el buen *Sursum corda* el de las Academias y de los discursos de corporación, el *Sursum corda*, en que bufones como Halevy alternan con fariseos como Grevy; el verdadero *Sursum corda* es todavía el de la Iglesia; es el mismo en la catedral y en la capilla de la aldea, debajo de las bóvedas de San Pedro de Roma y en la choza cubierta con paja de maíz, donde pequeños annamitas, como me lo contaba un soldado, sirven la misa á algun misionero barbudo, á dos pasos del sitio donde los cristianos fieles á Francia fueron degollados con la aprobación de Pablo Bert.

En la edad media, toda la multitud reunida en la iglesia respondía la misa y el Santo Sacrificio conmovía más profundamente á las almas. Por lo demás es muy bello este *Sursum corda*.

— *Sursum corda*, dice el sacerdote para recomendar el recogimiento absoluto, y el pueblo responde: «*Habemus ad Dominum*» nuestros corazones están vueltos hácia Dios y nuestras disposiciones son puras y santas.

Gratias agamus Domino Deo nostro, añade el sacerdote.

Y el pueblo de los fieles interviene verdaderamente en el acto que va á realizar el sacerdote; se le asocia y le da la adhesión de su inteligencia y de su corazón, y dice: «Os aprobamos, os ratificamos lo que haceis; esto es digno de hombres como vosotros y yo; esto es digno y justo, *dignum et justum est*...»

IV

EL HONOR Y LA LEGION DE HONOR.

El sacrificio humano.—Por qué no habló Wilson.—El tráfico de las cruces.—Lo que pensó Lockroy del mercader de lustre y su resultado.—Los escrúpulos de Dautresme.—El consejo de la Legión de honor.—El caso de Erlanger y de Gagnon.—Los que se condecoran y los que no.—El llamado Chourier.

En todas partes se encuentra el *Eidolon*, el ídolo mentiroso. A veces, sin embargo, se presenta el Simulacro tan gastado, tan comido por los gusanos, tan envejecido, tan agujereado, que parece no quedar más remedio que echarlo al fuego. Entonces todos aquellos á quienes sirve el ídolo apelan á los grandes recursos y se deciden á un sacrificio humano...

De este modo se sacrificó á un inglés llamado Daniel Wilson. Traficaba este inglés con la cruz de honor, absolutamente como todos los hombres políticos actuales, pero hacía más negocios que ellos, y el éxito se explica fácilmente. Además del sitio particularmente favorable que ocupaba su almacén, aportaba Wilson á su comercio las cualidades distintivas de su raza: el orden, la formalidad, la regularidad en las entregas. ¿Se necesita más para hacer comprender que su tienda estuvo mejor acreditada que la de sus pequeños camaradas? Era necesario que la opinión pública se mostrara indignada y que se hiciera un ejemplar. Wilson debió resignarse.

Es un episodio muy interesante, y, en una palabra, muy oscuro. ¿Por qué no se defendió este hombre? En sus 22,000 expedientes tenía el secreto de todas las infamias contemporáneas; no ha respondido ni una sola vez; le han atacado personas á quienes hubiera podido perder con una palabra y no lo hizo. Llega un día uno de mis amigos á casa de una mujer que desempeña en la política el papel de heroína de *Bel Ami*; la encuentra llorando: «¡Ah! ¡qué desgracia! X..... está perdido. ¡Wilson va á hablar!»

Wilson no ha hablado jamás. Algunas personas que le conocen atribuyen ese mutismo á una especie de sentimiento del deber profesional que existe entre las intercesoras (alcahuetas). Algunas de estas criaturas se presentan en juicio delante de magistrados que pocos días antes estuvieron en sus casas; se dejan tratar como miserables y no protestan. Solo una, en una ciudad de provincia, careció de discreción y la reprendieron sus colegas.....

El presidente había tomado el manubrio de su órgano de los días solemnes para decir á la acusada:

—Mujer X..... la Justicia necesita algunos pormenores para reconstituir, en su triste verdad, las escenas de vergonzoso libertinaje que han tenido lugar en vuestro domicilio. Parece que la pieza principal se hallaba en el primer piso; ¿dónde estaba la cama?

—Vamos, Emilio, exclamó la desdichada, bien sabes tú que la cama está á la derecha.....

Wilson habría obedecido á un sentimiento análogo. A uno que, por casualidad, había abierto uno de los 22,000 expedientes y le preguntaba por qué no se servía de los documentos que poseía, le contestó: «No lo haré, á fe mía. Han confiado en mí, y no quiero que deban arrepentirse.»

Quizás también, en cambio de la reserva prometida por Wilson, se ha guardado silencio acerca de actos mucho más

graves y se habrá convenido que no se insistiría sino sobre ciertos hechos y que se garantizaba la absolución.

En efecto, no debe olvidarse que la vida presente se aparecerá á los historiadores venideros bajo un aspecto absolutamente diferente del que tiene ahora. Esta vida que, gracias á los periódicos y á las Cámaras, parece deslizarse en la plaza pública, es realmente misteriosa como la de la Venecia de antiguos tiempos.

Mientras que á las once de la noche se detienen transeuntes en la calle de Santa Ana, á dos pasos del boulevard, un director de la seguridad emplea tranquilamente los fondos secretos en organizar en Inglaterra una expedición de fractura-puertas para apoderarse de documentos que le interesan; paga matones para que asesinen á un periodista que posee ciertos papeles.

En otra ocasión secuestran de improviso al baron de Seilliére. Todos los médicos declaran que pertenece á la clase de los locos peligrosos y que así que esté en libertad cometerá un crimen; se le libra sin saberse por qué, como se le encerró sin ningun motivo, y se va tan tranquilo.

Digamos que esto parece haber juzgado á la administración francesa con una inteligencia que no se hubiera supuesto en un hombre tan completamente loco; tan luego estuvo libre desapareció sin pedir su remanente, aparentando decir, segun el refran: «Ya volveré aquí la semana de los tres jueves.»

A los pocos meses, prepárase una cuadrilla para invadir el castillo de la Boissière, donde es secuestrado á su vez el comandante Hériot; fracasa el ataque y el comandante es más severamente emparedado que nunca, sin que se dé ninguna explicación acerca de estos raros hechos.

Poco antes, el hijo de un funcionario de la Cámara de los diputados se habia puesto á desbalijar los aposentos. Intro-

dújose de este modo, fracturando las puertas, en casa del vizconde Favières, en casa del conde de Lambelle, en casa de la vizcondesa de Ballu y no dió cuartel á la joyería y halajas. Todo el mundo sabe el nombre del que comete estos delitos. El periódico el *Siglo XIX* lo señala muy claramente.

De seis meses acá, dice el *Siglo XIX*, se han cometido numerosos robos con extraordinaria audacia en diferentes palacios particulares de los Campos Eliseos, del barrio Saint-Germain, de los cuarteles de la Madeleine, de Europa y de la Plaine-Monceaux.

Parece cierto, además, que el autor de esos robos lleva el mismo nombre y es el pariente cercano del jefe del despacho del señor ministro del Interior, cuyo jefe de despacho es el íntimo amigo y protector del señor Levillant, director de la Seguridad general (1).

El jefe del despacho no persigue al periódico que le acusa así de poner trabas á la acción de la justicia; no es tampoco detenido el desbalijador de aposentos; continua dejándose ver con prostitutas en los cafes del bulevard, y todo acaba por arreglarse...

Robos de cartas, atentados á mano armada llevados á cabo ya por funcionarios, ya por particulares, detenciones arbitrarias, hé aqui las costumbres de fines del siglo XVI,

(1) Se escribiría un volumen acerca de la Seguridad y de los fondos secretos del tiempo de Isafas, sin más que reproducir lo que os refieren los mismos Republicanos. No contento Isafas con haber hecho nombrar á uno de sus parientes condenado dos veces por robo para un empleo de diez mil francos en el Tonkin, tenia por hombre de confianza á un antiguo aporrecido por la justicia que vivia con una comadrona y estaba especialmente encargado de espiar á la policía oficial: los comisarios de policía y los polizontes.

El colmo de la ineptia está en ciertos diputados conservadores que votan imperturbablemente el sostenimiento de los fondos secretos de este modo empleados.

pero siempre con señores graves, que se sostienen en el fondo de decoro y que declaran que la arbitrariedad de otros tiempos ha cedido el puesto á instituciones tutelares...

El asunto Wilson parece haber sido una trama de este género. La multitud bobalicona no ha visto en él más que fuego; ha visto que los periódicos se declaraban de golpe en guerra contra Grevy y se ha dicho: «¡Los periódicos si que son honrados!» lo mismo que al ver á todos los periódicos declarando que es necesario á toda costa votar á favor del Panamá, se ha dicho: «¡Qué patriotas son los periódicos!»

La verdad es que desde muchos años todos sabemos los baturrillos de Grevy y de Wilson. Hace cuatro años, nuestro cofrade Simon Boubée fué condenado á tres meses de cárcel por haber censurado estos escándalos y el abogado general Bernard aprovechó la ocasion para llamar al escritor «maton literario.»

La prensa republicana no chistaba entonces. Organizóse la leva en masa, en nombre de la Virtud ultrajada, con los procedimientos empleados para anunciar un negocio rentista. Hubo en ello una conjuracion tramada por Ferry y Bismarck. La mujer de un empleado superior de marina que, gracias á un concurso de raras circunstancias, estuvo encargada de una comision en Berlin y vió al príncipe de Bismarck, me dió muy curiosos pormenores sobre esto. Bismarck, entonces, queria á toda costa tener á Ferry en la Presidencia.

Ya tenemos dicho que el tráfico de cruces, es habitual á los Republicanos sin acepcion de partido.

Ni un elector de Clemenceau, cualquiera que fuese su estado de depresion intelectual y moral, no me sostendría seriamente que M. de Freycinet se haya dicho el mejor dia: «Existe un judio bávaro llamado Cornelio Herz, quien, hace

cinco años, llegó de Chicago, sin un céntimo, donde le habían ido mal los negocios; el mérito del tal sugeto es tan brillante que voy á nombrarle gran oficial de la Legion de honor.»

Esta cruz fué pagada y antes manifesté en cambio de cuáles servicios de dinero fué otorgada (1).

Por otra parte, cuando los Radicales han querido aplastar á los Oportunistas bajo el peso de sus crímenes, los Oportunistas han respondido: «Vuesta indignacion, ó Radicales, es generosa y os honra; pero, al fin, *suum cuique*, nosotros tenemos nuestros condecorados y vosotros teneis los vuestros; guárdese cada cual sus condecorados.»

De este modo el del lustre fué restituido á Lockroy.

Creyendo los Radicales que el del lustre habia sido condecorado por Dautresme, se irritaron. «Nuevo escándalo! ¡La cinta gloriosa!»

«¿Dónde vamos?»

—¡Alto ahí! les replicó Dautresme, yo no condecoré al hombre del lustre, sino Simon, llamado Lockroy. Por lo que á mi toca, neguéme obstinadamente á firmar su nombramiento.

Descubrióse entonces la verdad. La virtud del nuevo caballero brillaba menos que su lustre.

Primeramente habia sido condenado á 200 francos de multa por falsificacion, despues á treinta multas por infraccion de la ley acerca del trabajo de los niños en las fábricas.

Ante semejantes títulos de recomendacion, el favorito de Lockroy parecia tener más necesidad de una legía que de una recompensa honorífica y Bobéche debiera haber com-

(1) Véase el libro VII, donde están los pormenores acerca la condecoracion de Cornelio Herz.

prendido que lo que necesitaba su protegido no era la Legión de honor, sino el Baño.....

Bobèche no pensó así. Había hecho su carrera introduciéndose en la familia de Victor Hugo, que celebró á los niños en versos siempre paternos y conmovidos; parecióle muy cómico poner la estrella del honor en el pecho del hombre que había explotado la infancia pobre. Gracias á nuestro Turlupin, el encerador pasó á ser caballero de la Legión de honor como si hubiese peleado al lado de Courbet y Negrier.

Esta revelación enfrió el ardor de los Radicales, quienes, después de haber reclamado una celda en Mazas para Wilson, culpable de haber traficado condecoraciones, no pidieron otra para Lockroy.....

El Siglo XIX se guardó asimismo de publicar extensamente la carta del encerador que certificaba que él había sido condecorado no por Dautresme sino por Lockroy.....

Digamos también que Dautresme, tan severo para con el caballero del lustre, había él mismo sido condenado también á un mes de cárcel por golpes y heridas en muy bajas condiciones.

Teneis aquí un ministro al frente de una oficina judicial y haciéndose el desdeñoso á propósito de los antecedentes de ese fabricante de un producto, útil por otra parte, abrumado también por las multas. La desvergüenza de esos hombres es enorme.

En todo esto conmueve el fin del Simulacro adorado en serio antiguamente por corazones tan nobles y tan valientes.

El granadero de Napoleón se había dado enteramente al país; no había conocido ni la alegría de tener un hogar suyo, hijos, ni la dicha siquiera de ver otra vez su campo, su pueblo, abrazar á sus ancianos padres; rotas las piernas por alguna bala, estaba próximo á expirar en el fondo de una

region desconocida, en Eylau en Smolensk. Llegaba súbitamente el Emperador, pegaba la cruz en el uniforme negro de pólvora, el soldado gritaba: «¡Viva el Emperador!» y moría en éxtasis mirando la cruz...

Los picaros que nos gobiernan han encontrado el medio de hacer de ella una mercancía... y se acabó. Es una poesía muerta, un Idolo caído en el lodo y que no se conseguirá hacerle sostener en pié.

Siento que entre los miembros de la derecha, muchos de los cuales han ganado noblemente su cruz, no se haya encontrado uno solo de ellos para engrandecer la cuestión, para decir sendas verdades que el país comprendía debían decirse y que hubiera querido oír (1).

¡Qué ocasión más magnífica, sin embargo, para dar digno juego al famoso discurso del general Foy acerca de la Le-

(1) Solo hasta mucho más adelante, en la sesión del 10 de marzo de 1888, en el momento de la discusión del presupuesto, M. le Provost de Launay, y aun con muchos miramientos, aludió en la tribuna al nombramiento de Cornelio Herz.

Esas cruces, concedidas á los extranjeros, dijo, se dan á menudo de una manera muy inoportuna. No citaré ningún nombre; me contentaré con dar las etapas suministradas por un elevado dignatario que no pertenece á la Legión de honor.

Trátase de un extranjero que no ha prestado ningún servicio á nuestro país. Es un banquero, y vino á Francia á ocuparse en negocios. En 1878 recibió primero las palmas de oficial de Academia, después fué nombrado caballero de la Legión de honor en 1879, oficial en 1881, comendador en 1883, gran oficial en 1886. (Exclamaciones é interrupciones).

El Sr. CORONEL BARON DE PLAZANET. — ¿Dónde se detendrá?

En la derecha. ¡Decid su nombre!

En la izquierda. ¡Nombradle!

M. PABLO DE CASSAGNAC. Es M. Cornelio Herz.

Muchos periódicos no mencionaron siquiera este incidente; la mayor parte no citaron el nombre de Cornelio Herz. Comparad este silencio, guardado respecto de un julio, con la especie de furor con que todos los periódicos reproducían los pormenores más insignificantes relativos á las condecoraciones de Wilson, y comprendereis de cada vez más que á la Prensa la guían fuerzas invisibles. No veis sino el movimiento exterior pero no se os alcanzan las causas determinantes.

gion de honor, el preguntar al ministro de la guerra, que tiene á sus órdenes al gran canciller, qué entiende él por honor!

Puede graduarse en qué estado se encuentra una nacion por el sentimiento que tenga del honor. No es el honor la simple y estricta honradez, es algo más, es lo supérfluo, el refinamiento, en cierto modo, de la virtud cívica y militar, la flor brillante del Deber.

¿Qué piensa acerca de estas cuestiones el Consejo de la Legion de honor, cuyo papel ha quedado tan deslucido en medio de recientes incidentes?

Al lado de un renegado como Renan, que no debe tener el puntillo de honor muy escrupuloso, se ven generales: el general Frébault, el general Lecoq, el general Lallemand.

El Consejo tiene un poder disciplinario; retira el derecho de llevar las insignias de la orden durante un tiempo más ó menos largo, á legionarios no castigados por la ley, lo que implica que da cierto valor á la dignidad personal del que recibe la cruz.

¿En qué circunstancia retira el derecho de llevar la cruz? Por un escándalo, por ejemplo: á un viejo valenton se le habrá subido la mosca á la nariz, se habrá comprometido en una riña, se dirá que deshonor la cinta.

Hé aquí ahora M. Erlanger. Ha sido absuelto, pero no pudo librarse de las consideraciones que equivalen á una condena moral; el tribunal debió reconocer que habia empleado los procedimientos más censurables para robar el dinero del prójimo.

A los generales que forman parte del Consejo de la orden de la Legion de honor ¿les parece que ese pirata rentista es digno de llevar el lazo de oficial, que es la recompensa suprema de tantos valientes soldados?

Desearíase saber acerca de esto el parecer de los jefes del ejército.

Es verdad que el general Lallemand ha dejado adivinar lo que él sentia ante todas estas vergüenzas; descorazonado, hizo dimision y partió; pero el general Charreyron entró y todos los que le estiman tendrian á dicha saber qué piensa del caso de Erlanger y del caso de Gragnon.

El de este no se presta á equívocos. El decreto de no há lugar dice, con todas sus letras, al antiguo prefecto de policía que él, funcionario público, está convicto de haber desviado un depósito confiado á su honor, «de haber arbitrariamente dispuesto de cartas cogidas y buscado disimular la desaparición de estas cartas sustituyéndolas por otras nuevas.»

Merced á un concurso de circunstancias excepcionales se reveló ese desvio particular, pero desde que vivimos bajo el régimen actual han sucedido innumerables hechos de este género (1).

Es preciso haber tenido, como yo, ocasion de seguir las audiencias para saber la acogida que daría el presidente á un acusado ordinario que intentara quejarse de un atentado de este género.

(1) En la *France Juive* he citado, con pruebas en su apoyo, la treta imaginada por un comisario de policía para perder á un sacerdote cuya gran virtud molestaba á los francmasones. Interrogaba á los testigos, les dejaba declarar libremente, después les hacia firmar al pié de una hoja blanca en la que ponía todo lo contrario de lo que habian dicho.

En la causa seguida contra otro sacerdote, el presbítero Mulot, Anquetil, procurador entonces de la República en Amiens, habia hecho desaparecer del expediente el dictámen del juez de paz que absolvía absolutamente al acusado. Por casualidad, gracias á la declaracion de un testigo, se supo que habia allí un dictámen. Indignado el auditorio protestó contra la conducta del procurador de la República, y el presidente, muy honradamente, mandó que se produjera la informacion y se encontró allí la prueba de que no tenia el menor fundamento una de las más pérdidas insinuaciones dirigidas contra el presbítero Mulot.

Al cabo de poco tiempo, añade el *Soleil*, la ley de depuracion permitia destituir á M. Delepouye, el honrado presidente del tribunal de Amiens. Al contrario, M. Anquetil recibia el ascenso: se le nombró juez en Paris.

—Ausado, no agraveis vuestra situación por ese sistema de defensa inverosímil.

—Pero, señor presidente, os aseguro.....

—Basta..... respetad á los funcionarios escogidos por el gobierno. Lo que decís es inadmisibile...

No sé donde encuentran estos hombres de toga estos tonos que toman para decir semejantes palabras. Es bronco y duro con un no sé qué irónico y groseramente acre. En mi casa, para distraer á mis amigos, he intentado remedarlo y nunca he sabido hacerlo.

El hombre que está convencido de tales actos ha podido librarse de un castigo efectivo, merced á influencias que cada cual sabe; pero no por esto deja de tener la nota de infamia; está deshonrado.....

No hallaría á nadie para batirse en desafio con él; ni siquiera hallaría testigos, á no escoger en su antiguo personal, hombres que, al pedirseles su tarjeta para anunciarles, hicieran pasar tarjetas de agentes de las costumbres.

En semejantes condiciones se comprende que al día siguiente del decreto bochornoso, los generales que forman parte del Consejo de la orden no hayan acordado por aclamacion borrar á Gragnon de las listas de la Legion de honor.

Desde el momento en que la cruz no es ya una señal del honor, desde el momento en que puede ostentarse en el pecho de un hombre que ha faltado manifiestamente al honor, ya no tiene razon de sér, y la misma condecoracion que llevan el general Lecointe, el general Charreyron y los demás miembros del Consejo de la orden no es sino una inútil y vana hojalateria, ya que esos caballeritos admiten que puedan llevarla personas declaradas bribonas por un fallo público.

¡Ah! ¡sí! hubiérase podido pronunciar un conmovedor discurso acerca de la Legion de honor y la rara manera con que funciona ese Consejo que no aconseja jamás.

¡Qué sorprendente contraste pudiera presentarse entre los condecorados y los que no lo son!

Leisteis en el *Figaro* (1) un artículo de Grisson acerca del llamado Chourier?

Ese Luis Chourier, hijo de aldeano, agregado al servicio de correos, realizó durante la guerra verdaderos actos de heroismo certificados por los jefes de cuerpo que fueron testigos de ellos.

Me consta, escribe el general Pajol, y me complaceo en hacerle justicia, que el llamado Luis Chourier, empleado en correos y destacado del cuartel imperial, durante los primeros días de la campaña, ha prestado los más señalados servicios, exponiéndose varias veces á caer prisionero.

Encargado de llevar partes al jefe del 5.º cuerpo, en Beaumont, lo hizo con peligro de su vida, por estar entonces este cuerpo muy comprometido.

Asimismo en Sedan, ayudó á salvar la caja del primer cuerpo, abandonado en el camino abierto de Givonne y, ayudado de algunos cazadores, la llevó á la sub-prefectura.

El 1.º de setiembre, en lo más recio de la batalla, y obligado á cruzar las líneas enemigas, llevó partes al general Vinoy, que le prescribían tomar las precauciones necesarias para no dejarse envolver.

El llamado Chourier desempeñó estos distintos encargos exponiendo su vida.

Por esto le doy este certificado, indicando cuál fué su valor y su abnegacion en cumplir sus deberes.

El edecan de servicio el día de la batalla de Sedan,
General V. PAJOL.

De regreso Chourier á Paris con el cuerpo de Vinoy, se sacrifica todavia; intenta una operacion juzgada imposible: atravesar las líneas prusianas, y lo consiguió cuatro veces;

(1) *Figaro*, 13 julio 1887.

para esto, necesita pasar cinco veces el Sena y dos el Marne á nado, en pleno invierno, bajo el fuego de los centinelas, cuyas balas no evita sino permaneciendo casi constantemente debajo del agua helada.

Todos estos hechos están certificados de la manera más auténtica. El general Schmitz declara «que Chourier ha estado empleado en los cargos más peligrosos para llevar partes y noticias al exterior y que no ha recibido por ello ninguna gratificación en dinero.»

El general Cholleton, que estaba en Gennevilliers, declara que Chourier «le ha informado muy exactamente de lo que hacían los prusianos en Houilles, Bezons, Colombes, Chaton, etc. Gracias á él, se han evitado muchas sorpresas.»

En efecto, dice el *Figaro*, Chourier, cuando regresaba de provincias, cruzando las líneas alemanas, no se limitaba á traer los partes que se le encargaban. Examinaba, escuchaba é iba á exponer al gobierno de la Defensa nacional el fruto de sus observaciones.

No hacía esto sin peligro. Cartas del alcalde de Houilles, del de Triel, de concejales de Carrières-Saint-Denis, de Poissy, etc., nos hacen saber que los alemanes le hicieron tres veces prisionero de guerra y le condenaron á muerte como espía. No debió su salvación sino á la abnegación de algunos patriotas que, después de haber comprado ó achispado á sus guardias, le disfrazaban, le cortaban los cabellos ó la barba, le *embadurnaban*, en una palabra, y conseguían hacerle buir. El alcalde de un pueblo de los alrededores de París es condecorado por haber hecho evadir á Chourier, cuyos partes tenían excepcional importancia.

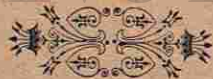
El desdichado Chourier no ha recibido absolutamente ninguna recompensa por todos estos servicios. No solamente no ha sido condecorado, pero ni ha obtenido el más modesto empleo. Los documentos que él había enviado estuvieron siete años en la Cancillería, sin que nadie se dignara

examinarlos. ¡Cuán bien hace comprender esto la incuria, la indiferencia de toda esta sociedad! Ni un oficial siquiera se ha tomado la molestia de hojear el expediente, ninguno fué á decirle al ministro cuando condecoró á Herz:

—Vamos, mi general, aquí hay un valiente francés cien veces más merecedor de la cruz que ese judío alemán americanizado. ¡Condecorad á Chourier!

Chourier no será jamás condecorado (1), Erlanger será nombrado Comendador; se continuará dando palmas de oficiales de Academia á queridas de hombres políticos que antiguamente se cotizaban á diez duros en los cuadros de las matronas de París. Después, de vez en cuando, al ser sindicados los periódicos en un interés cualquiera, veréis estallar lo que se llama «un movimiento de indignación:» la cruz de los bravos, el honor, mi honor, su honor, su honor...

(1) En la última guerra se tomaron solamente dos banderas prusianas: tomó una el subteniente Cheval, del ejército de Metz; tomó la otra, el 23 de enero, en el combate de Pouilly, en la puerta de Dijon, un heroico obrero que, después de haber servido en los zuavos pontificios, se había alistado en los franco-tiradores, al declararse la guerra. Este hombre de corazón se llama Víctor Curtaz, y no ha sido condecorado.



V.

EL MUNDO JUDICIAL.

En el Palacio de Justicia.—Algunas líneas de M. Zadoc-Khan.—El Talmud y el Código.—Las víctimas resignadas.—El jurista romano.—Arriba y abajo.—Guarda sellos y galope-chopine.—La Jurisprudencia cambiada para mf.—Un fallo de Loëw.—El abogado general Loubers.—Fiereza y corrupción de la magistratura.—Las limpias de audiencia.—Fisonomías de jueces y notas de audiencia.—Los que tiran zapatos.—Los magistrados alegres.—Fuera nombres y verdad?—Un joven prodigo.—Los magistrados que cantan.—La Pulidora de pipas.—Lo bajo de la Justicia.—El procurador general Leblond y sus bastardos.—La Santa Capilla.—El santo rey Luis.—La Justicia en la antigua Francia.—El Código y la Costumbre.—El Justicia de Aragón.—La elección de los jueces y la magistratura.

Es necesario ir al Palacio de Justicia si se quieren ver los sacrificios humanos ofrecidos diariamente al ídolo falso en quien nadie cree ya.... Allí triunfa el Simulaero, sin que ni siquiera sea permitido reirse del culto solemne que le prestan personas que tienen para la Justicia actual más desprecio del que yo mismo le puedo profesar.

Solo allí se experimenta bien la sensación de lo que puede ser el fin de una Sociedad que ya no tiene ningún principio, ningún lazo de conciencia, ninguna correlación con lo Divino que está en toda la naturaleza, ninguna relación con el ideal que estaba antes en todos los hombres, que no vive ya sino en fórmulas que modifican, según el dinero entregado, los falsos sacerdotes encargados de aplicar estas fórmulas áridas y vanas.

El judío, por una palabra pronunciada en un sitio, que

él supone sin eco, dice á cada instante la verdad acerca de lo presente. M. Zadoc Khan, en un folleto; *La esclavitud según la Biblia y el Talmud* ha explicado lo que era la Justicia presente:

«Este admirable Código civil romano, escribe, que ha inspirado á tantos legisladores modernos, debía agradar al espíritu fino y penetrante de los autores del Talmud.»

Y efectivamente: Bizancio y Jerusalem fraternizan ahora en el Palacio, bajo los auspicios de la Masonería: las dos ciudades muertas han tomado París vivo. El fariseo y el jurista del Bajo Imperio, hechos para comprenderse, se han vuelto á encontrar despues de siglos y trabajan acompañados. La perfidia grosera del judío se completa con la astucia del griego. Las sutilezas del Talmud se han ingertado en las argucias de los retóricos bizantinos. El tratado *Baba Kamina* ó el tratado *Ha Gozel* se ha ingertado en el Digesto. Las sabias glosas en las que los hijos de Israel aprendían á engañar el *Goy*, se añadieron á los falaces comentarios, á las distinciones artificiosas de los escribas del Pretorio que epilogaron en las Pandectas. R. Higa el Grande, bar Kippara ó bar Bettera son autoridades iguales á las de Triboniano. Los tosafistas del Ghetto operan al lado de los Sofistas de la Roma imperial. La toga y el taleth se han unido, y la cimarra del consejero deja ver el Miszonofet del Cohen-Hagadol.

Todos esos hombres se entienden maravillosamente: van por la mañana á la misma sinagoga, por la tarde al mismo tribunal y por la noche al mismo lupanar....

El Código aparece ahora, no ya bajo el aspecto de un libro que un magistrado de los tiempos antiguos abría para encontrar en él un texto exacto, sino bajo la forma más bien de un inmenso rollo de Thora que se desplegara hasta perderse de vista, de un gigantesco papiro funerario como

los que se descubren en los mausoleos de Egipto. Hombres de cara patibularia desarrollan esos pergaminos que huelen á la podredumbre y glacial humedad del sepulcro, y, con voz cascada y temblona, anuncian los fragmentos del rollo que les parecen aplicarse más ó menos bien al caso de que se trata. Á eso lo llaman *atendiendos*, *considerandos* y *vistos*: ignoro el por qué, ya que tales fallos son generalmente *inatendiendos*; tocante á los jueces, no los han considerado ellos mismos, nada han considerado en el asunto y nada absolutamente han visto en él...

Resulta de esta colaboración entre Herodes y Justiniano, entre los Caifás de Bullier y los Pilatos de la conferencia Molé, no sé qué horrible, malvado y decoroso al mismo tiempo. Las personas reciben los fallos sin pestañear. Hé seguido yo á parejas, marido y mujer, cabezas ambos de excelentes personas, que, perjudicados en su honra y hacienda, bajaban la escalera uno al lado del otro, sin abrir la boca. Una vez fuera ya, pasados ya por delante del último alguacil, frente de la reja, quedaban aliviados, y decían á la vez: «¡Qué canallas! ¿Dónde vamos á parar?»

Por instinto, daban la nota exacta acerca de la situación. Ya no estamos en el antiguo Derecho francés; vencidos, estamos sujetos á la ley del vencedor.

Indiqué ya el papel que había desempeñado en la destrucción de la antigua Francia el Jurista romano, que, en las últimas horas de la Edad Media, consiguió deslizarse para corromperla en esta sociedad recta y creyente que, durante siglos, había tan perfectamente prescindido de él (1).

Actualmente triunfa, como triunfará siempre en las sociedades agonizantes. No ha cambiado desde Roma y Bizancio.

(1) *La Francia judía ante la Opinión.*

Es el seguidor de fortuna, el liberto de Tiberio, de Claudio y de Neron, el redactor de espinazo flexible que se encarga de convertir en decretos pomposos los caprichos de Teodora, el indispensable instrumento de todo bajo imperialado.

En Roma, como en el Paris actual, esos seres instrumentarios sobrevivían á todas las revoluciones palaciegas, y pasaban al nuevo amo con los muebles de las habitaciones.

¿Por qué les hubiera expulsado el déspota? ¿Dónde, pues, hubiera hallado confidentes más cómodos y cómplices más serviles? Abascento, que robaba los pliegos de los particulares, sirvió á cinco amos. Claudio Etrusco amontonó infamias legales bajo el reinado de diez Césares y murió á los ochenta años bajo Domiciano. Paulo, el liberto de Constantza, sobresalía como un Laferrière, un Cazot ó un Loëw, en enredar, á última hora, por un artificio de procedimiento, las causas que se hubieran creído las más sencillas; habíale apellidado la *Cadena*.... *In complicandis negotiis*, dice Amiano Marcelino, *artifex dirus, unde ei Catenae indictum est cognomen*.

El tipo es idéntico arriba como abajo de la escala; solo que, según la posición, inspira sentimientos desemejantes. Odioso, cuando está rodeado de honores, casi amotina cuando se revuelca en el fango. ¿Quién no ha encontrado, una que otra vez, en un juzgado de paz, al desclasificado que el pueblo designa con el nombre de *Galope-chopiné*? El pobre petate espera la vista de su causa bebiendo una absinthe en el café de enfrente, y á veces se le ve asomar la cabeza por la puerta entreabierta y (á falta de reloj), mirar la hora exacta, en el cuadrante de la alcaldía. Los Parisienses no se equivocan y conocen aquella cara, marcada á veces con los estigmas de todos los vicios, á menudo impresa también con la dolorosa tristeza de las víctimas del Destino.....

Vestidle á este desgraciado la cimarra de guarda sellos ó la toga bordada de armiño y la birreta galoneada de oro, y tendreis un legista que valdrá por todos los legistas oficiales. Cazot, que estaba así, tenía 3.000 textos á su disposición como presidente del tribunal de los recursos de competencias, cuando se trataba de aplastar á los débiles y hacer triunfar la Violencia y el Fraude. Habria vendido textos á Cambaceres quien, finalmente, habia comenzado por matar á su rey, antes de defender el órden social.

Es indudable que la magistratura ha perdido desde mucho tiempo el espíritu de verdadera justicia, pero mientras dominó el elemento francés, continuó á lo menos, fiel á la letra de la ley. «Es el texto de la ley,» decian los hombres negros, y aplicaban el texto. Israel ha acabado pronto con esas anticuadas preocupaciones. Cuando la ley formal molesta á los judios ó á los francmasones, se la viola cínicamente.

En la *Francia judia ante la Opinion* he demostrado, poniendo juntos de lado los dos fallos, que el mismo artículo de ley sirve para condenar á Bontoux y absolver á Savary. El Tribunal de Casacion, para impedirme la prueba en mi asunto con Marcel Deprez, por órden de Rothschild, creó una jurisprudencia absolutamente nueva que arrancó verdaderos gritos de estupor á los antiguos curiales del Palacio.

Sé que conviene ser muy circunspecto acerca de este punto: «No hableis de vuestra causa, me dicen todos mis amigos, se os ha condenado por haber discutido la paternidad de un émbolo, á la misma multa que á Meyer, que habia querido asesinaros, la misma multa que á la odiosa Judia, la Rousen, la ogra de Porquerolles, que habia martirizado á desgraciadas criaturitas; aparentad que está os parece muy bien,

y sino se os perseguirá por sentencia de una causa en difamacion y se os condenará otra vez (1).»

Aparento que todo me parece muy bien y me limito á consignar un punto de derecho, como lo consignaria un continuador de la coleccion de jurisprudencia de Dalloz.

Desde el más modesto escribano de provincia hasta los doctores del foro saben que la oposicion á un fallo por defecto anula lo hecho, repone las cosas en su primitivo estado.

En efecto, si al condenado se le abre el camino de la oposicion por defecto, es que la ley presume que pudo no estar suficientemente interpelado, convidado á defenderse, que la citacion, aunque regularmente dada, pudo encontrarle en condiciones en que no estaba dispuesto á comparecer útilmente ante el tribunal.

Esto es un axioma de jurisprudencia, un principio de derecho comun, y, en casos análogos al mio, lo han reconocido todos los tribunales.

El 5 de noviembre de 1881, en una cuestion Minot, el Tribunal de Paris proclamaba nuevamente este derecho afirmando que la reciente ley acerca de la prensa nada habia cambiado bajo este concepto de lo admitido siempre (2).

(1) Tengo todas mis notas acerca de este proceso que muestra muy curiosamente lo que sucede con la Academia de ciencias, los medios que se emplean para expulsar á ciertos hombres, la manera como se comprende la discusion científica. Si un editor de Bélgica quiere publicar esto, me pongo á su disposicion. Introduciáranse los *Châtiments* en Francia en los tiempos de Napoleón III. El editor no debe hacer más que poner en la cubierta: *M. de Rothschild, bienhechor de la Humanidad*, y el libro entrará en Francia tan bien como una obra obscena.

(2) Consúltase Fahreguettes antiguo procurador general en Lyon y ahora primer presidente en el Tribunal de apelacion de Tolosa: *Tratado de las infracciones de la palabra y de la prensa*, t. II, n.º 2.037.

Hay, además, muchas sentencias y autoridades de todo género conformes con esta jurisprudencia. Además de la sentencia en el asunto Minot, véase un fallo del tribunal del Cher de 22 de febrero de 1883 y Barbier: *Código explicado de la prensa*, t. II, n.º 925.

El fallo comenzaba así: *Considerando que es un principio en la legislación que la oposición á una sentencia por defecto vuelve las partes al estado en que se encontraban cuando la citación originaria, que en materia penal toda derogación al derecho común debe expresarse... etc.*

La sentencia dictada el 8 de mayo de 1880 en la causa del presidente Bastien afirmaba *«que es un principio que la oposición vuelve á la parte condenada la situación jurídica que le hacía la asignación y que un defecto no puede por sí mismo llevar la caducidad.»*

El 5 de Enero de 1888 el Tribunal de Casación pronunciaba un fallo absolutamente contrario.

¿Sabeis quién era el presidente del Tribunal de apelación que había declarado en la causa Bastien que la oposición volvía á las partes al estado primero?

Era Loëw.....

¿Sabeis quién era el presidente de la Sala criminal del Tribunal de Casación que declaró, á propósito de mí, que la oposición no volvía á las partes al estado primero?

Era Loëw.....

Es verdad que Loëw, que tenía sobre el corazón las páginas vengativas en las que yo había reprendido el papel vergonzoso desempeñado por él en la catástrofe de la Union general y que estaba algo molesto en aquel entonces por su fallo Bastien, se había abstenido de presidir, aquel día, y había dictado á un abogado general llamado Loubers, las conclusiones que debía sostener.

Cuando la Restauración monárquica tenía probabilidades, este Lourbes, que ahora sirve los designios de Israel, y quita á los ciudadanos las garantías que les deja la ley, no salía de San Sulpicio; llegaba antes que el pertiguero y ayudaba á apagar las últimas luces.

No era jovial como son, comunmente, los verdaderos

cristianos, dichosos por servir á un buen señor como Jesucristo, pero era, al contrario, rígido, tosco y enfurruñado; por esto, habiase acreditado el rumor de que era Jansenista. Anuncióse que iba á bajar de su sitial, cuando los decretos, con tantos magistrados eminentes, pero el discípulo de Jansenio no quería estar inscrito en aquel libro de oro; en el momento de la depuración se salvó de un tumbó con una pirueta y ahora celebra el triunfo, ejerciendo sus funciones, con la magistratura depurada.

No le tengo ojeriza al tal Loubez, como no se la tengo al relator Chambareaud. Me han escrito de la Dordoña, donde este Chambareaud se presentó como diputado y le silbaron estrepitosamente, que tenía la cabeza ligera y que, por no tomar el portante, necesitaba consideraciones.

Sé, además, que no es esta la evolución de los tales caballeros. Si el general Boulanger es proclamado *imperator*, no le pido que me confie su imagen sagrada, le pido sencillamente un pelo de su barba. Con él, iré á encontrar á los miembros del Tribunal de Casación, que pensarían, sin ninguna duda, que un hombre tan allegado al príncipe no es persona de desdeñar y les diré: «Quisiera que me hicierais una sentencia del género del fallo Bastien, del Loëw primera manera. No escaseeis los considerandos y ved textos elegidos. Si á la sentencia le quereis añadir que escribo con elegancia y que sigo bien de salud, os prometo decir algo de vosotros al barbero del general y esto os será útil cerca del César.»

Estoy seguro de que todos estos hombres rojos serán excesivamente amables. ®

Esta magistratura, que amasa los textos de la ley á su antojo, como se hace con la cera blanda, para modelarlos según los intereses de Israel, que dice blanco y negro, sí

ó no, según la consigna que viene de la calle Saint Florentin, que condena ó absuelve á ojo de cubero, ha quedado, antiquísimo régimen, en el mal sentido de la palabra, muy contemporánea de Montesquieu, que iba á asistir á una sesión de tortura (1) antes de ir á escribir una página del *Templo de Gnido*, está absolutamente cerrado á nuestras comprensiones más humanas de la existencia, de la fatalidad de las sociedades, de la irresponsabilidad relativa de ciertos maleficios de la vida, incapaz de las nobles ansiedades que se nos apoderan ante ciertos actos, criminales sí, pero tan naturales en ciertas condiciones; muy agena, en una palabra, á los sentimientos propios de los modernos.

Antes del plato fuerte, que es lo que importa, á manera de entremeses, los jueces de la correccional, derriban cada día una docena de víctimas cuyas explicaciones no se escuchan siquiera un minuto. Esas limpias de audiencia, cuyo carácter grotesco y siniestro á la vez han notado Goncourt y Daudet, son la gran emoción del pensador que entra en el Palacio llamado de justicia. Parece que una máquina haría la misma tarea que aquellos tres hombres y que tendría el mismo ruido despiadado, regular y sordo. «¡Vlan! ¡Vlan! ¡Vlan!»; Un golpe con el dedo en la balanza de pesos falsos de Témis! ¡Quitad! ¡está pesado!

A fuer de imparciales, debe confesarse que aun con personas honradas, fuera difícil proceder de otra manera con la organizacion actual. Ignotus ha hablado del espantoso poder que tendría el Juez único que se quisiese crear para

(1) Jamás existió la tortura en la Edad Media cristiana; era desconocida entre los germanos y entre los franceses. Los legistas son quienes la han resucitado é introducido en todas partes esas horribles costumbres que formaban parte del Código romano que se esforzaban por imponer á la raza germana y franca á quienes horrorizaba.

ciertos delitos. Este Juez único existe en la mayoría de los casos, es el comisario de policía ó mejor dicho el dinero.

Para todos los asuntos de golpes y heridas, de alboroto, de injurias, solo hace autoridad el agente. Ha sido insultado, atacado, ha detenido á alguien al acaso, siente la necesidad bastante explicable de ser vengado, y dice del que ha cogido: «Este es.» El tribunal no tiene más remedio que atenerse al testigo que tiene muchos motivos para mirarle como excelente hombre y que lo es casi siempre. Lo mismo sucede tocante á los pequeños robos, á los asuntos de poca importancia: el fallo se dicta de antemano y los acusados no son ni defendidos ni siquiera interrogados formalmente.

Nada es doloroso como el contraste de este tribunal que piensa absolutamente en otra cosa y la especie de estremecimiento de los pobres seres, que creen todavía en la Justicia, que se imaginan se va á establecer una discusión, que han preparado en los corredores lo que iban á decir.

Todavía me estoy mirando una hilera de bichos de quince á veinte años detenidos por haber tomado parte, creo, en una manifestacion contra las oficinas de imposicion. Evidentemente, para ellos, el sustituto que ocupaba una mesa aparte, debía desempeñar un gran papel en su causa. Cuando se levantó, todas aquellas cabezas alineadas en el mismo banco hicieron idéntico movimiento, movimiento automático como en el ejercicio; todos abrieron la boca, más que los oídos, como para beber lo que aquel hombre iba á decir. Es inútil añadir, creo yo, que el sustituto hipeó una inepticia cualquiera y que el presidente salmodió algunos *atendiendos* que tenía preparados de antemano sin ocuparse de ningún modo en lo que referiría el sustituto.

A veces, presentan algún miserable, un semisalvaje, cabeza de imbécil, sucio, peludo, sombrío, mirando á su alrededor con ojos de bestia cogida en el lazo; se agita como

si debiese decir algo; pero en aquel cerebro rudimentario, el trabajo de coordinacion entre la palabra y el pensamiento no puede realizarse, vomita alguna injuria y arroja su zapato roto á la cabeza de los jueces.

Siempre es la misma injuria, el mismo gesto en toda Francia. Esos hombres, que no saben hablar, hablan con su zapato.....

Se condena acto continuo á los delincuentes á dos años de cárcel, y se les lleva, mientras que el alguacil va á recoger el zapato, con una pantomima que expresa á la vez la indignacion por el ultraje hecho al tribunal y la sorpresa de que pueda haber zapatos en tan mal estado...

Una vez pronunciada la primera sentencia, siguen las demás por sí solas. Los jueces ni siquiera miran ya las nuevas causas; condenan de confianza.

Ciertos presidentes dicen, con voz cavernosa, como debia ser la de Rhadamanto:

—¡Acusado, vuestros antecedentes son deplorables!

Otros Grippe-Minaud son aficionados como el gato á jugar con el sonris; interpelan al acusado con semblante indiferente.

—¿Verdad que nunca fuisteis procesado?

El cielo se abre entonces para el desgraciado, y se dice: «No han hallado mi proceso, estoy salvado,» y contesta con conviccion.

—¡Oh! no señor, presidente.

El presidente se inclina entonces hácia sus acólitos y les muestra la lista con un gesto que significa: «¿Veis, caballeros, hasta dónde puede llegar la perversidad humana?»

Al lado del presidente lúgubre, hay el presidente alegre.

Barthelon es francamente jocoso. Cierta dia, uno de mis amigos estaba sentado á su lado, por casualidad, por estar

ausente un juez. Barthelon se vuelve hácia él, despues de haberse puesto de acuerdo con su vecino de la derecha, y dice: «Tres meses de cárcel, ¿no es esto, señores?» despues se inclina hácia el abogado y le dice graciosamente: «Señor letrado etc..... teneis la palabra.»

¡Chistoso y discreto Barthelon! En la causa de una modista perseguida por bancarota, tuvo un arranque soberbio diciendo al abogado de la desgraciada, el señor Deroste: «Sobre todo nada de nombres ¿verdad?»

La pobre mujer era relativamente muy interesante; habíase arruinado á la vez por prestar á una gran dama con que ahogar un asunto monstruoso en el que, creo, conviene no insistir, y por atender á los locos gastos de un elevado funcionario de la República.

Este funcionario, que fué mucho tiempo omnipotente en el ministerio del Interior, era depositario de los fondos secretos y se aprovechó de ellos para apropiarse 300,000 francos. Dicese que él entregó al prefecto Barrême los 30,000 francos que no se hallaron en su cadáver; cada tres meses se anuncia que se instruye un proceso contra ese antiguo funcionario, ya por estafa, ya por malversacion de dinero público, pero son de aquellos procesos que nunca dan resultado (1).

(1) Parece, decia en diciembre de 1887, la *Gaceta de los Tribunales*, siempre muy circunspecta, como es sabido, en sus afirmaciones, que la causa relativa al asesinato de M. Barrême, prefecto del Eure, se continua siempre; creese tener datos bastante comprobantes para establecer la culpabilidad de un antiguo funcionario del ministerio, personaje muy conocido y que está ya sujeto á una orden de comparecencia ante el juez por estafa.

«Este empleado habia estado encargado por el ministerio de entregar á M. Barrême, el mismo dia en que este salia de París, una cantidad de 30,000 francos, y, segun lo hemos dicho, en el momento en que se descubrió el crimen, no se habia encontrado más que la cantidad de 6.000 francos encima del cadáver del prefecto del Eure.

«El empleado de que se trata sería considerado, sino como el autor, á lo menos como el instigador del crimen.»

En todo caso, ese funcionario misterioso no puede quejarse de la manera como se expresan acerca de él en la audiencia. Hablando de él, sírvense constantemente de este eufemismo amable: «Un joven pródigo,» mientras que se llama con todas sus letras y se condena, además, á la mujer del pueblo llegada á cortesana, que ha trabajado con su cuerpo para proveer de dinero á todos ellos.

Onfroy de Breville es el tipo del magistrado alegre; dirigió la causa de Pranzini con un humor digno de los primeros hombres del Palacio Real; jamás se ha hecho cortar una cabeza con semejante brio.

A uno de los antiguos amantes de María Regnault le decía: «Erais el decano ¿verdad?» Pero, lo que más felizmente le inspiraba, era el apostrofar á Pranzini. ¿Quién no recuerda la frase famosa: «Procedisteis como debe hacerlo todo caballero; dejásteis un duro en la chimenea?» y aquella jugetona interpelacion después de una declaracion abrumadora, en el momento que el acusado comenzaba á vislumbrar la plaza de la Roquette: «Y bien, mi caballero, ¿qué decís de esto?»

M. Francis Magnard ha censurado lo que tenían de odioso esas bromas que son verdaderamente infernales en semejante circunstancia y tiene sobrada razon.

La funcion de presidente de tribunal, escribió M. Magnard muy exactamente, es angusta como todas aquellas en que se acepta la responsabilidad de cortar, si es necesario, existencias humanas; en mi concepto, no debe hacérsela jamás chistosa; una guillotina alegre es un contrasentido.

En nombre de la equidad se ha suprimido ya el resumen del presidente; en nombre del buen gusto pedimos que los Presidentes no tengan tan buen humor en el Palacio de Justicia.

Tenemos también el magistrado que canta la copla, pero la especie es más frecuente en provincia que en París. Es

verdad que el procurador general Bouchez entona francamente en las comidas de corporacion la *Complainte de Feynayron*, música de Serpette, ó bien: *¡Gamahut! écoutez-moi donc!* Pero en los departamentos el estribillo picaresco agita con preferencia sus cascabeles.

En la velada dada por Spuller el Badense en Saint-Claude para la inauguracion de la estatua de Voltaire, el rastrero cortesano del rey de Prusia, el presidente del tribunal civil, M. Theuriet, fué felicitado por una composicion suya que el *Independiente* de Monsbeliard elogia mucho: *La Polisseuse de pipes.*

Foin du vicaire et du curé,
Des chanoines et de l'évêque!
J'ai l'œil noir et le teint cuivré,
Avec le profil d'une Grecque.
Si quelqu'un d'un ton aigre-doux,
M'ose dire: Tu t'émancipes!
Je réponds: Qu'est que ça vous f...?
Je suis polisseuse de pipes!

En cuanto á Fabreguettes, es apasionado por las reproducciones libres de Beranger. En una conferencia dada á beneficio de la obra masónica de las *Mujeres de Francia*, el primer presidente del tribunal de apelacion de Tolosa, talaró las *Dos hermanas de Caridad.*

Vierge défunte, une sœur grise
Aux portes des cieux rencontra
Une beauté leste et bien mise
Qu'on regrettait à l'Opéra

Después comentó el pasaje; mostró á su amable auditorio que la ninfa de Opera tenía cualidades é invitó á las damas de la magistratura, en particular, que imitaran á las

buenas hermanas masonas que no se hacen de rogar, hasta en tiempo de paz, para aliviar á la humanidad doliente.

Desde entonces, los magistrados de distrito que se sienten nacer en sus cabezas vegetaciones desconocidas, se preguntan si ha nacido para ellos la repoblacion de los montes. Ven llegar á sus mujeres á horas inesperadas, con los ojos brillantes, desgrenados los cabellos, y les dicen:

—¿De dónde vienes?

—De salvar la Virtud. ¿No recuerdas el ejemplo que nos proponia nuestro primer presidente?

Moi, dit l'autre, par la détresse
Voyant l'onctte homme abattu,
Avec le prix d'une caresse
Cent foist j'ai sauvé la Vertu.

Fiel á mi método, tomo siempre cosas que son del dominio comun. Si se fuera más allá, si se escribiera lo que todos saben, lo que está en la conversacion corriente, ¡cuánta luz se proyectaría en el estado real de la sociedad presente!

Contábame un rentista que la querida de un magistrado, que todos adivinan, le habia enviado una amiga para ofrecerle una providencia de no há lugar inmediata, si le entregaba 60,000 francos. Diez veces me ha certificado el hecho, y tiene cinco testigos de esta proposicion. Aquel día almorzaban unas cuantas personas en su casa, al lado del despacho donde habia tenido lugar la conversacion; fué á encontrarles y les dijo: «¿Lo oísteis? Esto es lo que se me propone; pero me parece demasiado caro.

Limitóse el rentista á algunos sacrificios consentidos y á favor de un agente de negocios, condenado de antes á dos años de cárcel por robo y que era el inseparable de un guerda sellos. Este, que habia abandonado á su mujer, vi-

via con una querida y el agente de negocios en los alrededores de la plaza Clichy.

No necesito decir que, despues de su negativa, fué el rentista perseguido á muerte y condenado, aunque sus operaciones no entraban de ningun modo bajo los golpes de la ley. No obstante, en su cualidad de rentista, acabó por salir felizmente de todo, ó poco menos, y tiene siempre su coche y su palacio.

Quien pagó los vidrios rotos fué un aspirante á alguacil necesitado, acusado con razon ó sin ella, de haber pedido prestadas unas cuantas monedas de á cien sueldos á un pleiteante y que la Justicia humana le castigó despiadadamente con la cuchilla que lleva en todas las estatuas.

Algun dia saldrá toda esta historia, como salieron otras, y prefiero esperar los periódicos. ¿Acaso los sociólogos no tenemos bastante con lo que la polémica, la actualidad, el extracto de cajon de un proceso nos da como documentos, de la misma manera que un rio con su corriente arroja restos á la orilla?

¿Dónde pudiérais hallar más ricos elementos para el retrato de un magistrado á fines del siglo XIX, que en el fallo publicado por los periódicos de un proceso intentado por los herederos de Leblond? (1)

Leblond era un gran personaje. Con la indignacion de un Caton habia protestado contra las correcciones de la corte imperial; habíase señalado en el Senado por una interpelacion contra los manejos ultramontanos; habia sido todo cuanto puede ser un republicano tan virtuoso; senador primero, despues procurador general y finalmente consejero en el Tribunal de Casacion.

(1) *Figaro y Matin* del 19 julio, *Petit Journal* del 20 julio 1888.

Intentando un día manchar por última vez á una criatura jóven y bella con el soplo impuro de sus besos de viejo, ese representante de la alta magistratura francesa acabó en un estertor de agonía el espasmo supremo de su doloroso deleite.

Avisados al instante, reuniéronse los cuerpos constituidos: los Senadores tomaron sus insignias, los magistrados vistieron sus togas y llevóse el difunto al cementerio despues de haber manifestado, por discursos muy sentidos, el pesar de que la Muerte cruel no hubiese perdonado á un republicano tan austero....

Con la clara luz del proceso civil, se reveló aquella vida tal cual era: vergonzosa. Julio Favre, un Thraseas como Leblond era un Catón, y que tampoco era indulgente para las flaquezas de los tiranos, tuvo á lo menos la precaucion de hacer falsedades para hacer entrar á sus hijos naturales en el Código. Quizás por esto le había encargado la Academia francesa de la memoria acerca de los premios de Virtud. Leblond había diseminado en todas partes bastardos más ó menos adulterinos é incestuosos sin darles el menor estado civil.

Los hijos de los Niam-Niam y de las hordas de las islas Fidgi tienen á lo menos una especie de familia; una de las hijas de ese gran sacerdote del Derecho, de ese procurador general, de ese consejero en el Tribunal de Casacion, María Magdalena, se encontraba en la situacion extraordinaria de no tener siquiera partida de nacimiento; ni hubiera podido tener una sin dar lugar á diligencias.

Todos los pormenores de esto valen un imperio. Cuando el viejo jurisconsulto que quería, en menosprecio de las leyes que aplicaba eruelmente á otros, testar á favor de hijos adulterinos, presentóse en casa del notario Megret, retrocedió este espantado, encontrándose en preseneia de un mo-

nigote á quien los últimos libertinajes habían puesto en el estado de imbecilidad senil que hace al hombre incapaz de realizar un acto cualquiera, ni intervenido por notario.

Ahora viene lo mejor que tomamos de un alegato de uno de los abogados:

El dia anterior al en que Leblond había afligido de este modo á un notario con el espectáculo de su caducidad, presidia en el Tribunal de Casacion y por informe suyo se dictaba una de las sentencias que forman jurisprudencia, como se dice, que fijan por siempre un punto de derecho en interés superior de la Sociedad y de la Moral.

Ya os figurais desde aqui la visita hecha por la mañana á casa de los viejos magistrados lascivos. La *meretrix* ha suministrado el pimpollo á la parte amenazada; ella sabe lo que se necesita en tales circunstancias. La niña, zalamera, acariciá las mejillas apergaminadas del indecente que se ha reclinado en el sofá delante de los bustos de Demóstenes y de Ciceron, en frente de la biblioteca de Derecho que contiene 3 millones de textos.

—Tití de mi corazon, verdad que lo has comprendido? No vayas á equivocarte absolviendo al inocente y condenando al culpable. Se necesita lo contrario...

—Sí loquilla, lo tengo comprendido. Adios, amor mio, hasta luego...

—¿Quieres mañana?

—Es algo pronto...

—Sobre todo no te equivoques, dice la pilluela, en el umbral de la puerta, con un lindo beso de la mano, no se salve el inocente: yo lo pagaría, porque el ama ha dicho que no me enviaria más á casa de personas serias.

¡Oh! ¡las miserias de la Justicia! Jamás olvidaré el acento con que de Pene decia á Daudet, en el rellano, cuando iban á comenzar las discusiones de la causa Meyer:

—Querido, estais demasiado al corriente de la vida parisiense para no saber que el fallo está ya dado de antemano. ¡Cuántas ideas despierta el Palacio de Justicia! Delante de todas aquellas Salas, de todos aquellos antros donde no se oye jamás una sola palabra de verdad, donde se amontonan todos aquellos legajos, aquellos fraudes con papel sellado, aquel polvo mortuorio en el que poco á poco se hunde la sociedad actual, se levanta la Santa Capilla, siempre radiante de juventud y poesía.

Ya no se vé en la milagrosa capilla, incomparable obra maestra de arquitectura, construida en cinco años en aquella Edad Media que los Lockroy y los Proust llaman época de barbarie, la imagen de la Virgen que tenía primero la cabeza derecha y que la inclinó en 1304, para dar una señal de aprobación á un sermón de Juan Scott acerca de la Immaculada Concepcion. Pero los arcos ojivales adornados con delicadas columnitas, las puntas de campanillas en que la corona de espinas dominaba la corona de Francia, elevan insensiblemente el alma hácia el cielo, hácia el azul, despiertan una impresion de luz, de estacion clara, de dia naciente.

Esté faisait bel et seri,
Doux et vers, et cler et joli,
Délectable en chans d'oisillons,
En haut bos près de fontenelle
Courant sur menne gravelle.

Así canta un ministril contemporáneo de san Luis, Adam de la Halle, y complácese uno soñando delante de todos esos hombres de rostro oscuro, de facciones ordinarias, de ojos libidinosos, que pasan con abultados expedientes, cambiando chanzas de boulevard, al rey san Luis que hacia justicia debajo de su encina.

Esta ha desaparecido tambien. Si hubiese resistido al

tiempo hubiera sido derribada en la inmensa corta á que se entregaron, en el bosque de Vincennes, los Isaac y los Gabriel Levy, quienes, con la complicidad de Alpaud, hicieron por 300,000 francos de estragos en el bosque por su vasta estafa del Centenario de los ferro-carriles.

¿No es el simbolo de la Justicia, tal como la comprendia la antigua Francia, un ser de corazon puro, escuchando á los mismos litigantes, al aire libre, en dia de buen tiempo, en una sala del Palacio abierto á todos cuando llueve?

Esta Justicia primitiva y honrada se mantuvo en muchos sitios hasta en 1789, hasta el dia en que el jurisconsulto romano, el abogado, el golilla triunfó definitivamente, puso la mano en Francia, en que dió á luz la Basoche, como una madre Gigogne embarazada, en el fondo de un corredor, en un saco de procedimientos, por un Curial monstruoso, el ejército de 200,000 legistas que actualmente poseemos.

En provincias, que se habian podido sustraer á la influencia ya deletérea de Paris, los jurados de cada cuerpo de estado, los tribunales de corporaciones, los tribunales de familia, los tribunales locales compuestos de los ancianos de cada pueblo, recordaban lo que habia sido la admirable organizacion de la Edad Media. Hasta en tiempo de Luis XIV podia Racine escribir á Boileau del fondo del Langüedoc: «Es hermoso ver el cardador y el carpintero, con el traje encarnado, como un presidente, dictar fallos é ir los primeros al ofertorio.

En España, hicieron matar miles de hombres por defender su derecho á ser juzgados por jueces elegidos por ellos, por no dejar innovar los privilegios de sus jueces, de su Justicia (1).

(1) ¡Qué tristes reflexiones se podrian hacer aquí en estos tristes mo-

¿Hay cosa más bella que la lucha sostenida así por Aragón contra el hijo de Carlos V, el omnipotente Felipe II? Antonio Perez, el antiguo confidente del Rey de España, logra escaparse de su cárcel; aunque quebrantado por el tormento, monta en un caballo y corre, á todo escape, hácia las fronteras de Aragón; van en su persecucion, el fugitivo ensangrienta los hijares de su caballo y llega al anochecer al primer pueblo de Aragón y pregunta por el Justicia.

En Francia, si pidiérais hablar de improviso con un magistrado, se os diria: «Está en casa de la viuda Fretille á punto de ir á las Puces ó á los Juegos icarios.»

«El Justicia está en el campo, anochece, y luego estará aquí,» contestan á Perez. Y hé aquí que aparece en el camino el Justicia, un excelente labriego, cubierto con una piel de cabra. Perez corre á ponerse bajo su proteccion; se declara *manifestado* á los *fueros* de Aragón tocando el vestido del Justicia. En aquel momento entran á galope ginetes en el pueblo. Son los estaferos del rey de España que se precipitan para prender al fugitivo.....

En vano se evoca delante de aquel campesino toda la grandeza del rey de España y del Emperador de las Indias; se le dice, como en el *Ruy Blas*:

Il est dans Aranjuez ou dans l'Escorial,
Sous un dais surmonté du globe impérial.
Un homme
Devant qui se couvrir est un honneur insigne
Qui peut faire tomber nos deux têtes d'un signe...

mentos para la patria catalana! ¿Qué recuerdos evocaríamos si lo permitiera la índole de simple traducción á que se reduce nuestro trabajo! ¿Qué se han hecho los catalanes que morian por su independencia, y se dejan arrebatat ahora la última de sus libertades forales...? ¿Nunca llegará el dia en que se diga con decision á los centralizadores: ¡Basta ya...! (N. del T.)

El Justicia contesta: «Está muy bien; pero el fugitivo está en tierra de Aragón; á cuya Justicia se ampara: Aragón le juzgará.»

Felipe II hizo la guerra, multiplicó los suplicios, entregó el Justicia al verdugo, pero Perez no fué jamás entregado y murió tranquilamente en París.....

Si los conservadores hubiesen sido inteligentes, en su mano estaba destruir una de las creaciones más funestas de la Revolucion, destrozat esta magistratura que es un instrumento tan espantoso de corrupcion, de opresion y de desmoralizacion; no debian hacer más que poner á los Radicales en un grave aprieto y forzarles á votar con ellos la eleccion de los jueces que la extrema izquierda habia hecho figurar en su programa, sin tener, como se supone, la intencion de concederla.

No es todo tan esencialmente revolucionario como se cree en los programas que la opinion pública impone á los diputados avanzados. Cuando un perro está enfermo va naturalmente en busca de la yerba que le curará; cuando un hombre siente sofocacion, abre la ventana; cuando uno que se anega conoce que se hunde al fondo, prueba un último esfuerzo para salir á la superficie. Los pueblos tienen tambien reivindicaciones en cierto modo instintivas. Las clases obreras, necesaria y fatalmente, han debido volver, por las asociaciones, las cámaras sindicatos, á corporaciones cuya destruccion habia sido en concepto de los liberales de la clase media, la hazaña más gloriosa de los hombres del 89. La eleccion de los jueces es una aspiracion del mismo orden, una necesidad de volver, no solamente más allá de la Revolucion, sino más allá de las usurpaciones de la Monarquía absoluta, hácia las instituciones populares de nuestros padres.

Ciertos países donde ha quedado dominante el elemento

cristiano pasarían á ver verdaderos paraísos con jueces elegidos: la renovación social se haría allí poquito á poco por sí misma. Hasta en muchos países rojos, se nombrarían hombres honrados por jueces. Los aldeanos, cuando se trate de semejante función, cuando se trate de sus más caros intereses, se volverán hácia los hombres que tienen una conciencia; procederán siempre de la misma manera cuando se encuentren directamente en frente de cuestiones que les atañan, que puedan comprender; lo hicieron en 1871 y no es culpa suya si los representantes que habían escogido se han dejado engatusar y atontar por los intrigantes parlamentarios.

Los conservadores son demasiado miopes para ver esto, como tampoco vieron en 1871, cuando eran los dueños, que adoptando para el ejército el sistema regional, dando toda la autoridad á los consejos generales y reduciendo al prefecto á no ser más que una persona inútil y sin autoridad, tendrían preparado, en el momento de una crisis, un foco de resistencia sería á la tiranía de París.

Para los conservadores, háyase tomado el magistrado en un fumadero ó en una logia masónica, llámese Loëw ó Canel, es siempre un caballero que debe respetarse porque se sienta en una especie de salón, viste de cierta manera, lleva una falda negra, cubre su cabeza con un casquete en el cual lleva una cinta dorada que las antiguas cortesanas llevaban en su cintura.

En la *Francia judía ante la Opinión* he explicado ya que la idea que les preocupa á todos es que fuera muy conveniente estar en el poder porque las infamias que los funcionarios judiciales maleados y formados en el servilismo por la educación de los legistas, cometen contra los conservadores actuales, las cometerían mañana contra los republicanos, si los conservadores fueran los dueños...

VI

ERLANGER, SUS JUECES, SUS DEFENSORES Y SUS VÍCTIMAS.

Un libro per hacer.—La fisiología de una estafa rentística.—100 volúmenes en folio de procedimientos.—Extremada habilidad puesta al servicio de trampas del orden más bajo.—Los medios empleados.—La desigualdad de la lucha.—Todos los doctores del foro del lado de Erlanger.—Una causa tomada á la casualidad.—Los Seguros generales.—La *contratatio fraudulosa*.—Los suscritores ficticios.—Personas que se suscriben por dos millones y cuyo domicilio no puede hallarse.—La magistratura republicana dispuesta siempre á absolver á los grandes reos es implacable para los pequeños.—Ejemplos en apoyo de esta afirmación.—Un jurado escogido para el ladrón.—Erlanger y sus empresas.—Estercorario y caiman.—Otro *curriculum vitæ* de rentista moderno.—Los tenores del foro.—El abogado Barboux y la carta de Chauvron.—La conciencia de los abogados.—Siempre los juegos escénicos.—El silencio de la Prensa.—Un extracto de la *Justice*.—La gran misa en Beauville.

Con semejante magistratura, nada tienen que pueda sorprendernos sentencias como las que se dictaron en el negocio Erlanger.

Asómbrame que un hombre de la naturaleza de M. Rosny, por ejemplo, no haya tenido la idea de apoderarse de una materia como la del negocio Erlanger y escribir acerca de él una página de historia social que las generaciones venideras habrían consultado ávidamente.

Cito el nombre de M. Rosny, porque tenía todo cuanto se necesita para desempeñar semejante cometido. Indiferente al éxito vulgar, trabajador infatigable, analista rigurosamente exacto, dominado por la necesidad de saber, de comprender, de explicar, de raciocinar, de dar veinticinco razones por una,—lo que hace de él como platicante un ser

cristiano pasarían á ver verdaderos paraísos con jueces elegidos: la renovación social se haría allí poquito á poco por sí misma. Hasta en muchos países rojos, se nombrarían hombres honrados por jueces. Los aldeanos, cuando se trate de semejante función, cuando se trate de sus más caros intereses, se volverán hácia los hombres que tienen una conciencia; procederán siempre de la misma manera cuando se encuentren directamente en frente de cuestiones que les atañan, que puedan comprender; lo hicieron en 1871 y no es culpa suya si los representantes que habían escogido se han dejado engatusar y atontar por los intrigantes parlamentarios.

Los conservadores son demasiado miopes para ver esto, como tampoco vieron en 1871, cuando eran los dueños, que adoptando para el ejército el sistema regional, dando toda la autoridad á los consejos generales y reduciendo al prefecto á no ser más que una persona inútil y sin autoridad, tendrían preparado, en el momento de una crisis, un foco de resistencia sería á la tiranía de París.

Para los conservadores, háyase tomado el magistrado en un fumadero ó en una logia masónica, llámese Loëw ó Canel, es siempre un caballero que debe respetarse porque se sienta en una especie de salón, viste de cierta manera, lleva una falda negra, cubre su cabeza con un casquete en el cual lleva una cinta dorada que las antiguas cortesanas llevaban en su cintura.

En la *Francia judía ante la Opinión* he explicado ya que la idea que les preocupa á todos es que fuera muy conveniente estar en el poder porque las infamias que los funcionarios judiciales maleados y formados en el servilismo por la educación de los legistas, cometen contra los conservadores actuales, las cometerían mañana contra los republicanos, si los conservadores fueran los dueños...

VI

ERLANGER, SUS JUECES, SUS DEFENSORES Y SUS VÍCTIMAS.

Un libro per hacer.—La fisiología de una estafa rentística.—100 volúmenes en folio de procedimientos.—Extremada habilidad puesta al servicio de trampas del orden más bajo.—Los medios empleados.—La desigualdad de la lucha.—Todos los doctores del foro del lado de Erlanger.—Una causa tomada á la casualidad.—Los Seguros generales.—La *contratatio fraudulosa*.—Los suscritores ficticios.—Personas que se suscriben por dos millones y cuyo domicilio no puede hallarse.—La magistratura republicana dispuesta siempre á absolver á los grandes reos es implacable para los pequeños.—Ejemplos en apoyo de esta afirmación.—Un jurado escogido para el ladrón.—Erlanger y sus empresas.—Estercorario y caiman.—Otro *curriculum vitæ* de rentista moderno.—Los tenores del foro.—El abogado Barboux y la carta de Chauvron.—La conciencia de los abogados.—Siempre los juegos escénicos.—El silencio de la Prensa.—Un extracto de la *Justice*.—La gran misa en Beauville.

Con semejante magistratura, nada tienen que pueda sorprendernos sentencias como las que se dictaron en el negocio Erlanger.

Asómbrame que un hombre de la naturaleza de M. Rosny, por ejemplo, no haya tenido la idea de apoderarse de una materia como la del negocio Erlanger y escribir acerca de él una página de historia social que las generaciones venideras habrían consultado ávidamente.

Cito el nombre de M. Rosny, porque tenía todo cuanto se necesita para desempeñar semejante cometido. Indiferente al éxito vulgar, trabajador infatigable, analista rigurosamente exacto, dominado por la necesidad de saber, de comprender, de explicar, de raciocinar, de dar veinticinco razones por una,—lo que hace de él como platicante un ser

insuportable para escucharle,—aplica todas las facultades de un cerebro sólido á escribir, con investigaciones de estilo increíbles, novelas como el *Bilateral* que son apenas inteligibles para una cincuentena de personas á lo más; tiene muchas de las cualidades del historiador social, no tiene absolutamente ninguno de los dones encantadores que hacen un novelista: la poesía, la imaginación alada, la fluidez de la narración que halagan y cautivan al lector.

Sería esta una obra maestra para quien tuviera tiempo y fuerza de atención, lucidez de inteligencia necesaria para asimilarse el voluminoso expediente, entresacar lo que contienen de vivo instructivo, divertido y hasta palpitante, los innumerables documentos de procedimiento, las memorias, los alegatos, para desmontar clavija por clavija aquel gigantesco andamiaje de enredos y decir: «¡Ahí va! Hé aquí la civilización moderna y lo que da al análisis.»

Sería, por cierto, obra interesante, pero fuera rudo el trabajo. Pensad que los documentos relativos á los negocios de Erlanger Henarian 100 tomos en folio, que existen 425 escritas de procedimiento para la discusión en primera instancia solamente...

Nadie ha podido seguir este asunto desde el principio al fin. Uno de los procuradores tuvo al cabo de poco tiempo, un ataque de calentura devoradora; uno de los abogados que solo se había ocupado en una parte de este proceso, pero con mucha aplicación, es verdad, debió descansar por espacio de tres meses y renunciar absolutamente á todo trabajo.

Lo que acabamos de decir abre, en seguida, á vuestra vista horizontes de formidables especulaciones, de empresas complicadas, de vastos proyectos. Todo esto es nada. Precisamente comienza aquí el lado sorprendente, dramático, diré francamente, en el punto de vista social.

La base de todos estos negocios es siempre la más tri-

vial, la más vulgar, la más innoble estafa,—de aquellas estafas que cometen, al salir de Mazas, agentes de negocios carcomidos que no tienen tiempo de combinar un plan.

Ni siquiera se toma la molestia de dar apariencia de verosimilitud á las empresas á que se lanza: se anuncian minas que jamás han contenido una partícula de mineral; asegúrase á los accionistas que se han pagado 500.000 francos por una hojita de col rentista, el *Argent* que tenía un total de dos números.

Imagináis que desde un principio se va á corromper á personas en cierta situación, de alguna apariencia, y se les dice: «Aparentad que sois suscritores.» De ningún modo. En el momento de la constitución de una sociedad se toman nombres de pobres diablos empleados que figuran suscritos por 1 ó 2 millones; á veces hasta se inscriben, al acaso, nombres de personas que no existen, vecinos de calles que tampoco existen.

Esto os parecerá fabuloso, pero si tenéis la paciencia de seguirme en este estudio, vereis que no llevo aun al extremo de la verdad.

Una vez constituida la Sociedad, se llama al público á suscribirse y se organiza una estrepitosa campaña de prensa. El público se suscribe, y, cuando se deshacen de todas las acciones, la Sociedad se reduce á cero y los accionistas se dirigen á los tribunales.

Así pasa. El cerebro del judío es muy poco creador (1).

(1) Allmayer pertenece á esta escuela. Las estafas cometidas por él, son, en sí mismas, poco originales; pero, ¡cuánta habilidad desplegada por este pintoresco ladrón para desbaratar las investigaciones, cuánto arte en las transformaciones, cuánto aplomo! ¡Cuán gran rentista hubiera sido ese hombre sino hubiese obedecido á una especie de aficiónamiento, si no hubiese querido jugar con fuego.

Digamos además que conviene no mirar esto como cookney, formarse cargo de las complicidades latentes, de los apoyos secretos, de la ternura

Erlanger obedece sencillamente al impulso irresistible del ladrón, al áspero deseo de tomar al que tiene; es el hombre de la tribu, el Beduino que va á quitar una bolsa de la

que, en el fondo, tienen los judíos, para ese caballero de industria que es notable, que honra á la raza á su manera, que hace hablar de él...

Toda esta florecencia de aventureros saltados en medio de una sociedad desorganizada ofrece muy curioso estudio; encuéntrase á cada instante tipos extraordinarios, como el d'Acosta cuyos *Hechos diversos*, siempre esos buenos de *Hechos diversos*, tan preciosos para la historia social contemporánea, nos refieren la vida extraña.

D'Acosta, ó más bien Nathan Ganz, dice el *Figaro* del 17 de marzo de 1888, porque tal es el verdadero nombre de ese aventurero, no ha sido trasladado aún á Bruselas. Está en Mazas, á la disposición del señor juez de instrucción Levasseur, encargado de la causa de las muchas estafas cometidas en París por el director del periódico *Los Dos Mundos*.

Además d'Acosta es muy reclamado en Europa. Holanda, Alemania, Inglaterra, especialmente, han avisado al tribunal del Sena que habiendo cometido muchas tropelías en aquellos tres países, se le debe poner alternativamente á la disposición de cada uno de aquellos gobiernos. Además, habrá de dar explicaciones acerca del papel político que ha desempeñado en Europa haciéndose pasar por miembro activo de ciertas Sociedades socialistas.

«Un ejemplo por mil. En el congreso celebrado en Londres en 1881, habíase hecho aceptar como delegado de los socialistas mejicanos; por otra parte, presentábase como afiliado á los nihilistas, y, en París, se había introducido entre los socialistas más exaltados, representando, decía él, con pruebas en su apoyo, la opinión avanzada de tal ó cual país.

»En realidad, el único fin á que aspiraba era penetrar los secretos de las sociedades en las que se hacía admitir, á fin de poderse entregar sin peligro á su oficio de espía.

»En un registro hecho en la redacción de su periódico, calle de Douai, 50, M. Levasseur, acompañado de M. Goron, descubrió, en un granero, una enorme caja de hierro, llena de documentos que no dejaban ninguna duda acerca del papel que ese miserable representaba en Francia. Créese que tiene cómplices que la policía espera descubrir.

»Pero, en fin, decíale ayer M. Levasseur, que sabía ya á que atenerse, decidnos pues cuáles son vuestro verdadero nombre y nuestro origen.

»—A fe mía, caballero, respondió el reptil, con tono zalamero, durante el curso de mi existencia, me he valido de tantos nombres diversos que tengo olvidado el que me legaron mis padres, quienes sin embargo, creo que eran de nacionalidad húngara y de raza israelita.

Figuráos agentes de este temple en una insurrección, en una época de completo trastorno social, y comprenderéis que á dientes revolucionarios que hablan con vosotros con el corazón en la mano, que nada tienen ahora que temer, os declaren que para ellos son absolutamente inexplicables algunos de los acontecimientos de la Commune.

tienda vecina, que desata al caballo, ó se lleva el carnero que excita su codicia.

La escena cambia luego de comenzado el proceso. Este sér, que hasta ahora ha obrado como un ratero de baja estofa, como un pilluelo enteramente subalterno, pasa repentinamente á ser un político extraordinario.

El judío se presenta como es. Detrás del Beduino ó del ladronzuelo listó que os escamotea vuestro pañuelo, como á mí me sucedió en el ghetto de Presburgo, aparece el baron israelita que ocupa gran posición en París, y que maneja maravillosamente todos los resortes de la vida moderna.

Erlanger empleará todos los medios que el talento de la intriga pueda inspirar al talento por más ingeniosos que sean, todos los recursos que pueda dar de sí el oficio: comprará los magistrados, los hombres de Estado; enviará dinero á unos, mujeres á otros; convertirá su negocio en negocio internacional; consul de Grecia, lo que dá, entre paréntesis, particular idea del sentido moral del rey de los Helenos, invocará las inmunidades diplomáticas; se servirá del príncipe de Hohentlohe á quien hace partícipe de sus sucias empresas; enriquecerá á Dauphin; pagará á los republicanos y acabará por guardar el dinero. Anticipadamente, declaró esto á un abogado: «Tengo 10 millones para sacrificar; prefiero darlos á mis defensores que devolverlos á mis accionistas.»

Observad que, desde el comienzo de la lucha, está á favor del ladrón la ventaja del terreno: él tiene el dinero y sus accionistas están arruinados; tiene en su poder los documentos, las pruebas que demostrarían su culpabilidad y se pone al páiro.

¿Qué queréis que hagan los infelices robados? Es preciso que paguen antes de empeñar el pleito. Las diversas causas relativas á los negocios de Erlanger han costado á

lo menos 300.000 francos solamente en gastos de informes verbales de peritos y comprobacion de cuentas. El ministro de Justicia amonestaria enérgicamente al Tribunal si este gastara semejante cantidad para que se hiciera justicia á accionistas despojados. Los que presentaron la primera querrela debieron comenzar por desembolsar 12.000 francos.

Para defender semejantes causas se necesitan hombres especialmente organizados y sobre todo hombres que puedan hacerse escuchar del Tribunal.

Merced al dinero, tiene Erlanger á todos los doctores del tribunal, y lo que indica perfectamente la desmoralizacion del foro actual, es que, excepto el letrado Falateuf, ni un solo miembro del Colegio ha ejercido contra el rentista prusiano.

Cuando Erlanger se teme de que se pida á uno que abogue contra él, va á encontrarle, le pide una consulta acerca de un punto accesorio y le paga 10,000 francos. Por este solo hecho, el otro no puede ejercer contra un hombre que, por poco que sea, ha sido su cliente.

Como se comprende, no intento entrar en los pormenores de los múltiples procesos concernientes al Crédito general francés. Sin embargo, es necesaria si quiero que los historiadores venideros sepan lo que era la magistratura francesa bajo la tercera República, la nocion que tenia del Bien y del Mal, que haga figurar, en este libro, un resumen de un negocio seguido al través de todas sus fases.

Paréceme ver á mi lector gesticuleando y preparado á pasar por alto estas páginas: hace mal; porque esto le instruiria y le fuera materialmente útil.

Además, continua siempre la misma broma.

Cuando resumís, en unas cuantas lineas, una cuestion que os costó muchas investigaciones, se dice: «Ese tal es

un libelista; ¿dónde están las pruebas de todo lo que dice?» Cuando entráis en la discusion profunda de una cuestion, el lector toma las de Villadiego, diciendo: «Es un escritor pesado.»

De todos modos, creo necesario tomar un negocio como tipo y voy á explicaros el de los Seguros generales.

Los Señores Emilio Erlanger y Berthier hermanos, se asocian el 20 de junio de 1879 con el Crédito general francés para sonsacarles á los papanatas 8.750,000 francos.

Al objeto inventaron un truco perfeccionado que denominaron:

COMPañIA DE SEGUROS GENERALES

SOCIEDAD ANÓNIMA

CON CAPITAL DE 35 MILLONES DE FRANCOs

DIVIDIDA EN 70,000 ACCIONES DE 500 FRANCOs

Libres de 125 francos.

Estas 70,000 acciones debíalas poner á la venta el Crédito general francés, antes de fin de julio siguiente, con una prima de 125 francos, destinada á constituir los 8.750,000 francos codiciados por los explotadores.

Los 125 francos *llamados liberados por las acciones* debían suministrarlos los compradores para formar el cuarto del capital de la futura sociedad, exigido por la ley, para fundar una Sociedad anónima.

El capital de 8.750,000 francos debía ponerse en manos de un consejo de administracion encargado de engullir lo más pronto posible en un océano de operaciones aventura-

das ó ficticias, en el que se haría zozobrar la empresa á fin de hacer desaparecer el cuerpo del delito de estafa.

Para evadirse de las responsabilidades que la ley impone á los fundadores de Sociedades anónimas, enviaron nuestros hombres un empleado de la agencia de los Señores Berthier hermanos á Reims quien chafarrinó solo su simulacro de Sociedad con una lista de suscritores supuestos y sin ninguna entrega de fondos.

Ese hombre de paja, llamado M. Leopoldo Martin, compareció el 26 de junio ante el notario Méyret, no en el despacho del dicho notario, sino en el domicilio del señor baron de Erlanger, calle Taibout, n.º 20, en París.

Para que se le perdiera la pista, se llama allí M. Leon Leopoldo Martin, caballero de la Legion de honor, rentista, domiciliado en París, calle del Cuatro Setiembre, número 15, y, obrando en nombre y como *único fundador* de la Sociedad anónima, llamada Compañía de Seguros generales, afirma al notario:

- 1.º Que el Capital social fijado en 35 millones de francos estaba suscrito en su totalidad;
- 2.º Que cada suscriptor habia entregado el cuarto del Capital suscrito por él;
- 3.º Que los fondos estaban depositados en las cajas de la Sociedad del Crédito mobiliario, plaza Vendôme número 15, en París.

En apoyo de estas falsas declaraciones, entregó al notario una lista de 173 suscritores que indicaban las cantidades suscritas y las entregadas por cada uno de ellos y firmó dicha lista, despues de haberla certificado sincera y verdadera.

El mismo, empero estaba suscrito en ella por 1,330 acciones, con el nombre de Leopoldo Martin, domiciliado en París, calle de Thiérs, n.º 43.—*La falsedad era pues manifiesta.*

El mismo dia 26 de junio de 1879, á las 3 y cuarto de la tarde, cuarenta de estos supuestos suscritores, incluso en ellos el Leopoldo Martin, se encontraron reunidos en la sala Lemardelay, n.º 100, calle Richelieu, en Junta general constitutiva.

Nombróse presidente á M. Alfredo Blanche y fueron escrutadores los Señores Erlanger y Richard Wallace (1).

Los ausentes y hasta los ficticios estaban representados por poderes.

Afirmaron por unanimidad que *eran exactas* las declaraciones hechas por M. Martin, fundador de la Sociedad.

Nombraron el Consejo de administracion, para seis años, con 50,000 francos anuales y consignaron 1,500 francos á cada comisario censor.

Finalmente, el Sr. Alfredo Blanche, Presidente, tuvo el descaro de proclamar majestuosamente:

«*Que todas las prescripciones de la ley se han cumplido regularmente, y que de este modo la Sociedad anónima, llamada Compañía de Seguros generales, estaba definitivamente constituida.*»

Á los seis dias de esta comedia, el *Moniteur des Tirages financiers*, órgano y propiedad del Crédito general francés, anunciaba al frente de sus columnas:

La venta de 55,000 acciones de 500 francos
de la
COMPañÍA DE SEGUROS GENERALES
Libres de 125 francos.

(1) Ese Wallace, que se suponía falsamente pariente del célebre filántropo, era un banquero que desapareció con su banca, y desde entonces no se ha oído hablar de él. La extravagante fantasía que preside en todo esto es la nota chula de estas cosas. Hé aquí lo que puede hacerse en esta sociedad tan admirablemente organizada en que la criada que sacude una alfombra en el balcón, pasadas las seis de la mañana, recibe inmediatamente la conminacion del pago de la multa.

Estas 55,000 acciones decía el *Journal Financier*, provienen del grupo de los fundadores y se pone á la venta al precio de 625 francos, ó sea 250 francos liquidos á pagar. Se verificará la venta el 14 y el 15 de julio, en las ventanillas del Crédito general francés, calle Lepelletier, n.º 16, en Paris.

Se exigirá la cotización oficial.

Sin embargo, no existía Sociedad, ni acciones de Seguros generales.

Los días 6 y 10 de julio se repitió este falso anuncio, acompañado de un prospecto que reflejaba á los ojos del público mayor valor y un dividendo de 20 francos á lo menos, por acción desde los primeros ejercicios.

Una publicidad organizada, á todo gasto, en todos los periódicos, se encargó de anunciar á la multitud todos estos beneficios.

El mismo *Moniteur* anunciaba, el 24 de julio, que de las 55,000 acciones puestas á la venta, se habían pedido y colocado 51,700 á la venta, y que el número de los compradores era de 6,864.

La perfidia del Crédito general francés había hecho pues 6,864 víctimas en dos días.

Había vendido una cosa no existente, ya que el 21 de agosto siguiente decía, en su periódico:

Se nos pregunta cuándo entregaremos los títulos.

Debemos hacer observar que deben hacerse y transferirse 70,000 títulos, y que para este doble trabajo se necesita un tiempo material algo largo.

Apresuramos este trabajo cuanto depende de nosotros y esperamos poder comenzar las entregas la semana próxima.

Las acciones puestas en venta como procedentes del grupo de los fundadores no existían pues cuando se vendieron las días 14 y 15 de julio. *Ni han existido jamás.*

Sea de esto lo que fuere, el público tenía ya bastante. El

Crédito general francés se vió obligado á esperar el año siguiente para deshacerse de las acciones que faltaba vender. Durante todo el año 1880 empleó todas las supercherias imaginables para captarse la buena fé de su clientela y del público por medio de su periódico *El Moniteur des Tirages financiers*.

A pesar de todas estas truhanadas, quedábanle todavía 62 acciones en 31 de diciembre de 1880.

Tan bien había desempeñado su cargo el Consejo de administración, que, á fines del 4.º año, todo el Capital entregado se encontró disipado y votó un pago de 77 fr. 50 por acción que representaban 5.450,000 francos. Eran pues 22.450,000 francos perdidos por los compradores de aquellas falsas acciones.

Á fin de sustraer estas cuentas de las investigaciones de las víctimas, acordóse con el agente de los explotadores, y la hizo decretar, por el Tribunal de Comercio, la disolución de la Sociedad, cuya liquidación hizo confiar á dos hombres de su entera devoción.

No obstante, el 13 de julio de 1885, el mismo tribunal decretó la nulidad de la tal Sociedad por los motivos que siguen:

- 1.º Falta de suscripción de la totalidad del Capital social;
- 2.º Falta de entrega por cada accionista del cuarto del Capital por él suscrito;
- 3.º Falsas indicaciones de la personalidad y del domicilio del supuesto fundador, quien, por confesión propia, solo ha prestado el nombre de los fundadores verdaderos;
- 4.º Falta de indicación de las calidades de los suscritores.

«Y, añadió, atendiendo que consta también de las discusiones y de los documentos producidos.»

«Que muy lejos de preocuparse de la suerte de la Sociedad, no era esta para los *Fundadores, Administradores y Suscritores* sino un instrumento propio para hacerles lograr el fin de especulación y agiotage que perseguían únicamente.

«El Tribunal declara nula la Sociedad anónima llamada *Compañía de Seguros generales*,

«Declara el presente fallo *comun* á los liquidadores judiciales,

«Condena, etc.....

El 2 de diciembre de 1886, el Tribunal de apelacion de París, presidido por M. Perivier, confirma este luminoso fallo, cuyos motivos adoptó, añadiéndoles los siguientes:

«Considerando que no basta decir, con los primeros jueces, que cada suscriptor no ha entregado el cuarto del Capital suscrito por él, que conviene añadir tambien que el *cuarto* del Capital, considerado en sí mismo, no puede reputarse legalmente haber sido entregado antes de la constitucion de la Sociedad .

«Considerando que todos los suscritores asistieron ó estuvieron representados en la Junta del 26 de junio, que está además establecido que cierto número, según lo han consignado los primeros jueces, no estuvieron en ella representados sino en virtud de poderes que no llevaban la firma de los suscritores, á quienes se atribuyeron *fraudulentamente*;

«Considerando que habiendo formado parte del Consejo de administracion todos los demandados originarios, participaron de las infracciones graves reservadas por el Tribunal como tachando de nulidad la Sociedad de Seguros generales;

«Deben, por consiguiente: ser considerados como co-autores á lo menos de daños, por razon de los cuales son solidariamente responsables;

«Deben, por consiguiente, ser condenados solidariamente á las costas de primera instancia y de apelacion;

«Por estos motivos;

«El Tribunal confirma la sentencia, condena á los apelantes: Alfredo Blanche, de Broves, Leon Chevreau, Clermont-Tonnerre, Alberto Nivert, Pascal, Thoinet de la Thurmelière, Joumet, d'Erlanger y Martin solidariamente en todas las costas.»

Quedaba pues definitivamente juzgado que Martin, el solo fundador de la supuesta Sociedad de Seguros generales era un *falso fundador*.

Que se habia atribuido falsos domicilios,

Que habia tomado la falsa cualidad de rentista,

Que habia hecho falsas declaraciones de suscripciones y de entregas de fondos,

Todas estas falsedades se habian cometido en una escritura pública otorgada en el mismo domicilio del baron Emilio Erlanger, que se habia servido de aquella escritura.

Estaba pues definitivamente juzgado que los directores de la explotacion habian hecho uso de poderes falsos y que la supuesta Sociedad no habia sido sino un *instrumento de especulacion y agiotage*;

Que los fundadores y administradores fueron condenados solidariamente á las costas como co-autores de daños por razon de los cuales su *responsabilidad está solidariamente empeñada*.....

Léese tambien en la sentencia: «*Que los fundadores deben ser responsables de las condiciones de la constitucion de la Sociedad para con los accionistas y de los terceros.*»

Finalmente, era definitivamente juzgado que aquella Sociedad era nula y de ningun efecto respecto á los intereses y respecto del liquidador.

Tambien dice la misma sentencia: «*Que se ha incurrido en nulidad el mismo dia de la constitucion irregular es decir el 26 de junio de 1879.*»

Por consiguiente, esta Sociedad nula no habia podido

crear acciones, *pues que no habia sido constituida*, y no tenia existencia legal.

Aquellos á quienes se les habian vendido fraudulentamente las falsas acciones, tenian pues el derecho innegable de reclamar á los vendedores de los títulos falsos la reparacion del perjuicio que habian sufrido.

El liquidador, respecto del cual habia sido declarada nula la tal Sociedad, no podía, pues, ejercitar ninguna accion para con las víctimas del engaño y del fraude de los explotadores.

¡Pues bien! los mismos jueces, olvidando la ley, olvidando sus propios fallos, olvidando la justicia, han tenido el valor de rechazar cruelmente las justas demandas de las víctimas de aquella inmensa estafa.

Más aún, les han condenado también á pagar al mismo liquidador, respecto del cual ha sido declarada nula la Sociedad, todas las reclamaciones de dinero que él tenga á bien hacer, hasta el completo de 500 francos importe integral de las falsas acciones que se les vendieron contra lo prescrito por la ley.

Y todo esto con costas, sin que los desgraciados papantitas puedan tener *ningun recurso* contra los autores del engaño y del fraude reconocidos por el Tribunal en su sentencia del 2 de diciembre de 1886.

Está escrito empero en la sentencia del 13 de julio de 1885 y en la del 2 de diciembre de 1886:

«Que los fundadores deben ser responsables de las condiciones de la constitucion de la Sociedad para con los accionistas y de los terceros.»

La sentencia ha añadido que «todos los demandados originarios debian ser considerados como co-autores á lo menos de daños por razon de los cuales son solidariamente responsables;

Que deben por consiguiente, ser condenados á todas las costas.....

En su consecuencia, han sido condenados con costas. Debian ser pues condenados tambien por lo principal.

Para hacer esta obra maestra, no se han contentado los jueces con sacrificar los derechos de las 7,000 víctimas de esta estafa, han defraudado tambien al Estado derechos debidos al Tesoro por el registro del tratado en el que se han apoyado para condenar á los compradores de los falsos títulos al pago de las cantidades reclamadas por el liquidador.

Este tratado firmado ilegalmente en julio de 1884 por el Consejo de administracion, habia cedido á la Sociedad *Paris* todo el activo y el pasivo de la Compañía de los Seguros generales con promesa de pagarle tambien la suma de 4.500,000 francos.

El liquidador continuaba las exigencias de dinero al objeto de realizar esta cantidad.

Este tratado se visó en la sentencia del Tribunal de Comercio, con fecha 22 de marzo de 1886 y en la de 28 de abril de 1887, pero sin mencionarse su registro que se omitió hacer, porque debian pagarse 119,900 francos á razon de 2 por 100.

Cuando se dictaron las sentencias debiase pagar doble derecho, es decir 239,800 francos.

En la Audiencia se alegó esta falta de registro; pero el presidente habia contestado:

—¿Qué le hace?

Lo que le hace está escrito en la ley del 22 Frimaire año VII, cuyo artículo 47 dice:

«*Les está prohibido á los jueces dictar ninguna sentencia á favor de los particulares por escrituras no registradas, bajo pena de ser personalmente responsables de los derechos.*»

Si hicierais el pequeño esfuerzo de seguirme hasta el fin, visteis que el resultado de la sentencia dictada era condenar á accionistas, que lo habian perdido todo, á completar todavía su entrega á favor de una Sociedad declarada nula por el tribunal.

En cuanto á las condiciones absolutamente fraudulentas con que se realizó el negocio, y á los elementos de la *contractatio fraudulosa*, como se dice en el Palacio, creed que nada he exagerado.

El fundador Leopoldo Martin, empleado de los Señores Berthier, hermanos, estaba domiciliado en la calle de la Gare, n.º 43, en Reims, cuando él indicaba como domicilio ya la calle Thiers, que no existe, en París, ya la casa que lleva el n.º 15 de la calle Cuatro de Setiembre, casa perteneciente á los hermanos Berthier, y en la cual no ha habitado jamás. Suscribe modestamente por 2.035,000 francos.

El más asombroso de todos es quizás un llamado Benito Vidal, 15, calle Perrin-Soliers, en París, que no pudo hallarse en París donde no existe la calle Perrin-Soliers; se le busca en Marsella, donde el propietario de la casa calle Perrin-Soliers, 15, casa que él hizo edificar en 1846, declara no haber tenido jamás por inquilino ó co-propietario ninguna persona de dicho nombre.

Erlanger echa cuantos sabuesos hay disponibles en busca de un Vidal que pueda adoptarse poco más ó menos á la circunstancia, y declara que el suscriptor indicado vive en la calle Lesdiguières, n.º 7. Se va á dicho domicilio y allí se encuentra un Vidal, pero se llama Teófilo y no Benito. Es un anciano de ochenta y ocho años que vive en la miseria, en casa de su yerno M. Augusto Tremaille en una habitación de 400 francos cuyo mobiliario completo no vale 100 francos.

¡Este anciano se habia suscrito por un millon y habia entregado 250,000 francos!

Tambien es divertido ver á Chappuis (Adolfo), que se habia suscrito por 2 millones. Ante el juez ponente Levy, el abogado Landier apremia algo á Erlanger que se ve en un momento muy apurado, y dándole un golpe á la espalda del baron, le dice súbitamente:

—Vamos, señor de Erlanger, decidnos á lo menos donde se encuentra ese Chappuis que no podemos hallar.

—Está en Bruselas, calle Nueva, n.º 10, contesta Erlanger.

Un accionista va á Bruselas, donde descubrió que el tal Chappuis habia ejercido un empleo en el *teatro de la Moneda*, y que no habiéndose renovado su compromiso, se habia ido á buscar mejor fortuna en Londres (1).

No acordándose ya Erlanger al cabo de un año de haber

(1) Todos estos hechos, por marcados que estén de extravagante inverosimilitud, son todos rigurosamente exactos, y reconocidos verdaderos por el Tribunal de Comercio.

«Atendiendo, dice la sentencia del 13 de julio de 1885, en lo concerniente á Vidal, que el domicilio de este supuesto suscriptor está indicado calle Perrin-Soliers, 15, en París;

»Atendiendo que ninguna calle de París ha llevado jamás este nombre; »Que si los demandados sostienen que esto seria un error material y que Benito Vidal habria habitado el número 15, calle Perrin-Soliers, en Marsella, no presentan ninguna justificacion en su apoyo.

»Que consta, al contrario, de las discusiones y de los documentos exhibidos que jamás ha habitado dicha casa ningun inquilino llamado Vidal;

»Atendiendo que, por otra parte, queda establecido por los documentos presentados al tribunal, que la entrega de 250,000 francos que incumbia á Vidal, la hizo el mismo Erlanger.

»Atendiendo que si Chappuis hubiese hecho real y personalmente una entrega de 500,000 francos; que si el anticipo de 250,000 francos, consentido por Erlanger, segun él dice, á Vidal, tuviera un carácter serio, no se podria comprender la imposibilidad en que se encuentran los demandados para fijar la existencia de dos individuos respecto de quienes no dejarían de tener informes exactos;

»Atendiendo que esta misma imposibilidad demuestra el carácter ficticio de esos dos suscritores.....»

dicho al comisario de policía que Chappuis no era de su grupo, hacia presentar por el abogado Barboux, ante el Tribunal de París, un papel fabricado *ad hoc* y concebido en estos términos:

«Recibi del Señor baron de Erlanger por saldo de las cuentas que me correspondian por participacion en el sindicato de la compañía de los Seguros generales, la cantidad de 250,000 francos.

«París, 20 setiembre 1879.

«Firmado: CHAPPUIS.»

En cuanto al llamado de Chauvron, veremos luego el incidente á que dió lugar cuando la defensa del abogado Barboux.

He tenido mucho cuidado en poner de relieve, evitando perderme en los pormenores, el carácter absolutamente fraudulento, el carácter de estafa de estas operaciones. Confío que no habrá uno de mis lectores que no diga: «Si un pobre diablo hubiese empleado análogos procedimientos para procurarse algunos céntimos, ya estaría en presidio.» Estoy convencido de que no hay uno solo que no llegue á la misma conclusion que yo: «Los jueces que absolvieron á Erlanger son unos miserables; la magistratura se vende.»

Esto no es injuria, ni violencia inútil contra la magistratura á la que llamó Scholl «la canalla inamovible.»

Estoy en la edad en que uno sabe el valor de lo que escribe, y como sociólogo que ha estudiado ántes de hablar, que hasta ha tenido á su disposicion documentos que no puede publicar, lego á lo porvenir esta afirmacion: «La magistratura francesa es una prostituta.»

No creais en una especie de indiferencia, en tenderse escépticamente á la bartola: esos hombres son implacables.

Necesitan matar, porque esta es su razon de ser, su única manera de hacer admitir que sirven un gran interés social; necesitan matar tambien para darsé una satisfaccion, un gozo personal. Léese un gozo perverso en sus caras burlonas y descoloridas cuando han asesinado, cuando han sacrificado una víctima más al Ídolo de justicia al Ídolo muerto en quien no creen.

En esta Francia donde se absuelve á Erlanger, se condena á seis dias de cárcel (noviembre de 1887) á un niño que ha robado un pastelón de un sueldo. Un pobre diablo, que no habia comido desde dos dias, quita una calabaza en un campo, la cuece apresuradamente en un fuego de hojarasca; le sorprenden en el momento en que, apremiado por el hambre, la devora á medio cocer; le condenan á ocho dias de cárcel (setiembre de 1887). Otro hambriento que habia comido, sin poder pagar, en un restaurant por veinte y cuatro sueldos, es castigado con un mes de cárcel (junio 1888) (1).

¿Quereis saber cómo se trata á los que abusan de la confianza de sus contemporáneos? Leed: es un sencillo extracto de tribunales, cortado del *Parti national* (10 junio de 1888). ¿Qué importa? ¿Acaso un hecho diverso no despierta en el hombre que sabe pensar tantas ideas como la página más brillante de un escritor? Trátase de dos desdichados camelotes perseguidos por haber engañado al público anunciando un suceso que no existía, ó, á lo menos no existía tal como lo anunciaban: es lo que se llama en el Código: «Hacer creer en un acontecimiento quimérico.»

(1) Dispénsenos el Sr. Drumont si nos permitimos decirle que se admira de muy poca cosa. Nosotros le podríamos citar casos, sucedidos en España, no ya en tiempos de República, sino de más antigua fecha,—para que vea si somos aprovechados,— que dan quince y falta á lo que nos dice de Francia. Si allí cuecen habas, aquí se han cocido y se cuecen..... á calderadas. Y ¡viva..... la Pepal..... con Presupuesto..... (N. del T.)

El Señor presidente (al primero).— Reconocéis haber pregonado: "Pedid el asunto misterioso del boulevard Maiesherbes; arresto de un ayuda de cámara?"

El acusado.— Sí, mi presidente.

El Sr. Presidente.— Pues bien... sabiais que no habia ni una sola palabra de esto en el periódico.

El acusado.— Apenas sé leer: Bons me dijo que lo pregonara; grité lo que él me dijo.

El Sr. Presidente (á Bons).— ¿Es verdad?

Bons.— Sí, mi presidente.

El Sr. presidente.— Varias veces habeis sido ya condenado por semejante cosa; sois consuetudinario del hecho.

Bons.— Sí, señor; soy yo el consuetudinario del hecho, personalmente.

El Sr. presidente.— No habia ni una sola palabra del asunto que voceabais vos y vuestro compañero.

Bons.— Dispensad, mi presidente; está en las noticias; podeis verlo.

(El Sr. presidente mira el periódico.)

Bons.— La primera, en los hechos diversos.

El Sr. presidente (leyendo): "Les cambrioleurs," ¿es esto?

Bons.— Sí, mi presidente.

El Sr. Presidente (leyendo).— "La noche pasada, aprovechándose unos malhechores de la ausencia de la señorita X..., hija de un antiguo consejero en el Tribunal de Casacion, penetraron en su aposento, que está en el piso 4.º del número 31, boulevard Maiesherbes."

El Sr. presidente (después de haber acabado el artículo en voz baja).

— Bueno, esto es un robo... ¿Dónde está aquí el asunto misterioso?

Bons.— Como no se sabe quien ha dado el golpe... naturalmente... es un misterio.

El Sr. presidente.— Y el arresto del ayuda de cámara?... ¿Dónde habeis visto esto?

Bons.— Creí que no podia ser sino él.

El Sr. presidente.— Pero no se le ha detenido.

Bons.— Era una suposición bastante natural.

El tribunal condena á Bons á dos meses de cárcel y á Salmon á seis dias.

Un diablillo famélico, para ganarse quizás diez sueldos

desganitándose con pregonar su mercancía por las calles, engaña á los transeúntes del modo que hemos visto. El baron de Erlanger roba 20, ó 25 millones, en un solo negocio, con un documento que es una verdadera falsedad como escritura, con un documento en el cual figuran como suscritores por millones personas que no tienen domicilio, personas que ni siquiera se pueden hallar,—y no solamente es absuelto, sino que continua siendo oficial de la Legion de honor. No hallaríais ni en la derecha, ni en la izquierda, desde M. de Mun hasta Brialon, un diputado capaz de pedir que se quite á lo menos á ese hombre manifiestamente deshonorado el lazo que el coronel Noirtin le arrancó un dia públicamente (1).....

¡Estos son los jueces actuales! ¡Y estos hombres toman ciertas actitudes y se ofrecen por modelos de Virtud! Se cuadran insolentes y tiesos en sillones que Cambises habria hecho forrar con sus pellejos. Ningun país cayó jamás más hondo y es vengar la conciencia pública el zurrar á esos magistrados vendidos, afrentados, como yo lo hago, en el ejercicio de sus funciones.... ¡Oh! ¡siempre en el ejercicio de sus funciones! Este delito lleva ante los tribunales, y, teniendo cuidado en escoger los jurados, podríanse encontrar entre ellos excelentes personas, hasta Franc-Masones, cuya presencia en las Logias no comprendo, como M. Hubner, como M. Taillebois, quien fué el primero que denunció, con pruebas en su apoyo, las infamias cometidas en el

(1) M. Daumas, concejal, habia anunciado su intencion de pedir que se retire á lo menos el rótulo de calle Erlanger á la calle que lleva este nombre; pero no ha realizado su proyecto; ademas es probable que no se hubiese salido con la suya. El Ayuntamiento encuentra muy sencillo desbautizar una calle destinada á honrar la memoria de un maestro de los pobres como el hermano Philippe y respetar la loseta que es un homenaje á Erlanger.

ministerio del Interior con motivo de las indemnizaciones á las víctimas del 2 de diciembre, y esos no me condenarian. Para enviarme á la cárcel mientras se deja impune á Erlanger, no bastaria tener un jurado escogido al corre que te pillan, seria necesario tambien un jurado escogido entre pillos.....

Hasta admitiendo que las personas que nos gobiernan tengan esta audacia, no me disgustaria un poco de cárcel... Sin que me molestaran, escribiría en ella el libro que Rosny debiera haber hecho; aplicando el método que el admirable Balzac, que lo sabia todo, aplicaba á las cosas judiciales, veria de mostrar con qué facilidad se hace uno dueño de los mil rodajes de esta organizacion social que no funciona sino contra el débil,—lo que pesa, cuando se la mira de cerca, esta Sociedad que, con toda su complicacion y toda su solemnidad, es una apariencia, una sombra, un fantasma.

¡Qué lindo retrato por hacer el de ese Erlanger á quien dejo muy á mi pesar! Ved de hallar algunos centenares de miles de francos para una empresa detenidamente meditada, formal, y no lo conseguireis. Ese hombre atrae á sí los millones del modo que quiere, y, ni una sola vez, si le ocurre intentar algo que descansa en una base cualquiera, en una idea más ó menos justa. Es un simple pick-pocket....

La vida de ese hombre es un cúmulo de porquerias y ruinas, y siempre el judío prusiano se sale de apuros con la proteccion del Kahal. Al principio, se encarga de negociar el empréstito de los Confederados en los momentos de la guerra de América, guarda para sí el importe de las cantidades recibidas, se casa con la hija de uno de los negociadores del empréstito y propone tranquilamente á sus víctimas que vayan á someter el litigio que les divide á los

Estados-Unidos, donde se condena á muerte á los que se inmiscuyeron en procurar armas y subsidios á los separatistas.....

El asunto de la Exposicion de Auteuil pone al rentista en grave aprieto; la Emperatriz le salva. Devienne es el Bresselles del asunto; forcejea algo más, y punto concluido; avergonzado de su papel, se apela diez veces de la sentencia. Aun se sentian algunos escrúpulos en aquella época... Algunos concurrentes del Palacio se acuerdan todavia del acento con que Osear de Vallée, recordando el asunto de un aldeano normando declarado responsable poco tiempo antes de una desgracia de la cual era muy inocente, decia al tribunal: «¡Acordáos de aquel pobre diablo! A buen seguro, era menos culpable que el que ahora os piden que absolvais.»

Durante la guerra, Erlanger abastece al ejército alemán; llamado á Versalles para dar su opinion acerca de la indemnizacion de guerra, declara á Bismarck, que titubea, que estamos perfectamente en situacion de pagar 5 mil millones. Naturalmente, nuestra aristocracia, que no muere de empacho de patriotismo, como es sabido, abre sus salones á la señora de Erlanger, que llega á ser una de las triunfantes de Deauville. Bajo la República actual, vive Erlanger á completa satisfaccion. Reducido entonces Dauphin á los expedientes, se constituye su vasallo; instalándose como procurador general, manda que se le entreguen á manos propias todas las querellas que se presenten acerca de Erlanger, y las mete tranquilamente en el cesto. ®

Por cierto que son tipos curiosos esos tales. Hay en ese hombre algo del estercorario y del caiman. Es melomano; todos los judíos lo son. Los dos jóvenes únicos considerados dignos de disputarse este año el premio de Roma para la música, eran dos judíos: Erlanger y Dukas. Erlanger tuvo

el primer premio; Dukas tuvo el segundo; los cristianos se quedaron con un palmo de narices. Erlanger, el banquero, se cocodriliza; entre dos procesos toma su violin y se encanta.

Para ese hombre que sabe que todo se vende, la elocuencia de los grandes talentos del foro parece no ser sino un deleite como otro cualquiera; la música del Tribunal correccional se cambia en música de aposento, solo que el tenor cantar por él en el foro en lugar de ir á cantar en su palacio, ni más ni menos ..

Aquí nos encontramos tambien con una mentira que constituye el fondo de esta Sociedad.

El abogado Barboux, que gritaba un día: «Yo jamás acepto causas que no crea fundadas,» sabia perfectamente que unos desgraciados cuyo domicilio no se puede llegar á encontrar, no se han suscrito jamás por millones. Sin embargo, se indigna á la sola idea de que se permita discutir esta cuestion, luego, de repente, se enfurece como un energúmeno, á la idea que se atreva á alguien á suponer que Chauvron sea un suscriptor ficticio. No tengo á la vista el texto exacto de sus palabras, pero supongo que debió estar muy elocuente. «¡Chauvron, suscriptor ficticio, gritaria. ¡Ah! señores. El mismo Chauvron, luego que ha tenido noticia de semejante calumnia, se ha apresurado á escribir desde Londres donde se encuentra en estos momentos..... Tomad, señores, aquí está la carta de ese hombre, la carta que va á confundir á mis adversarios.....»

—Veis aquí el movimiento patético, la especie de transporte artificial que se apodera de todos los retóricos en esas ocasiones y que se nota anticipadamente como un efecto de escena.

Veamos la continuacion.

—Señores, dice el abogado general Manuel, me asombra que el doctor Barboux, al leeros la carta de Chauvron, no haya leído la nota que la acompaña.

Esta nota, olvidada en los autos, era de una agencia de negocios. Chauvron, decia esa nota, consiente en declarar que él suscribió realmente por 2,000 acciones, pero no quiere hacer la tal declaracion sino mediante una cantidad de 20,000 francos contantes y 30,000 francos si se gana el pleito.

El abogado Barboux no habia comunicado todas sus piezas á sus adversarios, pero, por inadvertencia, y con gran desespero del procurador de Biéville, habia entregado los autos completos al abogado general, y este habia encontrado la nota.

Hé aquí en que documentos se apoyan doctores de foro, decanos del Colegio, para tomar á Dios y á los hombres por testigos de su causa (1).

En los discursos de decanato se llaman estos ejercicios: «la honra en la misma honra, la flor de la integridad..... *vir probus dicendi peritus.*»

El Simulacro, repito, el Farisaismo, la Hipocresia, el Artificio, Grevy, en una palabra, es el *vir bonus dicendi peritus* por excelencia, el decano modelo, que, despues de toda una vida de imposturas y de bajezas decentes, huye cubierto con todos los oprobios, abrumado con todos los desprecios, despues de haber transformado el Eliseo en una

(1) El público acaba por tomarlo todo en serio. Yo mismo me habia creido que el doctor Barboux era un abogado de elevadísimo carácter y de difícil contentar en las causas que él defendia y en la *France juive* habia yo citado algunas líneas de uno de sus alegatos. Sucedia lo mismo con Rousse quien todo el mundo se imaginaba que era un hombre de bronce hasta el día en que, en plena Academia, glorificó á Leon Say que habia dado con Rothschild y Bleichroeder el golpe de la Unión general.

agencia agusanada que solo puede barrer la escoba de la Limouzin.

En efecto, lo que he dicho del asunto Erlanger es el borrador del libro, pero el borrador solamente. Le falta el retrato de todos los hombres que han figurado en esta comedia judicial, algunos de los cuales son sorprendentes; le falta el cuadro de todas las negociaciones, de todos los regateos, de todos los tráficos, que ocurrieron durante toda la tramitación de la causa, las transacciones subterráneas, los compromisos ambiguos, los miles de hilos en movimiento, los pasos dados por Dauphin á última hora todavía en que Breselles quitó de la sentencia hasta el nombre de Erlanger y se contentó con llamarle: «Uno de ellos (1).»

¿No denota inventiva esta expresion *uno de ellos*, un *quidam*, *vir aliquis*? ¿Qué magistratura esta que una hora antes habrá aplicado tan duramente á algun muerto de hambre el artículo 405 ó el artículo 408 del Código penal y que ni siquiera se atreve á censurar por su nombre á Erlanger (2)?

Hé aquí el texto del artículo 405:

(1) El tribunal considerando:

«Que si el exámen profundo de los hechos revela en los acusados hábitos de especulación sin escrúpulo, y más particularmente en uno de ellos un espíritu de lucro hábil en disponerlo todo al objeto de su interés personal, dejando pesar sobre otros la responsabilidad de las empresas que, en realidad, ha concebido y dirigido él, es constante que no ha cometido las intrigas constitutivas de la estafa.»

(2) La influencia judía se hizo sentir hasta en el Tribunal de Casacion. Bedarrides, presidente de la Sala de los requerimientos, no temió ir á encontrar á M. Talaudier, ponente del recurso formado por algunas victimas de la Sociedad de los Seguros generales, y pedirle comunicacion de su informe. Por espacio de una hora le demostró los motivos que debían impedirle admitir el recurso y la necesidad de cambiar su informe. Talaudier era un hombre honrado, y dijo á Bedarrides: «Está muy bien; haré un segundo informe.» Hizo otro, y en este nuevo informe, refutó todas las objeciones que Bedarrides le habia presentado.

Cualquiera que, ya haciendo uso de nombres falsos ó de cualidades falsas, ya empleando intrigas fraudulentas para persuadir la existencia de empresas falsas, de un poder ó de un crédito imaginario, ó para hacer nacer la esperanza ó el temor de un éxito, de un accidente, ó de cualquier otro acontecimiento quimérico, se haya hecho entregar ó librar fondos, muebles ú obligaciones, disposiciones, billetes, promesas, recibos ó descargos, y haya, por uno de esos medios, estafado ó intentado estafar el todo ó parte de la fortuna de otro, será castigado con cárcel de un año el minimum y de cinco años como maximum, una multa de 50 francos como minimum y de 3,000 francos como maximum..»

Es imposible negar que estos artículos sentaban perfectamente en las operaciones de Erlanger y de los Berthier.

La evidencia de lo que escribo constituye la importancia de mis libros. Hasta aquellos para quienes es doloroso pensar que magistrados franceses puedan venderse, pesan las pruebas que aduzco, juzgan las conclusiones que de ellas infero, y dicen: «Este escritor tiene razon.»

La Prensa no ha dicho ni una palabra de todo esto.

Los periodistas, conceptuados como suscritos, estaban dispensados de entregar el importe de su suscripcion, firmando un compromiso cuyo recibo les acusaban los hermanos Berthier en estos términos.

CRÉDITO GENERAL FRANCÉS

Servicio de la publicidad

Caballero,

Por la presente os confirmamos que estamos de acuerdo con los términos del compromiso que habeis contraido para con nosotros y que está concebido así:

El infrascrito... *periodista* me comprometo por la presente á dar mi cooperacion personal para toda publicidad á favor

de los negocios directamente patrocinados por el *Crédito general francés* ó que él me indique hasta el 31 de diciembre del presente año (1882), mediante la suma de cien mil francos, á todo evento, pagaderos como sigue. (Enumeracion de tres vencimientos.)

Dignaos aceptar la expresion de nuestra perfecta consideracion.

El administrador delegado,

Firmado: Julio BERTHIER.

Debe saberse que estas cantidades no estaban incluidas en los seis millones que los hermanos Berthier declaran haber dado á la Prensa para comprar su silencio.

Como es natural, los más callados fueron los periódicos republicanos.

Para la primera causa de los hermanos Berthier, en cuya casa, nos dice Chirac, comia Clemenceau todos los viernes (1), no se arruinó que digamos el director de la *Justicia* en gastos de noticias judiciales. La *Justicia* del 5 de agosto de 1886 contenia sencillamente esto:

La Sala octava del Tribunal civil del Sena, dictó ayer su sentencia en la causa del Crédito general francés. A M. Erlanger se le ha absuelto de la demanda, los demás acusados, retenidos por infraccion de la ley de 1867. Se ha hecho caso omiso de los delitos de estafa y de abuso de confianza.

Observad que se trata de una causa excepcionalmente interesante en el punto de vista social y que el periódico se llama: la *Justicia*!

Durante este tiempo al comer el buen elector lo de *cos-tumbre* en Montmartre, se dijo: «Podemos estar tranquilos; nuestro diputado aquél es un puro!»

(1) El *Agiotage* bajo la tercera Republica.

Por no movernos de la exactitud en el estudio social debe añadirse que el nivel moral es el mismo en todas partes. Los representantes de las clases elevadas, que son tan severos para los republicanos, tienen la misma indulgencia que ellos para el Robo triunfante.

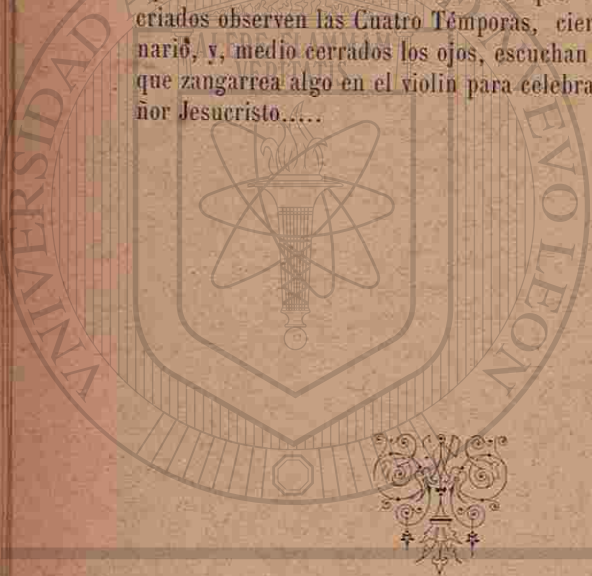
Leed las siguientes lineas del *Gaulois*, y fijáos en la fecha, 20 agosto de 1888, con motivo de la famosa semana de Deauville que reunió á toda la aristocracia de Francia. No encontraréis nada más completo en el punto de vista de la descomposicion de conciencia del gran mundo, de la manera enteramente cómica con que mira una ceremonia religiosa, del desprecio absoluto que tiene al Santo Sacrificio de la Misa. La idea de ver á un judío prusiano, salido deshonrado de la policia correccional, tocar en una iglesia una pieza de violin después de la Elevacion, no chocha lo más mínimo á esos Cristianos; hay allí mujeres acostumbradas á los retiros *selected*, donde no se admitiria á una obrera con pañuelo en la cabeza, y, para los cuales se necesita pedir tarjetas tres meses ántes, hombres que han sido educados por los Padres; todo eso es pura comedia, melindres, fórmula, vana apariencia.

Veamos la nota del siempre sorprendente Meyer:

Por la mañana, la gran misa, en la parroquia de Deauville, habia reunido á toda la hi-h-life, — frase consagrada. — El baron d'Erlanger tocó en el violin dos soberbios andantes, con acompañamiento de órganos; á delante el oficio, la señorita d'Erlanger hizo para los pobres una colecta de las más abundantes.

¿Qué página de estudio social pudiera escribirse, bajo una forma semifantástica con el título: *Los dos violines!* El de Offenbach y el d'Erlanger: esos dos músicos de violin llevando detrás de sí, como el cogedor de ratones de Herlem, á las personas en pos de su oro, sus imágenes sagra-

das, sus símbolos antiguamente respetados. En la estación de Deauville fundada por él, el duque de Morny, el hermano del emperador reclama la honra de ser el padrino del hijo del judío de Colonia que ha puesto en ridículo todo lo que constituye una nación. Veinte años después, todas aquellas devotas de Santa Clotilde que velan porque sus criados observen las Cuatro Épocas, cierran su devocionario, y, medio cerrados los ojos, escuchan al judío ladrón que zangarrea algo en el violín para celebrar á Nuestro Señor Jesucristo....



LIBRO NOVENO.

En bosque.

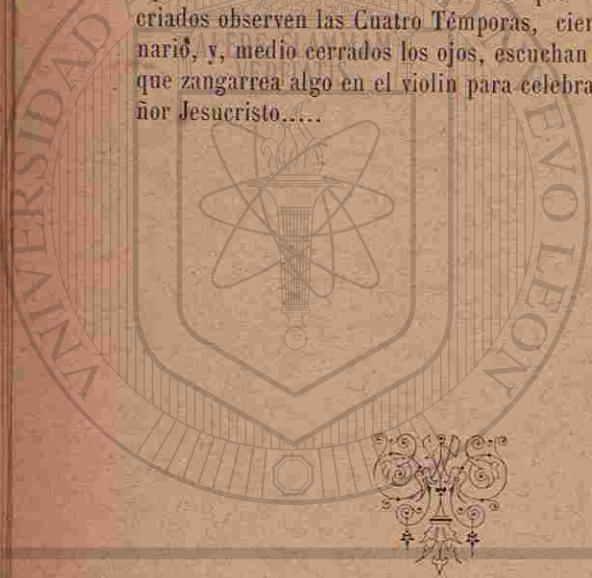
Impresión general.—El leit motive del drama social.—Las imperfecciones de este libro.—La influencia amortiguante del campo.—Dónde se ve á Bob tal cual es con sus cualidades y sus defectos.—Los judíos en el Bosque.—El discurso que hizo el autor.—La primera salida de Bob.—El odio de Daudet á la raza caballar.—El verdadero carácter del caballo.—A orillas del Sena.—Grandeza y decadencia de las Sirenas.—Gustos clásicos del caballo en literatura.—En el bosque de Senart.—El alambre de Cahen de Amberes.—Todo es de los judíos.—Los árboles del Patrimonio Real y los diamantes de la Corona.—*Super flumina Babylonis*.—El collar de 67 perlas.—Los árboles azules de Watteau.—Un buenos días á los amigos muertos.—Alberto Duruy y Raoul Duval.—Los que se fueron son felices.—El lirio marchito.

Si he logrado hacerme comprensible á mis lectores, creo, que, al fin de este libro, observan la situación bajo igual ángulo visual que yo.

En todas épocas existieron los malos sentimientos, pero antes los buenos sentimientos, que se afirmaban al lado de los malos, eran sinceros y enérgicos, iban hasta la acción. El Bien tenía su lógica como el Mal; el Amor era tan apasionado como el Odio. En cualquier campo que estuvieran los hombres de partidos opuestos luchaban formalmente, miraban como un deber hacer cuanto podían humanamente para matar á los que les atacaban, que atentaban contra sus derechos, que conspiraban contra la Pátria.

La Mentira, la diversidad, entre la Realidad y la Apariencia, entre lo que las personas dicen, aparentan creer, querer, esperar y el estado verdadero de su corazón y de su in-

das, sus símbolos antiguamente respetados. En la estación de Deauville fundada por él, el duque de Morny, el hermano del emperador reclama la honra de ser el padrino del hijo del judío de Colonia que ha puesto en ridículo todo lo que constituye una nación. Veinte años después, todas aquellas devotas de Santa Clotilde que velan porque sus criados observen las Cuatro Épocas, cierran su devocionario, y, medio cerrados los ojos, escuchan al judío ladrón que zangarrea algo en el violín para celebrar á Nuestro Señor Jesucristo....



LIBRO NOVENO.

En bosque.

Impresión general.—El leit motive del drama social.—Las imperfecciones de este libro.—La influencia amortiguante del campo.—Dónde se ve á Bob tal cual es con sus cualidades y sus defectos.—Los judíos en el Bosque.—El discurso que hizo el autor.—La primera salida de Bob.—El odio de Daudet á la raza caballar.—El verdadero carácter del caballo.—A orillas del Sena.—Grandeza y decadencia de las Sirenas.—Gustos clásicos del caballo en literatura.—En el bosque de Senart.—El alambre de Cahen de Amberes.—Todo es de los judíos.—Los árboles del Patrimonio Real y los diamantes de la Corona.—*Super flumina Babylonis*.—El collar de 67 perlas.—Los árboles azules de Watteau.—Un buenos días á los amigos muertos.—Alberto Duruy y Raoul Duval.—Los que se fueron son felices.—El lirio marchito.

Si he logrado hacerme comprensible á mis lectores, creo, que, al fin de este libro, observan la situación bajo igual ángulo visual que yo.

En todas épocas existieron los malos sentimientos, pero antes los buenos sentimientos, que se afirmaban al lado de los malos, eran sinceros y enérgicos, iban hasta la acción. El Bien tenía su lógica como el Mal; el Amor era tan apasionado como el Odio. En cualquier campo que estuvieran los hombres de partidos opuestos luchaban formalmente, miraban como un deber hacer cuanto podían humanamente para matar á los que les atacaban, que atentaban contra sus derechos, que conspiraban contra la Pátria.

La Mentira, la diversidad, entre la Realidad y la Apariencia, entre lo que las personas dicen, aparentan creer, querer, esperar y el estado verdadero de su corazón y de su in-

teligencia, una ficción general—tal es, al contrario la característica de la época presente,—tal es, el *leit motive* de la estrepitosa comedia que se representa delante de nosotros.

Es una ganga de filósofo atento y de psicólogo profundo ese *leit motive* vagneriano que, en medio de las complejidades del drama recuerda el tipo de cada personaje, y, al propio tiempo, evoca una idea que ha cruzado ya las almas, una impresión medio borrada ya. El *leit motive* se presenta así, como se nos aparecen á cada instante las reminiscencias, muy lejanas ya, que, de repente, reconstituyen la integralidad de nuestro *yo*, ligan el ser que éramos en el primer acto de la vida al ser que se agita hoy, arrastrado por acontecimientos múltiples y arrojado á peripecias imprevistas.

La *insinceridad* de cuanto vemos y oímos es el *leit motive* de este libro, dirigido menos á la multitud que al reducido número de franceses escogidos, almas ansiosas, inteligencias ya despiertas, que quisieran recobrar más completamente, discernir claramente lo que sucede.

Este libro es también un *Ensayo*, como la *France juive*, porque no ha llegado aun la hora de la historia definitiva. Si este *Ensayo* es también imperfecto mía es la culpa á no dudarlo, de mi pereza, y también de los campos que ejercen en el escritor una influencia amortiguante, que adormece. También tiene su parte de culpa Bob que me ha hecho perder mucho tiempo.....

Quiero mucho á Bob y me complazco presentándolo á los que me aman.

El sentimiento de la disciplina, de la gerarquía, de un orden social donde cada cual estaría en su lugar me ha inducido á aficionarme á Bob.

Jamás he visto cosa que más me indigne que el espectá-

culo de desgraciados obreros franceses, cubiertos de una blusa lustrosa y remendada, con los piés que les salen del calzado roto, el rostro arrugado por el hambre y viendo pasar por el camino del Bosque los Ganapanes de allende el Rhin á caballo que van á dar un paseo á caballo para cobrar apé- tito antes del almuerzo.

Vense allí caras inverosímiles, como el dibujante de *Jeiteles teutonicus* y los caricaturistas alemanes se divierten dibujándolas; cabezas deformes y descoloridas con sus ojos legañosos y su cara abyecta, personajes estrambóticos con largas narices,—asombrados á más no poder al verse allí caballeros en bestias de raza, saludando á otros narigudos y, con una mímica rápida, en ademán de decir, en presencia de todos aquellos narizones procedentes de todos los puntos del mundo: «Decididamente todos estamos aquí»

En el horizonte parece entreverse, como en el dibujo de Regamey, el Genio del Semitismo acurrucado, con su luenga barba y su ademán triunfante y lúgubre, en el arco de la Estrella y mirando el desfile de París murmurando: «Todo esto es mio.»

Veo también, como se entra en el paseo, al primer sol de abril, las dos hijas de un rentista llegado sin un céntimo á París y que nos ha robado 60 millones. Regresaban al galope corto, con el hermoso carmín que imprime á las mejillas el paseo de la mañana, cuando, de repente, se desvía bruscamente el caballo de una de las dos... En presencia de las jóvenes amazonas se levantaba una desgraciada mujer cubierta de una falda casera agujereada y un mal corpiño, no vieja, y que hubiera sido hermosa, si aquella fisonomía angustiada no hubiese presentado huellas de todos los padecimientos; trata consigo cinco hijos en pingajos y miraba vagamente, esperando para pasar.....

De la boca graciosa de las dos sportwomen salieron algu-

nas palabras violentas en hebreo-germano que no serian nombres floridos; despues, una de las ginetas midiendo el grupo miserable que rodeaba á la maternidad dolorosa, dijo, entonces en francés, á su compañera: «¡Ah! crees tú, mi querida en aquella lechigada?»

Y yo pensaba: «Si los obreros no fueran cobardes, si el materialismo que se enseña en las escuelas no matara anticipadamente en ellos todo heroismo, todo deseo de sacrificar su vida, volveríamos á los tiempos en que eran los más valientes, los más honrados. Nosotros, nosotros los que habitamos de mil años acá en tierra de Francia, nosotros cuyos padres hicieron la Francia debiéramos estar á caballo y no esos escapados del ghetto, buenos todo lo más, en una sociedad bien organizada, para abrocharnos las espuelas, mientras que con nuestro látigo talarearíamos una tonadilla de marcha sobre su espalda, respetuosamente inclinada delante de nosotros.....»

No pudiendo reconstituir la sociedad sobre sus verdaderas bases, quise hacer lo que me era posible hacer, y me hice este discurso: «Quizás no tienes muy larga vida; no se diga, á lo menos, que hayas pasado la vida á pié mientras todos los sucios usureros de Francfort, de Hamburgo y de Odessa han tenido caballos entre piernas.»

Aficionéme así á Bob, diciéndome que siempre era algo conquistado del botín hecho á nuestras espensas por el invasor extranjero.....

«Siete años há, comenzó la sabiduría para los caballos como para los hombres, es muy dulce comienzo pero algo alegre,» habíame explicado. La primera vez que salí con él, ese buen Bob quedó probablemente ofuscado por la vista de alguno que le disgustaria en un tranvía; púsose á saltar como un cabrito y quiso encabritarse en el paseo de Alma. Dijeme: «Decididamente, no me han engañado, es algo alegre.

Afortunadamente, yo habia seguido los consejos de un antiguo ginete, de un honrado caballero cuyo retrato haré algun dia: habíame resumido la experiencia de toda su vida en estos términos: «Jamás hay peligro con un caballo que no tenga vicio, solo debéis dejarle hacer, apretar vuestras rodillas como si tuvierais la silla con un torno y sentaros vigorosamente en vuestras nalgas.» Apreté mis rodillas, sentéme vigorosamente en mis nalgas, y Bob recobró su marcha. Continuó siendo el mismo; caprichoso, algo extravagante, pero sin malicia.....

El caballo, por sí mismo, es un animal curioso. Daudet lo abomina, lo cubre de injurias, lo trata de bestia del Apocalipsis y de criatura imbecil; pretende que su idea fija es derribar al suelo á su ginete. Añado que tiene contra Bob un resentimiento personal, porque el pobre bruto, el dia en que yo lo presenté en Champrosay, para hacer admirar su dulzura, se puso á cocéar como un desesperado al ver el monóculo de Daudet, y querer destruir los naranjos del patio danzando entre las cajas. Lo más que pude hacer fué salir precipitadamente, sintiendo haber presentado á la sociedad un caballo tan impresionable.

Daudet, sin embargo, se equivoca tanto más en sostener estas paradojas endiabladas contra la raza caballar, en cuanto la única debilidad del caballo es ser un nervioso como todos nosotros; tiene súbitas inquietudes que le azoran, concepciones erráticas que le agitan violentamente.

No puede imaginarse paseo más embelesador que seguir las orillas del Sena de Ris Orangis á Corbeil, á la hora cantada por el poeta.

A l'heure mélodieuse, odorante et vermeille.

Para un animal que raciocinara, hasta segun su instinto

seria recelosa aquella senda. El ferro-carril está á la derecha el Sena á la izquierda; el tren pasa con ruido infernal en aquella hondonada de eco retumbante y de vez en cuando el ronco silbar de la sirena de los túneles desgarrá el aire...

¿Recordais—entre paréntesis—el encuentro de Virgilio y de las Sirenas en el Infierno del Dante? Aquellas peligrosas hechiceras de las primitivas edades del mundo que, sueltos al viento, los cabellos, sacaban á la superficie de las aguas sus hermosos cuerpos provocadores, se han trocado en viejas horribles de dientes rotos, de aliento fétido....

Hé aquí que á su vez, el canto melodioso que turbaba á los viajeros se ha convertido en el ruido raro, en el gemido estridente y siniestro, crujiente y prolongado que en las noches tranquilas, produce un efecto tan singular.

A un caballo podría dispensársele que se espantara ante todas estas manifestaciones diversas. Nada de esto. Bob está contento; como á mí, le gusta aquella maravillosa vision radiante que se descubre, en ciertos días de verano muy claros, en lontananza, de la parte de Corbeil. Mientras que un cortinaje de átomos suelta un poco el horizonte á la izquierda, se entrevé delante agua que brilla, islas verdes, árboles que parecen estar en la orilla, casas blancas apenas indicadas y que aparentan estar en los árboles—todo esto con líneas muy indecisas—flotando en la luz dorada.

Hé aquí ahora á Bob en un gran camino tranquilo, sin ningún ruido; ve en el suelo una rama de árbol, una hoja, un rayo blanco que forma arabesco en una superficie negra; es evidente que experimenta una conmocion que no puede dominar, levanta las orejas, se encabrita ó se escapa corriendo y véome obligado para detenerle á gritarle: «¡Bob! te suplico que seas razonable: todavía me faltan por hacer dos capítulos.»

Es innegable que esos brutos tienen particular compren-

sion de las cosas. Bob tiene el sentimiento de las situaciones, como se dice en el mundo. Ponedlo en medio de un rebaño de carneros, en un sendero estrecho donde corran vacas azoradas arrastrando su cuerda arrancada de manos del niño que las guarda y que grita detrás de ellas, en un obstáculo de carros entrelazados, y no se moverá; solo debo apretarle un poco entre las dos piernas y sabe lo que esto significa: «Seamos formales; no es hora de hacer tontadas.» Costeará un declive sin desviarse un centímetro que pudiera precipitarle á la hondonada, comprende la más leve indicacion que se transmite por un imperceptible movimiento del freno con la delicadeza de un sér amante que adivina, hasta en la oscuridad, un movimiento de vuestro brazo, el sentimiento que acabais de experimentar.

Las solas explicaciones difíciles han ocurrido siempre en sitios aislados, á la vista, por ejemplo, de cierto poste blanco que ocupa el centro de una encrucijada y que refleja la luz del sol. Aunque no soy amigo de castigar á las bestias, di espolazos y latigazos. El animal resistia, escarbaba, se encabrita; sin duda acababa por pasar, pero realmente habia padecido... Mientras no tiene ni un pelo mojado después de un paseo de tres horas, estaba entonces totalmente sudado.

He reflexionado y supuesto que los animales tienen ciertos medios de conocimiento que no tenemos nosotros y que la antipatia para aquel poste podia tener una razon. El bosque de Senart fué antiguamente tan mal frecuentado como el bosque de Boudy y allí pudo ser asesinado un hombre y enterrado sin preces...

Recuerdo tambien haber visto, á orillas de un camino del Forez unas antiguas ruinas que se decía ser frecuentadas, abiertas á los cuatro vientos, agrietadas las paredes, agujereado el techo que nadie habia querido comprar después de

cincuenta años de anunciarse su venta. Los caballos relinchaban al pasar delante de ellas, se resistían á continuar ó se encojían bruscamente.

Cierto día, llegó á la ciudad un regimiento, los campesinos contaron la leyenda; algunos soldados se echaron á reír y propusieron pasar la noche en las ruinas; trajéronles paja y se acostaron alegremente. A media noche se precipitaban fuera, espantados, rechinándoles los dientes, y se acostaron en el camino para dormir allí tranquilos...

Sea como quiera, he cambiado de sistema con Bob. Luego que advierto algún objeto que pueda preocuparle, le canto una poétita canción de antaño, como el cántico que entonaban en las Romerías los marineros de Arzon con esta tierna melópea bretona, noble y tranquila:

Nous étions deux cents gars d'Arzon
Marins durs à la peine;
Sur un vaisseau de vingt canons
Avec monsieur Duquesnes.

Les Arzonnais ne tremblent pas,
Sainte Anne est leur patronne!

Cuando Bob tiene bastantes canciones, le recito versos y ya no seña en lo que ántes le turbaba.

El caballo es clásico, es imposible disimularlo, sea que esté lisonjeado de haber sido tan á menudo llamado «corcel» por los poetas de otros tiempos, sea que el ritmo regular de los versos de la antigua escuela, le mezca agradablemente; no va más allá que las *Orientales* y las *Odas* y *Baladas*, que, son, además, harto despreciadas ahora y que contienen composiciones muy superiores á todo el desórden de *Ane* y de la *Pitié supreme*. Bob demuestra su satisfacción cuando le recito el *Douleur du pacha*, cuyos versos tan colorados son no obstante decadenicia tan igual:

Qu'a done le doux sultan ? murmuraient les sultanes.
A-t-il, avec son fils, surpris, sous les platanes,
La brune favorite aux lèvres de corail ?
A-t-on souillé son bain d'une essence grossière ?
Dans le sac du fellah vidé sur la poussière,
Manque-t-il quelque tête attendue au sérail ?

Se remueve ya algo cuando le declaro mi soneto de José María de Heredia (el que no es diputado y por consiguiente no ha fundado ninguna sociedad rentista). El último soneto no obstante está vigorosamente cincelado:

Le choc avait été très rude ; les tribuns
Et les centurion, ralliant leurs cohortes,
Humaient dans l'air du soir, qu'emplissaient leurs voix fortes,
La chaleur du carnage et ses âpres parfums.

Estos versos de más áspera sonoridad, no le gustan sino á medias á Bob, y no vuelve sus orejas á su sitio sino al recitarle el *Vallon* de Lamartine. Briseux le gusta mucho también.

No importa. He pasado felices momentos en soñar, pensar, recitar versos, galopar sobre Bob, en el maravilloso bosque de Senart.

Nada más extraño que este bosque cuando entré en él la vez primera.

De pronto, quedaba sorprendida la mirada por la vista de una increíble cantidad de alambres. El bosque estaba como envuelto en una inmensa red de mallas más apretadas que la que Vuclano arrojó sobre Venus y Marte.

—¿A qué vienen todos estos alambres? pregunté á un guarda. ¿Para que sirven?

Son de M. Cahen d'Anvers, me dijo el guarda.

Confieso que encontrando también un Semita poseedor soberano de aquel bosque, no pude contener una carcajada que hizo volar, con vuelo tardo y pesado, cinco ó seis grandes faisanes.

—Vuestro amo ha debido tomarnos mucho dinero para poder comprar tanto alambre como hay aquí, dije al guarda continuando mi camino.

Por otra parte, aquellos alambres no carecen de elocuencia en su simbolismo. La obra judía, la red que poco á poco, se extiende sobre todo y que, en un momento dado, impide que pasen los hombres como las ideas. El judío es el mismo en todas partes; su primera idea es confiscar el dominio.

Los rótulos son lo que más abunda en el bosque después de los alambres. En cada encrucijada, en la encrucijada Charmant como en la de la Grange hay cartelones que la lluvia de invierno ha ennegrecido, balanceándose en el aire para prohibir algo: *Se prohíbe sentarse; hay trampas para lobos, se prohíbe entrar en los sotos.* Los mismos perros están debidamente avisados de que no circulen. Hubiérase podido creer que el judío á quien antes se ahorcaba entre dos perros, había conservado un recuerdo tierno de su compañero de infortunio. Nada de esto. Hirsch hacia matar por sus guardas los perros de los oficiales de artillería de Versailles. Cahen prohíbe á los perros de Champrosay y de Soisy-sous-Etiolles que se paseen en el reino que él se ha adjudicado.

Debo decir que de un año acá, si hay siempre otros tantos cartelones hay muchos menos alambres, y no insistiré demasiado cerca del guarda general encargado de la inspección del bosque para que vigile con cuidado que no se usurpe lo del dominio público.

Estas usurpaciones son absolutamente ilegales como lo

son las que se han hecho en Mendon y en los bosques de Rocquencourt (1).

El bosque pertenece á todos y M. Cahen, concesionario del derecho de caza, no tiene, de ningún modo, el derecho de suprimir, para su uso particular, un camino montaraz clasificado, el camino, por ejemplo, que va del Chene-d'Autin á Champrosay. El poste donde se lee esta indicación está preso ahora entre los famosos alambres, pero no por esto consigna menos que había allí un camino público del que se ha permitido hacer otro privado, y sin razón, el señor Cahen.

A pesar de todo, del lado de Mainville donde está el castillo de la Bergeries, parecido á un palacio de Suiza, este bosque, convertido en feudo semítico, no carece de origina-

(1) Mientras corrijo las últimas pruebas de este libro, la Liga de los Bosques de París, organizada por Yvo Guyot, acaba de obtener un brillante triunfo. Mediante un canon anual ridículamente mínimo, 7,900 francos, Bamberger había confiscado, en provecho suyo, todos los bosques de Clamart, Mendon, Sevres, Chaville, y de Velizy. Por iniciativa de Ivo Guyot y de Leon Angevin, concejal de Mendon, han ido los parisienses á manifestar y el ministro Viette se ha apresurado á rescindir el arrendamiento con Bamberger.

Poco ha costado. Lo mismo sucederá con todos los privilegios feudales que los rentistas judíos han usurpado. Se han recobrado los bosques de Mendon; otro día se recobrarán los bosques invadidos por Hirsch, y no desconfío de ver, una mañana, á Guyot yendo á librar el bosque de Senart. Hay un tren de 9 horas 44, estación de Lyon, que es muy cómodo para los excursionistas. Llégase á Ris á las 10, 37 y á las 11, se puede comer una tortilla con manteca debajo de los emparrados de la Ermita. Confío que otra vez llegarán los parisienses hasta Ferrières.

Merced á esta iniciativa inteligente, puede estar seguro Ivo Guyot de ser reelegido diputado de París, y, á fe mía, me importa tanto que lo sea él como otro cualquiera. Sin embargo, es triste consignar que jamás se ponen los conservadores al frente de esas campañas de independencia y de buen sentido. Toda usurpación es sagrada para ellos desde que el usurpador es rico. Francamente, después que la *France juive* había denunciado las brutalidades cometidas por Hirsch en oficinas francesas en bosques pertenecientes al Estado, uno de nuestros 175 diputados de la derecha hubiera perfectamente podido llevar esta cuestión á la tribuna, y los parisienses se lo hubieran agradecido.....

lidad, pues está distribuido como un bosque de teatro: el telégrafo y el teléfono funcionan en él y cuando, en el silencio de los bosques, un faisán ha acariciado á su pareja, Cahen está inmediatamente informado de ello en la Bolsa ó en su casa.....

Todo es suyo. Nuestros hermosos árboles nacidos en suelo francés son suyos y muy pronto nos prohibirán descansar á su sombra; suyos son los diamantes de la Corona de Francia puestos en subasta á propuesta de Lockroy, vendidos por judíos, Vanderheyem y Bloche, comprados por judíos...

Han tomado hasta Babilonia. La Babilonia del *Super flumina Babylonis* es suya.

El terreno, nos dicen los *Archivos israelitas* del 5 de julio 1888, el terreno donde se levantaba la comarca que fué el teatro del maravilloso desarrollo de la dinastía babilónica y que ahora se llama Hilleh, todo ese país en fin es hoy la propiedad de dos israelitas: Menachem Suleiman Daniel (effendi) y Menachem Salah Daniel, dos primos que se han dado el lujo de adquirir ese gran lote de terreno.

¡Qué horizonte de pensamientos nos abren esas sencillas líneas! Con la imaginación vemos los cautivos que nos muestran los bajo relieves de Assur-nazir-habal-en-Nimroud á los de Assur-bani-pal en Kogoundjik. Los hebreos están representados allí trayendo de rodillas la cesta de las ofrendas, ó expuestos en los caminos, como vil ganado, por los Argyraspides que preceden al monarca.

Assur-nazir-habal y Assur-bani-pal, los conquistadores terribles, duermen en el polvo, y sobre las ruinas de aquellas civilizaciones derrumbadas, está en pié el judío. Los Daniel Menachem han reemplazado Assur-bani-pal en los jardines de Babilonia como Hirseh ha reemplazado al Roi-Soleil en las cacerías de Versalles.....

De seguro que es una raza funesta, pero que interesa mucho estudiarla.....

Mientras Cahen caza en los bosques que vieron las elegantes cabalgatas del siglo XVIII, la señora Cahen ostenta con el mal gusto de los advenedizos, las joyas que pertenecieron á las reinas y á las princesas de otros tiempos.

Brillante fué la entrada que hizo la condesa Cahen, un domingo de mayo, en la recepción de la princesa Matilde. Cargada de joyas de costumbre, no tenía la judía aquel día más que un collar: el collar de 67 perlas adquirido por ella el día ántes; para ultrajar mejor á la que la recibía, la condesa había escogido un adorno imperial, el collar comprado por Napoleon en 1810.

El hecho causó cierto escándalo en el grupo inteligente que ha permanecido fiel á la que fué protectora de los artistas en los días prósperos. La pobre princesa apenas sintió el ultraje; había recordado que era de la familia de César para demostrar su descontento á un antiguo amigo de la casa como Taine, quien había usado de su libertad de escritor para juzgar á Napoleon I; no protestó contra la grosera insolencia de una banquera más rica que ella.

Además, el salon de la calle de Berry, recuerdo de las pequeñas cortes italianas de antiguos tiempos, se ha convertido en un ghetto en miniatura. Comenzóse primero por dejar entrar en él á un Camondo y un Strauss; todos los compadres han seguido, y, según dicen los íntimos, no subsiste ya más que una sombra de aquel salon que fué antaño un centro de talento y arte.

¿Qué hacerle? Los judíos tienen la prensa y se teme la denuncia de cada día, la campaña de delación y de calumnia: «Recibid, ó se os ataca: si se os ataca, se os expulsa.»

¡Es tñ fácil! «¿Es verdad que se celebran misteriosos

conciliábulo en la calle de Berry? ¿qué los bonapartistas militantes se dan cita allí? Sabemos que el gobierno está enterado de esas intrigas. ¿Por qué las tolera? No necesita más un Freycinet cualquiera para expulsar á quien se le antoje.

La princesa ama París, la Francia, sus amigos, y, para evitar este destierro que teme espantosamente, recibiría á las doce tribus si cupieran en su salón... (1).

Lo restante del bosque ha quedado propicio para los largos ensueños, las buenas oraciones, las meditaciones graves que nacen espontáneamente en aquellos paseos profundos donde uno se interna poco á poco, en la soledad que nada turba, en el silencio que nada interrumpe. Ciertos días, despues de la lluvia, tienen los árboles el color azulado de los de Watteau y se comprende cuan exacto fué aquel pin-

(1) Nada más instructivo, en este concepto, que lo sucedido en Bruselas á principios de este año.

Algunas grandes familias han conservado en Bélgica el respeto de sí mismas. A fines de enero pasado la duquesa de Arenberg, mujer de vasto talento, muy educada, ajena á todo sentimiento mezquino, habia dado un gran baile en Bruselas, é invitado, al mismo tiempo que á los representantes de las más ilustres familias, artistas, sabios, escritores dados á conocer por alguna obra; pero se negó obstinadamente á recibir á los agiotistas, los parásitos que viven á costa del trabajo ajeno y especialmente los de Lambert-Rotschild y los Bañer que han encontrado medio de introducirse ya en todas partes. El Lambert que habia intentado los más humillantes pasos para ser recibido, se puso naturalmente furioso; pero esta lección dada á la Judería enredadora produjo profunda sensación en Bruselas y la duquesa fué felicitada por todos. El verdadero pueblo que en Bélgica sufre casi tan cruelmente como el de París por las exacciones de Israel, se tuvo por feliz al ver que la casa de Arenberg sabia guardar su dignidad.

¿Qué hicieron los judíos? Pagaron á emisarios de logias masónicas, á estudiantes tronados y sin escrúpulos á quienes basta abreviar con cerveza para ponerlos en movimiento, concurrentes á sitios inmorales, y, en el momento de celebrarse el matrimonio de la señorita de Arenberg, organizaron una manifestación vergonzosa contra la cual protestaron en vano las personas honradas.

tor sincero de los espectáculos de su época, que nos representan como un fantasista, un historiógrafo de un mundo artificial.

Es un vapor azul que fluctua en verano al extremo de los largos paseos y de los árboles, envueltos en aquella bruma, y son verdaderamente azules.

La nota sombría no llega hasta más tarde, pero muy tarde en otoño, cuando los árboles han tomado el color de oro bruñido de las hojas que el viento de invierno barrerá muy pronto. Hasta el fin queda jóven el bosque, meditando sin ser triste, como ciertos seres que, viviendo lejos de las agitaciones de la multitud, se conservaron vigorosos, potentes y tranquilos.

Nada tan dulce como evocar, debajo de aquellas bóvedas verdes, que tienen solemnidad de catedrales, los años transcurridos, los amigos muertos. Allí hablo con mi pobre Alberto Duruy, con mi querido Raoul Duval y me acuerdo de su alegría cuando vieron que la *France juive* se arraigaba, era leída, encontraba un público entusiasta. Estaba convenido de que se daría con un pretexto, un expediente, un motivo cualquiera para secuestrar la obra, y, á todo evento, habia puesto 25 ejemplares en casa de Duval, para que los protegiera con su banda de representante.

Ahora, estos muertos medio olvidados por los hombres, me dicen: «Hablad un poco de nosotros, recordad nuestra memoria á los buenos franceses que os leen, que lo Porvenir vea, al lado de todos los traidores y de todos los granujas á quienes desenmascarais, figuras de hombres excelentes que amaron apasionadamente la Francia.»

Erán, en efecto, excelentes personas. ¿Qué vida fué más sencillamente bella que la de Alberto Duruy que siempre se sacrificó á las causas vencidas? ¿Qué original figura la de aquel D. Quijote, con talante de hombre del mundo,

quien, bajo un exterior frío ocultaba el fuego que ardía en él para todo lo justo, que odiaba de muerte á los cosmopolitas y mercaderes que se venden nuestro país! Fué un hombre: es decir, un buen amante del país.

Nadie le conoció mejor que yo; por esto puedo hablar de él. Nos sentábamos en los mismos bancos en Carlomagno y yo iba á divertirme y almorzar con él alegremente, á dos pasos de aquí, en la casa de Villeneuve-Saint-Georges donde le encontré agonizando.

A su regreso del cautiverio de Alemania, después de su brillante conducta durante la guerra, en su mano estaba ponerse con los vencedores. Había comido con Gambetta, con Laurier, la víspera de su partida para el ejército, y Gambetta, muy al corriente, le había anunciado todo lo que iba á pasar: no hay ofrecimiento que no se le hiciese para decidirle á ir con los republicanos al asalto del poder. Duruy se dió al que toda la Francia continuaba llamando, con ingenuo cariño, el Principito imperial, aun cuando el adolescente estaba ya hecho un hombre; se consagró en cuerpo y alma, al régimen hácia el cual no había sentido más que mediano entusiasmo cuando estaba en pié y que defendía con toda su energía, ahora que todos le atacaban.

Fué el confidente de los más íntimos pensamientos del Príncipe; hubiera sido el primero á su lado el día de la acción; intentó, sin lograrlo, acompañar al joven héroe al Zoulouland. Después, en el mes de julio, estaba, lo recuerdo, en el puente de Solferino: encontré allí á mi Duruy, envejecido, enfermo del corazón... Estaba acabado. Aquel que, quizás, hubiese salvado la Francia, que, á lo menos, habría de seguro rehabilitado á los reyes, arriesgando alguna empresa audaz, había sucumbido á la azagaya de los salvajes, en el fondo de un bosque de Africa.....

La Emperatriz no fué ingrata para con el fiel amigo de

su hijo. Cuando Duruy volvió á verla pasado algun tiempo en Arenenberg, en una habitacion llena de reliquias del Imperio, le dijo: «Sé cuanto os quería Luis: quiero que tengais un recuerdo suyo.» Y le ofreció una de aquellas fotografías que se tiraron por millones de ejemplares para la propaganda y que se enviaban á paquetes á los gendarmes y á los guardas rurales.....

Cuando Duruy me refirió este episodio, confieso que aun me dieron ganas de reír.

—¿Qué quieres, viejo mio, le dije, parece que aun tenemos mulleras por aquí. Aun se te ha dado una fotografía... Tocante á mí, es posible que mi libro tenga éxito y que los republicanos me dispensen, pero te aseguro que si los conservadores llegaren algun día al poder, no me perdonarán y me encarcelarán.

Aquella alma caballeresca tenia la vocacion del sacrificio. Nadie ha olvidado el talento con que tomó Duruy la defensa de los religiosos que la Masonería judía echaba fuera de sus celdas, y la impresion que produjeron los artículos firmados con su nombre.

Todavía veo á mi amigo esperándome en la dura acera de la calle de Postes, una mañana en que yo debía presentarle á los Padres, á quienes, por otra parte, había yo visto por la primera vez el día antes. Considerad si son tenaces las leyendas. Duruy sentía cierta aprension ante la idea de traspasar el umbral de una casa de Jesuitas.—¿Cómo entras tú ahí dentro? me preguntó.—Pero, amigo mio, por la puerta.... Entró y sintió, como, tantos otros, la seducción de la virtud risueña del Padre Du Lac. Había venido para defender un derecho odiosamente violado, colocándose únicamente en el punto de vista humano, y, sin darse cuenta de ello, había dado el primer paso hacia la Verdad divina...

Una tarde de agosto, estaba yo otra vez delante de aquella casa de Villeneuve á donde no habia vuelto desde el colegio. Allí se extinguía una existencia humana. A Dios buen libro, trabajado con tanto amor. A Dios esperanzas, amistades seguras, ambiciones licitas. Todo salía frustrado á quien todo parecía deberle salir á pedir de boca: la enfermedad habia abatido á aquel cuerpo de atleta, los sueños políticos se habian desvanecido, los proyectos literarios estaban por siempre destruidos..... Solo Dios no faltó á aquel sér de generosidad y rectitud hecho para conocerle.....

La admirable compañera de Alberto Duruy sabia cuál era el pensamiento secreto de aquella alma. Cuando el Padre Du Lac, que lo habia dejado todo para acudir á la cabecera de aquel que le habia defendido, llegó de Inglaterra, encontró abierta la puerta del pequeño aposento del primer piso. Allí estaba nuestro pobre amigo, sentado en un gran sillón, teniendo delante las pruebas de un postrer artículo que el moribundo habia querido corregir él mismo, y en el que todo hablaba aun de la Francia y del ejército; tendió una mano enflaquecida al visitante y le dijo: «Os esperaba.»

No dudo que la melancolía os oprime ante esta vida tan corta, pero los recuerdos dolorosos tienen su dulzura. Es un digno final de una vida ejemplar.

Todos habian estimado á Duruy durante su vida; se fué llorado de todos, acompañado de los representantes más calificados del partido al que habia servido.

Recuerdo todavía que el domingo de las exequias, el tren de la mañana se prolongaba hasta perderse de vista en la estacion de Lyon. Solo se veían antiguos ministros, grandes dignatarios, senadores, magistrados de otros tiempos, y se oía: «la princesa» por aquí, «señora mariscal» por allá: «la señora presidenta» en otra parte. Toda aquella reunion de oficiales y comandadores de la Legion de honor tenia

todavía el aire distinguido, la actitud oficial del personal del Imperio, pero habian pasado diez y ocho años sobre él; encorvados la mayor parte, arrugado el rostro, atónica la mirada, parecia que, formando el duelo de uno de los suyos, aquella sociedad, perteneciente ya al Pasado y cuyas esperanzas todas las habia marchitado la Fatalidad, hiciera como la repeticion de sus propios funerales y asistiera anticipadamente á su propio entierro.....

Terminado todo, bajo un sol ardiente se siguió detrás del anciano ilustre afectado ya por tantos dolores sin abatirle, el camino que lleva al cementerio, entre una doble hilera de flores y arbustos perfumados; despues volvimos al pueblo.

El tren más inmediato no salia hasta las 3, y los dignatarios de antaño, la mariscal y la princesa, las excelencias, los ministros plenipotenciarios entraron en una hostería, donde las parejas alegres, la gente del pueblo y las señoritas de almacén van el domingo á comer los fritos.

Comiéronlos muchos de entre esos personajes notados, y tambien los comi yo al lado de una fresca y rolliza mujer que miraba curiosamente á aquellos hombres y mujeres de maneras distinguidas, que formaban sorprendente contraste con su compañero y con ella misma.

Dejé partir el tren y quedéme largo rato en aquel restaurant de los afueras á meditar acerca de lo qué es de nosotros, rehaciendo con la imaginacion el camino que habiamos recorrido con Duruy, recordando las conferencias, los amores, los planes de libros, las discusiones acerca de las probabilidades de éxito de un golpe de Estado, los generales que se creian dispuestos á levantarse, las bromas que nos hacian reir y que á otros no se lo habrian parecido quizás, el encanto profundo de poderlo pensar todo ante un amigo.

Levantéme al notar que las lágrimas comenzaban á mez-

clarse con la ceniza de mi tercer cigarro cayendo dentro de mi taza de café, mientras que, abismado en un pasado desaparecido por siempre, evocaba todos los recuerdos, donde todas las jovialidades de nuestra juventud cruzaban los acontecimientos trágicos de nuestra época, mientras que yo pensaba en todo esto de pasados tiempos,—en todo esto encerrado ahora en un sepulcro en la colina que domina Villeneuve.

Raoul Duval fué también un vencido. Cierto que tuvo más que Duruy la alegría de los triunfos oratorios, pero en el fondo, ¡qué desilusion en ese patriota al pensar que todas las fuerzas que llevaba consigo no se habían podido emplear al servicio de la Patria! Doce veces había subido á la tribuna en una sola sesion: había decidido el éxito del 24 de mayo, y los conservadores que tenían en su poder, en el momento de su completo desarrollo, aquella viril individualidad, aquel sér lleno de resolucion, de temperamento, de salud física, tomaron á Beulé por ministro del Interior!

El tal Beulé había descubierto algunos cascotes en un rincón; había acabado por hacer creer á los badulaques que eran ruinas de la Acrópolis, y el duque de Broglie declaraba que bastaban estos títulos para ser ministro del Interior, para hacer frente á la conspiracion masónica. ¡Qué miseria! Es necesario decir que la historia será siempre la misma. Los conservadores tomaron á Beulé como habrían tomado á Asthier-Rehu, como tomarían mañana otro académico momificado. Les caracteriza el odio de todo lo que vale, de lo que tiene una naturaleza, una efigie precisa y distinta.

También hizo Gambetta cuanto pudo para atreverse á Raoul-Duval; pero este protestante, muy tibio hasta en su fe protestante, rehusó asociarse á las persecuciones. Blasfemar contra la Iglesia que había hecho la Francia, era blasfemar contra la Francia á la que amaba inmensamente.

Quedó fuera de toda accion efectiva, doliéndole en el fondo su inutilidad, sabedor de cuan superior era á todos los Polichinelas que se sucedían en el poder, notando también más claramente que otros, con sus cualidades de hombre práctico, el abismo rentístico á donde nos precipitábamos.

¿Habría tenido su desquite? Lo ignoro. La desgracia pesa sobre nosotros: todo lo que representa un mérito excepcional, una conciencia, una honradez, está condenado de antemano....

Raoul Duval tenía completa intuicion de esta situacion y una nube de desaliento velaba á menudo aquella fisonomía franca y leal. Cuando estaba solo en Paris, con su hijo que terminaba sus estudios en el liceo Bonaparte, venia á buscarme á veces, al salir de la Cámara, cuando me iba á comer.

—María, me llevo á vuestro amo, gritaba desde el pié de la escalera, con su excelente voz cordial y bien timbrada que siempre me parece oírle.

—Pero, caballero, la sopa está en la mesa.

—No importa...

—¿Por qué no os quedáis vos á comer?

—Mi hijo sale del colegio á las seis y nos espera en casa.

Y nos íbamos, dando una gran vuelta para ir á la alameda de Alma debajo de aquellos árboles viejos que daban al anden de Orsay, por aquel lado, cierta semejanza con un *cours* de ciudad de provincia, ántes que todos los explotadores de la torre Eiffel instalaran allá sus construcciones de madera para esa Exposicion tan ridicula á la que rehusan asistir todos los pueblos con unanimidad pasmosa.

Hablábamos alegremente, yo más que él, que, sin decirlo á los que le rodeaban, sentía la muerte cereana, y me recordaba que su madre había muerto muy jóven de la misma enfermedad de corazón que él.

¡Cuánta ternura y qué viril franqueza había en aquel hombre hercúleo, de bigote noble, mirada franca que fijaba siempre en el interlocutor: un guerrero galo, se ha dicho, y era verdad! Todos le adoraban en Vaudreuil. Cuando los campesinos no sabían manejar una máquina nueva, como la escardadora de patatas, levantábala él mismo y les enseñaba su manejo. Arreglaba los negocios de todos, daba á todos el consejo útil, y todo sencilla y cómodamente, acabando de pronunciar algun soberbio discurso en la Cámara. Era tambien un hombre...

No creáis que me entristezco cuando hablo con todos esos amigos desaparecidos en los paseos misteriosos del bosque. En el fondo les encuentro muy dichosos de que se hayan ido. No verán lo que nosotros: el estado de cada vez más miserable á que irá á parar esta Francia que fué tan grande.

¡Querida Francia! Haber subido tan alto entre las naciones y caer tan bajo, recibir todas las afrentas y no poder chistar, perder cada día algun florón de su brillante corona, algun resto de su gloria pasada y escuchar todavía, con aire muy triste ya y muy desengañado, preciso es decirlo, las palabras de los sofistas que nos engañarán hasta última hora!

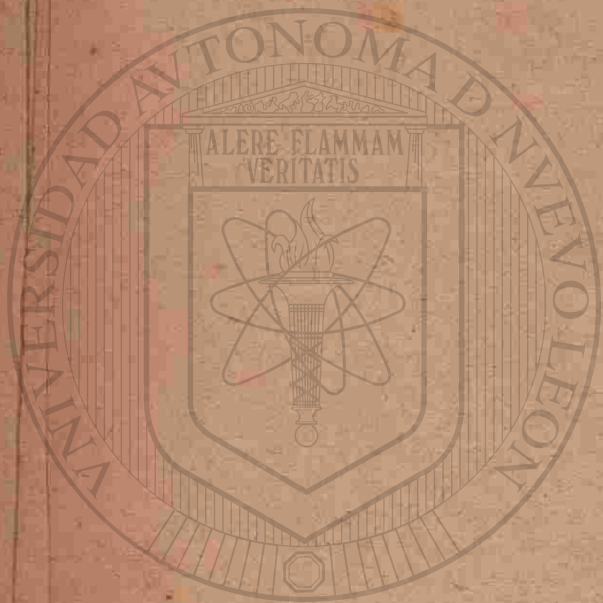
¿Por qué está caída? ¿Qué causa dominante señalará la Historia para este fin? Una devastacion del sentido de lo Ideal —un falso camino emprendido en 89, un camino en cuyo término se creía encontrar Salento y en el cual se han obstinado, despues de no haber encontrado en él sino desilusiones, catástrofes y vergüenzas....

A más de esto, Francia fué la nacion enamorada del Ideal, de Justicia, de Progreso. Bonald escribió algunas líneas bellas acerca de la eleccion de los simbolos que figuraban en las enseñas de cada pueblo. Unos tomaron el águila, otros el leopardo, y los hombres fueron en pos de las imágenes de bestias, y de bestias de presa. Francia escogió una

flor, la flor mística y suave por excelencia, el lirio inmaculado, y le prestó todavía una forma peculiar, hizo de él una flor que á nada se asemeja, una flor quimérica que pareciera abierta en un sueño.....

Mientras el lirio deslumbrador tuvo sus raíces en la sólida tierra de las tradiciones y de las creencias, se levantó majestuoso y poético debajo del cielo; hoy, el terreno es árido y el lirio, marchito ya bajo las exhalaciones impuras de los invasores, se dobla, toma los tintes amarillentos de lo que se muere.

Muy pronto, el transeunte verá echado á la calle, descolorido y marchito, el hermoso lirio de antiguos dias, el hermoso lirio cuyo tallo era recto como una lanza guerrera. Y el transeunte dirá lo que dicen todos los extranjeros: «¡Qué noble flor! ¡Qué magnifico pais! ¡Qué pueblo colmado de los dones de Dios! ¡Qué lástima que acabe así! ¡Señor, libradnos de esta desdicha! ¡Preservadnos de los Sofistas, de los Franc-Masones y de los Judios. *Miserere mei, Domine!*....



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

	PÁGS.
INTRODUCCION..	5
LIBRO PRIMERO. El heredero.	39
LIBRO SEGUNDO. El reinado de la clase media..	63
LIBRO TERCERO. Los Monopolios.	95
LIBRO CUARTO. La idea socialista al través del siglo XIX.	155
LIBRO QUINTO. El Socialismo actual.—Los partidos.	193
LIBRO SEXTO. El socialismo católico..	240
LIBRO SÉPTIMO. Los políticos.—I. Guerra en el exterior.—Ban- carrota en el interior.	292
II. La izquierda.—Oportunistas y radicales..	320
III. La derecha y el partido conservador.	357
LIBRO OCTAVO. Los Simulaeros.—I. La vida mundana..	445
II. El pobre y su papel en la sociedad actual.	488
III. El sursum corda académico..	509
IV. El honor y la legión de honor.	520
V. El mundo judicial.	534
VI. Erlanger, sus jueces, sus defensores y sus víctimas.	557
LIBRO NOVENO. El bosque.	587



